

MHAVEL N.

OJOS
de gato
tentador

DOS ESPECIES UNIDAS

OJOS DE GATO TENTADOR

Mhavel N.

Copyright © Mhavel N.

Todos los derechos reservados.

Portada: Viclehydis Fuenmayor, Génesis De Sousa, Zelá Brambillé

Registrado bajo derechos de propiedad intelectual, copyright caso número 1-2261766092 United States Copyright office. Safecreative 2014 - 1408081724928
Copyrighted 2014: BC5A-RQUV-ANBX-9TTP

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 1511533706

ISBN-13: 978-1511533706

[Prefacio](#)

[Capítulo 1: Ojos verdes - 1](#)

[Capítulo 2: Ojos verdes – 2](#)

[Capítulo 3: Fuera de la realidad](#)

[Capítulo 4: Ataque inesperado](#)

[Capítulo 5: Monstruo suelto en la ciudad – 1](#)

[Capítulo 6: Monstruo suelto en la ciudad – 2](#)

[Capítulo 7: Leyendas y sospechas – 1](#)

[Capítulo 8: Leyendas y sospechas – 2](#)

[Capítulo 9: Lo que realmente eras - 1](#)

[Capítulo 10: Lo que realmente eras - 2](#)

[Capítulo 11: Conociéndote otra vez](#)

[Capítulo 12: Hacia la capital](#)

[Capítulo 13: Lecciones](#)

[Capítulo 14: Descuido](#)

[Capítulo 15: Un lugar perdido](#)

[Capítulo 16: Debo ser fuerte](#)

[Capítulo 17: Descanso en la ciudad](#)

[Capítulo 18: Confío en ti](#)

[Capítulo 19: Desolación](#)

[Capítulo 20: La luz](#)

[Capítulo 21: La verdad](#)

[Capítulo 22: Compañía no grata](#)

[Capítulo 23: Lo que somos](#)

[Capítulo 24: Para siempre](#)

[Capítulo 25: Situaciones frágiles](#)

[Capítulo 26: Juego sucio](#)

[Capítulo 27: Rigor en la capital](#)

[Capítulo 28: Acoplándonos](#)

[Capítulo 29: Algo oculto](#)

[Capítulo 30: Amenaza](#)

[Capítulo 31: Muchas dudas](#)

[Capítulo 32: Intervención](#)

[Capítulo 33: Oficial](#)

[Capítulo 34: Amor ardiente](#)

[Capítulo 35: Mensaje encargado](#)

[Capítulo 36: La calma que precede a la tormenta](#)

[Capítulo 37: Más problemas](#)

[Capítulo 38: Plan en marcha](#)

[Capítulo 39: Mi Antonio](#)

[Capítulo 40: Muerte interna](#)

[Capítulo 41: A entrenar](#)

[Capítulo 42: En su búsqueda](#)

[Capítulo 43: Fin del viaje](#)

[Capítulo 44: Los milagros existen](#)

[Capítulo 45: Revivir](#)

[Capítulo 46: Asuntos pendientes](#)

[Capítulo 47: Regreso](#)

[Capítulo 48: La batalla y la verdad](#)

[Capítulo 49: Nueva era – Epílogo](#)

[Especial 1: Un raro beso](#)

[Especial 2: Una noche especial](#)

[Especial 3: Bienvenido](#)

[Especial 4: Un reencuentro inesperado](#)

[Acerca de:](#)

Prefacio

Siempre supe que al entrar a una carrera profesional como la de medicina tendría que toparme con estos seres: los *H.E*, código para: «humanos evolucionados»

Ellos son la versión mejorada. Lucen como nosotros, pero más aterradores. He estudiado sus cuerpos: uñas en punta a modo de garras, pupilas rasgadas como las de un felino, los dientes caninos desarrollados como colmillos de un depredador. Son listos, más fuertes, tienen mejor visión y olfato. Las ciudades que quedan en pie ahora son protegidas por fuertes murallas custodiadas para evitar la entrada de estos seres y mantener nuestra ya escasa población a salvo.

Nunca pensé que en este mundo sin esperanza encontraría a alguien que me lo hiciera ver de otra forma, alguien que me marcaría y encendería hasta lo más hondo de mi ser.

Capítulo 1: Ojos verdes - 1

Ahora estaba huyendo. Lograron penetrar una zona de la ciudad y se libraba una pelea.

—¡Por aquí, Marien!

Mi compañero —amigo mío y también médico— Marcos Castillo, me guió por un callejón para perder a nuestros perseguidores, unos *H.E* probablemente desesperados por comer, aunque estaban siendo algo lentos.

El grupo de seres pasó de largo, excepto el que iba más atrás. Entró por el callejón, siguiéndonos. Estaba cansada de correr y ya me dolía respirar. Estaba a punto de rendirme, después de todo ya no tenía a nadie. Ellos habían acabado con mi familia, quizá ya no había nada más por lo que luchar.

Mi compañero me tiró de la mano obligándome a correr más rápido. En ese mismo momento el *H.E* tiró de mis cabellos sin lograr atraparme, llevándose consigo unos cuantos y arrancándome un grito de dolor y desesperación.

—¡No dejaré que te rindas! —gritó mi amigo. Se le escuchaba tan agotado como yo, y no era de extrañar. Durante los estudios de la carrera habíamos hecho la apuesta de cuidar nuestra salud, y él no podía descuidarse en la comida porque enseguida aumentaba unos cuantos kilos. Si salíamos de ésta sin duda se pondría a dieta.

Marcos estaba en mi casa en el momento del ataque. Era de madrugada y estábamos por ir al laboratorio a continuar con nuestra investigación, que trataba sobre una sustancia natural altamente tóxica y que podría funcionar como arma biológica para acabar con los «humanos evolucionados». Fue cuando nos percatamos de las alarmas y del grupo de seres que corrían atacando a las personas. Los de seguridad ciudadana iban tras ellos, disparándoles sin parar. Todo era un caos.

Mi amigo tiró una vez más para acelerar el paso, pero otro ser apareció de sorpresa por un costado, embistiéndolo. Le mordió el brazo en el acto, haciéndolo soltar gritos y palabras ofensivas. Grité desesperada. El *H.E* que venía detrás de nosotros se lanzó contra el otro, separándolo de Marcos, y se pusieron a luchar por su presa.

Aprovechamos ese momento para volver a huir. Él estaba herido. Esos salvajes tenían una mandíbula poderosa, podían arrancar musculo y piel si así lo querían, aunque la herida

de mi amigo no parecía ser demasiado profunda ni grave.

—Separémonos, yo los distraeré.

—¿Qué?! ¡Estás loco!

—No seas tonta, mi sangre los atraerá, debe... —Nos detuvimos de golpe al darnos cuenta de que el callejón terminaba ahí. Estábamos acorralados. Volteamos y los dos seres estaban parados detrás a unos metros, podía verles ansiosos por lanzarse sobre nosotros.

—Vaya, salió mejor de lo que pensé —dijo uno, lucía sus colmillos con una sonrisa.

—Yo los vi primero, así que no te metas. —El otro ser se preparó para saltar hacia nosotros. Podía ver la fuerza de sus músculos tensándose bajo su ropa. Un rugido bajo empezó a sonar desde su pecho y salía de entre sus dientes.

Sí, también gruñían y rugían. «¿Algo más, madre naturaleza?»

Era el fin. Agarré del brazo a Marcos, lista para recibir —por lo menos— una muerte rápida. El H.E corrió hacia nosotros, cerré los ojos aterrada. Marcos me envolvió en sus brazos apretando fuerte. Todo acabaría muy pronto.

Pero de repente sonaron disparos. Abrí los ojos, ambos estábamos estupefactos. Los de seguridad nos habían alcanzado también y habían acabado con el ser que iba a atacarnos. Mientras, el otro aún intentaba dar pelea hasta que también lograron dispararle y abatirlo. Yo respiraba agitada, retrocedí hasta chocar con la pared detrás de mí y me deslicé hacia el suelo abrazando mis rodillas. En ese momento los de seguridad se encargaron de atendernos.

Pasaron un par de días. Ambos nos refugiamos en un edificio del estado, al menos hasta que detuviesen a todos los seres infiltrados. Uno de los del personal insistía en que volviese al laboratorio en cuanto todo acabase, habían capturado un H.E y querían que lo estudiara porque éste tenía algo diferente. «Vaya, algo diferente ¿eh?». En sí mismos ya eran un problema, si mutaban podría incluso empeorar la situación.

Una vez que se restableció el orden y las personas pudieron volver a su «casi» vida, fui con Marcos al laboratorio. Me encaminé a la sala en donde esperaba aquel H.E del que me hablaban sin parar. Aún me sentía un poco atormentada por el día del ataque, a pesar de haber escapado de esas cosas, que a mi parecer no podían considerarse humanas aunque

pudiesen razonar tan bien o mejor que una misma.

—Espero que lo tengan bien sedado —dije un poco alarmada. Esos humanos evolucionados eran letales, altos y musculosos, pura fibra igual que un animal salvaje. Y por mí, que no se me aparezca ninguno vivo nunca más. Aunque esa opción era utópica pues existía la posibilidad de que un día me matara uno de ellos.

Entré tan distraída recordando lo que pasó que no me percaté. Las personas que lo rodeaban se retiraron para darme pase.

—Oh...

Me quedé plantada. Era un simple muchacho, vestía una bata de hospital y estaba atado a la camilla, las correas le sujetaban todo el cuerpo. Parecía de mi edad, quizá un par de años más. Cabello y cejas color castaño oscuro casi negro, que contrastaban con su tez blanca. Apuesto, sin duda, debía admitir. Me miraba con rencor y noté el verde de sus ojos, bastante intenso, pero a mi vista no dejaba de ser humano, era un joven normal.

—Le hemos hecho muchos exámenes. Todo parece estar en orden, pero sigo sin entender... —El doctor se debatía entre sus dudas—. Podría jurar que era uno de ellos —agregó atormentado.

—Entonces libéralo, ¿qué esperas? —dije negando con la cabeza, desaprobando toda esta situación, y me acerqué al joven que me miró con algo de sorpresa.

—Eso no es posible —replicó Marcos—, no hasta que salgan los resultados del examen de ADN.

—Claramente es un humano —repuse mientras desataba las correas de sus brazos, él aún me miraba—, los H.E no pueden ocultar su forma, sobre todo las pupilas rasgadas. Además, si fuera uno, ya habría roto estas correas y nos habría asesinado en cuestión de minutos, prácticamente eso no lo pueden controlar. —No tenía ni garras, ni era un mastodonte musculoso.

—Pues no sabemos si han evolucionado o cambiado de algún modo...

—¡Ja! Sí, claro.

Todos nos volvimos a mirar al muchacho que acababa de contestar de esa forma repentina. Su voz era grave, elegante y amable. Era de esas voces que imponían y hacían vibrar. Una voz como esa era rara, los H.E tenían la voz así, pero muchos humanos

también, por eso era un detalle descartado en los estudios. Al tener nuestra atención continuó.

—¿En serio creen que la evolución se da rápido en la naturaleza? Ya les he dicho, pierden el tiempo, no soy uno de ellos.

—No mientas —dijo el doctor, aturdido—, te vi, no puedo equivocarme. Me empujaste y...

—Y se golpeó la cabeza —dijo educadamente el chico, pero ya casi sin paciencia.

—Pero vi tus pupilas, eran rasgadas.

—Le salvé la vida —recalcó con expresión seria.

—¿Cómo fue que lo capturaste? —le pregunté al doctor.

—Después del golpe se me nubló la vista, y cuando me repuse él estaba a mi lado, le había caído una viga de madera encima. Creí que estaba muerto pero no, así que lo trajimos.

—Le han hecho todo tipo de análisis y placas de rayos X —dijo Marcos—. Al parecer está intacto, eso es raro así que aunque no tenga la apariencia típica de los H.E, no podemos arriesgarnos, tendrá que estar aquí los tres meses hasta que obtengamos un resultado del ADN.

No pude evitar sentir lástima por aquel joven. Era muy probable que estuviera aquí por un error, ¿hasta dónde había llegado nuestra paranoia? Volví a mirarlo y él también me miraba. Sus ojos eran hermosos, ese verde de sus iris era bastante penetrante, como el verde de las hojas de las plantas bajo la luz del sol. Contrastaban a la perfección con sus muy oscuras cejas. Marcos tomó unos papeles y comenzó a leer en voz alta, me costó retirar la mirada del chico para voltear a ver a mi amigo.

—El sujeto dice no recordar mucho de su pasado antes de ser traído aquí. Tiene veintidós años, responde al nombre de Jonathan Antonio, sostiene que estudió ingeniería pero no hemos hallado documentos o información que validen eso...

—¿Veintidós años y dice ser ingeniero? —pregunté sorprendida.

—Ingresé joven, eso es todo —dijo el chico, con su voz serena y una leve sonrisa dirigida hacia mí.

No pude evitar corresponderle el gesto.

—Bueno, yo también ingresé joven y terminé igual que tú. Ahora tengo veinticuatro años.

Marcos se aclaró la garganta y volví a mirarlo, frunció el ceño y me tomó del brazo. Salimos de la sala.

—¿Qué haces? Es sospechoso de ser uno de esas cosas asesinas, ¿y tú empiezas a fraternizar con él?

—Entiende, he estudiado bien a esos seres. Él es una persona normal, ¿no lo ves?

—Hay algo raro en él, no me gusta.

—Oigan, ya está todo listo para su estancia —nos interrumpió otro de los trabajadores. Me quedé sorprendida, no sabía que iba a quedarme aquí.

—¿Q-qué? No nos han dicho nada. —Marcos estaba tan sorprendido como yo.

—Supimos que sus viviendas fueron casi destruidas por las fuerzas del ejército, con su afán de acabar con los seres esos —se apresuró a explicar—. Sin embargo el personal consiguió algunas de sus pertenencias y ya tenemos... Bueno, mejor síganme.

El hombre nos guió hasta el otro pabellón del laboratorio mientras yo seguía horrorizada al pensar en mi única casa destruida. Habían improvisado nuestras habitaciones en las grandes oficinas del ala este de la edificación. Me mostraron mi «habitación - oficina», y estaba bastante pasable. Una cama en medio, una cómoda, había un escritorio también y ropa en el closet.

—Disfrute de su estancia —dijo el hombre y se retiró.

Suspiré y no pude evitar recordar aquella mirada de verde intenso, ¿dónde le harían pasar la noche?

—¡Marien! —chilló una jovencita y corrió a abrazarme. Rosy García, mi asistente. Esta chica llena de alegría era mi dosis de alivio diario y aunque la situación fuera tensa, ella evitaba que cayéramos bajo el estrés con sus comentarios, muchas veces fuera de lugar pero bastante refrescantes. Tal vez nunca sabría si era consciente de ello o era distraída en verdad—. ¡Estaba muy asustada por ti cuando supe que habías estado en la

zona de ataque! ¿Por qué no me llamaste?

—Perdón, no sabía que te habías enterado y...

—¡Oye! —Interrumpió, claramente emocionada—. ¿Has visto al joven que capturó Julio?

—Ah, sí. Tiene la duda de que él sea...

—¡Es guapísimo! —volvió a interrumpirme. Yo la miraba sorprendida—. Qué importa lo que piensan, así sea un H.E, no me importa que me lleve. Además ellos deben ser salvajes en la cama...

—¡Ah! Claro, debí suponerlo viniendo de ti. —Le sonreí sin poder creer lo que había escuchado, esa chica de oscuros rizos era imparable.

—Bueno, me alistaré para dormir. Descansa. —Fue a su habitación.

Respiré hondo. No podía aguantar la curiosidad. Salí al pasillo y volví a dirigirme hacia la zona de los laboratorios. El ala oeste había sido cerrada bajo candado, pero yo poseía las llaves gracias a que formaba parte de la investigación. Avancé lentamente tratando de no hacer ruido. Aunque, si él fuera un H.E, de nada me serviría tanta cautela pues me estaría escuchando en este momento.

La habitación se encontraba con la puerta medio abierta, me asomé apenas para asegurarme. Aún no podía creer que intentaba espiarlo, me sentía como adolescente. Pronto todos mis pensamientos se dispersaron y quedé conmocionada. Él se encontraba mirando por la ventana hacia la media luna que iluminaba apenas su rostro con esa bella y tenue luz, su perfil era muy hermoso pero lo primero que había notado —y la razón de mi sorpresa— era una lágrima brillante que recorría su mejilla.

La puerta crujió y di un ligero brinco, asustada, al mismo tiempo que él volteaba a mirarme completamente sorprendido. Limpió la lágrima con su antebrazo y se dirigió a una silla.

—Perdón, no sabía que vendrían a hacerme alguna otra prueba. —Estaba con el ceño fruncido, ya no vestía la bata de hospital, tenía una camisa blanca y jeans.

—Ah... no, no, perdón. Sólo pasaba inspeccionando, no más exámenes.

Miró hacia mí con incertidumbre, quizá porque no esperaba escuchar la voz de una

mujer. Eso significaba que al estar a oscuras no había sabido quién le observaba, una prueba más de que no podía ser un H.E.

Se puso de pie y se acercó. Llegó hasta mí y no pude evitar sentir nervios al ver cómo apoyó su mano en la pared de mi costado, pero pronto me di cuenta de que lo había hecho para prender la luz. Cuando la habitación se iluminó por completo y pude ver sus ojos de verde intenso clavados en mí, también vi que estaba algo sorprendido. Era más alto que yo, me llevaba una cabeza o un poco más. Mostró una media sonrisa.

—Hola, creí que ya te habían castigado por hablarme —murmuró apenas con esa bonita voz. Sonreí, pues al parecer no fui la única en pensar que Marcos había exagerado —, ¿quieres llevarle la contraria a tu amigo? —Se alejó y volvió a la silla, la giró para que el respaldo mirara hacia mí y se sentó apoyando los antebrazos en éste—. ¿Y bien? — Señaló la cama—. Si gustas sentarte... No muerdo...

Capítulo 2: Ojos verdes – 2

¿Me había dicho que no mordía? Ni que fuese un H.E. Por un milisegundo me lo imaginé mordiéndome el labio y sacudí la cabeza como loca. «¡¿Pero qué rayos?!»

—Ah, sí. —Qué terrible, estaba nerviosa, eso no era normal en mí.

Me senté en su cama, y volvió a mostrar su media sonrisa mientras reacomodaba la silla en mi dirección.

—Así que no más pruebas.

—No, descuida, hablaré con ellos y te haré salir pronto de aquí.

Su semblante no mostró alivio como yo esperaba, frunció el ceño y miró al suelo.

—No han venido por mí, eso significa que no tengo a nadie... ni a donde ir. No sé qué pasó, no puedo recordar nada sobre eso. Sin embargo sí recuerdo otras cosas... Todo es muy confuso.

—Era por eso que... —Señalé mi mejilla, tratando de hacerle recordar la lágrima pero escondí mi mano enseguida, arrepentida. Ese no era mi asunto.

Soltó un leve suspiro, pasó su mano por su cabello y la dejó ahí.

—Me viste, ¿verdad? —Recostó su rostro en sus brazos sobre el respaldo de la silla—. Sí... era eso, la incertidumbre... —Sus ojos de intenso verde estaban llenos de impotencia.

—Descuida, entiendo. Mis padres tampoco están.

—Lo siento.

—No, es decir, ya pasó. Yo... —Me fue difícil articular las palabras, toda esa tensión había vuelto a mí—. Es culpa de los humanos evolucionados... Odio a esos seres.

Alcé la vista y él me miraba atento, apenas sin parpadear. Se levantó lentamente, dejó la silla a un lado y se acercó. Me di cuenta que de mis ojos habían brotado un par de lágrimas y amenazaban con caer por mis mejillas, me las limpié avergonzada. Había revelado un lado mío que jamás le había mostrado a nadie, y apenas lo conocía, pero era muy tarde para retroceder. El hecho de que mi casa había sido destruida me estaba afectando también en ese momento. *Tantos recuerdos en ella.*

—Y... ¿Qué pasó? —Se sentó en la cama también, algo separado de mí.

—Mis padres siempre estuvieron fascinados con esos humanos especiales. No eran partidarios de ideas como intentar amarrarlos y hacerles experimentos, creían que podrían apelar a su lado humano. No creían que habiendo evolucionado, o mutado, habían perdido su humanidad o bueno... como dije, eso creían, pero... —Nuevamente, el nudo en la garganta me dificultó hablar—. Hubo un ataque y los seres que estaban a su custodia aprovecharon la distracción y los mataron... o quizá fueron otros. De todos modos el plan de los que atacaron era rescatar a los que estaban ahí presos. —Respiré hondo, ya no había lágrimas. Me puse de pie y él me siguió—. Perdón, no necesitabas escuchar eso...

—No, está bien. Debes desahogarte de vez en cuando. —Posó su mano en mi hombro tratando de darme ánimos.

—Esto no lo he contado... salvo a Marcos.

—¿Tu amigo el posesivo? —Lo miré y sonrió.

Tenía una bonita y atractiva sonrisa, no pude evitar sonreírle también. Sacudí la cabeza en negación.

—Sólo se preocupa por mí, es mi amigo desde la universidad.

—Ah, en la «zona del amigo».

Reí un poco. Nunca había pensado así, no tenía tiempo de pensar en el amor. Justo ahora me sentía una amargada, una vieja amargada.

—No, no he pensado en esas cosas —dije entre risas. Me aclaré la garganta, no debería estar riendo—. Eso ya vendrá por sí solo.

—Claro. —Me dio un par de suaves palmadas en el hombro y se alejó un poco, observándome—. Eso vendrá solo. Eres buena, descuida.

—Gracias. —Sentí cómo me ruborizaba—. Bueno, te dejo descansar. Aquí ya te han dejado bastante ropa y veré que de ahora en adelante estés como uno más de nosotros.

—Gracias. —Volvió a ofrecerme una sincera sonrisa.

—Descansa.

—Buenas noches, señorita.

Volteé rápidamente. Salí y me dirigí a mi habitación, había sido un largo día. Ese joven no podía ser un H.E, ni siquiera tenía colmillos. Pero no era por eso que pensaba en él, en verdad tenía algo, o es que quizá ya estaba paranoica.

Al día siguiente, desperté temprano. Mientras me cepillaba el cabello frente al espejo quedé mirándome, hacía tiempo que no lo cortaba. Los mechones castaños, similares al color chocolate, me llegaban casi a la cintura. Lo amarré en una cola alta para que no me molestara en la cara.

Tuvimos una reunión para hacer un conteo de las cosas que sabíamos. Nos encontrábamos sentados alrededor de una larga mesa rectangular. El doctor jefe y líder de la investigación, Carlos, iba a la cabeza.

—Bien, en cuanto al individuo sospechoso...

—Debemos retenerlo aquí, no sabemos aún si es un humano —interrumpió Marcos. El doctor se aclaró la garganta—. Lo siento, continúe —murmuró mi amigo, avergonzado.

—Concuerdo en que debe permanecer aquí, pero dadas las circunstancias... por el momento se le considerará humano.

—Sí —exclamé para mí misma.

Marcos me oyó y se mostró ofendido, Rosy también sonrió feliz por la noticia.

—De todas formas se le mantendrá vigilado, así que no podrá salir de aquí sin alguien a su lado... ya que tanta confianza le tienen —dijo mientras me miraba.

Había tomado en cuenta la conversación que tuve con él anteriormente, en la que le pedí que no fueran tan severos. Que, según lo que había estudiado, él no podía ser un H.E y que debíamos ser más tolerantes.

—Me ofrezco como su vigilante —aclaró Marcos mientras levantaba la mano.

—Como guste, cualquiera puede ir con él. Ahora, sin más preámbulos, hablemos sobre la investigación. Doctora Ramos, por favor...

—Sí. —Tomé mis notas—. Como ya sabemos, esta toxina botulínica es de tipo H. Un gramo de ésta puede matar a dos mil millones de hombres. Los «humanos evolucionados» son más fuertes que nosotros, pero esta sustancia es la horma de su zapato. Desde que se nos otorgó el permiso para comenzar la investigación casi hemos logrado poner la toxina de forma que pueda ser dispersada con un misil de larga distancia. El problema es que no se nos otorga el permiso para experimentar y por el momento el ejército no piensa apoyar. Así que aprovechamos para perfeccionar la forma de dispersarlo sin disminuir su potencia hasta que el gobierno nos de nuevas instrucciones.

—Es verdad —contestó el doctor—, hay mucha polémica aún en cuanto a lo que se debe hacer. Está claro que debemos ponerles un límite a esos salvajes, pero hay muchas sociedades protectoras que buscan meterse e interferir.

La reunión culminó al cabo de unos minutos. Nos dirigimos al comedor, era hora de almuerzo. Pasamos con nuestras bandejas sirviéndonos nuestra porción de comida y después nos fuimos a sentar. Marcos se sentó a mi lado y Rosy en frente, alzó la vista y sonrió. Me hizo señas para que mirase algo.

—Ahí está nuestro pequeño recluso —dijo conteniendo la emoción.

Él se veía confundido. Se dirigió a una mesa vacía de un extremo del comedor. Volví la mirada hacia mi plato de comida, sentía deseos de llamarlo. Continuamos comiendo en silencio, Rosy mantenía una media sonrisa tímida, y Marcos la miraba más ofendido que antes.

—Está mirando hacia acá —comentó ella, algo ruborizada.

—Ya basta, pareces colegiala —replicó Marcos.

—Tú calla —le respondió a la vez que le lanzaba una alverja a la cara.

Volteé y él tenía sus ojos verdes clavados en mí, sonrió un poco. Antes de que pudiera hacer algo, Rosy salió disparada y le dijo unas palabras al llegar a su lado, él se puso de

pie y jaló su bandeja para venir con ella.

—¿Lo está trayendo, verdad? —preguntó Marcos completamente incómodo.

—Sí.

Llegaron. Rosy se sentó, y él a su lado. Nos sonreímos.

—Así que... ¿Jonathan o Antonio? —le preguntó mi amiga.

—Um... no me gusta ninguno, pero suelo usar más Antonio —respondió con esa profunda y suave voz.

Rosy sonrió. Iba a decir algo cursi o tonto.

—¿Puedo llamarte Antoni? —«*Lo sabía, algo tonto*».

Antonio la miró confundido.

—Eh... buen...

—¡Genial! —exclamó ella sin dejarlo terminar de hablar.

No la había visto antes así, era obvio que él le gustaba. Eso me hizo sentir levemente incómoda, nunca me había sentido así, era incómodo en todos los sentidos.

—Creo que te debo las gracias —me dijo él, sacándome de mis pensamientos.

Me miraba de forma dulce. Sonreí y asentí con un gesto de la cabeza.

—No fue fácil, pero tal y como te dije, mejoré las cosas para ti. —Bajé la vista y tomé otro bocado de comida.

—¿Que tú qué? —reclamó Marcos.

—No seas así Marcos, Marien ha hecho algo muy bueno —me defendió Rosy.

Marcos suspiró y siguió comiendo. Me sentía avergonzada, ¿qué pensaría Antonio? Lo miré y él mostraba una media sonrisa, sus ojos se dirigieron rápidamente a los míos.

«Rayos». Me había descubierto mirándolo. Tomó con curiosidad una botella que tenía cerca de mi plato.

—Es leche, prueba un poco —le dije. Me sentía más aliviada.

Empezó a tratar de leer lo que decía la etiqueta, al parecer tenía dificultad.

—¿Eres corto de vista? —Rosy me robó la pregunta de la boca.

—No, no... —dijo él, y abrió la botella.

Marcos dejó el tenedor.

—Es curioso. Animales como los felinos, por ejemplo, tienen pupilas rasgadas. En el día las tienen contraídas para evitar que el exceso de luz les impida ver bien... al igual que los H.E —comentó. Tenía un gesto triunfal.

Resoplé.

—Marcos...

—Yo sólo decía —dijo mientras levantaba brevemente las manos, declarándose inocente.

Antonio nos sorprendió a todos riendo un poco. Su risa era elegante, tan varonil, tal y como la había imaginado.

—Saben bastante sobre ellos, me sorprende —dijo al final.

—Oh sí, he abierto muchos de sus cuerpos también —le contestó Marcos.

Llevé la palma de mi mano a la frente, avergonzada.

—Ya lo creo —dijo Antonio completamente tranquilo, pero había algo siniestro en su mirada. Tomó un sorbo de leche y quedó mirando la botella—. Qué rico —murmuró mientras aún la veía.

—¿Nunca has probado la leche? ¿De qué planeta eres? —le preguntó Marcos con una sonrisa de satisfacción.

—N-no, no recuerdo haberla probado —sacudió la cabeza—, probablemente está dentro de las tantas cosas que no recuerdo —meditó mientras volvía a poner la botella a mi lado.

—Tómala toda si gustas —le dije mientras lo miraba de forma dulce.

Me regaló una espléndida sonrisa.

—Eres como un gato —le dijo Rosy—, tienes esos ojos verdes tan atractivos y te gusta la leche...

Él la miró y sonrió, negó con la cabeza y volvió a tomar la botella. No dejó de tomar la leche de sorbo en sorbo hasta que la terminó, pude ver cómo se relamió el labio superior completamente satisfecho mientras aún sostenía la botella frente a su verde mirada. Me reí en silencio y volví a concentrarme en mi comida.

Capítulo 3: Fuera de la realidad

Las noticias de otro ataque estaban en boca de todos, esta vez había sido en otra ciudad. La gente exigía acción de parte del gobierno para controlar a esos salvajes pero el gobernador pedía paciencia alegando que estaban en ello. Claro, nosotros estábamos trabajando con una de las posibles soluciones, esa poderosa toxina de la cual sostenía una gota ahora en una hipodérmica.

—¿Ya? —pregunté nerviosa.

—Dame un segundo —pidió Marcos mientras acomodaba una probeta con otra sustancia con una fórmula similar a la del agua—. Listo...

Puse la sustancia en un aparato especial que la iba a dispensar de forma perfectamente racionada. El aparato aplicó una millonésima parte en la probeta.

—Ahora al ratón... —exclamó entusiasmado.

—Hazlo tú —dije mientras alzaba las manos y me retiraba.

Cómo detestaba tener que aplicarles esa cosa a los pobres animales. Queríamos ver cuánto se requería diluir la toxina para que tardara en actuar y diera opción de ser atacada con un antídoto y así salvar a la víctima, en caso de que ocurriera una infección no deseada si realizábamos un ataque. Pero hasta ahora la muerte de los animales seguía siendo muy rápida y no daría opción de salvarlo. Claro está que tomábamos eso como referencia para ver cuánto tardaría en un humano, y claro, seguía siendo un tiempo escaso. El otro hecho era que no había un antídoto eficaz que pudiera detener la toxina de forma rápida.

Hacía siglos que la habían estudiado, pero toda información se perdió con la tercera guerra mundial y los desastres naturales causados por el calentamiento global.

Vi el reloj y sonreí, al fin había acabado la jornada.

—Los veo en el comedor —les dije a mis compañeros y salí.

Este era el segundo día entero que pasaba aquí. Me dirigí a mi habitación primero para

cambiarme e ir a cenar algo ligero, para dormir tranquila y no soñar que me perseguían. Me pregunté fugazmente cómo estaría nuestro pobre prisionero. Hoy también nos acompañó en el almuerzo porque Rosy lo había jalado. Me preguntaba si él querría estar con nosotros en verdad, lo dudaba. Además, debía estar desesperado por recuperar su memoria.

Me saqué la bata del laboratorio y solté mi cabello, éste se había enredado un poco así que intenté tomar el cepillo de forma tan torpe que golpeé el perfume y se vació un poco sobre él.

Lo enderecé enseguida.

—Rayos —susurré.

Me cepillé el cabello con prisa y salí, al menos olería bien. En el comedor se encontraban mis compañeros y amigos pero... él no. Me encogí de hombros. Ya vendría, y Rosy lo jalaría nuevamente. Me senté mientras meditaba el hecho de que Rosy parecía bastante interesada en él. «Antonio». Pensar en su nombre me causaba una rara sensación, me provocaba curiosidad.

Desde que lo había visto me había agradado, de esos casos algo tontos en los que conocías a alguien y sentías que era de fiar, como que su energía compatibilizaba con la tuya y te atraía como un imán. Como si fuera alguien que conocías de toda la vida y con quien podías ser tú mismo.

Sacudí la cabeza. ¿Yo pensando en esas cosas? El chico me agradaba y me daba curiosidad pero nada más. Como mi vida era tan monótona, su presencia era algo refrescante. Me di cuenta de que habíamos casi terminado de cenar y él no había llegado. Tensé los labios. Iría a buscarlo y traerlo para que comiese, como si de un hermano menor se tratase.

Caminé con tranquilidad hasta llegar a su habitación. Estaba cerrada. Suspiré.

«¿Qué rayos hago? Apenas lo conozco, ¿qué rayos hago aquí? Bueno, sólo le diré que puede ir a cenar si gusta.»

Di un toque, la puerta no había estado con llave y se abrió. La luz estaba encendida y me asomé. Lo primero que vi fue la ventana abierta.

«Ay no, ¿se escapó?»

Me acerqué casi a paso ligero y me apoyé en el marco. La ventana daba hacia un jardín con una reja a varios metros que delimitaba el terreno. Era tan fácil escapar de aquí, no era una cárcel o un manicomio después de todo, y el pobre debía haber estado desesperado por salir a buscar a su familia. ¿Cómo no se les ocurrió? Debieron dejarlo en vez de tenerlo preso con la tonta sospecha de que pudiera ser uno de esos monstruos...

—Hola...

Solté un corto grito y brinqué del susto. Volteé enseguida y me topé con esos ojos intrigantes y una divertida sonrisa, empezó a reír un poco. Vaya, seguía asombrándome, qué bonita y elegante risa.

—Perdón, te asusté —dijo.

—No, no... Bueno, un poco. Creí que... ¿Dónde estabas?

—Detrás de ti, esperando a ver qué hacías. —Se encogió de hombros, sonrió y arqueó una ceja—. ¿Querías escapar?

Reí levemente.

—No, claro que no.

—¿Segura? Por poco te avientas.

Volví a reír y volteé a cerrar la ventana. Qué vergüenza. ¿Pero cómo no me di cuenta de que estaba ahí? Había sido muy silencioso. Aunque, claro, fui directa hacia la ventana y me distraje pensando.

Una rara sensación me hizo reaccionar. Él estaba justo detrás de mí y había tomado de forma suave un mechón de mi cabello. Me ruboricé.

—Huele bien —comentó con total naturalidad mientras sus ojos encontraban los míos en el reflejo del vidrio.

Estaba claro, este joven era un misterio y era raro. Me volví para darle frente y le sonreí con amabilidad.

—Gracias, se me vació el perfume. —Sonrió, poniéndome más nerviosa de pronto—. Ah, vine a decirte que podías ir a comer algo al comedor... —Fruncí el ceño—. Bueno, ni

modo que al laboratorio —murmuré sacudiendo la cabeza por mi torpeza al hablar.

—No tengo hambre, pero si tú aún no cenaste puedo acompañarte.

—¿No comerás nada?

Se acercó a su escritorio y agarró una botella. Sonreí.

—Tomé esto —dijo enseñándomela.

—Te gustó la leche en verdad —comenté intrigada. ¿Qué clase de persona no recordaba haberla probado en su vida?—. Ven, sígueme.

Salimos de su habitación y nos dirigimos al comedor. No podía estar satisfecho sólo con leche, quizá había ido muy temprano, cuando aún no habían preparado el resto de cosas.

Y tal y como lo supuse.

—Oh, no había todo esto cuando vine —murmuró observando la comida.

—¿Que no tenías hambre? —le dije sonriente.

—Bueno, había decidido no hacerle caso.

Reí entre dientes.

—Sírvelo lo que gustes, yo ya comí pero te acompaño.

Luego nos dirigimos a una mesa. Mis amigos ya no estaban, así mejor. Él se había servido algo de budín de pan, un sándwich de queso con jamón, ensalada de frutas, waffles y avena. Ya me estaba provocando.

—Tenías hambre —comenté casi para mí misma, mirando su bandeja.

Sonrió con una mueca culpable y un pensamiento se me cruzó por la cabeza. Quizá sólo nos había estado evitando por eso no se apareció por aquí, y lo peor, quizá le estaba incomodando y obviamente no me lo iba a decir.

—¿Quieres probar? —preguntó sacándome de mis pensamientos mientras sostenía un

pedacito de budín en el tenedor frente a mí.

Me ruboricé. ¿Me lo iba a dar en la boca? Asentí con la cabeza y me dio una cucharita, dejándome perpleja.

—Sabía que querías así que jalé esto para compartir.

Seguía perpleja, pero pronto empecé a reír avergonzada.

—Gracias —le dije sonriente aún.

Qué vergüenza, no podía creer que me había ruborizado creyendo que me lo daría en la boca como si fuéramos una pareja. Me relajé y tomé un poco de budín. ¿Pero qué rayos me pasaba?

—¿Sabes? Cuando entré a tu habitación creí que te habías escapado.

Soltó una corta risa.

—Ahora entiendo porqué casi te avientas, ¿ibas a perseguirme?

—No, claro que no, yo estaría de acuerdo con tu huida.

Me miró unos segundos con algo de sorpresa. Era guapo y de una especial manera, por eso comprendía que Rosy estuviera interesada en él. Su mirada me atrapaba, era penetrante, pero no parecía ocultar malicia ni malas intenciones. Me abrumaba, ese cabello y esas cejas oscuras hacían que el bonito color de sus ojos resaltara. Me pregunté de forma fugaz si sus padres lo estaban buscando, o quizá... una chica.

—Podría hacerlo —dijo a modo de reflexión—, pero ya dije que no tengo nada. Hay cosas que no recuerdo y quizá aquí logre algo, no sé.

—Y dime, ¿qué cosas no recuerdas?

Parpadeó unos segundos buscando la respuesta en su mente.

—No sé... ¿Cómo saber qué es lo que no recuerdo, si no lo recuerdo?

Quise golpearme la frente contra el tablero por mi estúpida pregunta. Claro. Usualmente no me comportaba de esta forma tan distraída pero, sin duda, él me abrumaba.

—Claro —dije sonriéndole avergonzada a la mesa, y recordé mis anteriores pensamientos, quizá él querría estar sólo—. Bueno. Creo que ya me retiro...

—¿Tienes algo que hacer?

—Eh... —No supe si mentir o no.

—¿No quieres seguir probando lo que tengo aquí?

Sonreí forzadamente con los labios apretados y me encogí de hombros. Quizá él sólo quería evitar a Rosy y a Marcos, ya que hoy en el almuerzo este último le hacía preguntas y trataba de sacarle algún dato que pudiera delatar alguna cosa sospechosa. Rosy, por su parte, trataba de preguntarle sobre gustos musicales y *tontería y media* a las cuales no contestaba. Mientras que cada vez que no lo estaban distraendo se ponía a mirarme.

Me ruboricé al recordar eso. Era verdad, hoy me había mirado bastante durante el almuerzo y lamentablemente me atrapaba viéndolo también. ¿Pero cómo explicarle que era sólo porque me causaba curiosidad?

—¿Todo está bien? —preguntó al verme meditar tanto.

—Sí, descuida. —Comí otro poco de budín—. Dime... ¿Me parece que hoy no te apareciste a la cena porque Rosy y Marcos te molestan?

Para mi sorpresa, soltó una corta y leve risa. Vaya, ¿había acertado? Sonreí.

Arqueó una ceja divertido

—Tal vez... —murmuró.

Esta vez reí yo.

—Bueno, son una molestia de vez en cuando pero así son. Por un momento pensé en retirarme porque quizá yo también te incomodaba. —Dejé de sonreír. Quizá también—. ¿Te incomodo?

—Claro que no —respondió sin vacilar ni un segundo.

—Ah, bien. Si lo hago no dudes en decírmelo.

—Descuida.

En el televisor, que estaba plantado en lo alto de una pared, empezaron las noticias. Las víctimas mortales del ataque aún no habían sido contadas en su totalidad, pero ya se habían identificado diez. Suspiré y la tranquilidad se fue de mi interior. Cuántos más se acababan de quedar sin algún ser querido y nosotros aquí demorando con la investigación.

No era raro que tantos H.E hubiesen entrado en esa ciudad, estaba más al nor-este y la seguridad ya no se respetaba tanto como en las ciudades más cercanas a la capital. Al gobierno no le interesaba mucho la periferia del estado. Nosotros no teníamos esos problemas seguidos. Estábamos en lo que, hace más de un milenio, se llamó *Olmos*, y aunque el mar había cubierto la costa, aún no nos empujaba a la peor zona de *los Andes*, una cordillera de montañas.

—¿En verdad crees que todos los H.E son malos? —preguntó, volviéndome a sacar de mi mente.

Le dirigí la vista y él estaba serio, con sus penetrantes ojos clavados en mí. Volvió a abrumarme.

—No he visto lo contrario hasta ahora.

—¿Seguirán con su intento de destruirlos a todos?

—Bueno, tenemos la orden de seguir con la investigación.

—Es un poco... extremo, ¿no?

Suspiré.

—Tal vez, pero están matando gente y nosotros no les damos motivos para ello.

Tensó los labios.

—Algo han de querer. —Comió algo de ensalada de fruta que era lo único que quedaba—. Quizá también tienen miedo de lo que los humanos puedan hacer.

—¿Y por qué atacarían si tienen miedo?

—¿Qué hace un león si se ve acorralado? ¿Crees que se quedaría temblando?

—Bueno... No.

—Si acorralas a un venado, se queda temblando. Pero si acorralas a un depredador, atacará. Y según lo que he visto, ellos son depredadores, ¿no?

—Sí... tienes razón. Aunque claro, éstos son tan inteligentes como nosotros.

Sonrió con melancolía.

—La combinación perfecta, es como si fuera un juego y alguien estuviera disfrutando al haber puesto a dos especies inteligentes en un planeta para ver cómo se destruyen entre ellas.

Entristecí un poco.

—Sí, así pareciera.

Me acercó el tazón de ensalada de fruta y me sonrió con ternura.

—Come, y tranquila, estas cosas pasan. Si todo eso se solucionara con la angustia de la gente, el mundo sería distinto.

Suspiré y mis labios se curvaron en otra tierna sonrisa.

—Sí pues, por ahora a seguir.

Terminamos con la ensalada y nos encaminamos hacia las habitaciones, empecé a comentarle sobre diversas cosas.

—Como dije, a mis padres les fascinaban los H.E. Supongo que es así como también hay gente fascinada con grandes felinos, incluso grandes serpientes. Y los querían tener como mascotas.

Rió entre dientes.

—¿En serio?

—Sí, ¿no sabías? La mayoría terminaron siendo atacados por sus mascotas. Hoy en día

está prohibido por completo. Aunque, como sabrás, muchos gatos grandes ya no existen. Los tigres, por ejemplo.

Marcos salió de la sala de estar y pasó mirándonos con una ceja arqueada y bastante molesto. Le saludé con un rápido movimiento de la mano y una sonrisa de inocencia. Él no estaba de acuerdo con que Antonio anduviese con libertad, ¿pero es que acaso no veía que era un humano normal?

—Tu amigo me odia, ¿verdad?

—No le hagas caso.

—Intenta atraer tu atención —me miró de lado y arqueó una ceja—, no estará... ¿seduciéndote?

Reí.

—Dios, no —dije entre risas—. Sólo no quiere que te hable, cree que escondes algo.

—¿Y qué podría esconder?

—Ocurrencias de él, como que quizá eres un H.E disfrazado o alguien mandado por ellos bajo alguna amenaza para averiguar sobre lo que hacemos aquí...

—¿Tú crees eso de mí?

—Por supuesto que no. Los H.E no pueden mimetizarse. Es como si un gato pudiera cambiar sus pupilas de rasgadas a redondas a voluntad. No es posible... Además, lo único que hacen frente a un humano es gruñir, hablar poco y atacar. Nos odian tanto que no lo pueden contener, parece instinto más que todo.

—Y, que yo sepa, no soy alguien mandado.

—Perdona a Marcos, él es así.

—Le preocupa que te pase algo...

—Sí, tal vez. Es mi amigo y sabe cómo soy a veces: media ingenua, depresiva en ocasiones... y, según él, soy algo infantil y confiada...

—Entonces... confías en mí —dijo casi en un susurro y se aclaró la garganta—. Aunque confíes también en muchas otras personas...

—Oh no, confío en ti pero no del modo que acabas de suponer, no como en uno más. —Me empecé a ruborizar. Qué fastidio—. Confío en ti de distinta forma —me encogí de hombros—, siento que eres buena persona.

Me mostró una espléndida sonrisa y se recostó en la pared al lado de una puerta, era su habitación. ¿Cómo es que no me di cuenta de que ya habíamos llegado aquí?

—También siento que eres una buena persona...

Sonreí un poco.

—Bueno... te dejo dormir, ya debo irme.

—Claro —abrió su puerta—. Buenas noches, señorita —me despidió en tono casual con esa voz suave, grave y elegante.

Reí en silencio.

—Descansa —respondí.

Me alejé sin retirarle la mirada. Él siguió recostado en la pared mirándome también, de forma penetrante pero amable. Le retiré la vista y continué caminando ruborizada para luego voltear fugazmente. Seguía mirándome, esta vez con curiosidad. Vaya manera de tener fija la vista, acechaba... como un depredador, qué raro joven. Continué mi camino sintiendo aún sus ojos sobre mí. Al voltear por el pasillo suspiré.

No me incomodaba su mirada, de hecho me atraía y atrapaba.

«En fin, no era su culpa tener esos ojos y esas cejas y esa mirada...»

Sacudí la cabeza, ¡otra vez pensando así de él!

Recordé su despedida. Rosy se moriría si él le hablara así. Y lo decía tan natural, que si lo estaba haciendo sólo por galantería pues no parecía. Hacía mucho que los jóvenes dejaron de ser educados o caballerosos.

Al llegar a mi habitación me di cuenta de que él me había hecho casi olvidar la

situación caótica que ocurría hoy y todo en general. Era una buena dosis de distracción, y como no le incomodaba estar conmigo al parecer, iría a verlo seguido, podría ser plagosa pero me causaba curiosidad.

Capítulo 4: Ataque inesperado

Transcurrieron unos cuantos días. Me encontraba con Antonio en su habitación, por lo menos tenía ese momento con él y que Rosy no podía acapararlo. Ella no sospechaba que venía aquí.

—En verdad tienes esperanzas en esa toxina —me dijo y tomó otro sorbo de leche.

—Sí, bueno. Fue descubierta hace más de mil doscientos años, si no me equivoco. Estuvo guardada y escondida con recelo. Tardó años que Carlos lograra acceder a ella y que luego consiguiera un equipo de trabajo: nosotros. Yo fui la última en aceptar... después de que me rogaran un buen tiempo.

—Deberían tener más cuidado, se les puede salir de las manos, ¿qué tal si respiras algo de esa cosa por accidente o...?

—No —le interrumpí—, no entramos en contacto sin el equipamiento especial, y si pasara algo pues... al menos lo intenté.

—¿Morirías por esa investigación? —preguntó muy sorprendido.

—Bueno —dudé al ver su expresión—, trato de no morir pero... si llega a pasar pues qué más da, una guerra se aproxima.

Frunció el ceño.

—Me parece que el gobierno amenazó con atacar a los H.E con toxinas, así que de algún modo ellos ya están enterados y no tardarán en querer poseerlas, pero...

—¿Están aguardando?

—O planeando la forma de obtenerlas. —Puso sus dedos en su mentón en un gesto pensativo.

—Sí, ese fue un pésimo movimiento del gobierno. En fin, será mejor que ya me vaya. —Me puse de pie.

Habíamos estado sentados en su cama, la distancia entre nosotros se había acortado un poco más.

—Buenas noches, señorita —me despidió como siempre lo hacía mientras me mostraba una dulce y amable sonrisa.

Le devolví el gesto. Fui hacia mi habitación. Me sentí tensa, era verdad, una guerra se aproximaba, ¿estábamos en verdad dispuestos a contaminar el planeta de esa forma? Esa toxina no debía ser usada ni para esas causas. Pronto el agua cubriría más porciones de tierra, venía quitándonos territorio desde que el calentamiento global inició. Ahora estaban en proceso de revertirlo y detenerlo, el mundo se había unido en un solo gobierno. Hubo muchos conflictos y guerras por eso, la tierra fue un caos por muchos años. ¿Valía dañarla más?

Ya en mi habitación, empecé a alistar mi pijama, y al cabo de unos minutos ya estaba lista para dormir. Alguien tocó mi puerta y fui a abrir, Rosy estaba ahí cruzada de brazos.

—Vine a verte tres veces, ¿por dónde andabas? —Estaba impasible.

—¿Y por qué la urgencia? —respondí.

Me miraba de forma suspicaz.

—Sólo curiosidad, no es la primera noche que no te encuentro.

Resoplé y empecé a arreglar mi cama.

—No es nada.

—¿Te estás viendo con alguien? —Sonreía sintiéndose cerca de la respuesta.

—Claro que no. —Mi tono de voz no me ayudó.

Abrió los ojos como platos.

—Antoni —susurró, poniéndome nerviosa. Había *metido la pata*.

—No... —Nuevamente no la convencí.

Salió disparada de mi habitación y la seguí enseguida. La encontré tocando la puerta de él. Me acerqué y la tomé del brazo para sacarla de ahí pero la puerta se abrió antes de poder desaparecerme.

Ahí estaba él frente a nosotras, con el torso desnudo, usando sólo pantalón. Me ruboricé de vergüenza y seguro Rosy estaba igual. En verdad era alto y de contextura normal, pero sus músculos estaban bien marcados. Quedé sorprendida, estaba en buena forma. Los hombros anchos, caderas estrechas. «*Vaya hombre*». Nos habíamos quedado embobadas como dos completas idiotas por un par de segundos. Nuestra carrera implicaba haber visto cuerpos desnudos casi seguido, pero no había estado frente a... Bueno, uno vivo, por la especialidad que había tomado.

—¿Sucedió algo? —nos preguntó haciéndonos reaccionar.

—Perdón —dijo Rosy, sonriéndole—, puerta equivocada.

Me empujó y echamos a correr de vuelta a mi habitación como dos locas. Entramos, ella cerró la puerta y quedó mirándome sorprendida.

—¿Te estás acostando con él? —preguntó casi horrorizada.

—¡Por Dios, claro que no! —exclamé.

Noté cómo se aliviaba de pronto. Se mordió el labio.

—Él me gusta —declaró avergonzada.

Resoplé.

—Sí... lo he notado.

—Pero si te gusta también, entonces...

—No —le interrumpí—, no. Descuida, sólo conversamos... Nada especial.

No me sentía bien al verla preocupada por esas cosas. No tenía cabida en la situación actual y yo no podía permitirme sentir nada, la humanidad se enfrentaba a algo grave. No había tiempo para amores sin sentido, ni para empezar a actuar de maneras infantiles.

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—Quizá a él le gustas.

—No, en serio, todo está normal.

—Lo veo mirarte sin parar todos los días —insistió—, como si acechara.

—Rosy... ya, no lo creo. Además es de tu edad, no de la mía —aclaré, como si ese dato fuera trascendente.

Miró al suelo, apretó los labios y se encogió de hombros.

—Bueno, a ver qué pasa. Te dejo descansar —me dijo ya de un mejor ánimo.

Le sonreí, nos abrazamos y se fue.

La luna estaba en lo alto del cielo. Me encontraba caminando por una calle oscura, unos ojos brillantes me cuidaban las espaldas y de algún modo me sentía segura. Me detuve de pronto al oír un bajo gruñido más adelante, el ser que iba detrás de mí también empezó a gruñir y pude ver sus colmillos relucir bajo la luna.

Abrí los ojos, estaba en mi habitación. Los gruñidos aún retumbaban en mi cabeza, los había escuchado tanto que mi cerebro los reproducía a la perfección en mis pesadillas. Suspiré y miré al techo, sólo soñaba tonterías.

Estaba volviendo a cerrar los ojos cuando un fuerte ruido me hizo brincar de la sorpresa, eran las alarmas del edificio. Me horroricé, habían logrado infiltrarse en las instalaciones, sabía que podían ser los humanos evolucionados.

Salí corriendo de mi habitación. Al pasar por el pasillo principal escuché que Marcos me llamó pero seguí de largo, mi objetivo se centraba en proteger la toxina, debía sacarla de ahí. No sabía dónde se encontraba lo que había activado la alarma pero todo el personal se estaba reuniendo en el hall principal dejando el laboratorio y las toxinas a disposi-

Giré por el último pasillo hasta entrar al laboratorio y me arrepentí enseguida por haber llegado yo sola sin ningún miembro de seguridad armado. El H.E volteó a verme con sus ojos brillando bajo la tenue luz de emergencia. De nada me serviría correr ahora, me alcanzaría en cuestión de segundos. Podría gritar y entonces vendrían, pero hasta el

momento en el que pasaran por la puerta yo ya habría muerto. Ya era tarde, el ser se acercó.

—¿Qué tenemos aquí? —ronroneó. No pude responder—. Entonces en verdad guardan esa toxina en este lugar... —dijo mientras me mostraba unos papeles que tenía en la mano, era mis notas sobre la toxina.

—No la conseguirás —le respondí con mi último aliento de valentía.

El H.E sacó de su bolsillo un pequeño frasco y me lo lanzó con tal fuerza que se reventó en mi antebrazo y parte de mi rostro. Fue muy veloz, no había podido cubrirme bien.

—Ahora veremos si esa era la toxina —se mofó de mí.

Me observó durante unos segundos, sin parpadear, acechando. Empezó a picarme la garganta. No era la toxina mortal pero era otra muy potente también. Sentí que me desvanecía. El ser me mostró los colmillos en una cruel sonrisa y se me lanzó.

—¡NO! —gritó una voz masculina.

Antonio apareció y me rodeó con los brazos, cubriéndome y recibiendo la fuerte mordida del H.E justo en el hombro, eso le arrancó un corto grito de dolor. Yo grité también. Él retrocedió y golpeó al ser con un fuerte codazo lográndolo mover unos centímetros y haciendo que lo soltara. Éste, en respuesta, le mordió el brazo. Me tapé la boca, horrorizada, estaba loco como para pensar que podría contra uno de esos humanos evolucionados.

—¡Infeliz! —le gritó al hombre, y le dio un puñetazo lanzándolo a un costado.

Su fuerza debía ser tremenda para lograrlo, estaba casi segura de que se había roto la mano al hacer eso. Ellos eran más pesados y macizos. En segundos cogió una de las pesadas sillas de madera que había y golpeó al ser que ya casi estaba en pie. La silla se rompió en muchos pedazos. Caí de rodillas, sintiéndome muy mal a causa de la toxina. El H.E se lanzó contra Antonio, y yo ya no tenía fuerzas para advertirle, sólo podía rogar que no le hiciera daño.

El H.E lo agarró del cuello de su camisa y lo golpeó contra una mesa, rompiendo las probetas y demás cosas de vidrio y cristal que se hallaban ahí. Volvió a golpearlo contra la superficie, y pude escuchar cómo se le escapó el aire de los pulmones con el golpe. Continué, y yo me retorcí con cada golpe que le daba, rogando que parara aunque sabía

que no me escucharía.

Luché por ponerme de pie. En segundos, Antonio había logrado agarrar el microscopio y lo usó para golpear al ser en la cabeza, su tambaleo fue suficiente para que lo pateara lejos de él. Agarró la mesa de las patas y volvió a golpear al H.E con toda su fuerza, quedé conmocionada de rodillas aún en el suelo, había que ver cuánta fuerza tenía ese muchacho.

—¿Por qué la defiendes?! —gritó el H.E en el suelo, intentando ponerse de pie—. ¡Estás loco!

Antonio lo pateó en la cara antes de que pudiera seguir hablando y el ser cayó inconsciente. Mi vista se nubló y caí al suelo apretándome el estómago. Escuchaba su respiración agitada, me miró y corrió hacia mí.

Me sentía casi en las nubes, empecé a recobrar conciencia. Mi mano apretaba una porción de tela y había un aroma que se me hacía muy familiar, ladeé el rostro para enterrar mi nariz en aquella suave superficie tibia y aspirarlo. Tiré de la tela que tenía agarrada para cubrirme pero ésta no cedió. Entreabrí los ojos lentamente y vi que mi mano estaba agarrando el cuello de la camisa de alguien, ese alguien me tenía acunada en sus brazos mientras reposaba en su regazo.

Abrí los ojos por completo y de golpe. Fui divisando la pequeña sala en donde estábamos todos, sentados en sillas. Un equipo médico y de seguridad pasaba revisando a los que estaban ahí presentes, logré reconocer a los médicos que trabajaban conmigo. Recorrí el lugar con la mirada, Marcos estaba cruzado de brazos apoyado en el respaldar de la silla, me miró de reojo con el ceño fruncido. Rosy estaba a su lado, su semblante era de preocupación y también de tristeza.

Reaccioné y solté la camisa, Antonio ladeó el rostro para poder mirarme a los ojos.

—¿Ya te encuentras mejor? —me preguntó.

Parecía estar muy bien a pesar de haberse enfrentado a ese H.E, él era el que me tenía en brazos. Quise enderezarme y me ayudó. Le tomé el brazo recordando la mordida que recibió y vi que lo tenía vendado. Giré a ver su hombro pero sólo aprecié la mancha de sangre en la tela.

—También está vendado —me dijo él, respondiendo a mi pregunta no hecha.

—¿No tienes ningún hueso roto? —le pregunté asustada.

Los del equipo médico aparecieron frente a nosotros.

—Muy bien, señorita, el antídoto ya empezó a hacer efecto, estará mejor en unas horas. En cuanto al joven, apenas tiene unos cortes...

¿Cortes? ¿Cómo era posible que tuviera sólo cortes? Debería tener la mano y las costillas rotas por lo menos, salvo que el H.E tal vez no se hubiera desmedido con su fuerza, lo cual era muy poco probable.

—Puede ponerse de pie —dijo el médico.

Reaccioné al recordar que estaba aún sentada en el regazo de él. Qué comprometedor, rayos. Lo hice, Antonio me sostenía el brazo por si acaso. Me tambaleé un poco pero lo logré. Rosy se puso de pie y casi corrió hacia mí, me abrazó.

—Tonta, cómo se te ocurre ir por la toxina tú sola, si se la llevaban no hubiera importado con tal de no poner tu vida en riesgo —me dijo con lágrimas en los ojos.

—Perdóname, lo sé. Cometí un error —respondí. Era verdad, la toxina estaba segura pero me había preocupado que logaran apoderarse de ella de algún modo.

—Y vaya error —interpuso Marcos, que ya estaba a nuestro lado.

Unos de seguridad entraron a la sala.

—Ya nos encargamos del problema y también hemos mejorado la seguridad. Ya está todo en orden, señores. Pueden volver a sus asuntos.

—Gracias —les respondió Carlos.

Todos empezaron a retirarse, sentía que había vuelto a la realidad. Esta era la verdadera situación, una guerra inminente entre humanos y H.E, situación que se podía salir de control. Sentí que Antonio me soltó el brazo, volteeé y me di cuenta de que se había separado de nosotros y se dirigía a su habitación. Rosy me estaba llevando a la mía, estaba hablando algunas cosas así que empecé a prestarle atención.

—...Así que me asusté mucho porque tú sabes que esa toxina causa alucinaciones en el peor de los casos, o un malestar general, sobre todo en el sistema digestivo. Si no

hubieras recibido el antídoto rápido hubieras caído con las alucinaciones y el dolor peor en el estómago y habría daños irreversibles además y... —Dejé de escucharla.

Era un misterio para mí, ¿cómo Antonio estaba vivo? Ese ser tenía la fuerza para destrozarle el cuerpo. Pero si era verdad lo que me decía Rosy, entonces todo pudo haber sido una especie de alucinación exagerada de lo que en verdad ocurría. Ahora que estaba recuperada sentía como si lo que había pasado formara parte de alguna otra realidad o de un sueño que no podía recordar bien y lo veía nublado. Llegamos a la puerta de mi habitación.

—En fin, fue un alivio verte aparecer en los brazos de él... —Se detuvo, tenía una expresión de ligera tristeza.

«*Oh no*», pensé. Nuevamente entraría a colación el tema de los gustos, esto me ponía incómoda. El problema allá afuera era grave pero no era eso lo que me incomodaba ni tampoco el hecho de que ella se incomodara con la supuesta inclinación de Antonio hacia mí, me incomodaba sentir que él también me gustaba. Ese era un problema mayor porque no tenía tiempo para pensar en esas cosas y no había intentado parar ese sentimiento cuando caí en la cuenta de que era su aroma el que disfruté cuando estuve en sus brazos. Aparte, me sentía una terrible amiga ahora.

—Él fue por ti. Logró noquear a ese H.E, gracias a un milagro, creo yo, y te sacó de ahí... —dijo casi inexpresiva—. Cuando llegó a donde estábamos todos y vio que no estabas salió corriendo, nosotros no sabíamos a dónde te habías ido pero él te encontró.

—Sí, bueno. Habíamos hablado sobre algo acerca de qué pasaría si los H.E quisieran hacerse con la toxina —le dije, era lógico.

—Claro, por eso supo por dónde empezar a buscarte. —Suspiró—. Se preocupa por ti, apenas te conoce de algunos días y ya se preocupa por ti...

—Rosy, vamos... —reclamé.

—Te aprecia mucho, eso sí no me lo puedes negar —interrumpió.

Ahora yo fui la que suspiró. Sí, quizá me apreciaba y por eso actuó así, no sabría decir.

—Así son las personas con sus amigos, ¿no? —le dije.

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Bueno, ahora sí a dormir. Ojalá nos dieran el día libre mañana —se quejó mientras se alejaba.

—Ya quisiera yo también —respondí.

Permanecí en el umbral de mi puerta después de que ella desapareciera de mi vista tras entrar a su habitación. Me quedé pensando. Él se había preocupado por ir a verme, quizá era porque desde que llegó fui la única que se mostró comprensiva y ahora me cuidaba. Yo, que ya no tenía a nadie, salvo por Rosy y Marcos que eran mis amigos, ahora sentía que lo tenía a él también.

De algún modo quería meterse bajo mi piel, y yo lo temía, pues no quería que me rompiera el corazón, no él, que me agradaba tanto, a pesar de ser aún alguien nuevo en mi vida. Dolor, ese era el inevitable fin del amor. Medité unos segundos más acerca de lo ocurrido y me dirigí hacia la otra ala de la edificación. Tenía que cerciorarme de que todo había sido una alucinación.

Toqué muy bajito la puerta para no despertarlo en caso de que ya estuviera dormido. Me sentí una molestia, quizá estaba exagerando, ¿quién querría que le interrumpieran su sueño a estas horas de la madrugada para hacer preguntas tontas? Pensé en dar media vuelta para retirarme de ahí lo más rápido que podía pero la puerta se abrió.

—¿Todo en orden? —preguntó en tono amable con esa suave voz.

Me quedé muda. Se retiró abriendo más la puerta y tendiendo el brazo, señalándome que pasara, así lo hice, la cerró y se recostó en ésta. De pronto un escalofrío me recorrió, esa extraña sensación de estar con alguien peligroso. Sacudí la cabeza. «*No... este joven es bueno, simplemente sigo con el susto por lo que pasó*».

—No vuelvas a hacer eso —me dijo con un tono levemente severo.

Lo miré.

—¿Hacer qué? —Mi voz se escuchó diminuta, esa era una pregunta tonta.

—Sé que te fuiste al laboratorio pensando en lo que te había dicho, no lo vuelvas a hacer —me respondió con el mismo tono.

Me sentía como una niña a la que su padre le estaba reprendiendo por su mal comportamiento.

—Lo sé —dije avergonzada—, por mi culpa pudiste haber muerto.

—Y tú también. Entiende que morirte no sería una buena solución, así sea por andar experimentando con esas cosas.

—Lo sé... —murmuré apenas—. Me cuidaré más.

—Bien —respondió con un tono de aprobación, sus ojos de verde intenso no se desprendían de mí.

—Eh... ¿Cómo...? —Dudé—. ¿Cómo es que ese ser no te destrozó el cuerpo?

Frunció el ceño, era como si le hubiera hecho una pregunta que quizá no esperaba escuchar. Dirigió la vista hacia otro lado, buscando una respuesta.

—No lo sé —dijo al fin—, de algún modo recuerdo que sé pelear contra ellos. Si les das en la cabeza los atontas y son un poco más vulnerables. Quizá eso ayudó a que no me matara en segundos.

—¡Guau! —exclamé impresionada—. Ese es un buen dato.

Me mostró una leve sonrisa.

—No se aprende mucho si sólo te dedicas a estudiar sus cuerpos, creo que hay muchas más cosas para aprender de ellos —me dijo.

—Es verdad, no sé cómo se comportan en sociedad o a qué edad maduran. En fin, tantas cosas.

Una idea apareció en mi mente. Él estaba en buena forma y sabía pelear contra H.E, quizá había pertenecido a los de seguridad. Pero no estaba del todo segura. Sólo los de seguridad ciudadana aprendían a lidiar con ellos pero se centraban más en el uso de armas. No podías enfrentarte así no más a un combate cuerpo a cuerpo con uno de esos seres, sin duda esos conocimientos venían de personas más antiguas, personas que habían vivido en la época en la que los H.E empezaron a aparecer y a causar estragos. Claro, esas personas ya no estaban vivas, debía ser un conocimiento que alguien había ido pasando de generación en generación. Muy interesante.

—Quizá pueda ir recordando y diciéndote más cosas —me dijo mientras se acercaba.

—Oh, sería genial si me hicieras ese favor —exclamé.

Se detuvo a centímetros de mí y me sonrió de forma dulce, su rostro me cubrió de la luz del bombillo de la habitación. Me quedé con la vista hacia arriba, plantada en su mirada, en esos ojos de color verde intenso, como el verde vivo de las hojas de los árboles vistas a contra luz. Mis pupilas bajaron unos centímetros quedándose en sus labios masculinos y tentadores. Mi corazón se había acelerado. Sacudí la cabeza.

—Vaya, qué sueño tengo, debería irme ya —me excusé mientras daba un paso atrás.

Él también dio un paso atrás y se retiró a un costado para dejarme pasar, mantenía una media sonrisa.

—Descansa —dijo amablemente mientras pasaba por su lado.

—Tú también. —Lo miré y le sonreí.

Me dirigí a paso apresurado a mi habitación. Lo primero que hice al entrar fue verme en mi espejo sólo para confirmar que estaba ruborizada. Me sentía avergonzada, era apenas un chico. Me sacaba de esta realidad cruel en la que se encontraba el mundo. «*Ojalá no haya notado mi rubor*», pensé. Eso sería más vergonzoso aún, que supiera el efecto que causaba en mí, y peor si yo estaba malinterpretando sus intenciones.

No pensaría más en eso, tampoco pensaría más en la edad porque me hacía sentir vieja a pesar de tener veinticuatro años, sobre todo vieja por dentro. Mientras que él, con sus veintidós, me llevaba a un mundo donde todo iba bien, los pajaritos volaban y todas esas tontas cursilerías de las que tanto hablaba Rosy, *buaj*. Para colmo ahora parecía mi protector y me gustaba, qué patética era.

Capítulo 5: Monstruo suelto en la ciudad – 1

Abrí los ojos después de soñar con esos seres de nuevo, como siempre, persiguiéndome en mis pesadillas. Habían pasado un par de semanas desde el incidente en el laboratorio. Iba casi todas las noches a la habitación de Antonio a cerciorarme sobre su estado, aunque más lo sentía como un pretexto para verlo a solas. Me alisté para continuar con la investigación, me duché, lavé mis dientes, cepillé mi cabello, y quedé un momento mirándome en el espejo una vez más. Prácticamente estaba lista cuando tocaron mi puerta.

—Adelante —dije mientras terminaba de abotonar mi bata blanca de laboratorio.

Marcos entró con una radiante sonrisa, en ese momento recordé en qué fecha estábamos.

—No, no, Marcos, por favor no...

—Nada de que no, hoy es tu día, tengo... Bueno, tenemos algo para ti.

—Hey, no... no era necesario...

—No digas más, vamos.

Me tomó del brazo y salimos al pasillo. Me cubrió los ojos con las palmas de las manos y no pude evitar soltar una leve risa. Caminamos un buen tramo, pasamos a una sala y por el aroma supuse que era el comedor. Marcos mantenía mis ojos tapados.

—¿Lista?

—Marcos, no sé qué has hecho pero... debes saber que no tenías que molestarme. — Me destapó los ojos.

Estaban todos los del laboratorio.

—¡Sorpresa! —gritaron al unísono y me guiaron hacia una gran mesa.

Todo estaba sencillamente decorado, me conmovió que hubiesen hecho todo esto por

mí. Marcos y Rosy trajeron un pastel y me entregaron una copa con... ¿gaseosa? Bueno, era un laboratorio, ¿qué podía esperar?

—¿Y bien? —dijo Rosy, creo que estaba más emocionada que yo.

—Cielos... gracias. —Sonreí, estaba avergonzada, sentí muchas miradas sobre mí, eso era algo a lo que no me habituaba bien. Sentía algo más, otra mirada. Busqué disimuladamente hasta que me topé con esos ojos de verde intenso. Él estaba apoyado en una pared del fondo, haciéndose más fácil de ver entre mis compañeros, me ofreció una dulce sonrisa—. No era necesario que se molestaran por mí pero gracias en serio, son los mejores, salud por ustedes. —Moví la copa para finalizar nuestro improvisado brindis, y todos respondieron.

Volví a mirar a Antonio, que me sonreía de la misma forma. Movié su copa hacia mí, hice lo mismo y ambos tomamos un sorbo al mismo tiempo.

—¡Ahora el pastel! —Julio se apresuró a darme el cuchillo.

—Bien, ojalá no la corte torcida.

—¡Sí! Feliz cumpleaños, Marien. ¡Eres un año más vieja ahora!

—Vaya, gracias por recordármelo —dije en tono sarcástico.

Corté un poco de pastel y Rosy lo puso en un plato descartable.

—Muérdelo.

—¿Qué? No...

—¡Que lo muerda! ¡Que lo muerda! —empezaron a pedir todos.

Solté un suspiro y me acerqué a morder pero Rosy me aplastó la cara contra el pastel. Todos se pusieron a reír, y yo tampoco pude evitar hacerlo.

Luego de limpiarme el rostro y repartir el pastel, todos conversaban tranquilamente en las mesas del comedor. Tomé un pedazo más y lo llevé hacia él, que aún me observaba desde aquella pared, al estar más cerca de su penetrante y dulce mirada sonreí de forma estúpidamente tímida.

—¿Gustas un poco?

—Gracias. —Alzó su mano y pasó suavemente sus dedos por un mechón de mi cabello, me ruboricé enseguida. Retiró algo de crema del pastel y me la mostró—. Así que... veinticinco años, ¿por qué no me lo dijiste?

—Um... no tenía intención de celebrarlo —«*Me recuerda que ahora soy tres años mayor que tú*».

—Por lo menos yo sí...

—¿Una fiesta de a dos?

—Claro. —Tomó el pastel, alzó la mirada y mostró una leve sonrisa—. Tu amigo no está muy a gusto aún de que me hables.

Quise voltear a verlo pero Antonio tomó mi mentón, volviendo a dirigir mi rostro hacia él y a sus ojos, sentí electricidad recorrer mi cuerpo. Él lanzó un fugaz vistazo hacia Marcos y luego a mí. Empezó a reír entre dientes.

—Su cara es épica —dijo entre risas.

—Basta, sólo está preocupado, le he explicado muchas veces que tú no eres...

—No es eso, está celoso.

Sonreí y retiré tímidamente el rostro de su suave agarre.

—Para ya con eso —repuse avergonzada—, él nunca me dijo nada. —«*Y ahora es tarde porque me gustas tú*»—. Por ahora no pienso en eso. —Alcé la vista y él miraba hacia el frente con una media sonrisa. Antes de que volteara a ver, Rosy apareció a mi costado.

—Estábamos pensando en ir más tarde a bailar, ¿qué dices?

No me sentí cómoda con la idea, no me gustaba mucho y tenía trabajo por hacer.

—Yo creo que... por hoy ha sido suficiente —dije sonriendo.

—¡Ay! Pero vamos...

—Tengo mucho que hacer, no se me antoja, en serio.

—¿Y qué se te antojaría? —preguntó Antonio con su suave voz.

Rosy sonrió.

—Sí, vamos Marien, no sabes si el otro año podrás celebrarlo. Vamos Antoni, convéncela, tú también vas, tienes que ir —le insistió.

Antonio sonrió y negó con la cabeza. Quizá notó el brillo en mi mirada pues apretó los labios formando una línea recta.

—Está bien, vamos pero...

Rosy dio unos brincos de emoción.

—¡Sí! Iré a avisar a los demás, ¡acompañame! —Me jaló del brazo y me llevó a hablar con nuestros compañeros.

Esa tarde, luego de avanzar algo del trabajo, Rosy vino a buscarme al laboratorio, haciéndonos recordar que ya era hora de salir. Julio estuvo renuente pero mi amiga le recordó que ya nos había dado permiso, así que suspiró y aceptó resignado, suficiente era con que al resto no les iba a dejar ir.

Fuimos por los jardines buscando a Antonio y lo vimos a lo lejos en una banca observando a unas avcillas que estaban cerca. Nos detuvimos, podría jurar que casi no parpadeaba, seguro estaba pensando en algo muy importante.

—¿Es raro verdad? —dijo Marcos asustándonos a las dos—. Hace unos días lo vi lanzarse y atrapar un pájaro con tal facilidad que lo hizo parecer un juego de niños...

—Vamos, no inventes —replicó Rosy—. ¿Y me vas a decir que se lo comió?.

—No, lo liberó, ¡pero ese no es el caso!

Volví a mirar a Antonio y ya tenía su vista clavada en nosotros, le sonreí y me devolvió la sonrisa. Nos dirigimos a él. El dato de Marcos era bastante intrigante pero no

por eso iba a especular.

—¿Ya van a salir? —nos preguntó.

—Sí —dijo Rosy—, ¿estás listo?

—Creo, les estaba esperando.

—Qué bueno —murmuró Marcos, fingiendo entusiasmo y asegurándose de que lo notáramos. Dio media vuelta.

Antonio se rió en silencio, disfrutaba ver molesto a Marcos. Nos dirigimos al estacionamiento, Rosy no podía ocultar su emoción. Llegamos al auto de Marcos y nos sacamos las batas del laboratorio para guardarlas en el maletero. Marcos me abrió la puerta del copiloto.

—Señorita —dijo con un tono amable.

Sonreí y subí, pude ver que Antonio le abría la puerta de atrás a Rosy y ella subió con una gran sonrisa.

Salimos hacia la ciudad, hacía mucho que no la veía.

—Dios mío, ¡somos unas verdaderas ratas de laboratorio! —exclamó mi amiga—. ¡¿Cómo es que hemos vivido encerrados todo este tiempo?

—Lo mismo me pregunto yo —le dije con una sonrisa.

Era bastante relajante ver la ciudad, era un buen cambio para mi estado de ánimo. Vi por el espejo retrovisor de mi costado a Antonio que no despegaba la vista de su ventana, parecía casi maravillado. Pero, como de costumbre, me atrapó mirándolo. Esta vez a través del espejo, así que retiré mis ojos.

Decidimos que sería buena idea estacionar el auto por el centro y recorrer las calles hasta que se nos ocurriese algo.

Marcos se estacionó en un lugar cercano a los centros comerciales. Antonio abrió mi puerta antes de que Marcos pudiera reaccionar así que él se dirigió a abrirle a Rosy. Empezamos a caminar, y traté de quedarme al lado de Antonio.

—Me dicen por ahí que te han visto atrapar pájaros —le comenté.

Sonrió.

—Es increíble lo que logras teniendo tanto tiempo libre como yo.

—Um... bueno, sí. —Lo teníamos ahí prisionero en el laboratorio.

—Si no estoy en la biblioteca, estoy en el jardín... —continuó él.

—¿Biblioteca? —sentí curiosidad—. ¿Y sobre qué lees?

—De todo un poco —me respondió con una sonrisa—. Política, historia... etiqueta social. —Reí apenas y se acercó más para decirme algo al oído—. Te lo dije, intenta seducirte, te abrió la puerta —murmuró.

Reí más. Marcos y Rosy interrumpieron su conversación para mirarme, así que guardé silencio, y pronto continuaron en lo suyo.

—¿Y por eso tú aprovechaste para molestarlo nuevamente? —le susurré.

Soltó una leve carcajada, eso hizo que mi corazón brincara recordándome que estaba ahí. Rosy se aclaró la garganta, ambos la miramos y ella nos comentó su idea de ir al cine así que acepté.

En estos tiempos en los que vivíamos me parecía increíble que la gente aún tuviera tiempo y ganas de hacer y ver películas, también me preguntaba por qué seguía habiendo discotecas.

—Ya sé qué estás pensando, Marien —habló Rosy—. ¡Y sí! Es necesario que haya cines aún, la gente necesita salir volando de esta realidad al menos por unos momentos ¿no crees?

Suspiré y asentí. Era verdad, las personas aún merecían distraerse un poco de vez en cuando, yo era la única amargada en ese lugar. Rosy me jaló a un lado sacándome de mis pensamientos.

—Amiga... ¿Te molestaría si me siento al lado de Antoni? —me preguntó, casi susurrando.

Sentí un bajón en mi interior, ella estaba dispuesta a lograr algo con él esta tarde mientras yo aún me debatía en qué es lo que sentía y qué debía hacer. Decidí rendirme, mi amiga siempre me había ayudado a salir adelante cuando me quería hundir en la depresión, era lo menos que podía hacer por ella. Tragué saliva.

—Claro —le respondí sonriente—, normal...

Ella me sonrió muy emocionada y fuimos al cine. Dejé que escogieran la película ya que yo no estaba muy al tanto sobre lo que daban ahora. Marcos quería una de terror. «*¿Qué terror más grande y real que una inminente guerra con los H.E?*». Rosy quería una comedia romántica. «*Lo que me faltaba, gente enamorándose fácilmente y riendo, buaj*».

Terminamos entrando a una de acción, militares salvando la casa del presidente del ataque de unos terroristas aliados con los H.E, esto tenía que ser una broma. Me senté al lado de Marcos, él pareció contento con esto, a su lado estaba Rosy y Antonio al lado de ella, tan lejos de mí. Volví a tragar saliva para deshacer el nudo que iba formándose en mi garganta, ahora me estaba arrepintiendo de esto.

Me concentré en la película. Después de cincuenta minutos estaba entrando a una buena parte: los militares estaban por enfrentarse a los H.E, el héroe de la película se encontraba cara a cara con el líder terrorista que resultaba ser un H.E infiltrado, ahora defendería al presidente. No podía creer que estaba viendo esto, un tipo normal peleando con un humano de esos cuerpo a cuerpo como si fuera cosa fácil. Me incliné para jalar algo del bote de *popcorn* y pude ver a Rosy casi recostada en Antonio, lo tenía del brazo además.

Me recosté en mi asiento y traté de deshacer de nuevo el nudo en mi garganta. Me incliné para jalar un refresco, además me mataba la curiosidad, me sentía una completa masoquista. Noté que se estaban mirando y me enderecé rápidamente. Tomé un buen sorbo de gaseosa e hice un esfuerzo por pasarlo. Me quejé un poco sin querer, estaba helada.

—¿Pasa algo? —murmuró Marcos.

—No... No —logré responder.

Marcos miró hacia el otro lado, y copié su movimiento para ver qué había llamado su atención. Antonio se había puesto de pie y salía de la fila de asientos, lo seguí con la mirada hasta que salió de la sala. Rosy se inclinó y me hizo señas para que fuese a su lado.

—Qué vergüenza —dijo una vez que me senté en el asiento del costado.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Intenté besarlo. —Retuve la respiración unos segundos, ella continuó—. Era obvio que lo iba a besar, pero él me rechazó de una forma que ahora no sé qué pensar, no sé si me rechazó o no se dio cuenta de mis intenciones. —Estaba claramente frustrada y yo levemente aliviada.

—¿Te dijo algo? —quise saber.

—Me miró y yo acerqué mi rostro lentamente al de él, era obvio, estaba cerca... pero se alejó al mismo tiempo casi, algo preocupado e intrigado creo, y me dijo: «¿qué?, ¿tengo algo en la boca?», y se palpó los labios. Rayos, qué vergüenza, lo peor es que se fue al baño, creo, a ver si no tenía algo en los labios. Quizá en verdad no pensó que yo sólo quería un beso...

Rosy guardó silencio de repente al ver que él ya estaba de vuelta, me sostuvo del brazo para que no me fuera y me quedara entre los dos. Estaba avergonzada e intrigada.

—Hey —me dijo él—, ¿qué pasó?

—Rosy se sintió asustada por los H.E de la película.

Mostró otra de sus sonrisas de ensueño y volvió a mirar a la pantalla. Me recosté en mi asiento, aliviada, pero también me intrigaba. La había rechazado de un modo en que ni yo sabía si en verdad había sido rechazo. Eso me hizo preguntarme, si en caso de que notara lo que planeaba Rosy, si se daba cuenta de que lo iba a besar... ¿estaría dispuesto a hacerlo?

—Vaya película rara —murmuró él.

—Lo sé, siento que es una broma de mal gusto.

Sonrió.

—Lo es.

Estuve todo el tiempo restante sintiendo ganas de, por lo menos, rozar su brazo o tener alguna especie de contacto con él, pero no lo hubo. Después de salir de la película traté de mantenerme a su lado.

—Quiero comprar algo para ti —me dijo Rosy.

—Rosy, no es necesario... —le pedí.

—Claro que sí, pero no quiero que lo veas así que me iré con Marcos a ver las tiendas y luego te llamamos. —Jaló a Marcos, él quiso protestar pero ella lo calló tapándole la boca—. Diviértete y relájate por mientras, *chau*.

Se fueron, no sabía si en verdad quería comprar algo o simplemente quería dejarme sola con Antonio. Me sentí nerviosa de repente.

—Tu amiga es algo rara —murmuró él—. Hoy se portó rara conmigo, no sé con qué motivo.

Entonces, ¿él sabía que ella iba a besarlo? Debía asegurarme.

—¿Por eso la rechazaste? —pregunté.

Frunció el ceño confundido.

—¿Rechazar? No le rechacé nada, ¿a qué te refieres?

Ahora también estaba confundida. Entonces no se había dado cuenta, pero ¿cómo era posible? Cualquiera hubiera notado las intenciones de ella.

—Cuando ella se te acercó... Um, ¿qué pensaste? —En serio necesitaba saber.

—Sólo recuerdo que se enfocó en mi boca, pensé que tenía algo o no sé... —dijo él, aún confundido.

Era como si no recordara lo que era un beso, porque no podía no haberse dado cuenta, quizá formaba parte de las cosas que no recordaba de su vida.

Capítulo 6: Monstruo suelto en la ciudad – 2

Decidí no presionarlo más y le sonreí.

—Olvídalo, ya no tiene importancia, ¿vamos a caminar por ahí?

—Me gusta esa idea —dijo sonriente.

Fuimos caminando despacio. Él observaba los alrededores fascinado, tal vez por ser la primera vez que estaba en esta ciudad. Noté que algunas mujeres pasaban mirándolo, no me extrañaba. Él se veía genial para cualquier chica, con ese jean azul marino y esa camisa blanca de delgadas líneas grises verticales. Que, como de costumbre, la llevaba fuera del pantalón, viéndose tan casual. Y claro, sin mencionar sus ojos de verde destellante que contrastaban con su cabello oscuro. Yo me sentía patética con mi jean y mi blusa sencilla.

—¿Por qué no querías celebrar tu cumpleaños? —preguntó curioso.

Suspiré.

—Varios motivos. No sentía que hubiera algo real que celebrar, tengo trabajo que hacer, y bueno... que soy una maníaca y siento que se me va la juventud.

Soltó una hermosa risa al oírme decir eso y sonreí.

—Eres joven, ya no pienses en eso.

—Sí, bueno. Recordé también que ahora soy tres años mayor que tú —repuse.

Quizá el recordarle la edad le diera una pista para que se alejara, si es que Rosy tenía razón y él estuviera interesado en mí, que lo dudaba. Aunque tres años seguían siendo poca diferencia.

—Nop, sólo dos, ya tengo veintitrés —dijo, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace ya varios días.

—¿Por qué no me dijiste? —Me sentí algo apenada.

—No sentí motivos... Igual que tú. —Había cierto tono de tristeza en su suave voz.

Me sentí ridícula por andar despreciando las cosas que tenía, este joven no recordaba su pasado y estaba más solo que yo. En verdad tenía ciertos motivos para andar amargado sin embargo aún me sonreía.

—Espérame unos minutos, iré a comprarte algo —le dije.

—¿Qué? No, no es necesario...

—Claro que sí —le interrumpí, ahora me sentía como una Rosy—, ya sé qué darte, sólo dame unos minutos.

Sonrió y negó con la cabeza.

—No te rendirás, ¿verdad?

—No.

—Bueno, te busco de aquí. —Sonrió y se alejó.

Fui directo a una tienda que ya conocía. Compré un pequeño reproductor de música y unos parlantes también pequeños. Como conocía al joven que vendía ahí, le pedí que le pusiera las canciones que me tenía guardadas, ya que hacía mucho le había pedido que conservara una copia de todas por si un día yo las perdía.

Al cabo de casi media hora salí de ahí y fui a buscarlo. Caí en la cuenta de que él no tenía celular y no habíamos quedado en un lugar en concreto.

Empecé a caminar para volver al lugar donde lo dejé y dos hombres me atajaron en el camino. «Rrrrayos», pensé. Había olvidado los problemas de seguridad en la ciudad. Esta gente era el colmo, afuera se debatía una futura lucha y estos infelices aún pensaban en robarle a los que les rodeaban.

—Nena... —dijo uno—. Qué guapa eres.

Avanzaban hacia mí y yo retrocedía por instinto.

—Bueno, ya —les dije—. Les daré mi bolso y...

—¿Tu bolso? No queremos tu bolso, linda —dijo el otro.

El pánico me empezó a invadir. Miré de reojo hacia los alrededores, habían sólo dos personas que se alejaban por la calle de en frente, completamente ajenas a lo que me pasaba.

—No, el bolso no, pero quizá después —agregó el primero.

Me lancé a correr de golpe, felizmente llevaba zapatillas puestas. Siempre procuraba usarlas para soltar carrera cuando lo requiriera, sobre todo en este mundo perdido. Los hombres me siguieron, uno era panzón y estaba quedándose atrás. La adrenalina no me permitía frenar.

El más delgado me alcanzaba, giré por otra cuadra vacía y oscura. «¡Rayos!, ¿es que acaso la gente huye de mí?» Olvidé que muchos negocios ahora cerraban temprano, al menos, la mayoría. Noté que había un edificio abandonado. El hombre agarró mi hombro, grité y me zafé rápidamente de su agarre. Empujé una puerta metálica, entré a la velocidad y la cerré de golpe, el hombre se chocó contra ésta.

Mi respiración estaba agitada. Me apoyé en la puerta para evitar, de algún modo, que la abrieran, aunque no creía que resultaría.

—Apura, gordo idiota, se metió aquí por tu culpa —le oí rabiarse al flaco.

—¿Por qué por mi culpa? ¿Tú ibas detrás, no? —respondió el otro. Casi no le salía la voz de lo cansado que estaba.

Patearon la puerta, y el golpe casi me avienta hacia adelante así que me apoyé contra ésta, haciendo fuerza con las piernas para evitar que me botaran con todo. Saqué mi teléfono móvil del bolso a la vez que daban otra patada. Mi mano temblaba. Traté de llamar a Marcos pero volvieron a patear haciéndome marcar mal así que empecé a borrar para corregirlo.

—Oye, ¿qué es eso? —dijo uno. No volvieron a patear.

—Parece un hombre, no logro ver bien, está oscuro —se quejó el otro.

—Está viniendo hacia acá, ¿será policía?

—No sé, sino lo noqueamos, esta tontita corredora es nuestra...

Me sentí aliviada, alguien venía, seguramente los haría irse. Y si no, gritaría para que al menos notase que estaba aquí. Pero lo que oí no fue para nada bueno: un fuerte gruñido. Lo reconocería en cualquier lado y se reproducía en mis sueños a la perfección, el gruñido inconfundible de los H.E. No sabía cómo había logrado infiltrarse en la ciudad pero estaba ahí.

—Mierda, un H.E.

—Corre... ¡CORRE!

Echaron a correr tan pronto como pudieron. Escuché otra corrida que era el doble de veloz y que venía, sin duda el H.E había iniciado su persecución desde donde estaba. Me horroricé, si lograba olfatearme se detendría y vendría por mí, estaba *frita*.

Me deslicé y terminé en el suelo abrazando mis rodillas, cerré los ojos. Para mi alivio, el H.E pasó de largo a toda velocidad y suspiré. Al cabo de unos segundos supuse que les había dado alcance a esos dos hombres, o por lo menos ya estaba muy cerca de ellos, por los gritos de niña en pánico y palabrotas que soltaron.

Me quedé un par de minutos en silencio, cerciorándome de que ya no hubiera peligro cerca. No recordaba por qué calle me encontraba pero de algún modo podría dar razón. Volví a sacar mi móvil para llamar a Marcos. Oí unas pisadas en las lejanías y detuve mi marcación, pues para mi mala suerte el móvil emitía un sonido cada vez que tocaba un número. Como íbamos a estar en la calle le había subido el volumen.

Las pisadas se detuvieron fuera de la puerta. Si era el H.E, sin duda ya me había escuchado. Me recriminé por lo tonta que había sido, debí esperar más, derribar la puerta no le supondría un problema. El pánico me volvía a invadir.

—Marien, ¿estás ahí? —preguntó una voz familiar.

«*Oh por dios, Antonio*». Me puse de pie casi de un salto, tiré de la puerta para abrirla y ahí estaba él frente a mí.

—¡Antonio! —exclamé. Y, para su sorpresa, me lancé a abrazarlo.

Lo hice retroceder un poco con el impulso que había tomado para lanzarme a él, sintiendo su calor y su aroma, fue dulce y reconfortante. Lo abracé fuerte, él me rodeó también con sus brazos por unos segundos y luego me tomó de los hombros.

—Tranquila... ya se fueron —me dijo suavemente.

Me volví a asustar.

—Debemos irnos —le dije—, hay un H.E cerca.

—¿Segura? —preguntó incrédulo.

—Claro que sí, lo escuché y se fue persiguiendo a los hombres... —Reaccioné al recordar—. Verdad, ¿cómo sabes que estaba aquí?

—Te vi cuando huiste de esos hombres. Déjame decirte que eres rápida, casi te pierdo de nuevo pero logré ver cuando un hombre entró por esta cuadra así que me empecé a acercar de forma lenta. Me asomé y no había nadie, supuse que estabas escondida por aquí —contó en tono casual.

—El hombre que viste entrar... Seguro ese era el H.E que los espantó. —Seguía asustada—. Vámonos —le pedí.

Salimos rápido de ahí. Mi móvil sonó y eso me hizo brincar del susto y correr un tramo corto, cuando me di cuenta de qué era lo que sonaba me detuve. Antonio se estaba riendo de mí a unos cuantos pasos atrás. Reí también y saqué el aparato.

—Marcos —respondí— ¿dónde están?

—Estamos yendo al estacionamiento, pero nos preguntábamos si no querrían comer algo.

—Hay un H.E suelto por aquí —le dije preocupada—, mejor avisar a seguridad ciudadana lo más pronto posible.

—Oh rayos, ¿es en serio?

—Sí, debemos alertar a la gente.

—Bueno, nos vemos en la oficina central de los de seguridad que está cerca, luego

compramos comida para llevar, ¿bien? No aceptaré un “no” como respuesta —dijo, intentando sonar amenazante, y colgó.

Fui con Antonio a la oficina. Marcos y Rosy ya se encontraban hablando con un oficial. Había dos hombres más a su lado, se les escuchaba el pánico en su voz.

—¿Y le vieron el rostro? —preguntó el de seguridad.

—No, estaba oscuro, ya se lo dije —respondió uno de los hombres. Reconocí su voz.

—Nos persiguió, ¡no sé por cuanto tiempo, cuando volteamos ya no estaba! —exclamó el otro, sin duda me eran conocidos.

Eran los dos hombres que me habían perseguido. Ambos me lanzaron una fugaz mirada de reojo, al parecer me reconocieron y se voltearon por completo, mirándome asustados y sorprendidos.

—¡Ustedes! —les grité.

—¿Qué sucede? —preguntó el de seguridad.

—Nada, está loca —dijo el flaco.

—¡Locos ustedes! —reclamé—. Estos hombres me persiguieron, ¡querían violarme!

—¿Qué? —preguntó Marcos—. ¿Te persiguieron? ¿No querían tu bolso simplemente? —agregó. Estaba conteniendo su furia en su voz.

—Les habría dado mi bolso en vez de correr —le respondí, mientras miraba a los hombres con ira.

—Está loca, oficial. Sólo queríamos asustarla —dijo el gordo.

—Sí, claro —refutó el de seguridad mientras se ponía de pie.

Los hombres retrocedieron pero se toparon con dos guardias más que ya estaban detrás de ellos.

—Ahora nos acompañarán —ordenó uno.

—¡Espere! —reclamó el flaco—. Estamos aquí por lo del H.E, ¡suéltense!

—Lo hablaremos adentro, señores.

Los dos oficiales se los llevaron a las instalaciones de adentro del local y nos quedamos con el que había estado atendiendo desde un principio.

—Muy bien, señores. Nos encargaremos del asunto, pueden retirarse —nos avisó.

Observamos cómo un pequeño escuadrón de hombres armados salieron a recorrer las calles. Sin más que decir nos retiramos.

—No vuelvas a pedirme que te deje sola, ¿bien? —me dijo Antonio en voz baja y severa—. No quiero que se atrevan a violar tus derechos humanos, o lo que fuera que querían hacer.

Reí con ganas por lo que había dicho, ¿tanto era lo que no recordaba? Me parecía increíble. Me detuve de pronto, no era una cuestión de risa.

Me aclaré la garganta.

—Perdón —le dije. Él me miraba confundido, seguro por mi risa repentina—, no volverá a pasar.

Suspiró, pasó su brazo por mis hombros y me acercó. Me ruboricé por completo. Me apreté unos segundos contra su cuerpo y me soltó. Mi corazón latía frenético, miré hacia mi costado y Rosy me estaba viendo con algo de sorpresa, pero no era una sorpresa alegre. Miré al suelo, avergonzada.

—Bueno, creo que comida china estaría bien para llevar, ¿no? —quiso saber Marcos.

—Sí, genial —dijo Rosy—. ¿Tú qué opinas? —me preguntó. Había borrado de su rostro esa expresión de unos segundos atrás, ahora sonreía.

—Sí, ahí sirven bien, y estoy muerta de hambre —contesté.

Después de pedir la comida para llevar volvimos al estacionamiento. Miraba al rededor, nerviosa, por si veía algo. Me sentí un poco más segura una vez cerca del auto, quería salir pronto de ahí. Marcos se apresuró a abrirme la puerta, sonreí levemente y subí. Iba recostada en el asiento mirando por la ventana. Cuando llegamos me di cuenta de que

me había dormido unos minutos, ya que Antonio me despertó amablemente tocándome el hombro. Me había abierto la puerta, le ofrecí otra leve sonrisa y bajé.

Fuimos a comer a la sala de estar principal. Encendí el televisor a la espera de noticias, Antonio se sentó a mi lado en el sofá con una botella de leche.

—¿No quieres probar? —le pregunté, mostrándole la comida.

—Claro, pero de aquí —respondió sonriente, mientras me enseñaba la botella.

La leche estaba primera que todo, reí un poco. Los demás terminaron de comer.

«... El caso de un supuesto avistamiento de un H.E en la ciudad movilizó a las fuerzas de seguridad, pero nadie halló nada...»

Todos prestamos atención a las noticias, Antonio se enderezó y se inclinó apoyando sus codos en sus rodillas.

«... Los testigos dijeron haber oído al ser y haber sido perseguidos por éste. Lo que confundió a los oficiales es el hecho de que los testigos afirman que el ser sólo los persiguió y cuando volvieron a mirar ya no estaba tras ellos...»

—Es como si el supuesto H.E sólo hubiera querido darles un buen susto, ¿no? —comentó Marcos.

«... Se halló que los testigos habían ingerido drogas y todo pudo haber sido un juego de su mente...»

—¿Qué? —exclamé.

«... No se han hallado pruebas ni más testigos que confirmen la presencia del H.E, así que por ahora se considera como falsa alarma. Y con esto se concluye...»

—Imposible —repuse—, yo también lo escuché... y no estaba drogada.

—Qué raro —dijo Rosy—, qué miedo, o sea que es probable que siga por ahí.

—No deberían tomarse a la ligera esto, un H.E suelto por ahí debe estar planeando algo —agregó Marcos.

Antonio volvió a concentrarse en su comida.

—O simplemente ya se fue —dijo despreocupado—. Por cierto, esto es delicioso.

Sonreí.

—Adivino, ¿tampoco recuerdas haber comido eso?

—No, no recuerdo haberlo probado, nunca, jamás —exclamó con una espléndida sonrisa.

Adoraba esa sonrisa.

Luego de terminar nos despedimos y fuimos a dormir. Alisté lo que tenía para darle a Antonio pero cometí el error de recostarme en mi cama unos minutos, porque me quedé dormida casi al instante.

Capítulo 7: Leyendas y sospechas – 1

Me encontraba caminando en una clara noche iluminada por la luna, cruzaba la espesa vegetación. Podría jurar que algo me seguía en las sombras, podía oír su respiración, era extraño, algo irreal. De entre el follaje salió un enorme jaguar de un salto, tenía unos enormes ojos que reflejaban la luz de la luna. El animal corrió hacia mí, el pánico me invadió y me preparé para recibir su embestida pero pasó de largo, persiguiendo a unos desconocidos que estaban detrás.

Abrí los ojos, y me tapé la cara con la almohada. Había que ver la obsesión de mi cerebro con las noches de luna llena y las cosas persiguiéndome. Me alisté para empezar el día, no había ido a ver a Antonio anoche. Hablar y estar con él se había vuelto el motivo principal para salirme de la cama y apurarme en avanzar con mi trabajo, lo quería, quería a ese joven. Si alguien venía buscándolo, por lo menos esperaba que no fuera su novia o algo así. Aunque, por otro lado, no quería involucrarme con él en serio, no ahora. Ya ni sabía lo que quería.

Me encontraba mirando por el microscopio cuando Rosy se acercó a mí, llevaba consigo una pequeña cajita.

—¡Feliz cumpleaños!

Sonreí. Marcos apareció a su lado.

—Es de parte de los dos, por cierto —replicó él.

—Yo fui la de la idea —dijo Rosy.

—Pero el setenta por ciento de la inversión fue mía —le reclamó.

—Chicos gracias, en serio.

Tomé la pequeña caja y la abrí. Adentro había un bonito collar con un dije de plata, tenía la forma de un gato. Quedé observándolo con una sonrisa.

Rosy se acercó a decirme algo al oído.

—Pensé en que te haría recordar a alguien —susurró.

Tenía razón pero era un poco al revés. Los gatos no me recordaban a Antonio, era Antonio el que me hacía pensar en un gato de ojos verdes. Reí un poco.

—Gracias, me encanta —dije mientras me lo ponía.

—¡Sí! —exclamó ella—. Bueno te dejamos continuar.

Rosy se fue. Marcos estaba algo pensativo, sabía que tenía algo que decirme. Me senté a seguir con el microscopio esperando a que se animara a hablarme. Se sentó a mi lado y jugueteó un poco con los dedos.

—Marien... —dijo finalmente—. Debo decirte algo.

—¿Sí? Dime —respondí de forma casual.

—Es la última vez que te molesto con tema así que, por favor, te pido que me escuches... —habló nervioso.

Suspiré.

—Bueno, ya sospecho de qué me hablarás.

Se juntó más a la mesa y se aclaró la garganta.

—Entré a la biblioteca en la ciudad, y encontré un par de libros. Uno cuenta que los *ángeles brillantes* bajaron de cielo y actuaron en secreto, creando un castigo para los humanos. El otro libro me interesó más, era de más de mil cien años. Hablaba sobre leyendas de extrañas personas con características de animal.

—Um, ¿cómo qué? —cuestioné mientras cambiaba la muestra del microscopio.

—Esos seres eran descritos como humanos, con una fuerza tremenda, siendo capaces de luchar cuerpo a cuerpo con animales como panteras y osos. Además tenían garras, enormes pupilas rasgadas y los dientes caninos más desarrollados, como colmillos... Sin duda es la descripción de los evolucionados.

—Sí, así veo, ¿y qué es lo que tiene ese libro que te ha hecho venir a mí?

—Narra que estos seres no hacían acto de presencia cuando eran jóvenes, siempre se presentaban ya adultos, lo que crea el mito de que cuando son jóvenes no están al cien por ciento de su capacidad...

—Es una leyenda —le interrumpí.

—Ya pero... piénsalo, nosotros tampoco sabemos cómo son de jóvenes, no podemos penetrar su territorio entre la cordillera gracias a esas sociedades protectoras que alegan que porque siguen siendo humanos no podemos hacerlos volar...

—Eres un genocida —dije entre risas.

—Bueno, no iba a eso. —Rió también—. Ahora piensa en esto... Un joven H.E, no tiene garras aún, ni pupilas rasgadas, no se le han desarrollado los caninos, pero ya tiene suficiente fuerza como para noquear a otro H.E adulto.

—¿Ahora me dirás que Antonio es un H.E en la pubertad? —le volví a interrumpir.

—Tú sólo piénsalo, cabría la posibilidad.

—Él es muy bueno como para ser uno de esos sanguinarios seres.

—Recuerda que ha perdido la memoria —advirtió preocupado.

Miré mis manos con el ceño fruncido. Sentí intriga, pero sólo era una teoría, quizá no se presentaban más jóvenes a los humanos por simple costumbre.

—En fin, te dejo. —Se fue antes de que pudiera responderle.

Después de la jornada de la mañana, que se me había prolongado más de la cuenta, fui al comedor. Antonio no estaba, y la desilusión me inundó. Fui a la mesa donde estaban Marcos y Rosy.

—¿Y Antonio? —pregunté.

—Sólo lo vi entrar y llevarse una botella de leche, quizá de aquí vuelve —respondió

Rosy.

—La hora de almuerzo casi acaba, no creo que vuelva. —Traté de fingir un tono casual.

Noté que Marcos miró a mi amiga y ella reaccionó.

—Eh, ¡bueno! —exclamó—. Ya vuelvo, no me esperen.

Se puso de pie y llevó su bandeja ya vacía. Esa excusa había sido mal planteada. Sospeché que era otra especie de truco para dejarme sola con Marcos, y lo era.

—Oye... —dijo él con tono amable—, quería... Quería decirte algo. —Sospeché que esto era algo distinto a lo de más temprano—. Te gusta ese Antonio, ¿verdad? —Su tono de voz no pudo ocultar cierta tristeza.

Me quedé en silencio. Sí, lo quería, pero no pensaba decírselo ni a él, tenía que dejarlo en claro.

—Le he tomado cariño, eso es todo —dije al fin—, no pienso en él de manera que quiera un día entablar una relación seria o algo. —Sentí que me ruborizaba de la vergüenza por estar contando esto, nunca antes le había comentado a alguien mi gusto por otra persona—. Además no creo que él sienta algo...

—Lo dudo, sería un tonto si no llega a sentir algo por ti —me interrumpió. Nos miramos unos segundos, y volvió su vista a la mesa—. Siento algo por ti —confesó nervioso.

No supe qué decir. Antonio y Rosy me lo habían sugerido. Me sentí mal de tener que lastimar a mi amigo de años.

—Está bien —dijo haciéndome reaccionar—. Sé desde hace mucho que no me correspondes.

Sentí una inmensa pena.

—Lo-lo siento, perdóname. —Mi voz se oyó diminuta.

Sonrió un poco.

—No tienes que decirme nada, lo sé, sólo quería decírtelo. Pienso que deberías decirle a Antonio lo que sientes, nunca te había visto tan animada ni sonriente como cuando estás con él. Cuando murieron tus padres algo murió en ti también y ahora está volviendo.

—No creo —dije con tristeza.

—Pues yo sí. Rosy y yo hemos visto cómo te mira, cómo te sonríe... Podría asegurarte ahora que siente algo por ti, es sólo que también debe estar con un mar de preguntas en su cabeza que seguro lo mantiene aturdido.

Suspiré.

—Sí, debe estar hecho un lío.

—Lo que sí te pido es que tengas cuidado, no vaya a ser un H.E *puberto*.

Nos reímos.

—Sigues con eso —repliqué entre risas.

—Vamos, déjame desfogar mi envidia al menos —respondió de la misma manera.

Después de terminar la jornada de la tarde fui a mi habitación. Me saqué la bata del laboratorio, abrí una botella de leche y la tomé. Quería ir a verlo pero no estaba segura de si él querría, después de todo, no se había presentado en el almuerzo.

La duda me invadió. Si algo le pasaba quería saber, pero no sabía si él quería que yo lo supiera. Decidí ir por si acaso. Llegué aún dudando, apreté los labios y suspiré.

—Antonio... —pude decir al fin—. ¿Podría... pasar? Ah, pero si gustas me voy y me avisas cuan... —Abrió.

—¿Por qué crees que no te quiero aquí? —preguntó con un tono dulce de voz.

Me hizo pasar, y no cerró la puerta.

—No estuviste hoy en el almuerzo —murmuré.

—Lo que pasa es que... recordé algo. —Se sentó en la silla. Retrocedí y me senté en su cama. Mostró una leve sonrisa pero había algo siniestro en ella—. Bueno, en realidad ya lo sabía, sólo decidí contártelo hoy, seguro será de tu interés.

—Oh... Eso es bueno, ¿qué es? —pregunté.

—Estuve un tiempo viviendo en una colonia de H.E.

—¿Qué? ¿Estás seguro? —Me aterró. «¿Él con esos seres? ¿Cómo es que lo habían dejado vivo?»

Al parecer notó mi expresión pues soltó una leve risa.

—No eran tan malos como crees, unos cuantos llegan a perderse bajo su instinto salvaje pero en general son una sociedad más civilizada que la de los humanos.

—¿Civilizados? ¡Sí, claro! ¿Por qué no me lo contaste antes? —No me lo dijo, y me sentía traicionada.

—No te lo dije porque los odias... y yo no.

—¡¿Tú no?! —ahora estaba frustrada—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Es la verdad, la sociedad humana está acabada, está podrida, he visto cómo viven ellos... —Su mirada buscaba algo de comprensión en mí pero yo no podía dejar de verlo con rencor y no podía evitarlo—. Deberías reconsiderar tus prejuicios, ellos rara vez matan.

—Ya basta.

—Deja de odiar, olvida ya —pidió casi rogándome con los ojos.

—No... No, no dejaré de buscar desaparecerlos —respondí de forma algo tosca.

—Son seres vivos, ¿los matarías? Serías peor que ellos.

—No me compares con ellos. —Quería alzar más la voz pero me escucharían.

—Quién sabe, quizá un día alguno de ellos te salve.

—Primero muerta. —Era muy tarde para retirar lo que acababa de decir, pero estaba molesta.

Soltó un suspiro.

—Cuidado, la boca castiga. —Había cierta advertencia en el tono suave con el que había dicho esas palabras.

Me puse de pie más furiosa que antes, di media vuelta y me fui. Cuando pasé hacia mi pabellón eché a correr, el dolor me había golpeado, me dolía haber peleado con él pero me dolía más su advertencia.

Me recosté en mi cama y me costó mucho dormir, hasta que lo logré. Mis sueños empezaron a atormentarme. Seres de colmillos enormes, más que los de los evolucionados, me perseguían. Sus ojos brillaban reflejando la luz de la luna, quería gritar y no podía, logré hacer fuerza y sacar el sonido de mi garganta.

Me desperté por mi grito ahogado, el sueño seguía persiguiéndome, aún con la sensación de oírlos atrás de mí. Unos ojos luminosos me observaban. Retiré la vista de ellos y me relajé, dejando que el sueño se difuminara. Alguien se acercó y abrí los ojos completamente asustada.

—Hey, soy yo...

—Antonio —respondí agitadamente. Respiré hondo para calmarme.

—¿Pesadillas? —preguntó. Asentí con un rápido movimiento de la cabeza. Se arrodilló al lado de mi cama y cruzó los brazos sobre el colchón—. Lo siento, no quise decir eso... —Su voz era tierna, diferente a como me había hablado más temprano—. Tranquila, no quiero que mueras, no era necesario tanto drama.

—Olvídalo... Yo me lo busqué, quizá por habladora también terminen acabando conmigo.

—No, no lo harán. Nunca negué que hay H.E malvados, pero también hay buenos, créeme, lo sé. Pero no hablemos ya de eso, si algo pasa te protegeré.

—Um —me cubrí los ojos con el antebrazo—, sólo sacrificarías tu vida por nada. —Me abrumó la idea de que muriera por mí, no quería que le pasara nada. Se puso de pie, y lo vi dirigirse a la puerta—. Espera, ¿cómo encontraste mi habitación?

—Pregunté hace muchos días.

Salió sin voltear a mirarme. Volví a intentar dormir algo más tranquila. Era extraño, recordé la teoría de Marcos y me puse a imaginar que, si él fuera un H.E, sólo le habría bastado el olfato para encontrarme. Si él fuera un H.E, sus ojos reflejarían la luz, como los ojos que me observaban cuando desperté de mi sueño... «¿Qué?». —Me senté un poco sorprendida—. «*Podría jurar que al despertar vi un par de ojos brillantes observándome al fondo de mi habitación, justo antes de que... no, no*»—. Sacudí la cabeza y me recosté. Quedé dormida pronto.

Capítulo 8: Leyendas y sospechas – 2

A la mañana siguiente me apresuré a terminar mis investigaciones, todo para ver a Antonio antes de que empezara la noche, y poder estar con él más tiempo. Cuando terminé fui a mi habitación, guardé el pequeño reproductor en mi bolso y salí. Me topé con Rosy y Antonio.

—¡Marien! —dijo ella—. Vamos a saludar a Elena un rato, acompáñenme y luego los dejo en paz, ¿sí? Mira que Antoni ya aceptó venir.

—Ah... —Miré a Antonio y él me arqueó una ceja—. Bueno —acepté algo frustrada. Miré a Rosy—, pero sabes que ella no me agrada mucho.

Elena era bióloga y trabajaba para otro doctor que a su vez trabajaba junto con Julio. No me agradaba porque era muy extrovertida, y no de la buena forma. Se le había ofrecido a Marcos un sinfín de veces, igual que a otros en la facultad, pero el que fue a caer con ella fue un ex novio mío, que por ese detalle paso a ser *ex*.

—Sólo le daremos mi regalo y nos vamos, lo prometo. Te necesito ahí para atestiguar de que llevamos prisa y no me haga quedar, es que me ha pedido tanto que vaya... ya sabes como soy —dijo con remordimiento.

—Sí, no puedes decir que no.

Nos dirigimos al segundo nivel y fuimos a su sala de estar principal. Había varios compañeros pero, sobre todo, estaban los de su sector a quienes casi no conocía. Elena se deslizó entre algunos de sus compañeros y vino feliz a saludarnos.

—¡Hola! —exclamó—. ¡Viniste! —Plantó los ojos en Antonio—. ¡Me trajeron un regalo!

—Sí, aquí... —Elena hizo caso omiso a lo que Rosy le habló.

—¡No puedo esperar a quitarle la envoltura! —dijo mientras tomaba a Antonio del cuello de su camisa.

Él frunció el ceño y la miró ¿confundido, molesto? No me di tiempo a descifrarlo pues

lo aparté enseguida de las manos codiciosas de esa pesada chica.

—Lo siento, es mío —le dije sin pensar.

—Este es tu regalo —intervino mi amiga, algo nerviosa. Le sonrió para aliviar la tensión.

Elena lo tomó.

—Vaya, gracias. Aún hay chicas amables —murmuró.

No la miré, preferí mirar a Antonio. Noté que Elena había logrado desabrocharle un botón de la camisa. Dios, era veloz. Pero me alivié pues no parecía haber escuchado lo que dije.

—Bueno, nos retiramos, llevamos prisa —anunció Rosy al fin.

—Oh, rayos. Deberían quedarse, Oscar me dio permiso para tomar unos cuantos *tragos*. —Volvió a mirar a Antonio.

—No, tenemos trabajo que hacer. Fue un gusto saludarte.

«*Sí, claro*», pensé.

—El gusto fue mío —respondió Elena sin dejar de mirar a Antonio.

Pero qué *plagosa* que era. Hacía tanto que no me sentía celosa o incómoda. Todas esas cosas innecesarias ahora, habían vuelto por haberme permitido sentir algo por él. Nos retiramos del lugar, y al bajar las escaleras mi amiga se despidió.

—Gracias chicos, no me habría dejado salir —dijo sonriente. Me jaló a un lado y se acercó a decirme algo al oído—. Marcos me contó lo que hablaron. —Sonrió y se volvió a acercar a mi oído—. Esta es tu noche, ánimo y dile.

Me ruboricé. Sabía que esos dos se habían confabulado, no debí abrir la boca. Me dio un par de palmadas en el hombro y se fue. Miré a Antonio y él se acercó a mí. Me volví a ruborizar.

—¿Vamos a tu habitación? —le pregunté—. Aún no te he dado lo que te compré.

—Claro. —Curvó los labios en una media sonrisa.

Fuimos lentamente hasta su cuarto. La luz estaba bien baja, y al entrar, cerró la puerta. Por un momento pensé que quizá anoche no la cerró porque sabía, de algún modo, que yo saldría huyendo en cualquier momento. Me sentí patética al recordar eso.

—Perdón por lo de ayer.

Él volteó y me miró confundido, había algo de preocupación en su rostro. Recordé que hoy tampoco se había presentado en el almuerzo. Algo lo tenía así y no sabía qué era.

—Descuida —respondió en tono amable.

—Me gustaría escuchar más sobre la vida de los H.E —le sonreí—, pero no por hoy.

Saqué de mi bolso el regalo que tenía para él y se lo enseñé. Mostró una fugaz sonrisa. Me moría por saber qué lo tenía preocupado como para que no sonriera más, pero por ahora me concentraría en despejarle la mente.

—Tengo algo de música aquí —dije mientras abría el paquete—, te hablaré de algunas. Tengo de todo un poco, géneros de casi todo tipo, algunas son músicas muy antiguas. —Él se acercó para ver el pequeño aparato—. También trae audífonos por si no quieres hacer bulla.

—Gracias —dijo casi en susurro. Mantenía esa leve sonrisa sin mostrar los dientes.

—Por cierto, ¿tu bombillo está mal? Está bien baja la luz —comenté, y es que ya casi estábamos en penumbras.

—Sí creo, pero déjalo así —respondió en tono casual.

Apenas podía verle bien el rostro pero, por otro lado, agradecí la oscuridad parcial. Ocultaba el rubor que me había producido el pensar en que eso le daba al ambiente un toque de intimidad y romanticismo. Enchufé los parlantitos al reproductor y empezó una canción, puse el aparato en el velador y nos sentamos en su cama.

—Esta es una canción de cuando era niña, me gusta su ritmo suave... —conté.

—Se oye agradable —murmuró—, y creo que se me hace conocida.

—¿Sí? —lo miré—. Quizá te ayude.

—¿Sabes? Los H.E hacen otra música.

—Vaya, ¿y cómo es?

—Más que todo, sólo instrumentales.

—Genial, también tengo instrumentales aquí. Son las que más me gustan. —Me mostró su leve sonrisa—. Por otro lado, siempre tuve curiosidad por saber cómo vivíamos antes de que los humanos evolucionados aparecieran. —Volví a ver hacia el reproductor—. Tú sabes... Y como que no abundaban tantas canciones raras como ahora. —Sonreí con nostalgia.

—Antes el mundo tenía sus problemas según lo que leí —agregó él—, pero no estaba en esta crisis extrema de ahora.

—Sí, analizando estas canciones antiguas puedo casi imaginar cómo vivíamos antes los humanos. —Empezó otra canción—. Ah, esta es antiquísima —dije sonriendo de repente—. Una *salsa*, o algo así, ya casi no existe este género hoy en día. A las personas antiguas les gustaba bailarlas, no soy mucho de estas pero... —suspiré—. Antes había gente más feliz... Sólo escucha esa letra.

«... A veces llega la lluvia para limpiar las heridas, A veces sólo una gota puede vencer la sequía, ¿Y para que llorar?, ¿pa' que?, si vuelve una pena, se olvida ¿Y para que sufrir?, ¿pa' que?, si así es la vida, ay que vivirla, La la le...»

—¿Y tú sabes bailarlas?

—Um... *Nah*, no mucho.

Se puso de pie y me extendió la mano, mirandome de forma profunda.

—¿Me enseñas? —preguntó con su dulce y leve sonrisa.

Sonreí avergonzada. Tomé su mano, sintiendo mi piel estremecerse al contacto con la suya. Me puse de pie y me le acerqué, tomé su otra mano y empecé con un paso sencillo. Le sonreí, él también lo hizo apenas, trataba de seguirme el paso. Dejé que la letra me envolviera.

Me di una vuelta sin soltarle una mano, él mantenía su dulce sonrisa.

Me acerqué moviendo los hombros y volvió a sonreír de forma fugaz. Tomé su otra mano, la puse en mi cintura y luego puse la mía en su hombro mientras sostenía aún su otra mano levantada. Moví mis labios siguiendo la letra.

«...*Voy a reír, voy a gozar, vivir mi vida, la la la la...*»

Me alejé y me di otra vuelta sin soltar su mano. Me acerqué y volvió a tomarme de la cintura pegándome más a su cuerpo. Su mirada era dulce. Pensé en que quizá Marcos tenía razón, quizá él sentía algo por mí también. Sentía la electricidad recorrerme y terminar enredándose en mi estómago cada vez que miraba sus labios. Si se inclinaba para besarme en ese momento yo le iba a corresponder, olvidándome de todo, olvidando la futura guerra inminente, olvidando la existencia de los H.E, olvidando incluso qué estudié y qué era lo que hacía aquí.

Pero claro, no lo hizo.

La música acabó en ese momento y me separé. Quizá estaba alucinando mucho, quizá él no sentía nada por mí y me veía como una buena amiga, la única tal vez en su confuso mundo. Si le decía lo que sentía sólo iba a empeorar su frágil realidad. Por otro lado, si era verdad que no recordaba un beso, ¿por lo menos debería sentir el impulso? ¿Cómo saber?

Volvimos a sentarnos. Seguía una canción suave.

—Una balada antigua —murmuré.

Puso sus manos en el colchón y apretó sus dedos contra éste, me angustiaba no saber qué lo tenía tan preocupado. Después de un rato la suave música terminó relajándolo, ya que dejó de estar tan tenso. Empezó otra música.

—Una *Aria*, éstas son muchísimo más antiguas —conté—. Otro género que, creo, ya está extinto.

—Guau, es una lástima, hay una diferencia abismal entre este género y los otros.

—Um... —agregué en tono de confirmación. Lo miré de reojo, estaba pensativo—. Bueno, espero te haya gustado, es hora de dormir.

Me puse de pie. Pero él seguía ahí sentado con la vista baja, y tenía los puños cerrados sobre el borde del colchón. No pude evitar sentirme triste, di media vuelta de forma

deliberadamente lenta.

—Oye... —murmuró suavemente, y me detuve—, debo contarte algo...

—¿Sí? —Lo miré.

—Pero... No hoy.

—¿Ah? —Me sentía confundida. Moría por saberlo y él quería esperar.

Se puso de pie y volvió a mostrarme su dulce y leve sonrisa.

—Mañana por la noche, ¿está bien? —sugirió.

—Claro, puedes confiar en mí...

—Bien —dijo con cierto tono de duda—. Buenas noches, señorita.

Asentí con una media sonrisa tratando de ocultar mi angustia y me fui. ¿Qué pasaba si Marcos tenía razón? ¿Qué me estaba ocultando Antonio? ¿Era tan grave que no quería decírmelo así no más? ¿Algún pasado oscuro?

Esa noche casi no pude dormir.

Capítulo 9: Lo que realmente eras - 1

Nuevamente un sueño me atormentaba, pero aquí no había H.E salvajes ni luna llena, sólo oscuridad. Sabía que Antonio estaba a mi lado pero no tenía interés en que lo siguiera, estaba un poco apartado.

Abrí los ojos, el techo blanco de mi habitación me daba los buenos días como siempre. Me empecé a alistar para empezar el día, pensé en que probablemente Antonio tampoco se aparecería por el comedor hoy. Me preocupé. ¿Qué estaba comiendo entonces? ¿Tanta era su angustia que no tenía ni apetito? Quizá anoche debí llevarle algo de comer, me sentí una tonta.

Como me había despertado más temprano de lo habitual, saqué una botella de leche del comedor y también un sándwich de carne. Fui directo a su habitación y la puerta no estaba bien cerrada. Me asomé lentamente. La habitación estaba casi oscura, había dejado las cortinas cerradas. Él se encontraba tendido en su cama boca abajo, la sábana le cubría hasta abajo de los hombros, por lo que pude notar que estaba con el torso desnudo. Sus manos se encontraban escondidas debajo de la almohada que acunaba su rostro.

Me acerqué despacio hasta su velador y dejé la leche y el sándwich. Volví a mirarlo. Sus músculos estaban tensos alrededor de la almohada y su rostro estaba semi enterrado en ésta, quizá había tenido una pesadilla. Sus hermosas cejas oscuras estaban casi juntas por la tensión, denotando angustia. Me atreví a inclinarme y acariciar suavemente su cabello, poco a poco se fue relajando su expresión. Sonreí.

—Marien... —susurró.

Retiré mi mano, avergonzada.

—¿Sí? —respondí casi susurrando.

Pero no hubo respuesta, él seguía durmiendo. Me sorprendí, estaba soñando conmigo. Mi corazón brincó de alegría pero todo eso sólo duró un par de segundos ya que volvió a tensarse.

—No, no... —murmuró.

Suspiré. Al parecer no soñaba nada bonito. Pensé que no sería bueno estar ahí cuando despertara así que salí procurando no hacer ruido. Cerré la puerta despacio después de darle una última mirada. Moría por saber qué lo aquejaba tanto.

Tal y como lo había pensado, Antonio no apareció a la hora de almuerzo. Me senté muy preocupada, hubiera preferido ir corriendo a verlo a su habitación. Comí un par de bocados y me planteé seriamente la idea de ir.

—No se lo dijiste, ¿verdad? —preguntó Rosy, haciéndome reaccionar.

—No... No he podido, creo que está demás —contesté resignada.

Volvía a tener en mente mi idea original, en la que el amor no tenía cabida aquí, además todo había pasado muy rápido y ahora había acabado de la misma forma.

Marcos suspiró.

—Vuelves a tener esa cara vacía... —murmuró nostálgico—. ¿Tenías que fijarte en alguien con severos problemas? Más fácil era yo.

Sonreí sin muchas ganas.

—No la culpo —habló Rosy—, una vez vimos su torso desnudo... ¡Um! —exclamó levantando las cejas.

—Claro, rayos, debí suponerlo —dijo él, mientras le daba un par de palmadas a su vientre que no se encontraba en muy buena forma que digamos.

Esta vez no pude evitar reír con un poco más de ganas.

—Todo estará bien —me animó Rosy—, de todos modos la confusión no le va a durar toda la vida, esa mala suerte no existe.

Volví a reír. Tal vez sí llegaría a haber tiempo para el amor algún día, no dejaría de apoyar a Antonio en lo que fuera. La tarde continuó. Estaba viendo a Elena rondar por ahí, seguro buscando al joven de ojos verdes al que lo creyó su regalo.

Eran aproximadamente las siete de la noche cuando el caos comenzó. Las alarmas

empezaron a sonar en las calles cercanas, esas alarmas estaban programadas para activarse con el paso de objetos sospechosos, en resumen: los humanos evolucionados.

El pánico dominó el lugar, al parecer eran bastantes los que se aproximaban. Corrimos a guardar todas las cosas, me preocupé enseguida por Antonio. Me dirigí a la zona de habitaciones, Marcos y Rosy aparecieron corriendo detrás de mí. Me atreví a ver por los ventanales de la sala de estar principal cuando pasamos por ahí, y la imagen fugaz que obtuve fue espeluznante. Una gran horda de H.E se aproximaba, lo sabía por el brillo en los muchísimos pares de ojos, producto del reflejo de la luz que provenía de nuestro edificio. En ese momento hubo un corte y quedamos a oscuras.

—¡Debemos huir! —gritó Marcos.

—¡No sin él! —grité en respuesta.

Tan pronto terminé de articular la última palabra, me choqué fuertemente con alguien, me hubiera caído hacia atrás pero él me rodeó en sus brazos al mismo tiempo que detenía su carrera. Reconocí su aroma al instante, era Antonio.

—Aquí estás —dijo preocupado—, debiste haber huido ya.

—Eso le dijimos —se quejó Marcos. Se escuchó un fuerte estruendo y corrimos—. ¡Rápido, debemos guardar la toxina!

Al cruzar por un pasillo nos chocamos con Julio.

—¡Tengo un helicóptero arriba, debemos llevar la toxina! —nos gritó.

Se oyó otro estruendo. No sabía si ya habían entrado y estaban tras nosotros.

—¡Escuchen, señores! —dijo una fuerte voz masculina, venía de un altavoz de afuera—. Sabemos qué es lo que tienen y lo queremos ahora, o los mataremos a todos, así de fácil.

Se escucharon más estruendos. Entramos al laboratorio, Julio corrió a sacar la toxina de la caja fuerte y hubo un estruendo más. Sin duda ya habían destrozado los cristales reforzados con algo grande, pues escuchamos sus gruñidos también. Antonio bloqueó la entrada con una de las pesadas mesas justo antes de que se estrellaran contra la puerta.

Se oyeron risas, ya estaban del otro lado.

—Te olfateamos, joven —dijo una voz.

—¡Qué interesante, no está solo! —dijo otro. Rieron.

—En ese caso, no podremos hacer nada por ti —agregó el primero.

¿A qué se referían con eso? Empezaron a estrellarse contra la puerta. Antonio sostenía la mesa para que no lograran entrar, y Marcos corrió a ayudarlo.

—Listo, la tengo, ¡vámos! —anunció Julio.

—Estamos atrapados —exclamó Marcos mientras sostenía la mesa.

—Por aquí —nos guió.

Retiró una vitrina y abrió una pequeña puerta.

—Vaya, debimos suponer que tendríamos algo así.

Subimos corriendo. Llegamos al segundo nivel y corrimos hacia las escaleras para llegar hasta la azotea. Escuchábamos los destrozos que ocasionaban los H.E en el nivel inferior. La edificación era de tres niveles simplemente así que llegamos rápido, al parecer todos habían logrado huir en los helicópteros, sólo quedaba uno para nosotros.

—¡Corran, corran! —insistió Julio.

El helicóptero ya estaba listo para desprenderse del suelo, el viento proveniente de las hélices nos azotaba con fuerza.

—Oscar ha logrado infiltrarse en el estacionamiento privado del sótano para huir en su auto con una falsa toxina, con algo de suerte los H.E se irán siguiéndolo —comentó. Un operador le dijo algo al oído y su rostro cambió con una expresión de preocupación—. Me temo que no cabemos todos, uno de ustedes debe quedarse.

Debí suponerlo. Los helicópteros sólo estaban contados para algunos de los que trabajaban aquí.

—Está bien, suban, ¿qué esperan? —dijo Antonio.

Reaccioné.

—¿Qué?! ¡No! —Lo tomé del cuello de su camisa—. ¡No te dejaré!

A pesar de la oscuridad de la noche pude notar que frunció el ceño.

—No digas tonterías, estaré bien —respondió en tono frío.

—¿Qué?

Alguien me jaló.

—¡Vámonos ya, no queda tiempo! —exclamó Marcos mientras tiraba de mí.

—¡NO! —chillé. Tiré de Antonio y lo abracé, aferrándome a él—. ¡Lo matarán!

—Marien... —escuché que dijo Rosy con tono de súplica.

—No me harán nada, créeme, puedo con ellos —aseguró Antonio mientras intentaba desprenderme.

—No le pasará nada, Marien. Oscar atraerá a los H.E con la falsa toxina y los hará perseguir su auto, llevándoselos lejos —dijo Julio.

—¡Entonces no hay problema si me quedo! —insistí.

Sentí los suspiros de frustración de todos, quizá estaba siendo muy terca y caprichosa. Estaba haciendo lo que nunca quise ni pensé que haría. Quizá Antonio me detestaría ahora pero no podía dejarlo a que esos furiosos seres lo hicieran pedazos, yo sabía y tenía las llaves de donde se encontraban algunas armas para defendernos.

—¡Vámonos! —ordenó Julio.

Los miré subir de reojo. Rosy se tapaba la cara, seguro estaba llorando, ella era muy sensible.

—¡Nos vamos a la capital! —gritó Marcos—. Más te vale que la acompañes allá —agregó, dirigiéndose a Antonio.

El helicóptero despegó y nos cubrimos del viento. Antonio se separó de mí. En medio

de la oscuridad y la soledad oímos el ruido de un motor rugiendo, me asomé al borde del edificio y vi un auto salir del garaje a toda prisa, la horda de H.E salió persiguiéndolo.

—¿Lo ves? —murmuró Antonio que ya estaba a mi lado.

Lo miré pero él ya se había dado la vuelta y se alejaba de mí, me sentía triste pero no me importó. Troté un poco y le di alcance.

—Sé dónde hay armas, por si acaso —avisé.

—Bueno, muéstrame.

Bajamos las escaleras en silencio, había armas ocultas en cada nivel así que sólo sería cuestión de caminar unos cuantos pasillos. Noté que el ventanal del final del pasillo donde estábamos estaba roto. Me sorprendió ver que rápido habían llegado los H.E hasta este nivel, pudieron habernos alcanzado si no fuera por Julio, seguramente.

El viento sopló desde atrás y Antonio se tensó enseguida, volteó y me puso detrás de él en ademán protector. Escuché una leve risa siniestra venir del otro lado del pasillo, de hecho no estaba muy lejos. Me asomé un poco. Un H.E estaba parado frente a nosotros.

—Mal, muy mal —dijo en tono de burla.

—Vete —advirtió Antonio, tratando de permanecer tranquilo.

El miedo me invadió. Al parecer Antonio escuchó algo más detrás de mí ya que me puso contra la pared, cubriéndome con su espalda. Del otro lado del pasillo apareció otro H.E. Ahora sí me sentía aterrada, debí suponer que no sería tan fácil. Los dos seres se mostraban satisfechos con lo que veían.

—¿Es en serio? —se mofó el primero—. ¿Piensas protegerla?

Ambos seres rieron con ganas.

—Qué ingenuo —habló el otro—, los cuatro sabemos que no podrás con dos de nosotros.

—No importa, disfrutaré matando a este pequeño traidor —agregó el primero.

—¿Qué? —susurré, y al parecer me escucharon.

—¡Vaya! —exclamó el H.E—. Esto se pone más interesante.

—¡Cállense! —gritó Antonio, lo escuché furioso por primera vez.

Los seres rieron y se lanzaron a nosotros tan rápido que apenas pude reaccionar y cubrirme con mis brazos por instinto cuando sentí un impacto. Antonio había golpeado a uno de los seres y éste se había chocado contra la pared de al frente, mientras el otro H.E lo había atrapado y estaban forcejando, logró zafarse y golpearlo pero el otro ser lo embistió. Me horroricé al ver que los dos lo atacaban ahora, lo matarían, esas cosas tenían una fuerza tremenda. Uno le dio un puñetazo, el otro lo agarró de su camisa y empezó a golpearlo contra la pared.

—¡NO!

Capítulo 10: Lo que realmente eras - 2

Empezaron a reírse de forma enfermiza mientras lo golpeaban más fuerte contra la pared de concreto. Me estremecía cada vez que escuchaba el ruido sordo que ocasionaba su cuerpo con cada golpe. El otro ser le dio otro puñetazo y lo lanzó un par de metros, quise correr a verlo pero el otro H.E me atrapó tan pronto que no lo vi venir, solté un grito y me empezó a arrastrar hasta el final del pasillo, acercándonos al borde.

—¡Suéltala! —gritó Antonio.

Se puso de pie de forma veloz, parecía intacto. Corrió hacia mí pero el otro ser embistió contra él y chocaron con la pared nuevamente. Antonio le dio un fuerte golpe pero el H.E se lo devolvió en seguida. Seguía intentando venir hacia mí, esquivando y a veces soportando y devolviendo golpes del otro que intentaba retenerlo a toda costa. El ser le dio otro golpe a Antonio logrando lanzarlo contra el suelo, se le aventó sobre y le mordió el hombro, él gritó de dolor pero apretó los dientes para callarse.

—No... —murmuré casi entre lágrimas.

Sabía que las mordidas de los H.E eran poderosas y si querían podían arrancar la carne como si fuera pan. Apreté los dientes. Antonio se giró dándole un codazo al ser y se puso de pie tan rápido como pudo. El H.E se agazapó y brincó hacia él tan sólo en ese par de segundos y volvió a morderlo. Antonio volvió a golpearlo con el codo y terminó de girar dándole un puñetazo con su otro brazo.

El H.E que me tenía prisionera empezó a reír. Antonio corrió hacia nosotros, mi opresor tiró de mi cabello con fuerza hacia atrás y me lanzó al vacío. Sólo pude sentir el inmenso horror de la caída, solté un fuerte y agudo grito, era la sensación más espantosa que había sentido en mi vida. Antonio se había lanzado detrás de mí, me atrapó entre sus brazos, giramos y sentí un fuerte impacto y un estruendo, como si nos hubiera embestido un camión.

El golpe me había dejado tonta, la cabeza me daba vueltas, luché por enfocar mi vista y me di cuenta de que estaba sobre Antonio. Habíamos caído sobre un auto del estacionamiento exterior, me asusté y tomé su rostro.

—Antonio... vamos, despierta. —Lo sacudí levemente.

Abrió los ojos y empezó a parpadear confundido, lo abracé aliviada. Era muy fuerte, un hombre normal no habría podido soportar los golpes que le habían dado, tampoco las mordidas y tampoco esta caída, esto no cuadraba.

Algo cayó sobre el auto ocasionando otro fuerte ruido. Antonio me rodeó con sus brazos y giró sobre su espalda para bajar del capó, nuevamente fue tan rápido que cuando me di cuenta ya estábamos de pie y él delante de mí.

El H.E se encontraba sobre el auto, al segundo cayó el otro, bajaron de otro salto y aterrizaron en el asfalto.

—Puedes irte, yo me encargo a partir de ahora —le dijo el H.E al otro, al parecer era el líder—. Me divertiré un poco aquí.

El otro ser asintió con la cabeza y se fue corriendo, fue veloz, ellos podían correr el doble de rápido que un hombre normal. El hombre dio unos cuantos pasos a nosotros y se dispuso a hablarle a Antonio.

—Pelea conmigo, quiero ver todo tu potencial.

Antonio no le respondió y el ser empezó a gruñir. Antonio me empujó hacia un costado y fue embestido, solté un grito de la sorpresa por lo rápido que había sido eso. Pronto caí en la cuenta de que haberme quedado había sido un error, él probablemente hubiera podido huir del H.E pero yo significaba una carga, por otro lado si me iba quizá no lo volvería a ver nunca. Empecé a soltar lágrimas, estaba harta de verlo pelear, en cualquier momento lo mataría en mi delante sin que yo no pudiera hacer nada, sabía que esos seres eran despiadados.

Escuchaba los golpes que se daban y los gruñidos del H.E, de rato en rato Antonio ahogaba algún grito, lo cual me hacía estremecerme a mí también, era algo muy duro de soportar, no sabía si ir corriendo por un arma y volver o quedarme ahí. El ser le mordió el brazo, lo lanzó al suelo de un puñetazo y empezó a patearlo en el estómago.

—¡Déjalo! ¡Es sólo un chico, DÉJALO! —chillé desesperada.

El ser volteó con mirada incrédula y se lanzó hacia mí, reaccioné y quise huir pero me alcanzó al segundo. Grité y me rodeó el cuello con un brazo y me apretó fuerte. Giró para ponerme a la vista de Antonio, él respiraba con dificultad e intentaba ponerse de pie.

—Suéltala... —dijo con un tono débil de voz, por el dolor que seguro estaba sintiendo.

El ser apretó su mano en mi abdomen, me quejé de dolor y de miedo. Si apretaba más sus garras iban a traspasar mi piel.

—¡Me sorprendí cuando noté que no le has dicho toda verdad! Eres más listo de lo que creí —exclamó, y movió su mano rasgándome la piel con sus garras.

Grité de dolor pero me tapó la boca con brusquedad.

—¡NO LA TOQUES! —rugió Antonio, sorprendiéndome.

Empezó a soltar un fuerte gruñido, ese ruido que se presentaba en mis sueños, similar a la mezcla del gruñido de un perro furioso y el de un gran felino a punto de atacar. Apretaba los dientes mostrando los colmillos. Oh por dios... ¡Colmillos!

—Si no vienes por ella, la mataré —advirtió el H.E—. ¡Dame una buena pelea de una vez!

—La tendrás —gruñó.

El ser me arrojó hacia un costado y caí contra el suelo. Escuché más gruñidos furiosos de ambos, volteé aterrada a mirar, ambos se debatían en una fuerte lucha.

Antonio me sorprendió con su velocidad, esquivaba fácilmente a su atacante y le respondía con fuertes golpes. Logró alcanzar su brazo y lo mordió con fuerza, el ser soltó un grito que fue más un rugido y respondió con un rodillazo, liberándose de su agarre. Intentó darle un puñetazo pero Antonio ya se había adelantado al esquivarlo y alcanzó a morderlo por las costillas. El ser volvió a gritar, me horroricé al ver que Antonio tiró con fuerza y le arrancó un poco de carne. Me bajó la presión, sentí que ahora cualquiera de ellos podía darse la vuelta y venir a matarme.

El H.E lo arrojó unos metros lejos con una patada y se agarró el costado cubriendo la herida ocasionada por la mordida. Antonio no había perdido el equilibrio y había caído prácticamente de pie, derrapando en el asfalto. Se limpió la sangre de su boca con el antebrazo, respiraba agitado pero mostró una perversa sonrisa.

—¿Qué ocurre, ya te rindes? —le preguntó—. ¿No querías una buena pelea? —Casi podía oírlo ronronear.

El ser gruñía furioso, se volvió a lanzar al ataque.

—No... basta —logré murmurar apenas.

Me tapé los oídos para no escuchar esos gritos y rugidos de dolor y furia. No podía creer que había pensado que Antonio era muy bueno como para ser uno de esos salvajes y ahora estaba siendo testigo de lo contrario. El H.E cayó cerca de mí, se agazapó rápidamente lanzándose contra Antonio que ya estaba a un metro de distancia, chocó contra él y algo de sangre me salpicó. Enterré mi cabeza en mis rodillas con mis manos cubriendo mis oídos aún.

Me aventuré a mirar nuevamente.

El H.E estaba apartando a Antonio que estaba casi sobre él mostrándole los colmillos, deseoso de arrancarle más carne con otra mordida. Le dio un puñetazo, Antonio le devolvió el golpe. El H.E intentó darle otro pero Antonio lo esquivó, lo aprisionó del cuello con el brazo y con un rápido y fuerte movimiento lo estrelló contra el duro asfalto. El hombre no se movió más.

Me puse de pie, seguía horrorizada, el H.E estaba casi cubierto de sangre y Antonio también. Fijó su mirada en mí, si se lanzaba a matarme no iba a tener oportunidad de huir.

Alzó lentamente las manos, como alguien que quería indicar que no tenía armas. Bueno, a él sólo le bastaba su fuerza para matarme. Me miraba con cautela y respiraba algo agitado aún.

—Tranquila, «no muerdo», ¿recuerdas?... No te lastimaré —me aseguró con un suave tono de voz.

Se empezó a acercar con lentitud. Me di cuenta de que estaba temblando y traté de concentrarme para dejar de hacerlo o él lo notaría. Ahora un pensamiento se hacía presente y necesitaba decirlo, gritarlo si era posible.

—Eres un H.E —le recriminé. Se detuvo, ya estaba a un metro de mí—. ¡Me engañaste todo este tiempo! —pude gritar al fin.

Me miraba arrepentido. Cayó de rodillas, bajó las manos y se sentó sobre sus talones. Tenía sangre por casi toda su ropa, su camisa estaba rasgada, su rostro y brazos también estaban manchados de sangre.

—Lo sé... —me dijo—. Pero tuve que hacerlo.

—No veo la necesidad —respondí de forma tosca.

—Tú nos odias...

Ese *nos* me hizo reaccionar de alguna manera.

—No es odio, es... rencor, más que todo —me excusé.

—Perdóname... —En verdad sonaba arrepentido.

Se le veía vulnerable, podría jurar que el salvaje H.E que vi hacía un momento no era él. Parecía mentira, una mala broma de mi mente, pero su mejilla manchada de sangre me hacía recordar que no había sido un sueño.

—Hubo algo en ti... —continuó—, que desde que te vi me agradaste. —Bajó la mirada avergonzado—. Perdón, no quería que me odiaras, yo no te odio... —volvió a mirarme— y quiero cuidarte.

Sentí una punzada de dolor y apreté mi abdomen, me ardía la herida ocasionada por el H.E, eso significaba que era superficial. Antonio me miró preocupado.

—Puedo hacer algo con eso —dijo. Se puso de pie y yo retrocedí instintivamente—. Por favor... sigo siendo yo —me extendió la mano—. No te haré daño, lo juro.

Noté algo.

—No tienes garras —le dije.

Bajó su mano y sonrió levemente. Esa sonrisa me trajo muchos recuerdos, él seguía siendo mi Antonio.

—Las corté seguido, aunque me preocupaba que igual notasen que mis uñas eran más gruesas y duras que las de alguien normal —admitió.

Mi corazón se había ablandado. Lo quería, a pesar de su engaño, a pesar de que era un salvaje H.E, lo quería y estaba agradecida de que estuviera bien. Me acerqué finalmente y lo abracé fuerte. El dolor en el abdomen hizo que lo soltara casi enseguida y me quejé. Él se apartó unos centímetros, levantó mi blusa un poco para ver la herida. Tenía cuatro cortes superficiales, eran de casi diez centímetros de largo, ya no sangraba pero ardía.

—Debo buscar algún botiquín entre los escombros —murmuré mirando hacia el edificio.

—No hay necesidad, mi saliva es desinfectante —me dijo sonriente.

Pude verle los colmillos, entonces entendí por qué no me había sonreído así la noche anterior, estuvo cuidando de que no me diera cuenta. Apenas sonreía juntaba los labios nuevamente, obviamente la falta de luz diurna y la baja luz de su habitación le había ayudado.

—¿Me permites? —preguntó.

Se hincó en una rodilla sacándome de mis pensamientos, me lanzó una mirada fugaz y volvió a mirar mi abdomen. Me quedé absorta, recién captaba lo que había dicho, ¿su saliva era desinfectante? Abrí la boca, estremeciéndome al sentir cómo lamió suavemente una de las marcas. Lo miré, ladeó el rostro y pasó delicadamente su lengua por la otra marca. Al terminar con todas volvió a ponerse de pie. Yo seguía con la boca abierta, atónita.

—Siento que hayas tenido que ver todo esto... Te lo iba a decir hoy, con la esperanza de que no decidieras experimentar conmigo. —Su grave voz era tan amable como siempre.

—Sé de alguien que hubiera disfrutado cortándote la panza —le dije, me sonrió.

Se acercó a mí aún más dejando de sonreír de pronto.

—Sé que puedo convencerte a ti y al resto de humanos de que desistan de usar esa toxina.

Se me borró la sonrisa y quedé absorta mientras su penetrante mirada me invadía. «Tranquila Marien, él no te atacará... Podría, pero no lo hará, ¿verdad?»

Capítulo 11: Conociéndote otra vez

Me quedé mirando el iris de sus ojos muy de cerca, estaban distintos, algo más grandes. Sus pupilas parecían haber aumentado en diámetro también, estaban el doble de su tamaño anterior y no recordaba haberlas visto así anoche. Tenía muchas preguntas por hacerle.

—Vamos ya, debemos partir a la capital, ¿no? —me dijo—. Además, no quieres esperar a que nuestro amigo se despierte.

Eso me sorprendió.

—¿Que no está...?

—¿Muerto? No —sonrió—, somos más duros de matar de lo que crees.

—Oh... Vamos entonces —respondí.

Caminamos hacia el edificio. Estaba un desastre por dentro, la tristeza me embargó al ver destruido el lugar en el que había vivido este corto tiempo. Nos dirigimos a mi habitación, tomé mi mochila de espalda y empecé a guardar algunas cosas básicas procurando darme prisa. Tomé mi cepillo, guardé en una bolsa mi ropa interior. Corría de un lado para otro. Antonio volvió de su cuarto, se había cambiado de ropa y se había limpiado la sangre. Llevaba una bolsa, la tomé casi arranchándosela y la guardé, era una mochila espaciosa.

Intenté ponérmela en la espalda pero Antonio me detuvo.

—Déjalo, yo la llevo —me dijo en tono amable.

—Gracias...

Salimos de ahí y escuchamos las sirenas de los de seguridad ciudadana.

—Vaya hora en la que deciden aparecer —gruñí.

—Seguro recién les avisan lo que ha pasado —comentó.

—Vámonos rápido, si te ven te llevarán con ellos.

Salimos corriendo por el estacionamiento y fuimos hacia el centro de la ciudad.

—Tengo una tía que vive no muy lejos —conté—, podemos quedarnos ahí y mañana en la mañana salimos hacia la capital.

Nos tomó más de una hora llegar donde mi tía. Toqué la puerta algo nerviosa por lo tarde que era, pasado un momento una voz femenina se hizo presente.

—¿Quién es? —preguntó.

—Tía Carmen, soy Marien...

Mi tía abrió la puerta enseguida, al verme me abrazó.

—¡Gracias al cielo estás bien! Vimos las noticias, el ataque a tu laboratorio ese y... — Se percató de Antonio, después de mirarlo detenidamente me volvió a mirar horrorizada—. Sus ojos... —dijo asustada.

Volteé a mirarlo. La luz del pórtico había hecho que sus pupilas se contrajeran y ahora se notaba que eran rasgadas, incluso yo casi brinco del susto. «¡Rayos!», pensé. Había olvidado ese detalle.

—No es malo, tía, en serio —le dije tratando de calmarla—, lo conozco desde hace un tiempo, además me ha salvado la vida —agregué—. Por favor, necesitamos quedarnos aquí, sólo esta noche... ¿sí? —le supliqué.

—Bueno, bueno, si en verdad confías en él... los dejaré dormir aquí —aceptó temerosa.

La abracé mientras le agradecía. Nos hizo pasar, adentro estaban sus dos hijos viendo la televisión. Un pequeño niño de diez años y una jovencita de dieciséis, voltearon a vernos y se quedaron con la boca abierta.

—Niños —les dijo mi tía—, su prima pasará la noche aquí, quiero que por favor... — Guardó silencio unos segundos—. Dejen de mirar al joven y escúchenme —reclamó, interrumpiendo su anterior palabreo.

Había cometido otro error, sus pupilas rasgadas no se notarían a primera vista si no tuviera el gran iris de sus ojos de ese verde intenso que hacía casi imposible fijar la mirada a otra cosa que no fueran esos ojos, los ojos hipnóticos de un depredador.

—Mamá —dijo el niño asustado—, es... es...

—Sí, Martín... Es un H.E, pero me ha salvado la vida —le dije—, está de nuestro lado.

Los ojos del niño se iluminaron.

—Súper —exclamó emocionado.

—Sí, ten cuidado no más —agregó su madre—, vengan por aquí —nos dijo.

La seguimos. Llegamos a una habitación que tenía extra y que siempre me la daba cuando yo lo había requerido.

—Gracias tía, y perdón por la incomodidad.

—Descuida —suspiró—, sólo ten cuidado, gracias a este joven es que estás aquí, ¿no?

—Sí. —Sonreí levemente.

Antonio le sonrió apenas a mi tía, y ella le devolvió la sonrisa aún con algo de susto.

—Les avisaré cuando la cena esté servida.

—Gracias —respondimos los dos.

Mi tía se fue. Antonio puso la mochila sobre el colchón. *Rayos*, había olvidado que había una sola cama, felizmente era bastante amplia, cabrían tres personas en ella.

—Me debes muchas explicaciones —le dije.

Me miró.

—Adelante, pregunta —pidió con una sonrisa.

Sonreí y nos sentamos en la cama. Me iba a costar acostumbrarme a esa nueva apariencia suya, pero al mismo tiempo seguía siendo él, el Antonio que conocía. Aunque su nombre angelical ya no concordaba con su salvaje naturaleza. ¿Cómo podía ser tan amable ahora y salvaje cuando peleaba?

—El H.E que espantó a los que me perseguían ese día...

—Fui yo —respondió.

Sonreí y continué.

—Siempre has tenido buen olfato y oído...

—Sí, ya sabía de antemano cuando estabas cerca de mi habitación.

—¿Cómo es que parecías humano?

—Estaba en etapa de transición... Luego de nacer nos crecen dientes y pequeños colmillos, las pupilas pequeñas rasgadas, también pequeñas garras. A los siete años cambiamos de dentadura igual que los humanos. A los veintiuno, aproximadamente, el iris de los ojos se achica, las pupilas se redondean y nos falla un poco la vista. Los colmillos se caen y al tiempo crecen otros pero se mantienen de un tamaño normal, como el de los humanos, por otro buen tiempo... Siempre me morí por saber cómo eran ustedes, así que escapé aprovechando mi etapa de transición.

—Ya veo —dije asombrada—. Te arriesgaste, pudiste terminar en la mesa de Marcos listo para abrirte la panza, en serio.

Soltó una hermosa risa, sus caninos sobresalían unos cinco milímetros de entre los demás dientes. Me puse de pie, me le acerqué y le tomé el mentón levantando su rostro, separé su labio inferior con mi dedo pulgar haciendo que entendiera que debía abrir la boca, lo hizo. Sonreí y observé sus dientes, los caninos superiores los tenía más desarrollados que los inferiores. Froté suavemente mi pulgar en su labio inferior esperando que no lo notara, me ruboricé por eso y por pensar en cuánto deseaba aún tener ese labio entre los míos. Sacudí la cabeza y lo solté.

—Tus caninos superiores miden casi dos centímetros desde la encía, los inferiores son casi normales, pero sí sobresalen un poquito. —Lo miré con dulzura, ahora sus ojos eran más hipnóticos—. Eres un joven y salvaje H.E saludable —agregué con tono de ironía.

Sonrió mostrando esos relucientes dientes caninos superiores. Ya que seguían teniendo la fisionomía de un humano, los colmillos y dientes inferiores quedaban detrás de los superiores en la parte delantera. Mi tía se asomó.

—Ya está servido —avisó amablemente.

Fuimos a la sala-comedor, había dos platos juntos en la mesa. Nos sentamos, el pequeño Martín vino y se sentó frente a nosotros mirándonos con entusiasmo, al rato lo siguió su hermana, Lucia.

—Niños, dejen en paz —les dijo su mamá.

—¡Mamá, quiero leche! —le contestó Martín.

Antonio lo miró. «*Oh rayos, la leche*», pensé.

—Tía, ¿podría darme un poco también? Por favor —le pedí.

—Claro, ¿para tu amigo también?

—Sí, sería genial, gracias.

Antonio me sonrió y le respondí con otra sonrisa.

—¡Cool! ¡Colmillos reales! —dijo Martín, emocionado.

—Martín —le reprochó mi tía.

—¡Mamá! —le respondió él.

—Eres simpático —le dijo Lucia a Antonio, sin retirarle la mirada.

—No lo sé —respondió él con su suave voz grave y sonrió un poco—, nunca me detuve a pensarlo... Creo que no me considero algo así.

Casi pude ver cómo la adolescente se derretía por dentro al oír su voz. Mi tía nos puso un vaso de leche a cada uno.

—Lo eres —dijo la niña, aún embobada.

—Bueno, gracias —respondió.

—Hija, no acoses al joven —le riñó su mamá.

La comida estaba deliciosa, era estofado de pollo, esos platos ya no se probaban hoy en día. Le cedí mi vaso de leche a Antonio al ver que ya se había terminado el suyo, sonrió y bebió la leche casi sin parar.

—¿Quieres el mío? —le preguntó Lucia.

—No gracias, llegué a mi tope —contestó él amablemente.

Se concentró en su plato de comida y se relamió el labio superior, Lucia sonrió.

—Es como un gato —murmuró la chica.

—No —repuso Martín—, son como leones, sus cuerdas vocales son algo más gruesas por eso sus voces son graves ¡y pueden rugir! —agregó más emocionado.

—¡Niños! —les advirtió su mamá una vez más.

—¡Mamá! —se quejaron ambos.

—Su mamá tiene razón en una cosa —les dije—: los H.E no son cosa de juego, Antonio es el único con el que pueden hablar ahora pero jamás lo intenten con otro, que espero no tengan la oportunidad porque eso significaría que están en peligro de muerte inminente. Tienen una fuerza y velocidad letales, sumado a un excelente olfato, oído y una visión perfecta, incluso en la noche. ¿Entendieron?

—Sí, prima doctora Marien —dijeron ambos algo desilusionados.

Recordé que ellos me llamaban de esa forma cada vez que yo les aconsejaba o explicaba algo.

—Esperamos que un día todos vivamos en paz —dijo Martín.

—Yo también —contesté.

Esperaba que nunca estallara una guerra, que no tengamos que estar cuidándonos de

los H.E, que un día en verdad el mundo estuviera en paz.

—¿Hay otros como tú que sean buenos? —le preguntó Lucia a Antonio.

—Bueno, en... um. Por ahora lo dudo, lo siento —respondió él con cierta tristeza.

Noté que había dudado en hablar, quizá no quería que supieran sobre los H.E. Miró hacia el televisor y juntó las cejas, confundido.

—¿Qué es? —quiso saber.

—Dibujos animados para niños —respondí.

—¿Y qué les enseñan? —preguntó esta vez mirándome con curiosidad.

—Eh... Nada —contesté perpleja. Volvió a fruncir un poco el ceño—. ¿Tú no viste cosas así?

—No... Nos pasan programas que siempre enseñan sobre química, matemática y más.

Todos quedamos sorprendidos. Eso sí que era raro pero bueno. Suspiré.

—Bueno, vamos a dormir, mañana partimos hacia la capital —anuncié.

—¿Qué? No —se quejó Martín, desilusionado.

—¿Y cómo piensan viajar? —preguntó mi tía—. No les permitirían ir en uno de los buses blindados...

Había olvidado ese detalle, no estaba permitido salir de la ciudad salvo por aire pero no teníamos cómo. Habían buses blindados para viajes cortos pero no se podía acceder a ellos tampoco, salvo que fueses alguien muy importante. Decidí no preocuparme más por eso. Sonreí.

—Hallaremos la forma, no te preocupes, tengo contactos y un H.E protegiéndome —agregué en tono de broma.

Mi tía sonrió y retiró los platos. Agradecemos y nos retiramos de la mesa, fuimos a nuestra habitación, los niños nos siguieron y se asomaron por el umbral de la puerta.

—¿Dormirán juntos? —preguntó Lucia, ruborizándose.

—Son esposos —afirmó Martín en tono pícaro.

Me ruboricé por completo.

—Ah... no, chicos... no. —Reí nerviosa.

—Esposos... —dijo Antonio—. ¿Y eso cómo es?

—¡Nada! —exclamé— No es nada.

—¿Entonces puedo dormir con él? —dijo Lucia muy ilusionada.

—¡Yo también! —gritó Martín.

—Vete enano, ¡no sabes nada! —reclamó frustrada.

Empezaron a forcejear, mi tía apareció y los jaló de las orejas, llevándoselos mientras protestaban.

—Descansen —murmuró.

Cerré la puerta y suspiré.

—Dormiré en el suelo si gustas —sugirió Antonio.

Lo miré.

—No, no, la cama es más que suficiente para los dos.

—Bueno, si tú lo dices.

Saqué mis cosas y el pijama que había en esa habitación para mí y entré al baño para ducharme y cambiarme. Al salir, Antonio estaba revisando un viejo álbum de fotos, me horroricé.

—Ay no, qué vergüenza —susurré.

Alzó la mirada y me sonrió.

—Eres tú, ¿verdad?

Me enseñó el álbum. Había una foto mía, era yo de tres años de edad, montada en un triciclo.

—Sí, lamentablemente... Soy yo —dije avergonzada.

Me acerqué a él mientras seguía viendo la foto.

—Eras muy linda —comentó en tono casual. Me ruboricé y me miró de forma dulce—. Aún lo eres —agregó, ofreciéndome una media sonrisa—. ¿Y ellos son tus padres? —prosiguió sin darme tiempo a reaccionar.

Me mostró la foto de al lado. Estaban mis padres abrazados, mirándome jugar en el suelo, la observé sin poder ocultar mi leve tristeza.

—Sí...

Notó mi semblante.

—Se les ve que eran muy buenos —dijo suavemente.

—Sí, lo eran...

Cerró el álbum y lo puso en el velador. Se acercó a mí, me rodeó con un brazo y pegó su frente a la mía.

—Todo va a estar bien —murmuró en tono dulce y se separó de mí.

Me senté en la cama y me puse a observar el álbum de fotos. Sonreí pensando que quizá los H.E demostraban su afecto o consuelo de esa forma, juntando sus frentes. Aunque nosotros los humanos también lo hacíamos, algunos animales también, era algo innato. Me di cuenta de que aún tenía muchas cosas que preguntarle: cómo eran sus costumbres, qué cosa hacían en su sociedad, cómo se distribuían, en fin.

Me encontraba semi dormida en un costado de la cama cuando lo vi salir de la ducha,

reaccioné y me acomodé bien en el lado derecho del colchón. Tenía el torso desnudo y un pantalón de tela suave.

—Perdón, no pensé que ya dormías.

—No, descuida —respondí torpemente.

Se acercó a la puerta y presionó el interruptor para apagar la luz. Se recostó a mi lado y me ruboricé. Quedó mirando al techo igual que yo. Había suficiente espacio entre los dos como para una persona más pero sentía que me atraía a su lado con la fuerza de un imán.

—Descansa —murmuré.

—Buenas noches, señorita —respondió con ese tono grave y suave que me hacía estremecer.

No había sábana para taparnos pero la temperatura de la casa estaba perfecta así que no le di importancia. Terminé cayendo pronto en un sueño profundo, habían pasado muchas cosas ese día.

Me encontraba en casa, mi antigua casa. Era extraño, por un momento pensé que había sido destruida. Mi mamá me estaba preparando algo de comer y olía muy bien, papá estaba en la sala viendo las noticias.

—Huele genial, amor, ¿qué cocinas? —preguntó.

Mi madre le respondió pero no logré entender, su voz se escuchó lejana pero ella seguía ahí. La luz del sol entraba por las ventanas, era un bonito día. Mi mamá me sirvió un plato.

—Toma, cielo —me dijo.

Se me cruzó por la mente la idea de que ellos en verdad no estaban pero no le tomé importancia, ellos estaban conmigo y yo era feliz, todo había mejorado. Antonio apareció a mi lado, mi madre le sirvió a él también. No sabía que se conocían.

—¿Así que viajan? —preguntó mi papá.

—Sí, debemos ir a la capital —dije. «*Es verdad, lo había olvidado*», pensé.

—Deben tener cuidado —pidió mi mamá.

Antonio me rodeó los hombros con su brazo, pude sentir claramente la fuerza con la que me acogió. Me sentí cálida y feliz.

—Yo cuido de ella, descuiden —aseguró con esa suave voz grave.

Mi mamá me miró y sonrió de forma pícara, seguro me había ruborizado. Le sonreí también confirmándole seguramente sus sospechas sobre lo que sentía por Antonio. Hacía calor, al parecer el sol estaba casi en lo alto. Miré a Antonio y sus pupilas estaban rasgadas, por un momento pensé que era raro que mis padres no lo hubieran notado. Me llené de nostalgia de pronto.

Desperté, el silencio reinaba. Volví a cerrar los ojos, consciente de que había sido un sueño. Me sentía abrumada y sola, sentía algo de calor también y una leve presión a mi alrededor así que volví a abrir los ojos lentamente. Antonio me tenía entre sus brazos, mi rostro reposaba sobre su cálido pecho desnudo. Me sentí protegida del dolor que quería atacarme en ese momento. Yo también tenía uno de mis brazos a su alrededor, acaricié su piel y él me apretó más en respuesta. Me acomodé mejor aprovechando eso, terminé con el rostro acunado en su cuello, gozando su aroma. Noté que también había entrelazado mis piernas con las de él, no me importó saber cómo había llegado a esta posición, por más comprometedora que fuese.

Se hizo más de día, serían quizá las siete u ocho de la mañana. Ya era buena hora para alejarme de Antonio antes de que despertara y se diera cuenta que, de algún modo, yo había llegado hasta su lado de la cama, y peor, que me tenía abrazada. Empecé a tratar de deslizarme suavemente y retiré su brazo de mí alrededor. Casi logré desprenderme cuando él soltó un leve gruñido y me quedé quieta, frunció el ceño y abrió los ojos. Me ruboricé, él me miró sorprendido con esos felinos ojos verdes de pupilas rasgadas.

—Eh... —Fue lo único que pude balbucear.

Escuché una risilla, volteé y pude ver que al pie de la cama se asomaban los dos hijos de mi tía. Solté un grito de sorpresa y prácticamente brinqué lejos de Antonio, cayéndome de la cama.

Antonio me levantó sin dificultad del suelo, caí en la cuenta de que había sido él quien se había venido hacia mi lado del colchón.

—Perdón.

Mis primos se reían sentados en el suelo y tras unos segundos salieron corriendo de la habitación. Antonio me observaba preocupado.

—Estoy bien, descuida —le dije.

—Perdón, creo que te incomodé, suelo moverme un poco mientras duermo —aclaró arrepentido.

—No, nunca me incomodarías, no te preocupes —lo calmé con una sonrisa. Sonrió también aliviado—. Buenos días.

—Buenos días, señorita —contestó con esa voz que me encantaba.

Nos alistamos para partir, guardamos nuestras cosas. Mi tía se dispuso a preparar el desayuno apenas se despertó. Antonio dejó mi mochila en el sofá y se sentó a mi lado en la mesa, mis primos en frente y mi tía en la cabecera. Había casi de todo en la mesa: leche, pan, embutidos, queso y otros lácteos, mermelada, algunas frutas, huevos fritos. Antonio probó de todo un poco de lo que yo le iba ofreciendo, pero no dejó la leche de lado, claro.

—¿Y cuál es su dieta normal? —preguntó Lucia.

—Es sobre todo: proteína —dijo él—. Desde la infancia, casi todo tiene carne.

—Genial —exclamó Martín—, ¿carne cruda?

Antonio soltó una leve risa y pude ver cómo Lucia se derretía por dentro. Me preocupé al pensar que quizá yo también me habría visto así en algún momento junto a él, qué vergüenza.

—No —continuó él—, sí la cocinan, a veces de forma parcial y a veces por completo, no somos tan salvajes —agregó sonriente.

—Yo sé que no —dijo Lucia, embobada—, a pesar de que Marien siempre decía que eran unos monstruos.

Me espanté, ¿cómo se le ocurría mencionar eso? Me arrepentí de haberme llenado tanto la boca en el pasado.

—Antes no lo conocía a él —aclaré avergonzada.

—No, tienes razón —interpuso él con una media sonrisa—. No lo puedo negar, somos como monstruos.

—Pero tú no dañarías a la prima, aunque haya hablado mal de tu especie, ¿verdad? —preguntó Martín.

—No, jamás —respondió él—. Además, mis congéneres se merecen ese apelativo, en serio.

—Bueno, debemos irnos ya —anuncié.

Agradecemos y nos pusimos de pie. Fuimos a la sala por mi mochila, mi tía abrió una ventana para refrescar el ambiente del olor del desayuno. Antonio volteó a mirar la ventana y se tensó.

—No puede ser —dijo casi gruñendo.

—¿Qué sucede? —pregunté preocupada.

Cerró la ventana y volteó a mirarme.

—Voy a salir y cuando lo haga quiero que tranquen la puerta y las ventanas con todo lo que puedan —ordenó.

—¿Qué? ¡No! —me angustié—. ¡¿Qué ocurre?!

Mis primos se abrazaron a su mamá.

—Es el H.E de ayer —dijo—, seguro despertó y huyó antes de que los de seguridad lo encontraran.

Me aterró, había seguido nuestro aroma. Empecé a híper ventilarme, no quería que peleara, no otra vez, ¡no otra vez aguantar la angustia!

—Deja de pensarlo, ¡por una vez haz lo que te digo! —Insistió—. Aseguren todo y si

es posible llamen a los de seguridad...

—¡No! ¡Te dispararán a ti también! —grité.

—Mamá —lloriqueó Martín.

—¡Hazlo! Escaparé, lo prometo —me insistió.

Corrió y salió de la casa tan veloz que no pude detenerlo, cerró la puerta de golpe.

Capítulo 12: Hacia la capital

—¡Rápido! ¡Ayúdenme a trancar la puerta! —les ordené a mis primos.

Lo hicimos lo más rápido que pudimos, mientras veía entre la abertura de la cortina a Antonio en medio de la pista, mostrándole los colmillos al ser que seguramente estaba a unos metros de él. Terminamos de poner cosas, aunque eso no detendría a un H.E por mucho tiempo. Me asomé un poco por la abertura de la cortina.

—Qué grave error cometiste al dejarme vivo —le decía el hombre—, me decepcionas.

Antonio lo miraba con odio. Me angustié más al ver que volteó a mirar a su otro costado, seguramente a otro evolucionado más que se encontraba ahí. No podría con los dos.

—¡Hola! ¡Sí! ¡Hay dos H.E peleando afuera de mi casa! —escuché que mi tía les decía a los de seguridad. Les dio la dirección, yo miraba aterrada entre las cortinas.

—Disfrutaré haciéndote pedazos, luego iré por tu amiguita —ronroneó el H.E.

Antonio le respondió con un fuerte gruñido, esta vez se oyó más como un gran felino. El H.E se empezó a acercar. El otro ser entró en mi campo de visión, era el mismo también de ayer. Uno tenía los ojos de un raro color lila y el otro los tenía de un gris claro. Ambos se veían mayores que Antonio, más musculosos también. Me tapé la boca aterrada cuando se abalanzaron hacia él.

Antonio recibió al de los ojos lilas con un fuerte zarpazo. No me había dado cuenta de que sus garras habían crecido al menos un poco. Crecían rápido, eso me alivió. Agarró al otro ser del brazo y, utilizando la fuerza con la que había venido, lo lanzó contra el H.E al que le había marcado la cara con las garras. Fue un buen movimiento pero eso no supuso nada para esos dos que enseguida ya estaban de nuevo casi sobre él. Esquivó de forma eficaz el puñetazo de uno pero no el zarpazo que le dio el otro por la espalda.

Noté que Martín se había colado a mi lado para observar.

—No Martín, ve al fondo.

—¡No!

Escuché un grito de dolor de uno de los seres. Volteé a ver enseguida, Antonio le había mordido el brazo a uno que había planeado aprisionarlo por la espalda, pero aun así, éste no lo soltaba. El otro ser le dio una patada en el estómago aprovechando que estaba atrapado y me estremecí. Le volvió a dar otra patada. Vi que Antonio apretaba la mordida en el brazo del otro. Tiró con fuerza arrancándole la carne y le tapé los ojos a Martín que estaba estupefacto. El grito que lanzó el otro pareció más un rugido de dolor.

Lo empujó y el otro ser se le abalanzó. Antonio había derrapado en el asfalto y detuvo el puñetazo que el H.E le iba a dar, tiró de su brazo y lo mordió. Otro grito surgió pero fue ahogado rápidamente, el otro ser había golpeado a Antonio haciéndolo retroceder un poco y lo agarró por la espalda.

—¡Me pagarás lo que me hiciste! —gruñó el de ojos lilas.

Se abalanzó y empezó a golpear a Antonio mientras el otro lo sostenía con firmeza. Estaba angustiadísima, deseaba con todas mis fuerzas ayudar de algún modo y no podía. Antonio forcejeaba para liberarse. El H.E terminó dándole un zarpazo en la cara y yo sentí el dolor acunarse en mi estómago.

—No... ¿Él puede contra ellos verdad, prima? —preguntó Martín, angustiado.

No pude responderle por el nudo en mi garganta. El H.E se lanzó a Antonio y le mordió por las costillas haciéndolo soltar un grito que me hizo encoger, no sólo contenía dolor sino también furia. Me tapé los oídos.

—¡¿Tanto demoran en llegar los de seguridad?! —chillé mientras cerraba los ojos con fuerza.

Al abrirlos, Antonio había pateado al H.E y usó toda su fuerza para lanzar al que lo tenía aprisionado. Se lanzó a ellos soltando un fuerte gruñido de furia. Mordió al de los ojos lila en el hombro y el de los ojos grises lo embistió. Antonio derrapó nuevamente en el asfalto y se lanzó contra él. Le dio un fuerte zarpazo y lo lanzó contra el suelo, lo levantó y lo tiró contra el otro ser que ya se le venía encima. Se escucharon las sirenas de los de seguridad y me sentí aliviada. Antonio corrió desapareciendo de la vista, los H.E se pusieron de pie para correr tras él pero oí disparos y ambos cayeron al suelo.

—¡Bien! —exclamó Martín.

Sonreí aliviada y respiraba agitada aún, me preguntaba dónde estaba Antonio. De

pronto me invadió la angustia pensando que quizá también habían logrado dispararle a él. Corrí a retirar las cosas de la puerta mientras los de seguridad se aproximaban.

Salí corriendo de la casa, los de seguridad se encontraban inspeccionando a los dos seres. Miré alrededor y no había señales de Antonio.

—Descuide señora, los hemos sedado —dijo uno de los de seguridad mientras se me acercaba.

—Oh... Bien —contesté nerviosa.

—Los encerraremos, gracias por avisar, ya no hay peligro —agregó.

Asentí con la cabeza. Vi cómo cargaban a los dos entre cuatro hombres y los subían a la camioneta, esperé a que se retiraran y entré a la casa preocupada.

—¿Y Antonio? —preguntó Lucia.

—No lo sé —respondí asustada—, espero venga al ver que los de seguridad ya se fueron.

Escuchamos un ruido, alguien había brincado del techo hacia el jardín. Corrí a abrir y ahí estaba él frente a mí. Respiraba agotado, tenía manchas de sangre en su ropa, la marca del zarpazo en su mejilla y cuello, una mancha de sangre se extendía lentamente en su costado izquierdo. Tiré de su brazo y lo llevé hasta la sala.

—Traeré el botiquín —dijo mi tía al tiempo que salía en su búsqueda.

Empecé a desabrocharle la camisa, él me miraba fijamente. La deslicé por sus hombros. Tenía marcas de garras por el pecho y también marcas de mordidas en los brazos, pero la de su costado era profunda aunque no había logrado arrancarle la carne. Los hijos de mi tía estaban observando en un rincón.

—Debo curarte esto —dije angustiada.

Él alzó la mano y tomó mi rostro haciéndome mirarlo a los ojos.

—Estás llorando —murmuró confundido.

Me limpié las traidoras lágrimas con rapidez, no me había percatado de ellas

—Pues claro, tonto, me preocupo por ti —le dije casi indignada—. No estoy acostumbrada a esto.

—No tienes que hacerlo, soy más fuerte de lo que crees. —Su tono fue suave, calmándome.

Suspiré.

—Seguramente —respondí.

Mi tía apareció con el botiquín. Tomé un algodón, le eché agua oxigenada y le pasé por la herida.

—No es necesario que te esmeres. Aunque me hubiera arrancado la carne no habría sido problema, me regenero rápido —explicó. Asentí con la cabeza, le cubrí la herida y quedé observándolo—. Gracias, iré a limpiarme la sangre.

Con un rápido movimiento acomodó la camisa sobre sus hombros y se fue. Me senté, en el sofá que no se encontraba en su posición habitual, y suspiré aliviada recostándome en el respaldo. Mis primos se sentaron uno a cada lado. Mi tía fue a guardar el botiquín.

—Estás enamorada de él —dijo Lucia.

Sonreí y me ruboricé apretando los labios. ¿Tan obvia era? ¡Caramba!.

—No pude evitarlo, pero eso me llena de angustia —respondí.

—Mi prima se casará con un H.E —dijo Martín con picardía.

Solté una leve risa.

—Eso no se sabe —dije—. Además, no sé si él es capaz de amar por su naturaleza.

—Así no lo fuera, se preocupa por ti —dijo el niño, sorprendiéndome.

—¿Ya viste, prima? La boca castiga —me reprochó Lucia—. Aunque no te culpo, es sexy, ¿has visto esos músculos?

Volví a reír.

—Yo seré tan fuerte como él algún día —comentó Martín.

—En tus sueños, enano —le respondió su hermana y le sacó la lengua.

Antonio entró a la sala abotonándose una camisa nueva, ¿Cuántas más arruinaría en este viaje? Esperaba que ni una más, o terminaría con taquicardia de tanto verlo pelear.

—Listo, vámonos.

Asentí con la cabeza. El teléfono de la casa sonó y Lucia corrió a contestar. Antonio se puso a ordenar las cosas que habíamos movido para trancar la puerta y ventanas.

—Sí, ella está aquí justamente —dijo Lucia—. Marien, tu amiga Rosy —me llamó.

Corrí al responder el teléfono.

—¡Hola! —respondí.

—¡Marien! ¡Tonta! ¡¿Por qué no nos avisas que estás bien?! —gritó ella del otro lado de la línea.

—Perdón, no había tenido la oportunidad...

—Los de seguridad dicen que no te encontraron, ¿y Antoni? ¿Está bien? ¿Está contigo?

—Sí. —Observé a Antonio que estaba poniendo las cosas en su sitio levantándolas o deslizándolas sin mucho esfuerzo—. Él está bien, está conmigo. Estamos por ir a la capital.

Escuché la risa de Martín, miré y Antonio estaba empujando el sofá hasta su sitio, con el niño aún encima de éste. Sonreí.

—Perdón, amiga. Hemos intentado mandar helicóptero para ustedes pero los idiotas dicen que no es necesario porque es mucho gasto y la toxina ya está segura aquí —renegó ella.

—Descuida, ya no te preocupes por eso, llegaré de algún modo —la tranquilicé.

—Bueno, ya no me dejan gastar más saldo, te dejo. Suerte amiga, saludos a Antoni...
—Se cortó la llamada.

Me causó nostalgia escuchar su voz. Antonio ya tenía mi mochila a la espalda, me ofreció una leve sonrisa. Mi tía nos alcanzó dos depósitos con comida.

—Gracias —dijimos los dos.

—Perdón por las molestias causadas —agregó Antonio.

—Descuiden. Por favor, avísenme cuando lleguen a la capital.

—Sí, lo haré en cuando pueda —contesté.

Nos despedimos.

—Visítennos cuando todo el problema haya terminado, ¿eh? —nos pidió.

Salimos de la casa, caminamos unas cuadras.

—Creo que pasaremos por una tienda para conseguirte lentes de sol —murmuré.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Tus pupilas...

—Ah... Claro.

Pasamos por una tienda. Él me esperó en el parque de al frente, bajo la sombra de los árboles, evitando la mirada directa de las personas que pasaban. Me apresuré a comprar unos lentes. Pasé mi tarjeta de crédito, felizmente se podía contar con ella en estas ocasiones. Salí a darle encuentro.

—A ver, pruébatelos. —Se los puso y sonreí—. ¡Um! Luces genial.

—Bueno, eso espero —dijo sonriéndome también—. Aunque no me adapto a tener algo en la cara...

—Oh, lo harás.

Le di dos suaves palmadas en el hombro y continuamos el camino hacia la salida de la ciudad. Los guardias pensarían que intentábamos suicidarnos al salir, pero no seríamos los primeros en hacerlo, así que no era problema. Salir de la ciudad era otra nueva modalidad de suicidio, sin embargo a los extremistas también les gustaba viajar a pie y así probarse a sí mismos. Había de todo.

Llegamos hasta la frontera. La muralla era inspeccionada por los de seguridad y tomaban notas en los tableros virtuales. Seguimos caminando, asumí que buscaban por dónde se habían infiltrado los H.E de anoche. Estábamos cerca de una zona un poco marginal de la ciudad. Antonio señaló hacia su derecha y volteé a ver qué quería mostrarme.

Algunas personas habían construido sus casas pegadas a la muralla, lo cual estaba prohibido, pero como los de seguridad ciudadana no se tomaban las cosas en serio a veces, seguro lo habían pasado por alto. Además la gente también detestaba seguir normas, y si les decían algo se ponían a reclamar y a dar pelea. Luego se estaban quejando de los problemas con los seres y querían que se lo solucionasen.

—Sin duda usaron los techos de esas casas, puedo olfatearlos aún —dijo Antonio.

—Ya veo. Por haber viviendas tan cerca, las personas pidieron que no invadieran su privacidad rodeando esta zona con las patrullas de seguridad, así que prácticamente es tierra de nadie —expliqué.

—Ja, vaya.

Alzó la vista hacia algo que estaba detrás de mí. Volteé a mirar. Tres hombres se acercaban, tenían mal aspecto. *Genial*, ladrones seguramente. A veces con Marcos bromeábamos sobre lanzarlos a todos como comida para los H.E.

—¿Qué pasó, niñitos? ¿Se han perdido? —preguntó uno.

—Di que quieres de una vez, deja de querer armar un discurso —le dije, dándome el lujo de ser valiente.

Estallaron en risas.

—Está bien, bien. Dénnos esa mochila y los dejamos en paz.

—Olvídenlo —respondí—, dedíquense a algo útil, ¿quieren?

El hombre corrió para atacarnos con su cuchillo y quitarnos la mochila. Antonio le agarró el brazo deteniéndolo en seco y le dio un puñetazo. El hombre cayó un metro más allá, inconsciente. Los otros dos salieron huyendo en menos de un segundo.

—Cuándo aprenderán.

Continuamos caminando siguiendo la muralla hasta que llegamos a la salida sur. Era una zona repleta de sujetos armados, por ahí entraban y salían los buses y camiones blindados también. Unos guardias nos detuvieron.

—Identificaciones por favor —ordenó uno de ellos.

Perfecto, mi plan arruinado en segundos. Había olvidado por completo que Antonio no poseía una. Me disponía a dar media vuelta e ir a treparnos por los techos de las casas que estaban pegadas a la muralla pero Antonio sacó una identificación y se la entregó al guardia. Yo traté de ocultar mi sorpresa y rebusqué la mía. Se la entregué. El guardia las revisó y las devolvió.

—Adelante.

Nos dieron pase y respiré aliviada.

—¿Qué fue eso? —le pregunté a Antonio.

—No creíste que me infiltraría con los humanos sin tener una identificación, ¿o sí? —dijo sonriente.

Sonreí. Llegamos a la caseta blindada que se interponía entre nosotros y la salida peatonal.

—¿Piensan salir de la ciudad? —dijo el guardia.

—Sí, iremos a la capital —respondí.

El hombre nos miró de pies a cabeza con incredulidad.

—Firmarán un documento que excluye al estado de toda culpa sobre su muerte. Claro, sólo por si acaso —dijo eso último en tono irónico.

Nos trajo unos papeles y firmamos, el guardia no nos miraba detenidamente.

—¿Sufrieron algún ataque? —preguntó.

Noté que estaba mirando a Antonio. La marca del zarpazo que había recibido estaba ya cicatrizada pero era obvia.

—Algo así, lo esquivé a tiempo —respondió.

El guardia ladeó la cabeza. Si un humano hubiera recibido ese golpe le hubiera cortado mucho más la cara. Asumí que prefería no hacerse más preguntas ante la rara situación. Le entregamos los papeles y suspiró.

Hizo señales para que nos abrieran la puerta blindada. Al salir vi algo que me asombró, la naturaleza había reclamado lo que había sido suyo. Sonreí al ver el hermoso bosque seco de algarrobos y otras plantas endógenas que teníamos en frente. Sólo la carretera seguía intacta, evadiendo la cordillera para evitar emboscadas, ya que el mar nos había arrebatado las costas. La puerta se cerró detrás de nosotros. Antonio se sacó los lentes y sonrió también. Lo observé, lucía esos bellos ojos de pupilas rasgadas y los caninos más largos que los de un humano. Yo era la única que parecía no pertenecer a ese bosque, yo y la carretera.

—Vamos, ¿qué esperas? —me dijo él con su seductora sonrisa.

Avanzamos. La siguiente ciudad no estaba lejos. Calculaba que si dormíamos esta noche llegaríamos mañana al medio día.

—Así que... te escapaste, ¿eh? —Quería saber más sobre él.

—Sí...

—¿No intentarán buscarte?

—No. No les interesa lo que cada uno haga, casi.

—Cuando te conocí... en tu habitación, tú... —Dudé en preguntarle sobre eso.

—Sí, bueno... Solté una lágrima porque no sabía si había hecho bien, no había planeado terminar atrapado a la primera, me puse a pensar en mi madre decepcionada...

—¿Ya ves? Entonces a tu mamá sí le importas —le reproché.

—Ya la volveré a ver —dijo despreocupado—. En fin... luego apareciste tú en mi puerta —continuó.

—Sí, lo siento...

—Descuida, sabía que te acercabas. Y como te dije antes, me agradabas así que no me importó, aunque claro, tenía que fingir que no sabía que eras tú. —Sonrió—. Y tú seguiste yendo a verme...

Me ruboricé, sonreí también.

—Me causabas curiosidad, también me agradaste desde que te vi.

—Gracias —me dijo de forma dulce.

Recordé algo más.

—Julio dijo que había visto tus pupilas rasgadas —comenté.

—Sí. Cometí ese error, eran pequeñas y redondas pero a veces volvían a su forma natural, pues mi transición llevaba poco tiempo de haber empezado. Ya cuando desperté habían pasado un par de días así que ustedes ya no las vieron y no le creyeron. —Soltó una leve risa.

Reí con él.

—Sí, pobre Julio. Seguirá pensando que había alucinado.

—¿Y tú? —Me miró—. ¿Sospechabas de mí?

—No, me gus... —Me callé y me aclaré la garganta—. Me agradabas y no quería sospechar de ti.

Me ruboricé. Casi le dije: «me gustabas tanto...», no sabía qué tanto conocían ellos sobre el amor, y por ahora prefería no hacerlo.

—Bueno, aún me agradas a pesar de tu mentira. —Le sonreí—. Ya decía yo que el color de tus ojos era muy deslumbrante como para ser normal.

—¿Te gustan mis ojos? —preguntó.

Había cierta emoción en su pregunta y yo noté que sí sabía lo que era «gustar», pero claro, no si conocía el de índole romántica.

—Sí, me gustan —respondí y le guiñé un ojo.

Pude notar que un ligero rubor se hizo presente en sus mejillas. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Creo que me gusta que te gusten, creí que te asustaban... A mí me gustan los tuyos —comentó.

Era la primera vez que detectaba algo de timidez en su suave voz grave, y era la primera vez que lo hacía ruborizar. Sonreí feliz.

Antonio miró atento hacia al frente y supe de inmediato que seguro había olido u olfateado algo. Nuevamente fui arrastrada a la realidad, este no era un bosque de cuentos con maripositas y pajaritos.

—¿Sucede algo? —quise saber.

Puso su dedo índice sobre sus labios dándome a entender que debía guardar silencio y así lo hice. Seguimos avanzando. Él miraba atento hacia el frente, poco a poco fui detectando un sonido. Mientras avanzábamos iba identificando que era el llanto silencioso de un niño pequeño. *Rayos*, ¿qué hacía un niño por aquí? Quizá era un H.E, no sabía.

—Papiiii —lloriqueaba el pequeño.

Nos acercamos a un gran arbusto. Un pequeño niño de aproximadamente seis años estaba acurrucado debajo de éste. Cuando vio a Antonio se espantó y comenzó a llorar más y a temblar.

—Tranquilo —le dije mientras me acercaba—, no te hará daño, ¿qué pasó?

El niño tardó en calmarse, le di un poco de agua. Antonio se mantenía atento a los alrededores.

—Mi papi —sollozó—, se fue con el monstruo.

—¿Por qué? ¿Cómo es que llegaron aquí?

El niño respiró hondo con dificultad a causa de los espasmos por el llanto.

—No teníamos dinero para viajar y reunirnos con mamá, así que papá decidió que podíamos irnos a pie por aquí. —Respiró más tranquilo—. Estábamos por volver mejor, pero nos encontramos con el monstruo. —Soltó un sollozo—. Mi papá le dijo que se lo llevase a él pero que me dejara en paz a mí, así que se fue. —Lloró.

—Oh no —murmuré.

No había forma de salvarlo. Antonio alzó al niño, asustándolo.

—Hey ¿Qu...? —Me lo entregó junto con la mochila.

—¡Corre! —ordenó, dándome la espalda.

—¡No!

—Hazlo —insistió—. Oh no, muy tarde...

Enseguida empezó a gruñir, sorprendiéndome. Apreté al niño contra mí al ver aparecer a un H.E a unos pocos metros. Tenía sangre en la cara, se la limpió con el antebrazo y mostró una siniestra sonrisa. El iris de sus ojos era de un espantoso color blanco humo, parecía salido de una película de terror.

—¿Te quieres robar a mi presa? —cuestionó—. ¿No te es suficiente con la que tienes?

—Hiciste un trato con el hombre, ¿no? —le respondió Antonio—. Le dijiste que no tocarías al niño.

—Mentí —contestó el H.E en tono casual—, es más divertido ver cómo tu presa intenta defenderse de forma inútil.

—¡Eres un cobarde! —le gritó. Empezó a emitir un fuerte gruñido que salía de entre sus dientes apretados, el otro H.E volvió a sonreír mientras gruñía en respuesta—. Apártate Marien.

Eché a correr y oí que ambos se abalanzaron a pelear. El niño sollozaba. Me acurruqué

detrás de un arbusto al lado de un gran árbol y le tapé la boca, su llanto no ayudaría. Alguien chocó contra el árbol y reconocí el grito ahogado de Antonio. El grueso árbol se había sacudido de tal forma que me cayeron tierra y hojas. Antonio había vuelto al ataque cuando me asomé a mirar preocupada.

A ese H.E se le veía mayor y muy fuerte pero Antonio era muy veloz y hábil, esquivaba y brincaba con mucha agilidad. Esquivó un golpe y respondió con otro, el ser logró atraparlo y lo mordió en el antebrazo. Me angustié. Antonio ahogó su dolor apretando los dientes y dándole un fuerte golpe en respuesta. El H.E se tambaleó unos pasos y escupió con furia algo de sangre a la tierra. Antonio arremetió contra él, haciéndolo caer y empezó a golpearlo. El otro lo golpeó también lanzándolo a un costado. Se agazapó y se lanzó a atacarlo pero Antonio, más veloz que nunca, lo esquivó y el ser se estrelló contra el suelo. Antonio se le abalanzó y empezó a estamparlo de frente contra la tierra.

—¡Ríndete! —gruñó.

—¡Te mataré a ti y a tu humana! —gruñó el otro a medias mientras Antonio le estrellaba la cara contra la tierra—. ¡Tendrás que matarme! —agregó.

Antonio se detuvo y emitió un fuerte gruñido de furia. Ese ruido me hizo estremecer por la baja frecuencia sonora que poseía. Le agarró el brazo derecho y lo torció tirando hacia atrás, rompiéndole la articulación. Me encogí por el rugido de dolor que vino seguido a eso y le tapé los oídos al niño.

—¡Maldito! —gritaba el H.E.

Volví a mirar. Antonio estaba de pie y el H.E se retorció en el suelo de dolor, quejándose.

—Antonio... —murmuré.

Me miró y vino a paso ligero hacia mí.

—El padre del niño no está muy lejos —dijo—, creo que puedo olerlo.

—¿Tú crees que esté...? —me detuve. No quería mencionar la palabra “muerte” frente al niño.

—Si gustas voy adelante y así te indico si puedes dejar ver al niño —sugirió.

Acepté y dejé que me guiara. Caminamos un buen tramo. Pude ver algo de sangre en la tierra, hice que el niño mirase a otro lado. Antonio se detuvo y no fue necesario que me indicara nada pues el hombre empezó a suplicar.

—No, por favor, por favor. No me digas que atacaron a mi hijo —se lamentó.

Yo aparecí en su campo de visión y el hombre se sorprendió. Tenía una mordedura en el brazo. El niño se soltó de mí y fue corriendo hacia su papá. Saqué el botiquín de mi mochila y me acerqué.

—Descuide, todo estará bien, ¿qué pasó? —pregunté.

Saqué las cosas necesarias. Era una mordida profunda, tenía que ponerle puntos.

—Vine con ese monstruo. Ya se disponía a matarme pero olfateó algo, asumo que a ustedes. Le molestó que fuesen a robar a su otra presa: mi hijo. Dijo que me quedara aquí o me mataría delante de él.

Terminé de desinfectar, apliqué anestesia local y empecé a poner los puntos.

—Iré a deshacerme de él —dijo Antonio.

—¿Lo mataras? —pregunté algo asustada.

Arqueó una ceja.

—No soy un psicópata asesino. Sólo lo dejaré inconsciente, si es que el dolor ya no lo hizo —sonrió—, luego lo dejaré atado a una roca del río.

—Ok, eso ya es bastante psicópata —murmuré.

Soltó una carcajada.

—Tranquila, ya te he dicho que no morimos tan fácilmente. —Dio media vuelta.

—Ten cuidado —le pedí.

—Vamos, olvidas lo que soy —respondió y me guiñó un ojo.

Se fue. Volteé a seguir lo que estaba haciendo con una leve sonrisa.

—Qué espanto —dijo el señor—, no sabía que ellos fueran capaces de reír y ser buenos, es... perturbador. —Reí un poco—. En serio, es como ver un león lamiendo a una gacela sin intención de matarla y comérsela. Lo peor es que sabes que puede hacerlo en cualquier momento y no lo hace —agregó.

—Lo sé —dije sonriente—, tampoco lo creía al inicio. —Continué curándolo.

Mi Antonio era especial, no tenía dudas.

—Igual... tenga cuidado —me advirtió el señor—. Según sé, no les es difícil mentir. Y usted es como un pajarito sin alas al lado de un gato.

Capítulo 13: Lecciones

Después de despedirnos del señor y su hijo, caminamos hasta llegar cerca al río y lo seguimos a cierta distancia, ya que se dirigía hacia el sur también por algunos kilómetros. No hubiera recordado que estaba ahí si no fuera porque Antonio lo escuchó a la distancia y lo mencionó.

Escogimos un lugar para reposar y comer, un pequeño claro cerca a la rivera. Me senté en una piedra y saqué mi depósito de comida. Antonio sonrió levemente, me preguntaba qué pasaría por su mente. Miraba fijamente hacia un arbusto cercano a mí. Escuché un ruido y del arbusto salió un conejo. Sonreí. El animal caminó unos cuantos pasos moviendo su pequeña nariz. Miré a Antonio, él mantenía la vista fija en el conejo, estaba completamente enfocado, listo para salir disparado.

Tardé mucho en reaccionar, pues antes de que pudiera decirle siquiera un «no», él arremetió contra el animal en un abrir y cerrar de ojos, haciéndome dar un pequeño brinco de sorpresa. Rodó en la tierra con el cuello del conejo en la boca, lo soltó y se puso de pie.

—¿Te gusta el conejo? —preguntó sonriente.

—Sí, ¡pero vivo! —exclamé.

Soltó una carcajada.

—Vamos, no sufrió.

Levantó al animal, que al parecer murió instantáneamente. Me volteé para ver a otro lado con mi comida y él volvió a reír. Adoraba su risa pero esta vez un conejito había sido el precio.

Seguí comiendo en silencio mientras él preparaba el fuego y al pobre animal. Mi comida era arroz y tortilla de espinaca. Recordé que Antonio necesitaba más proteína que eso. Suspiré y volví a mirarlo, el conejo ya se estaba cocinando.

—Bueno, supongo que podrás cazar el almuerzo cuando nos haga falta —le dije resignada.

Me sonrió, luciendo esos bonitos colmillos asesinos de conejos. Debía admitir que había hecho un buen trabajo con esa cocina improvisada. Me dio una porción para que comiera, ahora también debía admitir que me gustaba el conejo.

Después de terminar de comer nos preparamos para continuar. Nos lavamos los dientes en el río, él me salpicó algo de agua al sacudirse las manos y yo también lo hice logrando sacarle otra corta risa. Sacó de la mochila el reproductor de música que le había regalado, y algo me dijo que quizá ya no querría hablar. Cargó la mochila a la espalda y volvimos a avanzar.

—Espero que no te hayas comido alguno de los pajaritos que atrapabas en el jardín del laboratorio —le dije.

Sonrió.

—No, sólo lo hacía por puro gusto. Además... mucha pluma. —Reí. Encendió el reproductor, buscó alguna canción y me alcanzó un audífono—. ¿Y esta canción de qué trata? —preguntó.

Tomé el audífono y me lo puse, feliz de que quisiera seguir hablando y de tener que caminar más a su lado. Así nos dio la noche.

Había sido un largo día. Nos sentamos en la hierba, había suficientes ramas por el lugar como para hacer una fogata pero Antonio no quiso arriesgarse a aumentar las probabilidades de que nos encontraran los H.E. Quise aprovechar el lago que se encontraba cerca.

—Me daré un baño.

—¿Justo ahora? —Frunció el ceño—. Quédate donde pueda verte.

—¿Estás loco? —Se sorprendió—. Olvídalo, creo que no entiendes. Ya vuelvo.

Me fui hacia el lago cruzando la vegetación, al menos por aquí no me vería. Aunque no sabía cómo se tomaban los H.E la desnudez, no pensaba arriesgarme. Dejé mi ropa sobre un arbusto cercano a la orilla y entré al agua.

Nunca había pensado que terminaría bañándome en un lago, con lo que sabía, esta agua no era higiénica, pero no tenía más por ahora y me sentía estresada, el agua estaba fresca y me empezaba a relajar.

Abrí los ojos al oír una pequeña rama quebrarse entre la vegetación que rodeaba el lago, quizá por un pequeño animal. Antonio irrumpió de golpe en la orilla, ahogué un grito y me sumergí en el agua hasta el cuello. Él miró a su derecha y echó a correr en esa dirección. De los arbustos salió un H.E directo hacia mí, grité al mismo tiempo que Antonio lo interceptó casi en el aire y cayeron en el agua, donde aún no era profundo. Empezaron a pelear al instante. Oía los rugidos de furia y gritos de dolor de ambos. Me angustié, pensé en salir y correr.

Antonio le arañó la cara con un fuerte golpe. El H.E se tambaleó y respondió con otro golpe, Antonio cayó adentrándose más en el lago. El H.E saltó sobre él de forma veloz y lo aplastó contra el fondo. Me horroricé. El hombre empezó a reír entre dientes de forma siniestra, lo estaba ahogando.

—¡BASTA! ¡BASTA, DÉJALO! —chillé.

Nadé y corrí desesperada hacia ellos. Odiaba ver a Antonio involucrado en esas peleas tan salvajes y sanguinarias, pero esto lo odié aún más. Odié verlo luchar por su vida en esta situación. Era un H.E, fuerte e igual de salvaje, pero para mí era tan humano como yo.

Brinqué sobre el ser y éste se volteó para quitarme de encima y atraparme. Antonio se puso de pie como una bala, lo aferró de la cabeza con un brazo y le mordió el cuello. Caí al agua poco profunda y traté de ponerme de pie. El H.E cayó a mi lado en un charco de sangre, me asusté y retrocedí.

Antonio escupió la sangre de la boca, estaba algo herido también. Me mantuve en el agua. Rasgó una delgada porción de su camisa y se acercó al H.E. Le amarró la tela por el cuello cubriendo la herida.

—Sólo está inconsciente. —Terminó de atar el nudo—. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, estaba más preocupada por él.

—¿Y tú?

—Descuida, sanamos rápido. —Notó que yo me estaba cubriendo avergonzada—. Vámonos de aquí, traeré tu ropa.

Corrió unos metros más allá por la orilla. Pude ver con el rabillo del ojo un leve movimiento en el agua y volteé. Quizá había sido el H.E que aún estaba inconsciente en la

orilla. Antonio me sacó de mis pensamientos alcanzándome mi ropa y lanzó una mirada de sospecha hacia el hombre.

—Vamos, prometo que no te miraré. —Me extendió la mano—. Tampoco pensaba hacerlo antes, creo que me malinterpretaste. No lo haría... no sería nada honorable.

Le estreché la mano. «¿Dijo “honorable”?», *hacía muchísimo que no escuchaba esa palabra*». Tiró de mí para ponerme de pie, dio media vuelta y empezó a caminar para llegar a terreno seco. Se sacó la camisa y me la alcanzó sin voltear a verme.

—Seca el agua de tu cuerpo.

La tomé y me sequé, aunque no quedé bien ya que ésta también estaba húmeda.

—¿Te la doy?

Estiró su brazo aún sin mirarme y se la di, se la volvió a poner. Me vestí poco a poco. Al fin logré terminar y caminé más a su lado. Recogí mi mochila del suelo y seguimos. Pasamos horas caminando, me tambaleé un par de veces hasta que él pasó su brazo alrededor de mis hombros.

—Te llevaré en mi espalda un rato si gustas.

Apenas fui consciente de que me había subido ya a su espalda. Mi cabeza reposaba en su hombro, mantenía la mirada hacia la vegetación con la que nos cruzábamos a veces pero pronto quedé dormida.

Sentí en la piel un suave calor, escuché unas voces.

—Sólo está dormida, ¿nos dejarán pasar? —«¿Antonio, con quién hablas?»—. Es la doctora Marien Ramos.

—Necesitamos su identificación.

Fui consciente de la otra voz y abrí los ojos. Era de día, el sol me estaba calentando el cuerpo. Levanté la cabeza para descubrir que Antonio aún me tenía cargada en su espalda.

—Ya despertaste —me dijo con una sonrisa dulce, tenía los lentes de sol puestos.

—Señorita, su identificación para poder dejarlos pasar —insistió el hombre, portaba un arma.

Bajé de la espalda de Antonio y hurgué en mi mochila. Mostré mi identificación, el guardia hizo una señal y una gran puerta blindada se abrió ante nosotros. Caí en la cuenta de que Antonio me había llevado en su espalda toda la noche hasta llegar a la otra ciudad. Lo primero que hice fue buscar hospedaje para que él descansara, me sentía culpable por todo.

Salí del baño. Él se había duchado antes que yo y ahora yacía dormido en la cama. Sólo estaba con su pantalón puesto, su rostro girado hacia su derecha con el cabello aún húmedo y algo alborotado. Me senté en mi cama a observarlo. Tenía una expresión de suma tranquilidad, podría pasar horas admirándolo, era exótico.

Me le acerqué y acaricié su cabello. Si no fuera por él yo ya no estaría aquí, quería saber si sentía algo por mí. Soltó un suave ronroneo a causa de mis caricias, el ronroneo digno de un gran felino. Me derretí, no sabía que podía hacer eso. Mi instinto ganó, me incliné y le di un beso en la frente.

—Gracias —susurré.

Pasé mi dedo índice por su pecho que parecía haber sido esculpido por un artista, aprovechándome de su sueño. Su piel era suave y tersa, cálida. Observé sus heridas que pronto se curarían y desaparecerían sin dejar marca. Me levanté de mala gana y saqué ropa limpia de mi mochila, me vestí y salí. Debía conseguirle por lo menos otra camisa.

Recorrí las tiendas toda la mañana, logré conseguir unos tres cambios de ropa para cada uno y demás cosas útiles, entre ellas: navajas, jabón, más pasta dental. Ser médico me hacía una paranoica de la limpieza. Pasé la tarjeta de crédito, por lo menos todo ese dinero guardado me estaba sirviendo después de tenerlo sin usar en nadie.

—Espero que a su novio le gusten —murmuró la cajera y me sonrió.

Sonreí ante esa idea y sacudí la cabeza. Recorrí más tiendas comprando comida. Sobre todo, un asado de carne de res para él. Decidí que ya era hora de volver cuando vi que era más de medio día. Llegué al hospedaje, recorrí el pasadizo y antes de abrir la puerta Antonio la abrió de golpe, al verme su expresión de preocupación se desvaneció.

—Cielos, ¿dónde has estado?

—Fui a comprar algunas cosas...

Por el otro extremo del pasillo se empezaron a oír unos gemidos. Abrí los ojos como platos, sorprendida. Antonio arqueó una ceja.

—¿Les sucede algo? —preguntó con ademán de salir a ver.

—¡No! —Lo empujé y entramos a la habitación.

Cerré la puerta completamente ruborizada y avergonzada. Me acerqué a la cama y vacié el contenido de mis bolsas en ésta, él se acercó a mirar.

—Espero que te guste lo que te traje.

Extendí las ropas, él tomó una camiseta y se la puso.

—Genial, gracias. —Me ofreció su sonrisa de ensueño.

Saqué los alimentos y empezamos a comer, además le había traído una botella de leche que tanto le gustaba. La vergüenza ya me había pasado. Recordé algo y decidí abordar el tema.

—¿Recuerdas cuando Rosy se acercó a ti y tú creíste que tenías algo en la boca?

Se puso pensativo por unos segundos.

—Sí, creo. Pero dijo que no era nada. —Se encogió de hombros y tomó otro sorbo de leche—. La verdad me asusté, creí que ya me habían crecido más los dientes caninos.

—Oh, ¿en serio no se te ocurre ninguna idea de cuáles eran sus verdaderas intenciones?

Me miró intrigado. En verdad no sabía lo que era un beso, y por lo que había ocurrido hacía unos minutos, al parecer tampoco sabía lo que era tener... bueno, *eso*. No pensé que fuese un tema tabú para los H.E.

—¿Tenía otras intenciones? —preguntó sacándome de mis pensamientos.

—No, bueno... Um, no es nada. —Continuamos comiendo, no tenía el valor para preguntarle sobre eso directamente, así que pregunté algo más sutil—. ¿Ustedes cómo se organizan? Es decir, ¿por familias, grupos grandes o... de a dos?

—Después de terminar los estudios y que te hayan entrenado para pelear, pues... Si no vas a hacer más, decides con tu familia con qué joven podrías unirte para formar un nuevo núcleo. —Estaba sorprendida—. Luego nos enseñan nuevas cosas sobre eso...

—Ah, así que no les hablan de eso hasta que lo hayan puesto en marcha.

—Sí, eso ocurre con todo en general. Así varias cosas nunca las llegas a saber, por ejemplo los núcleos. Los mayores no tienen permitido hablar sobre los conocimientos que les dan cuando forman uno. Yo no quería formarlos aún, así que estudié más, y luego no sabía qué hacer... No quería una vida tan parametrada. —Suspiró—. Así que escapé, como ya sabrás.

—Eres un rebelde sin causa. —Reí, él también lo hizo.

—Casi no se cometen delitos. Aparte de que es un deshonor, los castigos no son para nada agradables. De hecho los H.E con los que nos hemos topado deben haber sido desterrados.

—Ya me lo imagino —dije perpleja.

Nuevamente la palabra «honor», vaya. Continuamos comiendo. Tal y como lo sospechaba, él no sabía nada, no aún, esos seres tenían una extraña forma de ver las cosas. Pero sí que mantenían el orden. Aun así me sentí frustrada al estar enamorada de un hombre que era incapaz de besar, iba contra su «moral». La sociedad en la que había crecido les prohibía incluso hablar de ello a los que sabían del tema. Si es que en alguna etapa de su vida se besaban, claro, quizá no. Quizá todo era más mecánico para ellos. Ahora tenía más dudas, era increíble.

—Nosotros tenemos algo que se llama matrimonio —comenté—, te casas y se convierten en esposos...

—Oh sí, ya lo suponía —dijo con una sonrisa—. Y ellos pueden dormir juntos, ¿no?

Sonreí.

—Sí.

—Quizá podría decirse que cometí una falta al dormir contigo, pero no eres una H.E y no estamos en mi ciudad, así que no hice nada ilegal. —Me guiñó un ojo, me ruboricé y traté de ocultarlo mirando mi comida—. Aunque no tiene nada de malo, no sé por qué lo prohíben. Pero, en mi caso, entiendo que los miembros de la pareja de un núcleo duermen juntos, pues pasan a ser como dos partes de una sola persona.

Me sorprendí un poco, eso no lo esperaba.

—Qué bonito —dije—, lo nuestro también es algo así... Al menos una parte.

—Eso quería Marcos contigo, ¿verdad? Casarse. Por eso te seducía, o al menos eso es lo que hacen los humanos. No sé bien en qué consiste pero es algo así como querer impresionar a una chica con algo, ¿no? Así la convence de que se le una.

Reí un poco mientras asentía con la cabeza.

—Sí, algo así era. —Reí de nuevo, adoraba sus inocentes preguntas.

—Pero prefieres mantenerlo como amigo, ¿por qué?

—Um... No te sabría decir, somos complicados. Deberíamos ser como ustedes, consultar en familia con quien casarnos y ya.

Sonrió. Saqué una botella más de leche y se la di.

—Gracias, pero... ¿Por qué es marrón?

—Es *chocolatada*, si no te gusta no te preocupes.

La probó y sonrió.

—¡Um! —exclamó.

—¿Te gusta?

—Sí, ya lo había probado. Lo llamamos «dulce de cacao». Aunque, claro, nunca lo probé con leche y este es más dulce.

Sonreí. Terminamos de comer, había estado pensando muy seriamente en algo así que decidí que era buen momento para decírselo.

—Quiero que me enseñes a pelear —me miró incrédulo—, quiero serte útil en vez de estar siempre corriendo a esconderme.

Arqueó una ceja y se puso de pie.

—¿Crees tener oportunidad en una pelea contra un H.E?

—De algún modo podría hacer algo, ¿no? Por favor, hay tantas opciones: esquivarlos, golpear un punto débil, lo que sea —insistí.

—Bueno, veamos qué tan rápida eres esquivando.

Me puse de pie, nerviosa. Él era veloz y fuerte, ahora no sabía de dónde había sacado yo la estúpida idea de que podría luchar contra uno de ellos pero ya no podía retroceder. Estaba a unos tres pasos de mí, sonrió.

—¿Lista?

Asentí con un rápido movimiento de cabeza.

Se abalanzó hacia mí tan rápido que sólo pude agacharme y alejarme por puro instinto. Para mi suerte había logrado esquivarlo. Él me miró sorprendido, yo sabía que sólo había sido un golpe de suerte pero le sonreí satisfecha y moví las cejas. Sonrió e hizo otro veloz movimiento, retrocedí rápido volviendo a esquivarlo. Quise correr pero él me rodeó con sus brazos y me detuvo firmemente contra su pecho. Alcé la vista para encontrarme con su leve sonrisa, arqueó una ceja.

—Si te atrapan así, podrían romperte algunas costillas.

Me soltó. Me di cuenta de que correr ante cualquier indicio de movimiento de parte de él me daba más chance a poder esquivarlo, era más una cuestión de azar. Se volvió a abalanzar, hice otro movimiento rápido en ese mismo instante con la esperanza de volver a esquivarlo y lo logré, pero él era más rápido aún y me atrapó con su siguiente movimiento, tomándome por la espalda. Me apretó fuerte, se inclinó un poco y rozó su nariz suavemente recorriendo mi cuello. Me ruboricé.

—Si un H.E alcanza tu yugular, estás muerta —me dijo casi en un susurro.

Volvió a soltarme. Yo hubiera querido que no lo hiciera, ya que estaba gozando de su calor y su aroma.

—Bueno, quizá estando muy cerca no tenga oportunidad, ¿pero podría golpearlo? —sugerí.

Sonrió con ganas.

—Adelante, inténtalo con toda tu fuerza —me dijo.

Apreté los labios y me dispuse a dar el puñetazo más fuerte que podía. Él lo detuvo con la palma de su mano sin ningún esfuerzo. Cerró su mano sobre mi puño y sonrió. Intenté soltarme pero no podía, tenía los músculos de su brazo tensos, y aunque empujara o retrocediera no podía soltarme, era inútil.

—¡Bien! Es inútil, ya me di cuenta —dije resignada y me solté—. Pero y si lograra darle un golpe, ¿por pura suerte? —volví a insistir.

—Bueno, dame un golpe en el estómago a ver qué tan duro puedes golpear.

—¿Seguro? Usaré toda mi fuerza —advertí.

—Podré soportarlo.

Le di un puñetazo en el estómago y fue como haber golpeado un saco de arena, apenas lo moví un milímetro, haciéndolo soltar una leve risa. Me dolió un poco la mano.

—No seas cruel conmigo —le pedí mientras me sobaba el puño—, una vez dijiste que podías golpearlos en la cabeza y los atontabas.

Tomó mi mano y empezó a frotar con delicadeza.

—Muy bien, creí que no recordabas —dijo—. Pero debes conseguir algo realmente duro y tener la fuerza, y en tu caso la suerte, para poder darle.

—¡Bien! Al fin logré un avance.

Sonrió.

—Entonces ya sabes, dependemos de nuestros sentidos así que un buen golpe en la cabeza puede darte unos minutos de ventaja. —Asentí con la cabeza satisfecha de mí misma—. Debes procurar coger algún objeto grande y pesado. Si un H.E viene por ti, lo

primero que puedes hacer es agacharte, girar y golpearlo con todas tus fuerzas en la cabeza.

—¿Y luego? —pregunté.

—Y luego huyes —dijo sonriente.

—Ja, ja —reí con ironía.

Me di cuenta de que aún tenía mi mano entre las suyas y la acariciaba de rato en rato. Sonreí y alcé la mirada hacia sus ojos felinos de nuevo, él me devolvió una dulce sonrisa y ladeó levemente el rostro.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—No, todo está bien. —Me alejé sin ganas.

Empecé a guardar las cosas. Después de esta ciudad se encontraban las ruinas de otra, que fue abatida en una lucha con los H.E, y es que era algo pequeña. Al final tuvo que ser abandonada. Era cercano, luego de eso venía otra ciudad como esta. Suspiré y miré a Antonio, que, como siempre, estaba con sus hermosos ojos puestos en mí. «*Inocente y peligroso Antonio, ¿sentirás algo por mí?*»

Capítulo 14: Descuido

Partimos hacia la ciudad en ruinas, sería quizá un día de viaje, pero como habíamos partido en la tarde, tendríamos que dormir en medio del campo. Mi mochila pesaba más ahora con las cosas que había comprado pero Antonio la levantó como si su peso no hubiera variado ni un gramo.

Mientras salíamos hacia el salvaje exterior de la ciudad iba pensando en cómo sería si le demostraba mi amor a este muchacho crecido en una sociedad tan diferente. «¿*Qué haría él?*». Decidí no arriesgarme, podía quererlo en secreto y a su manera, por ahora importaba más llegar a la capital y detener la creación de un arma que podría destruirnos a nosotros también. No me harían caso si se los decía por teléfono, pero si lograra convencerlos de que muchos de los H.E eran seres completamente humanos y razonables se podría llegar a un acuerdo. Más bien me sorprendía que el gobierno no hubiera intentado nada así, quizá ocultaban algo, eso no me extrañaría.

El bosque estaba lleno de vida. Vida que, en su mayoría, huía al percatarse de la presencia del hábil depredador que iba conmigo. Continuamos escuchando las músicas del reproductor, Antonio dijo que no había problema si se distraía en eso pues dependía más de su olfato que del oído en el bosque.

—Antes la música tenía buena letra. Bueno, muchísimo antes, hace siglos diría yo, luego aparecieron las de reggaetón, electrónicas y demás géneros —comenté.

—¿*Reggaetón?* ¿Qué es eso? —preguntó confundido.

Sonreí.

—Un género musical. Aún existe, pero la mayoría se han combinado con la música electrónica...

—Ya veo.

—Hoy en día la música rara vez tiene letra, y si la tiene pues carece de sentido, o

hablan sobre... eh, cosas prohibidas —le dije.

Esas cosas a las que tenían prohibido el acceso los jóvenes H.E. Su sociedad me hacía recordar al régimen de la antigua *URSS*, que desapareció hace muchísimos siglos atrás.

—Prohibidas, interesante... Por eso dicen que la humanidad está perdida —comentó.

—Bueno, eso sí no lo puedo negar.

Nos dio la noche. Tendí una sábana en la crecida hierba y me eché, Antonio se sentó al pie de un árbol cercano a mí.

—¿No te recostarás? —pregunté.

—No, prefiero estar alerta —dijo mientras miraba seriamente hacia los alrededores.

Me sentí apenada. Él flexionó un poco sus piernas, apoyó su antebrazo en su rodilla, miró hacia otra dirección y pude ver cómo sus ojos reflejaron la luz de la luna que se encontraba en el cielo. Me volteé acomodándome en mi costado para mirarlo, así podría abrir los ojos cada vez que pudiera y ver cómo se encontraba. Volteó a mirarme, noté que sonrió y le sonreí también.

Me encontraba caminando en la oscura noche, un niño estaba a mi lado.

—Debemos apurarnos. Pronto llegaremos con Antonio, no te preocupes —le avisé.

—Nos van a matar a todos, ¿verdad? —me dijo él.

—¿Qué? No. Tú tranquilo, nadie nos persigue.

—Sí, ellos nos persiguen, siempre nos persiguen. Siempre fueron una sociedad cruel, no son H.E y yo les tengo mucho miedo —insistió.

—¿Quiénes? —pregunté confundida.

—Los hombres... —respondió. Miré al niño, sus pequeños ojos reflejaban la luz de la luna—. Los hombres están armados y quieren matarnos a todos...

Abrí los ojos de golpe, la noche oscura había desaparecido, era una mañana templada. Enfoqué el árbol que estaba a un par de metros y Antonio no estaba. Me senté y lo vi de pie a unos metros. Él me miró de reojo, puso su dedo índice sobre sus labios y volvió a mirar atentamente hacia el frente. Me puse de pie despacio y me arreglé el cabello que estaba algo despeinado.

Antonio observaba a un pequeño venado que se encontraba colina abajo. Estábamos casi al borde de un corto peñasco, quizá de unos tres metros de altura, no era mucho, luego venía una ladera.

El venado se encontraba pastando en el valle, supe que le daría caza. Antonio me miró, en sus verdes ojos había un leve gesto de súplica. Le sonreí de forma dulce y también me sonrió como un niño al que le diste permiso para irse a jugar.

Saltó por el borde del peñasco sorprendiéndome por completo, aterrizó de cuclillas en la tierra de tal forma que no emitió ruido alguno, como si fuera peso pluma. Se irguió de nuevo y empezó a acercarse en completo silencio al venado, sorteando algunas ramas y hojas que pudieran delatarlo.

El viento soplaba en nuestra dirección así que eso también ayudaba a que el venado no lo detectara. Se detuvo a un par de metros del animal, detrás de la vegetación. El venado estaba mirando a sus alrededores, a los pocos segundos bajó la cabeza para coger más hierba. Antonio arremetió contra el animal como un rayo y se arrastraron por la hierba por la fuerza de su ataque. El venado movió las patas desesperado antes de sucumbir entre el abrazo mortal y los colmillos de Antonio clavados en su yugular.

Sabía que los colmillos de los H.E no eran tan largos como los de un felino grande pero su mandíbula ejercía una presión similar por lo que podían asfixiar a un animal mediano si lo mordían en el cuello, cortando la circulación de la arteria.

Antonio se puso de pie, era tan majestuoso, otra obra maestra de la evolución. Sacó la navaja de su bolsillo y volteó a mirarme. Sonrió y me hizo señas con su dedo para que me

diese la vuelta y no mirase más. Lo hice, no necesitaba ver viseras de animal así que me dediqué a preparar el fuego. Luego de unos quince minutos o un poco más, Antonio volvió con la carne del venado, la pusimos a cocinar y al cabo de media hora ya estaba listo.

—¿Quién te enseñó a cazar? —pregunté.

—Mi mamá.

—Vaya, ¿y es tan buena como tú?

—Es más veloz por ser más ligera. Rara vez cazamos en nuestra ciudad, es como un simple conocimiento extra. Lo tenemos en los genes, supongo.

Sonreí.

—¿Cómo se llama tu mamá?

—Enif.

—Oh... Es el nombre de una estrella.

—Sí, lo es.

Me ofreció una dulce sonrisa. Luego de comer guardamos lo que sobró y nos alistamos para seguir. El día estaba muy bonito, el clima aquí siempre era perfecto, nunca llegaba a extremos. Teníamos suerte de estar en este estado del mega-país que ahora formaba lo que quedaba de tierra en el planeta.

Caminamos disfrutando del campo, era tan nuevo para mí y él me dejaba admirar todo lo que podía. Me hallaba contemplando una bella mariposa amarilla, Antonio me sonrió y señaló hacia la rama de un árbol. Había una araña enorme, de unos siete centímetros, suspendida en su muy bien estructurada red. Me horroricé y Antonio soltó una carcajada, al final también terminé riéndome de mí misma. Él me sacó de mi leve risa entregándome una flor, era la flor rosa de una *ceiba speciosa*, un árbol. Sonreí mientras el rubor se apoderaba de mi rostro.

Cerca del medio día divisamos las ruinas de una antigua ciudad.

La vegetación había inundado todo lo que podía, la hierba crecía alta sobre las antiguas veredas y pistas. El polvo cubría el concreto, ventanas rotas, un auto convertido en chatarra a un costado. Era un paisaje sacado de alguna antigua película apocalíptica, de esas que uno nunca pensó que se harían realidad.

El viento soplaba desde el frente, íbamos hacia el sur y el viento venía desde el lado sur oeste. Eso mantenía tenso a Antonio por que el viento se llevaba nuestro aroma hacia los posibles depredadores y H.E situados más al este, pero mantenía la esperanza de que estuviesen lo suficientemente lejos como para no llegar a tiempo a nuestro encuentro.

Nuevamente me sentía culpable. Si él estuviera solo no habría necesidad de pelear contra otro H.E ya que lo que ellos buscaban era el aroma de un humano como yo, así que en resumen: yo le complicaba el viaje.

Pero si no me hubiese quedado con él quizá nunca lo hubiese vuelto a ver, quizá habría decidido que era mejor desaparecer antes de presentarse ante mí con su nueva apariencia. Me estremecí. No me hacía a la idea de no volver a verlo, me había acostumbrado a él tan rápido como si lo conociera de toda una vida.

Le pedí mi mochila para guardar la flor que me había dado. Un pequeño zorro cruzó la calle huyendo de nosotros y me sorprendí un poco. Antonio no le quitó la fija mirada hasta que el animal se escabulló dentro de otro edificio. El viento entró a la edificación que se encontraba a nuestro lado, escuché cómo corría en el interior y volvió a salir por el ventanal roto.

Antonio me rodeó con sus brazos en menos de un segundo y un fuerte golpe nos lanzó hacia la pista, todo ocurrió demasiado rápido.

Cuando reaccioné me encontraba sobre él, nos habíamos deslizado en el asfalto un par de metros. Intenté reincorporarme pero Antonio me hizo a un lado y se puso de pie delante de mí tan veloz como siempre, me había protegido del golpe y de la caída contra el suelo.

Me puse de pie al ver que delante se encontraba un H.E, su ropa estaba sucia, seguro llevaba días ahí. Era tan joven como Antonio o quizá un poco mayor, pero sin duda sería igual de veloz que él, me preocupé. Antonio tenía cuatro cortes bien marcados en la tela de su ropa y su piel. La sangre empezaba a hacerse presente en su espalda a causa de

estos, seguro ocasionados por las garras del otro, a esas heridas se le unían más raspones causados por la arrastrada que se había dado sobre el asfalto por protegerme. Otro error mío, si no le hubiera pedido la mochila, ésta le hubiera protegido la espalda.

—¿Qué rayos crees que haces? —gruñó el H.E.

—No te atrevas a tocarla —respondió Antonio.

—¡Es una humana!

—Viene conmigo, no la toques —le amenazó.

El H.E gruñó furioso mostrándome los colmillos, Antonio le devolvió el gruñido como una fuerte amenaza.

—No merecen vivir, son crueles. ¡Acabaron con muchos de los nuestros! —insistió—. ¡Déjame tomar venganza por los caídos!

—¡Ella no tiene nada que ver con tus deseos fuera de lugar!

—Traición —rugió el H.E.

Me asusté. Los otros con los que había peleado Antonio eran mayores y más pesados, pero este sin duda iba a ser difícil y había tenido la fuerza para lanzarnos a los dos de un solo zarpazo. Miré a mi alrededor en busca de algo fuerte y pesado para poder actuar de algún modo, durante ese corto segundo que esos pensamientos cruzaron mi cabeza el sujeto se lanzó contra Antonio.

Me lancé a correr. El ser lo había embestido y se dispuso a venir tras de mí pero Antonio lo derrumbó de un golpe. Ahora la situación se complicaba, este no buscaba pelear sino esquivar y atacarme.

Corrí lo más rápido que pude, la mochila quedó tirada en algún lugar de por ahí que ya no me importaba. Si ese H.E me alcanzaba sólo tardaría un par de segundos en matarme. Miré sobre mi hombro y Antonio hacía todo lo posible por retenerlo con él y dejarlo inconsciente pero el otro le igualaba en velocidad y lo esquivaba casi siempre, si no

lograba esquivarlo luchaban hasta que lograba volver a apartarlo y seguir corriendo detrás de mí. Estaban a unos metros, entré a lo que parecía ser un antiguo restaurante, al menos aquí había mesas y cosas que podían usarse para golpear.

El H.E logró golpear a Antonio en el rostro, tan fuerte que lo tumbó. Me angustié al verlo escupir sangre. El hombre no perdió ni un segundo en retomar la carrera hacia mí pero Antonio se agazapó y se le lanzó. Rodaron unos metros y lo agarró a golpes, terminó dándole un fuerte zarpazo. El otro le respondió con otro golpe y se lo sacó de encima, arañó el suelo al ponerse de pie tan rápido como pudo.

Irrumpieron en el restaurante. Corrí y en mi camino agarré una gran bandeja de acero, entré a la cocina y me asomé apenas para ver qué pasaba. El H.E lanzó a Antonio contra las mesas ocasionando un fuerte estruendo y vino hacia mí, yo lo recibí con un sorpresivo y fuerte golpe en la cabeza con la bandeja. El ruido fue demasiado fuerte, Antonio lo aprisionó por la espalda y lo estrelló contra el suelo.

El hombre quedó inconsciente al fin, Antonio respiraba agitado y se limpió la sangre de la boca con el puño. Me acerque a él, satisfecha por mi trabajo.

—Eso no estuvo nada mal —comentó.

Sonreí.

—¿Tú cómo estás?

—Bien, pero el mal nacido me voló un colmillo...

Me tapé la boca por la sorpresa, quise levantarle el labio para verlo pero él se retiró. Recordaba haber examinado el cráneo de los H.E, siempre había un par de colmillos de repuesto esperando a que llegase el momento de remplazar al anterior caído.

—En unos días tendré otro —dijo sacándome de mis pensamientos—, vámonos de aquí. Tomó al H.E inconsciente y lo cargó en la espalda—. Lo dejaré lejos, ve por tu mochila y espérame aquí.

Asentí y se fue. Salí al rato a buscar mi mochila, recorrí el camino que había corrido de regreso a ver en dónde la había botado. La hallé cerca al edificio donde nos atacaron, el

pequeño zorro la estaba olfateando.

—Hola —murmuré. El animal se alejó un metro con cautela, me puse en cuclillas—. Ven —dije mientras estiraba mi mano hacia él.

El animal dudó unos segundos, dio un paso y volvió a retroceder. Seguí haciéndole señas y avanzó lentamente hacia mí. Sonreí. El pequeño zorro dejó que le acariciara la cabeza y volvió a olfatear la mochila. Me senté en el asfalto, abrí la mochila y saqué un pedacito de carne de venado.

—¿Quieres esto?

Se lo di, él lo recibió de mi mano y luego me dio una rápida lamida a mi palma, esa lamida me hizo recordar a Antonio. Saqué otro pedazo y volvió a recibirlo.

—Eso es... —susurré, mientras le rascaba detrás de la oreja.

—¿Qué haces? —preguntó Antonio y el zorrillo salió disparado.

—Eh... tenía hambre.

Soltó una suave risa y me extendió la mano para ayudarme a ponerme de pie.

—Tú tienes algo que atrae a los animales salvajes, y eso me incluye a mí —comentó con una sonrisa.

Reí. ¿Yo le atraía? Me lo acababa de decir. Aunque no sabía de qué forma, me gustó mucho lo que me había dicho.

Continuamos recorriendo la ciudad hacia el sur. La tarde nos agarró en una antigua urbanización ya cercana a los límites de la ciudad, el cielo estaba de un naranja muy bello. Divisé una casa que parecía estar en buen estado, no tenía lunas rotas así que seguro por dentro no estaría tan sucio y desordenado, no como otras. Entramos a ella.

Todo estaba casi intacto, si no fuese porque estaba lleno de polvo y seguro alguno que

otro roedor. No había agua pero me podría dar el lujo de ponerme pijama y dormir sobre algún colchón. Cenamos lo que quedaba de carne de venado, la noche llegaría pronto, el cielo era ahora de un color violeta. Mientras eso, nos alistamos para dormir. En el segundo nivel había una amplia cama, así que le sacudimos el polvo. Antonio se sentó en el umbral de la puerta, flexionó sus piernas y puso sus antebrazos sobre sus rodillas.

—No... —me puse nerviosa—. ¿No dormirás...?

Sus labios se curvaron en otra leve sonrisa.

—No, quiero estar alerta por si ese loco H.E logra encontrarnos.

—Um —comenté melancólica.

Hubiera deseado que durmiese conmigo como la otra vez, pero la situación ya no era la misma. Suspiré. Me preocupé por su colmillo, seguro también estaba tenso por eso, quizá se sentía más vulnerable. Me puse de pie y fui hacia él, me senté entre sus piernas, puso sus brazos hacia los costados para darme pase.

—¿Puedo ver? —pregunté refiriéndome a su diente.

Soltó un suspiro y asintió. Me mostró los dientes, justamente le faltaba el colmillo izquierdo. Apreté los labios.

—Lo sé, me veo ridículo.

—No, para nada —dije sonriéndole.

Me sonrió levemente, iba a extrañar su amplia sonrisa todo el tiempo que tardara el otro colmillo en crecer. Me sentí culpable otra vez.

—Perdóname... —dije—. Soy presa fácil.

—Claro que no, hiciste un buen trabajo.

—Quería preguntarte... Si yo me hubiera ido en el helicóptero con los demás esa noche, ¿me hubieras seguido a la capital?

Pensó unos segundos. «*Lo sabía*».

—Seguramente sí. Después de todo, igual pensaba presentarme ante ti con mi nueva apariencia —dijo finalmente.

—Acabas de decir: *seguramente*. Tenía miedo de que te pasara algo y no volver a verte —mMe miró con duda, tal vez preguntándose por qué me preocupaba por él de esa forma—, pero cometí un error quizá. Sólo te complico el viaje, si no fuera por mí no tendrías que pelear contra otros... No debí venir...

—No digas eso —me interrumpió en un dulce tono de voz—. Me alegra que estés aquí, no te quiero en ningún otro lugar, en serio.

Lo miré. Pronto me di cuenta de que mi impulso me había vencido y me le había acercado, dándole un beso en la mejilla. Tardé otro mili segundo en darme cuenta de que él había retrocedido por la sorpresa, pero la posición en la que estaba y la pared, le habían obstruido el alejarse por completo de mí. Me separé avergonzada.

—¿Qu...?

—¡Perdón! —le interrumpí, ruborizada y avergonzada—. Perdón, no debí hacer eso...

Intenté alejarme y ponerme de pie pero me rodeó con sus brazos, puse mis manos en su pecho instintivamente para hacer un inútil intento de zafarme de su prisión momentánea.

—No, espera —me detuvo nuevamente con tono dulce.

Mi corazón latía tan fuerte y rápido que seguro él lo escuchaba. Había cometido otro error, ahora preguntaría qué había sido eso y yo estaba perdida. Miré sus felinos ojos de verde destellante.

—Mi mamá hacía eso también —contó—, es un símbolo de aprecio maternal, sólo que

ella me lo daba en la frente... y sólo ella tiene permitido hacerlo.

—Oh... bueno. —Me sentí aliviada de que no preguntase ni supiese algo más pero preocupada porque sólo su mamá podía hacerlo—. Aquí... los humanos nos besamos también. —Me aclaré la garganta—. A veces, claro, rara vez. —Arqueó una ceja, debía explicar más—. Un beso... significa que también te aprecio y quiero que confíes en mí, así como yo confío en ti.

Volvió a sonreír sin separar los labios y juntó sus brazos, pegándome más a su cuerpo. Me volví a ruborizar al sentir su calor aproximándose. Me dio un cálido beso en la mejilla y mi corazón se disparó.

—También siento lo mismo —dijo casi en un susurro contra mi piel.

Hice todo el esfuerzo posible por no ladear mi rostro los pocos centímetros que quedaban entre sus labios y los míos. Él ya me había soltado y yo estaba libre. Reaccioné y me puse de pie enseguida, lo miré sonriente.

—Eso me alegra —murmuré.

Volvió a poner sus brazos sobre sus rodillas con su leve sonrisa.

—Buenas noches, señorita —dijo con ese tono de voz que me derretía.

La luna ya se encontraba en el cielo dando inicio a la noche. Tardé varios minutos en dormirme. Ahora que había sentido sus labios en mi mejilla, casi podía imaginar tenerlos entre los míos. Era como haber hecho que un hambriento olfateara algo de comida, el deseo de besarle me ardía en el pecho. Me mordí el labio inferior. Esta era la primera vez que me pasaba algo así, si no le robaba un beso aunque fuese algún día, ¡me moriría!

Capítulo 15: Un lugar perdido

Ya era de mañana. Rodé sobre mi lado derecho y vi la puerta del baño abierta, había dos grandes tinas con agua.

—Traje agua del rio —dijo Antonio con su suave voz grave.

Lo miré, estaba apoyado en el marco de la puerta y al parecer se había dado una zambullida o algo así. Su cabello estaba húmedo, usaba otra camisa y otro pantalón, se le veía tan joven y tan fresco. Sonreí.

—Te esperaré abajo.

Se fue cerrando la puerta suavemente. Tomé mi ropa de la mochila. Me di un refrescante baño, pero al secarme descubrí algo.

«¡Rrrrayos!», pensé.

Me había venido el periodo, me había olvidado de su existencia. «¡Rayos!, ¡rayos, rayos!». Tomé el paquete de compresas de la bolsa de mi mochila, esto era realmente incómodo. Ahora me tocaba aguantar por cuatro días. «HORROR». ¿Antonio se daría cuenta? Ay no, qué vergüenza.

Terminé de alistarme y suspiré, tomé la mochila y bajé. Antonio estaba sentado en un banco en la barra de la cocina, me miró y recorrió mi cuerpo con sus bonitos ojos de verde destellante y pupilas rasgadas.

«Rayos, lo sabe»

—¿No hay problema si continuamos? —preguntó amablemente.

—No. —Traté de fingir mi sonrisa, definitivamente lo sabía.... Rayos.

Le resté importancia. Si él lo sabía ahora, probablemente también lo supo tiempo atrás cuando iba a su habitación. Salimos de casa, buscamos alguna tienda por los alrededores para conseguir, con algo de suerte, productos que no hubieran pasado su fecha de vencimiento. El pequeño zorro empezó a seguirnos.

—Genial, ahora él también te sigue —dijo Antonio.

Reí un poco. Divisé una tienda que parecía estar casi intacta, nos acercamos y vimos a través de los vidrios que era una tienda de abarrotes. Entramos y nos dividimos para buscar las cosas que no hubieran vencido. Con suerte hallaríamos algo.

Apenas logramos reunir paquetes de galletas, frutas secas y algunas conservas. Algunos otros productos parecían estar en buen estado aún a pesar de que ya habían vencido, así que por si acaso los guardé. Evité pasar por la zona de carnes que sólo emanaba putrefacción pero sí tomé un paquete de carne vegetal deshidratada. El zorro me había seguido durante mi recorrido en la tienda. Me fui a reunir con Antonio.

Continuamos nuestra caminata hasta llegar a las afueras de la ciudad. El zorro se quedó un poco antes del límite observándonos. Soltó un agudo aullido cuando estuvimos algo lejos, volteé a mirarlo y me sentí triste.

—¿Me extrañará? —pregunté apenada.

—Seguro, yo sí lo haría —respondió Antonio de forma casual.

La siguiente ciudad no estaba muy lejos tampoco, calculé que sería otro día de recorrido. Seguimos hurgando entre las músicas del reproductor. Él pidió que le hablara de mí, aunque ya lo había hecho cuando iba a su habitación. De algún modo extrañaba esas noches, ahora parecía como si hubiesen pasado meses.

—Cuando iba a verte a veces pensaba que ya te estaba cayendo pesada.

—Eso jamás —respondió él, haciéndome sonreír.

—¿Marcos nunca te dijo nada cuando no lo vigilaba? —pregunté.

—Me divertía mandándole indirectas de mi verdadera naturaleza. Como cuando cacé ese pajarito mientras él me espiaba —reí—, también cuando le dije que ustedes parecían saber mucho sobre los H.E, cuando en realidad estaba yo ahí burlando sus pocos conocimientos. —Me miró sonriente, arqueando una ceja—. Sin ofender —agregó.

—¡Ja! Descuida. Sé que en realidad no sabemos casi nada sobre ustedes.

—Somos como personas normales —comentó con cierta tristeza—, incluso vivimos en ciudades similares, aunque no lo creas. Es sólo que... tenemos cosas diferentes y por eso no nos aceptan. Tú, por ejemplo.

—Créeme ahora pienso completamente distinto de ti. Claro, algunos siguen pareciéndome salvajes, pero es su naturaleza. Son criaturas estupendas, una obra maestra de la evolución o lo que fuera que intervino, sólo los culparía si te hacen daño. Creo recordar que el primer H.E que se infiltró al laboratorio te preguntó por qué me defendías. Y también en el último ataque dijeron: «te olfateamos, joven», o algo así.

—Es verdad, al primero lo dejé inconsciente antes de que hablara algo con respecto a mi identidad. También me preocupé un poco por la última vez. Obviamente detectaron mi olor, sabían lo que era, no hubieran luchado contra mí si no fuera por... —Guardó silencio y tensó los labios.

—Por mí... —completé, sabiendo que eso iba a decir.

Sacudió la cabeza.

—Ya pasó. No hubiera dejado que te lastimaran, eso nunca, te aprecio en verdad, lo hice desde que me ofreciste tu agradable compañía esas noches en el laboratorio.

Sonreí ante el recuerdo.

—Bueno, a mí también me gustaba estar contigo. Ambos habíamos perdido algo, supongo. —Reaccioné al recordar—. Es verdad, ahora que lo pienso... Tú nunca perdiste la memoria.

Me dio una leve sonrisa llena de culpabilidad.

—Perdón, las cosas que no sabía sobre los humanos tenía que disimularlas con algo, ¿qué mejor que fingir pérdida de memoria?

—Te perdono. —Sonreí.

—En ese caso ya no tenemos eso en común, ¿no? Me refiero a que en realidad no he perdido nada.

—No importa, me sigues agradando. Eso es sólo un aspecto, de los tantos, del por qué me agradaste.

Volteó a mirar al frente completamente serio. «*Oh-oh*». Miré también, se veían unas casas no muy lejos de donde estábamos, había algo de movimiento.

—¿Qué? ¿Un pueblo? Pero no tiene muralla, ¿será algún asentamiento de H.E?

—No —respondió él—, son humanos.

Me sorprendí, no sabía que las historias de pequeños pueblos en medio de la nada eran ciertas. Era extraño que los H.E no los hubieran eliminado o algo así. Continuamos caminando hasta llegar al pueblo.

—Sería bueno que te pusieras los lentes —comenté.

—Detecto el aroma de los H.E, han estado aquí —dijo algo confundido.

Nos adentramos al pueblo. Las personas nos miraban, algunos desde la sombra del pórtico de sus casas, otros desde la acera. Unos niños dejaron de patear su pelota para detenerse a mirarnos, pero pronto volvieron a lo que estaban haciendo, como si Antonio fuese un humano más. El pueblo tenía un toque de antigüedad, no tenía todo lo ostentoso de una ciudad moderna de hoy en día, este parecía sacado de un libro de historia del siglo XXII. Había autos pequeños, algunas reliquias que aún funcionaban con combustible orgánico. Nos quedamos de pie afuera de lo que parecía ser un restaurante.

—¿Gustan comer algo? —preguntó una señora que se encontraba cerca de la puerta.

—Eh, sí... por favor —respondí—, ¿qué tiene preparado?

—Pasen.

Sonreí. Sentí que Antonio puso la mochila en el suelo, volteé a mirarlo y él estaba ya unos pasos lejos de mí, mirando fijamente a una gallina.

—¡No! —grité—. ¡Antonio! —Me tapé la boca, horrorizada.

Antes de que pudiese siquiera terminar la corta palabra monosílaba, Antonio salió disparado tras la gallina. El ave corrió lo más rápido que le permitieron sus patitas y dio un salto, siendo atrapada en el aire por Antonio. Cayó y se arrastró como un metro en el suelo, muerto de risa, con el ave entre sus brazos.

—Tranquila —dijo la señora en tono casual—, a los H.E les encanta perseguir aves.

Miré a Antonio, había soltado la gallina mientras seguía riendo en el suelo, apoyado en sus codos. Suspiré. Su risa tan hermosa, musical y varonil. Di un paso hacia él, esto hizo que se detuviera de golpe cerrado la boca. Me le acerqué.

—Así que te gusta perseguir pajaritos y gallinas, ¿eh? —le dije de forma dulce. Sonrió sin separar los labios y se puso de pie—. Vamos, la señora vende comida. Me parece haber visto leche —le comenté tentativamente.

Me siguió, entramos y nos sentamos. El lugar era agradable, los muebles eran de madera, algo que casi nunca se veía, salvo en nuestro viejo laboratorio. Había un ventilador de techo que refrescaba el ambiente. Almorzamos ahí, también compré leche.

—¿Se dirigen a algún lugar? —preguntó la señora.

—A la capital —respondí.

—Vaya... ¿Él estará seguro ahí? —murmuró refiriéndose a Antonio.

Me confundí un poco. Los de seguridad podrían llevárselo pero estaba conmigo, no iba a permitirlo. De todas formas, la palabra *seguro* me sonó muy diferente, como si nosotros fuéramos los peligrosos para ellos, como si me estuviera llevando a un pequeño niño a un campo de guerra.

—Sí, bueno... está conmigo. Además, es la capital, ¿qué podría pasar? —respondí.

—No lo sé, a veces escuchamos cosas, historias... que cuentan los mismos H.E que pasan por aquí —dijo la señora.

—¿Historias? —preguntó Antonio.

—Historias sobre presuntos lugares donde tienen prisioneros a los H.E y hacen experimentos con ellos, o los torturan, o los usan para entrenar a los soldados, experimentando técnicas para matarlos... Un sinfín de cosas —comentó la mujer.

Fruncí el ceño. Se suponía que había organizaciones que impedían que se les tocara porque eran humanos, pero eso explicaría la actitud reacia de ellos hacia nosotros. La señora sacudió la cabeza.

—Bueno, sólo decía. Son historias al fin de cuentas, nadie ha confirmado haber escapado de algo así, además hay asociaciones que se encargan de protegerlos y tratar de mantener la paz.

—¿Cómo es que ustedes viven aquí sin ninguna muralla que proteja el pueblo? —pregunté—. Veo que no les temen a los H.E y que los conocen bien.

—Ellos no nos dañan y nosotros tampoco a ellos, a veces vienen algunos del gobierno a querer preguntarnos si sabemos el paradero o de algún asentamiento de H.E pero no les decimos —respondió—. Hablando de eso, deberían partir ya, no tardan en pasar patrullando —agregó.

—¿Qué?

—Usualmente cargan perros con ellos, así que...

—Oh-oh.

Nos pusimos de pie, pagué la comida y nos despedimos para seguir, con tan mala suerte que vimos al final de la cuadra un pequeño escuadrón de hombres del gobierno. Tres de ellos eran altos, fornidos y llevaban casco, haciendo imposible ver sus rostros. Era extraño que buscaran a los H.E, se suponía que no los tocaban, se suponía que ni siquiera se sabía de la existencia de pueblos como este. Había un perro con ellos que empezó a ladrar en nuestra dirección.

En cuestión de segundos los hombres voltearon apuntando con sus armas y dispararon, Antonio me empujó dentro del restaurante casi al instante y un par de balas se estrellaron en el barandal de madera del pórtico.

—¡Están locos! —grité—. ¡¿Por qué disparan?!

—Huyan —dijo la señora antes de correr a esconderse.

Miré a Antonio, él estaba viendo fijamente hacia la calle con el ceño fruncido. Volteé y vi a la gallina tendida en el piso, seguro una bala le había impactado. Antonio empezó a emitir un profundo y bajo gruñido.

—No... Antonio, no se te ocurra... —Salió corriendo sin escucharme—. ¡Antonio! —chillé.

Corrí y me puse delante de él con los brazos extendidos.

—¡NO! —les grité a los hombres que ya estaban delante de nosotros apuntándonos.

—Marien, hazte a un lado —ordenó Antonio intentando mantener la calma.

Negué rápidamente con la cabeza.

—No... No —dije angustiada.

Los hombres no bajaban las armas, uno de ellos dio un paso adelante.

—Señorita, tenemos órdenes. Es un peligroso H.E, retírese —ordenó.

—¡Están locos! No lo conocen —me atreví a decir.

—Está intentando atacarnos —insistió.

—¡Ustedes empezaron!

El perro me gruñó y Antonio le devolvió un fuerte gruñido que lo hizo meter la cola entre las patas y huir. El hombre mostró una sonrisa torcida.

—Diviértanse —murmuró.

Sacó un pequeño objeto rectangular de su bolsillo y presionó un botón. Los otros tres hombres guardaron las armas, dieron un paso hacia adelante y se retiraron los cascos. Abrí los ojos como platos al ver que eran H.E, pero tenían una especie de chip pegado en la sien derecha, era algo que a simple vista no se notaba, quizá sólo me parecía. Empezaron a gruñir.

Me aterró. Antonio no iba a poder contra los tres, era el fin. Sentí que la presión me bajaba, ¿cómo era que el gobierno tenía H.E de su lado?

Uno se abalanzó hacia mí, esperé al menos una muerte rápida pero lo único que sentí fue un golpe. Antonio me había empujado y había recibido la mordida, golpeó al ser mientras los otros dos lo mordían también. Me tuve que aguantar la angustia y salir corriendo de ahí para no complicarle las cosas.

—¡Un arma! ¡¿ALGUIEN TIENE UN ARMA?! —chillé mientras corría.

Oí los rugidos y gritos de dolor de los H.E. Pero lo que me hizo detenerme de golpe, fue el hecho de que el noventa por ciento de esos gritos eran de mi Antonio. Miré sobre mi hombro. Los H.E se debatían entre forcejeos, golpes, zarpazos y mordidas. Uno logró aprisionar el brazo derecho de Antonio y el otro le agarró el brazo izquierdo con la mandíbula. Antonio pateó con toda su fuerza al que tenía delante. Liberó su brazo del que lo tenía mordiendo, sin importarle que esto le arrancara algo de carne, y golpeó a uno, pero los otros dos ya estaban sobre él enseguida, mordiéndolo más.

Me tapé la boca llena de horror y con lágrimas en los ojos, lo harían pedazos en segundos. Era tan horrible como ver un montón de perros despedazándose entre ellos, prácticamente eso era lo que estaba ocurriendo.

El hombre observaba a unos metros, manteniendo su siniestra sonrisa. Corrí hacia la otra cuadra. La señora salió de un callejón y me dio una pala, la recibí al vuelo y seguí corriendo. Rodeé la manzana y corrí hacia el hombre que ahora estaba de espaldas hacia mí. No me detuve a pensar y aceleré, el hombre se volteó pero ya no pudo hacer nada contra mi golpe. Me embestí contra él con todas mis fuerzas, cayó y yo caí de rodillas.

Hice a un lado el dolor del raspón con el asfalto y me puse de pie como una bala. Golpeé al hombre con la pala y me puse sobre él, presionándole los hombros contra el suelo con mis rodillas e intenté sacar el aparato rectangular de su bolsillo. El hombre tiró de mi cabello haciéndome gritar y presioné su cuello con el mango de la pala.

Me agarró el cuello presionando fuerte y yo le agarré la muñeca hincando mis uñas en su piel, moví rápido mi otra mano y logré sacar el aparato de su bolsillo. En ese momento fui embestida por uno de los seres y me raspé contra el asfalto, él se abalanzó hacia mí pero fue embestido por Antonio.

Rodaron más allá raspando también contra el asfalto. Busqué el aparato que se me había desprendido de las manos con la embestida. Los otros dos seres ya estaban sobre Antonio otra vez, hallé el aparato pero el hombre me agarró por detrás aprisionando mi cuello. Grité, no pude liberarme, pataleé, lo arañé, hice de todo. Antonio se abalanzó contra el hombre sin importarle tener a uno de los seres prácticamente encima destrozándole el hombro.

Me encontraba atrapada dentro de la lucha. Venían empujones y gruñidos salvajes de todo lado. Antonio logró empujarme fuera, le dio un puñetazo al hombre y éste cayó al suelo inconsciente. Los H.E seguían con su carnicería. Ubiqué al aparato rectangular y lo sostuve, mis manos temblaban mientras trataba de localizar el botón entre los tres que había. Las lágrimas tampoco me dejaban enfocar más. Lancé un gemido de frustración. Respiré angustiada hasta que logré leer la palabra «retirada». Lo presioné.

Escuché el golpe sordo de un cuerpo contra el suelo. Alcé la vista y Antonio estaba tendido en el asfalto, en medio de un charco de sangre, los tres H.E estaban de pie a su alrededor, mirándolo como si no supieran qué era lo que habían hecho. Corrí hacia ellos, aparté de un empujón a uno y me caí de rodillas al lado de Antonio, las lágrimas

empezaron a brotar de mis ojos de forma precipitada.

—No... No, por favor —sollocé.

Capítulo 16: Debo ser fuerte

Los H.E aún nos observaban.

—Lo sentimos... —murmuró uno.

Les dediqué una fugaz mirada de odio a los tres y volví a mirar a Antonio. Los pobladores del lugar se acercaron.

—¡Llévemolo al hospital! —exclamó uno.

Le tomé el pulso, estaba débil. Me puse de pie, uno de los H.E lo levantó y lo llevó, siendo guiado por los pobladores. Volteé a ver al hombre inconsciente en el suelo.

—Descuide, nos encargaremos de él —dijo uno de los que se habían quedado.

—¿Por qué...? —pregunté. Mi voz casi no salió.

—No recordamos nada... Sólo sabíamos que si no obedecíamos a ese hombre, o intentábamos atacarlo, automáticamente nos pasaban fuertes descargas y nos dejaban inconscientes. Además podía manipularnos con esa cosa que usted tomó.

Tragué saliva con dificultad.

—Debo ir con él —dije casi en susurro.

Los dos tomaron al hombre y se fueron, no me importaba lo que hicieran con él. Corrí hacia el hospital pidiendo indicaciones de dónde se encontraba, no era un pueblo muy grande. El hospital era pequeño pero parecía tener lo necesario. Al llegar irrumpí en la sala de emergencia.

—Soy médico —le dije al guardia, mostrándole mi identificación.

Pasé de largo sin esperar su respuesta. Antonio estaba en una camilla, con el torso desnudo, un médico a su lado y dos enfermeras. Le habían conectado una vía con *suero*.

—¿Cómo está? —pregunté tratando de quitar el tono de angustia de mi voz.

—Estable. Estos seres son fuertes, ha perdido sangre sí. Le estamos por poner una unidad de sangre tipo *O*, es la única que nos sirve para ellos. No hay tiempo de examinar qué tipo de sangre es, así que recurrimos a esta. De todos modos no es necesaria pero es por si acaso. Presenta mordeduras en la parte superior del cuerpo, sobre el eje sagital, zona dorsal... Le han arrancado algunas partes de músculos...

No prestaba mucha atención a lo que decía, sólo lo suficiente. No podía quitarle la mirada de encima a Antonio, se le veía tan vulnerable. Me acerqué y acaricié su cabello, las enfermeras estaban desinfectando y cubriendo sus heridas.

—Se regeneran rápido, mañana mismo estará en pie —agregó el doctor.

—Sí... Lo sé, gracias...

Me quedé con él toda la noche. Estaba sentada en una silla a su lado, con los brazos y mi cabeza sobre el colchón, mirando su rostro que estaba ladeado hacia mí. Acariciaba su cabello de vez en cuando, luego cerraba mis ojos y me dormía sin querer por quizá unos minutos y otras veces por un par de horas. Me habían traído mi mochila, esta mochila batiría record por quedarse abandonada si seguíamos así, pero ya no quería verlo pelear más, era horrible.

Ya eran cerca de las cinco de la madrugada. Abrí los ojos y me encontré con la fija mirada de Antonio, dio un lento parpadeo y sus labios se curvaron en una leve sonrisa. Apreté los labios para evitar que mis ojos me traicionasen pero igual lo hicieron, un par de lágrimas brotaron y rodaron por mis mejillas. Me las limpié enseguida y suspiré.

—Estás bien —dije.

—Tú también —respondió casi susurrando.

Sonreí y recosté mi rostro en el colchón. Acaricié su labio inferior y él juntó las cejas con algo de confusión. Suspiré. Si supiera las ganas que tenía de darle un beso. Acaricié su cabello para luego retirar mi mano. Nos miramos por varios minutos.

Abrí los ojos, otra vez me había quedado dormida. Ya eran quizá las ocho de la mañana, Antonio estaba mirando a los tres H.E que se encontraban al costado de la cama. Me sobresalté.

—...Ya veo —respondió a algo que había estado diciendo el H.E.

—Como sea, nos iremos de aquí. Seguro los de esa asociación volverán buscando al hombre, así que más les vale que salgan ya ustedes también.

—Sí.

Los seres me dedicaron una rápida mirada. Pude ver los distintos colores de sus ojos, de uno eran color ámbar, del otro celeste humo, el otro tenía el ojo derecho de color verde y el izquierdo de color gris, me sorprendí un poco. Se retiraron sin decir más, me puse de pie y empecé a revisar las heridas de Antonio mientras él me miraba algo confundido.

—Estaré bien, no era necesario que te preocuparas por mí...

—¡Ya deja de decir eso! —le respondí con algo de brusquedad—. Casi mueres, ¿Cómo crees que me siento? ¿Cómo se supone que debería sentirme?

Bajó la vista con frustración. No entendía por qué no le gustaba que me preocupara por él, no entendía por qué se ensañaba en decirme que estaría bien. Levanté la gasa de las mordidas que tenía, estaban cicatrizadas. Los arañazos y raspones de su pecho también, los moretones ya se estaban aclarando. Retiró mi mano de la última herida que estaba revisando y se sentó.

—Voy a alistarme para salir —dijo mientras se ponía de pie—, tú también hazlo.

Tomó sus cosas de la mochila y salió de la habitación, se cruzó con el medico en la puerta, le agradeció sin mirarlo y siguió de largo. El medico volteó a mirarme.

—Ya está mejor por lo que veo —comentó.

Asentí con la cabeza, de un momento a otro me había abrumado. Sentía miedo y no sabía a qué. O quizá sí, miedo ante la idea de que no consideraba que debía preocuparme porque no estaba sintiendo lo que yo por él.

—Será mejor que partan, cuando vengan a preguntar no nos harán nada mientras no encuentren pruebas y lo neguemos todo —continuó.

—Sí, gracias, y disculpen por los problemas —respondí.

Cargué mi mochila. El médico me detuvo en la puerta.

—Disculpe mi intromisión, no pude evitar escuchar... Sé que algunos H.E parecen buenos, igual no debería sentir tanto aprecio por él. Ellos no están hechos para eso, lo sé, y hasta ahora no he visto lo contrario. A ellos casi no les importa morir, sólo lo angustias más preocupándote por él porque entiende que nosotros somos más sensibles y él no puede evitarlo. Si te aprecia y siente verdadera amistad por ti, a puesto que sólo desea que no sufras. Así que por favor, no se angustie, intente entender su naturaleza.

Asentí nuevamente con la cabeza y forcé una leve sonrisa, aunque era obvio que estaba triste, muy triste. Fui a alistarme, sentía un vacío en mi pecho, había olvidado que ni siquiera sabía si los H.E llegaban a sentir amor, me había vuelto a hacer ilusiones. Antonio no iba a desaprovechar pelearse con otro, ellos amaban pelear. Recordé cuando el H.E que nos atacó en casa de mi tía, mencionó haberse decepcionado de que lo había dejado vivo. Antonio me apreciaba pero seguro nunca iba a inclinarse para besarme, o abrazarme de un modo romántico... o amarme.

Me limpié el par de lágrimas que habían brotado de mis ojos. «*Tonta ilusa*», me dije a mí misma, respiré profundo. Terminé de alistarme para irnos del pueblo, peiné mi cabello húmedo, me lo alboroté un poco y sonreí apenas frente al espejo. Al salir, Antonio estaba recostado en la pared de al frente, esperándome con los brazos cruzados y una leve sonrisa. Estaba con la última camisa que le había comprado, era la de color gris que me

había gustado más. Cielos, comprarle ropa no salía a cuenta. Sonreí. Iba a ser fuerte por él.

Partimos hacia la siguiente ciudad.

—Escucha, si nos topamos con otro pueblo fantasma como este, nos largamos, ¿bien?
—le advertí.

Él sonrió y yo sonreí también, su colmillo estaba de vuelta. Vaya, eso había sido rápido. Continuamos el camino, la otra ciudad estaba cerca. Había comprado una pequeña olla que llevaba colgada a la mochila para preparar algo de comer. Nos acompañamos con algo de música clásica durante el camino.

—Esta es de un tal Beethoven. Esta música es muy bonita, pero ya fue olvidada hace mucho, no sé si exista otra copia incluso —le contaba.

—¿Y la que bailamos esa noche? —preguntó.

Sonreí.

—Esa también ya fue olvidada, me gusta escuchar músicas olvidadas. —Solté una corta risa—. Canciones como esa han sido olvidadas así como en esa época otras músicas aún más antiguas también habían sido olvidadas. Me hubiera gustado saber cómo eran las primeras canciones que inventó el ser humano.

—Quizá un día te lleve a mi ciudad... Si no intentan matarte entonces podría llevarte a escuchar a los músicos. Como la de los humanos no llega a nosotros, y aunque lo hiciera, no la aceptan, nuestra sociedad ha creado desde cero su música.

—Gracias, me encantaría.

Continuamos escuchando música, pero en bajo volumen, pues la batería no se había cargado. Se acercaba el medio día así que paramos para prepararnos algo de almuerzo. Antonio armó su tan perfecta cocina improvisada, vacié agua de mi botella y puse a cocinar la carne de proteína vegetal. Me di cuenta de que no sería suficiente pero no me importó, le daría todo eso a él y yo comería alguna conserva de vegetales que había sacado de la ciudad en ruinas. También tenía un par de botellas de leche.

Al él pareció gustarle la carne vegetal.

—Y, dime... ¿Tienes hermanos? —quise saber.

Sonrió.

—No, muy rara vez tenemos hermanos. Si sale alguno usualmente es porque se dio un caso de gemelos o mellizos, cosas así. —Frunció el ceño—. Es raro... Las parejas de un núcleo se desaparecen un tiempo y luego aparecen con un bebé.

—Oh... Vaya —dije tratando de no reír por su confusión.

—Si tuviera un hermano menor no podría haberme escapado. Moralmente no puedes dejar a tu hermano menor, debes cargar con él. —Soltó una suave y corta risa—. Y si tuviera un hermano mayor, no estaría aquí. Quizá estaría siguiéndole por algún otro lado... O quizá sí me hubiera escapado —agregó con una amplia sonrisa.

—Si no lo hubieras hecho... no te habría conocido —murmuré.

—Probablemente —respondió.

—Y... tu papá, ¿a qué se dedica? —pregunté con timidez.

—Él también es ingeniero —dijo en forma casual.

Me sorprendí un poco.

—¿Qué? ¿Entonces eso no fue invento tuyo?

Se rió con ganas de mi pregunta.

—¿Invento mío? Tenemos ciudades, ya te lo he dicho. Estamos más avanzados de lo que ustedes creen, mi niña. —Continuó riendo un poco.

Me ruboricé. No de vergüenza por mi pregunta, tonta al parecer, sino por la expresión que usó para referirse a mí, mi corazón había dado un pequeño vuelco. Sonreí. Terminamos de almorzar y nos alistamos para seguir, de vez en cuando mi mano rosaba la suya por estar caminando tan cerca de él, sentía la corriente pasar por mi piel. El sueño empezó a atacarme, no había dormido bien y ahora me sentía agotada.

—¿Estás bien? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Sí, solo tengo algo de sueño...

—¿Te llevo en mi espalda?

—No, no te preocupes —respondí con una sonrisa—. Faltan pocas horas para que lleguemos a la otra ciudad seguramente. Además estás débil, aún debes recuperarte... — Me detuve al ver su mirada de orgullo herido.

Se sacó la mochila y me la puso a la espalda.

—Sube.

Sin darme tiempo a reaccionar me cargó en su espalda, me alcanzó un audífono y me lo puse al oído. Terminé relajándome, escuchando *chasings cars* de otro extinto grupo: «Snow patrol», disfruté del aroma de Antonio hasta dormirme.

Abría los ojos de vez en cuando, no me daba tiempo a pensar que quizá algo podría atacarnos, estaba tan ida de mí misma que no pensaba en otra cosa más que enterrar mi nariz por su cabello y sonreír. No sabía si él lo notaba, me daba igual. Estaba feliz de que estuviera bien, y si requería que yo fuera fuerte para estar tranquilo entonces haría mi mejor esfuerzo.

Alcé la vista y noté la gran muralla de la ciudad. Antonio se percató de que ya me

había despertado y se detuvo. Apreté mi abrazo alrededor de su cuello y rocé mi nariz por su cabello hasta llegar a cerca de su mejilla y sonreí contra su piel.

—Ya puedo caminar, no te preocupes —le susurré.

Sonrió y me bajó. Le recordé que se pusiera los lentes, aunque el sol ya estaba bastante bajo y el cielo estaba anaranjado, entramos a la ciudad sin problemas. Me sorprendía cómo era que dejaban pasar a alguien con lentes de sol sin decir nada, pero no me detuve a cuestionarlos, los guardias andaban tan distraídos que casi no nos miraban.

Me emocioné. Al fin algo de civilización, no era que no me gustara el campo y su silencio pero al menos aquí no nos topábamos con problemas mayores, podríamos dormir tranquilos. Tomé su mano y lo jalé en dirección hacia el centro de la ciudad.

Capítulo 17: Descanso en la ciudad

Pasamos por las zonas residenciales, el cielo se volvió de un tono violeta para cuando llegamos al parque central. Antonio se sentó en una banca, me hizo señas para que me sentara a su lado pero no lo hice, me acerqué y me quedé frente a él.

—Me estaba preguntando algo —comenté.

—¿Sí?

Me le acerqué más, tomé su rostro y como ya era casi oscuro, le retiré los lentes. Él me miraba fijamente con sus intensos ojos felinos. Apreté los labios y giré su rostro hacia la derecha y luego hacia la izquierda, volví a hacerlo mirarme a los ojos. Sonrió.

—¿Hay algo en mi cara?

—Sólo me preguntaba... Tu cabello sigue igual, ¿no crece? —pregunté.

Tiré suavemente de las ondas de cabello que cubrían parcialmente su frente, él soltó una leve risa.

—Sí lo hace, pero demasiado lento... Demasiado —enfaticó.

—Oh. —Deslicé mis dedos y acaricié sus mejillas con mis pulgares—. ¿Y la barba?

—También crece lento, pero yo me encargo de ella —respondió con una leve sonrisa—. En unos años tal vez la dejaré en paz. —Tomé su mano para ver sus uñas que crecían en punta—. Es un raro detalle —murmuró—, sólo las de las manos crecen así, y esto sí es rápido.

Lo miré sorprendida.

—Eres increíble, es como si hubieran sido programados genéticamente o algo así para superar a la raza humana. Completando todo lo que nos falta a nosotros, cubriendo nuestras debilidades.

Ahora sentía fascinación por su especie, me sentía como una loca científica fanática de algún depredador, sabiendo que son asesinos natos. Quería saber todo sobre ellos, nuestros conocimientos nunca habían sido tan amplios. Aunque para ser específica, estaba fascinada por él.

—No sé qué habrá intervenido en la aparición de seres como tú pero... son geniales —agregué—, sólo... ten cuidado, ¿sí? —Me miraba fijamente. Yo había entrelazado mis dedos con los suyos, lo solté—. Um, será mejor que busquemos un hospedaje —dije, alejándome.

Se puso de pie con una sonrisa, cargó la mochila y me siguió. Le obligué a ponerse de nuevo los lentes porque al entrar a un lugar iluminado sus pupilas se contraían y era evidente su naturaleza.

Encontramos un hospedaje. Como muy rara vez alguien viajaba de ciudad en ciudad y esta era una ciudad grande, estos hospedajes eran usados más para *otras cosas*. Pero no me quedó otra opción, por lo menos este contaba con habitaciones de dos camas. No quería que Antonio volviese a quebrantar su ley, por más ganas que tuviera yo de que durmiera conmigo. Tampoco debía permitirme involucrarme más con él, decidí seguir queriéndolo en secreto hasta que se me pasara —ojalá— algún día. Aparte estos tiempos en los que vivíamos no eran aptos para andar con amoríos, el gobierno se traía algo en manos.

Entramos a la habitación. Había dos camas sí, pero tenía luces de neón en el techo, y para mejorar la situación extraña, la ducha era vidriada y daba hacia la habitación.

—Genial —renegué—, ¿cómo la gente aún tiene cabeza para pensar en estas cosas?

—¿Qué cosas? —preguntó Antonio mientras observaba atento las luces de colores del techo.

—Ah, nada, nada...

Me senté en la cama de la derecha. Antonio seguía observando las luces, ya iba por la de color verde. Yo vi con alivio que la ducha tenía una cortina que podía ser corrida para

dar privacidad. Saqué mi billetera de la mochila, pensé en ir a comprar más leche y conseguir algo para cenar. Unos gemidos empezaron a oírse en la habitación de al lado y abrí mucho mis ojos, espantada. Miré a Antonio, él observaba hacia la puerta, confundido.

—¿Y ahora? —se preguntó.

Estampé mi cara en la almohada de la cama.

—No otra vez —gruñí contra esta.

—Estos lugares son tan raros... —comentó.

Me levanté de golpe y lo jalé del brazo.

—¡Vamos a cenar! —le dije.

Salimos de ahí, me sentí tranquila una vez que estuvimos en la calle.

—¿Quieres probar la carne a la parrilla? —pregunté sonriente.

Él sonrió también.

—Eso suena bien —respondió.

Le hice ponerse los lentes. Entramos a un restaurante, no era un ambiente muy iluminado felizmente. Era acogedor, algunas mesas estaban cubiertas con manteles de color crema y otras con manteles de color granate. Todas tenían una pequeña vela al centro, los cubiertos y los platos listos en sus sitios con una bonita servilleta doblada elegantemente sobre estos.

Había una terraza al fondo que al parecer daba a la calle posterior, una alameda. Escogí una mesa que no estaba muy a la vista, en la terraza, ahí no había mucha iluminación, sólo los faroles de la calle.

Estuvimos analizando la carta durante varios minutos. Antonio tenía los labios

apretados formando una línea mientras leía la carta con mucha atención. Sonreí.

—Tú puedes probar esta parrilla —le dije señalándola en la carta—, vienen distintas carnes.

—Bueno, pero pide tú. Si el hombre logra ver mis ojos o mis colmillos estamos fritos —dijo con una sonrisa.

El mozo se acercó y Antonio escondió sus manos bajo la mesa.

—Le puedo ofrecer nuestra especialidad de la noche. Tenemos ternera en salsa blanca con champiñones, además contamos con nuestra selección de vinos...

—Bueno, tráigame la especialidad y esta parrilla. —La señalé—. Um... —Pensé unos segundos—. Antonio —murmuré, él me miró—, ¿quisieras algo de tomar?

—Agua estaría bien.

—Agua —dijo el mozo mientras tomaba nota.

—Y yo un *piña colada* —agregué.

El mozo asintió algo confundido y se retiró.

—¿Piña colada? —preguntó Antonio.

—Sí, tiene algo de alcohol pero suele ser suave.

—... ¿Alcohol?

Lo miré extraño, quizá los H.E no sabían qué era eso. No, imposible. Pero quizá los jóvenes lo tenían prohibido, eso sí no me extrañaría. Le ofrecí una dulce sonrisa.

—Descuida, estás conmigo, niño. No te dejaré probarlo si no quieres.

Soltó una leve risa. Después de unos minutos nos trajeron nuestros platos y nuestras bebidas. Antonio sonrió al probar su comida.

—Buena elección —murmuró.

Comimos tranquilos. Como era de noche y estábamos en la terraza, sus pupilas estaban redondeadas, y aunque fueran más grandes de lo normal, nadie lo notaría. Casi al terminar probé mi bebida, estaba bastante suave, Antonio me miraba preocupado.

—¿Todo bien? —quise saber.

—¿No te hará daño? Puede ser malo...

Reí, pero al ver que él seguía mirándome preocupado me detuve. Me aclaré la garganta.

—Tranquilo. Sí, es dañino, pero sólo tomaré este poco, no me hará nada, está bien diluido. Si gustas prueba... —Le acerqué la copa.

Dudó unos segundos aún mirando la copa como si fuese una especie de pequeño y desconocido monstruo. En serio su sociedad era bastante estricta, pero no tenía nada malo una pequeña probada. Al fin se decidió a tomar la copa, la acercó a sus labios, se detuvo a olerlo y solté otra corta risa. Inclino la copa y tomó un pequeño sorbo.

—¿Y bien? —pregunté ansiosa.

Seguía mirando la copa de la misma forma, la dejó en la mesa y me la acercó.

—Bueno, no está tan mal...

Sonreí.

—Claro, es suave. Hay otros tragos que sí que son muy fuertes, no tomo esos, tampoco me embriago, nunca lo he hecho.

Me sonrió y pude detectar algo de alivio en esa sonrisa. Después de pagar la cuenta salimos. No era necesario que él siguiera usando los lentes, la gente pasaba sumida en sus cosas, y las luces de los faroles eran tenues. Esa ciudad era bastante diferente a la mía, quizá por lo que estaba más cerca de la capital, podía decirse que la seguridad reinaba.

Caminamos lentamente por la acera, observando algunos edificios. Mi mano rozó con la suya y sentí esa electricidad otra vez. Él caminaba observando los alrededores, junté mis manos hacia adelante y suspiré. Mantenía sus puños casi cerrados preocupado porque alguien notase sus garras, pero eso a mí me parecía poco probable, más me preocupaban sus ojos.

Escuché el chillar de unos neumáticos y volteé espantada, había un niño en la pista y el auto ya estaba a unos metros de él. Me tapé la boca al ver que Antonio había salido disparado hacia el niño, lo sacó de la pista y cayeron en la vereda de al frente, afuera de una tienda de ropa bastante iluminada. «*Estupendo*». La gente estaba hecha un alboroto.

Corrí hacia él y en el mismo instante los gritos de preocupación se convirtieron en gritos de horror. Antonio se puso de pie de un salto dejando al niño ahí atónito, corrió hacia mí y tiró de mi mano, sacándonos a toda velocidad de ahí.

Oí los gritos de advertencia de los de seguridad, mientras que otros también se hacían presentes: «¡tiene una rehén!», «¡no disparen!», «¡un monstruo!», eran algunos de los gritos que pude identificar. ¿Acaso no les era suficiente con ver que había salvado al niño?

Antonio era veloz, yo casi no tocaba el suelo. Entramos de golpe a un local oscuro y bullicioso, el guardia de la puerta gritó y entró persiguiéndonos. La gente no nos dejaba avanzar, estaban casi apiñados.

—¡De aquí te busco! —avisó.

Me soltó, nos separamos y fuimos en direcciones opuestas. Perdimos al guardia ya que no supo a quién perseguir, pero era muy probable que fuera a conseguir refuerzos. Me detuve, la gente seguía obstruyéndome el pase. Llegué hasta un sitio menos concurrido, una barra. Observé bien el lugar, era una discoteca, habíamos cruzado la pista de baile golpeando a la gente. No me importó, ahora me preguntaba dónde estaba Antonio.

—Hola, bonita —me dijo un hombre desconocido.

Lo miré de reojo con los brazos cruzados.

—Hola —respondí incómoda.

El hombre deslizó su dedo por mi brazo, volteé a mirarlo enfadada pero alguien se interpuso entre nosotros.

—¡Hey! —advirtió Antonio apartando al hombre.

Sonreí. ¿Antonio celoso? No, sólo protector como siempre. El hombre se retiró y Antonio volteó a mirarme. La bulla era tal que se inclinó a decirme algo al oído.

—Los guardias volverán a buscarnos, ¿no?

—Ajá —le dije sin separarme de él.

Puse mis manos sobre su abdomen, empujándolo hacia la pista de baile. Alcé la vista, no podía ver bien su expresión por la oscuridad y las luces intermitentes pero casi podía notar que estaba confundido.

Dentro de la pista de baile la gente se nos apiñaba, pero yo sentía que no había nadie más que él ahí frente a mí. Deslicé mis manos hasta llegar a sus pectorales, subí un poco más hasta sus hombros, estaba pegada a él por la cantidad de gente. Volví a bajar lentamente mis manos, apreciando los músculos que se sentían bajo la tela de su camisa en el recorrido hasta su estrecha cadera. Probablemente me estaba aprovechando de su inocencia. No estábamos bailando pero ahí perdidos entre tanta gente, realmente no importaba.

Me sonreía, su rostro cerca al mío me había privado de la poca luz del local, sus manos estaban en mi cintura. Le sonreí y lo miré de forma seductora, quizá él lo notaba ya que veía perfecto en la oscuridad. Alcé los brazos meneando mis caderas, los bajé rodeando su cuello y empinándome para alcanzarlo, mi nariz rozó con la suya y sentí su aliento.

Retiró una de sus manos de mi cintura y la dirigió a mi rostro. Quitó algo de cabello de mi mejilla mientras me rodeaba con su otro brazo apretándome contra su cuerpo, se inclinó deshaciendo los pocos centímetros que nos separaban y me dio un beso en la

mejilla. Mi corazón se aceleró más de lo que ya estaba.

Regresó su brazo a mi cintura y me apretó más fuerte sin despegar los labios de mi piel. *«Rayos, Antonio, ¿por qué todos dicen que no eres capaz de amar? Si justamente ahora podría jurar que puedes».*

Me miró, liberándome lentamente de su fuerte abrazo, yo sonreía completamente feliz como una adolescente perdida.

—¡Hey! —gritó un hombre.

Ambos echamos a correr al instante, sin detenernos a mirar quién fue. Di por hecho que sería un guardia. Salimos de la discoteca corriendo y muertos de risa. Abracé a Antonio y me devolvió el abrazo, nos separamos y continuamos caminando. Sólo con él había podido divertirme tanto, me había hecho feliz desde que lo conocí, me transportó a su mundo lleno de colores antes de que terminara de hundirme en mi mundo gris y monótono.

—Si no hubieras quitado al niño del camino, hubiera salido herido pero no muerto. — Me miró confundido—. Los autos tienen sensores de proximidad, iba a detenerse a tiempo. Pero claro, no siempre funciona, así que gracias de todos modos... de parte del niño. —Le sonreí y él me correspondió.

Volvimos a la habitación del hotel. Las camionetas de los de seguridad pasaban corriendo por las calles, haciendo sonar sus sirenas y alarmas, seguro buscando al H.E infiltrado. Nos alistamos para dormir. Nuevamente el pequeño placer de usar mi pijama y dormir en una suave cama, pero sobre todo, ver a Antonio con el torso desnudo, acostarse en la cama de al lado. Aún tenía algunas marcas de las heridas pero seguía siendo glorioso.

—Buenas noches, señorita —murmuró con su seductora voz.

—Descansa —respondí.

No podía dormir, me moría por ir con él y sentir sus labios pero no quería espantarlo. Aunque estaba casi segura de que él sentía algo, aunque fuese mínimo y a su manera, lo sentía. Moría por saberlo, por estar segura de eso. Le había explicado lo que supuestamente era un beso... ¿Y si sólo lo hizo para hacerme recordar que me apreciaba?

Tenía que preguntarle, tenía que hacerlo. Preguntarle si sentía algo más intenso que un aprecio.

Capítulo 18: Confío en ti

Desperté completamente feliz. Lo primero que vi fue a Antonio en la cama de al lado, estaba mirando al techo algo pensativo y podría jurar que preocupado también.

—Buenos días —murmuró.

Me miró de reojo con una leve sonrisa, al parecer todo iba bien. Le sonreí.

—¿Dormiste bien? —pregunté.

—Sí.

Se puso de pie y pude observar ese pecho a la luz del día, esos hombros anchos en comparación con sus caderas. Rosy una vez me dijo que debía dedicarme, un día al menos, a observar a un hombre, sin los ojos críticos de la medicina y sus términos confusos, observar con mis ojos de mujer, o algo así. Extrañaba a Rosy, faltaba poco para verla, moría por ver su cara cuando viera lo que era Antonio, eso no pensaba perdermelo.

Retomamos nuestro viaje. Compré algunos víveres, sobre todo algo de leche, también dos camisas más para él, que esperaba que esta vez no las destruyera. Mi mayor temor era verlo pelear de nuevo. Salimos sin problemas de la ciudad.

—Mientras comprabas oí a dos personas hablar sobre un pueblo cerca de aquí, está a un día, decían que de ahí traen la mejor carne. Podemos pasar por ahí, sé dónde es —comentó.

—Claro —respondí feliz.

Sonrió y continuamos. Me guió por otro camino para ir a ese pueblo, adentrándonos en dirección este. A las pocas horas comenzamos a atravesar una especie de ruinas, al parecer no había sido una ciudad sino algún pueblo de más de un milenio de antigüedad, de la época en la que aún existían construcciones hechas con *adobe* que era un antiguo material

que constaba de barro y paja. Las ruinas eran conformadas por las bases de piedra y alguno que otro muro aún en pie y erosionado por la lluvia.

—Guau, ¿cómo habrá sido este lugar en sus épocas de oro? —pregunté maravillada.

Antonio sonrió de forma fugaz, noté que algo le preocupaba. Me sentí culpable, seguro era por mí, porque me angustié mucho por él y dejé que me viera derramar lágrimas.

Ya era cerca de medio día así que nos detuvimos ahí, Antonio me enseñó a armar su cocina improvisada. Preparé algo de carne pre-cocida que había comprado, entre otras cosas.

Nos sentamos a comer, le di una botella de leche y él sonrió apenas, algo le faltaba a su sonrisa. Me angustié al pensar que quizá en verdad había algo que le preocupaba. Comí en silencio hasta que no pude soportarlo.

—Oye... No estés preocupado, si algo pasa y tienes que pelear yo estaré bien, ¿sí?

Me miró confundido por unos segundos, luego bajó un poco la vista.

—Bueno, igual... Espero no tener que preocuparte más —dijo al fin.

—Eres una buena persona, ¿sabes? —le aseguré.

Volvió a sonreír apenas, era como si no lo creyera. En verdad no creía lo que le había dicho, quizá algo más le pasaba, quizá no estaba así por mí.

—Yo espero no fallarte durante el tiempo que esté contigo —murmuró.

Sentí algo de pánico.

—¿El tiempo que estés conmigo? No digas eso. —Me aclaré la garganta para mejorar mi tono—. Quiero que te quedes conmigo cuando llegemos a la capital, creí que esa era la idea.

Sonrió.

—¿Sí? —Trató de ponerse serio—. Claro. Lo es, esa es la idea, ¿no? Sólo decía... —respondió.

Sentí el alivio recorrerme, él y su bonita sonrisa estaban de vuelta. Quizá lo que le preocupaba era morir en manos de otro H.E. Suspiré.

—Todo irá bien —le dije.

Volvió a sonreír y le sonreí también. Terminamos de almorzar, el olor de la comida se había disipado. Antonio se puso de pie de golpe y me sobresalté un poco.

—Rayos... —murmuró.

—¿Qué sucede? —pregunté preocupada.

—Nos han olfateado, están cerca, ¡vámonos! —Cargó la mochila y tiró de mi mano.

Empezamos a correr. Él era rápido pero yo le retrasaba sin duda. Nos detuvimos.

—Sube a mi espalda —dijo mientras se sacaba la mochila.

—¿Cuántos son? —pregunté mientras subía a su espalda.

—Dos, pero podrían ser tres...

Me asusté mucho. ¿Tres? Dos ya eran algo bastante malo. Rodeé su cuello aferrándome fuerte a él mientras corría. Ahora sí que iba rápido, pero conmigo encima seguía siendo un retraso. Frenó de golpe derrapando en la tierra y me bajó de su espalda. Miré angustiada que había un león de montaña frente a nosotros.

—Mantente atrás —me ordenó.

Retrocedí un poco, quizá eran leones de montaña lo que había olfateado, no le había preguntado. Si no eran H.E eso suponía un alivio para mí, los animales salvajes muy rara vez decidían dar pelea, preferían huir y ponerse a salvo.

El animal estaba agazapado, pero bien podía salir corriendo en cualquier momento, Antonio empezó a soltar un bajo y grave gruñido de advertencia. Escuché un ruido detrás de mí y me le acerqué, asustada. Él empezó a gruñir más fuerte al ver que el animal no se retiraba, podía sentir como vibraba su espalda. El animal salió corriendo disparado, Antonio giró y se puso nuevamente delante de mí para darle frente a lo que estaba detrás de nosotros.

Aparecieron dos H.E, eran una mujer y un hombre. Me sorprendí, no había visto a una mujer de su especie, tenía unos enormes ojos verdes de pupilas rasgadas, el cabello oscuro le llegaba al hombro y sus músculos también estaban marcados. El hombre tenía las mismas características, ambos parecían ser nómadas, vestían ropa suelta y algo ligera.

—Linda chica —dijo la mujer.

Su voz me sorprendió, era musical, suave, no era aguda. Parecía la de alguna soprano dramática. Sentí algo de envidia, todos los H.E tenían esas voces bien moduladas gracias a sus cuerdas vocales, pero pronto se me pasó la sorpresa.

—¿A dónde la llevas? Podemos ayudarte a matarla si eso quieres —comentó el hombre. Antonio empezó a retroceder haciéndome retroceder también—. Oh, vaya. Esto es nuevo.

—Eres un traidor de nuestra especie —dijo la mujer.

—Eso a ustedes qué les importa —respondió Antonio de forma tosca.

—¿Con cuántos más te has enfrentado por ella?

—Ustedes no entienden mis verdaderas razones.

—Es cierto, no las entendemos, porque no deberían existir —dijo el hombre mientras se acercaba a nosotros deliberadamente lento.

Antonio le gruñó en modo de advertencia, el hombre se detuvo y mostró una siniestra sonrisa.

—Qué divertido será deshacernos de este joven traidor —dijo la mujer.

No era la primera vez que escuchaba eso, me enfurecí.

—¡Él no es un traidor! —exclamé—. ¡Intentamos parar las disputas entre las dos especies, ya no hay por qué seguir peleando!.

La mujer sonrió.

—Ilusa —se mofó.

Lanzó un agudo gruñido y se abalanzó hacia mí, Antonio la detuvo agarrándola del cuello y lanzándola contra el hombre en cuestión de un segundo. Ambos cayeron. Se pusieron de pie como balas, gruñendo furiosos.

—Perdón por la brusquedad —dijo Antonio con una sonrisa de burla en su rostro—, y lo siento por ambos, pero no la van a tocar.

Ambos gruñeron más furiosos aún. Antonio me miró, dándome a entender de que huyera, me angustié. «*No otra vez*». Me lancé a correr y esto disparó la pelea entre ellos. Oía esos gruñidos salvajes, estaban furiosos en verdad, era como oír pelear a unos perros. Me detuve a unos metros y volteé a mirar. Antonio usaba al hombre como instrumento para quitarse a la mujer de encima, los lanzó a los dos lejos, pero ambos se agazaparon tan veloces como siempre y en segundos ya estaban sobre él de nuevo.

La mujer le mordió el brazo, el hombre se le abalanzó y Antonio usó esa fuerza con la que venía para tirar de él y lanzarlo de nuevo contra la mujer. Al parecer no eran tan buenos peleadores como Antonio, quizá no había tomado el entrenamiento, eso me alivió. El hombre se volvió a abalanzar, Antonio alzó la rodilla y le estampó la suela de la zapatilla en el pecho con una patada, volviéndolo a lanzar contra la mujer que ya se venía también contra él.

—¡Mejor quédate atrás! —le gritó el H.E a su compañera.

Se agarró a golpes con Antonio. Vi con horror que dos leones de montaña estaban agazapados ocultos tras unos arbustos. Volví a mirar al frente y la mujer venía hacia mí, al mismo tiempo un león de montaña apareció por mi costado dispuesto a atacarme también.

—¡Antonio! —chillé.

—¡Marien! —escuché que gritó en respuesta.

El león de montaña brincó hacia mí al mismo tiempo que la mujer y grité tratando de hacerme a un lado. Pude ver apenas cómo algo impactó contra ella y el animal, llevándoselos de encuentro. Me fije bien, Antonio había lanzado al hombre contra ellos, tiró de mi mano y empezamos a correr. Los otros dos leones de montaña venían detrás.

—¿Es que acaso todos quieren comerte hoy? —preguntó.

Me sentí avergonzada. Corría tan rápido que casi no tocaba el suelo, esta vez no estaba midiendo su velocidad para que yo pudiera seguirle el paso. Volteé. Los dos H.E y los leones de montaña venían tras nosotros. Frenamos de golpe nuevamente derrapando en la tierra, habíamos llegado al borde de un peñasco. *Perfecto*.

Antonio miró hacia nuestros perseguidores, volvió a jalarme y corrimos hacia el borde.

—¿¿Qué...?! —Fue lo único que pude decir antes de que Antonio se lanzara de espaldas hacia el precipicio conmigo entre sus brazos.

Solté un fuerte y agudo grito contra su pecho, golpeamos contra la ladera de tierra y seguimos deslizándonos hacia abajo a mucha velocidad. Me angustié, Antonio se estaba raspando toda la espalda seguramente, no había cuándo parar de caer. Volví a sentir esa horrible sensación, caíamos al vacío nuevamente, yo seguía gritando. A los pocos segundos irrumpimos en la copa de un árbol, pasamos rompiendo las ramas con violencia, sentí algunos cortes y raspones en las partes desprotegidas de mis brazos. Terminamos en el suelo con un fuerte y seco golpe.

Respiraba agitada, Antonio se apoyó en sus codos y me miró.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¡Estás loco! —grité—. ¡¿Qué tal si era una caída peor?! —Le di una leve sacudida—. ¡¿Qué tal si caíamos sobre rocas?!

Sonrió.

—Sí estás bien —dijo y me abrazó fuerte.

Le correspondí el abrazo aliviada de que estuviera bien. Se sentó conmigo aún aferrada a su cuello.

—¿Vamos?

Lo solté algo ruborizada y asentí.

Tomó la mochila de mi espalda y se la puso. Continuamos con nuestro camino, por la pelea nos habíamos desviado un poco al parecer, pero Antonio sabía dónde era el lugar así que me dejé guiar. La noche llegó pronto, nos detuvimos bajo unos árboles.

—Estamos cerca, mañana en unas horas estaremos allá —murmuró.

—Si gustas seguimos y llegamos en la madrugada —sugerí.

—No, descansemos.

Me pareció notar algo de tensión en su voz, quizá estaba preocupado por haberme traído hasta acá, haciéndome peligrar y desviándonos de la ruta.

—Como tú gustes, sólo te recuerdo que estoy feliz de seguirte, ¿sí? —le dije.

Él me sonrió y se sentó a los pies de un árbol cercano. Flexionó sus piernas, así dormirá esta noche, otra vez alerta. Me acomodé para dormir y miré al cielo estrellado, era muy bonito.

—Marien... —murmuró—. ¿Te gustaría... venir aquí? —preguntó con timidez.

Me ruboricé un poco y sentí un hormigueo en mi estómago, quizá tendría algo que decirme, quizá me diría si algo lo tenía preocupado, o quizá... quizá me diría si sentía algo por mí. Fui hacia él, extendió su mano, la tomé y tiró suavemente, me senté entre sus piernas y me rodeó con sus brazos recostando su rostro en mi hombro.

—¿Confías en mí? —preguntó casi susurrando.

—Sí, claro que sí... ciegamente —respondí.

Sentí que sonreía, me apretó más recostándose contra el árbol. Me acomodé en su pecho y él recostó su mejilla en mi cabeza. Me sentí en las nubes, sentía que ese era mi hogar, entre sus brazos. Me embriagué de su aroma, no importaba si nunca llegaría a amarme, yo seguiría a su lado, amándolo a su manera.

Abrí los ojos, estaba recostada en el suelo. Antonio aún me tenía entre sus brazos, al parecer se había deslizado del árbol y habíamos terminado completamente recostados. Sonreí. Enterré mi nariz en su pecho y luego me aventuré a mirarlo, él estaba tranquilamente dormido, me deslicé lentamente para alcanzar mejor su rostro y le di un beso en la mejilla. Abrió sus bellos ojos de verde destellante y pupilas rasgadas y me alejé sonriente.

—Buenos días —dije.

Me ofreció una dulce sonrisa. Me puse de pie y él también. Nos alistamos para seguir, él estaba algo callado pero se le veía completamente tranquilo, yo me sentía la más feliz del mundo, por el momento hasta ahora. Si un día podía decirle lo que sentía y él lo aceptaba probablemente ahí me sentiría más feliz aún, reí un poco ante la idea.

Continuamos con el viaje. Íbamos en silencio. Seguía observando el campo, era muy bonito.

—En un par de horas habremos llegado —comentó.

Asentí con la cabeza, si iba a pasar otra noche entre sus brazos ya no sentía prisa por llegar a la capital, salvo por el hecho de que los días pasaban y debíamos evitar una guerra y el uso de esa arma. Felizmente sin mí no podrían trabajar bien con la toxina, eso me aliviaba. También me había planteado seriamente la opción de escapar con Antonio si las cosas no salían bien, y dejar que el mundo se arreglara solo con sus problemas. Algo egoísta de mi parte.

Al cabo de unas horas divisé algo. Era una ciudad sí, pero no se parecía al pueblo que habíamos cruzado antes, esta era un poco más moderna. Vi algunas parcelas de cultivos, eso también era nuevo, no solían estar en las afueras. Lo más raro era que no poseía la bandera del país, por lo menos en las otras ciudades y el pueblo, las había visto de reojo en la entrada.

Cuando logré divisar una bandera me preocupé, no era la del país, esta era diferente. Completamente roja, con un ovalo vertical en el centro de color negro. Simulando ser el ojo de un H.E.

—Oh no, no... No, esta no es, no es... —El terror me invadió, era una ciudad de los H.E sin duda—. Te has equivocado.

—Lo siento, pero no —me respondió él, encogiéndose de hombros.

Escuché unas risas y me estremecí. Aparecieron dos H.E de una de las casas en ruinas que había cerca. Muchas preguntas pasaron por mi cabeza, no entendía y a la vez trataba de rechazar la única cosa obvia: ¿era una trampa?.

—Bien hecho, Sirio. Valió la pena la espera —dijo uno de ellos.

¿Sirio?

Ambos seres eran bastante grandes y musculosos. Si Antonio, que era de contextura normal, ya era casi letal, no podía imaginar lo implacables que podían ser estos dos. Uno de ellos, el que habló y por cierto, el más enorme, tenía el iris de sus ojos de un intenso color miel. El otro ser los tenía de un color celeste casi fosforescente. Ambos tenían pantalones similares a los de los militares y camisetas negras. Antonio se acercó a ellos, dejándome estupefacta. Dijeron unas cuantas palabras y voltearon a mirarme.

—Es un honor, doctora Marien. Una de los pioneros en querer hacer un arma para destruirnos —dijo el H.E de ojos color miel.

Otros dos seres de ojos escarlata aparecieron detrás de mí y me aprisionaron de los brazos. Ahogué un grito, estaba aterrada. Miré a Antonio buscando una explicación pero sólo hallé una fría mirada sin sentimiento alguno.

El ser de mi derecha tiró de mi brazo y enseguida el de mi izquierda le detuvo con un bajo gruñido mientras le mostraba los colmillos.

—Suficiente, dije que los dos se encargarán de llevarla a su celda, así que muévanse, trabajen en equipo —gruñó el H.E enorme, que parecía ser el líder.

Ambos tiraron de mí, llevándome casi a rastras. Antonio y los otros dos caminaban adelante. Llegamos a una edificación que no estaba en muy buen estado, me llevaron por varios pasillos hasta uno que tenía una puerta metálica sin ninguna abertura. Me sentía perdida y desolada, no pude evitar que un par de lágrimas me recorrieran el rostro.

Abrieron la puerta y me lanzaron adentro, me arrastré hasta la pared. Tenía una pequeña ventana alta, había una cama a mi costado, que era más una litera, una habitación pequeña más al fondo, suponía que era el baño. Tiraron mi mochila a mis pies, los tres H.E entraron. No quería que me vieran abatida pero era muy tarde, volver a mirar a los fríos e inexpresivos ojos de Antonio me hizo chocar por completo con la realidad. El ser de ojos color miel dio un paso hacia mí.

—¿Qué sucede, pequeña?

—Creo que aún no entiende qué pasa —sugirió el de ojos celestes.

El líder dio un paso más.

—Dime, ¿qué creíste? —dijo esta vez en todo de burla.

—Creí que... creí —Las lágrimas que brotaban de mis ojos y el dolor que sentía no me dejaron hablar.

—¿Creíste que él te apreciaba? —Se rió con ganas de mí—. Hizo su trabajo mejor de lo que esperaba. —Se me acercó, fingiendo compasión—. Ya, ya, sshh, no llores. No es personal, no estamos hechos para sentir afectos. Somos luchadores, pero ustedes los humanos son tan...

Oí las risas bajas del otro ser. Alcé la vista y me arrepentí inmediatamente al toparme con esos ojos de verde intenso, mantenía una media sonrisa muy siniestra. No había ni rastro del Antonio que yo conocía, él había muerto. Le dediqué mi más feroz mirada de odio al que ahora era Sirio.

—Mírala, Orión. Está en shock —dijo el otro ser de ojos celestes claro.

El líder, que al parecer se llamaba Orión, dio media vuelta.

—Humanos y sus ridículos sentimientos —murmuró—, mentalízate para que puedas colaborar, vendré luego. Por favor, en verdad deseo que colabores, entonces... y sólo entonces —enfaticó— saldrás de aquí.

Los tres salieron de mi celda. Abracé fuerte mis rodillas, estaba perdida.

Capítulo 19: Desolación

Me encontraba en el laboratorio, un día de trabajo normal. Todo parecía tan raro, sentía angustia en mi pecho. Rosy estaba ahí, me sonreía. Marcos me tocó el hombro apareciendo por un costado.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Todo está bien amiga, quita esa cara de angustia, ¿por qué estas así? —dijo Rosy.

Sentí la angustia crecer en mí, supe lo que era enseguida y apreté mi pecho.

—Perdí a un amigo, está atrapado en alguna parte y estoy muy preocupada —murmuré.

—Um, ¿quién será? —se preguntó Marcos.

Todo era tan ajeno a mí, no recordaba qué amigo era pero sabía que no estaba y me sentía completamente vacía y angustiada, moría por dejar el laboratorio y correr a buscarlo, *pero ¿quién era?*

Desperté, me encontraba en la celda de los H.E, el vacío y la angustia seguían en mi pecho abriéndose y expandiéndose, armándose un lugar para quedarse ahí permanentemente. Me había dormido entre lágrimas ante el dolor de asimilar la realidad.

Antonio me había engañado todo este tiempo, todo había sido mentira, el objetivo real era traerme aquí de algún modo y seguir alguna especie de estrategia más para generar una guerra. Yo había caído como la tonta ilusa que era, jamás creí que me pasaría esto, lo

había visto en algunas películas, pero esto que me había pasado superaba la ficción, era aún más real y doloroso de lo que podía imaginar, me sentía destrozada.

Lo peor de todo es que le pedía ayuda en silencio a Antonio, a alguien que no existía, que nunca existió, y peor aún, lo extrañaba.

Irrumpieron de golpe en la celda los tres H.E, no pude evitar mirar a Sirio, la viva imagen de Antonio.

—¿Y bien? Ahora díganos de dónde sacaron esa toxina, según me contó su buen amigo Sirio, es de origen natural —dijo Orión en tono autoritario.

—No se los voy a decir, destruirían toda la vida en el planeta... —respondí con la poca fuerza que tenía.

—Altair... por favor —ordenó.

El ser de ojos celestes fosforescentes sonrió y se acercó a mí, me tomó bruscamente de los brazos, asustándome.

—No, no... Antonio —le pedí ayuda inconscientemente, llena de pánico.

Altair estalló en risa, me arrojó al suelo.

—¿Antonio? ¿Ese nombre escogiste? —dijo mientras seguía riendo.

—Nombres humanos ridículos —respondió él con su siniestra sonrisa.

Apreté los dientes, me detestaba a mí misma por haber quedado como tonta pero me sentía más ofendida.

—Ni qué decir de los nombres de ustedes —les reproché.

Orión sonrió.

—Somos superiores a ustedes, es obvio que nuestros nombres deban ser alusivos a cosas superiores: estrellas, galaxias, fenómenos naturales, etc. —dijo lleno de orgullo. Bajé la mirada, se formó un corto silencio—. Altair —volvió a insistir.

Altair volvió a tomarme de los brazos y me tumbó con fuerza en el colchón de la litera, volteé y me agarró del cuello de forma violenta, presionándome contra éste. Empecé a patallar pero era inútil, no estaba usando toda su fuerza pero igual podría matarme.

Orión chasqueó los dedos, Altair me soltó y se alejó. Me agarré el cuello tosiendo un poco, luchando por respirar bien.

—Por favor doctora, no nos obligue a esto, colabore —insistió Orión.

—¡Piérdanse! —grité con voz quebrada.

Me arrepentí, Altair se abalanzó hacia mí soltando salvaje gruñido. Me encogí esperando alguna dolorosa mordida pero Orión le gruñó haciendo que se detuviera de inmediato, se alejó mirándome con odio.

Respiraba agitada, miré hacia Sirio y sólo hallé frialdad en esa malvada mirada. Le retiré la vista en menos de un segundo y enterré mi rostro en el colchón. Los tres se retiraron de la celda y empecé a llorar amargamente, ahogando mis sollozos en la tela.

Pasó un día más. No habían vuelto a entrar a mi celda, me pegué a la puerta esperando poder escuchar algo de lo que conversaran. Escuché un fuerte y corto rugido, sin duda era Altair, al parecer discutía con Orión, éste no dejaba de gritarle algo que no lograba entender por el eco y los rugidos de Altair. Me frustré y pegué mi oído.

—No se te ocurra dejarte llevar por tu instinto otra vez, podrías matarla y necesitamos su información —ordenaba Orión—. De ahora en adelante, Sirio hará más cosas que tú, es menor pero sin embargo te superó en cuestiones de autocontrol, así que no vuelvas a tocarme el tema.

Escuché el gruñido furioso de Altair, luego escuché otro gruñido en respuesta. Lo reconocí, Altair le había gruñido a Sirio. Sentí pánico, ¿ahora Sirio me haría alguna tortura? Abracé mis rodillas intentando inútilmente que mi corazón no se hiciera más pedazos de lo que ya estaba.

—Noticias, señor —exclamó una gruesa voz desconocida, seguro uno de los dos de ojos escarlata—. El gobernador anunció que han descubierto cómo esparcir la toxina en nuestros territorios, es una amenaza indirecta sin duda.

Angustia. Rosy, Marcos, ¿cómo estarían ellos? ¿Se preguntarán por mí? Tenía esperanzas de que, al haber pasado tantos días, decidieran buscarme. Además, tampoco «Antonio» se habría comunicado, eso también los preocuparía tal vez. ¿Me encontrarían a tiempo?

—Debemos apurarnos en sacarle información, es terca en verdad, debemos mejorar nuestro método —dijo Orión.

Escuché que venían a mi celda, corrí y me fui hacia la pared al lado de mi cama, abrieron de golpe.

—¿De qué huyes? —preguntó Altair.

Había olvidado el buen oído que tenían ellos, qué estúpida fui.

—¿Estabas planeando algo? —quiso saber Orión. Hizo una seña con la mano, Sirio y Altair recorrieron la pequeña habitación revisando si no había hecho algo—. Ahora quiero ser claro con usted —prosiguió—, quiero saber de dónde sacaron la toxina, quiero saber qué arma usarán para dispersarla y quiero saber dónde y quién la tiene.

—No lo sé... no llegué a ese punto de la investigación —respondí.

Soltó un pesado suspiro e hizo otra seña. Altair se abalanzó a mí y solté un grito del susto sin querer, me agarró del cuello y me levantó del suelo presionándome contra la pared. Orión chasqueó los dedos y Altair me soltó. Caí al suelo, no sabía qué tan alto me había levantado. Qué salvaje había sido, tosí intentando recuperar el aliento.

—Escúcheme, dejaremos de ser tan amables con usted si sigue aquí, ¿bien? —

amenazó y retrocedió—. Sirio... —ordenó.

El pánico me invadió. Empecé a negar con la cabeza como rogándole que no me hiciera nada, mientras él se acercaba. Me tomó de los brazos, vi con terror hacia sus fríos ojos y me tumbó sobre el colchón. Él estaba prácticamente a gatas sobre mí, gozando de la vista como un depredador mientras lo miraba con pánico. Me tapó la boca con fuerza y gemí de terror al verlo levantar su otra mano y hundir levemente sus garras en la fina piel de mi cuello. En ese instante, los tres voltearon a mirar hacia la puerta abierta de la celda.

—Señor... se aproxima alguien —anunció uno de los de ojos escarlata.

—Altair, Sirio, vamos —exigió Orión.

Sirio me soltó y tomó un pequeño frasco de su bolsillo.

—Dame un segundo —dijo mientras lo abría.

—Antonio... —murmuré inconscientemente, me arrepentí.

Me lanzó una mirada fría.

—Ya no más, niña —respondió toscamente—. Olvida que existió.

Apreté los labios he hice todo lo posible por no llorar pero un par de lágrimas se adelantaron.

—Sirio, ¡si te dieras prisa! —insistió Orión, impaciente.

Sirio le gruñó, vació el líquido del frasco en una vieja tela y me lo puso sobre la nariz, quedé inconsciente.

«Olvidar que existió. Ja, ¿cómo se supone que haré eso? Si yo lo amaba, lo amé loca y tontamente, su hermosa sonrisa, sus ojos. Su forma de ser, tan fresco y juvenil. Se arriesgó tantas veces por mí, por otros. Pero veo que siempre tuvo en cuenta sus habilidades, siempre supo bien lo que hacía... Seguramente sabía incluso qué hacer para

que yo confiara en él y más aún, para que sintiera algo por él, se esmeró hasta en el menor detalle. Estaba bien entrenado, Antonio nunca existió, fue un invento, una vil mentira.»

El vacío en mí seguía creciendo y no podía deshacerme de la sensación incluso estando inconsciente, divagando dentro de mi mente confusa y dolida, lentamente me transporté a otro mundo.

Estaba en mi ciudad, la angustia me invadía, sabía que alguien que amaba había muerto.

—Todo estará bien, Marien —me consolaba Rosy.

—La vida sigue, estaremos a tu lado siempre, estas cosas pasan —decía Marcos.

—Gracias —respondí—. Vaya, no saben cuánto los he extrañado a ustedes dos.

Sentía que había estado lejos de ellos por mucho tiempo, pero el vacío en mí opacaba la sensación de alivio que sentía al verlos. Mi Antonio había muerto y ya no estaría más a mi lado, pero la vida seguía y yo me quedaría aquí para seguir intentando llenar aquel espacio.

Desperté, había amanecido ya, era otro día en la perdición. «Antonio, no sabes cuánto te extraño, desde que me dejaste no hay más que dolor». Suspiré. Seguro ya estaba rozando la locura al hablar con un ser inexistente. Y probablemente más loca aún por seguir enamorada de uno de mis captores, ya ni siquiera le hallaba sentido a mis pensamientos.

Escuché unos murmullos. Miré hacia la puerta pero no había nadie, quizá ya estaba teniendo alucinaciones. Yo no era tan fuerte como para soportar mi situación, nunca lo fui, era patética.

Volví a escuchar los murmullos y abrí lentamente los ojos, levanté la mirada hacia la pequeña ventana alta que se encontraba en la pared. ¿Serían guardias? ¿Serían los de seguridad?

—¡Parece una ciudad de H.E! —exclamó una voz masculina.

Reaccioné, ¿me habían encontrado?

—Parece abandonada —dijo otro.

—Yo no me fiaría, vámonos por favor —agregó un tercero.

Rayos, ¿cuántos estaban por ahí? Los matarían, me desesperé.

—¡Huyan! —grité con todas mis fuerzas.

Pero me arrepentí, acababa de cometer un grave error. Se formó un silencio.

—¡Mierda! —gritó uno.

Escuché los feroces rugidos de los H.E y me tapé la boca. Empecé a escuchar gritos de dolor de los hombres y los gruñidos de los H.E que seguro los estaban atacando como una jauría de perros salvajes. Junté mis rodillas al pecho y me tapé los oídos, las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos. Apreté los dientes, el ruido desgarrador no terminaba, yo sollozaba sin parar. Empecé a gritar, los habían matado por mi culpa probablemente.

El ruido cesó, me quedé ahí encogida en el suelo contra la pared. Sirio y Altair irrumpieron en mi celda y me cubrí la cabeza. Sirio me tomó de las muñecas levantándose bruscamente del suelo y me tumbó al colchón de la litera. Me horroricé al sentir el líquido tibio en sus manos, miré mis muñecas y estaban manchadas de sangre. Sirio y Altair me miraban furiosos, ambos tenían las manos manchadas.

—Felicidades —dijo Sirio con una sonrisa siniestra.

—Murieron gracias a ti —agregó Altair.

Se retiraron dejándome temblando en el colchón y corrí hacia el baño a lavarme la sangre. Terminé sentada contra la pared, abrazando mis rodillas, estaba harta de sentir miedo. Ahora estaba aquí atrapada con estos sanguinarios H.E, siempre fue así, todos iguales, todos eran crueles y asesinos, salvajes, incapaces de sentir piedad. Ahora los odiaba, si moría aquí, en verdad esperaba que usaran el arma y acabaran con todos.

Salí del baño y para mi sorpresa y pánico, Orión estaba sentado en mi litera.

—Señorita, estamos perdiendo el tiempo, dígame... ¿qué debemos hacer para que colabore? Estaré gustoso de traer humanos y matarlos aquí si eso quiere.

—No —dije. Mi voz tembló.

—¿Entonces? Dígame, porque no podemos matarla a usted y eso nos harta la paciencia.

Tragué saliva con dificultad.

—Quiero hablar con Sirio... —murmuré sin saber por qué.

Orión sonrió.

—Sirio no tiene la paciencia que yo, señorita. Tampoco la escucharía, sé que no quiere hablar más con usted, ya la ha aguantado lo suficiente. Lo admiro en verdad, cómo pudo controlarse para no matarte. —Soltó una corta risa—. Es un asesino eficaz y formidable, yo mismo lo entrené y no pediría verlo a solas, no podemos controlarnos tan fácilmente como usted cree.

Sentí el vacío de mi pecho expandirse más, mi expresión de sufrimiento debía haber sido bastante impactante ya que Orión se puso de pie, era como cuarenta centímetros más alto que yo.

—Bueno, piénselo. Mi paciencia también se agota. Los chicos están deseosos de

actuar, no me haga ordenarles que le hagan daño, así que usted decide, o hablas o matamos gente. Tiene dos días.

Me dio un par de palmadas en la cabeza y se retiró.

Me tendí en la litera, pensé en volver a huir en mis pensamientos, escapar de ahí en mi imaginación.

A estas alturas estaríamos cerca de la capital, Rosy y Marcos verían a Antonio y se darían cuenta de que siempre fue un H.E, me reiría de ellos. Seguramente Marcos pediría examinarlo y yo no lo dejaría, Rosy me lo pediría prestado ya que una de sus fantasías era pasar una noche con un H.E, según ella serían muy salvajes en la cama, también se lo negaría. Luego seguiríamos con el asunto de la futura guerra, evitar que usaran el arma y convencer al gobierno de que los H.E eran buenos. Mientras hacíamos eso, estaría pensando cómo decirle a Antonio lo que sentía, le daría un beso en la mejilla cada noche y estaría con él siempre.

Ahora me encontraba en la capital, estaba con mis amigos en el comedor, riendo y conversando.

—Me vas a tener que contar como te fue en tu viaje —dijo Rosy.

—No es momento, hay que conseguir una cita con el ejército, nunca debimos traer la toxina a este lugar —renegaba Marcos.

—Tranquilos, no peleemos ahora que todo tiene solución, todo ha salido bien —los calmé.

—Es verdad —murmuró Antonio con su elegante voz—, todo salió bien, a pesar de que te tuve encerrada. —Sonrió.

Reí un poco.

—Sí, tú, mal amigo —le reproché—. No creas que te he perdonado aún, ¿eh? —

agregué entre risas.

Él sonrió más, sentía que todo había pasado, lo que me había hecho no era gran cosa. Mi corazón se sentía sano ahora, estaba feliz.

Desperté y la celda oscura apareció en mi visión. El vacío en mi pecho reapareció de golpe inundándome. Sentí frío por eso y me acurruqué sobre el colchón, intentando consolarme a mí misma, me había dormido y había sido víctima de otro sueño. No estaba en la capital, no estaba Rosy, ni Marcos, ni Antonio, no había nadie aquí, sólo yo en medio de la oscuridad y el frío.

Si iba a morir por lo menos lo haría limpia. Me puse de pie pesadamente y me dirigí al baño, me di una ducha y me cambié de ropa. Volví a la cama con el cabello goteando agua, flexioné mis rodillas y me quedé ahí mirando a la nada.

Debía tomar una decisión, les diría de dónde sacar la toxina, y el arma constaba de un misil. A estas alturas el gobierno seguro ya tenía todo listo. Si me liberaban tras darles su información, correría hasta la capital y les advertiría del posible ataque. Rosy me perdonaría por haber hablado, ella estaría feliz con que yo estuviera a salvo, seguro Marcos buscaría vengarse de Sirio y eso me agradaría.

Me tumbé en el colchón y volví a dormir con las esperanzas puestas en el día de mañana, y por no tener otro sueño que amenazara con matarme de dolor al despertar.

Capítulo 20: La luz

Irrumpieron en mi celda a primera hora de la mañana. ¿Acaso estos dormían alguna vez?

—Buen día, ¿ya ha decidido, o requiere un día más? —preguntó Orión.

—Hablaré, pero si promete que saldré de aquí —respondí.

Los tres sonrieron de forma siniestra, pero complacidos.

—Excelente. Descuide, soy hombre de palabra —afirmó.

Asentí con cautela, los tres cruzaron los brazos a la espera.

—Bien, fue hallada en las heces de una persona con botulismo, una antigua enfermedad. Creo que aún existe en algunas regiones del mundo, así que suerte en hallarla —dije con algo de sarcasmo—. Es una toxina de tipo *H*, o bueno... Para resumir: causa parálisis mortal en la víctima.

—¿Y cuánto se requiere? —preguntó Orión.

—La dos mil millonésima parte de un gramo de ésta puede matar a un hombre, no sabemos cuánto se requiere para ustedes, pero asumo que no varía mucho.

—¿Y la forma de expandirla?

—Un misil especial, que aún no estaba en desarrollo.

—¿Dónde se encuentra?

—En alguna base secreta de la capital, pero eso sí no se lo diré, es muy específico y no es parte del trato —terminé.

Orión sonrió. Altair soltó una corta risa siniestra, Sirio me miraba fijamente con esos aún hermosos ojos de verde destellante, quizá nunca más iba a volver a verlos.

—Los humanos son tan fáciles —se burló Orión—. Aunque esperaba que colaboraras más, en fin.

—¿Me dejará ir ahora? —pregunté, sintiéndome indignada por ser una débil humana.

Suspiró pesadamente. Altair y Sirio rieron un poco, esas risas malvadas no podían significar nada bueno. El pánico empezó a querer entrar de nuevo en mí pero hice el esfuerzo de no permitirselo.

—Sirio —dijo Orión—, tal y como me lo pediste, ahora es toda tuya. Ya puedes matarla.

Me sobresalté, Orión se apoyó contra la pared al lado de la puerta junto a Altair.

—¡Dijo que me dejaría salir! —exclamé—. Dijo que era hombre de palabra. —La voz se me quiso quebrar.

—Lo soy, pero usted no especificó que quería salir viva —respondió con una sonrisa burlona.

Sentí el horror invadirme. Sirio se acercó a mí, los otros se prepararon para el espectáculo. Retrocedí instintivamente, estaba perdida. Sirio mostró una barra metálica con púas que había tenido oculta en su espalda y se dispuso a golpearme.

—¡NO! —chillé mientras tiraba de mi mochila para cubrirme.

Una púa de la barra me hizo un corte el brazo. Grité de dolor presionándome la herida enseguida. Él se abalanzó a mí y yo logré esquivarlo tal y como lo hice hacía tiempo, cuando intentaba enseñarme a defenderme.

Corrí hacia la puerta, Altair me bloqueó el paso riendo y me empujó, me puse contra la pared a un costado, Sirio me miraba furioso. Iban a jugar conmigo como gatos con ratón antes de matarme.

—¿Qué pasa Sirio? Te he visto hacerlo mejor —renegó Orión.

Altair soltó otra carcajada.

—Quién lo diría, me enseñaste a esquivar bien —le dije con el poco valor que tenía.

Sirio me gruñó, me agarró del cuello pero sin apretarme aún, mi pulso martilleaba en mi cabeza.

—Date prisa o lo haré yo, quiero ver sangre —exigió Altair.

—Sí —dije a duras penas—, eres muy lento. Tus amigos están más fuertes y musculosos que tú, deberías sentirte avergonzado —le volví a decir con algo de tosiedad. Sentía rabia y dolor pues justo él sería mi verdugo.

Sirio me mostró los colmillos junto con un fuerte gruñido, Altair y Orión estallaron en risas.

—Esto se pone bueno —exclamó Altair mientras reía.

—¡BASTA! ¡Largo, me distraen! —les gruñó Sirio.

Me soltó, empujó a los dos H.E fuera y cerró la puerta de golpe, puso la barra metálica trabando la manija de la puerta y los H.E se alejaron riendo. Me miró, había llegado mi hora. Pude ver la furia quemando en sus ojos, de hecho fue lo único que pude ver antes de que se me abalanzara. Cerré los ojos y solté un grito al sentir su fuerte arremetida contra mí.

No pasaba nada... Abrí los ojos, me tenía fuertemente abrazada. Sentía sus músculos

tenso a mí alrededor y me di cuenta de que estaba susurrándome algo.

—Perdón... tenía que hacer todo esto, perdóname por favor. Te sacaré de aquí, te lo juro —decía en susurros.

Yo estaba en shock. ¿Qué era todo esto? ¿Otro sucio truco? No lo soporté, fuera un truco o no, mi cuerpo vibró y me quebré en un silencioso llanto, quizá ya estaba muerta y este era mi paraíso. Tomó mi brazo.

—Tranquila, no tiembles más por favor —susurró.

Pasó suavemente su lengua por la herida que me había ocasionado con la barra metálica, mis lágrimas seguían brotando. Mi corazón latía frenético por la impresión, el pánico, y por ver a Antonio de vuelta. Era él, eran sus ojos llenos de tantos sentimientos. Me miró con mucho remordimiento y volvió a abrazarme.

—Perdón —pidió en un suspiro.

Me aferré a él y me golpeó un fuerte sentimiento, lo había extrañado demasiado. Me creía muerta, esto no podía ser real y no quería dejarlo escapar, en cualquier momento podría despertarme y sería mi fin, moriría del dolor.

Esto tenía que ser otro de esos sueños horribles en los que era feliz. Ahogué mis lágrimas, si era un sueño o una alucinación por algún golpe, no quería despertar, si esto era la muerte, no quería volver.

Acarició mi cabello, pronto me despertaría o algo así, quería dejarle en claro a mi alucinación todo lo que estaba pasando por mi mente, terminar ese capítulo inconcluso de mi viaje, darle un final a mi sueño antes de volver a la realidad.

Tomé el cuello de su camisa con mi mano derecha y le di un beso a la altura de su clavícula. Su aroma me inundó y me hizo jadear de felicidad, ¿esto era real? Le di otro beso en su cuello. Me empujé un poco, él me miró y le di otro beso en su mentón. Antes de que pudiera reaccionar o desaparecer, me empujé más, rodeando su cuello con mis brazos y le di un suave beso en los labios.

La electricidad corrió por mi cuerpo, mi corazón brincó golpeando mi pecho. Le lancé

una fugaz mirada y él me veía confundido. Volví a darle otro corto beso en los labios pero no iba a esperar más, abrí mis labios contra los suyos y lo besé suavemente, sintiendo su cálida textura. Me aventuré a volverlo a mirar, tenía el ceño fruncido y los ojos cerrados, los abrió apenas mirándome fijamente, seguramente preguntándose qué rayos hacía.

Volví a besarlo. Abrió un poco sus labios de forma tímida y sentí que se congeló cuando yo aproveché eso y lo besé de forma intensa, poseyendo por completo esa boca que tanto había deseado, embriagándome con su aliento y su calor. Incluso sintiendo de vez en cuando el suave roce de alguno de sus colmillos.

Me le aferré más mientras lo besaba y él me correspondía de forma bastante recatada e insegura, quería fundirme con él. Mis dedos recorrieron su sedoso cabello oscuro y usé mis labios para tirar suavemente de su labio inferior, gozando de su perfecto grosor. Me rodeó por la cintura y me abrazó fuerte sin dejar de besarme, levantándome del suelo y poniéndome más a su altura. Soltó un bajo gemido rindiéndose a mí y lo besé con más pasión y ardor, disfrutando cada segundo.

—¿Sirio, cómo vas? —pregunto Altair desde el otro lado de la puerta.

Ambos nos detuvimos de golpe y nos miramos sorprendidos, pero yo estaba más asustada que eso. Antonio se aclaró la garganta.

—Todo bien, enseguida salgo —respondió mientras me soltaba—. Tráeme la bolsa negra.

—Claro —dijo Altair, pude detectar regocijo en su respuesta.

Respiraba agitada, estaba ruborizada y mi corazón golpeaba mi pecho. Antonio me miró preocupado.

—Recuéstate en tu cama y quédate ahí quieta. Finge estar muerta, ¿sí? —me pidió casi susurrando.

Asentí lentamente, aún volando en mi ensoñación del beso. Me tendí en la cama, sentía el latir del beso en mis labios. Quería sonreír, y más, quería reír. Tocaron la puerta, me sobresalté y cerré los ojos, procurando quedarme lo más quieta posible, rogando que el fuerte palpar de mi corazón no hiciera vibrar la cama.

—¿Y, qué tal? —preguntó Altair, al parecer sonreía.

—Dio buena pelea —respondió Antonio mientras se acercaba a mí.

Escuché el sonido característico del plástico, seguro alguna de esas bolsas para cadáveres, no sabría decir. Me dejé manipular por él, sabía que Altair seguía por ahí, debía tener cuidado. Me puso en la bolsa y la cerró, escuché que se puso mi mochila a la espalda, me alzó y salimos de la celda.

—Estás algo agitado —comentó Altair cuando pasamos por su lado.

Me asusté y traté de relajarme.

—Ya dije que dio buena pelea —respondió Antonio enseguida.

Avanzamos por la edificación, podía oír el eco de sus pasos, Altair iba detrás. Permanecí muy relajada, al parecer pasamos por otra habitación más amplia.

—Bien hecho, Sirio. —Era Orión—. No me defraudaste en ningún momento, debí reclutarte antes. —Soltó una carcajada—. ¿Imploró por su patética vida?

—Oh sí, lo hizo —respondió Antonio.

Se le oyó complacido, podría jurar que sonreía en ese momento, sentí escalofríos.

—Perfecto, a ti te encanta eso.

No me gustaba oír esas cosas, no podía ni quería pensar en cuántos habían muerto en manos de Antonio, mientras les dedicaba esa mirada de depredador satisfecho y una malvada sonrisa. Era horroroso, me estremecí involuntariamente. Un asesino me llevaba, me había traído hasta aquí, me había abrazado, había dormido entre sus brazos, me había sentido segura a su lado y me culpaba por seguir sintiéndome segura ahora mientras me sacaba de ahí.

Me recordé a mí misma que él no era Antonio, ese nunca había sido su verdadero nombre. Era Sirio, otro salvaje H.E, asesino, igual que los otros, una formidable máquina de matar. Ahora sabía que nada de lo que me había dicho probablemente era verdad, y lo había besado, ¿había besado a un extraño?

Noté que ya habíamos salido de la edificación y nadie nos seguía al parecer. Sirio aceleró el paso, caminó un buen tramo hasta que se detuvo, podía oír el correr de un río cerca. Seguro me dejaría ahí y tendría que huir mientras él volvía a ese lugar a continuar con su vida. Abrió la bolsa y vi su mirada de preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —respondí con tono seco. Me puse de pie y él me ayudó, solté su mano rápidamente—. Bueno, gracias. Ya puedes irte, debo llegar rápido a la capital —dije, aún temblaba.

Me miró confundido.

—¿No quieres que vaya contigo?

—No, creo que ya ha quedado eso claro, Sirio.

Miró al suelo con tristeza. No podía creer que un despiadado H.E era capaz de sentir tristeza, pero sí fingirla.

—No tienes que seguir fingiendo, ¿bien? Para ya, ya sé que no sientes el más mínimo aprecio por mí. Debo admitir que fingiste a la perfección, Orión está orgulloso de ti.

Me miró frunciendo el ceño.

—Te equivocas, contigo no he fingido nada, he fingido ante ellos.

—Oh vaya, qué alivio —dije en tono sarcástico.

—¿Y ese tono? Siento que no lo dices en serio.

—¡Pues esa es la idea! —respondí.

La furia que sentía por su engaño recién venía a hacerse presente.

—Lo sé, merezco tu odio... —murmuró.

—Sí, qué bueno que lo sepas, tenlo en cuenta. ¡Ahora desaparece de mi vida! —Se me quebró la voz al final—. Rrrrayos —exclamé frustrada.

Me tapé la boca mientras las lágrimas traidoras me brotaban de los ojos arruinando mi corto momento de dignidad.

—No llores... por favor —pidió en tono suave.

—¡Cállate! —logré sollozar—. Me hiciste mucho daño —agregué aún en llanto.

El llanto amargo empezó a brotar sin control. Justo ahora mi tonto cuerpo decidía desfogar todo el horror que había sentido. Sirio se acercó a mí y yo me alejé instintivamente.

—No me toques —le advertí mientras lloraba.

Me tomó del brazo y me jaló, abrazándome casi a la fuerza. No pude zafarme, le di un par de golpes en el pecho pero tampoco funcionó, me apretó más contra su cuerpo. Terminé rindiéndome y lo abracé fuerte, casi hincaba mis uñas en su espalda de lo fuerte que lo hacía.

—Debemos irnos, te llevaré a la capital, lo prometo —dijo casi susurrando—. Luego, si aún quieres que salga de tu vida, lo haré.

—Cómo quieras —respondí de forma seca y con la voz quebrada.

—Debemos camuflar nuestro aroma con algo...

Se separó de mí y me quedé ahí abrazándome a mí misma. Volvió a los pocos minutos con las semillas de un *Molle*, era un árbol de la zona, que expelía un fuerte olor de sus semillas las cuales colgaban de sus ramas.

—Pásalo por tu cuerpo.

Nos cubrimos de ese potente aroma lo más que pudimos, mis manos aún temblaban y las lágrimas aún brotaban de mis ojos. Nunca me agradó mucho ese olor pero ahora era una especie de salvación. Él frotó mi mochila también y me la dio, lo miré confundida, volteó y me hizo señas para que subiera a su espalda así que lo tuve que hacer a regañadientes.

Corrió lo más rápido que podía para alejarnos de ahí, el Molle abundaba en esa zona, tardarían bastante tiempo en ubicar nuestro aroma cuando el molle dejara de estar presente.

Desaceleró el paso a varios kilómetros del lugar, tenía una buena resistencia, no me dejó bajar de su espalda y siguió andando por el bosque.

—Si Orión se da cuenta... —murmuré—. Si te encuentra...

—Me matará —respondió en tono casual.

No pude evitar preocuparme, apreté levemente mi agarre alrededor de su cuello. Volví a recostar mi mejilla en su hombro, cerré los ojos y quedé dormida, cansada del llanto.

Cuando abrí los ojos, al parecer ya había empezado la tarde. Sentí mucha hambre, vi a mi alrededor. Sirio notó que ya había despertado y me miró.

—Ya estamos bastante lejos, bájame —le pedí.

Se detuvo y bajé de su espalda, me aparté sin mirarlo. Continuamos caminando, él me retiró la mochila de la espalda y yo se la cedí aún sin mirarlo.

—Gracias, qué considerado... Eso me recuerda lo considerado que fuiste al dejar que Altair intente ahorcarme. ¡Ah! Y también cuando me lanzaste contra ese colchón un par de veces... También cuando intentaste matarme con esa cosa metálica...

Él mantenía su mirada seria hacia el frente.

—No creas que fue fácil para mí —dijo—. No lo fue, moría por partirle la cara a Altair aunque eso me habría costado la vida, y peor, tu vida también, luego de que Orión acabara conmigo.

—Jum, me hubiera gustado ver eso —respondí en tono seco.

—Lo sé. Descuida, es muy probable que lo veas en un futuro no muy lejano.

—No creas que me siento mejor, Sirio. Después de todo, no planeabas detenerte cuando me atacaste.

—Cuando te puse contra el colchón sabía que Apus se acercaba a interrumpirnos, y me ofrecí a matarte porque de todos modos ellos lo harían. Sólo busqué una forma de sacarlos de ahí para que no vieran que en realidad no te mataría, no pensé que resultarías ayudándome con eso.

—Vaya, bien por mí entonces —dije en tono sarcástico—. Me salvé a mí misma de que tuvieras que disfrutar matándome mientras yo imploraba por mi vida.

—Eso que dijo Orión no es cierto....

—¡Cállate! —le interrumpí mirándolo furiosa—. Él mismo me lo dijo a solas el día anterior, que te entrenó y que eras un eficaz y sanguinario asesino, así que deja de intentar mentirme.

Él no cambiaba de expresión pero podía notar cierta tristeza en su mirada.

—Lo habrá dicho para asustarte. Es cierto, él me entrenó pero nunca me vio matar a nadie, lo inventé para que me aceptara en la misión. Lo único que me ha visto hacer es pelear y derribar a los otros tres que estaban ahí. Le bastó ya que tenía prisa en mandar a

alguien por ti.

—Estás lleno de mentiras.

—Sí... y lo siento.

—No te perdono, esta vez no, mataron a esos hombres.

—Fueron Apus y Antares. Altair y yo sólo retiramos los cadáveres. Perdóname, intenté convencerlos de que los dejaran ir sin que notaran que estábamos ahí, pero tú... — Resopló frustrado.

Esta vez no pude responder, apreté los puños.

—Rayos —mi voz sonó quebrada—, soy una idiota.

—No. No sabías, tu intención fue buena.

—¿De qué sirve? —Me llenó el dolor. Se acercó pero me alejé—. No te me acerques, Sirio. Es en serio —le advertí, haciéndolo suspirar.

—Ojala un día me perdones. Cometí un error al unirme a ellos, al llevarte ahí... Pero me tenían rastreado, sabían mi posición a cada instante, si me desviaba vendrían por los dos.

—Pudiste habérmelo dicho.

—No sabía cómo reaccionarías, podías hacer alguna cosa que les hubiera hecho darse cuenta o algo... Perdóname.

—Deja de pedir perdón, porque no lo haré, ¿bien? No te perdonaré.

—Lo sé... pero lo intento...

—Es más, finges tan a la perfección que ni siquiera sé si me estás diciendo la verdad, así que asumiré que no, por ahora. —Noté con el raballo del ojo que me miró unos segundos y agachó la cabeza—. Tengo hambre —comenté.

Se detuvo y sacó de la mochila una lata de conserva, la abrió y me la dio. No le dije nada y me puse a comer.

Capítulo 21: La verdad

Nos dio la noche, me alisté para dormir. Saqué mi navaja de la mochila y la llevé conmigo.

—No te haré daño —dijo al ver mi acción.

—Lo siento, pero ya te he oído decir eso antes —respondí enfadada.

—No te haré daño, Marien —insistió—. Además eso no me detendría.

—Me subestimas, Sirio.

Suspiró con pesadez y se sentó al pie de un árbol, estaría toda la noche alerta seguramente. Recordé que él no había comido nada así que saqué una botella de leche y se la di, requerí de mucha fuerza de voluntad.

—Suponiendo, claro, que en verdad te guste y no haya sido otra mentira —le dije.

Me miró con tristeza, pero había algo más en sus ojos que indicaban resignación, aceptando mis ataques sin reclamar. Volví a mi sitio para dormir.

—No me gusta —dijo—, me encanta, pero no tanto como tú...

Lo miré sorprendida después de haber sentido el brinco de mi corazón dolorido al escucharle decir eso, ¿lo había dicho en verdad? Él miraba al suelo con tristeza, estaba con las piernas flexionadas y los antebrazos sobre las rodillas, sostenía en una mano la botella.

—Eso fue lo que te salvó de ellos y de mí, que me encantaste desde que te vi —murmuró.

Mi corazón se aceleró, ¿estaba declarando su amor por mí, o lo que fuera que sintiera? ¿No se suponía que ellos no sabían sobre eso?

»Faltaba poco para que terminara de estudiar ingeniería —empezó a contar—, mis padres conversaron conmigo para que formase un núcleo con una amiga mía. Una muy buena peleadora, me derribó casi tantas veces como yo a ella, pero yo aún no quería eso, sentía curiosidad por saber cómo eran los humanos. Para suerte mía, Orión buscaba a alguien que estuviera cerca de su etapa de transición para entrar a una misión que requería interactuar con humanos.

»Era perfecto, Orión quedó encantado con mis habilidades, así que me entrenó mientras estudiaba y terminaba la carrera. Me iba a preparar con ellos, dándome algunos datos generales de cómo se comportaban ustedes. Me hablaron cosas terribles también, cuando llegó el momento de partir puedo asegurarte que detestaba a tu raza casi tanto como ellos pero aún dudaba.

»La misión era fácil, ganarme la confianza de una tal doctora Ramos y traerla, las circunstancias ayudaron y tenía que deshacerme de cualquiera que se interpusiera. —Hizo una leve pausa—. Entonces te vi... la criatura más frágil e inocente que había visto, confiaste en mí tan rápido y fácil. —Frunció el ceño—. Mil veces pensé en desaparecer de ahí y venir a que me mataran pero no podía alejarme de ti, no... No podía dejarte. —Pasó su mano por su cabello, algo frustrado—. No entiendo qué ocurre conmigo, siento que si te pasa algo me moriré así sin más... Esto no puede ser bueno ni normal... —Noté la angustia en su rostro—. No tienes idea de todo lo que me provocas...

Tal y como lo suponía, era capaz de sentir amor pero no le hallaba explicación. Sentí mucha tristeza porque aún no podía perdonarlo y ahora me moría por poder hacerlo, olvidar y correr a él para explicarle y decirle lo que yo también sentía. Pero tenía miedo.

»Sólo sé que me encantas muchísimo más que la leche pero de una forma muy distinta —continuó—. Me sentía feliz cuando tú mostrabas preferencia hacia mí, cuando me sonreías, cuando me abrazabas, cuando me diste un beso en la mejilla... Cuando... —Me miró algo avergonzado— me diste ese raro beso en los labios... yo... Me hiciste volar. ¿Qué fue?

Me ruboricé más de lo que estaba al recordar y dejé de mirarlo.

—Olvida que pasó eso, Sirio.

Lo oí suspirar con frustración y volví mi vista hacia él.

—Puedes volver a llamarme Antonio...

—No gracias, ese nunca fue tu nombre así que no viene al caso. Fue un invento tuyo, y ese beso fue mi despedida para él. —Quiso decir algo pero continúe—. Ahora estoy con alguien que no conozco y que detesta los nombres humanos.

—No me digas eso, por favor... —Tragó saliva—. Pero entiendo, no me crees y me lo merezco. Me gusta ese nombre también... y no siento apego por mi nombre real.

—¿Y qué pasaba si tu pequeño plan no funcionaba y terminaba muerta? ¿Ah?

Su mirada se tornó seria.

—Me habría lanzado a matar a Orión y a Altair, aunque eso suponía un suicidio, pero no me habría importado.

—Ja, vaya solución.

Dejé de mirarlo y me acomodé bien para dormir, después de unos segundos rompió el silencio.

—Despedida... —murmuró casi en un susurro—. No te despidas de mí, sigo siendo yo...

—Eso también lo he oído antes —dije sin mirarlo.

—¿Puedo guardar las esperanzas de que te despidas de Sirio cuando te deje en la capital?

No respondí y fingí estar dormida, quizá eso mejoraría las cosas. No quería mentirle porque en verdad deseaba besarlo, ese sentimiento no se había ido, pero sentía mucho dolor aún. Me quedé dormida enseguida otra vez.

Al abrir los ojos veía algo borroso, sólo podía detectar algo de oscuridad a mí alrededor así que parpadeé para aclarar mi visión. Estaba en la celda, el vacío reinando en mí y abriéndose paso. Apreté mi pecho y la angustia me devoró. ¿Había tenido el sueño más real y feliz de todos?

—No... no, NO —exclamé mientras me acurrucaba en el colchón.

Me senté y miré a mí alrededor. Empecé a llorar, apreté los dientes para no hacer tanto ruido. Orión irrumpió en la celda bruscamente y tiró un cadáver ensangrentado a mi costado.

—¡OH DIOS! —grité con la voz en llanto, mientras me cubría los ojos.

—Va un día —dijo.

—No, esto no puede estarme pasando, NO, NO —grité llorando.

Me encontraba gritando y alguien me sacudía. Desperté de golpe y pude reconocer esos ojos destellantes bajo la tenue luz de la media luna, llenos de preocupación.

—¡Antonio! —grité y me lancé hacia él. Lo abracé fuerte, llorando descontroladamente. Enterré mi rostro por su cuello, aferrándome más—. Antonio, ¡mi Antonio! —sollocé—. No me dejes volver ahí, por favor, no... ¡No me dejes volver ahí! No dejes que vuelva, no dejes que vuelva, no dejes que vuelva... —le pedía envuelta en llanto.

Me tenía fuertemente abrazada también y acariciaba mi cabello.

—Tranquila, todo está bien —decía casi susurrando—. Estoy aquí, no te dejaré, nada va a poder hacerte daño.

—No me dejes, no me dejes, no me dejes... —seguía sollozando contra su cuello, casi sin sentido y sin parar.

Sentí que me alzó, me aferré nuevamente al ver que lo había soltado un poco. Me dejé envolver por su aroma y su calor. Cuando volví a ser consiente noté que estábamos bajo el árbol, él me tenía rodeada y aprisionada contra su pecho.

Fui calmándome poco a poco bajo sus caricias, que con suavidad iban despojándome de los sollozos y temblores. Me di cuenta de que eso había sido un sueño, una pesadilla, él en verdad me había sacado de ahí. Vi de reojo a mi alrededor, estábamos en el bosque en medio de la noche, ahora estábamos lejos de esa horrible prisión. Terminé durmiéndome nuevamente.

Sentí el leve calor del sol filtrarse entre las hojas del árbol. Una suave caricia recorría lentamente mi mejilla, a los pocos segundos la sentí en mi cabeza, un travieso dedo jugueteó un poco con un mechón de mi cabello. Abrí los ojos. El bosque seco se extendía ante mi visión. Otra nueva caricia en mi mejilla, ladeé mi rostro y enterré mi nariz en su pecho.

—Debemos continuar —dijo con tono suave y tierno.

Suspiré y me acomodé en su regazo girando mi cuerpo. Miré hacia el frente, él aún me tenía rodeada con sus brazos.

—Perdón por lo de anoche, fue una pesadilla —dije—, no volverá a pasar.

Me apretó contra su cuerpo y deslizó su nariz por mi cabello cerca de mi oído.

—Perdóname tú, esto es mi culpa —respondió.

Miré hacia mis manos, me sentía avergonzada de mi corazón que estaba latiendo tan rápido e insistente.

—No estás perdonado aún —susurré.

—Lo sé —susurró. Recostó su mejilla en mi hombro—. No te dejaré, aunque tú quieras —murmuró.

—Te entregaré a los de seguridad entonces —murmuré en respuesta.

Se estremeció con una corta risa silenciosa. Quizá estaba siendo muy orgullosa, no me importaba, me sentía a salvo, pero aún tenía miedo de que esto siguiera siendo alguna otra especie de engaño o lo que fuese, quizá me hundiría en la locura.

Me puse de pie, él me dejó salir de su regazo sin oponerse. Le di otra botella de leche, era la última. Nos alistamos para seguir. Caminé frustrada. ¿Cómo es que terminé durmiendo con él otra vez? Yo y mis sueños tontos, pero este trauma nuevo era su culpa. Crucé los brazos mientras caminaba.

—¿Qué tan lejos estaremos de la capital? —pregunté.

—Estamos bastante cerca, quizá dos días.

—Vaya, ¡al fin! —Esperé unos segundos más y luego decidí hablar—. Entonces tu plan siempre fue llegar al laboratorio donde estaba yo, y protegerme durante el camino para llevarme con vida hasta tu prisión.

Frunció el ceño.

—Suena bastante mal ¿no? Pero sí, mi objetivo era el laboratorio.

—Entonces al principio fingiste que te agradaba...

—No.

Suspiré.

—Bueno, para acortar las cosas... Dime qué cosas fingiste y cuáles no.

Sonrió y arqueó una ceja.

—Todo lo que tenías que saber ya te lo dije. Nunca fingí contigo, sólo con ellos.

—Debo asumir que si tú no te hubieras metido a esa misión... ¿Otro sí me habría matado?

—Sí.

—Supongo que gracias —dije con tristeza.

—No creas que todos son crueles como ellos... Quizá pienses que estoy defendiendo a mi raza pero no, simplemente están dolidos. Aun así no tienen por qué actuar de esa manera. Orión es conocido en mi ciudad por hacer esas cosas, supuestamente preocupado por prevenir un ataque de parte de los humanos. Nunca estuve de acuerdo con él, pero no me importaba, sólo quería saciar mi curiosidad... Ya sabes, caprichos míos.

—Ya veo... Así que fui salvada por el simple hecho de que un caprichoso joven insistió en meterse en un asunto que no le interesaba, por saciar su curiosidad.

Soltó una leve risa, no pude evitar sonreír pero no dejé que me viera.

—Sí, en resumen. —Se puso serio de repente—. Cuando te vi por primera vez fue un duro golpe. Porque enseguida me di cuenta de que no iba a poder hacerlo, había dejado a mis padres y a todo lo que conocía, me había metido en un buen lío. Y si me iba me matarían y mandarían a otro por ti.

—Así que te quedaste —susurré.

—Por eso y porque me encantas. —Me miró y retiré mis ojos para que no se cruzaran con los suyos—. Cuando ocurrió el último ataque estaba más que dispuesto a dejarte ir aunque me dolía en el alma... Si te ibas, ellos ya no iban a encontrarte después de matarme.

Me entró pánico, hice bien en no dejarlo aquel día, sin duda no lo hubiera vuelto a ver nunca más. Lamentablemente aún quedaba un problema.

—Ahora igual serás perseguido a muerte... —murmuré, ocultando mi preocupación.

—Sí. Los malos sueños me han atormentado por eso. Soñaba que todo salía mal, que te pasaba algo, que morías, que Orión aparecía y quería acabar con nosotros, y así...

Recordé la vez en que lo vi dormido y completamente tenso, murmuró mi nombre y se tensó más. Suspiré. En la capital podría mantenerlo a salvo.

—Así que... Sirio, ¿eh? —le dije sonriente.

Me ofreció una espléndida sonrisa, seguro por verme sonreírle, así que miré hacia el frente e intenté ponerme seria.

—Lo sé, los nombres que escogen los H.E son raros —se excusó.

—Sirio es el nombre de una estrella, *Sirius* en latín. Es una de las más brillantes del cielo nocturno, me gusta...

Él mantenía una leve sonrisa.

—Orión me dijo que venía de la palabra griega «Seirios» que significa cruel, y también le agradaba que esa estrella formase parte de la constelación de Orión. —Rió un poco—. Vaya ironía.

—Um... Interesante.

Su semblante cambió, ahora estaba serio otra vez.

—Pero... Olvídate de eso, ya dije que puedes seguir llamándome Antonio, anoche lo hiciste y me gustó...

Me puse seria también.

—Pero no es tu verdadero nombre...

—No me importa, sólo quiero que estés cómoda.

Apreté los labios.

—Pero no eres tú...

Resopló frustrado.

—Soy yo —insistió.

—Sí, entiendo que eres tú, pero... Normal, acepto tu verdadero nombre...

Suspiró.

—Sólo quiero que sientas que sigo siendo yo, que no he cambiado ni soy otra persona, por eso...

—Lo sé, no te he perdonado por haberme engañado y todo eso pero... eres tú, ¿no? Dices que no fingías conmigo, entonces sigues siendo tú, entiendo porqué lo hiciste.

Me miró con algo de duda, sonrió levemente aliviado y sacudió la cabeza.

—Bien, bien... Si así estás feliz.

—Lo estoy —dije sintiéndolo de verdad.

Continuamos caminando en silencio. Estuve pensando, me mordí el labio inferior y sonreí un poco.

—¿Puedo llamarte de las dos formas? —pregunté—. No es que te sienta alguien diferente, sólo que no sé... sólo por costumbre, me gustaría llamarte de las dos formas. Intercalado.

—¿Cómo?

—Podría llamarte Sirio o Antonio. Claro, si gustas.

Sonrió.

—Me gusta.

Sonreí también. Después de unos minutos sacó el reproductor de música y me pasó un audífono, sentí de pronto algo de nostalgia, le sonreí y me acerqué. Las horas eran fáciles de pasar con él a mi lado, seguía siendo el mismo. Aunque con lo bien que fingió delante de esos H.E aún estaba sorprendida y quizá algo temerosa, pero él también era un H.E y podía hacer eso, su naturaleza estaba dada así. Un depredador capaz de congelar con su mirada inexpresiva.

Al caminar juntos mi mano rozó fugazmente con la suya. Me ruboricé. Volví a juntar mi mano a la suya, esta vez de forma voluntaria, la moví un poco más y entrelacé mis dedos con los de él. Me miró sonriéndome de forma dulce. Seguía siendo mi Antonio, sólo que ahora era Sirio Antonio, y aún lo amaba.

Capítulo 22: Compañía no grata

Casi daba el medio día. Sirio iba atento por si lograba olfatear alguna posible presa para cazarla. Me encantaba verlo tan concentrado, tenía esa mirada calculadora, observando los alrededores. Caminó con lentitud hacia adelante, dejando la mochila en el suelo, me senté en una roca para no causar ruidos que pudieran espantar a lo que fuera que hubiese visto u olido.

Un venado se asomó por un alto arbusto a lo lejos. Era bastante grande.

—¿Podrás con ese? Es algo grande... No necesitamos tanto —comenté.

Sonrió.

—Sí es grande, por lo menos me hará perseguirlo un rato, quizá me guie hacia algunos más pequeños —dijo con satisfacción, haciéndome reír en silencio. Miraba a los alrededores algo preocupado—. No te quedes lejos de mí —agregó.

Empezó a avanzar hacia el venado, cuando ya estuvo a una distancia bastante moderada me puse de pie y lo seguí. Quizá podía oler si había algo más cerca, quizá más animales salvajes y eso le preocupaba.

Él se quedaba estático cuando el venado alzaba la vista, yo intentaba hacer lo mismo, pero, *cielos*, los humanos no servíamos para esto.

Dio unos cuantos pasos más y echó a correr de golpe como una bala, haciéndome sobresaltar de la sorpresa. El venado alzó la vista y corrió levantando polvo en su desesperación.

Estaba cerca de alcanzarlo cuando vi que giró su rostro hacia unos árboles y al instante salió una H.E, embistiéndolo. Me preocupé y empecé a correr, tal fue mi sorpresa al ver que la chica lo tumbó al suelo y fue a correr tras el venado mientras Antonio se carcajeaba, se puso de pie rápidamente y corrió también tras el venado.

Seguí acercándome. Quizá la conocía, ¿cómo era eso posible? «*Pero tonta, claro que era posible, él tenía una vida en su mundo, ¿no?*». Sentí una ligera punzada de celos. Antonio la alcanzó enseguida, ella le dio un empujón y él se lo devolvió, el venado dio una curva cerrada haciendo que ambos derrapasen en el suelo. Antonio tomó ventaja de esto y se adelantó, el venado venía casi en mi dirección.

La desconocida brincó sobre Antonio y ambos cayeron y rodaron por el suelo, nuevamente lo oí reír y resoplé algo frustrada. No me di cuenta de que el venado ya estaba a unos metros de mí, solté un grito porque en pocos segundos pasó por mi costado. En ese mismo instante Antonio lo embistió, la H.E hizo lo mismo y el animal cayó rendido al suelo, ella le mordió la yugular.

Miré bastante sorprendida. Antonio se puso de pie dejándola con el animal y se acercó a mí, quedándose entre ella y yo, quizá para protegerme de algún ataque. Me preocupé.

La chica se puso de pie y nos miró. Era algo más alta que yo. Tenía los ojos de un hermoso color celeste como el cielo, el cabello de un marrón bastante claro, casi rubio. Un aspecto bastante similar al de un gato salvaje. *Pero Dios*, también tenía los músculos marcados. «*¿Es que acaso todos los H.E estaban en tan buena forma?*». Yo era una debilucha a su lado. Estaba con un top blanco, pantalón negro y zapatillas. Sonrió luciendo sus colmillos.

—¡Sirio! Sí volviste —dijo mientras se acercaba, con una suave voz perfecta.

Le rodeó el cuello con sus brazos y juntó su frente a la de él por un segundo, luego lo soltó. Me ruboricé de los celos, no podía evitarlo. Me miró como a un bicho raro.

—¿Y esta humana? —preguntó.

—Viene conmigo.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué? —dijo casi horrorizada—. No insinúas que vivirá con nosotros, no...

—No, yo me voy con ella, estamos de pasada, vamos a la capital.

—¿Qué? Estás loco. —Me miró con rabia y luego volvió a mirarlo a él—. ¿Quieres que te maten? ¿En esto te metió el maldito ese de Orión, te ha lavado el cerebro o algo?

—No, abandoné la misión y ahora estoy yéndome.

Ella se tapó la boca algo más que horrorizada.

—Idiota, te matará —logró decir.

Antonio negó con la cabeza y una leve sonrisa de despreocupación, volteó a mirar a un matorral cercano.

—Rigel, Deneb, ella sabe sobre nuestro estado de transición, salgan —ordenó.

La chica lo miró indignada y luego me miró a mí nuevamente con rabia. Genial, me odiaba. Del matorral salieron dos jóvenes y me sorprendí, hubiera jurado que eran humanos si no fuera porque ambos tenían un ojo de color celeste y el otro de color verde, gemelos.

—Perdóname —me dijo Antonio—, no te los he presentado. Ellos son los hermanos Rigel y Deneb —dijo señalándolos, ambos me sonrieron asustados— y ella es Ursa —dijo señalando a la chica que lo miraba completamente indignada—, mi antigua amiga.

«*Perfecto*, “Ursa”». Ella era una constelación de pura belleza, me odiaba, y apreciaba de alguna manera a Sirio. Asentí lentamente y ella me dedicó una mueca.

—Antes de que te vayas a suicidar con tu amiga humana, vamos a que saludes a tu madre. Sólo no le digas que el mejor H.E de su clase está en una misión suicida, ya ha tenido suficiente con tu desaparición y tu rechazo a formar un núcleo conmigo, nos ofendiste a todos.

Dio media vuelta y empezó a caminar. Antonio suspiró, empezamos a seguirla, los gemelos iban detrás de nosotros cargando al venado.

Yo había recibido un golpe bajo, ¿así que ella había sido prácticamente su prometida?

Me sentía completamente pequeña y patética a su lado, ella era majestuosa como un puma al igual que Sirio, y yo era una ardilla. Me moría de vergüenza.

Caminamos un largo tramo, cada vez me ponía más ansiosa, me sobresalté al sentir que Antonio tomaba mi mano.

—Todo irá bien —susurró.

—Sí, bueno... Si no intentan matarme es algo bueno, ¿no? —dije casi en susurro.

Sonrió.

—No lo harían, yo no lo permitiría, y en verdad ellos no querrían enfrentarse a mí por muchas razones —respondió confiado.

Apreté un poco más su mano, no me gustaría ver que se enfrentaran por mí.

Después de casi una hora divisé una ciudad, me asomé. A las afueras había parcelas de cultivos, vi algunos H.E trabajando esa tierra y ellos me miraban sorprendidos. Entramos a la ciudad, las casas iban tornándose un poco menos campestres y comenzaban a verse más modernas, yo seguía sorprendida. Me sorprendí aún más al ver un auto de los que la humanidad rechazó, que funcionaba con energía solar.

Me di cuenta de que tenía la boca abierta y la cerré de golpe. Antonio tenía razón, si no fuera por los ojos de pupilas rasgadas que volteaban a mirarme, esto podría pasar por una pequeña ciudad de humanos, habían incluso algunos edificios de hasta cuatro pisos.

—Edificios —murmuré.

—Sí, en el centro hay de más altura —me dijo, sonrió—. Te lo dije.

Le sonreí también. Llegamos a una zona residencial. Al parecer los H.E no usaban mucho los autos, la ciudad era más peatonal que vehicular, les gustaba mantener la buena salud por lo visto. Cada sector de viviendas contaba con un parque central, me sorprendía cada vez más. Vi niños jugando y correteando, hubiera sido una vista muy normal si no fuera porque a veces se agarraban a mordidas o corrían y brincaban más rápido y alto que

un niño humano, trepando árboles en segundos.

Nos detuvimos afuera de una de las casas y me bajó la presión arterial por los nervios.

Ursa tocó el timbre. A los segundos la puerta se abrió y me puse casi detrás de Antonio automáticamente. Una H.E se asomó, tenía los ojos verdes, casi tan verdes como los de Antonio, al parecer ya tenía sus cincuenta años o un poco menos, pero se le veía bien conservada. Su cabello se parecía al de Ursa pero era un poco más oscuro. Al ver a Antonio se sorprendió.

—Sirio —murmuró sorprendida.

—Madre —respondió él, había devoción en su voz.

La mujer me miró de reojo.

—Qué sorpresa —agregó.

Vaya forma de recibir a su hijo, pero bueno, eran H.E, ¿qué podía esperar? Además había deshonorado sus deseos y, para completarla, me estaba trayendo a mí.

—Pasen, por favor.

Pasamos y nos sentamos en los muebles. Era una casa normal, nuevamente podría jurar que era de humanos. Una amplia sala con un televisor plano en la pared, era un hogar acogedor y bonito, sonreí al pensar que aquí había vivido Sirio, aquí pasó su infancia, su adolescencia.

—Ella es alguien muy especial para mí —dijo Antonio sacándome de mis pensamientos, me ruboricé—, es humana, se llama Marien.

Ursa estaba contra la pared, cruzada de brazos y aún me miraba ofendida.

—Es un enorme gusto conocerla —le dije a la señora—, y disculpe las incomodidades.

Sentía que los nervios me fulminarían en cualquier momento. Respiré hondo. Los gemelos me miraban con leves sonrisas.

—El gusto es mío —respondió educadamente la madre de Sirio, pero seguía mirándome con cara de no creerlo—, siéntete como en casa, si mi hijo siente que eres especial entonces no puedo refutárselo.

Me sorprendí un poco.

—Gracias —respondí con una leve sonrisa.

No me importó que no me la devolviera. Miré a Antonio, él me sonreía y se le veía encantador, sus ojos destellaban ese hermoso color verde.

—Te enseñaré mi ciudad más tarde —susurró.

Le sonreí de forma dulce.

—No te quedarás, ¿verdad? —preguntó su mamá.

Recordaba que ella se llamaba Enif, pero me preguntaba dónde estaría su padre, dijo que también era ingeniero, a menos que hubiese sido mentira. Justo ahora me empezaba a llenar de nuevas dudas.

—No, estamos de camino a la capital... —respondió él.

Enif respiró hondo, seguro tratando de aguantarse algún «¿Qué?!».

—Así que eso es lo que decidiste al final —dijo ella—. ¿Entonces esto es para lo que te fuiste con Orión? ¿No planeas unirme a Ursa, quieres ir a morir por allá? —Noté que intentaba ocultar su angustia.

Me sentí mal, Antonio había renunciado a tanto. Era un joven rebelde pero no valía que angustiara a su madre, aunque seguro adoraría que su hijo acatase sus órdenes en todo.

—No, he traicionado a Orión y ahora debo llevar mi nube negra de muerte lejos de ustedes.

Me angustié y apreté su mano que se encontraba apoyada entre nosotros dos. Su mamá me dirigió la vista por un fugaz segundo, había olvidado que quizá estaba prohibido tocarlo, no sabía bien aún cuales eran las reglas. Quise soltarlo disimuladamente pero él me retuvo.

—Te advertí que Orión no era una buena opción, pudiste haber hecho alguna otra cosa para conocer a esos humanos, no era necesario que te desaparecieras —le dijo, aún reteniendo su tono para no sonar angustiada.

—Estaré bien —respondió él—, simplemente si viene por aquí díganle que no me han vuelto a ver, es difícil que me halle, y más si estoy dentro de la capital.

Su madre respiró profundo.

—Bien, como digas. Bienvenido a casa, sabes que eres libre de irte y volver cuando gustes. —Se puso de pie—. Prepararé la cena.

Se retiró llevándose al venado sin dificultad. Podía ver que estaba triste, pero rayos, ¿qué le costaba venir y abrazar a su hijo?

Al parecer la casa era amplia. Un poco más al fondo empezaba un amplio ventanal que daba a lo que parecía ser un gran jardín. Me encantaría ir a ver pero con tanto rechazo hacia mí en este lugar, me causaba algo de miedo.

—Quita esa cara, Ursa, por favor —dijo Antonio sacándome de mis pensamientos.

Ursa seguía viéndome con algo de rabia y ofensa. Nuevamente me sentí reducida por su mirada, pero casi podía entenderla, yo estaba sosteniendo la mano del joven que ella quería, y para colmo era humana, como si eso no fuese suficiente.

—Es que no puedo creerlo, Sirio —respondió ella de forma tosca.

—Créelo —le contestó de la misma forma—, y ya olvídale. Chicos —dijo

dirigiéndose a los gemelos, ambos alzaron la mirada—, ¿quieren ir a pasear? —les preguntó con una sonrisa.

—Sí, ya nos estábamos estresando —respondieron casi al unísono.

Sonreí aliviada, parecían bastante agradables. Antonio miró a Ursa.

—Puedes venir si gustas —le dijo.

Fue a su antigua habitación y al rato volvió, salimos de la casa. Tomó mi mano y no la soltó, caminamos hacia lo que yo suponía que era el centro de la ciudad. Me había puesto de los nervios la conversación tan corta y vacía que había tenido con su mamá, los H.E eran algo raros en cuestión a cosas que tenían que ver con los sentimientos.

Recorrimos observando los locales, había de todo: restaurantes, tiendas comerciales de ropa, muebles, electrodomésticos y de más. Mi estómago me recordó que no habíamos almorzado así que pensé en buscar algo ligero, pues ya no faltaría mucho para la cena.

Divisé una tienda de abarrotes y pedí entrar un momento.

Busqué algo pequeño que pudiera comer. Encontré un paquete de algo que parecía ser galletas. Esos productos eran muy distintos, era como si las ciudades de los H.E pertenecieran a otro país o algo así. El mundo no había tenido distintos países desde hacía siglos pues ahora todo era un «mega país». Se me hizo más raro cuando vi que el símbolo de la moneda no era el mismo que el de la moneda de los humanos, me quedé ahí congelada mirando el paquete.

—¿Lo quieres? —me pregunto Antonio con un dulce y grave tono de voz.

Sonreí avergonzada.

—Cielos, creo que mi dinero es inservible —dije.

—Pero el mío no —comentó con una sonrisa divertida.

Compró el paquete de galletas y salimos. Los gemelos se hallaban riendo un poco y Ursa a un par de metros de ellos, mirando hacia otro lado y con los brazos cruzados, era muy orgullosa. Continuamos nuestro camino. Comimos de las raras galletas que prometían una buena dosis de proteína. Los gemelos recibieron lo que les ofrecí muy alegres, pero Ursa no.

Nos acercábamos a una especie de plaza, podía escuchar el murmullo de la gente. Cuando estuvimos más cerca vi que había una especie de escenario construido en ladrillo en el medio de una gran plaza, había un grupo en él, tenían instrumentos, seguro harían música. Sonreí y recordé cuando Antonio me dijo que me mostraría esto.

El grupo empezó a tocar, era una bonita melodía, parecía alguna balada antigua pero instrumental, se parecía mucho a un vals pero no tenía el acompañamiento de la voz de algún cantante. La mezcla de sonidos de los distintos instrumentos hacían un buen conjunto, eran instrumentos similares a los conocidos por los humanos, yo estaba embobada con la canción. Uno de los gemelos tiró del brazo de Ursa y la llevó a donde se encontraban reunidos los H.E, al parecer bailaban.

Sonreí, no sabía si era Rigel o Deneb pero estaba dando vueltas con Ursa entre la gente, ambos se divertían y reían, al menos había logrado subirle el ánimo a ella. Antonio se puso frente a mí, hizo una reverencia y me extendió la mano. Lo miré anonadada y le di la mano, me mostró una espléndida sonrisa luciendo esos bonitos colmillos y reí levemente. Me llevó más al centro.

—Creí que no sabías bailar —comenté.

—No mucho —murmuró.

Rodeó mi cintura con su brazo derecho y con su mano izquierda tomó mi mano derecha, era como bailar un vals. Él me miraba de una forma especial, era dulce y profunda, no estaba cómoda al estar ruborizada pero no podía desprender la vista de esos ojos hipnóticos, con esas pupilas rasgadas, era como estar cara a cara con un felino, le sonreí.

Me dio una suave vuelta y volvió a pegarme a su cuerpo. Me pregunté si de algún modo éramos algo más que amigos, no sabía cómo lo estaba considerando él pero mi corazón latía feliz recordando que había confesado estar enamorado de mí, sin ser consiente, claro.

Miré a mí alrededor, todos bailaban similar. Terminé recostando mi mejilla en su pecho y él apoyó su mentón en mi cabello. Al rato pude ver que algunos H.E volteaban a mirarnos, quizá eso estaba prohibido, no veía a ninguna pareja estar como nosotros. Otro error, me separé de él, miré hacia mi otro costado y vi que Ursa y los gemelos nos miraban raro. «*Oh-oh*». Intenté separarme más pero él me lo impidió.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Creo que no deberíamos estar tan juntos, creo que está mal visto en tu sociedad, ¿no?

Sonrió levemente.

—Bueno, ahora mismo se estarán preguntando qué significa —respondió.

—Y... ¿Qué significa? —pregunté nerviosa.

Juntó las cejas un poco confundido por unos segundos.

—Um... No sé, siento que quiero estar así contigo, no veo el problema —respondió.

Sonreí.

—Yo también —le dije casi en susurro.

Ursa se acercó a nosotros.

—El sol ya casi se oculta, deberíamos volver a tu casa —sugirió.

Antonio asintió y regresamos. El sol ya se había ocultado y había entrado la noche cuando llegamos a su casa. Su mamá nos esperaba con una leve sonrisa, eso me sorprendió un poco.

—¿Le ayudo a servir? —preguntó Antonio a su madre.

Vaya, no se tuteaban, o bueno, él a ella no, eso también me sorprendió. Su mamá asintió con una leve sonrisa y él la siguió a la cocina.

Me senté en el sofá, Ursa se sentó en el de mi costado, los gemelos se miraron y se fueron, al parecer al jardín. «*Oh no, momento tenso*». Me aclaré la garganta. Quería hablarle, arreglar un poco la situación, tan sólo un poco.

—¿Qué le has hecho? —preguntó ella, sorprendiéndome.

—Eh... Nada... —respondí.

—Está arruinando su vida, él tenía todo aquí —dijo en tono de lamento.

—Perdón. —Fue lo único que pude decir a eso.

No sabía si yo era la más culpable de eso o no, pero de tener culpa sí, seguramente la tenía. Hubo otro momento de silencio.

—Te vi pegada a él... Esas cosas hacen los humanos, ¿verdad? Piensas hacer que se pierda en tu mundo de cosas mundanas, los humanos son...

—No —la interrumpí algo ofendida—. No... no todos somos mundanos.

—Sí, claro.

Pensé por varios segundos si debía hacerle la pregunta, hasta que decidí hacerla.

—Sientes algo por él, ¿no? Lo siento...

—¿Qué? —me interrumpió—. No digas tonterías, no siento nada por él, esas cosas son de humanos, nosotros no estamos permitidos de sentir cosas tan absurdas. Sólo me preocupa y sé que es lo que le conviene más. Y a él le conviene estar aquí, en su mundo, le convengo yo, soy su compañera perfecta.

—Entonces... ¿Sabes sobre eso? ¿Sobre el amor? —pregunté algo sorprendida.

Ella torció un poco los labios y decidió contestar de mala gana.

—Sólo a nosotras las chicas nos hablan un poco, eso sólo debemos sentirlo cuando formemos un núcleo, pero no siempre de todos modos, sólo si se da, sólo si él muestra indicios de algo y si no forma parte de los guerreros. En caso contrario, viene a ser algo indecente e irrespetuoso. Un deshonor... Pero, ¿qué saben los humanos sobre el honor? —preguntó con tono de desprecio.

Ahora estaba mucho más sorprendida con su forma de ver el mundo. La madre de Antonio dejó unos platos en la mesa y volvió a retirarse. Ursa continuó:

—A nosotras nos advierten sobre lo que no debemos hacer nunca con un chico y a ellos igual, pero les omiten muchas cosas ya que por naturaleza no les nace. Nosotras somos algo más impulsivas quizá, no lo sé... Pero tú —respiró hondo y estaba obviamente incómoda—, apuesto que tú has hecho todo tipo de tonterías que seguro hacen ustedes las mujeres humanas —dijo con algo de repulsión.

—No... No, bueno... —Me sentí avergonzada—. Quizá sí pero... fue sin querer, no sabía nada sobre su cultura por un buen tiempo, y luego igual no... no pensé, él no... —Me callé.

¿Cómo explicarle todo lo que había pasado sin que se lanzara a matarme? La madre de Antonio dejó más platos. Ursa volvió a hablar.

—Ya bueno, espero que no te le hayas pegado mucho, debes dejar de cometer esas infracciones, ahora es un guerrero. Lo dejó todo, así que no puedes involucrarlo contigo, otros H.E o humanos pueden aprovecharse de eso.

Me preocupé. Era verdad, desde que se unió a Orión él se había convertido en un guerrero, había dejado su vida tranquila y a Ursa plantada por meterse a ese grupo. Yo no soportaba que peleara pero si tuviera el frío corazón de los H.E supongo que podría. Pusieron más platos en la mesa, Ursa empezó a murmurar frustrada.

—Conmigo hacía un excelente equipo. A él le encanta competir, tú no podrías darle eso.

Recordé cuando le golpeé en el estómago y mi débil golpe le divirtió, también cuando lo vi reír mientras competían por cazar al venado, no pude evitar sentirme triste. Ursa continuó:

—Él va a tener que desfogar su energía peleando, que por cierto, también le gusta. Yo siempre estuve con él, ¿crees conocerlo como yo y saber qué hacer para animarlo cuando lo requiera? ¡Ja! No tienes idea de lo grandioso que es, no podrías ni correr con él, no sabes que es lo que más le hace enojar...

Tenía mis puños apretados. Era cierto, no conocía a Antonio, ni siquiera me había confesado su verdadero nombre, y tampoco podría hacer las cosas que él hacía. Sentí envidia y celos.

—Lo único sí —continuó—, te aprovechaste y le has hecho romper reglas con tus cosas de humanos.

—No —dije con la poca dignidad que me quedaba—, sé lo grandioso que es, a pesar de que lo conozco poco como dices... Por eso... —Quería decirle que lo amaba pero ella quizá no lo entendería—. Si por mí fuera lo dejaría aquí a que continúe con su vida, pero por mi culpa ahora Orión lo perseguirá, por eso es mejor que vaya a la capital conmigo.

—No es por eso que me voy con ella —dijo Antonio sorprendiéndonos—, y ella no ha hecho nada que yo no haya permitido o pensado que esté mal.

Ursa resopló molesta.

—No me asustes, Sirio. No me digas que ha hecho alguna cosa inmoral y a ti te ha parecido bien. Escuché una vez que les gusta hacer cosas prohibidas que nosotros no llegamos a saber. —Antonio la miraba de forma fría y ella a él también—. ¿Y ahora me vas a decir que si no fuera por ella, te quedarías a pelear con Orión?

—Sí —respondió sin vacilar—, y deja de decir que hice cosas inmorales, porque no lo son, no me lo parecen y punto —agregó en tono tajante.

Su mamá entró con los últimos platos.

—Pueden pasar —dijo amablemente.

Ya no tenía hambre. Antonio suspiró pesadamente al igual que Ursa. Incluso eso me produjo celos y me hizo sentir pequeña ante lo que ella podría significar para él, su antigua amiga, mientras que yo apenas había llegado a su vida, no era nadie y obviamente no les agradaba. Ni siquiera podía reclamarlo como mi novio, él no era un hombre humano y no sabía sobre esas cosas.

El sentimiento de seguridad de que él era algo para mí o que yo era algo para él, empezó a desvanecerse y a dejarme con la angustia.

Capítulo 23: Lo que somos

Sirio me sacó de mis oscuros pensamientos rozando suavemente sus dedos con los míos. Alcé la vista, los gemelos ya estaban en la mesa, mirándome. Ursa y la madre de Sirio también y al parecer conversaban amenamente sobre algo, otra cosa que yo no lograría.

—¿Todo bien? —me preguntó casi susurrando y preocupado.

Asentí con la cabeza. Tenía un nudo en el estómago pero si salía disparada de ahí me odiarían más, aunque ganas de desaparecer no me faltaban. Me armé de valor y fui a la mesa. Miré la comida, parecía estofado de venado o algo así, olía delicioso y supo aún mejor.

—Um —exclamé casi para mí misma.

Al parecer me oyeron, había olvidado su buen oído. Los gemelos sonrieron, era igualitos hasta en sus actos.

—¿Te gusta? —preguntó uno de ellos—. Eres genial.

—Rigel cree que eres muy linda —dijo el otro.

—Calla —dijo Rigel con algo de rubor en el rostro—, tú dijiste eso primero.

Me ruboricé pero no me sentí incómoda, al menos a ellos les simpatizaba.

—Deneb dijo que si fueras H.E te pediría formar un núcleo.

Al parecer su hermano le dio una patada por debajo de la mesa, vi cómo se aguantó el dolor. Antonio soltó una leve y corta risa. Miré de reojo a Enif y Ursa, ambas comían tranquilas en silencio.

—Sabía que ella les gustaría —comentó Antonio.

Continúe comiendo, al terminar todos agradecimos. Los gemelos se pusieron de pie, Deneb cogió un cojín del sofá y golpeó a su hermano con tanta fuerza que el relleno salió disparado por toda la sala. Antonio estalló en risa, yo aún estaba sorprendida por lo rápido que había sido. Rigel le gruñó a su hermano y me volví a sorprender, ya había olvidado que podían hacer eso. Estalló una guerra de almohadas entre los dos, aunque pronto pasó a ser guerra de fundas de almohada.

—Hombres —murmuró Ursa.

Miré a la madre de Antonio preocupada porque estuviera enojada por la destrucción de los cojines, pero ella mantenía su sonrisa y los miraba con cariño.

—Bueno —dijo ella—, me retiro a dormir. Si te vas mañana por favor házmelo saber, Sirio.

—Sí —respondió él.

Su mamá asintió aún con su sonrisa.

—Cuídalo —murmuró hacia mí.

Me sorprendí.

—Sí, lo haré... —contesté.

Enseguida se puso de pie y se retiró.

—¡Hey, Sirio! —exclamó uno de los gemelos, nuevamente no sabía quién era quién—. ¿Qué tal un desafío?

Mi Sirio se puso de pie sonriente, me dedicó una dulce mirada antes de irse con ellos al jardín.

—Um —murmuró Ursa—, yo apenas he podido estar cerca de él en las peleas de entrenamiento y las que eran por diversión. Salvo también, por una vez que bailamos esa canción que le gusta y que bailó contigo en la plaza. —«*Golpe bajo*». Sentí una punzada de celos y tragué saliva con dificultad—. Y también al saludarlo, claro, lo de hoy sólo porque no lo había visto hace mucho tiempo. —«*Ah, ese saludo*». Otra punzada de celos—. Pero apareces tú y le tomas la mano como si nada, te pegas a él... —Detecté algo de dolor en su tono esta vez—. Sirio es tan raro, siempre mostró interés por tu especie y eso siempre me incomodó —dijo en forma de lamento—. Pobre su madre, a mi parecer le tiene mucha paciencia...

—Sí —dije con algo de rabia—, seguro sería muy feliz contigo al lado de Anto... Sirio —rectifiqué—. Lo he notado, y lo entiendo. Deben estar muy frustradas. Pero él no quiso dejarme tampoco... Ha sido su decisión.

Ella no me miraba.

—Me voy —dijo, respiró hondo y su tono de voz mejoró—, no debo estar fuera de casa hasta muy tarde. Estoy segura de que debes dormir en el sofá. No te pegues más a Sirio, acóplate a nuestras reglas por lo menos.

Se retiró sin decir más y sin que yo pudiera hacerlo. Suspiré. Fui hacia el jardín, escuché las risas y gruñidos de los chicos.

—¡Vamos Sirio! No te dejarás ganar por un transitorio, ¿verdad? —retaba uno de los gemelos.

El jardín era bien amplio y lleno de vegetación, gran parte eran árboles, pero había un pequeño claro que sólo tenía hierba corta. Ahí estaban Antonio con el otro gemelo, ambos se empujaban de los hombros, seguro viendo quién hacía retroceder más a quién.

—Marien, si le gano a Sirio, ¿te quedarías conmigo? —gritó el chico.

Me ruboricé un poco, Antonio apretó los dientes y le gruñó mostrándole los colmillos. Logró empujarlo fuerte haciéndolo caer.

—No vuelvas a decir eso —le advirtió—, y jamás podrías ganarme.

El gemelo se reía tirado en el suelo.

—Deneb, perdedor —le reprochó su hermano.

—Cállate, tú también perdiste —le respondió—, no te quieras lucir.

Deneb se puso de pie.

—¿Ursa se fue? —preguntó el otro.

—Eh... Sí —respondí.

—Qué raro, a ella le encanta pelear con Sirio.

Apreté los labios unos segundos, los gemelos salieron y se despidieron de mí chocando apenas sus frentes con la mía, reí levemente por ese gesto. Fueron a la sala y salieron de la casa.

Volví a mirar al jardín, Antonio se estaba acercando a mí y me ruboricé. Tomó mi mano y me hizo entrar en el jardín. Recordé todo lo que me había dicho Ursa, lo solté disimuladamente y me acerqué a un bonito árbol. Lo reconocí, un *ceiba*, Antonio me había regalado una flor de un árbol como este. Volteé y me sorprendí al verlo detrás de mí, sonriente.

—Conocías la flor de este árbol —le dije.

—Sí, siempre pensé que era especial. Acumula líquido en su tronco que tiene esa graciosa forma de gota y florece todo rosa en ciertas épocas. Siempre me pareció raro y bonito, diferente a los otros.

Sonreí. Ahora me moría por abrazarlo y besarlo pero no podía. ¿Cómo podían vivir así los H.E, sin expresarse sus sentimientos? Era frustrante, aunque claro, una vez que formasen un núcleo ahí les explicarían el resto de cosas, eso suponía. Pero ahora estaba en su ciudad, en su casa, no podía romper sus reglas, debería actuar de forma madura y respetar sus extrañas costumbres.

—¿Vamos a dormir? —pregunté.

—Claro.

Pasamos a la casa. Recogí la mochila, que había estado abandonada en la sala y me detuve a recordar lo que Ursa dijo. No podía dormir con Antonio, sería otra falta de respeto. Apreté los labios.

—¿Falta algo? —preguntó él.

Reaccioné.

—No, está bien.

Sonrió.

—Ven por aquí.

Quizá tendrían otra habitación o algo, dudaba que pensara en romper sus reglas, pero también dudaba que me dejara dormir en el sofá, así que lo seguí. Seguimos por un pasillo, que hacia la derecha tenía el ventanal que daba al bonito jardín.

Entramos a una habitación. Había un colchón con sábanas de color crema casi al ras del suelo, en la pared de al fondo una estantería con libros, al costado una puerta, seguramente el baño, y una ventana que daba al jardín. Había un escritorio de madera oscura con una bonita y rara lámpara rectangular.

La curiosidad me picó y me acerqué a los libros, tomé uno que parecía hablar sobre alguna leyenda. Me acerqué a la cama y me senté, pasé las hojas para ver de qué hablaba el libro exactamente. Antonio se sentó a mi lado.

—Habla sobre nuestros supuestos orígenes —dijo.

—Interesante... ¿Lo has leído?

—Claro —respondió con una dulce sonrisa.

Miré a mí alrededor.

—¿Es tu habitación? —pregunté algo nerviosa.

—Sí.

—Oh. —Me aclaré un poco la garganta—. ¿Y qué cuenta el libro?

—Es más como una leyenda, habla de que los seres luminosos del cielo vinieron y crearon a los primeros H.E a partir de los humanos, copiaron su proceso en distintas partes del mundo y vigilaron que la raza se extendiera en secreto. Los dejaron viviendo aquí, estableciéndose, hasta que ya no pudo ser secreto, claro.

—Guau... Pareciera un relato similar al de los orígenes humanos.

Estaba intrigada, las leyendas solían surgir de cosas reales, y esta explicación tenía lógica, sus características tan perfectas y raras no podían ser producto de un largo proceso de evolución o algo así. Cerré el libro y me puse de pie para devolverlo a su sitio. Miré a Antonio que seguía sentado en la cama.

—¿Dónde dormiré? —pregunté.

Me miró confundido, como si mi pregunta no fuera lógica.

—Aquí —respondió.

Me puse nerviosa.

—Pero... No podemos dormir juntos, las normas, ¿recuerdas?

—No me importan...

—A mí sí, me siento culpable de no haber respetado sus leyes.

Se puso de pie y me miró preocupado.

—No tienes porqué, no es tu obligación respetar las reglas de mi sociedad y no quiero que lo hagas. Sólo quiero que seas tú misma, que actúes como te plazca, me encantas así, me encanta todo lo que haces.

Apreté los labios, estaba completamente ruborizada, pero seguía sin sentirme bien.

—Sirio... No —murmuré de nuevo—, eres joven, algo rebelde a tu sociedad... Y es por eso que estoy segura de que no lo entiendes. Cuando seas mayor quizá te des cuenta de que cometiste un error y te sientas mal por ello, que te arrepientas o algo. Yo no aguantaría verte así y saber que quizá fui la causante...

—No, no lo serías.

Bajé la mirada. ¿Cómo le haría entender? Era algo difícil. Alcé la vista y él me estaba mirando con tristeza. Apreté los labios otra vez, ¿y ahora qué había hecho? Frunció el ceño un poco.

—No quieres que esté contigo, ¿verdad?

—Claro que sí —respondí enseguida.

—¿Entonces? No me has perdonado aún...

Suspiré.

—No es nada de eso, ya te expliqué. No quiero romper tus reglas, quiero aprender a respetarlas y estar contigo de esa forma. Al menos aquí...

—Yo no quiero.

—Sirio —repliqué.

—Ya soy mayor, ya decidí abandonarlos. El cómo quiera vivir mi vida de ahora en adelante es decisión mía y no de ellos. Quiero la vida que tú me estás mostrando, te quiero a ti a mi lado. —Se acercó a mí—. Siento que tenemos algo, algo especial.

Me abrazó por la cintura, pegándome a él. Se inclinó y rozó su nariz cerca de mi oído haciéndome vibrar.

»Me gusta tenerte cerca y olfatearte... Hueles muy bien —dijo casi susurrando. Solté una corta y leve risa, nunca pensé que alguien me diría algo así—. Sólo me provoca hacer estas cosas contigo —continuó—, tenemos algo ¿verdad? ¿Lo sientes? —Mi corazón estaba latiendo rápido. Se separó de mí, mirándome algo preocupado—. Quizá no lo sientes...

Le sonreí dulcemente y lo abracé fuerte, no había nada mejor que poder hacer eso.

—Claro que lo siento —le respondí casi susurrando.

Me apretó más contra su cuerpo, había extrañado sus fuertes abrazos. Enterró su rostro por mi cuello y sentí que sonreía. Nos separamos lentamente.

—Bueno, a dormir. Debemos llegar a esa capital tuya a detener una especie de guerra, ¿no? —dijo sonriente.

Me reí un poco aunque no fuese un tema que ameritara la risa. Nos alistamos para dormir. Nuevamente pude ver a Antonio, con el torso desnudo y el cabello mojado y alborotado, acostarse a mi lado, después de apagar la luz. Extendí mi cabello ya que también estaba húmedo por la ducha. Miré hacia el jardín, era un lugar muy bonito.

—Buenas noches —dijo casi susurrando.

Volteé a verlo. Él también me miraba, sus ojos brillaban ligeramente entre la oscuridad, reflejando la luz de la luna que entraba por la ventana. Sonreí.

—Descansa —respondí.

Estaba sorprendida por la forma en la que los H.E veían el mundo. Era tan raro, los jóvenes crecían sin malicia alguna prácticamente. Yo era la inmunda humana que estaba corrompiendo al muchacho, o al menos así lo veía su mamá, y claro, Ursa también. Pero mientras no abusara de él en verdad no habría problema. Un inofensivo abrazo no haría daño, pero si me lanzaba a besarlo ahora quizá no podría parar, y eso sería algo muy pero muy malo, considerando el lugar en donde estábamos.

—Duerme en mis brazos —susurró sacándome de mis pensamientos.

«*Al diablo con las normas*».

Me deslicé hacia él, quien me recibió con los brazos abiertos y me apretó contra su cálido pecho. Enterré mi rostro en éste y le estampé un beso. «*Toma eso, Ursa*». Él rió en silencio y se separó un poco para ver mi rostro. Estaba feliz y me di cuenta de que sólo eso me importaba, hacerlo feliz. Quizá no podíamos ser «novios» con todas *las de la ley* pero había algo y él lo sabía y lo tomaba en cuenta.

Volvió a apretarme fuerte contra su cuerpo y soltó un bajo y grave ronroneo, digno de un gran felino. Me miró nuevamente, yo le sonreía como adolescente, perdida y enamorada. Nos miramos hasta quedar dormidos.

Sentí algo de calor y una leve presión. Abrí los ojos, ya era de día y los pájaros cantaban sin parar en los árboles. Antonio aún me tenía entre sus brazos, tenía su rostro en mi cuello. Sonreí y acaricié su cabello. Él despertó y me miró, le di un beso en la frente y me ofreció una espléndida sonrisa. Sus felinos ojos destellaban hermosos bajo la clara luz del día que entraba por la ventana. Se deslizó un poco más a mi altura y me dio un beso en la mejilla mientras me abrazaba más fuerte.

—Buen día —susurró. Se puso de pie y quedé disfrutando de la buena vista.

Había recordado algo que quería preguntarle. Me fastidiaba un poco el tema y tenía que aclarar mis dudas. Después de que estuvimos listos para salir de su habitación, decidí hablar.

—Te gusta pelear —comenté.

—No lo sé... —respondió pensativo—. A veces divierte, será instinto.

—Porque Ursa me dijo... Bueno, ella te conoce mejor que yo, y si lo dice es porque te ha observado. —Me sentí algo incómoda y celosa—. Por lo menos competir o pelear con ella sí te divierte —agregué frustrada.

Me miró confundido, me di cuenta de que estaba siendo patética pero no podía evitarlo.

—Ella siempre dio buena pelea, es una de las pocas que consiguió que le permitieran pelear contra mí. Pidió que no la viera como a una débil y que luchara como si se tratara de otro hombre, eso me impresionó. Igual a veces me medía y ella me derribaba, luego me regañaba por haberme dejado vencer.

Respiré hondo, seguro lo hizo para acercarse más a él y poder «tocarlo» de alguna forma, ya que era la única forma permitida, de algún extraño modo. Además tenía una rara forma de mostrarle su cariño, aunque era lógico, no se les permitía esa clase de demostraciones.

—Entonces se hicieron compañeros —dije intentando sonar normal.

—Sí, creo que sí.

—Um... —Bajé la mirada unos segundos—. Y esa bonita canción que bailaste conmigo... —Meforcé a callarme, me sentía ridícula.

—¿Te gustó? —preguntó sonriente—. A mí me gustó desde la primera vez que la oí, aunque Ursa dijo que era tonto que me gustara la música.

—No, no lo es. —Suspiré frustrada—. Y estoy segura de que a ella le gustó esa canción también —agregué sintiéndome avergonzada de mí misma por no poder quedarme callada.

Se puso pensativo, ¿quizá no recordaba?

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

Apreté los labios unos segundos, yo y mi bocota.

—Me contó que habías bailado esa canción con ella —confesé, haciendo mi mayor esfuerzo para no sonar rara.

Él pareció recordar.

—Ah, esa vez. Sólo fue por un momento, quise distraerme un rato de nuestra vida tan parametrada, pero tuve que dejarla porque ella dijo que no le gustaba y me recordó que era algo tonto —contó con cierta nostalgia—. Pero tú... Tú me has hecho volar cada vez que has bailado conmigo —agregó sonriente.

Sonreí por eso último que dijo. Vaya, Ursa me lo había contado con un tono especial de voz, como si ese momento hubiera sido el mejor de su vida. Quizá lo fue, pero era orgullosa y debía guardar las apariencias.

—¿Sucede algo? —me preguntó con preocupación.

Volví a sonreírle y negué con la cabeza. Ya no importaban esas cosas, sólo importaba el ahora, ya no sentía motivos para estar celosa, y la verdad nunca los hubo, pero lo amaba tanto y era tan insegura a veces que Ursa había logrado hacerme sentir así.

Me acerqué y lo abracé, él me abrazó fuerte. Miré el jardín y me asusté al ver a su mamá regando algunos arbustos, nos miraba de reojo. Me separé de golpe, ahora sí que me odiaría por haber abrazado a su hijo yendo contra las reglas bajo el techo de su propia casa.

—¿Qué? —quiso saber él.

Notó que yo estaba mirando asustada hacia el jardín y volteó a ver. Su mamá le saludó con un leve movimiento de la mano y él le respondió de la misma forma. La señora se retiró del jardín con una leve sonrisa. Me quedé confundida.

—Descuida —me dijo él—. Anoche, mientras servíamos la cena, conversamos. Le agradas a pesar de sus prejuicios y respeta mi decisión. —Sonrió—. Quizá debí decírtelo antes...

Lo abracé feliz y le di como cinco besos seguidos en la mejilla, haciéndolo soltar su hermosa risa. Me había puesto muy melosa para mi gusto y yo nunca había sido así, pero con él, no me importaba.

Capítulo 24: Para siempre

Antonio cargó mi mochila y salimos de la habitación. Su mamá nos esperaba con el desayuno en la mesa, para mi sorpresa los gemelos estaban en la sala.

—Hola, buen día —les saludó.

—Buenos días —respondieron los dos al mismo tiempo.

Sonreí y me sonrieron.

—Queríamos despedirlos —dijo uno de ellos.

—Pasen a desayunar —pidió la madre de Antonio.

—No, gracias, ya desayunamos —respondieron los dos nuevamente.

Puse la mochila en el suelo y escuché un ruido, como si un objeto de vidrio se hubiera posado. Abrí la mochila y busqué en el fondo, era una botella de leche.

—Hey chicos —les dije—. ¿Quieren probar esto?

Ambos plantaron sus ojos de distinto color en la botella, miré a Antonio y él también estaba mirándola.

—Bueno, la repartiré.

La madre de Antonio me puso tres vasos antes de que pudiera ponerme de pie para ir por ellos.

—Gracias —dije con una sonrisa.

Ella me sonrió un poco. Serví la leche en los vasos, procurando que ninguno tuviese más que el otro, y se los di. Antonio se la bebió enseguida, los gemelos acercaron los vasos a sus labios, se detuvieron unos segundos y la probaron. Ambos se miraron sorprendidos y volvieron a beber.

—Genial, ¿qué es? —preguntó uno.

—Es leche de vaca, no sé por qué no la venden aquí —respondí.

—Ellos sólo beben la leche materna por un tiempo —contó la madre de Antonio, todos volteamos a verla—, luego de eso no vuelven a saber de ella. Para conseguir leche de vaca se requiere tener al animal prisionero, haciéndole producir leche todo el tiempo —agregó—. Pero nosotros no hacemos eso, o matamos al animal o lo dejamos vivir, nunca lo torturamos.

Me impresioné.

—Vaya, eso es algo muy considerado de su parte —dije—. Es cierto, había olvidado eso, el proceso en el que se consigue la leche de vaca. Aunque han tratado de mejorar sus técnicas, aún requiere cierto sufrimiento del animal. —Ahora me sentía apenada por las vacas.

Enif me sonrió y asintió con un leve movimiento de la cabeza.

Emprendimos la marcha, me sentí muy feliz cuando vi por fin que Enif abrazaba a su hijo y pegaba su frente a la de él, lo más curioso era que hizo lo mismo conmigo. Nos dio algo de comida para el camino y salimos de casa. Los gemelos nos siguieron, querían acompañarnos hasta las afueras de la ciudad.

—¡Sirio! —exclamó una voz femenina. Volteamos, Ursa estaba a unos metros—. Claro, no piensas despedirte —le reclamó.

—Volveré a visitarlos, no es necesario —le respondió él.

Ella suspiró y miró al suelo con algo de tristeza.

—Sí, más te vale que no te mueras —dijo en tono seco.

—No lo haré —aseguró con una leve sonrisa.

Ella también le sonrió con algo de melancolía y se fue. Quedé un poco tensa, nuevamente sentía que lo estaba arrebatando de su mundo. Respiré hondo y continuamos. Los gemelos nos seguían a unos metros, quizá para dar privacidad.

—Si seguimos por esta dirección tardaremos más en llegar al límite de la ciudad —dijo uno de ellos.

—Lo sé, vamos a registrarnos primero —respondió Antonio.

—¿Qué? —pregunté para mí misma.

—¿Qué?! —dijo el otro chico—. ¿Marien, te unirás a él?

—¿Ah? —Miré a Sirio—. ¿A qué se refiere?

—Iremos a hacer oficial lo del núcleo —me respondió.

Me quedé fría, ¿quería unirse a mí? No era que no lo deseara, pero yo era una humana. Antonio continuó caminando y lo detuve.

—Espera... —le dije—. ¿Estás seguro? —Quiso decir algo pero yo continué—. Piénsalo por favor, soy humana, ¿qué clase de futuro podrías tener conmigo?

Frunció el ceño confundido. Miré hacia atrás, los gemelos se habían alejado un poco más, quizá más cerca podrían escucharnos y no querían incomodarme.

—Mira —continué—, yo no puedo hacer las cosas que tú haces —dije con cierta

tristeza—. Sólo te estorbo, sé que te gusta pelear, te gusta correr y hacer todas esas cosas... que yo no podría hacer contigo.

Él sonrió levemente pero seguía preocupado.

—No me moriré si no hago esas cosas —respondió.

—Es que no es eso, no quiero que te prives de tu felicidad.

—Tú me haces feliz —replicó ahora algo más preocupado.

Froté la parte superior de su mano con mi dedo pulgar.

—Mi Antonio... —murmuré, él arqueó una ceja—. Me honra que quieras estar conmigo pero... Ni siquiera sabemos si podremos tener hijos o.... —No sabía cómo explicarle.

—¿Cómo así? —preguntó.

Apreté los labios. Estaba tratando de explicarle sobre los hijos a alguien que probablemente no tenía ni idea de cómo aparecían los niños. Suspiré frustrada. No sabíamos qué posibilidades había de que fuésemos compatibles y pudiésemos tener hijos, eso sería un problema si no, después de todo en algún momento de nuestra vida querríamos tenerlos. No podía darle clases de sexualidad ahora, además los gemelos estaban muy atentos a pesar de que estaban algo lejos.

—No quiero que te sientas mal por hacer algo que creas que va contra las normas —dijo—. Me sentiré mejor haciendo esto, siento que así no te me escaparás ni me dejarás.

Sonreí.

—No te dejaré, a menos que tú quieras —le aclaré.

—Pues yo no te dejaré aunque me lo pidas —respondió sin vacilar.

Me reí un poco.

—Eres un muchacho terco e insistente —le reproché, sonriéndole de forma dulce.

Me rendí y continuamos nuestro camino.

Llegamos a un edificio blanco, de un estilo algo clásico, me sorprendió. Fuimos hasta una oficina, los gemelos se quedaron en el umbral de la puerta, nosotros nos sentamos en un par de sillas frente a un escritorio que parecía estar hecho de mármol negro. Al poco tiempo apareció una mujer desde una puerta del costado, tenía esos ojos característicos de los H.E, eran de un color parecido al ámbar pero más oscuro. Sonrió.

—Sirio —dijo complacida—. ¿Al fin te animaste?

—Sí —respondió él.

La mujer me miró con duda, era obvio que no me esperaba a mí. Olisqueó un poco el aire.

—¿Es humana? —preguntó. Trató de ocultar su desdén hacia mí pero no le salió muy bien.

—Sí.

La mujer se recostó en su silla, parecía estar impresionada.

—Me estás pidiendo algo que no sé ni siquiera si es legal —repuso.

—No importa, sólo hágalo como si fuera algo normal —insistió él—, porque no me uniré a nadie más.

Me ruboricé, la mujer suspiró resignada y aceptó. Buscó unos papeles en el cajón, los puso sobre el tablero del escritorio y comenzó a rellenar las partes en blanco.

—A ver... —murmuró mientras escribía—. Sirio, hijo de Arturo y Enif... Acepta

formar un núcleo con la señorita... —Me miró.

—Marien Ramos —dije nerviosa.

—Sólo Marien —me dijo Antonio con una dulce voz—, no usamos apellidos, no sé por qué, no tenemos.

—Oh...

—¿Nombres de tus padres? —preguntó la mujer.

—Jorge y Micaela.

La mujer frunció el ceño confundida. «Claro, “*extraños y feos nombres humanos*”, ¿no?». Siguió apuntando y al rato nos acercó el papel.

—Firmen. —Firmamos. La mujer sonrió—. Bien, pasen por aquí —nos indicó mientras se ponía de pie.

Antonio me sonrió y tomó mi mano. Seguimos a la mujer y cruzamos un extenso jardín. Al parecer todos los edificios y casas tenían uno, estaban muy involucrados con la naturaleza.

Llegamos a una habitación que daba a ese jardín, era blanca y casi brillaba por la luz del día que ingresaba. Un H.E que parecía de casi la tercera edad estaba sentado tras un escritorio blanco, también de mármol al parecer. La mujer se acercó y le murmuró algo, el señor arqueó una ceja pero sonrió y recibió los papeles.

—Sirio —dijo con una grave voz—, eres un caso.

Antonio sonrió y se encogió de hombros. El hombre se puso de pie sonriente y se acercó a una blanca estantería, abrió un cajón y sacó una pequeña caja. Vino a nosotros.

—Felicidades —dijo—, juren que estarán juntos por siempre, cuidando el uno del otro.

—Sí —respondimos los dos. Me sorprendí, esa respuesta se me salió casi involuntariamente.

—Lo juro —agregó Antonio.

—Lo juro —repetí.

El hombre abrió la pequeña caja, había dos anillos. Me sorprendí aún más, no pensé que un día recibiría algo así, nunca pensé en casarme. Apreté la mano de Antonio. Esto era más de lo que esperaba, no cabía en mi cuerpo la felicidad que me había inundado. El hombre le entregó la caja a Antonio, él sacó el anillo que era para mí y me lo puso. Sus costumbres no variaban mucho en comparación con la de los humanos en este aspecto.

El anillo era de oro y tenía pequeños diamantes en toda su circunferencia. Me temblaba la mano de los nervios y la felicidad, nunca imaginé que terminaría «casándome» con él, así de pronto. Pero así eran sus costumbres, y me encantaba él. Le puse su anillo y sonrió, se le veía radiante. Se inclinó un poco y posó su frente sobre la mía.

—Muy bien, eso es todo. Suerte —dijo el hombre.

Se retiró y abracé a Antonio lo más fuerte que pude, los gemelos entraron corriendo felices.

—¡Bien! Nunca pensé ser testigo de algo así —exclamó uno, emocionado.

—Ahora ya podemos ir a la capital —dijo Antonio.

Nos tomamos de la mano y salimos, retomamos el rumbo hacia las afueras de la ciudad.

—Bueno, mi Sirio Antonio. Ya me hiciste cometer la locura juvenil de mi vida —le dije sonriente—. Ahora espero llegar pronto a la capital.

—Lo haremos, estamos más cerca de lo que crees —respondió él.

—Oigan —interrumpió un gemelo—. ¿No piensan tomar las lecciones de aprendizaje para los que forman un nuevo núcleo?

Antonio sonrió. «*Verdad, la misteriosa clase esa*». Estaba segura de que ahí les dirían muchas cosas, entre ellas: «cómo tener hijos». Sonreí. Vaya qué curiosa sociedad.

—Lo haré luego —respondió en tono casual, bajó su tono de voz para hablarme sólo a mí—. Tú podrías enseñarme, ¿no? A ustedes no les ocultan nada.

Sonreí avergonzada.

—Sí, bueno, no nos lo ocultan —respondí—. Claro que te enseñaré —le dije en tono dulce.

Al poco tiempo llegamos a las afueras de la ciudad, las parcelas de cultivos se hicieron presentes. No había estado mucho tiempo en esa ciudad pero me encantó y sentía que la extrañaría. Los gemelos se detuvieron y volteamos a verlos.

—Fue un placer conocerte —dijeron ambos.

Sonreí.

—Oh chicos, a mí me encantó conocerlos —respondí—. Volveré a verlos, descuiden.

Ambos sonrieron, pude ver que ya tenían colmillos. Sus pupilas se harían rasgadas quizá en cuestión de horas, con Antonio había sido igual. Ambos chicos se despidieron haciendo un gesto con la mano y dieron media vuelta para volver a la ciudad, extrañaría a esos dos. Continué mi camino con mi *esposo*, reí levemente ante esa palabra.

—Estás feliz —me dijo él con una dulce sonrisa.

—Sí, lo estoy —respondí.

Se puso algo pensativo.

—Tengo una duda —murmuró—. Tú... No estabas celosa de Ursa, ¿o sí?

Me quedé fría y me ruboricé de la vergüenza, creí que él no lo había notado o que quizá lo había pasado por alto. Fui una tonta, debí suponerlo.

—Eh... Bueno —dije avergonzada.

Soltó una corta risa, rodeó mis hombros con su brazo y me juntó a él.

—No hay motivos, en serio —susurró.

Sonreí un poco y recosté mi cabeza en su hombro.

—Lo sé, no te preocupes. Fue sólo un poquito, ya pasó.

Me dio un beso en la frente y me estremecí de felicidad, nunca llegué a creer que él haría eso. O quizá nunca lo habría hecho de no habérselo enseñado. Nos separamos y nos tomamos de la mano. Continuamos hasta pasar por una ciudad en ruinas.

—Es verdad, ahora que lo recuerdo... ¿Y tu papá?

—Seguro en alguno de sus viajes, vigilando sus obras. Descuida, también le agradecerías si te viera —me dijo sonriente.

—Así que se llama Arturo.

—Sí.

—Al principio me pareció un nombre normal, de humanos. Pero luego recordé que también hay una estrella que se llama así —reí levemente—, ya me había parecido extraño.

Me sonrió.

—Eres muy lista —me dijo.

—Lo sé —exclamé orgullosa.

Soltó otra corta risa. Miré hacia mi derecha y noté algo en el horizonte, era algo que sólo lo había visto en fotografías, la mayoría antiguas. Una playa, era una playa real, no como las de estos días, que ni siquiera parecían playas, sólo era bosque que continuaba extendiéndose hasta ahogarse bajo el mar, y la orilla apenas contaba con treinta centímetros de arena en algunas ocasiones.

Las playas antiguas habían desaparecido junto con las costas al subir los niveles de los mares.

—Antonio —murmuré sacudiendo levemente su brazo—, mira, una playa.

Él volteó a mirar.

—Sí, lo sé. Puedo oler el mar.

—¿Podemos ir a ver? Sólo unos minutos —le pedí.

—Si gustas, de todos modos hoy en la noche estaremos llegando a la capital.

Sonreí por eso, faltaba poco para ver a Rosy y a Marcos.

Fuimos hacia la playa, las ruinas de la ciudad se terminaban a un par de metros de nosotros. Vimos la orilla y a unos veinte metros, el mar. La arena era casi blanca, pura, el viento soplaba contra mí.

Le tomé la mano a Antonio y me miró. Me perdí en su vista, mantenía mi tonto rubor y mi sonrisa. No podía desprenderme de esos ojos, me sentía como un venado congelado ante la mirada del tigre. Aunque eso no era geográficamente posible y los tigres ya no existían, *¡pero qué importaba!* Estaba tan perdida y enamorada que pensaba incoherencias. Lo abracé.

—Oye —murmuré en tono dulce.

—¿Sí?

—Yo... —Vi directo a sus ojos—. Te amo. —Juntó las cejas confundido y sonreí—. Es lo que sienten las parejas —continué—, probablemente lo que estás sintiendo ahora, es amor.

—Así que eso es —murmuró—. Había oído de eso un poco, pero no sabía exactamente qué era, sólo que a veces podía aparecer si formabas un núcleo y que había que tener cuidado.

—Seguramente —le dije con una sonrisa—, es eso —rodeé su cuello con mis brazos—, somos una pareja, ¿no? —Juntó su frente a la mía—. Las parejas hacen esto...

Me empujé y lo besé, haciendo que se congelara de la sorpresa, sonreí fugazmente y continué. Él comenzó a corresponderme de forma tímida pero enseguida se acopló a mi compás. Mis recuerdos de sus labios no les habían hecho honor, eran perfectos, deliciosos. Me apretó más contra su cuerpo y me sentí fundida con él, lo besé de forma más intensa hasta que un dolor punzante me detuvo.

—Auch.

—Perdón —dijo preocupado.

Sonreí.

—Descuida, estoy bien —le dije con cariño.

Uno de sus colmillos me había hecho un leve corte en el labio inferior, no era nada grave.

Antonio volteó a mirar hacia la ciudad, completamente tenso y preocupado. Al ver me horroricé, dos H.E estaban observándonos desde las ruinas de la ciudad que estaba a un par de metros, eran los dos de ojos escarlata que me arrastraron hasta mi celda aquel día. Si mal no recordaba sus nombres eran Apus y Antares, y al parecer eran hermanos

mellizos.

—Mira qué tenemos aquí —murmuró uno de ellos.

—Sirio, creí que la habías matado, ¿Orión te dejó ir? —dijo el otro.

—Así es —respondió Antonio en un frío tono de voz.

—Eso no es divertido —dijo el primero.

—Podríamos despedazarla entre los tres, ¿no crees? No es justo dejarla escapar, no lo permitirías, ¿o sí, eh Sirio? ¿Dónde está tu instinto asesino? —Casi podía oírlo ronronear al decir todo eso.

Antonio deslizó lentamente la mochila de su hombro y la dejó caer en la arena. Me entró pánico, pelearía contra esos dos fortachones y despiadados hermanos que habían matado a hombres inocentes. Apreté lo dientes.

—Les propongo algo —dijo en tono de advertencia—. No podrán tocarla a menos que me venzan a mí.

—¡Ja! Tonto, pasaremos de ti e iremos por ella —dijo el otro.

—¿Entonces creen que yo podría ganarles? —replicó mi Antonio, desafiante.

Yo ya respiraba agitada por los nervios.

—No digas tonterías, no nos limitaríamos a ganarte, simplemente te mataremos.

—Lo sé —dijo Antonio sin vacilar. Entré más en pánico—. Ya que están tan seguros... Adelante. —Mostró una desafiante sonrisa.

Recogí la mochila lista para huir, ya que eso seguramente me lo pediría, pero sabía también que no podría dejarlo ahí.

Tragué saliva con dificultad por el nudo que se me había formado en la garganta. Estos dos estaban estorbando nuestro camino, me arrepentí de haber pedido desviarnos hasta acá, quizá eso había facilitado las cosas.

Los dos hermanos se lanzaron al ataque.

Capítulo 25: Situaciones frágiles

Sirio se lanzó al ataque también. Busqué desesperada la navaja en mi mochila para poder defenderme pobremente aunque sea, o clavársela a cualquiera de los dos H.E que intentara asesinar a mi Antonio.

Sirio le dio un fuerte puñetazo a uno de ellos, lanzándolo al suelo y haciéndole tragar arena. El otro se le había querido venir encima pero lo esquivó de forma eficaz y lo lanzó con una patada. El otro ya estaba en pie para ese momento y lo atrapó mordiéndole el brazo. Sirio lo lanzó contra la arena y corrió hacia la ciudad. Los H.E lo siguieron, al parecer pensaban cumplir con su trato ya que ni siquiera voltearon a verme. Los seguí también sin dudarle un segundo.

Sirio se ayudó de un viejo poste para girar y caerle al H.E que estaba ya próximo a él, el otro pasó de largo a su hermano y siguió persiguiéndolo. Arrancó la puerta de un auto convertido en chatarra y golpeó al H.E, este cayó a unos metros y se puso de pie con dificultad, sacudió la cabeza, estaba obviamente atontado.

El otro H.E lo golpeó, lo agarró de su camisa y empezó a golpearlo contra el auto. Entré en pánico, el auto oxidado se hundía cada vez más con cada golpe, me estremecía. Apreté el mango de la navaja.

El hermano agarró un fragmento de vidrio y se acercó a Sirio.

—¡Sirio! —le advertí.

Sirio logró patear al H.E que lo tenía golpeando contra el auto y brincó enseguida, esquivando al otro ser que había intentado cortarle el abdomen con el vidrio. El H.E le gruñó furioso y Antonio le respondió con una especie de rugido corto y agresivo de advertencia, similar al que hizo Altair cuando les grité que se pierdan.

—¿Qué sucede, Antares? —dijo Antonio—. ¿Aún soy muy veloz para ti?

Así que Antares era el mayor y ligeramente más forzado que el otro.

—Calla, chiquillo insolente. Siempre quise matarte así que no te hagas el difícil — respondió Antares.

Su hermano Apus se mantenía a un par de metros también, completamente alerta. Los dos hermanos se volvieron a lanzar al ataque, se agarraron a golpes y mordidas mientras gruñían furiosos. Pensé en regresar corriendo hacia la ciudad pero ya habíamos avanzado bastante, me tomaría unas horas aunque fuese corriendo.

Sirio se estrelló contra otro auto viejo cerca de mí y grité del susto, los dos hermanos ya estaban casi encima nuevamente, así que rodó sobre su espalda, esquivando el primer golpe de parte de Apus y embistió a Antares lanzándolo a unos metros. Esto le dio tiempo a Apus de brincar y atraparlo por la espalda, casi le alcanzó a morder la yugular pero giró con fuerza y lo golpeó.

Yo era un manojo de nervios. Antares le mordió el antebrazo antes de que lograra darle un golpe más a Apus. Sirio lo golpeó para zafarse pero enseguida Apus arremetió contra él, mordiéndole por las costillas. Soltó un corto grito de dolor y pateó a Antares, intentó zafarse de la mordida de Apus. Antares reapareció veloz frente a él y lo golpeó con la puerta del auto, haciéndolo caer al suelo con fuerza. Me estremecí.

Antares lo golpeó nuevamente con la puerta en la espalda, estampándolo contra el suelo y evitando que se pusiera de pie. Me tapé la boca horrorizada mientras Antares seguía golpeando a mi Antonio, él trataba de aguantarse los gritos pero lo estaba golpeando tan fuerte que no pudo contener algunos. Llevé las manos a mi cabeza.

—¡BASTA! —grité desesperada—. ¡DÉJALO, INFELIZ!, ¡YA BASTA!

Se detuvo, respiraba agitado. El vidrio de la ventada de la oxidada puerta se había hecho añicos sobre la espalda de Antonio. Sentí que las lágrimas recorrían mi rostro.

Antares soltó una malvada risa y me di cuenta de que Sirio parecía estar inconsciente. Me alarmé al ver que el hombre se hincó en una rodilla, lo levantó parcialmente del suelo y le apretó el cuello con su antebrazo. Corrí hacia él con todas mis fuerzas alistándome para atacar con la navaja, el malvado sonrió y se dispuso a romperle el cuello a mi recién esposo.

Sirio reaccionó como una bala y agarró a su atacante del cuello, soltando un salvaje

gruñido. Frené de golpe, había fingido estar inconsciente. Apus se lanzó al ataque antes de que su hermano terminara de asfixiarse. Mordió a Sirio cerca de la yugular pero él no soltó a Antares, que le tenía incrustadas sus garras en los antebrazos tratando de rasgarle la carne para liberarse. Apus le clavó las garras en los brazos y empezó a tirar de él para liberar a su hermano.

—Idiota —gritó Antares a duras penas—, golpéalo. —Su voz ya casi no le salió al terminar la palabra.

Sirio le soltó un salvaje y corto rugido de furia mientras le apretaba más el cuello. Apus agarró la puerta y lo golpeó, logrando liberar a Antares, pero éste cayó al suelo y no se movió más. Me sorprendí, sentí que estaba temblando y apreté mis manos.

Apus miró sorprendido y asustado a su hermano que estaba tendido en el suelo, miró a Sirio y le gruñó con furia. Sirio estaba sangrando por las mordidas, las heridas de las garras y de los vidrios en la espalda.

Apus se lanzó al ataque, yo ya no aguantaba la angustia. Intentó darle dos puñetazos pero él lo esquivó veloz como siempre y se los regresó en un fuerte golpe, Apus se tambaleó a un costado y escupió sangre. Volteó a gruñirle a Sirio y pude ver que le había volado un colmillo. Mi esposo mostró una siniestra sonrisa de burla y Apus se lanzó nuevamente a atacarlo.

Tenía que resistir el impulso de querer morderme las uñas. Estas situaciones siempre se iban a dar, situaciones en las que su vida iba a depender de un hilo. Y lo peor era que yo no podía aguantar verlo pelear, sangrar, gritar de dolor, ¡no podía!

Apus logró agarrarle el cuello pero él, tan veloz como siempre, le asestó un golpe logrando soltarse. Yo podía soñar con un mundo en el que ya no hubiera más peleas, ni entre humanos ni H.E, que pudiéramos vivir en paz. Pero quizá ese día no llegaría, no si un día me arrebataban a Antonio de mi lado.

La furia dominó a Apus, ya no era muy consiente a mi parecer, ahora en verdad parecía un animal salvaje. Sirio le dio un fuerte zarpazo lanzándolo al suelo, Apus se agazapó y arremetió contra él y él usó la fuerza con la que venía para lanzarlo contra el auto viejo.

El estruendo fue muy fuerte, las pocas ventanas que quedaban en pie del auto

estallaron en pedazos, Apus se incorporó con rapidez pero Sirio había agarrado de nuevo la puerta del auto y lo noqueó de un golpe. Apus cayó al suelo inconsciente, al fin.

Corrí hacia él, respiraba agitado. Me sentía aliviada de que al fin hubiera vencido a los dos, volteó a mirar a sus espaldas y yo también miré en esa dirección. Dos H.E más venían corriendo, por un momento me entró pánico pero luego más alivio me inundó, eran los gemelos Rigel y Deneb.

—¡Hey! —gritó uno—. ¿Están bien?

Antonio dejó caer la puerta oxidada al suelo y pude verla bien, estaba casi cubierta de sangre, se me revolvió el estómago. A pesar de que la sangre era un elemento cotidiano en mi vida como médico, esta sangre era el resultado de algo más, algo que yo no podía soportar. Los gemelos llegaron y quedaron sorprendidos.

—¿Los venciste a los dos? —preguntó el otro.

—Están inconscientes. Por favor, ¿podrían llevarlos lejos? —pidió Antonio.

—Claro —respondió el primero—, acabaremos con ellos si eso quieres.

—No —repuso—, sólo déjenlos lejos, no quiero que ustedes dos se manchen las manos.

—Pero qué tal si van y te delatan —dijo el segundo.

—No es necesario, Orión ya debe estar más que enterado.

—¿Cómo es que vinieron? —les pregunté.

—Después de una hora que se fueron, detectamos el aroma de esos dos. Así que nos preocupamos y después de una larga discusión con Rigel, decidimos venir a ayudar por si había problemas.

—¿Y por qué discutieron? —preguntó Antonio.

—Bueno, Rigel no quería venir porque quizá no los alcanzaríamos, ya que no sabíamos si habían ido corriendo luego o qué sé yo.

—No me eches la culpa de todo —interrumpió Rigel—, tú tampoco sabias si ayudaríamos al aparecer o simplemente estorbaríamos.

—Cállate, Sirio nos entrenó, ¿no? Pero igual ya sabes cómo es —dijo Deneb—. No le gusta que nos involucremos.

—Bueno, bueno, ya no discutan aquí —replicó Antonio—. Llévenselos lejos, nosotros continuaremos con nuestro camino.

—¿Qué hablas? —le dije—. Estás herido.

Los tres me miraron algo sorprendidos. Antonio suspiró.

—Estoy bien —dijo en tono autoritario—, muévanse ya —les ordenó a los gemelos.

Los hermanos asintieron y se dirigieron a Apus y Antares. Los cargaron en sus espaldas.

—Rayos, este sí que pesa —exclamó Deneb.

—No, apuesto a que este pesa más —exclamó Rigel.

—Gracias, nos veremos otro día —les dijo Antonio.

—Cuídense —respondieron los dos al unísono.

Antonio fue a buscar mi mochila. Reaccioné, ya me había olvidado de su existencia nuevamente. Me preocupé, estaba sangrando aún, no podía dejarlo seguir así.

—Debes reposar, no puedes seguir así —le pedí.

Recogió la mochila de la arena y se la puso a la espalda.

—Tranquila... Estoy bien, debemos seguir.

—¡No seas terco, Sirio! —le reclamé.

Me miró sorprendido, a los pocos segundos sonrió y terminó riendo apenas. Continúo caminando sin hacerme más caso. Me sentí frustrada.

—Bien, si tanto te gusta desangrarte, caminaremos hasta que sea hora de comer y me dejarás revisarte, ¿bien? Si no, me obligarás a sedarte.

Volteó.

—¿Qué? —Sonrió—. ¿Sedarme?

—Así es, tengo sedante —dije, sintiendo que al fin lo convencería con mi pequeño engaño.

—¿Y dónde está? —preguntó.

«Rayos». Si le decía que estaba en la mochila se reiría de mí, ya que nunca podría lograr atraparlo para quitársela.

—Lo tengo yo, escondido en mi zapatilla. Así que tendrás que aceptar.

—No si yo te la quito primero —me retó.

—Me enojaría contigo y no te volvería a dirigir la palabra hasta llegar a la capital, y ni allá te volvería a hablar, ¿de acuerdo? —le aseguré en el tono más amenazante que pude.

Al parecer esa opción le hizo reflexionar. Resopló frustrado.

—Bien, te dejaré curarme después de almorzar —respondió.

Sonreí triunfante. Después de quizá una hora o un poco más, él se detuvo, se sacó la mochila con algo de dolor y la puso en la tierra. Me alarmé al ver que estaba con manchas de sangre. Se sentó en un viejo tronco, estaba agotado.

Saqué el botiquín de la mochila y me acerqué, tomé su mentón e hice que me mirara a los ojos.

—¿Ves que no estabas tan bien? —le regañé con cariño.

Sonrió levemente y con algo de culpa. Le desabotoné la camisa y la deslicé por sus hombros con cuidado para ver todas sus heridas. Tenía las mordidas que había recibido, los golpes y raspones. Caminé por su costado para verle la espalda y me alarmé, estaba con múltiples cortes ocasionados por los vidrios y seguro tendría algunos, o muchos, incrustados ahí. Volví a ponerme frente a él, que me miraba atento con esos ojos de verde destellante y pupilas rasgadas.

—Estarás bien —le dije.

Me puse de rodillas y empecé a desinfectar y curar sus heridas. Le limpié la sangre, vendé la mordida del hombro que era bastante profunda, un poco más y le habría arrancado carne. Él no desprendía su vista de mí, de vez en cuando lo miraba y le sonreía de forma dulce. Al terminar tomé su rostro y le di un casto beso en los labios, me mostró una leve sonrisa.

—Bien, ahora necesitaré que te recuestes boca abajo, debo sacarte los vidrios.

Tomó mi rostro y pegó sus labios a los míos sin hacer caso alguno a lo que le había dicho, pero no me importó. Abrí mis labios contra los suyos y lo besé con suavidad, no sabía qué sería de mí sin él. Rodeé su cuello con mis brazos con delicadeza, me abrazó y me pegó a su cuerpo. Sentir el calor de su piel era una de las sensaciones que más me hacían volar, aparte de besarlo. Su otro colmillo hincó mi labio.

—Um —exclamé apenas sin separarme ni un milímetro.

—Perdón —murmuró.

Negué suavemente con la cabeza aún sin separarme de él y me aferré más mientras entrelazaba mis dedos en su cabello. Recordé que debía curarlo así que me separé a regañadientes, lo dejé plantado con los labios levemente separados esperando seguir besándome. Enseguida abrió los ojos y me miró confundido, me reí.

—Recuéstate o no habrá más besos —le amenacé sonriente.

Sonrió y me puse de pie, tendí mi sabana donde dormía y se recostó boca abajo. Me senté sobre mis talones a su lado, agradeciendo la fuerte y clara luz del día. Después de limpiarle la espalda con el agua oxigenada tomé la pinza y me dispuse a retirarle los vidrios.

—Delicioso, esto huele a ti —dijo con una sonrisa. Ladeó el rostro y respiró hondo, me reí entre dientes. Se relajó y se puso cómodo—. Me gustan tus besos —murmuró suavemente.

—A mí también —respondí.

—Se siente raro... pero rico, me encantan —agregó casi susurrando.

—A mí más —le susurré luego de soltar una corta risa apenas audible.

Admiraba su fuerza, no dejó salir ni un solo ruido insignificante de dolor cuando le retiré un pedazo de vidrio de un tamaño considerable.

—Quisiera saber... —dijo—. Ustedes los humanos... Bueno...

—¿Sí? Dime.

—Bueno, ¿has... dado esos besos a otros?

Me quedé fría con un pedazo de vidrio en la pinza. No esperaba esa pregunta, pero debí suponerlo. Yo le había dado su primer beso, era obvio que se iba a preguntar si había besado antes. Retiré el pedazo de vidrio.

—Sí, pero...

—¿A cuántos? —preguntó.

—A tres —respondí. Me sentía avergonzada, esto no pasaría con un hombre humano. Sonreí apretando los labios, ahora le confesaría todo lo que sentía—. No es lo mismo, ¿sabes?

—¿Cómo así?

—Esos besos... No se comparan con los que te he dado.

—¿No? —Noté que sonreía.

—No. Siempre estuve sumida en mis estudios, lo que hubo con esos chicos no duró, no fue nada comparado con lo que siento por ti, a ti te amo... También me encantaste desde que te vi, y llenaste mis días. Aunque admito que luché contra mí misma para no enamorarme de ti. Caí a tus encantos como una presa fácil, me fascinaste siempre. Nunca sentí todo esto, jamás. Enamorarme de ti fue tan fácil e instantáneo como respirar.

Retiré otro vidrio y lo miré de reojo, él estaba con los ojos cerrados y una leve sonrisa.

»Además —continué, me ruboricé—, tus labios son los mejores, hacen que me pierda. Nunca antes había deseado tanto besar a alguien.

Sonrió ampliamente.

—¿Ah sí?

—Sí, me gustaron mucho desde que te vi también, todo tú. Te besaría por horas... Toda la noche... Todo el día. Pero hay cosas que hacer.

—Puedes besarme toda esta noche —dijo con tono esperanzador.

Me reí. Retiré otro pedazo de vidrio.

—Es tentador, pero... Debemos descansar —le respondí con dulzura—, te prometo que lo haré alguna noche... En el futuro.

—Espero que no sea muy lejano.

Sonreí. Si lo besaba toda una noche me provocaría hacerle otras cosas, estaba segura.

—Mi Antonio amado —dije en un suspiro—, relájate y déjame terminar.

—Como usted pida, señorita —respondió con su suave y grave voz seductora.

Terminé al cabo de casi una hora. Cubrí algunos de los cortes que estaban más profundos. Al terminar lo miré, parecía que estaba dormido. Me acerqué y le di un beso en la frente. Abrió los ojos.

—Listo, terminé. A comer —le dije mientras me ponía de pie.

Sonrió y se puso de pie. Le alcancé otra camisa y se la puso, privándome la vista de su escultural cuerpo. Se sentó a mi lado a comer lo que su mamá nos había dado.

Después de terminar nos alistamos para seguir, nos habíamos retrasado bastante así que decidí que descansaríamos esa noche y al día siguiente continuaríamos el camino hacia la capital, estaríamos llegando esa misma mañana. Ya se acercaba la noche.

—Es verdad —dije—. ¿Ahora ya sabes qué fue lo que intentó Rosy esa vez? —Se puso pensativo—. Cuando se te acercó y tú creíste que tenías algo en la boca.

—¡Ah! —recordó— ... ¿Había intentado darme un beso? —preguntó casi horrorizado.

Me reí por la expresión de su rostro.

—Sí —dije aun riendo un poco, me relajé—, lo intentó.

—Um —dijo confundido—, ¿y por qué?

Suspiré.

—Le gustabas un poco, pero vio que tú me preferías a mí. Siempre insistía en ese aspecto.

—Ya veo, ¿tan obvio era? —dijo sonriente.

—Al parecer, sí. —Le guiñé un ojo.

Encontramos al fin un lugar donde podíamos dormir, la ciudad estaba a unas horas más de caminata, pero quería que Antonio descansara. Cenamos algo de la comida que había quedado y nos alistamos para dormir. Él no se cambió de ropa y se sentó al pie de un árbol en su posición habitual, pensaba mantenerse alerta toda la noche seguramente. Me entristecí, yo quería que reposara. Me acerqué.

—Deberías dormir —le dije.

—No, estaré bien —respondió de forma dulce.

—Puedo tomar turnos contigo, así puedes descansar —sugerí.

—No, yo podría oírlos y eso me da ventaja, también podría olerlos.

—¿Puedo dormir entre tus brazos? —le pregunté suplicante.

Me miró algo sorprendido y sonrió. Sonreí también y me acomodé entre sus piernas, me abrazó y me recosté en su pecho. Levanté mi rostro y le di un beso en el mentón, él me miró y me ofreció una dulce sonrisa.

—Buenas noches, señorita —dijo casi susurrando.

—Descansa —respondí de la misma forma.

Apoyó su mejilla en mi cabeza. Quería que durmiera, pero por ahora debía ser así. En la capital le exigiría que lo hiciera.

Volví a alzar el rostro mientras acunaba su mejilla en mi mano, haciendo que me mirara. Ladeé más su rostro y sentí su aliento, me acerqué lentamente y lo besé. Él me correspondió el beso, abriendo sus labios a mi compás, nos besamos de forma lenta hasta que poco a poco el cansancio me venció. Embriagada con su aliento, el aroma y sabor de sus tibios labios húmedos, continúe besándolo semi dormida hasta que no di más.

Sentí la tibia luz de la mañana filtrarse a través de las hojas del árbol. Sus suaves caricias me habían despertado, sonreí y enterré mi nariz en su pecho. Disfruté de su aroma por varios minutos.

—Buenos días —susurró.

—Ummm —le respondí aún con mi rostro contra su pecho. Sentí que se rió silenciosamente—. Buenos días —murmuré separándome un poco—, ¿dormiste?

Juguetecía con un mechón de mi cabello.

—Quizá unas dos horas.

Apreté los labios.

—Bueno, más tarde dormirás, la capital está a unas horas.

—Sí, si me aseguro de que estás a salvo, dormiré.

Sonreí y le di un ligero pellizco en el labio inferior.

—Lo estaré.

Sonrió y apareció un ligero rubor en sus mejillas, seguro ocasionado por lo que hice. Nos alistamos para seguir. Al cabo de un par de horas se empezó a divisar la gran muralla de la capital.

—¡Al fin!

Capítulo 26: Juego sucio

La muralla se divisaba cada vez más cerca mientras avanzábamos. Le tomé la mano a Antonio y seguimos, conforme nos fuimos acercando distinguimos a unos hombres en la entrada de la ciudad.

—Vaya, ¿alguien más quiere entrar?

Antonio miraba atento, aceleramos el paso. Había tres hombres de seguridad, apuntando con sus armas e intentando alejar a los dos hombres que deseaban entrar.

—¿Cuál será su problema? —pregunté.

Noté que había un tercer hombre tendido en el suelo. No podía distinguir su rostro ni nada. El viento sopló de golpe contra nosotros y Antonio se sorprendió.

—Es... mi padre. —Se lanzó a correr.

—¡Hey! ¡Puede ser peligroso! —exclamé.

Corrí tras él pero me era imposible alcanzarlo, era sumamente veloz. Corrí con todas mis fuerzas al ver cómo uno de los hombres armados se dispuso a golpear a los otros dos hombres y me preocupé, seguro eran H.E, si el padre de Antonio era uno de ellos. Si empezaban a disparar también le dispararían a él. La adrenalina me invadía, los hombres le apuntaban a Antonio mientras él se acercaba corriendo.

Antonio quedó con los brazos extendidos, interponiéndose entre el hombre armado y el H.E que estaba tendido en el suelo.

—¡Deténganse! —grité. Llegué agotadísima y me puse entre Antonio y el hombre, que bajó su arma completamente sorprendido—. ¡¿Qué sucede aquí?! —quise saber.

Los guardias dieron grito de alarma y tiraron de mí para supuestamente ponerme a salvo pero yo reaccioné veloz como nunca y me zafé de su agarre, poniéndome al lado de Antonio enseguida.

El cansancio me golpeó, respiraba agitada.

—¿Estás bien? —preguntó Antonio, preocupado.

—Sí, descuida —respondí a duras penas.

Se acercó a su papá a ver qué tenía, parecía inconsciente y estaba completamente herido y sangrando. Se parecía a su hijo, salvo por la edad y algunas canas, me preocupé más por su estado.

—Un conocido nuestro nos atacó sin dar razones —dijo uno de los H.E.

Lo miré, también parecía tener la edad del padre de Antonio y también estaba herido, pero no de gravedad.

—Este es el lugar más cercano al que estábamos pero no nos quieren dejar pasar, ni llamar a nadie. Necesita atención médica —dijo el otro.

Miré furiosa al guardia.

—Déjenos pasar —exigí.

—Son monstruos, no pueden pasar —respondió el guardia, confundido por mi petición.

—Son tan humanos como nosotros, ¡infeliz! Debes dejarnos pasar, ¡soy ciudadana!

—Usted puede pasar pero ellos no. Total, si se muere mejor, uno menos —dijo otro guardia.

Me enfurecí más y lo tomé del cuello, los guardias exclamaron nuevamente y

ordenaron que me detuviera mientras yo sacudía al hombre.

—¡Está loco! ¡¿Ve esto?! —Le mostré mi anillo—. Ese hombre es el padre de mi esposo, ¡así que por ley tienen derecho a pasar!

Los guardias se mostraron perplejos y los dos H.E que estaba ahí también.

—¿Qué habla, señorita? —cuestionó el guardia, sin ocultar su horror.

—Aunque pudiesen pasar, tampoco lo atenderían en el hospital —afirmó el otro.

—Soy médico, yo lo atenderé —insistí—. Tengo amigos aquí, así que déjenos pasar. Estos hombres no le harán daño a nadie. Si pasa algo, arréstenme, no me importa, sé que no miento.

Los guardias se miraron y resoplaron resignados. El principal hizo señas para que abrieran la puerta. Los dos H.E cargaron al padre de Antonio. Al entrar a la ciudad lo primero que hice fue usar mi mochila para romper la ventana de un auto cercano para usarlo de movilidad.

—¡Oiga! —gritó un guardia.

—¡Lo devolveré! —le respondí mientras subíamos.

Los dos H.E subieron al asiento posterior cargando al señor y Antonio subió a mi lado en el asiento del copiloto, arranqué el motor y aceleré.

—¡Recibirá una multa por esto! —escuché que gritó el guardia.

Aceleré más, debía encontrar el hospital en donde estaban mis compañeros. Aunque ellos no estuvieran en la zona de emergencia no me importaba, también conocía a los médicos de ahí.

—¿Quién los atacó? —preguntó Antonio a los dos H.E.

—Orión —respondió uno.

Me congelé. ¿Orión? Miré a Antonio, él tenía los puños apretados, estaba lleno de ira.

»Apenas pudimos escapar —continuó—, no sabemos por qué lo hizo.

—Yo sí —murmuró Antonio, conteniendo su rabia.

Se me formó un nudo en la garganta, sentía culpa de algún modo, aunque no sabía si la tenía o no. Orión había ido a buscar venganza en otra parte mientras nosotros huíamos de él. Entré a la carretera principal.

—Estará bien —le dije para tranquilizarlo.

Cerró los ojos relajando levemente su rostro.

—Es mi culpa —dijo casi susurrando.

—No, a Orión le gusta jugar sucio.

Al llegar al hospital, entramos por emergencia. La gente empezó a gritar y a salir corriendo despavorida por la puerta, un joven médico volteó a verme sorprendido y espantado. Era un conocido mío.

—Marien, ¡¿qué?! —exclamó mientras corría a esconderse detrás de un mostrador.

—Este hombre necesita atención médica urgente —dije angustiada.

—¿Qué? —Salió de su escondite—. Es un H.E —murmuró incrédulo y con desdén.

—Lo haré yo entonces —le dije casi escupiéndole las palabras.

Lo aparté de un empujón y me dirigí hacia la sala de urgencias.

—Hey, ¡pero espera! —exclamó y nos siguió.

Los enfermeros me miraron con pánico.

—Necesito que lo lleven a rayos X y luego lo traen aquí. Tú —señalé a un enfermero—, trae una unidad de sangre tipo O, ahora —ordené—. Traigan suero también.

Todos corrieron a hacer lo que les ordenaba al instante después de que terminara de hablar.

—¿Qué es todo esto, Marien? Acabas de espantar a los pacientes... —replicaba mi compañero.

—No me importa, eso significa que están sanos, ¿no? —respondí mientras me ponía los guantes estériles.

Mi compañero suspiró pesadamente.

—Te ayudaré —dijo al fin.

—Gracias —respondí mientras me dirigía a la camilla.

Una enfermera empezó a mostrar las radiografías.

—Tenemos rotura de hueso húmero, y dos costillas: novena y décima, del lado izquierdo, también contusión en el cráneo...

Respiré hondo. Orión era un salvaje, había que tener mucha fuerza para herir así a un H.E, aunque había visto a Antonio romper una articulación con mucha facilidad. Me estremecí. Mi compañero se preparó también para ayudarme y nos pusimos en acción.

Al cabo de un par de horas terminamos. Salí a ver a Antonio, se encontraba esperando en la sala que ahora estaba completamente vacía, seguro todos habían huido. Los otros dos

H.E estaban a su lado.

—Estará bien —le dije con una dulce sonrisa.

Me sonrió y la preocupación se esfumó casi por completo de su bello rostro.

—Gracias —susurró.

—¿Y ahora qué hacemos nosotros? —preguntó uno de los H.E.

—Tranquilo Phoenix, esperaremos aquí —le dijo el otro.

Me sorprendí un poco por el nombre, concordaba con sus ojos medio naranjas.

—Pueden quedarse todo el tiempo que gusten —les dije.

—Disculpe, señorita, pero... todos huyeron al vernos entrar —respondió Phoenix.

Suspiré pesadamente.

—Llamaré a Rosy, conseguiré que pasen la noche aquí. Mañana en la mañana él estará recuperado casi por completo. —Pensé unos segundos—. Será mejor que esperen escondidos, primero debo explicarle a Rosy todo antes de que los vea.

Ellos asintieron. Fui al pasillo y llamé a la zona de investigaciones, seguro ahí se encontraban mis amigos. Me contestó una voz femenina.

—¡Rosy! —exclamé.

Ella gritó de emoción desde otro lado de la línea.

—¡¿Ya estás aquí?! —exclamó—. ¡Voy a verte!

—Sí, sí. Pero espera un segundo.

—¡Dime dónde estás! Escuché que unos H.E irrumpieron en el hospital.

—Eh, no es nada, descuida. Estoy en la zona de emergencias, en la sala de espera.

—¡Voy ahora mismo con Marcos! —Colgó.

Eso fue más rápido de lo que esperé. Los dos H.E se fueron hacia los ventanales a mirar al exterior mientras yo llamaba a mi tía a avisarle que ya había llegado a la capital. Antonio se quedó a mi lado, avanzamos hacia la puerta que estaba a unos metros.

Rosy y Marcos aparecieron de golpe y nos quedamos plantados. Rosy continuó corriendo hacia mí y me abrazó, Marcos estaba petrificado. Rosy se dispuso a abrazar también a Antonio pero al darse cuenta recién de su apariencia gritó y se tapó la boca. No sabía si estaba horrorizada o sorprendida, quizá ambas cosas.

—¡Lo sabía! —exclamó Marcos mientras se acercaba acusándonos con el dedo índice—. Oh, mierda, ¡lo sabía! ¡Lo sabía!

Reí un poco.

—Disculpen —dijo Antonio con su suave voz grave—, esta es mi verdadera apariencia, siento haberles mentado.

—¡Oh... por... Dios! —exclamó Rosy.

—¿Y cuándo fue que cambió de forma? —preguntó Marcos.

—Tenías razón en tu teoría —le dije—, estaba en etapa de transición.

—¡Sí! —exclamó satisfecho—. ¡Lo sabía!

—¿Cómo fue? ¿Te asustaste? —preguntó Rosy emocionada—. Dios, ¡debes contármelo todo!

Sonreí.

—Bueno, no me enteré de la forma más tranquila pero... Luego te contaré, por ahora necesito que alojen a estos dos hombres. —Señalé hacia el ventanal donde estaban.

Ambos voltearon y Rosy volvió a asustarse.

—Son... son... —murmuró apenas.

—Pero, sólo tenemos dos habitaciones más para ustedes —interpuso Marcos.

—Descuida —tomé la mano de Antonio—, puedo dormir con él.

Ambos abrieron mucho los ojos, sorprendidos. Rosy sonrió y dio un par de brincos de emoción, le sonreí y le guiñé un ojo. Marcos estaba con la boca abierta.

—Oh Dios, qué diría tu padre, su hija con un H.E —murmuró lamentándose y haciéndome reír un poco.

—Tranquilos, ¿y bien?

—Bueno, les daremos una de las habitaciones —respondió a regañadientes—. Síganme por favor.

—Gracias, son los mejores.

Marcos se fue con los dos H.E a enseñarles la habitación, Rosy me quedó mirando ansiosa.

—Las dejaré solas si gustan —propuso Antonio.

—No —respondí.

—¡Sí! —respondió ella.

Antonio sonrió y se alejó. Miré a Rosy avergonzada.

—Ay por Dios, había olvidado lo guapo que era —dijo tratando de contenerse y mantener un tono bajo de voz—. Pero como H.E se le ve... aterrador.

Suspiré.

—Estamos metidos en un lío, amiga.

—¿Un lío? ¿Por qué?

—Antonio traicionó a un salvaje y peligroso H.E por salvarme y éste está buscando venganza. Casi mata a su padre, acabamos de intervenirle hace unas horas con John.

—Oh no —dijo preocupada.

—Y bueno, ¿cómo va lo de la toxina?

—Nos la quitaron, el ejército está pidiéndola.

—¿Qué? ¡No!

—Están haciendo papeleos para que les den permiso de atacar y deshacerse de todos.

Me horroricé.

—¡No! No pueden hacer eso. Son una gran nación, es toda una cultura y han avanzado casi tanto como nosotros.

—¿Segura? Aquí en televisión no sale así. Salen noticias de ataques de ellos hacia nosotros, y que prácticamente viven en estado salvaje. Hasta dicen que cometen canibalismo y esas cosas.

—Claro que no, es un engaño. El gobierno manda a atacarlos y al parecer hacen experimentos con ellos. Créeme, son muy civilizados, lo he visto. Mira a Antonio, es como cualquier hombre.

—Sí —dudó ella—. Si no fuera porque tiene colmillos, garras, mucha fuerza, sus ojos son de espanto...

—Vamos, sabes a qué me refiero. Además, para mí sus ojos son hermosos. —Suspiré—. Han creado su propia economía incluso. No me trataron mal.

—Claro que te creo, pero el gobierno manda aquí, ¿no?

Tensé los labios. El gobierno estaba ocultando las cosas y mostrando otras. No quería que destruyeran a todos los H.E, eran grandiosos.

—¿Vamos a sentarnos? —me preguntó nuevamente emocionada—. Debes contarme todo.

Suspiré por la capacidad que tenía de distraerse de un tema. Fuimos a sentarnos, seguíamos estando lejos de Antonio. Lo miraba de vez en cuando, a veces él atrapaba mi mirada y sonreía. Pasé mi mano por mi cabello y Rosy gritó, asustándome. Tomó mi mano para ver mejor el anillo.

—Ah... Eso —murmuré.

Ella se puso de pie de un salto y corrió donde Antonio, le tomó del brazo para verle la mano con el anillo y volvió a gritar. Vino corriendo de vuelta y me abrazó.

—¡Felicidades! —exclamó eufórica.

Reí levemente. Miré a Antonio, él mostraba una espléndida sonrisa, le mandé un beso volado haciendo que se sorprendiera y volví a reír.

—¿Así que no me pensabas contarme eso? Eres una tramposa —me acusó ella.

—Claro que sí, pero luego.

—Eres esposa de Antonio —dijo tratando de aplacar su euforia.

Me ruboricé.

—Sí, creo. Esto pasó en su ciudad, bajo sus leyes.

—Oh, vaya. Debes contarme cómo son.

—Aunque ahí... Antonio no es su nombre, se llama Sirio en realidad, pero él insiste en que le siga llamando Antonio, y la verdad me he mal acostumbrado así que...

Me miró sorprendida.

—Guau... Quién lo diría.

—Es una muy larga historia —dije sonriente.

Puso una pícara sonrisa.

—Y... ¿Ya lo han hecho? —preguntó impaciente.

Me ruboricé más.

—No... No...

—¿Qué tal es? —insistió.

Reí avergonzada.

—No, aún no... Él no sabe de esas cosas, luego te explicaré. Además esto es una

especie de locura juvenil que a él se le ocurrió, apenas llevamos unos días de relación... O lo que sea que puedan tener una humana y un H.E.

Marcos entró en la sala y quedó mirándonos.

—Así que... —Suspiró—. Eras un H.E, ¿no? Interesante. —Podría jurar que se le oía satisfecho. Antonio sonrió—. Aquí al lado unos de seguridad han creado una especie de campo de entrenamiento. A ver si un día de estos haces una exhibición de tus habilidades, quiero investigarte —agregó.

—Estás loco, Marcos —repuse—. No te dejaré experimentar con él.

—No, está bien —respondió Antonio—. Le demostraré lo que quiera, con tal de quedarme aquí sin que quieran abrirme la panza.

Suspiré algo frustrada.

—Tranquila, amiga —comentó Marcos en tono casual—. Son cuestiones con fines científicos.

Me reí.

—Excusas, excusas. Igual vigilaré por si te quieres pasar de la raya —le amenacé.

—Ya, como sea —terminó Marcos, riendo un poco.

John entró en la sala.

—El paciente está recobrando la conciencia —dijo casi sorprendido.

Era normal, los H.E se recuperaban rápido, aunque esto había sido más rápido aún. Antonio y yo fuimos a sala de recuperación. Al entrar el señor estaba parpadeando confundido, seguro preguntándose dónde estaba. Antonio se acercó a él.

—Padre —murmuró apenas.

El señor volteó a mirarlo, seguía confundido. Pude ver que sus ojos eran de un verde similar al de su hijo.

—Sirio —dijo frunciendo el ceño—, ¿qué hago aquí, qué haces tú aquí?

Antonio apretó los puños.

—Orión te atacó, ¿no recuerdas? —dijo suavemente.

—Ah —respondió con pesadez—. Sí, verdad. No sé por qué.

—Perdón padre, hice algo que lo ha hecho enojar. —Su padre lo miró de forma seria y luego me lanzó una fugaz mirada, Antonio lo notó—. Ella... La salvé, traicionándolo, eso es lo que hice. Pero es porque ella lo es todo para mí ahora. No pensé que él haría esto. Sé que cometí un error en unirme a él, ya había aceptado pagarlo con mi vida pero... No pensé que se iría a desquitar con usted...

—Tranquilo —le interrumpió—, entiendo... —Antonio frunció el ceño y tensó los labios, su padre continuó—. Aprecias a los humanos, tienes buen corazón, no has hecho nada malo —dijo casi susurrando, su voz se parecía también a la de su hijo pero modificada un poco por la edad, haciéndola un poco más pesada—. Mis colegas llegaron a tiempo... No quiero que te toque ni un solo cabello —agregó con tono severo—, así que olvídate de querer pagar lo que hiciste con tu vida, él es el que está equivocado.

Antonio seguía con la misma expresión de culpa, me sentí igual de algún modo, no me gustaba verlo así.

»Estaré bien, ve a descansar —le ordenó con suavidad—. Es mejor que haya sido yo.

—Pero él me busca a mí en verdad.

—Te ha entrenado para matar, ¿no?

Mi Antonio se sorprendió un poco.

—Sí, pero...

—Sabes a qué me refiero, él busca eso, busca matarte o que lo mates. Conoces cómo funciona su mente... Así que si llega el momento sólo hazlo, es nuestra naturaleza, no puedes intentar ser humano en todo.

Me sorprendí yo también, cuando los H.E peleaban usualmente buscaban la muerte. Lo había comprobado cuando el primero se decepcionó por no estar muerto, cuando el que quería atacar al niño le dijo que tendría que matarlo para detenerlo, y cuando los hermanos Apus y Antares le dijeron que no se detendrían sólo con vencerlo, sino hasta matarlo.

Suspiré, Orión quería eso: matar o morir.

Capítulo 27: Rigor en la capital

Recordé que no habíamos almorzado y que Antonio no había dormido. Rosy y Marcos nos acompañaron a nuestra habitación.

—Nos vemos de aquí en la cafetería —dijo Rosy guiñándome un ojo.

—Vamos —le ordenó Marcos dándole un ligero empujón para llevársela.

Sonreí y cerré la puerta. Antonio se sentó en la cama y se dejó caer en el colchón, quedó mirando al techo.

—Tranquilo, tu papá estará bien —le aseguré con suave voz.

Sonrió apenas. Me senté a su lado.

—¿Crees que llegará el momento en el que tenga que matarlo? —preguntó mirando seriamente hacia el techo.

Me recosté a su lado y giró el rostro para verme.

—Hallaremos alguna solución si eso es lo que te preocupa, no es necesario que te llegues a encontrar con él.

—No es que me preocupe, podría hacerlo si llegara el momento. —Volvió a mirar al techo—. Lo haría en defensa personal, no mataría por el simple hecho de matar, no es lógico. Siempre he querido darle la contra a las tradiciones de mi nación. —Mostró una fugaz sonrisa—. Además, como dije, lo que quiere no tiene lógica. Debería usar más el cerebro que la fuerza bruta.

—Muchos humanos son tan salvajes como los H.E, supongo que ambas especies tienen sus ventajas y desventajas. Ustedes tienen un lado salvaje que muchos no pueden

dominar. Y, por su parte, muchísimos humanos también tienen el mismo problema. — Sonreí un poco—. La fuerza bruta es un extra de ustedes.

Sonrió, al fin pude ver una verdadera sonrisa en su rostro. Giró acomodándose sobre su costado y me rodeó con sus brazos, apretándome contra él. Enterré mi nariz por su cuello y nos quedamos así por unos minutos. Mi estómago me recordó que tenía hambre con un rugido bastante vergonzoso, estallé en risas.

—Perdón —dije aun riendo.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó con una dulce sonrisa.

—Eh... No sé. —Me encogí de hombros.

Besó mi frente.

—Te amo —dijo casi en un susurro con esa grave voz que me hacía estremecer.

Me ruboricé, era la primera vez que me lo decía. Mi corazón se aceleró y lo besé de forma intensa, gozando sus labios una vez más. Cada beso que le daba era una nueva experiencia, me encantaba, me provocaba cosas nuevas. Uno de sus colmillos rozó mi labio superior sin lastimarme, y de algún extraño modo eso encendió algo. Tiré del cuello de su camisa y giré, trayéndolo conmigo, quedó sobre mí.

El peso de su cuerpo me hizo expulsar aire en un intenso suspiro, se separó parcialmente y pasó su brazo por debajo de mi cintura alzándome con facilidad. Nos deslizamos sobre el colchón, adentrándonos por completo en la cama.

Me miró profundamente y tiré de su cuello, lo besé de forma casi desenfrenada. Todo esto era nuevo para mí, su colmillo hincó mi labio de nuevo pero eso ya no me detuvo. Ladeé mi rostro, besé su mejilla y le di una suave mordida, él pasó su otro brazo por debajo de mi cintura y me apretó contra su cuerpo.

Besé su mentón sumida en la pasión, me repetía a mí misma que podría parar cuando quisiera, sólo quería seguir un poquito más. «*Sólo un poquito más*», me repetía mentalmente, mientras seguía con mi arrebatado ataque.

Volví a subir a sus labios. Le mordí el labio inferior mientras que mis manos habían logrado desabrocharle el primer botón de su camisa. «*Sólo un poquito más y paro*», volví a repetirme. Él besó mi mejilla y fue bajando. Sentí el roce de sus colmillos superiores e inferiores, y luego sus suaves y deliciosos labios sobre mi cuello.

—Sirio —susurré completamente perdida.

Se detuvo de golpe y se retiró, sorprendido.

—Perdón —dijo—, ¿te hice doler?, ¿hice algo indebido? —preguntó preocupado.

Sonreí y negué con un leve movimiento de mi cabeza. Puse mi mano sobre su pecho y me subí a horcajadas sobre él. Me miró sorprendido y podría jurar que también fascinado, eso me gustó.

Me lancé a besarlo. Deslicé mis manos por su pecho y desabroché el siguiente botón de su camisa.

—Sabes... —murmuró contra mis labios.

Nos seguimos besando de forma intensa. Él era como una droga, y estaba dejándose poseer poco a poco. Besé su mejilla y bajé hacia su bonito mentón, dándole otra suave mordida.

—Un amigo... me dijo una vez... —dijo casi sin aliento.

—Um... —respondí contra su cuello.

Mis sedientos labios se acoplaban a su piel suave y tersa. Desabroché otro botón.

—Al formar un núcleo... —Jadeó.

Me gustó eso, me encendió un poco más. Desabroché el siguiente botón mientras seguía bajando sin parar de besarlo.

—Me dijo... que... ¡Um! —gimió en su garganta levemente al final.

Me encendí más aún, besé de forma voraz su pecho, sus firmes y suaves pectorales, mientras seguía desabrochando los botones. Finalmente acabé con todos y mis manos recorrieron su abdomen, acoplándose a su forma, sintiendo su piel, su calor.

—Para tener... hijos —susurró.

Me volví a lanzar a sus labios y él me recibió con fuego. Gemí contra su impasible boca. Sus colmillos me hincaban pero no me separaba, era una perfecta masoquista. Volví a bajar por su cuello, ambos respirábamos de forma agitada.

—Dijo que... había que estar sin ropa —murmuró—, pero no dijo más.

—Ajá... —respondí contra su pecho.

Volví a su boca mientras mis manos subían acariciando toda su piel. Él hizo lo mismo, separé un poco mis labios al sentir la electricidad que me recorrió cuando sus manos subieron lentamente desde mi cintura y pasaron por mis pechos.

Le mordí el mentón, removiéndome contra él. Ya había dejado de repetirme a mí misma que luego pararía, porque ya no pensaba hacerlo. Sabía que su toque había sido casual, sólo imitando lo que yo hacía, sin malicia, dejándose llevar. Bajé a su cuello.

—Me estás quitando la camisa —murmuró.

—Ajá —volví a decir contra su piel.

—Dime —dijo casi en un gemido—, ¿tendremos hijos?

Me paré en seco. Otro sentimiento me abrumó y me eché a reír sobre su pecho, él me miró sorprendido.

—Perdón —dije entre risas—, perdón, perdón... —Me recosté a su lado y él se

reincorporó para verme mejor, ahora estaba confundido. Me relajé—. Cielos... Acabo de sentir que te estoy robando tu pureza —susurré sonriente—. Cielos... —Suspiré y llevé mi mano a mi frente por unos segundos, sacudí la cabeza.

—¿Era eso lo que hacías? —preguntó—. No importa, no te detengas —me rogó.

Lo miré con dulzura.

—Descuida, no estábamos haciendo nada... —Respiré hondo—. Sólo me dejé llevar un poco.

Me puse de pie.

—Um... Eres algo cruel —murmuró.

Me giré para verlo, sorprendida.

—¿Qué?

—Me haces volar en segundos y te detienes de golpe, dejándome en nada... Cayendo... al vacío —dijo casi susurrando, su voz estaba levemente rasposa.

Me veía de forma intensa pero había algo más en esos felinos ojos: deseo. El ardiente deseo queriendo abrirse paso en su mirada. «Ay, rayos, ¿Qué le hice?».

Sonreí apenas, nerviosa.

—Te prometo que continuaremos esto algún día... Pronto, ¿sí?

Sonrió y sus ojos recorrieron mi cuerpo.

—De acuerdo.

Se puso de pie y lo vi muy deseable con la camisa completamente desabrochada, no

podía creer que eso lo había hecho yo. Me había vuelto una loca desenfrenada en sólo segundos. Reí en silencio. A eso se referían con que perdías por completo la razón. No pensé que perdería la razón aún sintiendo que no lo había hecho. Había estado completamente lúcida, lúcida y perdida al mismo tiempo.

—¿Gustas ducharte primero? —preguntó sacándome de mis pensamientos.

—No, tú primero —respondí sonriéndole.

Sonrió y entró a bañarse. Mi mente volvió a volar, tenía que ducharme con él un día o moriría. Me reí como tonta ante mi rara conclusión.

Salí de la ducha completamente vestida, así como él lo había hecho, en algún momento también le diría que eso ya no era necesario si estaba yo sola con él. Lo vi dormido en la cama.

Me daba pena despertarlo. Recordé la primera vez que lo vi así al salir de la ducha, después de que él me cargara en su espalda toda la noche hasta llegar a la siguiente ciudad. Suspiré. Amaba a este joven.

Me arrodillé al lado de la cama, apoyé mis brazos en el colchón y recosté mi rostro sobre ellos. Quedé observándolo por varios minutos, recordando los momentos a su lado, desde que lo vi por vez primera en esa camilla en el laboratorio. Ahora él estaba aquí, tenía un anillo igual al mío, se había convertido en todo para mí en tan poco tiempo.

Mi vista se dirigió al reloj. Vi que eran casi las cuatro de la tarde y me exalté un poco. El leve vibrar del colchón que ocasioné hizo que él abriera los ojos.

—Lo siento —dije—, no quise despertarte.

Me sonrió de forma dulce.

—Descuida.

—¿Vamos a comer algo por ahí?

—Rosy dijo que nos esperaban en la cafetería.

—Sí, pero... —Acaricié su labio inferior con mi pulgar—. A esta hora ya no deben estar ahí, pero compremos algo ligero y luego vamos a recorrer la ciudad, ¿sí?

—Bueno —aceptó con una sonrisa.

Salimos en dirección a la cafetería. Al encontrarnos cerca Antonio sonrió levemente, y cuando entramos supe porque. Rosy, Marcos y John estaban ahí conversando amablemente, voltearon a vernos y nos llamaron.

—Vaya... Creí que ya no estaban —dije confundida.

—Tenemos las tardes libres —contó Rosy—, no hay mucho que hacer —agregó con algo de nostalgia.

—Bueno —sonreí—, compraremos algo de comer y vamos a recorrer la ciudad, ¿les parece?

Ellos me miraron sorprendidos.

—Oye, a Marien no le gustaba salir a pasear, ¿quién eres? —dijo Marcos, sonriendo. Me reí un poco—. Ya sé, vamos un rato al campo de entrenamiento de al lado —agregó.

—Sí, suena interesante —respondí.

Comimos algo y salimos del enorme hospital. A John lo detuvo la policía en la puerta para interrogarlo sobre el supuesto avistamiento de H.E por estos lugares, nosotros salimos de prisa por otra puerta, antes de que nos atajaran el paso también. El campo de entrenamiento estaba cerca. Sí estaba al lado, pero la caminata hasta pasar del área del hospital hasta la de los de seguridad constaba de muchos metros.

Era una edificación que tenía un gran descampado, pude ver que había algunos

obstáculos, zonas para tiro al blanco. Vi una que parecía ser una especie de cámara de hologramas, más al fondo una pared para escalar.

—Entraremos unos minutos, aprovechando que está vacío —anunció Marcos.

El lugar estaba cercado con alambres, daba hacia un gran terreno boscoso y parte de la espalda del hospital. Quizá así no se preocupaban de que los ciudadanos lo vieran. Lo rodeamos hasta llegar al frente de la edificación. Me acordé de los ojos de Antonio y le di los lentes, todos lo miraron.

—¿Te digo algo? —comentó Marcos—. Así das más miedo.

—No seas envidioso, se le ve muy bien —intervino Rosy.

Entramos a la oficina. Un guardia de seguridad estaba aparentemente aburrido sentado tras su escritorio.

—Hey, ¿vienes a ver a Max? No llega aún —le dijo a Marcos.

—Sí, lo sé. Sólo quiero mostrarles a mis amigos el campo, a Max no le importará —respondió él.

—Claro, claro —murmuró pesadamente—. Muéstrenme sus identificaciones.

Le mostramos las identificaciones y nos dejó pasar sin siquiera mirarnos bien, o era porque conocía a Marcos o porque estaba tan despistado como muchos otros guardias.

Marcos nos enseñó algunas máquinas, habían unos cuantos hombres entrenándose en las que eran para trabajar músculos. Nos guió a una en especial.

—Esta —dijo posando su mano en el aparato—, sirve para medir tu fuerza, pero no se usa porque los hombres lo hacen simplemente viendo cuantos kilos levantan, así que es algo tonto. Lo que no saben es que esta te puede indicar los niveles de fuerza extrema a los que llegan los H.E. —Pensó unos segundos—. Aunque sigue siendo innecesario quizá...

Rosy soltó una risa.

—Qué aburrido, ¿algo más? —le dijo.

—Sí, el día que esto esté vacío quisiera ver cuánta fuerza tiene nuestro pequeño H.E —respondió mirando desafiante a Antonio.

Antonio sonrió.

—Bien —dijo—, aunque mis niveles de fuerza no son los más admirables.

—No importa, siempre quise ver a un H.E de cerca sin que esté intentando matarme.

—Luego podría intentarlo también —respondió Antonio con una sonrisa burlona.

—Ja, ja, sí —dijo Marcos en tono sarcástico y serio—. Vamos a ver el campo antes de que llegue Max.

—¿Quién es Max? —pregunté.

—Uno que se unió a los de seguridad hace poco. Lo ascendieron rápido por su entusiasmo. No te agrada, es un joven terco y orgulloso... Además odia a los H.E.

—Um —gruñí—. Tienes razón, no me agrada.

—Podría intentar matarlo mientras tú observas —sugirió Antonio con un leve tono de buen humor.

Reí, Marcos también se rió en silencio. Salimos al campo. Había más cosas de las que había visto: trincheras en donde tirarse para arrastrarse, viejos neumáticos, maniquís tirados y algunos destrozados en el suelo, una caja de madera con bombas de corto alcance y armas de fuego.

—Aquí hay todo tipo de cosas que los hombres disfrutaban hacer —se burló Rosy—, por ejemplo esa trinchera, a ustedes les encantan arrastrarse en el polvo para sentirse

extremos. —Soltó una carcajada.

—Lo mismo había estado pensando yo —dije sonriente.

Antonio volteó a mirar hacia la puerta y todos volteamos también para ver qué había llamado su atención.

Un muchacho había salido al campo, nos miró arqueando una ceja. Estaba con el uniforme de entrenamiento de los de seguridad, la camisa azul marino y el pantalón negro, de esos que tenían bolsillos grandes a los costados y los zapatos negros, de esos con punta de acero.

—Hey Max, llegaste antes —dijo Marcos, noté algo de preocupación en su voz.

—Vaya —dijo él—. ¿Qué me has traído hoy?, ¿más ratones de laboratorio?

Empezó a acercarse a nosotros de forma arrogante, sus ojos eran marrones y el cabello igual, se le veía fuerte, seguro por el entrenamiento.

—No somos ratones —replicó Marcos, algo sonriente.

Max sonrió.

—¿Qué les parece el campo de entrenamiento? —preguntó—. Es genial, aquí puedo destrozar maniqués simulando que son H.E.

Sentí que Antonio se tensó a mi lado y acaricié disimuladamente su brazo para calmarlo.

—Bueno, nos vamos, te dejamos entrenar —sugirió Marcos.

—No —le interrumpió—, escuché que unos H.E habían irrumpido en el hospital, ¡genial!, ¿los capturaron?, ¿los estudiarán?

—Eso nunca pasó —dijo Rosy, haciendo que el castaño la mirase de forma incrédula.

—Por favor, no intentes engañarme, lo sé de fuentes confiables.

—Bueno, nadie experimentará con ellos —aseguré.

—Hey —me dijo con una sonrisa—, tú debes ser Marien. Marcos ha hablado tanto de ti.

Antonio se volvió a tensar.

—Descuida —le susurré en tono casi inaudible, confiando en que sólo él me escucharía.

Max se acercó un poco a mí.

—Guapa y pacifista, ¿eh? —murmuró con una amplia sonrisa.

Me ruboricé pero de cólera, sentí que se burlaba de mí.

—A Marien no le gusta la disputa que hay entre las dos especies —intervino Marcos.

—¿Ah sí? —respondió Max en tono burlón—. Vamos, eso es utopía, los H.E son despreciables, ¿por qué te agradan?

Marcos volvió a intervenir.

—Ya debemos irnos —dijo intentando apartarme, pero no lo dejé.

—Simplemente porque los conozco —continué—, son una sociedad grandiosa.

Max soltó una carcajada.

—Por favor —dijo como si le ofendiera reír—, nadie puede entrar a sus tierras sin morir, o sin que se lo coman, o que se lo coman y muera. —Siguió carcajeándose. Lo miré

de forma despectiva, ni siquiera tenía sentido lo que había dicho—. Los H.E son salvajes, todos saben eso. ¿Cómo puedes apreciarlos? Mataron a tus padres.

Sentí el golpe bajo, Marcos había hablado un poco de más. Antonio me tomó de los hombros pero me zafé de su suave agarre.

—Sí, ya lo sé —dije con algo de dolor pero me calmé enseguida—. Su naturaleza es salvaje, pero así son. Muchos no pueden controlar su instinto pero eso no es excusa, los humanos no nos estamos comportando mejor.

El muchacho me miró simulando haberse impresionado.

—Vaya, dices que los conoces, bien. Tráeme a uno y veremos qué tan bien se controla, a ver si son tan civilizados.

Rosy se había apartado un par de pasos de nosotros, Marcos volvió a intervenir.

—No vayan a pelear, ¿eh? —dijo tratando de sonar relajado y de buen humor, aunque fue obvio para mí que no lo estaba.

—JA, no pelearía con una bella señorita como ella, por más terca que sea —respondió sonriente.

—Pero sí pelearías conmigo —sugirió Antonio, desafiante.

Me preocupé y decidí olvidar el asunto, debíamos irnos de ahí, no tenía sentido discutir.

—Niño —dijo Max—, estoy entrenado para matar H.E, ¿crees que podrías contra mí?

Antonio mostró una siniestra media sonrisa.

—Conozco un H.E que se enfrentaría a ti con mucho gusto —afirmó.

Lo tomé del brazo.

—Antonio, vamos, no vale la pena —le susurré intentando hacerlo retroceder—. No conseguirás un H.E ahora —agregué intentando advertirle que no debía mostrar su apariencia—. Así que mejor vámonos.

Marcos me ayudó a hacerlo retroceder, Antonio cedió y dio media vuelta pero Max interrumpió.

—Si me lo traes te pagaré, en serio —dijo expectante—. No te delataré si logras sacar a uno de los que están en el hospital.

—¿Me pagarás? —dijo volteando a mirarlo—. Sería genial, necesito dinero.

—No —susurré—. No, Antonio por favor, no necesitas dinero...

—Claro que sí —murmuró—, quiero cuidar de ti.

—No, hay otras formas, por favor...

Avanzó zafándose sin problema de nosotros. Marcos me miró preocupado, me encogí de hombros preocupada también.

—Les gusta pelear —lo excusé con un hilo de voz.

Antonio levantó su mano para sacarse los lentes y a Max se le borró la sonrisa al ver sus garras.

—Oh, mierda —dijo sorprendido—. ¿Qué? ¿Cómo entraste aquí, cómo es que no te has lanzado a matarnos a todos?

Antonio sonrió de forma siniestra luciendo los colmillos.

—Sólo me lanzaré a atacarte a ti, para que veas que tengo autocontrol —ronroneó.

—Sirio —le pedí en la voz más baja que pude—, vámonos, por favor. —Me acerqué y tomé su mano con fuerza.

Otro joven ingresó al campo sin prestarnos atención y se acercó a Max mientras mordía una manzana.

—Hola hermano —dijo en tono casual—. ¿Qué hay? —Lo miró al ver que no había respuesta, volteó a vernos y se espantó—. ¡Santa madre de...! —Corrió hacia la caja y sacó un escudo metálico. Lo miré de forma despectiva y me aferré al brazo de Antonio—. ¿Qué creen que hacen? —preguntó horrorizado—. Max, ¿qué sucede aquí?

—Tranquilo —respondió Max—. Está domesticado, no nos atacará.

Antonio soltó un fuerte y salvaje gruñido haciendo que todos diesen un leve brinco de sorpresa, a Rosy se le escapó un corto grito y yo me aferré más a su brazo.

—Mi Antonio —susurré apenas—, vamos, ¿sí?

Me pegué más a él. Estaba emitiendo un grave gruñido que hacía vibrar suavemente su espalda. Apoyé mi rostro en su brazo y eso lo calmó un poco más. El joven dejó caer el escudo.

—Oh vaya, sensacional, ¿me ayudarás a entrenar? —preguntó esperanzado.

—¡¿Qué?! —gritó Max.

—Vamos, él puede enseñarnos. Sería muy diferente a entrenar con maniquís, ¿no te parece?

—Olvidenlo —respondió Antonio de forma tosca.

Dio media vuelta y lo seguimos, aliviados.

—¡Hey!, espera. Te pagaré si me ayudas a entrenar —exclamó el joven.

Resoplé furiosa, ¡otra vez con eso! Antonio lo miró con desprecio.

—¿Y enseñarles a matar a los de mi especie?

—Bueno, entonces sólo enseñanos a pelear —insistió.

Antonio hizo caso omiso.

—Esperen —nos detuvo Max. Ya me estaba agotando la paciencia—, tengo una idea —continuó—. Si hay más como tú, únense a nosotros. Acabaremos con los H.E hostiles, y el resto, que según ustedes son inocentes, seguirán viviendo en paz con nosotros, ¿qué tal?

Antonio continuó caminando y Marcos abrió la puerta para salir de ahí.

»Bueno, bueno —siguió Max—. Sólo únatenos, el gobierno nos paga, podrías entrenar aquí, no pierdes. Ya no diré nada sobre tus congéneres y te mostraré las instalaciones secretas que hay, ánimo... Te pagarán —recalcó con tono tentador.

—Lo pensaré —dijo Antonio al fin.

Le dediqué una mirada de desprecio a Max y salimos de ahí. Resoplé frustrada. Justo tenía que aparecer alguien que tentara a Sirio a volver a las peleas, tal vez la vida tranquila que pensaba llevar con él estaba más lejos de lo que creía.

Capítulo 28: Acoplándonos

Salimos del edificio de los de seguridad, tenía mi mano aferrada a la de Antonio.

—Sabes que no es necesario que pelees —le dije en voz baja procurando que sólo él me escuchase—, el gobierno también me paga. Intentaremos detener la lucha, pero no quiero que te involucres. Compraré un departamento y nos iremos ahí.

—Marien —dijo con su suave voz grave—, ya has cuidado mucho de mí. Además quiero sentirme útil, quiero estar listo en caso de que Orión llegue a encontrarme un día. No quiero que se atreva a tocarte.

—¿Y crees que yo estaría feliz si llega a tocarte a ti también? —pregunté intentando medir mi tono de voz.

Marcos se nos acercó y respiré hondo para calmarme.

—No le hagas caso, Antonio. Aunque a mí me gustaría entrenar con ellos, en vez de estar ahí en el hospital. —Le lancé una mirada fulminante para que se callara, me miró asustado—. Está bien, bien, lo siento —dijo—. Sólo decía.

Suspiré.

—Sí bueno, lo siento también —murmuré con tristeza.

Caminamos en silencio unos minutos, Rosy me jaló hacia un costado y me habló en voz baja mientras continuábamos caminando.

—Amiga, tranquila, todo está bien. Mira, he pensado que si te parecería bien ir a ver una película o algo y luego los dejamos a ustedes solos para que tengan una especie de luna de miel, ¿eh? —Sonrió de forma picara.

No pude evitar reírme, Antonio me miró y sonrió. Me aclaré la garganta.

—Rosy, no... Ya te expliqué que ellos llevan la vida un poco diferente...

—¿Eh? Pero su anatomía es igual a la de los hombres humanos, y ya sabes a qué parte de su anatomía me refiero.

Volví a reír.

—No es eso —dije sonriente.

Decidí explicarle lo que sabía sobre la sociedad de los H.E, mientras caminábamos tranquilamente por las calles. Marcos le hacía preguntas a Antonio, seguramente sobre sus cualidades. Había oscurecido bastante pronto así que ya no me preocupé mucho por que la gente viera sus pupilas. Conforme le iba explicando a Rosy las cosas que sabía sobre los H.E, lucía más sorprendida.

—Guau... ¿Entonces es un milagro que Antonio se haya enamorado de ti?

Reí levemente.

—No lo sé, él no sabía lo que estaba sintiendo, sólo sabía que yo «le encantaba» de alguna forma y ya.

—¡Ooow! —exclamó—. ¿Y cómo fue que te lo dijo? ¿Te besó luego de eso?

Sacudí suavemente la cabeza sonriente.

—No...

—Ah, verdad que ellos no saben lo que es un beso, eso explica la reacción que tuvo cuando yo... —se detuvo—. Bueno, lo de esa vez.

—Sí.

—Ay, pero cuenta. ¿Cómo fue que lo besaste?... Se han besado, ¿verdad?

Volví a reír. Me sentí avergonzada.

—Fue por un loco impulso mío... —Escogí con cuidado lo que le podía contar. Alcé la vista y miré de reojo a Antonio, una leve sonrisa se asomó en mis labios—. Te conté que Antonio traicionó a uno de los suyos por salvarme, ¿verdad? —Ella asintió feliz—. Bueno, estuve encerrada en una celda por unos pocos días, creyendo que no lo volvería a ver. Así que cuando lo vi aparecer, yo... No sé, creí que era algún otro sueño mío en los que él estaba conmigo... y lo besé.

Rosy sonrió emocionada.

—¿Y cómo reaccionó? ¿Qué dijo? —preguntó ansiosa.

—Asumo que lo sorprendí, al principio se congeló pero luego empezó a tratar de corresponderme...

—Ooow, su primer beso.

Reí, esta chica no dejaba de hacer preguntas.

—Hey chicas —llamó Marcos—. ¿Vamos a cenar algo por ahí?

—Claro —respondimos las dos.

Antonio me sonrió de forma dulce al verme más tranquila. Rosy me miró de forma pícaro.

—No importa lo que le hayan enseñado hasta ahora —dijo sonriente—. Ahora eres su esposa, y se nota que te ama —sacó de su bolsillo un paquete de pastillas—, por eso me tomé la libertad de comprarte esto. —Me lo dio y quedé estupefacta, eran pastillas anticonceptivas. Me ruboricé por completo—. Feliz luna de miel —exclamó en voz baja.

Me reí completamente ruborizada y avergonzada.

Los métodos anticonceptivos habían evolucionado en los últimos siglos, ahora la gran mayoría eran cien por ciento efectivos y estas pastillas en particular hacían efecto el mismo día, pudiendo tomarlas cuando a una se le antojase.

Quizá las tomaría, pero aún no podía ir tan rápido, apenas estaba empezando recién. Lo amaba pero no me sentía bien conmigo misma abusando de todo lo que me había dado y de su inocencia, tenía miedo, ¿qué pasaba si algo fallaba entre los dos y él se arrepentía? Sabía lo feo que era arrepentirse. Agradecí aún avergonzada y guardé el paquete en mi bolsillo.

Entramos a un restaurante y nos quedamos en la terraza, así la oscuridad ayudaría a que la gente no notara los ojos de Antonio. Tuvimos una tranquila y amena cena, Antonio estaba nuevamente maravillado por la rara comida humana. Esta vez habíamos escogido un restaurante de pastas, una comida que había sido gestada en un lugar que alguna vez se llamó Italia, cuando no estaba bajo el mar.

Volvimos al hospital, Antonio y yo pasamos viendo a su padre antes de ir a nuestra habitación. Estaba dormido en la camilla, había mejorado notablemente. Fuimos hacia la zona de investigaciones y por las habitaciones, los dos H.E estaban rondando por ahí.

—Mañana estará completamente recuperado, ¿verdad? —preguntó el H.E del que no sabía su nombre aún.

—Sí, tendremos que revisar si sus huesos ya soldaron, eso es algo delicado —respondí.

—Gracias, tengan buenas noches.

Antonio tomó mi mano y fuimos a nuestra habitación. Me quedé observando las pastillas.

—¿Estás enferma de algo? —preguntó preocupado, sacándome de mis cavilaciones.

—No, descuida, es por otra cosa. Algún día de estos lo sabrás —respondí suavemente.

Suspiró y sonrió.

—Me pregunto cuándo llegará ese famoso «algún día de estos».

Reí y lo abracé, buscó mis labios y se los di sin dudarlos. Lo besé sin apuro, gozando una vez más, acoplándome a él, otra nueva experiencia. Tiré suavemente de su labio inferior, él sonrió e hizo lo mismo, cuidando de que sus colmillos no me hincaran demasiado.

—Debes dormir —le dije con cariño.

Rozó su mejilla con la mía a modo de caricia.

—No estés molesta conmigo —susurró.

—No lo estoy.

—No quieres dejar que cuide de ti...

Rodeé su cuello con mis brazos y acaricié su cabello, pegué su frente a la mía.

—Sólo estoy preocupada, puedes hacer otra cosa en vez de meterte a pelear y eso...

—¿Y qué más podría hacer? —preguntó con leve tristeza—. Soy un H.E, ¿qué más podría hacer en esta ciudad?

Entristecí, no había pensado en ese detalle. Suspiré. Ojala el mundo fuera uno solo, mi mundo estaba dividido en dos. Besé su mejilla.

—Bueno, por ahora si gustas únete a ellos, pero veremos qué pasa después, ¿bien?

Me mostró una bella sonrisa. Nos alistamos para dormir. Él se recostó a mi lado y me rodeó con sus brazos, apretándome contra su cálido pecho desnudo. Me embriagué con su delicioso aroma. Lamentablemente nos dormimos casi al instante por el agotador día.

Al día siguiente examiné el estado de su padre y fui a darles las noticias.

—Debe quedarse un día más, sus costillas están mejor pero el brazo aún no, con un día más bastará —les dije.

—Está bien —comentó Antonio con una sonrisa de alivio.

—Esperaremos, no hay problema —agregó Phoenix.

Marcos vino a buscarme.

—Marien, vamos al laboratorio, necesito tu ayuda con unas cosas.

Tiró de mi brazo sin darme oportunidad de reaccionar, volteé a mirar a Antonio. Él y los dos compañeros de su padre quedaron viendo cómo me alejaba. Había olvidado lo que era trabajar y limitarme a verlo sólo en las noches. Me entristecí de repente, me había acostumbrado a estar con él todo el día.

Me dejé arrastrar hasta el laboratorio. Al llegar Rosy me sonrió, se acercó y me apartó de Marcos.

—Hey —exclamó él.

—Enseguida te la devuelvo —le respondió. Me empezó a hablar en voz baja—. ¿Y, ya?

Reí avergonzada.

—No, y no tienes que estarme preguntando todos los días porque no te lo diré —le dije

sonriente.

Hizo puchero.

—Bueno... ¿Pero al menos algún día me darás una pista? —preguntó esperanzada.

—Quizá, si me acuerdo.

—Ok, me quedo con eso.

Me reí, ella volvió a lo que estaba haciendo y fui hacia Marcos.

—¿Y bien, qué necesitas?

Sonrió.

—Ayúdame a clasificar estas células, son de un H.E, estoy comparándolas con las humanas.

Me dio unas muestras y junté las cejas, confundida.

—¿De dónde sacaron estas muestras? ¿Han traído algún cadáver?

Me miró con intriga.

—Um... No, sólo nos las traen para que hagamos estudios sobre los H.E —respondió.

Se me hizo un nudo en el estómago, en algún lugar había habido alguna otra pelea y habían conseguido más cadáveres de H.E, eso era muy probable.

—Siempre les traen muestras... —murmuré.

—Sí.

Resoplé y empecé a examinarlas.

—Esta sin duda es del sistema nervioso —comenté casi para mí misma.

—Genial, apuntalo.

Continuamos en silencio, hasta que él lo volvió a romper.

—Y dime... Así que estás casada con él. —Sonreí un poco—. Los rumores vuelan —asintió riendo en silencio—, cómo cambian los tiempos.

—Es como una locura juvenil, pero igual... No me arrepiento.

—Ja, no creo que sea una locura juvenil, simplemente se dio, y está bien así.

Continuamos clasificando las muestras. Al rato volví a hablar.

—Quisiera conseguir una cita con el ejército o el gobierno, o quien sea, no pueden usar esa toxina.

—Sí, es como si hubiesen buscado la forma de que trabajásemos con ella hasta tal punto, que la dejemos prácticamente lista para que ellos la tomen y la usen. Claro, no contaron con el ataque que hubo. Además el presidente no está de acuerdo así que tenemos tiempo. De seguro el hombre no quiere arruinar su imagen para asegurarse con las siguientes elecciones. Esta mañana anunció que habrá una reunión con todos los gobernadores del mundo para debatir ese tema, será en un par de meses.

El alivio me recorrió, teníamos tiempo por ahora. Había olvidado que el estado no podía llevar a cabo algo tan radical sin que el gobierno mundial lo cuestionara.

—Es verdad... Antonio ha decidido unirse a Max, no me gusta la idea, pero si lo aceptan como H.E ahí podría ser un comienzo para que poco a poco vayan conociendo cómo son.

—Ah, genial. Entonces después de almorzar vamos a verlo.

Recordé que al menos vería a Antonio en las tardes y eso me alegró. Terminamos de hacer las distintas investigaciones y pruebas.

Pude ver cómo una célula H.E se curaba en tiempo record, cómo un glóbulo blanco destrozaba al virus más fuerte. También comprobé que el esmalte de sus dientes era quizá más del doble de resistente que el de los humanos. Sus ojos podían captar más colores, significaba que Antonio veía el mundo más hermoso y diferente. Todo eso no podía ser obra de la naturaleza, era algo más.

Fui a paso ligero buscando a Antonio. No estaba en nuestra habitación, no estaba en la cafetería, tampoco en donde su padre. Marqué un número en el comunicador.

—¿Sí? —preguntó Marcos desde el otro lado de la línea.

—¿Tenemos jardín o biblioteca aquí?

Me dio las indicaciones. Fui hasta el jardín, era un lugar semi público, lleno de árboles y vegetación, muy bonito pero Antonio no podría estar aquí quizá, ya habría venido a verme al olfatearme cerca. Me dirigí hacia la biblioteca y suspiré con alivio al verlo sentado leyendo un libro, me miró y sonrió. Me acerqué y me senté a su lado.

—No te encontraba, me preocupé...

—¿Por qué? No voy a ir a ningún lado —respondió con dulce voz.

Me recosté en su hombro. A veces sentía que se esfumaría o que me lo arrebatarían. El asunto de Orión buscando matarlo quizá me carcomía. Yo sin él, sabiendo que no volvería nunca, esa era mi mayor pesadilla.

—Eres tan especial que a veces no me pareces real, quizá este sea el sueño más hermoso que esté teniendo.

Sentí que se estremeció ligeramente en una corta risa silenciosa.

—Yo diría lo mismo.

Di una ojeada a lo que leía y sonreí.

—¿Más etiqueta social? —pregunté.

—Para hombres —respondió sonriente y se encogió de hombros—. Aunque hay muchas cosas que es obvio que debo hacer por respeto, ¿habrá alguien que no las haga?

—Sí...

—Es verdad, ¿me buscabas por algo?

—Ah —me había perdido con él nuevamente—, Marcos nos espera para almorzar y luego ir a ver al odioso de Max.

—Vamos entonces.

Max nos esperaba en la entrada del edificio, estaba con los brazos cruzados y recostado en el marco de la puerta. Sonrió satisfecho al vernos.

—Me honra, señor H.E —dijo complacido—. Ya hablé con todos aquí —extendió los brazos como alguien que da la bienvenida—, ya no tendrás que ocultarte. Por lo menos en este edificio. —Antonio arqueó una ceja—. ¿Qué? —replicó—. Prometí que me portaría bien, ¿no? —Sonrió de lado—. Síganme.

Nos miramos y lo seguimos, el guardia se acercó.

—Lo registraré —le dijo a Antonio—, venga por favor.

Nos dirigimos al escritorio y tomamos asiento. El guardia acomodó unos papeles en la mesa, vinieron dos más y quedaron de pie a nuestro costado. Noté que estaban tensos, seguro se debía al hecho de que estaban tratando con un H.E, y éste no estaba intentando matarlos.

—¿Me permite su identificación? —dijo el guardia, extendiendo la mano.

Antonio rebuscó en su bolsillo y se la dio, el guardia la observó unos segundos.

—Jonathan Antonio Ramos —murmuró arqueando una ceja. Antonio sonrió levemente, me sorprendí un poco. El guardia continuó—. Bueno, es obvio que es falsa, ¿cuál es su verdadero nombre?

—Sirio Antonio —respondió él sin vacilar.

El guardia lo apuntó en la hoja. Sonreí. ¿«Antonio ramos», eh? Quizá por eso los guardias de las entradas y salidas de las ciudades no nos miraban mucho asumiendo que éramos hermanos y andábamos juntos por eso.

—¿Edad?

—Veintitrés.

—¿Estatura?

—Un metro ochenta y siete, creo... O más —dudó en responder.

—Lo mediremos ahora —comentó el hombre haciéndole señas a los otros dos—, póngase de pie.

Antonio se acercó a los dos guardias, que empezaron a tomarle medidas de su cuerpo mientras el principal anotaba lo que murmuraban los otros. Logré escuchar que pesaba noventa y nueve kilos.

Los H.E siempre pesaban algo más de lo normal. Eran macizos, pura fibra, y según lo

que había observado, sus huesos también eran otra obra maestra. Calculé que Orión estaría por los ciento cincuenta kilos o más, con lo enorme y musculoso que era. Antonio era casi treinta centímetros más alto que yo. Me di cuenta de que me miraba y le sonreí.

Los hombres continuaron con su cuestionario, esta vez sobre posibles enfermedades que pudiera tener, pero él estaba sano por completo. Vi que Marcos estaba cerca de ellos y los escuchaba con mucha atención, reí levemente. Max se me acercó y se quedó de pie a mi costado.

—¿Y ese anillo, hermosa? —preguntó.

Resople impaciente.

—Es obvio, ¿no? —respondí.

—Bueno, ¿dónde está? —dijo en tono de burla—. Si no te cuida terminará perdiéndote.

Rodé los ojos.

—Eso no pasaría, además está aquí conmigo.

Volteó a mirar de forma fugaz hacia el grupo de hombres, luego volvió a mirarme.

—Yo puedo darte más emoción que él —sugirió de forma seductora.

La risa me venció. «*Si supiera*». El guardia volvió y Max se retiró.

—El H.E insiste en que le pongamos su apellido ya que él no posee ninguno.

Lo miré incómoda por referirse a mi Antonio como «el H.E». Respiré hondo para contenerme.

—Claro —dije casi entre dientes—, inscríbalo como él desee.

El guardia asintió y continuó apuntando en el papel.

—Vamos a tomarle la foto y eso sería todo, sígame —le dijo otro guardia a Antonio.

Lo llevaron a otra habitación, Max y Marcos se acercaron a mí.

—Luego de esto quiero ver algunas de sus habilidades, podría enseñarles una de las instalaciones que tenemos en la muralla de la ciudad —comentó Max.

—Rayos —dijo Marcos—, no traje nada para apuntar.

—Antonio no será objeto de tu investigación —repliqué.

Marcos me lanzó una mirada de súplica.

—Él está de acuerdo —repuso.

—Veo que estás a cargo de vigilar a ese ser, ¿no? —comentó Max apoyando una de sus manos en el escritorio—. Un salvaje H.E al lado de una humana... —dijo casi para sí mismo, algo sorprendido.

—Ellos son más de lo que tú crees —aclaré mirándolo de forma seria.

Max miró a Antonio que estaba ocupado aún con los guardias, volvió a mirarme.

—Es raro, el gobierno nunca nos ha dicho eso, y la verdad nunca me detuve a pensarlo. Ya sabes, sólo los he visto atacar y gruñir como salvajes.

—Es cierto, a veces se desmiden, está en su naturaleza... —Miré a Antonio—. Pero son sólo los que han sido entrenados para eso, y desde jóvenes les han inculcado que los humanos somos de lo peor. Así que una vez que llevan a cabo un ataque se dejan llevar por su instinto. Antonio siempre tuvo dudas sobre nosotros, y conocí a otros que son igual a él, son completamente civilizados. Pero tienen sus extras: saben cazar, por ejemplo.

—Debiste tomar fotografías —se lamentó Marcos.

Reí. Antonio me miró y sonrió, los guardias lo dejaron libre. Max se reincorporó y se cruzó de brazos al ver que Antonio se nos acercaba.

—Bien, gato salvaje. Vamos a ver qué puedes hacer —dijo.

Fuimos al campo. Max se puso frente a Antonio y trotó en su mismo sitio para calentar, Antonio frunció el ceño.

—Bien —dijo mientras se ponía en posición de pelea—, quiero ver si el entrenamiento que tomé es suficiente para un combate cuerpo a cuerpo.

Me sorprendí.

—Espera —intervine—, no dejaré que lo lastimes.

Antonio arqueó una ceja.

—Descuida —me dijo despreocupado.

—No le hará nada —agregó Marcos—. ¿Algunas vez has pensado que pasaría si golpeas a un león? Tú lo sabes, Marien. Sabes lo macizos que son, no podrá moverlo ni un centímetro.

Suspiré frustrada. Sí, lo sabía, pero de todos modos me molestaba.

—Oh, ¡claro que sí! —exclamó Max—. He entrenado, le daré un golpe y lo lamentará.

Hizo ademán de golpearlo moviendo el puño izquierdo pero me sorprendió incluso a mí cuando disparó su golpe con el puño derecho. «*Tramposo*». Antonio lo esquivó, Max apretó los dientes y volvió a atacar. Lanzó un puñetazo que también fue esquivado y giró veloz para dar una patada, Antonio dio un leve brinco hacia atrás y derrapó en la tierra volviendo a esquivarlo.

—¡Rayos! —exclamó Max.

Se lanzó para intentar volver a golpearlo, debía admitir que sabía pelear y usaba técnicas. A los de seguridad les enseñaban todo eso, las peleas cuerpo a cuerpo de las antiquísimas culturas asiáticas, que tampoco existían hoy en día, sólo sus descendientes. Pero todo eso no servía de nada si intentaba pelear contra un ser que era el doble de rápido.

Max dio dos puñetazos avanzando lo más rápido que podía, dio un salto dando una doble patada. Antonio se agachó y giró dando una barrida, golpeándole la pierna y haciéndolo caer de espalda. Se quedó ahí.

—Rayos, ya estaría muerto, ¿verdad? —murmuró cruzando los brazos.

—Sí —respondió Antonio—, después de que cayeras me habría abalanzado y mordido tu yugular, eso sería todo.

—¡Bien! —exclamó frustrado—. ¡Es por eso que usamos armas de fuego! —renegó, se puso de pie—. Vamos a la otra instalación.

Salimos del lugar. Max estaba con el orgullo por los suelos, al parecer en verdad pensaba que tendría una oportunidad.

Quedaba en claro que si un H.E quería escapar de un combate cuerpo a cuerpo, podría hacerlo sin problemas, y no había más opción que dejarlo ir. Pero si su intención era enfrentarte y matarte, tampoco tenías opciones. Salvo el pequeño secreto de Antonio, si tenías suerte y lograbas golpearlo con algo en la cabeza podrías salvarte, un golpe muy muy fuerte.

Capítulo 29: Algo oculto

Fuimos a una de las instalaciones de los de seguridad, pero por alguna razón le negaron el pase a Max, alegando que estaban en entrenamiento privado. Nosotros lo esperábamos al frente. Buena parte de la edificación casi formaba parte de la alta muralla de la ciudad. Antonio miró hacia un costado del edificio, Juntó las cejas en un gesto de duda y confusión.

—¿Qué sucede? —pregunté preocupada.

—Detecto el olor de algunos H.E —murmuró.

Max cruzó la calle, bastante molesto.

—Bueno, será otro día —gruñó, nos miró y se dio cuenta de que algo pasaba—. ¿Qué?

—Antonio dice que olfatea a más H.E —dijo Marcos.

Max nos miró confundido.

—Serán cadáveres de algún ataque —dijo luego de encogerse de hombros.

—No —respondió Antonio.

Avanzó cruzando la calle y lo seguimos. Nos metimos por un estrecho callejón, había una vieja puerta oxidada semi abierta. Antonio me detuvo.

—Quédate atrás —dijo casi susurrando.

Max se interpuso entre los dos.

—De preferencia más atrás —completó.

Fruncí el ceño. Nos adentramos por la puerta. Antonio nos guiaba, parecían ambientes en abandono, con algunos muebles metálicos olvidados. La poca luz de la noche hacía que todo se viera digno de una película de terror. Una rata pasó corriendo, me sorprendió un poco pero no grité, ya esperaba encontrarme algo así.

Al avanzar comencé a captar leves sonidos, parecían gritos, como de hombres entrenando o peleando. Conforme avanzamos más pude distinguir otros ruidos: disparos, explosiones cortas, golpes fuertes, el roce de los zapatos sobre el piso. Hasta que otro nuevo sonido me hizo estremecer: gruñidos de H.E y gritos.

Pasamos a un ambiente amplio, del otro lado de una vieja puerta se podían escuchar claramente esos ruidos, por ahora sólo eran órdenes de alguna voz masculina.

—Si esto pasa, señores, quiero que intenten esto... El soldado Ryan les demostrará —exclamaba la voz.

Nos acercamos de prisa a la puerta, tenía una ventanilla oxidada. Antonio y Max la acapararon, Marcos y yo nos tuvimos que conformar con algunos agujeros en la puerta causados por el óxido.

Me horroricé. Un H.E con una mascarilla metálica, como para evitar que mordiera, sin garras, lleno de cortes, sangrando y agotado, a la espera. Frente a él había un soldado de seguridad, más atrás se encontraba el que yo suponía era el principal. Y frente a esa especie de anfiteatro, una multitud de soldados de seguridad.

—Soldado —ordenó el que había estado hablando.

El soldado tomó un arma, nunca fui buena para las armas, sólo observé que era de esas que tenían una hoja metálica a modo de puñal en el extremo, una muy antigua. Me angustié cuando alguien que no estaba en mi campo de visión, obligase al H.E a avanzar hincándole con algo en la espalda.

Se lanzó al «ataque». ¿Qué ataque? Si estaba completamente privado de sus armas naturales. El soldado hizo un movimiento para esquivarlo, agachándose y girando, moviendo el arma consigo, ésta pasó cortándole el abdomen al H.E, que gritó y cayó al suelo.

—Muy bien —lo felicitó el jefe—. Como ven, estas armas tienen un metal especial...
—El soldado respiraba agitado, observando al H.E en el suelo—. Tranquilo soldado, se curará. Es sólo una bestia —le increpó.

Estaba horrorizada, eran ciertas las historias. Me percaté de que Antonio estaba tenso.

—Vámonos —susurré.

Miré de reojo a Marcos, podía ver que también estaba horrorizado. Se sorprendió así que volví a mirar por el agujero. Estaban haciendo ingresar a dos H.E, estos parecían estar más sanos. Liberaron sus manos y uno de ellos se lanzó al ataque. Un choque eléctrico de parte de uno de los soldados lo tumbó al suelo y empujaron al otro al centro de la arena. Al rato lo siguió el que había sido electrocutado.

—Señores, qué gusto —dijo el jefe, ambos le gruñeron—. Tranquilos —los calmó—, les tengo una oferta: peleen a muerte. El que gane se quedará aquí y nos servirá para entrenar. Denos un buen espectáculo.

La multitud de soldados exclamó casi eufórica.

—Argh, todo esto es cruel hasta para mí —murmuró Max, asqueado.

Me di cuenta de que Antonio estaba emitiendo un bajo y grave gruñido, tenía los puños apretados. Puso su mano sobre la manija de la puerta y me aferré lo más fuerte que pude a su brazo.

—No, por favor, no —le rogué.

Me estremecí al escuchar los rugidos furiosos de los H.E que habían empezado a pelear. Antonio intentó zafarse de mí pero yo no iba a soltarlo aunque muriera. Max se dio cuenta y lo detuvo de los hombros.

—¡No te metas, nos matarán a todos! —exclamó en voz baja—. Piénsalo, contrólate.

—Antonio, por favor —volví a rogarle mientras lo rodeaba por la espalda,

aferrándome más fuerte.

Respiró hondo.

—Como ven —exclamó el soldado principal desde el otro lado de la puerta—, son bestias salvajes, no controlan sus instinto, sólo matar.

Rogaba poder salir de aquí pronto.

—He grabado —dijo Max, sacó una mini cámara de su bolsillo—. Los acusaremos con los de las sociedades protectoras y con el gobierno mismo si es necesario.

—Caballeros, retírense —ordenó el soldado tras la puerta.

Salimos enseguida. Antonio arrancó la vieja puerta por la que habíamos ingresado en el callejón, gruñía furioso.

—Llamaré a un amigo que tengo en una de esas asociaciones —murmuraba Max mientras marcaba un numero en su móvil.

Me acerqué a Antonio. Había apoyado la espalda en la pared y estaba con los brazos cruzados y mirando al suelo muy molesto. Quedé frente a él, Alzó la vista relajándose por unos segundos y luego volvió a mirar al suelo con la misma expresión de enojo. ¿Qué podía hacer? No había nada que pudiera hacer, me sentí inútil, era tal y como lo había dicho Ursa.

Crucé los brazos también mirando al suelo con tristeza. «*¿Qué es lo que hubiera hecho ella?*». Apreté los labios convirtiendo mi boca en una línea recta en mi rostro, frustrada. Max conversaba con su amigo por teléfono, Marcos se acercó a nosotros, suspiró y también se apoyó en la pared.

—Listo —anunció Max acercándose—, mañana temprano iré a verlo. Vuelvan ya al hospital.

Asentí, Antonio aún seguía en la misma posición. Suspiró y apoyó la cabeza en la pared, mirando hacia el cielo unos segundos, luego nos miró, ya no estaba furioso pero

seguía tenso.

—Sé cómo te sientes —dijo Max—. Estoy en una buena posición, tengo un ejército, podemos organizarnos con más gente y hacer algo, no sé... Alguna marcha. Contacta a tus amigos H.E, podríamos incluso iniciar una guerra civil.

—¿Qué hablas, Max? —repuso Marcos—. Estás hablando de algo muy grande, esto tiene sus inicios en algún tipo de corrupción, algo más grande que nosotros.

—Sí, pero no nos quedaremos callados, quiero que vengan conmigo mañana —sugirió—. Vamos.

Nos fuimos del lugar, Antonio caminó a mi lado pero no sentía que estuviera conmigo. Al llegar al hospital apenas cenamos.

—¿Qué sucede? —nos preguntó Rosy—. Traen cara de tragedia.

Marcos nos dio una ojeada.

—De aquí te cuento —le dijo.

Terminamos de cenar y fuimos a nuestra habitación. Entré a ducharme, no quería enfrentarme al silencio de Antonio, no sabía qué hacer. Tontamente, deseaba tener alguna comunicación con Ursa para preguntarle qué es lo que haría. Me di cuenta de que estaba bajo la ducha, inexpresiva, mientras el agua me caía sin parar. Terminé de bañarme y me puse pijama.

Al salir vi a Antonio apoyado en el marco de la ventana, como en la primera vez que fui a su cuarto, pero estaba bastante serio. Volteó a mirarme y sonrió apenas, una sonrisa que no impactó en su profunda mirada, luego volvió a ver hacia el cielo nocturno. Me acerqué a él y lo abracé fuerte, enterrando mi rostro en su espalda.

—¿Todo bien? —preguntó.

Sacudí la cabeza contra su espalda en gesto de negación.

—No soporto verte triste —susurré, la voz me traicionó quebrándose un poco.

—No... No lo estoy —murmuró suavemente.

—¿Entonces? —la voz se me volvió a quebrar. «*Rayos*».

—Quizá me siento indignado, impotente, estas cosas pasan cuando hay guerras. Seguramente esos H.E también mataron humanos —suspiró—, pero aun así, también son víctimas de las cabezas detrás de esas batallas, incluyendo líderes como Orión.

—No hay excusa para lo que hacen esos de seguridad, están locos, es de enfermos, es... Inhumano —murmuré.

—Lo sé... Siento que hayas tenido que ver eso, y siento haberte preocupado.

Volví a negar con la cabeza.

—Perdóname por no saber qué hacer para mejorar tu estado de ánimo.

—No digas eso —murmuró de forma dulce—. No es tu obligación subirme el ánimo cada vez que yo me hunda, o saber qué hacer para lograrlo, o...

—Claro que sí —le interrumpí—. Soy tu esposa, debería saberlo y me siento inútil.

Hizo ademán de voltear a verme así que tuve que soltarlo para dejar que lo hiciera. Quedó mirándome.

—No eres inútil. —Tenía las cejas casi juntas en una expresión de preocupación y tristeza.

Bajé la mirada. Ahora le estaba complicando más las cosas, *genial*.

—Perdón —dije casi en un susurro—, pero... —Me detuve, no sabía si era buena idea traer a colación lo que me había dicho Ursa, justo ahora. No, definitivamente no era buena idea—. Nada, descuida, olvídalo.

Él tensó los labios acentuando más su expresión.

—No lo olvidaré. Al decir *olvídalo* no hará que se me borre de la cabeza automáticamente, dime qué ibas a decirme —habló con calma, pero las palabras eran autoritarias.

Me sentí diminuta. ¿Estábamos discutiendo ahora? Se me hizo un nudo en la garganta, me la aclaré un poco para poder hablar.

—Ursa... —Alcé la vista fugazmente para ver su expresión, ahora estaba confundido —. Me dijo que yo no valía para ti, porque no sabía muchas cosas, y entre esas el hecho de no saber qué hacer si algo te enojaba... Algo así —me había ruborizado de la vergüenza —, y al parecer ella sí sabía todo eso. Tu mamá estaría muy feliz si tú estuvieras con ella. —Una traicionera lágrima corrió por mi mejilla.

«*Genial, ¡genial!*». Me estaba comportando como una bebé, trayendo a colación un tema que no tenía nada que ver. Actuando de forma torpe y molesta como alguna adolescente tonta, celosa e inmadura, incapaz de dejar ir el pasado. Tenía ganas de llorar más, ¡pero de cólera!

Retiró de forma delicada mi estúpida lágrima, sacudí la cabeza.

—Perdóname, soy una tonta, esto no tiene nada que ver. Ya estoy vieja para estas cosas... —Pegó sus labios contra los míos rodeándome con sus brazos y me atrajo hacia su cuerpo.

Rodeé su cuello y prácticamente me colgué de él, casi no tocaba el suelo ni con las puntas de mis pies, tal y como sucedió en el primer beso que le di. Nos besamos de forma suave e intensa, disfruté otra vez del perfecto grosor de sus labios, su textura, su aroma.

—Au —exclamé en voz baja sin querer.

Mi labio inferior había sido atrapado fugazmente por sus colmillos del lado derecho, hincándome. Él se detuvo al instante.

—Discúlpame, no lo hago de forma intencional —dijo preocupado.

Sonreí un poco.

—Lo sé, descuida, me gusta —susurré. Rocé mi nariz con la suya, luego rocé mis labios con los suyos y respiré su aliento embriagador—. Perdóname.

—No hay nada que perdonar, sé tú misma y punto. Olvida lo que dijo Ursa, no hay nadie que yo quiera a mi lado más que a ti. Creo que soy fácil de descifrar, si aún no sabes algunas cosas sobre mí no te será difícil averiguarlo con el tiempo.

—Um —murmuré, no había despegado mis labios de los suyos, seguía rozándolos con suavidad y lentitud—. Pero me *pica* la curiosidad, ¿qué es lo que te levanta el ánimo?

Sonrió y me dio un suave beso.

—Depende, si estoy estresado: corro, si estoy triste: corro —reí un poco—, si estoy angustiado por algo: corro. Y si hay obstáculos, mucho mejor. Creí que ya lo habías deducido.

Lo besé. Lo amaba, podría hacerle el amor ahora mismo... «¡La pastilla!».

—Um... —Me separé a regañadientes—. Dame un segundo.

Me miró arqueando una ceja, le guiñé un ojo y sonrió.

—Bueno —murmuró—, mañana debemos ir a quejar a esos corruptos, así que...

Suspiré con algo de tristeza de pronto. Él había pasado por tensión y estaba agotado, tal vez no era momento aún para adentrarlo a un nuevo tema.

—Sí, ya dormir —dije.

Jaló sus cosas y entró a la ducha. Me recosté a esperar.

Sentí que me apretaba contra él, me encontraba ya semi dormida. Rocé su piel fresca y cálida. Enterré mi rostro en su pecho, le di un beso y volví a dormirme sin siquiera darme cuenta. «Rayos».

Desperté con sus suaves caricias como el día anterior. Si un día me faltaba todo esto, moriría. Me estiré un poco y besé su mentón, me acomodé deslizándome sobre él y quedé encima. Me perdí en sus ojos de verde intenso y pupilas rasgadas. Rocé mi nariz con la suya.

—Buenos días —susurró.

—Ummm —ronroneé a mi modo mientras besaba sus labios.

Sonrió.

—Si sigues así siento que te haré algo, no sé qué, pero me provocas hacerte algo.

Me reí un poco.

—¿Ah sí? —Noté que mi voz había sonado seductora, continué—. ¿Qué te provoca hacer? Podrías descifrarlo e intentarlo... Algún día de estos. —Arqueeé una ceja sonriéndole de forma tentadora.

Me miraba fijamente, y me reí un poco ante el leve rubor que se había formado en sus mejillas.

—Pero no sé si sea buena idea —dijo casi en susurro.

—Ah, entonces sí sabes qué quieres. —Se ruborizó un poco más y negó—. Dímelo, dímelo —le pedí mientras le daba besos.

—Quisiera... tocarte —confesó en voz baja—, como anteayer. No, no quiero... Me muero por hacerlo. —Tensó los labios—. Listo lo dije, perdóname no puedo evitarlo. De hecho, las ganas que tengo son tan fuertes que me asustan, y no quiero lastimarte.

—Puedes hacerlo, no me lastimarás —le susurré haciendo que se sorprendiera.

Lo besé y empecé a acariciar su pecho. El fuerte sonido de mi teléfono nos hizo sobresaltar, fui de mala gana a contestar.

—Hola —saludó Max desde el otro lado de la línea—, después de almuerzo vamos a ver a mi amigo a la asociación de protectores esos.

—Ah, sí...

—Avísale a tu mascota que tiene que venir.

Resoplé furiosa.

—¡No te refieras a Antonio de esa forma! —le advertí.

Escuché que se reía divertido.

—Claro, claro —respondió entre risas—. Nos vemos.

Colgué frustrada, miré a Antonio y él sonreía.

—¿Y ahora qué dijo? —preguntó.

Sacudí la cabeza sonriéndole.

—Nada especial, sólo quiere que vayas.

—Bien. —Se puso de pie—. Descuida, lo dejaré inconsciente en cuanto tenga oportunidad.

Nos alistamos para empezar el día, cada uno por su lado esta vez, me sentí algo triste. Lo detuve en la puerta.

—Esta noche no te me escapás —le susurré.

Tiré del cuello de su camisa al mismo tiempo que me empujé y devoré sus labios. Alguien se aclaró la garganta haciendo que nos detuviéramos, era Marcos, me sentí avergonzada de que nos hubiera visto así. ¿Era que acaso hoy todo nos iba a interrumpir?

—¿Vamos? —preguntó.

—Sí —respondí, volteé a ver a Antonio—. Te veo más tarde. —Le sonreí de forma dulce.

Me devolvió la sonrisa y se fue. Marcos arqueó las cejas.

—Pareces adolescente enamorada —dijo en tono divertido, pero sabía que me lo estaba reprochando.

—No lo sé, no planeaba que me vieran —contesté.

Suspiró.

—Vamos.

Me percaté de que había algo raro en su expresión, quizá pasaba algo malo. Nos dirigimos a la morgue. Había una camilla, y sobre ésta un cuerpo, estaba cubierto con una sábana blanca. Marcos me miró y asintió con la cabeza. Me acerqué y retiré parcialmente la tela, era un H.E, quedé sorprendida.

—Me dijeron que lo han traído de otra ciudad en la que hubo un ataque pero...

—Es el de ayer —completé su frase.

—Tiene el cuello roto, eso sólo lo puede hacer otro H.E. —Me estremecí y me alejé un poco—. Bueno... servirá para seguir investigando, ya saqué una muestra para ver bien el código genético y rastrearlo si fuera posible. —Lo observó unos segundos más—. Lo guardaré.

Luego de eso nos fuimos al laboratorio a seguir con las células. Me preguntaba cómo estaría Antonio, ¿cuánto tiempo más pasaría para tener una verdadera vida con él? O quizá esta sería mi vida, en tiempos de guerra. Me había quedado pensando en la nada mientras observaba una célula del tejido óseo.

—Son salvajes, ¿verdad? —preguntó Marcos, su voz fue apenas audible.

—Sí, algo...

—Deberías tener cuidado —murmuró apenas.

—¿Por qué? —Junté las cejas en señal de duda por su pregunta.

—Él también es un H.E —se aclaró la garganta algo nervioso—, ya sabes... Son peligrosos.

—Antonio no es peligroso. —Dejé en evidencia mi leve molestia por lo que había dicho.

—Ya pero... Seguro lo has visto pelear contra otros...

—Bueno, no es peligroso para mí —insistí de la misma forma.

Suspiró, cambió de muestra en el microscopio y lo observó, luego continuó.

—Me preocupa, sólo eso. Es que... Nadie puede controlar a un animal o un ser salvaje, siempre les gana el instinto...

Resoplé frustrada.

—¿Por qué todos los ven como animales? —pregunté impaciente.

—Sólo con ver sus células deduzco que incluso podrían no ser humanos, Marien.

Lo miré con el ceño fruncido pero intrigada a la vez. También había pensado en eso, todas las cualidades que poseían eran muy distintas, eran en verdad como la versión mejorada de un ser humano. Pero tanto código genético indicando esos cambios también podía significar que no éramos compatibles en absoluto. A veces sólo parecía que tenían una apariencia similar al humano pero que no descendían de nosotros, eran algo más, una especie de nueva creación de alguien o algo. Había bajado la mirada al llegar a esa conclusión, Marcos tenía algo de razón.

—¿Ahora lo ves? —preguntó casi susurrando.

Alcé la vista, lo miré unos segundos y volví a mirar al microscopio.

—Sí... lo veo —murmuré apenas—, pero Antonio no me haría daño.

—Bueno, eso no es todo —continuó—. ¿Qué clase de vida podrías llevar con él?

—¿A qué te refieres? —Fingí duda, sabía a lo que se refería, yo misma me había preguntado lo mismo por Antonio cuando quiso unirse a mí.

—Estamos en malos tiempos. Él no puede estar en la ciudad sin que los de seguridad intenten matarlo, y tal vez usarlo en sus enfermizos espectáculos internos. Y ahora está entrenando con el ejército de Max, ¿no crees que eso podría sacarle su lado más salvaje como a los otros H.E, que están dominados por su instinto?

—No se hará salvaje —dije, pero sentí miedo igual—. Él ya ha entrenado... en su mundo...

—Ese es otro punto, él pertenece a su mundo y tú a este. No podrán detener esta guerra, ¿no lo ves? Tú no puedes irte a vivir a su ciudad y él no puede quedarse aquí... A la larga tendrá que ser así.

Sentí un nudo en la garganta, había pensado lo mismo alguna vez. La tristeza me

invadió, no quería separarme de Antonio. Quizá no sólo lo amaba sino que también estaba encaprichada, esos motivos eran suficientes como para no haberme enamorado de él pero no lo había podido evitar.

Sentí que el corazón se me estrujaba cuando pensé que quizá llegaría ese día, en el queuviésemos que separarnos por esas razones y que todo esto hubiera sido una simple locura y quede en el pasado para ser olvidado, mi fugaz romance con un H.E. Si lo pensaba bien, ni siquiera llevábamos años de novios o algo así.

—Lo amo —dije casi en un susurro con la voz algo quebrada, como si esa fuera la única verdad absoluta, el único motivo que justificaba todo lo demás, la única cosa que anulaba las razones por las cuales no deberíamos estar juntos.

—Sí, lo veo... —Suspiró—. Tranquila, ya olvídale, sólo decía, perdón por decirte todo eso...

—Está bien. —Respiré hondo para mejorar mi voz—. También lo había pensado. Había tratado de hacerle entender, pero no sé si él tenga conciencia de esto. Quizá al final sí sea así, quizá sería mejor terminar esto antes de que se vuelva más fuerte...

Capítulo 30: Amenaza

Marcos se alarmó al escucharme decir esas cosas.

—No, no, no. Déjalo ya, no pienses en eso. Te veo feliz y no quiero que cambies, ¿bien? Así que olvídalo ya, intentaremos hacer algo de algún modo con esta especie de guerra tonta, no hay que rendirse aún... Perdón...

Asentí lentamente y volví a mirar al microscopio, sentía que el mundo había estado a punto de quebrarse en pedazos a mí alrededor pero ahora volvía a estabilizarse.

»No pensé que te vería besándolo, creo que me dio celos —murmuró concentrado en el microscopio.

Suspiré.

—Sí, lo beso mucho —le aclaré en venganza por haberme dicho tantas cosas.

Continuamos en silencio. Después de almorzar fuimos al campo de entrenamiento y nos dejaron entrar sin problemas. Los soldados ya se estaban retirando y conversaban sobre el día. «Max es genial, trajo un H.E», «nos derribó a todos», «au, no me toques el brazo», «es raro, no pensé que fuera tan... humano», «quería ver lo qué haría ahora»: eran algunos de los comentarios que escuchaba.

Salimos al enorme campo y vimos que había todo un circuito preparado. Dos maniquís al final, eran maniquís articulados, podían ponerse en distintas posiciones. Antonio estaba a un extremo, llevaba la camisa azul marino y el pantalón negro igual que Max, Marcos y yo nos miramos y nos encogimos de hombros. Al parecer estaba esperando algo. Pude ver a Max en una esquina frente a un tablero, al parecer había botones y palancas en éste.

Max alzó un brazo y Antonio se lanzó a correr como una bala.

—¡Guau! —exclamó Marcos—. Es más rápido que otros, ¿qué velocidad alcanzará?!

Ambos dimos un ligero brinco de sorpresa cuando brotaron llamas de la tierra. Antonio dio un largo salto sin problemas, en ese mismo instante una bala de cañón salió disparada desde algún lado que no pude identificar y Antonio la esquivó agachándose al aterrizar en el suelo. Continuó corriendo, trepando por una especie de montaña de neumáticos en tiempo record, corrió cuesta abajo y se lanzó hacia un maniquí que recién veía yo. Lo golpeó, el maniquí cayó al suelo y se le desprendieron los brazos y la cabeza por el impacto.

—Au —murmuró Marcos.

Antonio estaba esquivando unas grandes esferas de trapo, o quizá contenían arena, no sabría decir. Le asestó un golpe a una y la mandó varios metros lejos. Pude ver cómo la esfera se había roto, revelando las pequeñas piedras que tenía dentro.

Corrió mientras continuaba esquivando o desviando con golpes las esferas de tela llenas de piedras. Max disparó otra bala de cañón, Antonio la esquivó y dio un par de vueltas en el suelo, aprovechando para agarrar impulso, lanzándose contra otro de los maniqués. Con un rápido movimiento del brazo lo apresó y lanzó contra el suelo, la cabeza del maniquí se hizo pedazos. Lo oí gruñir y lanzarse al otro maniquí que estaba de espaldas, lo apresó del cuello y con otro veloz movimiento la cabeza del maniquí salió volando.

Marcos y yo nos habíamos quedado estupefactos.

—¿Qué decías con respecto a que no es peligroso? —preguntó en voz baja.

—No lo niego, sólo no es peligroso para mí —murmuré.

Antonio volteó a mirarme y me sonrió.

—¡Hey! —exclamó Max al mismo instante que apretaba un botón, una enorme pelota de jebe salió disparada cerca de Antonio, llevándoselo de encuentro—. ¡No te distraigas!

—No —susurré preocupada.

Antonio cayó y se deslizó sobre la tierra unos metros mientras la pelota se iba

rebotando por ahí, corrí a verlo. Pude escucharlo reír y me sentí aliviada, sólo a él le parecería divertido haber sido embestido por una enorme pelota. Llegué y me senté sobre mis talones a su lado, él se apoyó en los antebrazos y me miró sonriente.

—Acabas de asesinar a tres maniquís —le dije de forma extrañamente tierna.

Soltó una leve risa.

—Max dijo que lo hiciera. Sólo quería probar algunos de sus equipos más extremos, aunque eso no fue nada.

—Te he extrañado toda la mañana —le susurré mientras me acercaba a sus labios.

Lo besé de forma tierna. Si la vida con él sería en tiempos de guerra, no me importaba. Haría todo lo posible por quedarme a su lado toda mi vida, porque si lo dejaba ir mi vida se iría con él.

—¿Qué? Esto debe ser una broma —exclamó Max.

Lo miramos. Había venido a vernos junto con Marcos, sonreí y me apoyé en el pecho de Antonio.

—¿Qué te parece una broma? —pregunté sonriente.

—¡¿Tú y él?! Creí que era Marcos. —Estaba bastante sorprendido, su mirada se dirigió a la mano de Antonio y pudo ver su anillo—. ¡Ah! No puedo creerlo, creí que ese anillo era alguna cosa, todo menos eso, es decir... ¡Es un H.E! —Señaló a Antonio mientras decía esas últimas palabras en modo de acusación.

Reí. Pasé mi brazo sobre el pecho de mi Antonio, abrazándolo, le di un beso en su cuello mientras Max miraba casi horrorizado. Sonreí y subí el rostro dándole un beso en su mentón, luego otro en su mejilla. Antonio tenía una media sonrisa de lado y una ceja arqueada, reí suavemente contra su oído al ver que él también se estaba divirtiendo con este nuevo juego de «perturba a Max».

—Ok, bien —dijo Max alzando las manos a modo de rendición—. Ahora sí lo he visto

todo —agregó mientras se daba la vuelta y se alejaba.

Marcos se alejó riendo. Antonio se puso de pie, se sacudió algo del polvo que tenía y me extendió la mano para ayudarme, aunque en realidad no era necesario, pero quería tener contacto con él incluso con la mínima excusa.

Fuimos a la oficina de la asociación de protectores de los H.E, bueno, también se dedicaban a proteger animales, aunque nuestro contacto con animales del exterior era casi nulo. La humanidad se había alejado casi por completo del mundo y de la vida que reinaba ahí afuera.

El amigo de Max nos recibió y quedó sorprendido al ver a Antonio.

—Relájate, no hará nada —dijo Max—. No todos son unos desalmados, este por lo menos piensa y te sonrío antes de matarte —agregó riendo un poco.

—Max —repliqué.

—Bien, bien. Me callo.

Nos acercamos al escritorio del joven mientras se sentaba a ver la grabación de Max, abrió los ojos como platos mientras observaba.

—Cielos... ¿Qué? —murmuró y Max asintió.

—Sí, y eso que yo pertenezco a los de seguridad. No importa si me expulsan por revelar esto, es demasiado.

—Está bien —respondió su amigo—, llevaré esto a los dirigentes, es más, debemos ir de frente allá.

Tocaron la puerta, enseguida se puso de pie y fue a abrir. Antonio volteó a mirar hacia el exterior. También hice lo mismo y me horroricé.

El joven estaba atendiendo a cuatro hombres, uno con traje y los otros tres fornidos

con casco. Pánico, ¿cómo era posible? La única vez que vi eso fue en aquel pueblo aislado en el que tres H.E atacaron a Antonio siendo manipulados por un hombre.

Max y Marcos me miraron casi horrorizados, seguro era la cara de espanto que había puesto.

—Marien, estás pálida —dijo Marcos casi susurrando.

—Son... H.E —murmuré apenas—. Nos harán pedazos —agregué casi sin voz.

—Claro que no, nosotros también tenemos un H.E, no veo el problema.

—Tonto —exclamé en voz baja—. Tres H.E no son cosa fácil, no tienes ni idea.

—No permitiré que te toquen —me dijo Antonio.

—Jóvenes —dijo el hombre, haciendo a un lado al amigo de Max, sin inmutarse por la apariencia de Antonio—. Uno de mis amigos —señaló de forma fugaz a uno de los H.E que se encontraba detrás— me dijo que los había visto en nuestras instalaciones el día de anoche.

Era obvio que nadie nos había visto, pero seguro ese H.E había detectado nuestro aroma luego de que nos fuéramos o algo similar.

—Se equivoca, ¿tiene alguna prueba? —preguntó Max, retándolo.

—Me temo que sí —respondió el hombre—, pero descuiden, no habrá problemas si ustedes prometen no decir nada y destruir toda evidencia. También si entregan a ese H.E que tienen, es ilegal poseer alguno sin permiso del gobierno. ¿Y bien?

Me estremecí, querían llevarse a mi Antonio también, ¿qué podríamos hacer contra tres H.E? No era problema para ellos matarnos a todos. Sentí que me bajó la presión, mi estúpido cuerpo y sus estúpidas reacciones inoportunas.

—Le entregaría la información y no diríamos nada, pero no le entregaré al H.E,

pertenece a mi ejercito —interpuso Max, sacando su identificación.

—Lo sentimos, pero ese no ha sido un proceso del todo legal, ese H.E debe permanecer bajo estricto control.

—¿Cómo ellos? —repuso Antonio con brusquedad, señalando con un movimiento del rostro a los otros de su especie.

El hombre sonrió de forma siniestra y asintió.

—Olvidelo —respondió Max, haciendo que el hombre diese un pesado suspiro.

—Lo pondré así: si no me entregan lo que quiero mataremos al H.E, no puede estar libre, es un peligro.

—¡Él no es un peligro para nadie! —exclamé con la poca fuerza que tenía para hablar en ese momento.

—Y mataremos al que se interponga —agregó mientras me miraba en forma de advertencia.

Antonio soltó un salvaje gruñido, el hombre ladeó el rostro y uno de los H.E salió disparado contra él, solté un grito por la sorpresa y el temor. Se estrellaron contra el escritorio, haciéndolo pedazos. Max se lanzó hacia el sujeto pero el otro H.E lo embistió. Me tapé la boca horrorizada, lo mataría en segundos.

Marcos tiró de mi brazo para huir de algún modo pero el otro H.E ya estaba frente a nosotros agarrándonos de sorpresa. Dio un zarpazo, y fue tan veloz que apenas pudimos retroceder de un salto, logró cortarme un poco el brazo. Antonio embistió al H.E que me había herido con el otro aferrado a su brazo, mordiéndolo furioso.

Sacó un cuchillo del pantalón y lo clavó en el brazo del H.E justo antes de que el que lo tenía mordiéndolo tirara con fuerza haciéndolo gritar. Le dio un codazo y se apretó la herida del brazo con la otra mano. El H.E escupió el trozo de carne que le había arrancado y sonrió aún con la boca ensangrentada.

—Mierda —murmuró Marcos.

Se puso delante de mí mientras Antonio y el otro H.E peleaban. Gruñían furiosos mostrándose los colmillos. El otro H.E se había sacado el cuchillo del brazo y se lanzó también al ataque, golpeando a Antonio contra el otro. Antonio lo golpeó y lo lanzó contra la pared mientras el otro se lanzaba a atacar también, lo esquivó y el H.E se golpeó contra el otro que se estaba poniendo de pie junto a la pared.

Escuché un disparo. Volteé y Max había logrado darle en la pierna al otro H.E, pero se le veía herido, tenía la carne desprendida del brazo y sangraba demasiado. Se apretó la herida sin soltar el arma. El H.E se tambaleaba intentando seguir de pie, se lanzó contra Max pero Antonio lo embistió. Los otros dos se lanzaron sobre él.

Lo oí gritar y me estremecí, apreté mi cabeza angustiada. Max le disparó al que estaba más cerca a Antonio, que le había estado mordiendo cerca de la yugular. Antonio apretó la herida con una mano y de una patada apartó al otro que le había arrancado más carne cerca del hombro.

Se puso de pie veloz como siempre y agarró una gran porción del escritorio destrozado, golpeando con fuerza al H.E que ya estaba nuevamente casi sobre él. El H.E que estaba herido en la pierna se lanzó contra él, pero giró apartándolo de un golpe, lo embistió y el H.E se dio de cabeza contra la pared, quedando atontado. Antonio lo golpeó con la porción del escritorio y cayó.

Miré al hombre de negro, estaba a punto de salir huyendo de ahí.

—¡El hombre! —grité.

Eso fue suficiente para que Antonio se lanzara contra él, el otro H.E se lanzó también y los tres cayeron a la calle. Corrimos hacia la puerta, y el hombre yacía inconsciente en el asfalto, Antonio se había lanzado al H.E mordiéndole por las cotillas mientras éste le cortaba la piel con las garras por donde podía alcanzar. Antonio escupió la carne, el H.E lo pateó pero Antonio sólo derrapó en el asfalto. Recordé algo.

—Max, el hombre debe tener una especie de control...

—¡Claro! —exclamó entendiendo mi idea al instante y corriendo hacia el hombre.

Por su parte, Antonio golpeó al ser pero no pudo evitar que éste le diera un zarpazo por el cuello y el rostro, le soltó un salvaje y corto rugido de advertencia y lo embistió, el sujeto cayó al suelo y quedó mirando confundido hacia el cielo.

Max había encontrado el control y lo había desactivado. Antonio respiraba agotado, corrí hacia él. Estaba con enormes manchas de sangre pero no me importó, quería abrazarlo así que me aferré a su cuerpo.

—Dios, ¿qué fue todo eso? —exclamó Max mientras se nos acercaba.

—Al parecer capturan algunos y los mantienen controlados de alguna forma —dije mirándolo.

Antonio tomó mi brazo y vio mi herida.

—Perdóname, dije que no permitiría que te tocaran y mira esto —murmuró enfadado consigo mismo.

—Descuida —respondí.

Levantó un poco mi brazo y pasó suavemente su lengua por mi herida bajo las miradas estupefactas de los tres jóvenes que estaban a nuestro lado.

—¿Pero qué...? —dijo el amigo de Max con una expresión de confusión tremenda.

—Nuestra saliva es desinfectante y cicatrizante —explicó Antonio sin desprender su tierna mirada de la mía, me sonrió con alivio.

—No dejaré que me lamas —renegó Max alzando las manos y negando con la cabeza.

—No pensaba hacerlo, cúrate sólo, esto lo hago con ella nada más —le respondió Antonio con una divertida sonrisa, se tornó serio a los pocos segundos mientras me rodeaba con sus brazos—. Gracias por la ayuda.

—Volvamos al hospital, debemos atender esas heridas —dijo Marcos.

—Yo iré a presentar esto antes de que alguien quiera que desaparezca de nuevo — sugirió el amigo de Max refiriéndose a la grabación, se fue corriendo.

Nos dispusimos a irnos cuando vimos al H.E, parado frente a nosotros mirándonos, de la oficina destrozada salieron los otros dos, de hecho uno de ellos llevaba casi a rastras al otro y también quedaron mirando.

—Oh—oh —dijo Marcos en voz baja.

Antonio emitió un bajo gruñido de advertencia y el H.E levantó las manos, alegando que no haría nada. Se le veía joven, quizá sólo tenía algo más de edad que Antonio.

—Lo sentimos, nos tenían controlados —dijo—. Soy Ácrux, ellos son Alpha y Centauri —señaló a sus compañeros—, supongo que... gracias por no matarnos.

—Ni que lo digas —respondió Max con gesto de incredulidad.

Seguramente estaba sorprendido por la buena educación de las bestias que acaban de atacarnos, o también por los raros nombres que tenían.

—Nos deshaceremos del hombre y nos iremos, nadie nos verá —aseguró el que se llamaba Centauri.

—Vayan al hospital luego —dijo Marcos—, los atenderemos ahí.

Max lo miró con la boca abierta, horrorizado y sorprendido a la vez, le palpé el hombro para que se calmase y nos fuimos.

Mientras curaba a Antonio escuché a Max renegando.

—Esto no se curará nunca, ¡rayos! Tendré un hueco en el brazo de por vida, ¡maldita

sea! —No pude evitar soltar una corta risa—. Claro, ¡ríete! —volvió a renegar.

—Lo siento.

—No hagas drama —le ordenó Marcos—. Vamos al quirófano, te lo regeneraré con células madre.

—¿Y cuánto me costará eso?

—Nada, ustedes tienen seguro, ¿no? *Tacaño*.

—Ah —respiró aliviado—, verdad.

Se fueron, vimos entrar a los tres H.E que nos habían atacado, se habían puesto los cascos nuevamente. De todos modos ya habíamos despachado a la gente así que no hubo problemas, John suspiró con pesadez.

—Lo siento John —le dije, puse mi mejor expresión de agradecimiento—. Nos estás ayudando mucho, gracias.

Sonrió y se encogió de hombros, se acercó a los recién llegados para atenderlos. Rosy apareció preocupada.

—Cielos, ¿qué paso? —preguntó asustada al vernos.

—Una larga historia —respondió Marcos que ya estaba de regreso.

Rosy volteó a mirar a los otros tres H.E que se encontraban con John.

—¿Y ellos? —Ahora lucía levemente interesada, eso me hizo sonreír.

—Están heridos y los están atendiendo, eso es todo.

—Um... Ya vuelvo... —murmuró mientras se iba hacia ellos.

Reí en silencio.

—Por cierto, ¿y Max? —le pregunté a Marcos.

—Ya está en recuperación, de todos modos tardará en sanar un poco. —Miró a Antonio—. ¿Y tú?

—Seguro mañana estaré como nuevo —le respondió con una leve sonrisa.

Marcos estaba impresionado.

—Sí, ya lo imaginaba, qué gran ventaja.

Rosy llamó nuestra atención con un leve movimiento de la mano.

—El padre de Antonio ya está por irse —anunció en voz alta—. Olvidé decirte. —Soltó una leve risa de vergüenza y volvió a lo que estaba haciendo.

La miré con los ojos entrecerrados, culpándola por distraída. Ahora estaba atendiendo al más joven de los H.E. Suspiré y sacudí la cabeza, no tenía remedio esa chica.

—Ya vuelvo —dijo Antonio.

—Espera a que termine de vendarte —le interrumpí.

Terminé de vendar la última herida, él me agradeció, se puso de pie y se fue.

—Bueno, ahora entiendo por qué estás traumada —comentó Marcos.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Si Antonio le ha volado la cabeza a un par de H.E o les ha arrancado carne a lo salvaje frente a ti, pues obvio —aseguró haciéndome reír un poco.

—Él no ha matado a nadie, sólo los deja inconscientes. —Suspiré—. De todos modos no me gusta que lo hieran, pero los H.E no puede pelear sin herirse... —Tensé los labios unos segundos—. Me asusté mucho hoy porque hace un tiempo nos topamos con la misma situación, sólo que esta vez Max ayudó. Ese día era Antonio contra los tres, para cuando logré quitarle el control al hombre y desactivarlo... Él ya estaba inconsciente en medio de un charco de sangre. —Sacudí la cabeza—. En fin.

Marcos arqueó las cejas por un momento y luego miró al suelo.

—Ya veo...

—Voy a verlo. —Me puse de pie y me fui.

Encontré a Antonio frente a su padre y sus otros dos compañeros, me quedé a un lado en el umbral de la puerta, quizá no debía estar ahí.

—Yo estaba solo, por eso pudo conmigo. Phoenix y Adhara llegaron a tiempo. Ahora andaré alerta, además volveré a casa con tu madre, no tienes que preocuparte más por mí.

Me retiré, aunque seguro me habían olfateado. Volví a donde estaban Marcos y Rosy. Los tres H.E ya estaban bien, salvo por el más joven, al que Rosy lo tenía entretenido con una conversación. Marcos me miró de forma sospechosa, seguro pensando lo mismo que yo.

—Estará intentando seducirlo para estar igual que tú —dijo casi susurrando y haciéndome reír en silencio.

—No creo que sea así de fácil con ellos —le respondí de la misma forma—, pero sería interesante que lo intentara, por algo se empieza, ¿no? El objetivo es unir las razas y que no haya más guerra.

Esta vez él se rió en silencio.

—¿Arreglar una guerra formando parejas entre humanos y H.E? Típico tema de alguna película romántica.

Ambos reímos.

—Sí... Suenan tonto —admití.

Antonio apareció con su padre y los dos H.E que iban con él.

—Ha sido un gusto, gracias por la atención que nos han brindado —dijo su padre en ese tono autoritario y respetuoso a la vez.

—Descuide, el placer fue mío —respondí—, pueden venir cuando gusten.

Los tres asintieron y se retiraron, Antonio volvió a mi lado. Max también volvió a la sala con el brazo vendado. Los tres H.E lo miraron, Ácrux le pidió permiso a Rosy y se alejó de ella, los otros dos se le unieron y se acercaron a Max.

—Queremos unirnos a tu grupo —pidieron, el muchacho se quedó completamente sorprendido.

—¿Qué?

Ácrux se tomó la palabra.

—No tenemos nada ahí afuera, queremos quedarnos y ser útiles en algo, ya han aceptado a ese de ahí. —Señaló a Antonio—. Tres más serían mejor.

Max tensó los labios y pensó unos segundos, se encogió de hombros.

—Ya qué, vengan —dijo mientras daba la vuelta para irse—. ¡Nos vemos luego! —se despidió.

Ácrux le lanzó una fugaz mirada a Rosy, que nadie notó, sólo ella que no le desprendía la vista, y yo porque esperaba que lo hiciera.

—¿Habrán noticias pronto sobre la grabación? —preguntó Antonio.

—No lo sé —respondió Marcos—. Max dijo que si no había nada... —Me miró de reojo algo nervioso—, su ejército intervendría.

—¿Qué? —repuse—. Está loco.

Antonio pertenecía a ese ejército ahora. Me preocupé, esto era de nunca acabar. Rosy se acercó a nosotros y se quedó mirando el torso desnudo de Antonio. Me aclaré la garganta y ella me miró, enarqué una ceja haciéndola sonreír avergonzada. Me reí de su reacción y sacudí la cabeza, además él estaba con vendas y esas cosas.

—Ya vuelvo —dijo Antonio dedicándome una leve sonrisa.

Me quedé confundida, quizá se había dado cuenta, no sabría decir.

—Así que... —comentó Marcos—. Rosy intentando *ligar* con un H.E.

Ella rió avergonzada.

—Es atractivo —respondió algo ruborizada, luego se puso un poco triste—, pero me miró como a bicho raro.

—¿Qué esperabas? —preguntó Marcos—. Es un H.E, no creas que todos son como Antonio, él mostró simpatía por Marien desde que la vio. De éste no sabes nada, no sabes si era alguien normal o pertenecía a su ejército de H.E o lo que fuera, que es lo más probable. No sabes si ha matado gente, a cuántos «muchos» por cierto.

Me ruboricé cuando dijo lo de Antonio pero sentí pena por Rosy, ella se ilusionaba muy pronto y Marcos la estaba haciendo caer en picada de su pequeña nube rosa, igual dejé que continuara porque tenía razón. Mejor tarde que nunca.

—Eso sí —murmuró ella—, sólo que no sé... Pensé.

—Y otro punto más —agregó Marcos—. Me dijiste una vez que tú eres de las chicas

que gustan de que un hombre diga cosas como: «qué bonita te ves hoy» o «te invito a salir, tengamos una cita» o que te diga que te ama siempre y cosas como recordar aniversarios. Un H.E no hace eso, y ahí está Marien de testigo.

—Eh —dije algo sorprendida—, bueno, sí... Algo así.

—¿Ves?

Rosy tensó los labios y arrugó un poco la nariz.

—Tienes razón —dijo—, ahora que lo pienso... —Sonrió—. En fin, igual quería experimentar. No sabemos cómo son en la cama —agregó en tono pícaro.

Abrí la boca de la sorpresa, Marcos había hecho lo mismo, alzó las manos.

—Ok, bien, ya oí suficiente —exclamó y se puso de pie, se había ruborizado un poco—. Lo que me faltaba, dos chicas con las hormonas alborotadas. Ya no les bastan los hombres normales.

—¿Pero qué hablas? —interrumpió John haciéndonos brincar del susto—. Será que no puedes dar *pelea*, Max se enterará de esto. —Empezó a reír y a alejarse.

—Anda imbécil, más te vale que no digas nada sobre esto, que hasta ahora no te he visto a ni una novia —iba reclamándole Marcos.

Ambos se alejaron discutiendo y riendo, Rosy me sonrió.

—¿Ya? —preguntó arqueando la cejas.

Sabía a lo que se refería, entrecerré los ojos.

—No te lo diré.

—¡Entonces yaaa! —exclamó haciendo escándalo y logrando espantarme.

—¡No! —la interrumpí para que se callara.

—Oh. —Paró en seco su emoción y me reí—. ¿Cómo te sientes en cuanto a el hecho de que no expresa mucho sus sentimientos? Es decir, no es cariñoso y esas cosas.

Pensé un poco. Era verdad, él no lanzaba piropos ni esas cosas, sólo me había dicho que me amaba una sola vez. Pero no podía decir nada sobre eso pues yo tampoco se lo había dicho mucho. Me encogí de hombros. Apenas estaba empezando las cosas con él. Alcé la vista y Antonio estaba acercándose, estaba con camisa, sonreí.

—Vamos a cenar —dijo Rosy al verlo.

Capítulo 31: Muchas dudas

Fuimos a nuestra habitación. Iba pensando en la conversación con Marcos y Rosy, no podía quejarme, yo tampoco era muy detallista con él. Suspiré y sonreí.

—¿Almorzaste hoy? —le pregunté, recién me acordaba de ese detalle.

Mostró una leve sonrisa, luego sus cejas se juntaron en un gesto de culpabilidad. Lo miré como queriendo llamarle la atención pero sólo eso. Saqué de mi bolso una botella de leche.

—Debes almorzar, o me preocuparé mucho por ti —le regañé con cariño mientras le daba la botella.

Sonrió.

—Lo haré, perdón. Como verás, hoy no pude.

—Sí... lo sé. —Miré al suelo.

Quería lanzarme a él, decirle lo preocupada que estuve cuando creí que se lo llevarían, cuando peleó, y tantas cosas. Pero eso no haría que se sintiera mejor, no le gustaba verme preocupada, no entendía eso.

La otra razón era que seguro estaba muy dolorido por las heridas, decidí tomar un baño y alistarme para dormir. Me envolví con la toalla y salí, Antonio me miró confundido.

—Ah, ya puedes entrar —le dije sonriente—. Aunque... Quizá por las heridas no sea buena idea.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa y arqueó una ceja. Se acercó a mí y acarició

mi rostro mientras me miraba de forma profunda, me ruboricé.

—Será rápido, no sufriré —murmuró con su seductora voz grave.

Entró a la ducha. Sequé mi cuerpo y me puse ropa de dormir, me pregunté qué pasaría si me viera desnuda, eso sería todo un caso. Aunque pronto lo tendría que hacer, así que debería dejar de tener vergüenza, ya era mi esposo de todos modos, o algo así.

Me tendí en la cama.

Nuevamente me había quedado dormida cuando sentí que Antonio me acunaba en su pecho. Qué importaba si él no iba a lanzarme piropos, decirme algo seductor, invitarme a salir o repetirme que me amaba a toda hora del día. Demostraba su amor y todo lo demás resultaba innecesario.

Pasaron unos días. Max había vuelto a sus rituales de entrenamientos, el método de regeneración con células madre había evolucionado muy bien en los últimos siglos, ahora el odioso ese andaba feliz fastidiando más que antes.

No había buenas noticias sobre el asunto de la grabación, a pesar de que salió en radio y televisión. La gente no mostraba interés o simplemente no se mostraba en desacuerdo, los únicos que reclamaban y hacían marchas eran los que pertenecían a las asociaciones protectoras. Mientras tanto los de seguridad habían negado todo, alegando que el video no era auténtico.

Max había decidido actuar para conseguir más muestras y quejarse al gobierno, mientras seguía usando a Antonio y a los otros H.E para su entrenamiento. Rosy me acompañaba en las tardes y los veíamos desde fuera del campo, sentadas junto a unos arbustos tras la alambrada.

Max había unido en un solo lugar a los hombres y las mujeres. Estábamos observando cómo los H.E competían en una especie de carrera de obstáculos, Antonio seguía siendo el más veloz, Alpha y Centauri eran los más lentos por tener más musculatura, Ácrux casi alcanzaba a Antonio pero aun así tenía desventaja.

Rosy quería intentar que Ácrux la mirase pero no parecía suceder. Quizá nuestra posición no ayudaba, estábamos prácticamente ocultas. De todos modos sentía curiosidad. Él era de la misma estatura que Antonio pero tenía un poco más de musculatura, los ojos color miel y el cabello casi rubio. Alpha y Centauri quizá eran hermanos, eran parecidos, los dos con ojos celestes y el cabello negro, más musculosos. Aunque era consciente de que Orión podría ser incluso más enorme.

Max ponía a prueba a algunos de sus soldados para ver qué tal les iba en un enfrentamiento con los H.E, pero a pesar de lo macizos que eran dos de ellos, no lograban tocarlos, seguían siendo más veloces que un hombre promedio. El pequeño grupo de mujeres observaba. La líder, amiga de Max, casi siempre estaba a su lado, opinando sobre alguno que otro movimiento y esas cosas. Ella me daba miedo, era guapa pero se notaba que era severa. Y en cuanto a su cuerpo, me recordaba a Ursa.

—No me gusta cómo esa mujer mira a nuestros hombres —comentó Rosy.

Me reí. Aquí íbamos de nuevo con los temas triviales.

—¿Qué? —pregunté, aún riendo.

—¿No ves? Casi siempre se acerca a ellos, sobre todo a tu Antonio.

—Les da indicaciones.

—Y aprovecha para tocarlos.

—¿Ah?

—A veces le toca el brazo.

Suspiré. No me había dedicado a observar eso, pero ese tema no era digno para estos momentos, era un asunto importante el que se estaba viendo ahora. Pero Rosy, como siempre, con sus cosas. De todos modos me puse más observadora.

—Piénsalo —insistió—. ¿Antonio sabe cuándo una mujer le está coqueteando? No creo, ¿recuerdas cuando Elena tiró del cuello de su camisa y le dijo algo como: «ya quiero

quitarle la ropa» o algo así?

Reí un poco.

—No dijo eso, no directamente, pero sí me acuerdo.

—Ya pues, Antonio no pareció entender. —Soltó una corta risa—. Elena se quedó aterrada al ver su nueva apariencia. También fue gracioso cuando Óscar y Julio lo vieron.

—Sí, y ella sigue de plagosa por ahí —comenté algo incómoda—. Y en cuanto a lo otro, te equivocas. Cuando se le acercó así, él la miró molesto.

Me quedé pensativa, mis pensamientos se fueron esfumando mientras me distraía mirando a Antonio. Esa camisa azul marino contrastaba a la perfección con su piel, sus ojos destellantes y su cabello oscuro. Me quedé embobada hasta que recordé otro asunto importante.

—Es verdad —dije—, debería tratar de hablarle al gobierno sobre el uso de la toxina, decirles que deberíamos dejar de atacarnos, tratar de acabar con esto.

—Sí, si gustas vamos mañana.

Asentí. Me percaté de que Antonio estaba conversando con la amiga de Max, las otras mujeres observaban a un par de metros. Fruncí el ceño, estaba rodeado de chicas. Al parecer ella quería que peleara y él se negaba intentando ser amable. Ella rió un poco y le dio un leve toque en el hombro para animarlo.

Resoplé algo frustrada, Rosy tenía razón. Además a Antonio le gustaba pelear, era algo que no podría hacer conmigo por diversión y si lo iba a hacer con ella me iba a sentir desplazada en ese aspecto.

La chica dio media vuelta y luego giró sorprendentemente intentando darle un puñetazo. Él la detuvo sosteniendo firmemente su puño, en ese mismo instante ella intentó darle otro golpe por el estómago con su puño libre pero también fue detenido. La vi reír un poco, al menos Antonio no lo hacía, sólo la miraba confundido. Ella se alejó rindiéndose, y de repente volvió a intentar golpearlo, esta vez con una patada, pero él la esquivó retrocediendo enseguida. Max se acercó a ellos, acabando con ese momento.

—Gracias Max —susurré.

Me había molestado la insistencia de la chica, y ver que al parecer Rosy tenía razón. No bastaba mucho para que alguien se diera cuenta de lo especial que era Antonio, eso me preocupó. Ácrux, que había estado cerca, quiso ofrecerse a pelear con ella mientras Max se alejaba con mi esposo. Miré a Rosy, ella sólo observaba, quizá no le importaba.

Ácrux y la joven se involucraron en un duelo ficticio. Ella atacaba y claro, él la detenía o la esquivaba, pero también respondía con golpes ficticios. Incluso en un par de ocasiones la atrapó, también quedó en una posición potencialmente mortal para ella si hubiese sido una pelea real. Al final ella pudo haber muerto por costillas rotas, fractura de cuello o mordida en la yugular. Recordé cuando Antonio hizo eso conmigo, pero me di cuenta de que él lo hizo con mucha dulzura ahora que veía a Ácrux hacerlo con la chica. Sonreí levemente como boba otra vez.

Moría por tenerlo a mi lado y abrazarlo, apenas le había susurrado un «te amo» un par de noches mientras me acomodaba en su cálido pecho y caíamos dormidos.

Otro pensamiento corrió por mi mente. Quizá él no había querido pelear con la chica por ser amable, sin embargo conmigo sí lo hizo, eso significaba que no había pensado en ser «amable» conmigo. Sacudí la cabeza. Esos pensamientos eran dignos de una adolescente celosa, además esa vez yo había insistido, y pude notar como él olfateaba discretamente mi cuello cuando me atrapó. Sonreí ante la nueva idea de que quizá lo había hecho por sentirme entre sus brazos.

—Marien, pareces loca. A veces arrugas la frente y luego sonrías —murmuró Rosy sacándome de mis tontas ensoñaciones.

Reí.

—Es el amor.

Notamos que al fin terminaba el entrenamiento. Nos dirigimos hacia la entrada del edificio. Esta vez no esperamos a que todos se retiraran y nos cruzamos con los soldados en la salida, también con las mujeres. «Tienen unos ojos aterradores pero son muy guapos», «¿por qué Antonio tiene nombre de humano?», «Max dice que se llama Sirio», «se le ve tan jovencito», «no da tanto miedo como los otros pero es el más veloz y eso es

letal»: eran algunos comentarios que escuchaba de las chicas, atendí a cada uno de ellos. Así que mi Antonio era el que más daba de qué hablar.

Salimos al campo. Max, la chica, los tres H.E y Antonio, estaban conversando un poco. Antonio no decía nada, me miró y sonrió. Se acercó a mí, tan feliz como siempre.

—Hola.

Me empiné y le di un besito en los labios.

—Hola —respondí casi susurrando.

Miré de reojo, nadie nos había visto, estaban enfrascados en su conversación. *Um...* yo que quería dejar en claro lo que era mío, sólo por si acaso.

—¡Ah, hola! —exclamó Max al vernos.

Se acercó a nosotros y los demás lo siguieron.

—Bueno, nos vemos más tarde —se despidió Ácrux, le dedicó otra fugaz mirada a Rosy y siguió su camino.

Ella lo siguió con la mirada. Max nos atrajo la atención nuevamente.

—Los muchachos se están hospedando aquí, igual que Tania y yo —comentó—, así que estábamos pensando en que Sirio también podría quedarse aquí.

«¿Qué?, no». Mi Antonio no se quedaría aquí, ya lo veía bastante poco como para soportar eso. Iba a negar rotundamente pero me congelé, quizá Antonio sí lo querría. Lo miré, él enarcaba una ceja.

—¿Por qué? —preguntó.

Alivio, él no sabía aún y no parecía gustarle la idea tampoco.

—Vamos —insistió Tania—, así podrías entrenar en estas instalaciones, a tiempo completo, sacar más músculos, ser más fuerte.

El tonito tentador que usaba para hablarle no me gustó, además me gustaba Antonio tal y como estaba. Pero una vez más me congelé, quizá él sí quería ser más fuerte y ser tan enorme como Orión. Tensé los labios.

—No gracias, estoy bien así. Mi ventaja es la velocidad, eso es algo muy útil en cuanto a pelear contra los de mi especie. Además ya tengo dónde quedarme —respondió con su bonita voz grave, volví a sentir alivio.

—Bueno —aceptó Max.

—Umm —se lamentó Tania—, veré si luego te convenzo.

Se retiró luego de sonreírle y despedirse con un movimiento de la mano, a mí ni me miró, *genial*. ¿Qué tenían los militares de hoy en día? Recordé cuando Rosy me preguntó si no me preocupaba que Antonio dejara de amarme algún día. Después de todo, esas cosas pasaban casi siempre.

En su mundo estábamos unidos, pero Max había alegado que eso no valía aquí así que, según él, yo seguía libre. En ese momento no pareció importarme mucho, estaba distraída. Pero ahora la inseguridad había vuelto a atacarme. ¿Qué pasaba si un día se aburría de mí?

Antonio tomó mi mano haciéndome volver a la realidad.

—¿Vamos?

Asentí con una leve sonrisa. Debería oficializar lo nuestro también aquí, para sentirme más segura quizá. Pero hacer eso sólo por el hecho de que estaba insegura y temía que me dejara un día no era muy justo ni lógico. Ya no pasaba tanto tiempo con él, me pasaba la mañana en el laboratorio mientras él pasaba casi todo el día aquí, con ellos... con ella.

Sólo tenía la noche para estar un rato a solas con él. Las cuales tampoco había podido aprovechar mucho porque ambos terminábamos cansados. Él no parecía estarse preocupando por cosas como estas, tal vez yo era la única, tal vez al final yo sería la que

llegara a pedirle más de lo que podía darme y terminar aburriéndome. El corazón se me estrujó ante la idea.

—¿Estás bien? —preguntó. Me miraba detenidamente, parecía preocupado.

Genial, más problemas para él causados por mí.

—Sí, perdón.

—Últimamente andas algo pensativa —murmuró volviendo a mirar hacia el frente.

Ya habíamos entrado a la cafetería del hospital. Bajé la mirada. Sí, quizá yo era la del problema.

Cenamos en silencio, salvo por Rosy que no paraba de parlotear con Marcos. John también escuchaba, él no se involucraba mucho con sus cosas. Elena, la amiga de Rosy que no me agradaba, también se nos unía a la hora de cenar. Intentaba hacerla entender con mis miradas que no me agradaba que se comiera a Antonio con los ojos ni que intentara hacerle conversación. Pero no parecía entender, de todos modos yo tampoco era capaz de distraerlo lo suficiente como para que sólo me prestara atención a mí. Estaba tan preocupada por lograrlo que no conseguía hacerlo.

Entré frustrada a mi habitación. El único momento que tenía a solas con Antonio y ahora estaba atormentada con tantas cosas, a pesar de que en la mañana me encontraba de buen humor. Y cómo no, si él siempre me despertaba con caricias.

Un celular sonó, no era el mío, volteé y descubrí sorprendida que Antonio tenía uno. Lo miró confundido.

—¿Qué significa esto? —preguntó, mirando al aparato con intriga—. ¿Lo puedes ver?

Reaccioné.

—Ah, claro —me acerqué—. No sabía que tenías uno.

Me lo entregó, pude ver que tenía un mensaje.

—Max me lo dio, dice que así se comunicará conmigo y no tendrá que estarte incomodando. Quizá cree que estamos en distintos lugares en el hospital o algo así. No he tenido oportunidad de aclararle.

Leí el mensaje: «vamos a salir de aquí, te espero en el edificio si gustas venir - Tania». Tensé los labios.

—¿Es un mensaje? —preguntó—. Me habían enseñado cómo verlos pero no presté atención.

Asentí un poco de mala gana.

—Tania quiere saber si quieres salir... —«*Aunque no especifica si saldrán con más personas y eso me incomoda, ¿pero debería dejar que se relaje?*»—. Así que si gustas...

Arqueó una ceja.

—Si gustas vamos —dijo en tono casual.

Sonreí pero no lo suficiente.

—No es así como funciona, sólo te están diciendo a ti. No será lógico que yo vaya.

Frunció el ceño.

—Dile que no entonces.

Sacudí la cabeza.

—No tienes que hacer todo conmigo, si gustas ir...

—No quiero ir —me interrumpió mirándome preocupado—, quiero estar contigo. No

te veo en casi todo el día.

Me sorprendí, él también sentía lo mismo.

—Bueno, está bien, quedémonos aquí entonces.

—Te noto rara.

Me miraba de forma seria ahora. «*Oh-oh*». Intenté sonreír pero no pude. ¿Qué pasaba si él quería más explicaciones? Quizá lo que se me estaba cruzando por la cabeza eran cosas que se podían conversar en pareja y tratar de ver una solución. Pero él no era un hombre humano, no sabía si debía guardarme mis conflictos internos o contarle, ¿qué pensaría?

—¿Estás celosa? —Volvía a mirarme de forma preocupada—. No peleé con ella porque no quiero que me veas cerca de otra mujer, no quiero que te sientas mal.

Me avergoncé por completo.

—No es eso. —El rubor se extendió por mi rostro de inmediato, no pude evitar reír un poco, pero no estaba feliz—. No creas que soy una celosa empedernida. Además... Estás diciendo que si no estuviera yo, sí lo habrías hecho.

—No, tampoco, te quiero cerca, sólo a ti... Te amo.

Y adiós cordura.

Lo besé mientras rodeaba su cuello con mis brazos, y volví a estremecerme al sentir sus ricos labios. Me di cuenta de que parecía que en meses no lo había besado así. Abría mis labios con pasión contra los suyos, fundiéndolos entre los míos. Sus colmillos me hincaron haciendo tensar mis cejas unos segundos pero me aguanté el dolor. Lo besé de forma más lenta, pasé la punta de mi lengua por su labio inferior. Sonrió.

El celular sonó, al parecer otro mensaje, pero no se detuvo ni a mirarlo. Hizo lo mismo que yo, pasando suavemente la punta de su lengua por mi labio. Me atreví a más. Pasé la punta de mi lengua por sus colmillos, por la parte interior de su labio, me embriagaba con

su aliento. Quizá esta noche sería la noche. Introduje mi lengua en el interior de su boca y sentí que se congeló unos segundos por la sorpresa. Lo apreté contra mí, jugueteando con su boca.

Quise sonreír. Si esto le sorprendía así, ¿qué pasaría si de frente me lanzaba a querer hacerle el amor? Sólo me habían hecho esto una vez y también me había sorprendido, de hecho no me agradó, tal vez era eso.

Quizá debía ir más lento. Le mordí el labio inferior con algo de fuerza y continué besándolo de forma lenta e intensa. Desabroché con lentitud los botones de su camisa y pasé mis manos por su pecho. Sus manos recorrieron mi cintura, adentrándose un poco debajo de mi blusa. La electricidad me recorrió.

—Tu piel es tan suave —susurró.

Quise despojarme de la blusa, pero, ¿qué pensaría él? Además moría de ganas de que él lo hiciera y no yo. La electricidad me volvió a recorrer haciéndome estremecer cuando pasó su lengua por mi cuello, gemí bajo en mi garganta sin querer. Abrí los ojos y me sentí avergonzada por mi reacción, ¿y ahora qué pensaría? Lo miré, y me sonreía de forma dulce. No había malicia ni lujuria pero aun así sus ojos ardían. No estaba pensando en las cosas que yo tal vez, quizá debería esperar más.

Besó mi cuello y fue subiendo, besando mi mejilla, yo le besaba indiscriminadamente lo que mis labios alcanzaban de su rostro. Dejé de estar empinada poco a poco mientras besaba su cuello, bajando hasta su pecho, mis manos recorrieron su abdomen.

Quería poseer cada centímetro, besar toda esa suave y cálida piel. Introduje parcialmente mis dedos debajo de su pantalón y sentí que se estremecía mientras recorría su vientre bajo y besaba su pecho. Retiré mi mano derecha y recorrí con la punta del dedo índice la costura del pantalón, apenas, ruborizándome, ya estaba siendo muy atrevida. Me ruboricé aún más cuando sentí algo ahí, algo bastante evidente, era *eso* sin duda, mi corazón se disparó. Sonreí, lo miré y arqueé una ceja.

—Eso... —dijo algo avergonzado—. A veces pasa, según mi padre es... tensión. —Se encogió de hombros—. Tú me pones tenso pero de una muy buena forma.

Reí un poco, vaya explicación, pero estaba decidida a enseñarle poco a poco. Para él, enseñar su desnudez a alguien más de seguro era romper muchas reglas que le habían

inculcado desde pequeño, por su leve vergüenza pude darme cuenta. Pero yo no duraría mucho tiempo conteniendo mi deseo de hacerle el amor. Volví a empinarme y a besarlo.

—Qué interesante —susurré contra sus labios, me separé tirando de su labio inferior —. Mañana iré a ver si puedo sacar una cita para hablar con el gobernador —comenté.

—¿Ah sí?, ¿por lo de los de seguridad?

—No, por lo de la toxina, ¿recuerdas?

—Ah. —Soltó una leve risa.

—Me ducharé... O mejor, dúchate tú primero —sugerí.

Siempre me duchaba yo primero y terminaba dormida. Él aceptó sin problemas.

Al salir lo encontré tendido en la cama, con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Apoyado en el respaldo, mirando hacia la ventana, me miró y sonrió. Me ruboricé. Parecía un dios o algo así, esperando a que fuese a la cama para hacerlo mío.

—Ven —dijo en voz baja.

Su grave y seductora voz me estremeció. Quizá gozaba de mucha inocencia pero era un seductor nato, esa forma de ser, esa sonrisa, esa mirada, esa voz. No necesitaba entrenamiento.

Me acerqué y me subí a horcajadas sobre él. Me rodeó con los brazos y juntó su frente a la mía. Podría pasar horas perdida en esa mirada de depredador que tenía. Me recosté contra su pecho para sentirlo pegado al mío, lo único que se interponía era la delgada tela de mi pijama. Sentí el calor de su piel envolviéndome, y estaba segura de que él también lo sentía. Me apretó contra su pecho desnudo.

—Eres suave —dijo casi susurrando.

Le sonreí y rocé mi nariz con la suya. Me puse de pie y apagué la luz. Nos acomodamos mejor para dormir, me acunó en su pecho.

—Te amo —susurré.

Me apretó más y besó mi frente.

—Te amo —me susurró en respuesta.

Sonreí y cerré los ojos, después de unos segundos él habló.

—Algo más te pasaba hoy, ¿no me lo dirás?

Me tensé un poco, no pensé que le preocuparía tanto. Me acarició, sus garras pasaban peinando mis cabellos con delicadeza, era muy relajante. Suspiré.

—Tuve miedo...

—¿A qué? —preguntó mientras continuaba acariciándome.

—Que un día tú... —Tensé los labios, yo y mis tontos problemas internos, esto no sería necesario si no me detuviera a pensar tanto las cosas.

—Dímelo —pidió—, no recibí la clase sobre los núcleos pero no importa, confió en ti, somos dos partes de uno solo, ¿verdad? Siento que debe ser así, quiero ser así contigo.

Sonreí y rodeé su cintura con mi brazo, él me apretó más en respuesta.

—Tuve miedo de que quizá un día te aburras de mí, descuida, son tontos pensamientos que a veces se me cruzan. Si pasa lo entendería, porque... bueno, esas cosas pasan...

—Te equivocas, mi unión contigo es indestructible. —Besó mi frente—. Quizá no me creas porque veo que en tu mundo no es así, pero ya lo irás comprobando con el tiempo.

Me acomodé un poco para estar más frente a él y besé sus labios.

—Perdón por ser tan insegura.

—Tranquila, lo entiendo.

Me recosté de nuevo, acomodando mi rostro por su cuello.

—También... me sentía triste porque no paso mucho tiempo contigo, prácticamente todo el día.

—Sí... También me duele eso. Había pensado en darme alguna que otra escapada. Si Max quiere, que se vaya y entrene todo el día y toda la noche, pero yo no.

Reí casi en silencio y volví a besarlo.

—¿Te escaparías mañana o pasado mañana? —pregunté en susurro—. Quiero salir contigo y... en la noche al volver... hacer algo especial.

—Claro, lo que gustes...

—Gracias, eres lo mejor que me ha pasado.

—Tú también.

Volví a besarlo, deleitándome con esos labios que me volvían loca.

—No me dejes —le rogué.

—No lo haré... —susurró apenas antes de que volviera a callarlo.

Lo besé despacio hasta que quedó dormido, cómo detestaba a Max por dejarlo agotado, quería recuperar los besos que no había podido darle en estos días. Con suerte,

mañana lo haría mío. Estaba decidida, iba a dejar de pensar en tonterías, tenía que hacerlo mío pronto o moriría.

Capítulo 32: Intervención

Desperté con sus suaves caricias, y además uno que otro dulce beso en mi rostro. Sonreí.

—Buen día mi amado.

Me sonrió.

—Buen día, ¿ya estás mejor?

—Oh sí —susurré mientras me acercaba a besarlo.

Su celular sonó, estaba abandonado por algún lado del escritorio. Él no parecía tener intenciones de contestar. Sonreí y me separé, busqué el aparato y se lo di, lo recibió con una sonrisa de desgano.

—Qué —respondió cortante.

Reí en silencio y pasé al baño a alistarme para empezar el día.

Antonio me dijo que Max quería infiltrarse en las instalaciones de los de seguridad. Me preocupé un poco, guardé su número en mi celular y le ayudé a guardar el mío en el suyo. No dejé que se fuera sin antes darle un suave y apasionado beso. A él le había dado los besos más largos de mi vida, y tampoco quería besar a otro ya, obviamente.

En el laboratorio las cosas seguían iguales, pero hoy sólo yo parecía estar completamente feliz.

—Nos llegó otro cadáver —comentó Marcos.

—Um —tensé los labios—, será de...

—Seguro sí, tiene una mordida en la yugular, ¿pensarán que en verdad nos creemos el cuento de que son de algún lugar de por ahí?

Suspiré.

—Seguro sí, total, para ellos sólo somos el grupo de médicos fanáticos o científicos nerds.

—Qué triste.

Empezamos a examinar el cuerpo. Me estremecía la idea de pensar en quién podría haber sido de no existir esta tonta lucha entre especies. Eran otra forma de vida inteligente y tenían sus cosas buenas. No sabía por qué el gobierno no podía ver eso.

Después de almorzar me alisté para ir a tratar de sacar cita con el gobernador, quizá podría convencerlo de ser el primer estado que integrara las dos culturas, o que por lo menos permitiera vivir en paz con ellos. Así otros estados seguirían nuestro ejemplo. Rosy ya estaba lista y esperándome en el hall de ingreso.

—Luego de hacer ese trámite podemos tener una tarde de chicas, ¿qué te parece? —preguntó haciéndome sonreír.

—Suena bien, pero sólo un par de horas, ya que haré algo más tarde. Vamos.

Era un largo camino de casi una hora aunque no lo sentí, tuvimos que tomar dos trenes, a pesar de que esta ciudad no era tan enorme como otras megalópolis de otros estados. Le escribí un mensaje a Antonio: «Trataré de sacar cita y luego estaré por la ciudad con Rosy, te llamaré más tarde, te amo». Sonreí. Si él no sabía cómo leerlo iba a pedir ayuda y no me importaba si el molesto de Max o la plagosa de Tania lo leían.

Bajamos en la estación central, ese lugar era todo un centro comercial subterráneo, tuve que llevar a Rosy hacia la salida casi a rastras porque ya quería ponerse a ver tiendas. La convencí de que lo haríamos luego tal y como ya habíamos quedado.

La alcaldía estaba en un enorme edificio, quizá tenía cincuenta pisos o un poco más, nunca entendería porqué requerían de tanto espacio pero en fin.

Ingresamos por las enormes puertas de grueso vidrio reforzado. Una elegante señorita nos esperaba en la enorme recepción. Habían algunos sillones de cuero negro, las paredes y el piso eran blancos, las columnas pintadas de plateado. La señorita se aclaró la garganta y volteamos a verla.

—¿Desean algo? —preguntó algo impaciente.

—Quisiera hablar con el gobernador —respondí.

—¿Tiene una cita?

—No, por eso quiero ver si puedo sacar una.

La señorita arqueó una ceja.

—¿Y usted es...?

Lo dijo como si esperara que yo fuese alguien importante, me enfadé un poco.

—Soy alguien que se preocupa por intentar parar una tonta lucha.

Una voz masculina interrumpió el leve silencio que se había formado en el ambiente.

—Eso suena interesante. —Volteamos a verlo, un hombre alto, vestido en traje negro. Sin duda pasaba los cincuenta o más, parecía ser amable—. Lo puede hablar conmigo si gusta, soy el dirigente de seguridad y lo que menos quiero es empezar una pelea. Vengan por favor.

Rosy y yo nos miramos un segundo y lo seguimos. Nos dirigimos hacia el ascensor, el hombre lo activó poniendo la palma de la mano en un panel al costado de los botones y presionó el botón del piso cuarenta.

—Andamos algo tensos por la situación —comentó—, sí han de estar al tanto, ¿verdad?

—¿La... situación?

—Sobre el supuesto abuso de los H.E en nuestras instalaciones.

—Ah, sí...

Ambas nos miramos de reojo.

—He intentado ir a ver las instalaciones pero el coronel se niega, asegura que nada pasa. Si consiguiera saber si esa grabación que circuló en las noticias era real, entonces...

Las puertas del ascensor se abrieron y pasamos al amplio ambiente. Había unos sillones frente a un amplio ventanal, podía verse la ciudad extenderse ante nuestros ojos. Más al fondo un gran escritorio y tres hombres con lentes oscuros también vestidos de traje negro.

—Pero usted es el que manda, debería exigirles —sugirió Rosy.

El hombre sonrió amablemente y nos hizo señas para que nos sentemos.

—Mis asuntos se limitan a las cosas de oficina —tensó los labios un segundo—, así que no soy «el que manda», no del todo.

—¿Pero está tramitando algún permiso para intervenir los locales? —pregunté.

—Claro, en eso estoy. Pero quiero oír, ¿qué es lo que quería decirle al gobernador?

—Sí, bueno... El gobierno nos encargó hace mucho que trabajáramos con una de las

toxinas más letales que existen. Querían que lo hiciéramos de tal forma que pudiera ser usada en un arma sin perder su toxicidad.

—Ah, claro, claro. Ustedes estuvieron en esa investigación.

—Así es, pero...

—Un gusto conocerlas, soy Héctor Orlandini.

Sonreí un poco, no nos habíamos presentado, qué vergüenza.

—Soy Marien Ramos y mi compañera Rosy García.

—Es un gusto también —dijo ella.

—Bueno, continúe señorita Ramos.

—Gracias. Como sabrá, hubo un ataque y la investigación quedó inconclusa, aunque ya habíamos avanzado bastante. Mis compañeros trajeron la toxina...

—¿Y usted? —interrumpió.

—Yo vine luego, tenía que hacer otras cosas. En fin, el gobierno volvió a hacerse de la toxina y según sé, planean usarla.

—Así es, ya hemos advertido a los rebeldes H.E sobre eso, sólo para mantenerlos a raya, pero ya todos saben que está en proceso el papeleo.

—Yo quería sugerir que —miré de reojo a Rosy, ella me animó a continuar arqueando sutilmente las cejas— no usen ningún arma. No sólo porque morirían millones, incluidos nosotros, sino que también es innecesario.

—Claro —dijo preocupado—, también había pensado en que podría acabarnos, ¿pero por qué innecesario?

—Verá... Los H.E no son lo que todos piensan, son una sociedad bastante bien organizada, viven como nosotros. —El hombre parecía sorprendido, pero podía ver que me creía—. Podrían llegar a un trato con ellos y poder vivir en paz.

—Eso sería lo mejor, pero si son tan civilizados como dice, ¿por qué nos atacan?

Pensé un par de segundos, quizá este hombre podría ayudar también.

—He sido testigo de que los de seguridad están actuando por su cuenta, atacando a los H.E, capturándolos, haciendo experimentos con ellos... Y es por eso que nos atacan.

El hombre ahora miraba casi horrorizado.

—¿Tiene pruebas?

Volví a pensar por un segundo.

—La grabación que ha salido en las noticias es real, lo sé... Estuve ahí —respondí mientras veía cómo se sorprendía más.

Se puso serio.

—Ya veo, será mejor que haga algo pronto.

Se puso de pie y se dirigió hacia los tres hombres a decirles algunas palabras. Los hombres se acercaron a nosotras.

—Acompañénnos, por favor —dijo uno de ellos.

Fruncí el ceño, confundida. No tenía porqué ir a algún lugar, ¿o sí? Nos pusimos de pie y los hombres nos agarraron de los brazos bruscamente. Me espanté, Rosy soltó un corto grito de la sorpresa y el susto.

—¿Qué creen que hacen?! —reclamé.

Forcejeé un poco pero sólo logré que el otro hombre me aprisionara por atrás, grité con fuerza y pateé con la esperanza de que me oyera alguien. El hombre me tapó la boca de forma tosca, lastimándome la piel.

—Marien —murmuró Rosy completamente asustada.

Miré con odio al hombre, que no cambiaba la seria expresión. Me inundó el pánico, había cometido un error en confiar en alguien que tuviera algo que ver con los de seguridad o el gobierno, quizá con el gobernador me habría pasado lo mismo. Pensé en Antonio, los otros H.E, en Max. No había revelado nada sobre ellos pero no tardarían en averiguarlo. Antonio, él no sabía que estaba en problemas, lo sospecharía en la noche, cuando viera que no regresé. Se me humedecieron los ojos al pensar en que quizá no lo volvería a ver, que ese beso que le había dado temprano fuese el último. No, no, debía ser fuerte.

—Lo siento, señoritas —nos dijo el tal Héctor, fingiendo culpa—. Pero debo agradecerles, se nos estaba haciendo difícil encontrar a las personas que se inmiscuyeron en una de las instalaciones.

Observé el ambiente una vez más. No había forma de escapar, podría fingir desmayarme y correr si me soltaban pero no había por dónde, además estaba Rosy. Me angustié.

»También conocemos su nivel de avance, incluso tecnológico —continuó el hombre, refiriéndose a los H.E—. Es por eso que no podemos permitirnos que existan, podrían atacarnos con armas en cualquier momento.

Negué con la cabeza sin poder zafarme de la mano del hombre que tenía sellada mi boca. Se equivocaban, ellos no nos atacarían así no más, no había motivos reales para borrarlos de la faz del planeta, salvo ambición de poder o miedo.

—Ahora nos deshaceremos de las testigos y esto habrá acabado.

—Nos vengarán —exclamó Rosy.

«No, ¡Rosy, no hables!». Traté de advertirle con la mirada de que no debía a hablar más, los pondría en peligro también. Me arrepentía de haber venido sola, y más, me arrepentía de haber venido y punto. Estábamos tan lejos del hospital, quizá nos vengarían pero yo no quería que Antonio se pusiera en evidencia por hacer tal cosa. Faltaban algunas horas para que anocheciera y se dieran cuenta, pero para ese entonces ya podría haber pasado cualquier cosa.

Recordé que Max le había dicho a Antonio que hoy tratarían de inmiscuirse en el edificio de ese día para ver si conseguían más información. Si era así, quizá Antonio regresaría al hospital más tarde de lo habitual.

Le cubrieron la cabeza a Rosy con una bolsa de tela negra y se puso a sollozar. Me sentí culpable. El hombre liberó mi boca, iban a cubrirme la cabeza también pero sonó mi celular haciéndome brincar del susto.

—Vaya, señorita. Planeamos mantenerlas con vida, sus conocimientos pueden servirnos para terminar con la toxina y ponerla en el arma, así que le sugiero que conteste y diga que está bien. No queremos levantar sospechas ni tener que matar a alguien si vienen a buscarla. —Liberaron mi brazo para que pudiera contestar—. Y no digan ni hagan sonidos extraños, rastreamos la llamada y mataremos a quienes se interpongan —advirtió.

¿Tanto confiaban en que no habría problemas si contestaba el teléfono? Seguro estaban muy bien preparados. Miré el celular y tuve que contener mi expresión de tristeza cuando vi quién era, no quería que sospecharan más.

—Hola —respondí con el mejor tono que pude.

—Marien —contestó Antonio, sonaba feliz de escucharme—, ¿ya fuiste a hablar con el tal gobernador?

—Ah, sí. —Soné bastante casual y relajada, me sorprendí a mí misma—. Descuida.

—Quería acompañarte —murmuró con algo de decepción.

Tragué saliva con mucha dificultad, el nudo en mi garganta era atroz. Noté que Héctor estaba impaciente, convenía que respondiera de forma casual y formal, así que lo hice.

—Otro día será, gracias. Hasta pronto. —Colgué.

El hombre que me tenía aprisionada me arrebató el teléfono, lo apagó y lo arrojó sin mirar a dónde, le arrebataron a Rosy también el suyo haciendo lo mismo. Taparon mi cabeza con la bolsa negra y nos condujeron a algún lugar. Me percaté de que íbamos por la puerta que estaba al fondo dejando al ascensor principal atrás, seguro íbamos por alguna salida privada.

Tal vez nos sacarían de la ciudad, por eso estaban tan seguros de que contestara el teléfono. Empecé a respirar un poco angustiada, era un hecho, me tendrían unos días y luego me matarían, no volvería a ver a Antonio.

Nos trasladaron en un vehículo, fue un viaje de cuarenta minutos tal vez. Nos sacaron bruscamente del auto, adentrándonos en una edificación. Escuchaba murmullos de hombres, algunos parecían eufóricos de vernos, tal vez porque cuatro hombres estaban llevando casi a rastras a dos mujeres jóvenes, todo un evento. Me estremecí al escuchar el gruñido de un H.E en algún ambiente cercano. De repente me empujaron lanzándome al suelo, e hicieron lo mismo con Rosy. Me saqué la bolsa de la cabeza y pude ver cómo echaban llave a la reja y se retiraban, ahora estábamos prisioneras sin saber dónde.

—Perdón Rosy —murmuré arrepentida—, no debimos venir.

—No sabías que esto pasaría —respondió, la oí aterrada.

Esto era nuevo para ella, pero el haber estado en una situación similar antes no me lo hacía menos doloroso.

—No debí intentar meterme con el gobierno, Marcos tenía razón. —Mi voz se quebró.

—Tranquila —me rogó, la había angustiado más.

Respiré hondo y expulsé el aire de mi interior con lentitud para relajarme un poco. Un soldado de seguridad apareció en el pasillo al que daba nuestra celda.

—Ojalá tuviera las llaves para divertirme un poco —comentó mirándonos de forma perversa.

Me estremecí. Esto no sería tan fácil, y yo que no quería que me tocara otro hombre que no fuera Antonio. Al parecer, mi genial vida tenía otros planes, ya me había arrebatado a mis padres, ahora buscaba arrebatarme más cosas y sueños. El hombre continuó caminando, después de unos minutos pasó de regreso volviendo a mirarnos. Yo estaba contra la pared del fondo de la celda, junto a Rosy, esperando a que alguien hiciera algo con nosotras.

Me sentía indefensa, en realidad lo estábamos, ambas. Siempre renequé de la diferencia entre los dos sexos y de que las mujeres no fuésemos tan fuertes como los hombres. Habiendo tantos hombres malvados, la naturaleza debió dotarnos de alguna defensa, pero nada. Recordé a Ursa, ella era capaz de darle pelea a Antonio. Suspiré. Ojalá fuera así de fuerte, esa raza sí que era perfecta prácticamente.

—Muy bien, señoritas. ¿Qué haremos con ustedes? —dijo otro soldado.

Alcé la vista. Ahora había dos soldados afuera de nuestra celda, sentí que se me enfriaban las manos. Rosy temblaba un poco a mi lado. Los soldados rieron un poco, uno de ellos le dio un par de golpes en el brazo al otro y se retiraron, vi en su mirada que tenían un objetivo. Cerré los ojos y abracé mis rodillas, seguro querían conseguir la llave.

—No estés asustada —le dije a Rosy casi susurrando, aunque yo estaba muerta de miedo.

—¿Qué nos harán, cuánto tiempo nos tendrán aquí? —preguntó angustiada y con la voz quebrada.

Pasaron un par de horas, el sol se ocultaba y la angustia no disminuía. Oímos unos pasos, respiré hondo y traté de ponerme fuerte. El hombre que nos había traído apareció.

—Espero estén disfrutando de su hospedaje —dijo en tono amable—. Es hora del entrenamiento privado, así que no se vayan a asustar con lo que oigan, ¿de acuerdo?

Se retiró. Resoplé frustrada, seguro iban a torturar a más H.E. Unas risas me hicieron reaccionar, alcé la vista y estaban los dos soldados de más temprano. Me aterró, tenían un manojito de llaves, quizá eran las de repuesto. Empezaron a probar una por una.

—Váyanse —murmuró Rosy, aterrada.

—Claro, claro —dijo uno entre risas.

Una llave encajó.

—¡Soldados! —exclamó otra voz al final del pasillo.

—Vamos enseguida general —respondió el otro.

La llave giró y se abrió la celda, para ese entonces el general ya estaba cerca.

—Soldado, obedezca. Todos deben presentarse en la sala de entrenamiento o serán sancionados —seguía ordenando casi a gritos el general. Los soldados resoplaron frustrados y volvieron a cerrar la celda—. Luego se divertirán —agregó—, muévanse, niñas —se burló en un tono bastante severo.

Los soldados asintieron avergonzados al parecer, y se retiraron corriendo. El general nos miró de reojo, tenía la frente arrugada, sin duda el típico amargado, pero nos había pospuesto el calvario por ahora. El hombre se retiró también, solté un leve suspiro de alivio.

—Malditos cerdos —murmuró Rosy.

Ella estaba abrazando sus rodillas también pero había escondido su rostro entre sus brazos.

—Sí, así son —respondí casi susurrando.

Después de unos minutos se empezaron a oír cosas como gritos, risas, gruñidos, incluso disparos. Rosy apretó más sus rodillas cuando se escuchó un fuerte grito luego de un estruendo o algo así. Respiré hondo.

—Cuando estuve viniendo para acá con Antonio, pasamos por un pueblo del cual no sabía nada, ni que existía. Y bueno, encontramos ahí a una señora que decía haber

escuchado historias sobre las cosas que pasaban aquí.

—Vaya, debimos suponer que el gobierno haría cosas como estas —dijo apenada.

—Sí, y justo nos encontraron unos hombres, eran cuatro y tres de ellos eran H.E, estaban siendo controlados por el hombre ese... —Fruncí el ceño un poco más de lo que lo tenía—. Atacaron a Antonio sin piedad, luego de que desactivara el control parecían no haber sido consientes de nada. Lo mismo pasó con Ácrux y los otros.

—Oh, es verdad. Él me dijo que no recordaba cómo había terminado aquí. —La escuché algo melancólica.

Un fuerte estruendo nos hizo brincar y me horroricé, ¿acaso habían volado en pedazos a alguien? Iba a ponerme de pie cuando empecé a escuchar el escándalo que se armó y los disparos.

—¿Qué sucede? —preguntó Rosy aterrada como yo.

Sacudí la cabeza en negación. Sólo escuchaba los disparos, hombres corriendo y gritando órdenes. Me aterró más cuando oí muchos rugidos, al parecer la explosión había liberado a los H.E y estos ahora corrían libres atacando.

—Oh no —murmuré.

—Ahora sí moriremos, ¿verdad? —me preguntó Rosy, esta vez tenía un par de lágrimas en los ojos.

Quise tranquilizarla pero oímos que se aproximaban, no podía saber cuántos eran, me tapé la boca al escuchar sus fuertes gruñidos. Pronto apareció un H.E fuera de la celda, estaba sangrando y tenía un corte en el rostro, Rosy sollozó asustada. El H.E nos soltó un corto y agresivo rugido mientras golpeaba la reja, ambas gritamos por el fuerte impacto. Otro H.E apareció para empujarlo y hacerlo avanzar. Abrí los ojos como platos, era Altair.

No me servía de nada ocultarme, él conocía mi olor. ¿Cómo era que había terminado aquí? Quizá buscando a Antonio. Al verme sabría que Antonio probablemente también estaba en esta ciudad. Me miró de reojo mientras empujaba a su compañero, luego volteó a verme por completo sorprendido, no pude ocultar mi cara de susto. Frunció el ceño,

mirándome con algo de rabia e incredulidad. Tragué saliva y rogué que no se lanzara hacia nosotras.

Por un extraño golpe de suerte prefirió seguir con su ruta de escape. Respiré aliviada y me di cuenta de que la reja estaba casi abierta por el golpe que le había dado ese H.E, los disparos habían disminuido a unos cuantos en un ambiente lejano. Me puse de pie y me acerqué a la reja, sonreí apenas al ver que sólo con tirar de ella se abriría.

—¿Qué haces? Puede ser peligroso —exclamó mi asustada compañera en voz baja.

—Debemos intentar escapar —le dije con la esperanza revoloteando en mi interior—, es ahora o tal vez nunca, vamos.

Tiré de la reja, pero no estaba tan fácil como pensé. Rosy vino a ayudar enseguida y tiramos con fuerza. El metal cedió pero la puerta de la reja estaba tan deformada que al abrirla pasó arrastrándose sobre el piso del concreto, ocasionando un fuerte y molesto ruido. Miré hacia el final del pasillo al salir, y para mi horror empecé a oír que varias personas venían corriendo.

Aparecieron por el pasillo, eran seis. Eran de seguridad también y llevaban cascos. Por un mili segundo pensé que buscaban H.E y que también nos capturarían, pero me fue imposible no reconocer al que iba a la delantera. Corrí hacia él, esa piel, ese cuerpo. Se quitó el casco y lo dejó caer.

—¡Antonio! —grité.

No desaceleró el paso. Extendió sus brazos y pude ver su sonrisa de alivio antes de brincar y colgarme de él, enterrando mi rostro por su cuello. Las lágrimas se me salieron. Él me abrazaba fuerte, manteniéndome alejada del suelo.

—Tranquila, ya estoy aquí —me calmó casi en susurro.

Respiré hondo, llenándome con su aroma para relajarme. Abrí los ojos y pude ver a Rosy abrazada a Ácrux mientras él sostenía su casco en una mano y con la otra le daba palmaditas en la espalda para tranquilizarla, nos miraba algo confundido además. Los otros se sacaron los cascos también, eran Max, los hermanos Alpha y Centauri, y por último Tania, que también nos miraba confundida. No me importó, liberé a Antonio de mi fuerte abrazo y lo miré.

—¿Cómo nos encontraron? —pregunté.

—Luego te cuento —respondió con suave voz—, debemos irnos.

Asentí y sentí que soltaba su abrazo, posándome en el suelo. Max respondió su celular.

—Sí, ya vamos para allá —dijo de forma seria, colgó—. Vamos.

Avanzamos por el pasillo. Había aferrado mi mano a la de Antonio, yo que había pensado que no volvería a verlo. Habían actuado más rápido de lo que pude haber imaginado. Había pensado que, en el mejor de los casos, iba a estar aquí varios días.

Llegamos a lo que parecía ser la arena de entrenamiento y vi varios cuerpos tendidos, muchos en realidad.

—Están sedados, tranquila, no hemos matado a nadie —murmuró Antonio, respondiendo a mi expresión.

Había un reducido grupo de H.E, muchos mal heridos, rodeados por los miembros del ejército de Max. Un H.E en particular se abrió paso de entre el grupo, Altair.

—Sirio —dijo con algo de sorpresa y satisfacción siniestra.

Antonio le gruñó de forma violenta y salvaje, me asusto incluso a mí. Un soldado le apuntó con el arma a Altair, haciéndolo retroceder un poco.

—Siempre sospeché de ti —continuó—, traidor.

Antonio le volvió a gruñir, me aferré a su brazo.

—¿Lo conoces? —preguntó Max.

—Supe de algún modo que terminarías salvándola —dijo Altair, continuando con su

ataque verbal—. Pude oír su corazón, pero por ese momento creí que eras tú, por ser un novato.

—¿De qué habla? —susurró Rosy detrás de mí.

—Suéltalo, Marien —murmuró Max apenas, apartando a Rosy.

—Orión te está buscando como loco —gruñó Altair—, matará a quien sea para hacerte salir.

—¿Qué esperas? —le pregunté a Max—. ¡Sédalo!

Sentía como Antonio se tensaba a mi lado.

—Este sedante no funciona bien con ellos —me respondió Max en voz baja—. Además sólo queremos liberarlos...

—¡Hará pedazos a tu familia! —gritó Altair al mismo tiempo que Max terminaba de hablar.

Antonio se zafó de mi agarre tan veloz como siempre y se lanzó contra Altair.

Capítulo 33: Oficial

Ambos peleaban de forma salvaje, parecían dos leones furiosos. Los otros H.E sólo observaban sin inmutarse, me desesperé. Altair era enorme como Alpha o su hermano, lanzó de un golpe a Antonio contra el suelo y se le abalanzó a morderlo sin piedad.

—¡MAX! ¡HAZ ALGO, MALDICIÓN! —chillé mientras ponía mis manos en mi cabeza desesperada por el grito de Antonio.

Rosy gritó y pude ver cómo tapaba su rostro con sus manos. Antonio pateó a Altair, liberándose de la mordida antes de que lograra arrancarle carne, y se lanzó de nuevo al ataque. Alpha y Centauri decidieron intervenir, pero Antonio no quería que lo separaran. Alpha logró retenerlo mientras su hermano atrapaba a Altair, pero éste le dio un fuerte codazo y se lanzó contra Antonio, llevándose de encuentro a Alpha también.

Se estrellaron contra una especie de caseta metálica, que se aboyó y la puerta se abrió dejando que se desparramaran algunas armas. Alpha se lanzó a separar a Altair, Antonio los botó de una patada a los dos, pero esta vez Alpha evitó que se volviera a lanzar al ataque. Centauri también logró retener con firmeza de los brazos a Altair, que seguía gruñendo.

—Antonio —murmuré—, por favor.

Me miró de reojo y empezó a relajar su rostro a los pocos segundos, volvió a mirar a Altair. Él también estaba un poco más relajado pero sonreía de forma siniestra, era fuerte, apenas tenía un par de rasguños mientras que Antonio tenía una gran mancha de sangre por el hombro y otra por las costillas.

—Por favor, retírense —pidió Max—. Sólo venimos a liberarlos y conseguir cosas de interés personal.

Centauri le gruñía a Altair, amenazando con morderle la yugular. Alpha liberó a Antonio, que ya lucía relajado. Se acercó a Altair que aún estaba prisionero.

—Quiero que le digas a Orión que venga a buscarme si gusta. —Sonó bastante serio y severo—. Ese asunto lo debe arreglar sólo conmigo... A menos que sea un cobarde —se burló apenas, arqueando una ceja—. Si le hace algo a mi familia te mataré a ti primero — agregó en tono grave y completamente amenazador.

Altair le dedicaba una mirada burlona. Antonio dio media vuelta y Altair bufó.

—Sí, claro. ¿Tú, matarme? —le gruñó—. ¡Eres muy débil! Mataremos a la chica primero...

Antonio gruñó y volteó, dándole un fuerte puñetazo que lo tumbó al suelo, llevándose a Centauri con él. Me congelé. Altair estaba inconsciente ahora. Antonio sacudió su mano, seguro le había dolido, así que me le acerqué.

—Amor —susurré mientras le pedía ver su mano. Él la extendió algo confundido por cómo lo había llamado, la tomé con suavidad—. ¿Estás bien? —pregunté mientras la frotaba.

—Sí, descuida —respondió—. Ya sabes que quería romperle la cara. —Sonrió a labios cerrados.

Besé su mano y la acuné en mi mejilla.

—No quiero que te metas en problemas —murmuré con ternura.

—Debemos irnos, tortolitos —interrumpió Tania.

Vi a Centauri poniéndose de pie luego de quitarse a Altair de encima.

—Lo siento —le dijo Antonio.

Centauri se encogió de hombros y cargó a Altair en su espalda luego de ponerse el casco. Miré a los demás y también se estaban poniendo los cascos. Max me alcanzó uno y a Rosy también, nos los pusimos y nos guiaron a la salida. Ácrux, Centauri y su hermano guiaron a los H.E hacia otro lado, seguro a alguna salida más discreta. Nosotros fuimos hacia la salida principal, había guardias tendidos en el suelo por doquier, vi que habían

volado la entrada. Las camionetas de seguridad estaban afuera, subí en el asiento trasero junto con Antonio y Rosy, Max subió al volante y Tania en el otro asiento delantero.

Los demás soldados se repartieron en las otras cuatro camionetas y en las tolvas de éstas. Arrancó el motor y partimos, noté que estábamos en la parte oeste de la ciudad, podía ver la muralla. El edificio de seguridad estaba pegado a ella, eso significaba que Ácrux y los otros habían guiado a los H.E a la salida del edificio que daba al exterior de la ciudad, una camioneta se había quedado ahí, seguramente a esperarlos.

Me recosté en el hombro de Antonio y cerré los ojos, ya nos habíamos sacado los cascos, era de noche así que no habría problemas. Pasé mi brazo por su pecho, él me rodeó por los hombros y me acomodé mejor a su lado, nuevamente estaba feliz.

Max se detuvo fuera del hospital.

—Bien, ha sido un día largo —comentó agotado—. Pero conseguimos lo que queríamos.

—Eh... —Me había acordado de otro detalle que seguro traería problemas—. Nos quitaron nuestros celulares en la alcaldía y seguro los usarán para encontrarnos, aparte de que saben nuestros nombres —dije preocupada.

—Um, sí bueno, estamos al lado, así que están seguros —respondió—. Tenemos información como para hundirlos.

—Gracias por todo.

Bajamos de la camioneta y entramos al hospital. John y Marcos corrieron a nosotros.

—Locas —nos riñó Marcos—. ¿Cómo se les ocurre ir solas?

—Es mi culpa —dije—, yo quise ir.

—¿Pero están bien por lo menos? —preguntó John.

—Sí, perfectamente, por ahora. —Volteé a ver a Antonio, lo tomé del brazo—. Ven, quiero ver tus heridas.

Hice que se sentara en una camilla y desabroché los botones de su camisa. Suspiré ante la ironía, yo que quería hacer esto pero no para tener que curarlo. Él me miraba atentamente, sus ojos felinos siempre penetraban hasta lo más profundo de mí, me desarmaban. Le sonreí con dulzura.

—La tela de la camisa de los de seguridad es bastante especial —comenté.

—Sí, así decía Max y ya lo comprobé. —Sonrió—. Altair me hubiera arrancado la carne de no ser por esta tela.

Tensé los labios, era un alivio pero de todos modos me angustiaba la idea. Los colmillos sí habían traspasado, provocando el sangrado, ahora tenía dos enormes moretones en donde estaban las mordidas. Tomé su rostro y besé su frente.

—Estarás bien, felizmente —le susurré.

Ladeó el rostro mientras se acercaba más a mí, pegando con delicadeza sus labios a los míos. Adoraba esa forma que tenía de iniciar un beso, de algún modo lo sentía tan puro que no podía resistirme. Me apoderé de su labio superior mientras él poseía mi labio inferior. Alguien se aclaró la garganta haciéndome reaccionar y separarme de él.

—Bueno, es hora de dormir —comentó Marcos alzando las cejas.

Sacudí la cabeza. «*Qué molesto*». Antonio se acomodó la camisa subiéndola a sus hombros con un rápido movimiento y bajó de la camilla.

—Buenas noches —les dijo a los que nos observaban.

Moví mi mano para despedirme de ellos mientras Antonio me tomaba de la otra y nos íbamos. Pude ver de forma fugaz que Rosy sonreía de forma pícaro, ¿se pensaría que haría cosas con Antonio esta noche? No, él necesitaba descansar. Me reí en silencio, Rosy no

cambiaba.

Entramos a nuestra habitación, prendí las dos lámparas que había en los veladores a los costados de la cama. Era la primera vez que lo hacía, lucía mejor que con la luz del techo, y decidí dejarlo así.

—¿Gustas que me duche primero? —me preguntó mi joven amante.

Volteé a mirarlo. Sí que luciría como un amante, con la camisa abierta y fuera del pantalón, si no fuera porque estaba con vendas y manchas de sangre. Reí en silencio nuevamente y asentí.

Mientras se duchaba revisé el armario, hacía días que ahora tenía varias camisas del uniforme de los de seguridad y pantalones también. Además de un casco, los zapatos y algunas armas. Perteneíamos a dos cosas muy diferentes, él a las fuerzas de defensa de la ciudad y yo a un laboratorio, a las tranquilas investigaciones. Acaricié una de las camisas. No me importaba, lo amaba así. Aunque aún deseaba tener otra clase de vida con él, una en la que ya no tuviese que pelear.

Salí de la ducha y él me esperaba tendido en la cama como de costumbre, me hubiera lanzado sobre él si no fuera porque seguro estaba adolorido, ahora debía esperar a mañana. Me recosté a su lado y me rodeó con sus brazos pegándome a su cuerpo. Sonreí. Esto era mi paraíso.

—¿Cómo nos encontraron? —pregunté.

—Le dije a Max que quería salir a verte y el porqué, a él le pareció peligroso y cuando vimos en tu mensaje que ya te habías ido decidí llamar. Él puso altavoz para escuchar —empezó a acariciar mi cabello—, notamos que había algo raro así que nos pusimos en marcha. Dijo que el edificio de la salida oeste estaba más cercano a la alcaldía así que supuso que las habían llevado allá. Reunimos a su tropa, les dio claras instrucciones de qué hacer y qué armas portar y nos fuimos.

—Um. —Moví mi rostro contra su cálido pecho desnudo, acariciándolo con mi mejilla —. Gracias... había llegado a pensar que no te vería más... —Besó mi frente. Me gustaba cuando lo hacía, cualquier muestra de cariño de su parte para mí era como tomar un sorbo

del elixir de la vida o algo así—. Pensé que la vida me quería arrebatarse más cosas, pensé en mis padres... ¿Mañana podrías decirle a Max que te deje salir temprano? Ya que hoy no se pudo...

—Claro, tú sólo dime a qué hora.

—Después de almuerzo, quiero enseñarte un lugar...

—Aquí estaré —dijo casi susurrando—. Buenas noches.

Su voz me inundó, haciendo vibrar cada centímetro de mi cuerpo.

—Buenas noches —susurré mientras me reacomodaba y me acercaba a su rostro.

Quizá estaba siendo muy melosa, esto nunca me había pasado pero no me importó, una vez más lo besé hasta quedar dormidos.

Desperté nuevamente con sus caricias y sus labios recorriendo mi rostro, él también estaba siendo meloso a su manera, me encantaba. Volví a despedirlo con un suave e intenso beso para después irme al laboratorio. Ahí Rosy me atacó con preguntas mientras examinábamos las reacciones de las células de H.E ante diversas sustancias.

—¿Ácrux parecía confundido, dices?

—Sí, un poco pero descuida, cuando abracé a Antonio por primera vez también se sorprendió bastante —le conté con una leve sonrisa al recordar ese día.

—¿Cuándo fue?

—Cuando los dos tipos me persiguieron el día de mi cumpleaños.

—¡Anda! —exclamó—. Ese día al salir de la oficina de los de seguridad vi cómo él te rodeaba con su brazo por unos segundos y luego te soltó, tú te pusiste completamente roja.

—Arqueó las cejas.

Solté una corta risa casi silenciosa, me había ruborizado.

—Espantó a los tipos y cuando lo vi me lancé a abrazarlo, no pude evitarlo, eso que viste fue luego.

—Oh, ya veo. —Tensó los labios un poco y miró al tablero de la mesa—. Ácrux no reaccionó así, no me abrazó luego.

—Bueno, no todos van a reaccionar igual, los H.E son poco sentimentales. No saben qué es el amor, apenas sienten «gustos» y cosas así. Ácrux ni siquiera recuerda bien quién fue, así que tranquila, poco a poco. De todos modos intentaba calmarte y eso es gentil.

Ella sonrió nuevamente animada.

—Sí, ¿verdad? Igual no importa si no le gusto al final. Quisiera ser su amiga aunque sea.

Sonreí y negué con la cabeza. Después de unos minutos volvió a hacer otra pregunta.

—¿No crees que quizá un día tengas necesidad de tener una relación con un hombre humano y normal?

—No, claro que no. Antonio tiene todo y más de lo que busco, me encanta y me sorprende cada día más. Él es lo único que deseo, no hay forma de que quiera algo diferente, él ve la vida y al mundo de otro modo.

Ella dio un corto silbido de exclamación.

—Estás preñadísima del muchacho, ¿no que era menor que tú, que no tenías tiempo para el amor y no sé qué? —Reí un poco—. Por cierto —continuó—, ¿de qué hablaba ese H.E forzado con el que se peleó?

—Él era uno de los que me tuvieron cautiva unos días, no sabían que Antonio los

traicionaría y me salvaría. —Miré al tablero de la mesa como si me estuviera diciendo que no me pusiera triste.

—Si el otro es tan grandulón como ese, está en un lío —dijo algo preocupada—. Fue muy salvaje, ya veo porqué estás medio traumada —murmuró haciéndome reír otra vez.

—¿Por qué todos dicen que estoy traumada? Sólo me preocupo.

—Niñas —nos llamó Marcos—, menos charla.

—Sí, don amargado —respondimos las dos haciéndolo reír un poco.

Terminé con la jornada y fui a almorzar, luego a mi habitación para cambiarme. Después de tomar mi ropa fui consciente de que la ducha no debería haber estado sonando cuando entré distraída al cuarto. Me acerqué y la puerta se abrió, era Antonio, ambos nos sorprendimos. Él sonrió, estaba con jean y el cabello húmedo.

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Te dejaron salir antes de almuerzo?

—No, me escapé.

Reí y sacudí la cabeza mirándolo de forma tierna.

—Quizá Max te mate —murmuré mientras me le acercaba y lo abracé, sintiendo la cálida y fresca piel de su torso desnudo—. Me visto y nos vamos, ¿sí? —susurré.

Luego de vestirme y salir, vi a Antonio con una nueva camisa del uniforme de seguridad, pero esta era blanca y con las siglas de la organización bordadas de color negro en el bolsillo izquierdo. Al salir del hospital, vi un auto negro con las mismas siglas en la puerta. OSN: «organismo de seguridad nacional», me quedé mirándolo sorprendida y confundida a la vez, y más cuando Antonio se acercó y los seguros del auto se desactivaron automáticamente.

—Mi permiso de conducir aún está en trámite —comentó—, pero tú sí tienes ¿verdad?

Tardé unos segundos en reaccionar. Lo miré, arqueó una ceja y señalé el auto.

—Ah —exclamó, entendiendo el porqué de mi actitud—. Me lo han dado por estar con ellos.

Sonreí. Abrió la puerta y subí, dio la vuelta para subir del lado del copiloto. Encendí el motor y alcé las cejas al oír el auto ronronear suavemente.

—Vaya, eres todo un oficial de seguridad, ¿eh? —Sonrió mostrando los relucientes colmillos. Salimos del estacionamiento hacia la avenida—. Pero si Max se enfada por haberte escapado podría quitártelo —agregué al rato.

Vi de reojo que se encogió de hombros.

—No puede controlarme, además así aprenderá a callarse —dijo frunciendo el ceño—. De hecho ambos, él y Tania.

Fruncí el ceño también, ¿esos dos se habían atrevido a molestarlo?

—¿Te han dicho algo? —pregunté sin poder evitar mostrar mi molestia.

Me miró de reojo y relajó su rostro, volvió a mirar hacia el frente.

—Max no paraba de decir que lo que tenemos tú y yo no puede existir... —Sentí que mi molestia aumentaba, ¿cómo se atrevía?—. Y Tania dice que no tenemos documentos que hagan oficial nuestra unión, así que no puedo negarme a «salir» con mujeres, si alguna me «atrae», Max la apoyó. —Volvió a juntar las cejas, levemente molesto—. ¿Qué creen que soy, como para pensar que me interesaría *salir* con otras mujeres? Ni siquiera quiero tener cerca a otra que no seas tú, mucho menos *salir*. —Pronunció esas palabras con especial énfasis, como si fueran algo ilógico y ridículo.

Sonreí un poco.

—¿Y entonces saliste de ahí?

—Sí —ahora sonaba más relajado—, no sin antes gruñirles y decirles eso... que no quiero a otra cerca, sólo tú tienes permitido acercarte y tocarme.

No pude evitar sonreír nuevamente.

—Ya no pienses en eso, lo que tenemos es mucho más oficial que lo que se puede tener acá, aquí se hace y deshace con una simple firma. Las cosas ya no son como antes.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Bueno... Ya sabes que en mi mundo no es así. Al ir por mis cosas escuché que Ácrux les explicaba lo que este anillo significaba. —Observó su anillo—. Eternidad —murmuró luego de desviar su profunda y seria mirada hacia el mío.

Miré su rostro y él me miró también, envolviéndome con esos ojos de verde intenso, me ruboricé y le sonreí. El auto empezó a frenar y volví mi vista al frente. Me había distraído y el sensor del auto había detectado la cercanía del otro auto que iba adelante, activando el freno automático para evitar un choque. Hoy en día era casi imposible chocarse o sobrepasar los límites de velocidad.

—Te amo, Sirio —dije casi susurrando aún ruborizada, mientras volvía a tomar control del auto—. Me haces demasiado feliz al decirme todo esto.

—Tú me haces feliz —respondió con su suave y seductora voz grave.

Salí de la autopista y continué por una vía poco transitada. Al poco tiempo la vía se rodeó por vegetación y di la vuelta hacia la derecha, entrando a un estacionamiento casi desierto frente a un enorme campo cercado por una elegante reja blanca. Antonio vio el nombre del lugar en el arco de la entrada.

—Cementerio —susurró.

—Aquí están mis padres —dije con suavidad. Me miró y le sonreí para que no se preocupara—. Vamos.

Bajamos del auto y entramos. Recorrí el campo junto con él y se cubrió un poco la nariz, lo miré confundida pero enseguida supuse qué pasaba.

—Han enterrado a alguien recientemente seguro —comenté.

—Sí, quizá hace cuatro días o menos —respondió él, dejó de cubrirse la nariz al rato.

Era una suerte que yo no pudiera detectar nada de eso. Tomé su mano y continuamos. Llegamos a la tumba de mis padres, una gran lápida de mármol con sus nombres se erguía sobre ésta.

—Estarían felices de ver que te tengo y que su teoría de que ustedes eran algo más que seres salvajes era cierta... —murmuré—. A pesar de lo que les pasó —apretó un poco mi mano, continué—, fue por eso que acepté iniciar la investigación con la toxina, después de que el gobierno me insistiera tanto. No quería hacerlo porque respetaba la idea de mis padres —suspiré—, pero cuando murieron creí que no valía la pena seguir defendiendo esa idea.

—Es lógico, entiendo —dijo casi susurrando.

—Los trajeron aquí, me dijeron que estaban irreconocibles y que no servía de nada que viera sus cuerpos. No los vi y no me importó, yo estaba destrozada así que ya no me importó nada. —Se puso en cuclillas y frunció un poco el ceño—. ¿Qué sucede?

—No logro detectar ningún olor de cuerpos aquí...

Sonreí apenas.

—Pasó hace mucho, ¿recuerdas?

—Sí, pero... —Se arrodilló y acercó más su nariz a la hierba, miré a los costados para asegurarme de que el cementerio siguiera tan vacío como estaba—. No detecto ni el olor de huesos... Nada, sólo madera.

Junté las cejas, confundida. ¿Cómo podía ser eso posible?

—¿Los habrán enterrado en otro lugar? No... ¿Cómo puede ser? Aquí está la lápida...
¿Cómo puede ser? —Me angustié un poco.

Se puso de pie.

—Tranquila —dijo preocupado.

Sacudí la cabeza.

—Descuida, perdón... Es que es algo muy raro.

—Lo sé... —Suspiró—. Ven...

Me abrazó fuerte y cerré los ojos, calmándome casi de inmediato.

—Investigaré luego lo que ocurre aquí —susurré.

—Me avisas, no quiero que vayas sola —ordenó con tono dulce.

Asentí y respiré hondo, llenándome con su aroma.

—Vamos, quiero ir a otro lugar —murmuré contra su pecho.

Capítulo 34: Amor ardiente

Me dirigí hacia el centro de la ciudad. Antonio tuvo que ponerse los lentes de sol. De todos modos, con las siglas de la OSN bordadas en el bolsillo de su camisa, nadie se acercaría a hacer preguntas. Recorrimos algunas calles a pie, él ocultaba sus manos en los bolsillos delanteros del pantalón. «*Garras*», murmuré mentalmente.

—¿A dónde nos dirigimos?

—Bueno... Te dije que aquí las cosas no son tan oficiales, pero igual quiero hacerlo. —Lo miré—. Haremos oficial nuestra unión aquí.

Sonrió. Me empujé y le di un beso en la mejilla. Desaceleré un poco el paso al cruzar por una tienda de helados, hacía mucho que no comía uno.

—¿Quieres? —me preguntó haciéndome sonreír.

Siempre atento a mis movimientos.

—Sí, ¿me esperas unos segundos? —dije sonriente.

—Espera —miró a los costados y sacó unos billetes de su bolsillo—, me toca invitar a mí —separé los labios un poco para hablar— y no me dirás que no. —Sonrió.

Reí entre dientes.

—Bueno —respondí—, pero yo entrego el dinero. —Le mostré mis dedos para darle a entender que me refería a sus uñas en punta que espantarían a las personas.

—Ah... Claro —murmuró.

Nos fuimos a la mesa que estaba más lejos de las miradas. Antonio me contó que en su ciudad hacían algo similar, sólo que sin leche, ni conservantes y demás cosas. Tomé un poco de su helado, que aún no se atrevía a probar, con la cucharita, y se lo acerqué. Me miró confundido y reí un poco.

—Prueba...

Abrió la boca y le di el helado, sonrió algo avergonzado.

—Um, está muy rico —dijo con su bella sonrisa.

Tomó la cucharita y empezó a comer.

—Se supone que estos helados son naturales —dije—, así que no hay mucho problema, no me gustaría ser la culpable de algún tipo de mala alimentación tuya. —Soltó una corta risa—. ¿Te están dando suficiente proteína ahí donde entrenan?

—Sí, no te preocupes —volvió a responder sonriente.

—Bien, si no avísame para quejarme —amenacé haciéndolo reír.

Las personas andaban distraídas, nadie volteaba a mirarlo detenidamente como para percatarse de nada, además estaba casi dándoles la espalda. Así era mejor, no necesitaba estar con los lentes y podía ver directo a sus ojos intensos.

Luego del helado, caminamos un par de cuadras más hasta llegar a la oficina de registro civil. Estaba en la misma enorme edificación de la alcaldía aunque por otro sector, igual estaba algo nerviosa, pero bastó con que Antonio estuviera con esa camisa para que nos dejaran pasar sin preguntar nada. La señora nos recibió con una amplia sonrisa. Casi nadie recurría a esto hoy en día, así que seguro se había emocionado un poco.

—Bienvenidos, jóvenes... ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó como si hubiera algo más que hacer en esta oficina.

—Queremos firmar para...

—Sí —interrumpió feliz—. Muy bien, enseguida.

Salió de la oficina. Miré a Antonio, la mujer no tardaría en preguntar por qué no se sacaba los lentes a pesar de estar dentro de un ambiente cerrado. La señora volvió con unos papeles.

—Aquí... Lean y firmen —nos entregó los papeles—, necesito sus identificaciones para sacarles copia y archivarlos.

Saqué mi identificación y Antonio me dio la suya por debajo de la mesa. La señora volvió a salir. Firmamos el documento y luego leímos algunos párrafos. Decía las cosas básicas, enumeraba los derechos de los conyugues y demás. La señora volvió y empezó a llenar un documento con nuestros datos. Nos miraba de rato en rato y sonreía.

—Bueno —dijo con entusiasmo—, eso es todo. Aquí tienen su partida de matrimonio.

Nos entregó el papel y ella guardó las copias. Se quedó sonriéndonos, sonreímos también, aunque Antonio sólo sonrió apenas, para no mostrar los dientes.

—Gracias.

Guardé el papel en mi bolso y nos pusimos de pie.

—Espero que se mejore de la vista, jovencito —dijo la mujer con el mismo entusiasmo.

—Gracias —respondió él con esa bonita y varonil voz.

La mujer pareció quedar encantada. Salimos de ahí, ya había cometido la segunda locura juvenil de mi vida pero sonreía por eso. Caminamos por las calles.

—Eso fue rápido —comentó.

—Sí, te lo dije. Hace años pedían más cosas pero ahora es así de simple —recosté mi cabeza en su hombro unos segundos mientras caminábamos—, pero para mí significa

mucho.

—Para mí también —respondió de forma cálida—, lo sabes.

Tomé su brazo ya que no podía tomar su mano oculta en el bolsillo de su pantalón.

—¿A dónde te gustaría ir? —pregunté entusiasmada.

Me sonrió.

—Bueno, no sé, ¿a dónde podríamos ir? Algún lugar oscuro en donde no tenga que usar esto —dijo señalando los lentes que tenía puestos y haciéndome reír un poco.

—Aún no se oculta el sol, ¿qué tal si vamos a ver una película?

Se encogió de hombros aún mostrándome su media sonrisa.

—Sí, me gustaría.

Fuimos al cine. Me quedé un buen rato viendo la cartelera. *Dios*, ¿es que acaso ya no había nada bueno que ver?

—Bueno —suspiré—, está la tonta comedia romántica... —«*Aunque no conviene porque usualmente traen escenas de connotación sexual, y no quiero empezar una charla sobre eso si empieza a hacerme preguntas*»—. ¿Qué tal la que trata sobre magia? —«*Es apta para todo público, je, je*».

—La que gustes, sólo recuerda que yo invito —me dijo arqueando una ceja.

Reí y asentí. Compré las entradas y nos dirigimos a sala.

—¿No quieres algo de comer? —preguntó.

—Ah... Bueno...

—Compra lo que gustes —dijo sonriéndome con ternura—, quiero darte todo lo que quieras.

Volví a reír.

—Sirio Antonio —dije suspirando—, tú ganas por hoy. —Le guiñé un ojo.

Sonrió satisfecho. Cuando entramos a la sala nos sentamos en los asientos que eran para parejas, sin cosas en medio que estorbaran, como reposabrazos y eso. Se sacó los lentes, la película ya había empezado.

—Es un alivio —dijo—, no dejan de mostrarme figuritas.

—¿Ah?

Los tomé y me los puse, unas pequeñas imágenes aparecieron a la derecha de mi visión, en el vidrio del lente. Daba opciones para averiguar qué sitios cercanos había: restaurantes, discotecas, hoteles, etc. Reí en silencio y me los quité.

—Perdón, no me había fijado en qué modelo te había comprado, estos son los que se conectan al satélite cuando estás en la ciudad.

—Sí, lo suponía. A las empresas les encanta bombardearlos con señales y radiación.

Tensé los labios y asentí.

—Sí, por eso la gente vive enferma.

Me rodeó con su brazo y me acomodé mejor recostándome en su hombro. Rozó sus labios en mi frente y movió su rostro para acercarse un poco a mi oído.

—Si nos libramos de estas luchas podrías venir conmigo a algún lugar lejos de toda contaminación —dijo casi susurrando.

Lo miré.

—Eso me encantaría.

Rocé mis labios con los suyos y le di un dulce y corto beso, tal y como la primera vez que me atreví a hacerlo. Volví a darle otro, ladeó el rostro, tapándome la luz que provenía de la pantalla, y nos besamos con suavidad. Algo me decía que no atendería mucho a la película.

Me sentía como adolescente locamente enamorada y encantada por el hombre que la tenía en brazos, en la oscuridad. Pero esto era diferente, él no era un hombre normal, sus colmillos rozaban de vez en cuando. Nos estábamos besando de forma cada vez más apasionada y había niños por ahí, así que me detuve a duras penas. Me encantaba darle besos, lo sentía tan íntimo a mí, tan mío. Lo único que me consolaba era la idea de que más tarde volvería a hacerlo.

—Más tarde te besaré más, ¿sí? —susurré.

—¿Mucho? —preguntó esperanzado, haciéndome reír en silencio.

—Mucho...

—¿Toda la noche?

Su voz no había cambiado, pero me sonó más seductora y estremecedora. Sonreí. Claro que recordaba haberle dicho que un día sería capaz de besarlo toda una noche. Pero dudaba que fuese posible, de todos modos esas cosas se decían en los arrebatos de amor y pasión. Si no existieran cosas como el sueño, lo haría. Le di un beso en la punta de la nariz.

—Ya lo veremos —respondí sonando tentadora sin querer.

Sonrió feliz, como un niño al que le acababan de ofrecer un dulce como premio si se portaba bien. Me parecía increíble cómo ahora podía lucir tan dulce y amable, cuando en otras ocasiones era uno de los seres más fuertes y aterradores que había.

Al salir, el sol ya se ocultaba, era buena hora para regresar. Durante el camino iba pensando en las posibilidades de vivir una vida tranquila con él, sin que tuviera que involucrarse en peleas, también pensaba en mis padres. ¿Dónde estaban sus cuerpos? Dejé el auto en piloto automático porque iba muy distraída.

—¿Estás bien? —preguntó sacándome de mis pensamientos.

—Sí, sólo estaba... pensando. —Miré hacia el volante con cierta tristeza, él seguía mirándome. Debía contarle más, era mi Antonio, mi esposo... doblemente esposo. Suspiré y sonreí apenas—. Ya sabes... mis padres... y... mi sueño de tener una vida tranquila contigo. Si alguien llegara a hacerte algo...

—Tranquila —su voz me consoló enseguida, calmando mi leve y recién surgida angustia—, le diré a Max sobre esto, seguramente puede acceder a los archivos del gobierno o buscar a alguien que lo haga. —Asentí, tomó mi mano—. No creo que me pase nada, estoy para protegerte —frunció el ceño un poco y miró mi mano que estaba entrelazada con la suya—, todo estará bien.

Llegamos al hospital. Ya me sentía mejor, había sido un bonito día, como una especie de cita, una cita bastante fuera de lo normal con un joven y encantador H.E. Fui al mostrador por un vaso de agua para tomar una pastilla antes de que alguien me viera. Marcos pasó y nos saludó.

—¿Estrenando uniforme casual? —le preguntó a Antonio.

Él sonrió en respuesta mientras Marcos se alejaba. Tomé su mano y fuimos a nuestra habitación. Al entrar dejé mi bolso y encendí las lámparas de los veladores mientras Antonio cerraba la puerta.

—No me siento cansada —le dije con una dulce sonrisa mientras se acercaba a mí.

—Yo tampoco. —Nos sentamos en la cama, me saqué los zapatos, él hizo lo mismo—. Será por nuestra escapada. —Sonrió.

—Sin duda. —Me senté a horcajadas sobre él—. Me gustó salir contigo, mi joven

esposo.

Pegó su frente a la mía.

—Me alegra que le haya gustado, mi bella esposa.

Su hermosa voz me hizo estremecer. Me acerqué a sus labios de forma deliberadamente lenta y nos besamos. Fue suave e intenso, me deleité de nuevo con sus ricos labios, su aroma, su aliento.

Mis manos recorrieron su cabello, bajé acariciando su cuello, introduje un poco mis dedos por debajo del cuello de su camisa, acariciando su clavícula. Mordió suavemente mi labio inferior y empecé a desabrochar los botones mientras él besaba mi mejilla y bajaba hacia mi mentón. Mis manos recorrieron su cálido pecho, mordió mi mentón y sentí sus colmillos hincándose. Mi respiración se volvió vergonzosamente acelerada y profunda.

Le deslicé la camisa por sus hombros, quitándosela. Al fin lo tenía solo para mí. Lo empujé un poco y se tendió en el colchón llevándome con él. Lo besé de forma más intensa mientras acariciaba su pecho, sus manos se colaron por mi cintura, me empecé a perder estando completamente lúcida. Besé su mejilla y mordí su mentón, él soltó un seductor suspiro. Empecé a bajar besando su cuello, y bajé más, besando su pecho.

Soltaba suspiros y ahogó un par de cortos gemidos cuando lo mordí. El aroma de su piel húmeda por mis besos era como una droga para mí. Volví a subir directo a sus labios y me recibió con intensidad. Volvió a sentarse mientras me besaba y acariciaba mi cintura. Sus manos subieron un poco más por debajo de mi blusa, hacia mis costillas, haciendo que un impulso nervioso me estremeciera.

—¿Puedo besarte...? —preguntó.

—Sí, hazlo —solté antes de que terminara su pregunta y yo terminara de analizarla.

Me tomó de la cintura y con agilidad me tendió por completo en el colchón. Me besó mientras el calor de su torso desnudo y el peso de su cuerpo me envolvían. Estaba a su merced, acariciaba su espalda mientras él empezaba a bajar comiéndome a besos. Había empezado a desabotonarme la blusa sin que lo notara, aunque más parecía que lo iba desabrochando a tirones mientras bajaba. Siguió bajando, besando mi abdomen.

Bajó más hacia mi vientre y luego se dirigió a mi cintura ladeando el rostro y abriendo los labios. Hincó sus colmillos en mi piel con una suave y apasionada mordida, haciéndome jadear.

Regresó a mis labios y la piel ardiente de su torso se unió a la mía. Rozó la punta de su lengua en la parte interna de mi labio superior, sonreí e introduje la mía en su boca, rodeando su cuello y presionándolo contra mí. Mis dedos recorrían y se entrelazaban en su cabello. Sonrió contra mis labios mientras acariciaba mi cintura.

—¿Me ayudas? —susurré mientras desabrochaba el botón de mi pantalón.

Eché un vistazo cuando sintió el roce de mis manos en su vientre bajo mientras me bajaba el cierre del pantalón. Me miró unos segundos y se reincorporó para ayudarme, estaba algo confundido pero no se detuvo a hacerme preguntas. «*Muy listo*». Introdujo sus dedos debajo del pantalón con cuidado de no rasparme con las puntas de sus uñas. Sus penetrantes ojos se posaron en los míos un par de segundos antes de deslizar la prenda hacia abajo, levanté mi cadera un segundo para ayudar.

El corazón se me había acelerado y golpeaba mi pecho. Deslicé mi blusa por mis hombros y la dejé a un lado, él arrojó mi pantalón a un costado también y me quedó observando. Estaba en ropa interior ante sus ojos, ruborizada, me faltaba el aliento. Se acercó, besó mi rodilla y continuó bajando, besando la parte interior de mi muslo. Solté sin querer otro jadeo ante el roce de sus colmillos.

Cerró los ojos y rozó su mejilla en mi piel, subiendo a mi rodilla y soltando un bajo y grave ronroneo, como un gran felino. Eso me desarmó como siempre. Plantó nuevamente su penetrante mirada de depredador en mí y volvió a mi boca con rapidez.

Rodeó mi cintura y pegó su frente a la mía. También le faltaba el aliento, el calor de su cuerpo se apoderó de mí. Ardía en amor, pasión y deseo, ardía en serio.

—Eres hermosa, ¿lo sabes? —murmuró con su grave y seductora voz.

Me hizo vibrar, me derretí. Noté que también estaba ruborizado, eso me prendió por completo y lo besé, su calor me estaba embriagando. Le di un suave empujón haciendo que giremos, así quedar encima y poder despojarlo del pantalón, lo besé más después de eso. No podía parar, él era mío, su cuerpo era mío, sus besos, su amor, su intensa pasión,

su deseo. Todo mío.

—Eres mío —susurré contra su piel mientras lo devoraba a besos.

Le pedí que me desnudara y en su mirada hubo todo un cruce de pensamientos. Jamás en la vida había creído que le pediría algo así a un hombre, bueno, él no era técnicamente un hombre. Volvió a besarme, haciéndome olvidar lo que estaba pensando con su calor, y no le fue un problema desgarrar la poca ropa que quedaba.

Enloquecí al sentir toda su ardiente piel junto a la mía. Sus colmillos me hincaban casi sin piedad pero sólo conseguían hacerme gemir contra sus labios, deseando más. Besó mi mejilla mientras jadeaba de placer igual que yo.

Fue fácil guiarlo por la posición en la que estábamos. Para cuando llegó el momento, no pude evitar separar mis labios de los suyos por la fuerte e intensa sensación, y quejarme. Él juntó las cejas y soltó un grave gemido de placer, como si se tratara de la más dulce de las torturas, mientras apretaba su agarre en mi cintura. Abrió los ojos apenas para hacer contacto visual, su cálido aliento llenaba mi boca, ardí en pasión y volví a besarlo mientras terminábamos de unirnos.

Sentí que le pertenecía en cuerpo y alma, me volví vulnerable, la electricidad me recorría, impulsándome. Besó mi cuerpo, sus colmillos me rozaban la piel en sus apasionados besos, me sentía en el cielo.

Sus manos volvieron a recorrerme mientras nos besábamos de forma sensual y candente, callaba con mi boca los suaves gemidos que emitía de vez en cuando, y viceversa. Mordí suave su mejilla en otro arrebató de pasión y deseo. Él era delicioso, se me había entregado al cien por ciento, y tocaba y besaba mi cuerpo, haciendo cada centímetro suyo. Besé su cuello, su pecho, acariciaba su cabello enredándolo en mis dedos, besaba cada parte de su piel que lograba alcanzar.

Nos miramos por un par de minutos, mientras recuperábamos el aliento. Rocé mi nariz con la suya, luego en su mejilla y besé sus labios.

—Mmmm... —exclamé ronroneando contra su boca, completamente satisfecha.

Sonrió y me apretó contra su cuerpo. Giró y quedamos de costado, respiró hondo por mi oído y me estremecí, soltó un suave jadeo. Acarició mi rostro mirándome profundamente.

—Eso fue... guau —susurró.

—Lo sé —susurré en respuesta.

Besé sus labios, que estaban tan suaves. Juntó su frente a la mía y me sonrió.

—Bueno, creo que ahora entiendo el porqué de un par de cosas que ocurrían con mi cuerpo a las que no hallaba explicación... Creo que no era tensión, no del todo. —Reí un poco y le di otro beso, sonrió de nuevo—. Ahora también sé qué ocurría en esos hospedajes donde nos quedamos...

Volví a reír y lo besé. Mi cuerpo empezó a reaccionar, empecé a sentirme dolorida. Mis labios también me dolieron un poco, con la punta de mi lengua descubrí unas cuantas pequeñas heridas causadas por el roce e hincos de sus colmillos. Mi piel también vino con su lista de pequeños rasguños que empezaban a arder.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Asentí sonriéndole con dulzura.

—Todo bien, sólo algo dolorida...

Juntó las cejas luciendo no sólo preocupado aún sino también triste.

—Perdóname...

—No, tranquilo, es normal —lo calmé con una sonrisa.

Se relajó, me abrazó más fuerte y acomodé mi rostro por su cuello. Quedé dormida casi sin darme cuenta.

Capítulo 35: Mensaje encargado

Desperté con sus caricias, al abrir los ojos me encontré con su mirada preocupada. Seguía sintiéndome dolorida pero estaba más que feliz, amaneciendo al lado de mi joven esposo, piel con piel, tal y como debió haber sido desde un principio. Me dio un beso en los labios.

—Te he lastimado —dijo casi susurrando.

Le devolví el beso y me moví para ponerme de pie. Abrí el armario para verme en el espejo de cuerpo entero y me sorprendí, pero no era gran cosa. Tenía algunos rasguños en mi rostro, seguro ocasionados por sus colmillos, apenas se notaban, no me preocupé. Tenía más rasguños en mis pechos, mi cintura, mis muslos. Sonreí un poco.

—Descuida, no es nada, me gusta... es tu marca.

Vino y me abrazó, presionando mi espalda contra su pecho. Recorrió mi cuerpo con su mirada en el espejo y me ruboricé sintiendo algo de vergüenza de pronto, pero su mirada era especial, no había malicia en ella. Sus ojos destellaban ese verde intenso a la luz del día. Contempló mi cuerpo unos segundos más antes de posar sus bellos y felinos ojos en los míos.

—¿Aún sientes dolor?

Le sonreí de forma tranquilizadora.

—Sí, pero estaré bien. La verdad, soy una rara por no haber hecho algo así antes —me encogí de hombros—, pero ahora estoy feliz de haber esperado. No sólo porque no me interesé en ello y porque hoy en día dos de cada cuatro contraen alguna enfermedad. Sino porque, como ya dije una vez, eres el primero al que amo.

Sonrió y se inclinó un poco, rozó su nariz por mi cuello y subió por mi oído hasta enterrarla en mi cabello. Me apretó contra su cuerpo, ronroneando por lo bajo. Cerré los ojos y sonreí, me encantaba. Vi el reloj. «Rayos».

—Creo que olemos igual —susurró.

Suspiré.

—No sabes cómo me encantaría quedarme contigo pero... debo ducharme ya e irme al laboratorio.

Me miró como un niño al que su mamá le acababa de decir que debía salir y dejarlo solo en casa.

—¿Irás a verme? —preguntó.

—Claro que sí.

Giré y rodeé su cuello con mis brazos, empujándome y besando sus tersos y ricos labios. La corriente de impulsos me traspasó nuevamente al sentir mi pecho desnudo presionarse contra el suyo, me apretó fuerte. Se sentía tan cálido, reconfortante, íntimo, como si una especie de barrera invisible se hubiera roto y ahora éramos en verdad como uno solo. No me creía capaz de tener algo así con alguien más, nunca.

—Mi Antonio —susurré contra sus labios.

Quedó mirándome, aún rozando sus labios con los míos, sonrió y besó mi mejilla.

—Te veo en un rato —murmuró apenas, dejándome libre.

Se sentó al pie de la cama mientras yo entraba a la ducha ruborizada nuevamente ante su penetrante mirada. Fue extraño sobar mi piel y sentir cómo el agua borraba los rastros de sus besos de mi cuerpo. Los rasguños me ardieron un poco, su marca estaba más profunda en mis caderas, donde se había aferrado al final, hincando sin querer las puntas de sus uñas en mi piel. Me volví a ruborizar, ese *final* había sido tan delicioso. La sensación latía ahí, punzaba y ardía un poco, me recordaba que no había sido un sueño.

Me mordí el labio al recordar la noche, mi corazón se había acelerado, vaya muchacho que tenía. Al salir esperé a que se duchara y saliera, después de calmar su preocupación

por haber encontrado una leve mancha de sangre en la cama, explicándole que era normal, nuevamente, sólo por ser la primera vez. Recogí mi ropa interior destruida sin evitar sonreír. Vi también mi blusa, a la que le faltaban botones, la guardé para arreglarla luego de buscarlos por el colchón y el piso.

Me despedí de él con otro suave e intenso beso. Fui hacia el laboratorio mientras sentía que volaba, no había forma de amarlo más de lo que lo hacía ahora.

—Te veo extremadamente feliz —dijo Rosy, sacándome de mis pensamientos y mirándome de forma sospechosa.

—Bueno, sí, soy feliz —respondí.

Tomó mi rostro, evaluándolo de forma suspicaz. «*Oh no...*»

—Tienes un par de rasguños en el mentón...

Me aparté de ella, fingiendo despreocupación, antes de que viera los que tenía por mi mandíbula cerca al oído y en el cuello.

—Sí, no es nada.

—Cómo que nada, ¿te rascaste sin tener cuidado?

—Sí. —Me encogí de hombros.

Frustré su lluvia de preguntas y fui hacia la mesa donde hacía mis pruebas. Apoyé mis codos en la mesa y me quedé pensando unos minutos, me volví a perder. Se me escapó una sonrisa y mordí mi labio inferior nuevamente al sentir el recuerdo de sus besos y sus jadeos de placer por mi cuello, mientras su cuerpo ardía sobre el mío. Sacudí la cabeza. Marcos me mataría si no terminaba de ver cómo los glóbulos blancos de los H.E reaccionaban ante otras tres enfermedades más. Suspiré. Vaya estudios tontos que nos encargaban hacer.

Nuevamente mi cabeza se ocupó de pensar en cómo hacer para que no hubiese más peleas y vivir en paz con Antonio. Si me iba con él a su ciudad no sólo no se apartaba la

posibilidad de que los humanos la destruyeran algún día, sino que tampoco podría mostrarle a mi esposo mi afecto en público. Si seguía con él aquí, seguiría con los de seguridad y al salir tendría que ocultar su apariencia. Quizá yo estaba tardando mucho en aceptar que esa sería mi vida de ahora en adelante. Quizá de nada servía soñar porque estaba demás, si el gobernador también estaba dentro de esos corruptos no iba a llegar a ninguna parte.

Después de acabar con la jornada fui a la farmacia por una pastilla desinflamante, no quería seguir preocupando a Antonio con mi dolor, además así estaría bien para la noche.

—¿Te duele algo? —preguntó Rosy sorprendiéndome, me había seguido.

—Nada importante —tomé la pastilla—, sólo cólicos.

—Deben ser fuertes —continuó—, porque esa es la pastilla más efectiva que hay...

Resoplé frustrada, la ignoré y me dirigí a la salida posterior del hospital. Avancé para ver el campo de entrenamiento más de cerca, Rosy me seguía como siempre. Pasamos la vegetación que rodeaba el cerco y quedamos mirando.

Antonio y los otros H.E estaban cerca, él volteó y me sonrió. Me ruboricé enseguida, se le veía radiante, pero no sólo era eso, él era el muchacho que me había visto desnuda por completo, al que me entregué sin vergüenza alguna. Me había visto llegar al clímax y esas cosas, ¿qué pensaría de mí ahora? Me había dicho una vez que le parecí alguien inocente, ¿pensaría lo contrario después de esta noche?

Palpé mi rostro, estaba casi al rojo vivo, qué vergüenza sentía. Peor aún, yo ya sabía de esas cosas por ser humana, pero él era puro incluso en pensamiento y yo lo acababa de corromper. Sentí que me encogía de vergüenza. Sacudí la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Rosy preocupada.

—S...sí, sólo... debo sentarme. —Respiré hondo.

Me senté y abracé mis rodillas. Traté de calmarme, no era para tanto, después de todo tendría que pasar algún día, ¿no? Además éramos esposos. «*Tenía que pasar... sí*». Aunque, en su mundo, lo que seguro les decían a ellos era que eso iba exclusivamente para fines de reproducción quizá. Tensé los labios. Aún no me había preguntado exactamente qué era lo que habíamos hecho pero no tardaría en hacerlo. ¿Qué le diría? ¿Que era para tener hijos pero que aún no quería tenerlos? *Oh rayos*, ni siquiera sabía si podríamos tener hijos, ¿y le iba a responder eso?

—Me estás preocupando, mujer —dijo mi amiga sentada a mi lado—, ¿qué tienes?

Respiré hondo, no me quedaba más que decirle eso. Ahora sólo quedaba ver cómo se lo tomaba, ¿y si me odiaba? Volví a respirar hondo. No, él no me odiaría, pero ¿y si lo hería? Eso era lo más probable.

—Um... —me quejé preocupada—. Sólo estoy algo tensa.

No podía y no quería contarle, además ella no lo entendería.

—Relájate, para todo hay solución —respondió—. ¿Sabes? Ácrux me saludó, ¿no viste?

—Ah, no... perdón.

—Me saludó moviendo la mano un segundo y ya —contó con una leve sonrisa—, será porque siempre venimos a verlos, aunque claro... tú tienes una razón.

Se le veía ligeramente emocionada. Sonreí. No me había percatado de nada desde que me perdí por la sonrisa de Antonio. Qué mala amiga era.

—¿Ya ves? —dije sonriente—. Si quieres hacerte amiga de él, sólo es cuestión de tiempo.

Los H.E se encontraban en posición, quizá correrían otra vez. Me distraje viendo una grúa sosteniendo una red a cuarenta metros que llegaba hasta el suelo, me pregunté para qué sería. El ruido de un disparo me sobresaltó un poco, y todos echaron a correr. Sonreí al ver que Antonio seguía siendo el más veloz pero pronto se me borró la sonrisa, ya que Ácrux lo alcanzó en segundos y le dio un empujón, haciéndolo caer. Uno de los hermanos

grandotes cayó también por culpa de Antonio, a esta distancia no lograba saber cuál de los dos hermanos era. Ambos se levantaron con rapidez, agarrando velocidad en segundos.

Esa caída debió doler pero no parecía haberles afectado. Antonio adelantó a los dos hermanos, y yo moría por alentarlos. Ácrux estaba por subir a la red, Antonio dio un salto y quedó prendido en ésta antes que el rubio, comenzó a trepar a toda velocidad agarrando ventaja nuevamente. Sí un H.E como él me perseguía, podría darme por muerta.

La grúa se movió, moviendo la red consigo. Eso no los detuvo y continuaban trepando a pesar del movimiento ondeante que estaba tomando la red, mataría a Max si algo le pasaba a mi Antonio. ¿Pero, por qué me asustaba? Él se había caído de una altura mayor y conmigo. Pero igual, nunca faltaba el momento en que algo saliera mal.

Antonio llegó al final y para mi sorpresa empezó a bajar corriendo por el brazo de la grúa que estaba en pendiente. Max apareció en mi campo de visión e hizo una señal al que manipulaba la grúa, éste movió con más fuerza el aparato haciendo que Antonio perdiera equilibrio y cayera. Me puse de pie, espantada, pero me alivié al ver que se había sujetado del metal.

—Andas muy distraído, ¿eh? ¡Chico altanero y enamorado! —le gritó Max por medio de un megáfono. ¡Me las pagaría por eso!

Mientras Max le sermoneaba a Antonio, Ácrux se adelantó. Antonio subió veloz al brazo metálico y continuó corriendo en bajada. Resoplé. ¿Qué sentido tenía todo esto? Ácrux llegó al suelo de un salto y Max lo recibió con un disparo.

Volví a espantarme, el disparo hizo que Ácrux cayera, a los pocos segundos Antonio tocó suelo y rodó esquivando el otro disparo de Max. ¿Acaso estaba loco? Volví a aliviarme al ver que Ácrux se ponía de pie, ileso. Antonio corría cubriéndose de los disparos con los obstáculos que había por ahí hasta que logró llegar cerca a Max, pero él le acertó un último disparo haciéndolo caer.

Los dos hermanos tocaron suelo y se quedaron ahí de pie. Antonio se puso de pie y se sacudió el polvo. Max empezó a decirles algo pero como ya no usaba el altavoz ya no podía oír bien, sólo detecte la palabra «decepcionado». Antonio me miraba fijamente, Max me miró también y me hizo señas con la mano para que fuera.

—¿Quieren qué vayamos? —preguntó Rosy mientras se podía de pie.

—Sí... parece...

Me preocupé un poco, quizá Max estaría molesto por el bajo rendimiento, quizá me diría que los distraíamos o algo así. Comencé a caminar rodeando el campo, mientras tanto vi que Max les hizo señales a Antonio y a Ácrux, éste último se encogió de hombros y se acercó a Antonio. Me sorprendí al ver que se lanzó a darle un puñetazo, Antonio se agachó esquivándolo y giró en el suelo, dándole una patada en los tobillos, haciéndolo caer. Me detuve algo sorprendida, Ácrux se puso de pie tan ágil como un felino y le asestó un golpe en el estómago a Antonio. Continué avanzando, no sabía que Max los hacía pelear de verdad entre ellos.

Reproché mi torpeza, el que peleara era un hecho, debía haberlo supuesto. Antonio giró veloz, dándole una patada lateral a Ácrux, haciéndolo caer de nuevo.

—Oye, está lastimando a Ácrux —reclamó Rosy.

—No es mi culpa —exclamé confundida por su actitud.

Aceleramos el paso. Ácrux se lanzó a Antonio de nuevo, volviendo a ser esquivado. Antonio le dio un golpe en el esternón haciéndolo expulsar el aire de su interior, tosió un poco y le dio un puñetazo en respuesta. Aceleré más el paso al ver que continuó atacándolo con una patada lateral en las costillas, haciéndolo caer. Antonio le pateó la rodilla y también lo hizo caer.

Rosy y yo corrimos a la entrada del edificio. Vimos a los soldados de Max, que estaban sacando las armas de sus cinturones y ordenándolas. «¿Por qué?». Salimos al campo de entrenamiento, Ácrux y Antonio estaban forcejeando y gruñendo. Antonio me vio y se ganó un codazo en la sien por distraerse. Me tapé la boca llena de culpa.

—Ay no... —murmuré mientras me acercaba corriendo a él.

—Hey, no interrumpas —ordenó Max.

—¡Tú cállate! —le respondí, tomé el rostro de Antonio—. Perdón, te distraje.

Él sonrió y negó.

—Descuida... Hace falta más que eso para herirme, lo sabes.

Max se acercó.

—Ayer se fugó, ¿creías que no me desquitaría con él? —reclamó.

—¡Yo le pedí que me acompañara a ver un asunto! —le respondí molesta.

—Ah, por cierto —continuó sin prestar atención a mi actitud—, no sé si el distraído te dijo que logramos bloquear sus celulares para que no pudiesen conseguir más información de ellos. Y con suerte nada, en caso de que aún no los hayan intervenido. —Me quedó mirando y entrecerró los ojos—. No, ya veo que no te ha dicho porque me has dejado hablar sin interrumpirme.

—Iba a decirle pero pasaron cosas y lo olvidé —respondió Antonio de forma seria.

Me ruboricé al recordar las *cosas* que pasaron ayer.

—¡Ah! —exclamó Max haciéndome reaccionar—. En cuanto a lo de tus padres... — Me dio un par de palmadas en el hombro—. Averiguaremos qué es lo que pasa. —Se alejó—. Por cierto, atacamos a la otra edificación de los de seguridad, la que estaba más cerca, ¿la recuerdas?

—¿Qué?! —casi grité sorprendida.

—Sígueme...

Miré a Antonio de pies a cabeza, parecía estar bien así que seguro todo había salido de acuerdo a su plan. Vi de reojo a Rosy distraída conversando con Ácrux. Aceleré el paso y me acerqué a Max, caminé a su lado mientras él hablaba y me guiaba hacia el segundo nivel.

—Al parecer han estado deshaciendo las evidencias, esta vez sólo encontramos unos tres H.E, a los cuales liberamos, excepto a una.

—¿Dijiste una? —pregunté confundida.

Me miró arqueando una ceja, nos detuvimos frente a una puerta y la abrió. Al entrar vi a una chica tendida en una camilla, su cabello era negro. Hubiese jurado que era humana si no fuese por las uñas en punta características de los H.E. Estaba dormida al parecer, y se le veía de unos dieciocho años o quizá un poco más.

—Le estaban drenando la sangre para ver hasta dónde resistía —dijo Max mientras entraba detrás de mí—, llegamos a tiempo así que no creí necesaria una transfusión.

—Vaya, eso es horrible —murmuré apenas.

Sentí lástima por ella, pero seguro se recuperaría pronto.

—Estaba semi consciente cuando tu Sirio la cargó —lo miré, sonrió de lado—, y al parecer lo conocía —agregó mientras arqueaba de nuevo una ceja.

Me quedé algo sorprendida y confundida, ¿por qué me lo decía de esa forma? ¿Qué problema había si lo conocía? ¿O es que quería ver si me ponía celosa? Me encogí de hombros.

—Sí, seguro, él también ha tenido una vida y amigos —dije sonando tranquila.

Se encogió de hombros también.

—Como sea, como tú sabes de esas cosas sobre medicina y H.E, vigílala.

—¿Eh?...

—Es mejor que estés aquí a que estés distrayendo a tu salvaje e indisciplinado H.E —me sermoneó levemente mientras se dirigía hacia la puerta.

—Mide bien tus palabritas, niño.

Volteó sonriente y me guiñó el ojo.

—Tranquila, bonita. Tampoco quiero que me distraigas a mí.

Fruncí el ceño fastidiada por el leve rubor en mi rostro.

—Nadie te dice que me mires —respondí—, ¡y tampoco debes hacerlo, estoy casada!
—reclamé mientras él salía por la puerta sin volver a mirarme.

Crucé los brazos y me senté de golpe en una silla que estaba cerca a la camilla. Respiré hondo. Detecté un movimiento y miré a la chica, había movido su brazo un poco, movió la cabeza mientras fruncía el ceño y tensaba los labios.

—Sirio —susurró.

Me sorprendí y me incomodé también, ¿estaba soñando con *mi* Antonio? La chica volvió a mover la cabeza, mirando hacia la pared y abrió los ojos. Me puse de pie al recordar que estaría desorientada y confundida, además era una H.E, no sabía cómo iba a reaccionar. Volteó a mirarme, el iris de sus ojos eran de un tamaño normal y de color celeste, sus pupilas rasgadas pero pequeñas. Todo eso indicaba que aún no pasaba por la etapa de transición, en la que los colmillos cambiaban y los ojos se volvían como los de un humano, para luego volver a cambiar.

—¿Y Sirio? —preguntó mirándome con algo de preocupación.

—Está en otro lado ahora... ocupado.

—Está aquí, puedo olerlo en ti —dijo casi susurrando y mirándome confundida.

Estaba débil aún, pero vaya, insistente.

—Sí, está aquí. Pero por ahora no puedes moverte —le decía en tono tranquilizador—, debes reposar y esperar a que tu nivel de sangre mejore...

—¿Puedes... decirle que venga? —preguntó aún con voz débil—. Necesito verlo.

Me quedé callada unos segundos. ¿Cuál era su apuro? ¿Qué era Antonio para ella?

—Bueno... veré si puede venir —respondí tratando de sonar despreocupada.

—¿Verás? Él no se negará —comentó muy segura.

Fruncí un poco el ceño y salí a buscar a Antonio. Mi mente se llenó de dudas, ¿por qué me pasaba esto?, ¿es que acaso nunca habría forma de estar tranquila? Siempre aparecía algún nuevo problema a afrontar por haberme enamorado de un H.E, alguien de un mundo completamente distinto. «*Pero aguarda, los problemas también surgían en una relación con un hombre humano...*». Aunque uno ya sabía cómo afrontarlos, al menos en parte.

Salí al campo de entrenamiento y mi vista fue a dar directo a mi joven H.E, que ya me estaba mirando al haber detectado mi aroma. Se acercó a mí, juntando un poco las cejas en un gesto de leve preocupación. Max y los otros H.E voltearon a mirar también al ver que Antonio los dejaba hablando solos.

—¿Pasó algo? —preguntó.

Relajé mi rostro para desaparecer la expresión que tenía de la cual no había sido consiente de haber puesto.

—Tu amiga quiere verte... —comenté, aunque no pude sonar muy tranquila como quería.

Max tosió, ahogando así su risa. *Perfecto*. Ahora él se burlaba de mí. Quizá eso era lo que quería: verme molesta. Antonio ladeó el rostro algo confundido, no sabía si era por mi raro tono o porque su amiga quería verlo. Avanzó para ir a verla, y me quedé ahí un segundo hasta que alguien tomó mi mano y me hizo avanzar.

Me aparté enseguida y lo miré, había sido Max, *claro*. Me sonrió de forma pícaro y me crucé de brazos retirándole la vista de forma despectiva. ¿Pero qué rayos le pasaba hoy? Continuamos caminando, subimos las escaleras y avanzamos hasta la habitación de la chica.

Ella esperaba mirando hacia la puerta y sonrió al ver a Antonio, fue apenas, por su

estado, pero era obvia su felicidad. Antonio la miró de forma seria.

—Sinfonía... —murmuró él.

«¿Qué? ¿Sinfonía? Genial». Otra H.E con un nombre extraño y «superior» de H.E.

—Qué bueno que te encontré... —le dijo ella con su débil voz.

—Ja, creo que fui yo el que te encontró —corrigió Antonio arqueando levemente las cejas.

—Gracias —respondió ella casi en un susurro. Cerró los ojos unos segundos, los abrió y miró al techo—. Orión... —me tensé al oír ese nombre—, lo escuché decir que quería que te entregaras o él vendría por ti, el día y de la forma que menos esperaras. —Volvió a mirar a Antonio, estaba angustiada ahora—. Dijo que estabas en esta ciudad y no pude hacer más que escapar y venir a buscarte... preocupada por ti —Orión mandando amenazas indirectas nuevamente. Antonio no había cambiado de expresión—, era muy probable que supiera que estaba escuchando pero no me importó.

—Sí, y también era muy probable que lo haya hecho sabiendo que vendrías a buscarme —continuó él—, sabiendo que quizá morirías y de algún modo yo me enteraría. Y en caso de que no, como acaba de ocurrir, me dieras ese mensaje.

—¿Cómo es que ahora te está buscando? —La voz se le había quebrado apenas.

—No debiste venir. Si no hubiéramos intervenido ese local, justo hoy, estarías muerta —le reprochó con frialdad.

Me recordaba a la frialdad con la que le habló a Ursa esa vez. No me gustaría estar en su lugar, ya iba viendo que sólo se suavizaba conmigo. Aunque, recordando viejos tiempos, él me habló de manera similar cuando puse en riesgo mi vida por ir a ocultar la toxina, cuando ese H.E irrumpió en el laboratorio. Me ordenó prácticamente, que no lo volviese a hacer. Bueno, no era tan grave... ¿Pero, quizá eso significaba que ella le importaba?

—¿Cómo quieres que no venga a advertirte? Tú siempre cuidaste de mí —apretó las sábanas con sus garras—, hasta que Ursa apareció.

Max se me acercó.

—Creo que deberíamos salir, esto se está poniendo algo candente —susurró cerca de mi oído.

En su mundo, las muestras de afecto estaban prohibidas, pero Antonio había cuidado a esta chica de algún modo haciendo que ella lo apreciara también, ¿pero de qué forma? Me di cuenta de que me había tensado un poco por lo que había dicho la chica. Antonio miró sobre su hombro de reajo hacia nosotros, seguro había escuchado a Max.

—No tienes que irte —dijo dirigiéndose a mí.

Max levantó un poco las manos como rindiéndose.

—Señal de salida —murmuró y se fue.

Antonio volvió a mirar a Sinfonía.

—No me debes nada, quiero que te recuperes y vuelvas a casa, no vuelvas a buscar a Orión ni a alguno de sus hombres —ordenó.

—¿Hay algún problema? —Me miró de reajo, quizá incómoda por mi presencia. Dirigió la vista hacia el anillo en la mano de Antonio y luego a sus ojos—. Te uniste a Ursa entonces.

—No...

—Si no hubiera aprendido a pelear también, no te habrías separado de mí por cuidarme... —Frunció el ceño—. Espera... ¿No?

—Estas son cosas que no incumben —dijo poniéndose un poco más serio, yo tenía las manos hacia atrás y no las moví, quién sabe qué diría ella—, ahora debes ser buena niña y descansar. —Dio un par de pasos hacia atrás, poniéndose a mi lado.

—Ha sido bueno verte después de todo, Sirio. Después de tanto tiempo —murmuró con algo de tristeza. Tragué saliva, ella no era capaz de ocultar mucho sus sentimientos como lo hacía Ursa. ¿Antonio se daría cuenta?—. Ver que ya eres alguien realizado... No deshagas tu núcleo entregando tu vida a Orión, no la hagas sufrir, quien quiera que sea. Además yo también sufriría.

Antonio juntó las cejas apenas, deshaciendo su expresión seria.

—Ya estoy advertido, descuida y gracias, pasaré viendo cómo estás al salir. —Me miró—. ¿Vamos?

Asentí algo perturbada y salimos, tenía preguntas por hacerle y quería aprovechar estos pocos minutos a solas con él. Estando cerca de las escaleras tomé su mano deteniéndome para que se detuviera, lo hizo y me miró. «*Bueno, aquí voy*».

Capítulo 36: La calma que precede a la tormenta

Froté la piel de su mano con mi pulgar y lo miré a los ojos, esos ojos de depredador. Él me estaba sonriendo a labios cerrados, con ternura, eso me tomó por sorpresa. Los recuerdos de la noche me invadieron. «No, *¿justo ahora?*». Me ruboricé y respiré hondo.

—Y... —Miré fugazmente mi mano que sostenía la suya y volví a sus ojos—. ¿Qué fue todo eso?

Sonrió de forma fugaz luciendo sus colmillos y mi mente se volvió a inundar de recuerdos, los hincos y rasguños en mis labios y el resto de mi cuerpo, dieron una punzada como acto de presencia. «No otra vez». Volví a respirar hondo mientras él empezaba a explicarme.

—Una amiga que tuve cuando era más joven —se encogió de hombros—, por ser menuda y temerosa los demás disfrutaban molestándola hasta que me enteré y les di su merecido. —Miró por la ventana hacia el campo de entrenamiento que se observaba desde aquí—. Desde ese momento anduve con ella, acompañándola, le enseñé a defenderse de a pocos al pasar los años. Los profesores se enteraron y me tenían como el favorito en las peleas —me miró—, fue así como Ursa apareció deseosa de retarme y también nos hicimos amigos. —Miró nuevamente hacia la ventana con la duda en los ojos—. No sé por qué Sinfonía se apartó.

Resoplé y arqueé una ceja.

—A mí me parece obvio. —Me miró confundido—. Se puso celosa de Ursa, le arrebató a su amigo —tensé los labios—, por no decir... «querido amigo».

—¿Querido amigo? —preguntó ladeando el rostro.

Sentí vergüenza de pronto. No tenía porqué molestarme por cosas como esta, ni siquiera pedirle explicaciones. Yo había tenido tres novios antes y él no había dicho ni «pío» al respecto. Era mi esposo... Bueno, era un esposo H.E no un esposo humano, pero de todos modos yo lo tenía todo para mí, ¿qué más quería?

Suspiré resignada.

—Olvídalo... —dije sonando despreocupada.

Lo miré arrepentida, como si hubiera dicho una ofensa, al recordar que esa palabra no servía con él para cambiar de tema.

—Dímelo, dime a qué te refieres —pidió con un tono levemente serio mientras arqueaba una ceja.

—Perdón —me ruboricé—, no tenía por qué preguntarte pero es que es obvio, ¿no lo ves? —Negó. ¿Cómo era que no se daba cuenta?—. Ella y Ursa... —Gracias a mi bocota ahora terminaría diciéndole algo que no me gustaba que supiera, aparte que las delataría. No, no le diría, debía mentirle, debía decirle otra cosa—. Te aprecian mucho, por eso no se llevan bien, o por lo menos Sinfonía, a ella no le agrada Ursa por ese motivo.

Hizo un gesto aceptando lo que había dicho, considerándolo verdad, aunque en parte lo era.

—Sí, quizá... —Miró de reojo a la ventana—. Debería disculparme por no hacer nada cuando se apartó, pero es que ya estaba concentrado en mi capricho. —Volvió a mirarme y me sonrió con dulzura—. Creí que estabas molesta porque no le dije que me uní a ti.

—Ah, no. Descuida, lo entiendo, debes tener tus razones —dije avergonzada.

—Por el estado en el que está, no creí conveniente que tuviera que asimilar el hecho de que un H.E se podía unir con una humana —explicó manteniendo esa leve y dulce sonrisa.

Asentí. Vaya tonta que era, yo preocupándome por los supuestos problemas que me traía mi relación con él, sin tomar en cuenta que él estaba en lo mismo. Él era el H.E que se había unido a una humana. Había sido una egoísta en pensar que era la única afectada en la relación.

—Eres muy bueno —murmuré despacio—, por eso te aprecian... Y yo también, mucho. —Solté un largo suspiro, deshaciéndome de mi ligera tensión—. Eres un protector nato, ¿eh? —agregué, me sentía avergonzada. ¿Qué más podía hacer?

Se inclinó y juntó su frente a la mía, sonreí.

—Quizá, pero ahora estoy para protegerte a ti, también para darte todo lo que esté a mi alcance. —Se separó—. ¿Vamos? —dijo sonriente mientras tiraba suavemente de mi mano.

Bajamos y él continuó con lo que tenía que hacer. Quedaron en que mañana llevarían a Sinfonía hacia la salida de la ciudad, pero antes Antonio y los otros H.E me acompañarían a hablar con el gobernador. Creo que exageraban en cuanto a cuestiones de seguridad pero era un plan que Max estaba armando para averiguar qué pasó con mis padres, así que por algo sería.

Rosy se despidió de Ácrux con una leve sonrisa que él correspondió. Era hora de volver y cenar, aunque yo por mi parte estaba nerviosa, tocaba afrontar el momento a solas con Antonio en nuestra habitación. Recordé la noche anterior y mis mejillas empezaron a calentarse, indicando que me había ruborizado nuevamente. ¿Él habría estado pensando en lo que pasó? ¿Lo habría recordado al verme llegar?

—Hey jovencita —dijo una grave voz a Rosy, al mismo tiempo que la retenía con un leve toque en el hombro, ella volteó al reconocer que era Ácrux—, ¿gustas cenar con nosotros?

Rosy me miró como pidiéndome una opinión y sonreí un poco, no tenía nada de malo. Volteó enseguida.

—Claro —le contestó sonriente.

Se fueron. Caí en la cuenta de que tocaba dirigirme a solas con Antonio hacia el hospital. Caminamos al rededor del campo cercado para llegar a la entrada posterior del hospital. El sol apenas iluminaba el cielo, pronto se haría oscuro, el silencio era tranquilizador. Miré de reojo a Antonio y parecía estar tranquilo, observaba el campo vacío, o más bien el bosque que se extendía del otro lado. ¿Extrañaría el contacto con la naturaleza? ¿Extrañaría su ciudad?

Me tensé. Quizá debía decirle que acompañara a Sinfonía, así podría ver a sus padres, era lo mínimo que podía hacer por él. Era por mí que estaba aquí, comprendiéndome y cuidándome mientras que yo sólo me ponía insegura tras cualquier pequeñez que ocurría.

Sentí tristeza. Era muy afortunada de tenerlo, debía poner más de mi parte y dejarme de tonterías, incluso era menor que yo y estaba demostrando más madurez, nunca dudó ni un segundo al estar conmigo.

—¿Estás bien? —interrumpió su suave y grave voz.

—Sí —respondí con lentitud. «*Vamos, sin rodeos*»—. No... —confesé con débil voz —, pero descuida, sólo estaba pensando. —Lo miré a los ojos—. Después de comer te lo digo, ¿sí?

Juntó las cejas, preocupado.

—¿Pasó algo? ¿Hice algo? ¿Te dijeron algo?

Reí un poco.

—No, no, no es nada malo, tranquilo.

Me empiné y le di un fugaz beso en la comisura de sus labios. Su aliento se mezcló con el mío y su aroma amenazó con envolverme, mi cuerpo volvió a latir ante los recuerdos de la noche anterior. Nuevamente me encontraba caminando a su lado, con el molesto rubor en mi rostro.

Sonreí al ver lo que había en la cafetería: pastel de chocolate. No dudé en coger una porción y darle a Antonio, por supuesto a él le encantó.

—Ya había pensado volver a intentar hablar con el gobernador —comenté—. Igual, pensaba pedirte que me acompañaras...

—Eso me alivia —me plantó su seria mirada—, me habría preocupado si no me lo decías y te volvía a pasar algo... —Miró fugazmente hacia su comida—. Quizá no lo dije ni lo demostré, pero me angustiaste mucho.

—Perdón —murmuré, sintiéndome culpable.

—¿Por qué pides perdón? —preguntó confundido—. No es tu culpa...

—Perd... —Me quedé callada al darme cuenta de que iba a pedir perdón por haber pedido perdón.

Soltó una suave y hermosa risa, no pude evitar reír también.

—Más bien, perdóname tú. —Ahora era yo la confundida. Me miraba fijamente, atrapándome con sus ojos que parecían mirar hasta lo más profundo de mi alma—. Quizá haya cosas que tú quieres que haga y no hago, quizá no te complazco en todo lo que te ha de gustar en una relación. Quiero aprender más, hago lo que dicta mi sentimiento pero tal vez tampoco soy muy expresivo...

—No —interrumpí—, no necesitas serlo, eres perfecto así. Te amo así —confesé al final, ruborizándome.

¿Por qué me pasaba esto? Yo nunca había sido así, los hombres con los que estuve no me ponían tímida, eran relaciones normales. Pero él me desarmaba con esa mirada, vivía ruborizándome por su culpa, y más ahora, después de lo de anoche. Qué rápido había pasado todo, desde que lo conocí, parecía incierto. Nuevamente me aterraba pensar que era muy bueno para ser cierto y que algo no tardaría en pasar. Yo no quería sólo un instante con él, quería toda mi vida.

—Yo también —dijo casi susurrando, sus verdes ojos de pupilas rasgadas destellaban algo más que dulzura, era amor. Me quedé hipnotizada—. Te amo con todas esas cosas que te hacen ser tú. No eres sólo una humana para mí, eres mi humana, mía... —Un rubor apenas perceptible apareció en sus mejillas—. Más mía que de las formas que pude imaginar.

Volví a ruborizarme, estaba recordando lo de anoche, sin duda. Miré el tablero de la mesa, puse las manos en mis mejillas. Tenía que hablarle de eso.

—¿Vamos a nuestra habitación? —murmuré apenas, mi voz se escuchó diminuta.

—Ah, verdad que querías hablarme de algo...

Asentí y me puse de pie, él me siguió. Le tomé la mano mientras íbamos de camino, palpé el anillo en su dedo y sonreí, sentí como si de pronto ese objeto me consolara y despejara mi nerviosismo. Era el símbolo de nuestra unión, diciéndole a los curiosos que él era mío y yo suya. Que no había que pedirle permiso a nadie si quería recorrer su cuerpo una noche más, que estaba aquí, que lo tenía donde siempre debió estar: a mi lado.

Al entrar a la habitación, cerró la puerta y encendió la luz. Volteé, colgándome de su cuello y cubriendo sus labios con los míos. Mi cuerpo latió al contacto con el suyo. Su calor y su aliento me envolvieron, el aroma de sus labios húmedos por mis besos me empezó a embriagar. Me apoderé de su labio inferior, gozando de su suavidad y grosor para luego liberarlo lentamente y separarme de él unos centímetros.

—Te amo —susurré.

Pude ver cómo sonreía.

—Yo a ti también... —respondió, se separó un poco más—. Y bien, ¿qué ibas a decirme?

Bajé la mirada unos segundos y volví a perderme en sus penetrantes ojos.

—¿Cómo me ves? —Volví a sentirme nerviosa—. Quiero decir... después de anoche, ¿tu imagen de mí ha cambiado?

Me miró confundido, como si no entendiera por qué hacía esa pregunta.

—Claro que no —respondió—, ¿por qué te vería distinto?

—Eh, bueno... —Mis manos recorrieron el cuello de su camisa de forma inconsciente—. Lo... lo que hicimos... —murmuré de forma tímida—. ¿No piensas que soy una desvergonzada o algo así?

—¿Qué?

—Digo... porque te pedí que me desnudaras y... me entregué a ti de esa forma...

Negó con la cabeza sonriéndome con ternura.

—Nunca, jamás te vería de esa forma —explicó con esa grave y seductora voz, recorrí sus hombros con mis manos sintiéndome aliviada—. Eres mi compañera eterna —agregó—, puedes hacer lo que te plazca conmigo: reír, conversar, darme besos o desnudarte. Todo lo que haces me encanta.

Me empiné y besé sus varoniles y tentadores labios otra vez. Mis dedos se enredaron en su sedoso cabello. Me estaba acostumbrando a quedar en la punta de mis pies como bailarina de Ballet, me rodeaba por la cintura con sus fuertes brazos y yo dejaba de lidiar con mi peso. Acostumbrándome también al suave roce de sus colmillos, aunque a veces uno que otro hincón me hacía estremecer. Volví a separarme de forma lenta y quedamos mirándonos. Llegaba la hora de explicarle qué habíamos hecho.

—Bueno... ¿No quieres saber qué fue lo que hicimos? —pregunté nerviosa.

Sonrió.

—Creo que tengo una idea. —Alcé las cejas ante su respuesta—. ¿Recuerdas lo de los hijos? —No pude evitar reír un poco ante su forma de expresarlo—. Ja, sí... ¿Recuerdas que me habían dicho que se hacía sin ropa?... Fue eso, ¿verdad?

Lo abracé, y me sentí algo triste y avergonzada por lo que iba a decirle.

—Sí... es eso, pero... no los tendremos aún. Además —alcé la mirada para plantarla en la suya—, tampoco sé si podremos... por cuestiones de compatibilidad genética. —Juntó las cejas pero no pude saber si era confusión o tristeza, igual, ninguna opción era buena—. Intenté decírtelo cuando me dijiste que querías unirte a mí —agregué con melancolía—, también quería hablarte de esto antes de hacerlo pero... anoche no pude detenerme.

Me ruboricé avergonzada por haberme dejado llevar por mis instintos y haberlo

arrastrado a él conmigo, ahora no sabía cómo se sentiría, si quizá se arrepentía o algo. Yo no me arrepentía de haberlo hecho pero sí de no haber esperado un poco más.

—No tendremos hijos entonces... —murmuró como si se lo estuviera explicando a él mismo.

—No lo sé, es decir... —Respiré hondo—. Las pastillas que viste ese día —tensé los labios unos segundos—, son para no concebir un niño por el momento. —Arqueó una ceja. Rayos, ¿cómo le explicaría sin que sonara o él pensara que sólo había querido «gozarme» de su cuerpo y del momento? Qué complicado—. A lo que me refiero es... Es que a ustedes les dicen que lo hagan con fines exclusivamente reproductivos seguramente, pero yo me entregué a ti por otra razón —sus ojos seguían pidiéndome explicaciones—, y es que te amo... Llámalo instinto si gustas, quizá lo es, no lo sé, sólo sé que quería entregarme a ti y recorrer tu cuerpo, hacerte sentir mi amor. —Un leve temblor recorrió mis labios.

Juntó un poco más las cejas.

—¿Por qué hablas como si tuvieras miedo? —preguntó preocupado.

Volví a ruborizarme, tenía que decirle también el porqué de mi actitud.

—Miedo... a que pienses que sólo quiero «gozar» el momento o algo así... sin tomar en cuenta la verdadera función de ese acto, no lo sé...

—A ver, según lo que me dices entiendo que los humanos no lo hacen sólo con ese fin, ¿verdad? —Asentí—. Lo hacen por amor...

—Sí, aunque a veces tampoco por eso —medité en voz alta, me volví a ruborizar—. Pero yo sí —aclaré preocupada.

Sonrió, al fin una sonrisa.

—No seré humano del todo pero, créeme, también sentí lo mismo que tú —confesó, haciéndome sonreír también.

—¿Sí?

—Sí, descuida —dijo casi susurrando mientras volvía a abrazarme levantándome momentáneamente del suelo, respiró hondo en mis cabellos—. Te amo y también siento esas ganas desmedidas de besarte y tocarte toda. —Mi corazón se aceleró, vaya forma directa de hablar, me hizo estremecer sin querer ante la idea. Sentí su sonrisa cerca de mi piel—. Me gusta cuando digo algo y tu pulso se acelera.

—¿Qué puedo hacer? Eres todo un seductor, me derrites —ronroneé contra su oído.

—Así que seductor, ¿eh? —contestó divertido—. Eso es nuevo, tomando en cuenta que usted es la que me seduce.

Solté una corta y leve risa, lo miré con cara de inocencia.

—¿Yo, jovencito?

Sonrió aún más y sus ojos felinos brillaron juguetones. Era mi objeto de adoración, qué importaba si me decían que era un aterrador H.E, con ojos de depredador y colmillos, y que no podía estar con él por eso. Para mí era lo de menos.

—Sí, tú con tu forma de ser, de hablarme, besarme, tocarme —arqueó una ceja—, con tu cuerpo hermoso, tu piel, tus labios que me hicieron ruborizar cuando tocaron mi mejilla por primera vez...

—Segunda vez —corregí, juntó las cejas confundido—. Te di un beso en la frente mientras dormías una vez —confesé—, cuando llegamos a la primera ciudad... También acaricié un poco tu pecho...

Alzó las cejas y sonrió.

—Me atacaste mientras dormía... interesante —dijo nuevamente en tono divertido, con esa grave voz casi ronroneando—. También he besado tu frente o tu mejilla mientras dormías, pero no pensé que tú lo habías hecho incluso desde antes.

Me encogí de hombros sonriéndole con ternura.

—No podía evitarlo, me gustaste desde que te vi. —Sonreía, me sentí feliz de haberlo sorprendido con ese dato. Recordé de pronto una cosa que tenía mucho que ver con el tema central—. Um... ¿me disculpas? Debo tomar la pastilla —dije sintiendo que volvía a ruborizarme.

—Claro —me liberó de su abrazo—, por mientras aprovecharé en darme una ducha rápida —se separó de mí, el calor de su cuerpo me empezó a abandonar—, estoy lleno de polvo, perdón.

Negué con la cabeza, dándole a entender que no tenía que pedir perdón. Sonreí y le mandé un beso, él sonrió también.

—Por cierto —dijo mientras rebuscaba en el bolsillo de su pantalón, sacó un pequeño chocolate—, te guardé esto. —Lo recibí con entusiasmo—. Lo compré en el camino de vuelta aquí después de intervenir en el edificio de seguridad ese.

—Gracias, me encanta... pero, ¿no se asustaron de ti?

—Entramos varios con casco, nos habrán creído locos.

Reí. Entró a la ducha y suspiré feliz. Recorrí la habitación con la mirada y observé en el suelo, al lado de la cama, su camisa blanca del día anterior. La recogí y la puse en la silla del escritorio.

Tomé la pastilla y luego me senté a disfrutar del chocolate, dejé un poco en el velador para él. Otra idea corrió por mi mente, él había dicho que podía hacer lo que quisiera, incluso desnudarme frente a él. Reí con ese pensamiento. Ya lo haría un día, oh sí, pero por ahora...

Salió de la ducha, con el torso desnudo y el pantalón de tela suave con el que dormía. Sonreí al recordar estos días en los que lo veía venir así a recostarse a mi lado para terminar durmiendo abrazados. Me miró sonriente, estaba sentada de costado en la silla, el respaldo daba hacia él. Apoyé mi mentón en éste, admirando su cuerpo. Él subió a la cama y se cruzó de piernas, quedando frente a mí.

—¿Qué? —preguntó arqueando una ceja.

—Recordaba —murmuré sin dejar de mirarlo— cómo me gusta verte así. —Se estremeció con una corta risa silenciosa—. Tu cuerpo me dice: «ven aquí, hazme tuyo...»

Volvió a arquear una ceja y se inclinó un poco hacia atrás apoyando las manos en el colchón.

—Qué esperas entonces, ven aquí —ronroneó de forma seductora.

Mi corazón se aceleró y me puse de pie mientras mis mejillas se llenaban de color. Él me quedó viendo con total sorpresa y fascinación, sus ojos me recorrieron de arriba abajo también ruborizándose un poco. Me había desnudado y puesto su camisa. Nunca me imaginé siendo tan atrevida pero era él, con él todo valía.

Sus felinos ojos ardieron en deseo, rogándome que lo llevara otra vez al cielo. Seguramente yo lo miraba de igual forma. Me acerqué subiendo al colchón y acomodándome a horcajadas sobre él. Su aliento ardiente se mezcló con el mío y nos besamos de forma intensa, ahogué un suave gemido contra su boca al igual que él. Acaricié su cabello húmedo recién lavado, su tan bien formada espalda, su pecho. Nuestra respiración se había acelerado enseguida, su piel ardía más con cada caricia. Sus manos recorrieron mis muslos y subieron veloces por debajo de la camisa.

Besó mi cuerpo de forma tortuosamente lenta y deliciosa, lo dejé explorar y saciar su curiosidad. Quería hacerle ver y sentir que lo amaba con locura, pero él no se quedó atrás. Todo era besos, caricias y dulces palabras de amor, lo llené de piropos y recorrí su cuerpo también. Me sentía suya por completo, él jadeaba, suspiraba y ahogaba suaves gemidos y gruñidos de placer contra mi boca, recordándome, una vez más, que no era un hombre humano del todo. Sus colmillos y las puntas de sus uñas rozando mi piel también se sumaban a la lista, me encantaba, todo eso era parte de él.

Sentí su respiración profunda cerca de mi oído mientras reposaba aún sobre mí, yo respiraba igual. Sentía su pulso acelerado también. Acaricié su cabello, bajé a su espalda, giré un poco el rostro y besé su mejilla. Dio un suspiro y se reincorporó un poco para mirarme, apoyó su frente en la mía y sonrió. Acaricié su rostro, nos mirábamos con amor,

podía sentirlo.

—Te amo —susurró—, al hacer esto... siento realizado ese sentimiento, siento que es otra nueva forma de demostrártelo también... siento tantas cosas.

—Lo sé, yo también siento todo eso y más —respondí de la misma forma.

Me besó con suavidad y se removió con un suave gruñido de placer. Sonreí liberando sus labios. Giró y quedé encima, acomodé mi rostro en su pecho.

—Ya vuelvo —susurré.

Me puse de pie y me dirigí a apagar la luz. Antes no pensé que llegaría a tener algo así con alguien de forma tan fácil, siempre creí que tendría demasiado pudor, que no me atrevería a mucho y que luego hasta cambiaría de forma de ser o mi perspectiva del mundo. Pero pensaba en Antonio y todo desaparecía, con él quería intentarlo todo, quería darle todo. Además era mi esposo aunque aún no terminaba de asimilarlo porque era algo demasiado hermoso.

Caminé bajo su mirada, sin ningún pudor y volví a su regazo, acurrucándome contra su cálida piel, y lo besé. Mis besos lentos se fueron volviendo apasionados nuevamente, su piel volvió a encenderse bajo mi piel. Sus manos recorrían mi cuerpo mientras yo también me aventuraba a tocar todo lo que mis manos podían alcanzar.

—Vaya —susurré contra su cuello—, eres un joven vigoroso e insaciable...

Mi mano se dirigió a su parte baja, que nuevamente estaba deseando entrar en la dulce acción. Jadeó apenas ante mi tacto y sonrió algo avergonzado.

—Lo siento, no es voluntario...

Sonreí y negué con la cabeza. Volví a besarlo de forma apasionada, más que dispuesta a hacerlo mío otra vez.

Capítulo 37: Más problemas

Desperté con sus besos y caricias. Mi meloso favorito. Acaricié su pecho y enterré mi nariz en su cuello, deleitándome con el aroma de su deliciosa piel y, claro, también del aroma a noche de pasión. Habíamos hecho el amor de forma lenta y apasionada hasta altas horas, estaba agotada aún pero él parecía estar como nuevo. No me importaba, quería satisfacerlo.

Me apretó contra su cuerpo con fuerza, robándome el aliento mientras sonreía feliz de la vida.

—Creo que no me medí otra vez —susurró.

—Bah, no es nada.... —respondí mientras acariciaba su pecho con mi mejilla. Me había ocasionado algunos rasguños en la cintura, caderas y espalda, pero me encantaba—. Es tu marca, ya te lo he dicho —agregué con ternura.

Me apretó nuevamente y respiró hondo en mi cabello.

—Vaya noche... —murmuró—. Nunca se me hubiera ocurrido que fuera así...

Reí un poco contra su cuello.

—¿Y cómo pensabas que era? —Besé su piel—. ¿Cómo pensabas que aparecían los niños?

Rió en silencio y meditó unos segundos.

—Nunca me detuve a pensarlo con seriedad... Simplemente pensaba que de algún modo aparecían, que quizá por alguna especie de contacto especial de la pareja del núcleo o algo. —Se encogió de hombros—. Los deberes y nuestra sociedad nos mantenían distraídos con otras cosas... ya sabes...

—Um... Sí, lo suponía.

Besé su cuello y subí hasta la línea de su mandíbula. Su barba estaba apenas crecida, me gustó. Pasé la punta de mi lengua por su oído haciéndolo estremecer.

—Si sigues así ya sabes qué es lo que conseguirás —dijo en un tono grave bastante tentador.

Volví a reír entre dientes casi en silencio. Se empezaba a hacer tarde y aunque la idea de hacerle el amor otra vez me atraía, tenía que ponerme en marcha. Me dio un suave beso en los labios haciéndome salir de mis pensamientos.

—Me consuela el hecho de saber que te veré más tarde —susurré—, y podré hacerte lo que quiera...

Sonrió y salió de la cama de mala gana por tener que dejarlo.

Me encontraba bajo el chorro de la ducha, deshaciéndome del rastro de sus besos, con mucha tristeza por cierto. Por mí, me quedaba con eso y con él todo el día. Abrí parcialmente la puerta y él volteó a verme. Estaba de pie, había recogido el par de prendas de las que nos habíamos deshecho anoche. Me mordí el labio inferior ante la vista que tenía. Sonrió y arqueó una ceja.

—¿Vienes un momento? —le pregunté, y enseguida vino hacia mí con una dulce sonrisa, tomé su mano y lo hice pasar—. Dúchate conmigo —susurré mientras lo metía a la ducha y le rodeaba el cuello con los brazos para besarlo.

El agua nos cubrió a ambos, recorrí su piel con mis manos mientras él hacía lo mismo. Quizá me portaba como una romántica empedernida pero no me importó. No había nada más delicioso que su piel fresca y suave bajo el agua. Tomé el gel de cuerpo y se lo di, entendió el mensaje y esparció una poca cantidad en sus manos, empezó a recorrer mi cuerpo con suavidad y delicadeza mientras yo hacía lo mismo. Me sentí en el cielo, me besó y mis manos subieron desde sus pectorales hasta sus hombros. Me deleité con esos músculos marcados que tenía. Sonreí contra sus labios.

—Dame un segundo —susurró.

Tomó el shampoo y sonreí. Empezó a masajear con la misma suavidad mi cabeza. Cerré los ojos, era revitalizante, tomando en cuenta que me sentía agotada y dolorida por haber tenido una de las noches más candentes de mi vida hasta ahora, contando la anterior. Me aferré a su cintura y pegué mi cuerpo al suyo, recostando mi rostro en su pecho aún con los ojos cerrados mientras él continuaba con su relajante masaje.

—Estás muy agotada —murmuró apenas.

—No... Bueno... algo —respondí de la misma forma sin abandonar mi posición.

Tomó mi mentón y se inclinó un poco para darme un dulce beso.

—Más tarde descansas...

Negué con la cabeza, haciendo puchero.

—Yo quiero hacerte el amor —reclamé de un modo un poco infantil.

Soltó una suave y hermosa risa y me abrazó fuerte.

—Ya lo veremos —repuso de forma dulce, a los pocos segundos me separó de él tomándome gentilmente de los hombros—, ahora a enjuagarte, te harás tarde...

—Ah, sí...

Me enjuagué rápido, me sentía revitalizada. Se pegó parcialmente a mi espalda mientras se aplicaba el shampoo también y lo enjuagó a los pocos minutos. Salimos de la ducha y me envolvió con mi toalla haciéndome sonreír nuevamente.

Se vistió más rápido que yo. Se puso la camisa azul marino con un rápido movimiento y quedó mirando atentamente cómo me abrochaba el sujetador. Sonreí y apoyé mi blusa en mi hombro mientras me le acercaba. Empecé abrocharle los botones de la camisa,

sonriendo aún ante la idea de la imagen de buena esposa que acababa de dar. Tomó mi blusa y me ayudó a ponérmela.

—Debemos ser la pareja más melosa que puede existir —le dije sonriendo.

—¿Melosa? —preguntó divertido, arqueando una ceja.

—Nos estamos portando muy cariñosos el uno con el otro... pero me encanta, nunca creí que llegaría a portarme así.

Me ofreció otra de sus amplias sonrisas de ensueño.

—Eso me gusta —respondió.

Nos volvimos a despedir con un suave y apasionado beso como todas las mañanas. Nunca iba a hartarme de él ni de su refrescante forma de ser y de mostrarme su puro amor. Fui hacia el laboratorio, al entrar Marcos me atajó.

—¿Serías tan amable de darme una muestra de la saliva de tu H.E? —preguntó.

Junté las cejas en un gesto de enojo y asombro al mismo tiempo.

—¿Pero qué dices?

—Quiero ver sus propiedades antisépticas y curativas —insistió—. Anda, por favor —rogó haciéndome suspirar con pesadez.

—Bueno... mejor pídeselo a él.

—Bien, bien —dijo de mala gana—. Sólo quería que tú lo hicieras, no vaya ser que se niegue o se lance a querer matarme por eso.

Solté una leve carcajada y me aparté de él para continuar con lo que teníamos que hacer.

Al cabo de unas horas, cerca de la hora de almuerzo, vino Julio con cara de espanto a decirnos que un hombre nos estaba buscando a mí y a Rosy. La sangre se me enfrió, nos habían encontrado, lo sabía. ¿Y ahora qué haría? Qué rápidos habían sido. Miré a Rosy y por su expresión me dio a entender que estaba pensando lo mismo que yo. Salimos en dirección a la sala de atención y caminamos lentamente.

—¿Qué crees que quiera? —preguntó Rosy con la preocupación aún en su rostro.

Tensé los labios.

—Quizá amenazarnos para que no digamos nada o... no sé.

También había la posibilidad de que nos sacaran de aquí y nos llevaran a silenciarnos de una vez, después de todo ellos ya sabían bien quiénes éramos y qué era lo que sabíamos. No me había detenido a pensar en eso y ahora sentía el pánico empezar a recorrerme.

El pánico aumentó cuando vi a un hombre vestido de negro y dos hombres parados a sus costados con casco. «*Típico de ellos*». Me preocupaba que esos H.E detectaran el aroma de los otros que estaban en el campo de entrenamiento. Aunque, pensándolo bien, no les convenía hablar, ellos eran sólo dos y los del campo de entrenamiento eran cuatro. Pero podían hablar y luego venir con más H.E.

—Buen día, señoritas —dijo el hombre al vernos, ambas asentimos con un leve movimiento de la cabeza—. Descuiden —agregó—, sólo vengo a entregar un mensaje... es de parte del gobernador.

Me sorprendí un poco. Me percaté de que los H.E miraban disimuladamente hacia los costados y sentí un nuevo bajón de presión, quizá ya habían detectado el aroma de Antonio.

—De qué se trata —murmuré tratando de disimular tranquilidad.

El hombre sacó un papel de un folio y me lo entregó. Las personas y pacientes del hospital pasaban mirándonos con curiosidad, sobre todo a los hombres de casco, sin tener idea de lo que en verdad eran.

—El gobernador ya no necesita que se dediquen a investigar —dijo, miré el papel con incertidumbre mientras el hombre continuaba hablando—, así que ordena retirarse y continuar con su vida normal, busquen trabajo en algún otro lugar y no divulguen nada sobre lo que saben.

—¿Qué? —dijo Rosy casi exclamando—. Ni siquiera tenemos a dónde ir, los de seguridad destruyeron nuestras viviendas en la otra ciudad...

—El gobierno les hará un depósito —respondió el hombre de forma algo tosca—. Ordenó advertirles también que si el asunto continúa o sale a la luz algo más, se les considerará como principales culpables y... —bajó el tono de voz apenas— se las silenciará permanentemente.

Tragué saliva con dificultad. ¿Y ahora qué haríamos? Esto no se podía quedar así. Pero una vez más recordé lo que Marcos había dicho: nosotros no éramos nada para el gobierno y sus cosas corruptas. Todo había sido mi culpa. El hombre se retiró, y pude notar cómo uno de los H.E volvía a mirar a su costado. Antonio también estaba en problemas, sin duda ese H.E hablaría sobre lo que olfateó.

Mi amiga me miraba con mucha preocupación. Marcos se nos acercó.

—Le dije a Max lo que pasaba por si el hombre se dirige hacia allá ahora. —Nos miró preocupado al ver nuestros rostros—. ¿Qué pasó?

Fruncí el ceño y apreté los puños, podían desquitarse conmigo pero yo misma había arrastrado a Rosy a esto y ahora ella también estaba pagándolo, lo peor era la posibilidad de que nos mataran a las dos. De todos modos no era necesario que algo más saliera a la luz ya que incluso podían deshacerse de nosotras produciendo algún accidente.

—Discúlpeme —dije con débil voz.

Me dirigí hacia la parte posterior del hospital a ver por las ventanas, tenía que percatarme de que todo estuviese bien allá en el campo. Marcos y Rosy me siguieron mientras ella le explicaba lo que había pasado.

Me asomé, vi a los soldados de Max entrenando como normalmente lo hacían y me

sentí un poco aliviada. Busqué inmediatamente a mi Antonio y lo divisé pronto, estaba junto con Ácrux observando cómo los otros dos H.E peleaban. Me dirigí a la puerta y salí en dirección al campo. Antonio volteó a mirarme cuando estuvimos cerca del alambrado. Max me lanzó una extraña mirada, como de advertencia, y me quedé quieta. Mis ojos se dirigieron a Antonio pero él no parecía haberse dado cuenta, quizá Max no les había dicho nada.

Los cuatro H.E voltearon a mirar hacia el bosque que se extendía más allá del campo, del otro lado de la cerca. Me sorprendí al ver que inmediatamente echaron a correr. Miré hacia el ralo bosque y pude ver un venado. «*Oh, eso era*». Antonio aceleró y brincó la alta cerca sin problemas, cayó de cuclillas y volvió a salir disparado hacia el venado. Los otros lo seguían a unos cuantos pasos, brincaban sin problemas los obstáculos hasta que quedaron quietos cerca de la vegetación.

Cómo adoraba ver a Antonio en modo de caza, con esa mirada fría y fija en su objetivo, era de temer, pobre venado. Max había salido corriendo del campo, seguramente para venir hacia nosotros mientras los H.E se distraían cazando. Pude ver cómo se iban dispersando lentamente, rodeando al venado. El animal alzó la cabeza y salió disparado también, huyendo por su vida mientras los cuatro depredadores se lanzaban al ataque.

—¡Hey! —exclamó Max detrás de mí, haciéndome brincar del susto.

—¡Dios! No vuelvas a asustarme así, no estoy de humor —contesté de forma tosca.

—Ya, ya, tranquila, lo sé —dijo alzando las manos, tratando de calmarme—. Marcos me dijo.

Fruncí más el ceño.

—Estamos en problemas...

—Sí, lo están, pero lo solucionaremos...

—No, no entiendes. —Mi voz se quería quebrar—. El hombre estaba con dos H.E ahí, estoy segura de que uno de ellos se ha percatado de la presencia de Antonio, son capaces de volver... y también venir aquí.

—Aparte de que quieren matarnos —agregó Rosy con algo de angustia.

Max suspiró.

—Ya, miren... —volvió a intentar calmarnos. Guardó silencio unos segundos al percatarse de que los chicos ya venían de regreso—. No les he dicho nada aún, sobre todo a tu salvaje, no quería que se fuera a armar algún lío.

Resoplé, ya lo suponía. Pero tenía lógica, Antonio no se habría quedado a esperar si se enteraba de lo que estaba pasando en el hospital. Los vi acercarse, mi joven H.E llevaba al venado a cuestas. Me preguntaba si todo esto iba a terminar bien, si en algún momento se acabaría. Lo único que habíamos hecho hasta ahora era meternos en más problemas, y me había quedado sin trabajo, patético. Aunque, la verdad, sólo nos estaban distrayendo ahí. Él que más me preocupaba era Antonio, no tardarían en encontrarlo, no quería que se lo llevaran.

Dejó al venado en el suelo y se acercó a mí con semblante de preocupación, seguro había notado mi expresión. No me contuve y lo abracé fuerte, enterrando mi rostro en su pecho.

—¿Qué sucede? —me preguntó casi susurrando mientras acariciaba mi cabello.

Negué con un rápido movimiento de la cabeza. Aún quería sentir el confort y alivio que me daba el rodearme con su aroma para calmarme.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar de modo autoritario, dirigiéndose a los que estaban ahí presentes.

—Me temo que están en problemas —murmuró Marcos.

—Quieren eliminarnos... —respondí al fin contra su pecho.

Se tensó enseguida.

—¿Quiénes? —preguntó con severidad en la voz—. ¿El gobierno?

Giré mi rostro para poder ver a Max y a mis dos amigos.

—Sí —respondió Rosy antes de que pudiera hacerlo yo—. Vinieron a vernos, un tipo en traje con dos H.E con casco...

—¿Qué? ¿Por qué no avisaste? —preguntó, y por la cara que puso Marcos, estaba segura de que se había dirigido a él y que lo estaba fulminando con la mirada.

—Lo hice —se excusó levantando las manos y alegando inocencia.

—Gracias, gracias —dijo Max rodando los ojos. Antonio también lo fulminó con la mirada a él—. Escucha —trató de calmarlo—, si te lo hubiera dicho hubieras ido a meterte en problemas, a revelar tu identidad frente a la gente y a arriesgarte a que los mataran ahí mismo.

—No digas tonterías —le respondió casi gruñendo—, hubiera podido acabar con ellos...

—No —le dije con suave voz. Alcé la vista y acaricié su rostro—, la gente también hubiera corrido a avisar a los de seguridad o al mismo gobierno.

—Según Marcos, ahora no podrán estar más en el hospital —agregó Max—. Así que se quedarán aquí...

Volteé a mirarlo.

—¿Eh? —exclamó Rosy.

—No es necesario —repuso Marcos—, pueden seguir en el hospital...

—Olvídate de eso —interrumpió Max—, volverán a buscarlas y también a Sirio. Sin embargo nunca sospecharían que están aquí, ellos esperarían que se fueran a algún lugar más lejano.

Antonio no parecía contento con lo que había pasado, suspiró.

—Bueno... sólo por ahora —dijo—. Yo mismo iré a hablar con ese tal gobernador a acabar de una vez con todo esto. Y que me sigan los que gusten —amenazó.

Me angustié.

—¿Qué? —Me aferré a su camisa—. No te dejaré hacer eso.

Envolvió mis manos con las suyas mientras me miraba con esos ojos penetrantes.

—Lo haré, no pueden venir a amenazarte. O dejan a un lado su actitud temerosa hacia mi sociedad o yo mismo me dedicaré a divulgar sus cosas y a desaparecerlos.

—No, no... no... —Sacudí suavemente la cabeza en negación, temerosa.

Entristeció un poco y noté algo de angustia además.

—Es la única forma, ¿cuánto tiempo más tendré que permanecer oculto? —Entristecí también, lo sabía, se estaba cansando de eso. «*No por favor, no te alejes de mí*»—. Ellos no desistirán en su búsqueda de una guerra, no puedo quedarme a esperar y menos aguantar que te amenacen como si fueran los amos de las personas, dueños y señores del planeta. —Estaba conteniendo la furia en su voz—. No les permito que vengan a amenazar con arrebatarte de mi lado —apretó un poco más sus manos sobre las mías—, no les permito —enfaticó.

No sabía que esto lo iba a enfurecer tanto, no. A él también lo buscaba Orión para matarlo y yo no podía hacer nada más que ocultarlo aquí. Lo abracé fuerte. No quería que me lo arrebataran tampoco, esa era mi pesadilla.

Una voz femenina irrumpió. Era Tania, me sorprendió, no la había visto venir.

—Sólo hay una habitación extra que era para Sirio, cuando se animara a quedarse aquí —dijo.

—Está por demás decir que ellas se quedan conmigo —respondió él.

Rosy se alegró.

—Gracias —exclamó emocionada y nos envolvió en sus brazos a ambos.

Max rodó los ojos.

—Bueno, traigan sus cosas —dijo mientras se retiraba.

Almorzamos ahí con ellos antes de ir por nuestras cosas.

—Sirio... —lo llamó Max mientras le alcanzaba un plato de comida—. Ya sabes...

Él suspiró pesadamente.

—Ya vuelvo —me dijo con voz suave.

Después de que se fuera miré a Max buscando explicaciones.

—Es la chica —dijo él, respondiendo a mi mirada—, no admite que nadie más que él se acerque, así que bueno. —Se encogió de hombros.

Tensé los labios, ya lo suponía. Nuevamente los celos me atacaron por unos segundos pero respiré hondo. Antonio era mío, además, si yo estuviera cautiva en un lugar con puro H.E desconocido me gustaría tener por lo menos alguien que me fuese familiar a mi lado. De todos modos sentí que me relajaba cuando lo vi volver y sentarse a mi lado.

Sólo me dispuse a guardar las cosas básicas para la noche, después de todo estábamos cerca así que no era necesaria una muda completa. No iba a dormir en otro sitio donde no estuviera mi esposo, aunque esta vez no tendríamos intimidad. Igual, eso no importaba ahora, estaba angustiada por lo que planeaba hacer.

Max nos dirigió a la habitación. Pasamos por donde estaba la chica H.E que habían rescatado y quedó mirándome todo el fugaz momento que me tardó cruzar por su puerta.

—Queríamos llevarla a la salida de la ciudad hoy pero se negó, así que insistiremos mañana —comentó Max.

—Aún no se siente del todo bien —agregó Antonio.

Esa chica era tan rara, incluido el nombre.

Llegamos a la habitación vacía y tensé un poco los labios, sólo había un escritorio y una cama, claro, y no entraba otra. Rosy me miró de reojo. Aparenté normalidad en mi rostro y entré, Antonio me siguió y puso las mochilas en el colchón. Volteó a mirarme con una dulce sonrisa.

—Te veo en unas horas —murmuró.

Pasamos las horas viendo cómo, al parecer, Max y Antonio planeaban algo con Tania y los otros H.E.

Ya en nuestra habitación. Entró a la ducha luego de que Rosy y yo nos alistáramos para dormir, aunque aún nadie había mencionado el hecho de que había una sola cama.

—Ya, en serio —dijo ella rompiendo el silencio—. ¿Cómo puedes dormir con él sin hacerle nada? —preguntó, tomándome por sorpresa.

Me ruboricé. «¿Fingiré que aún no hacemos nada?... Sí».

—Bueno... Ya he dicho que ellos son muy distintos...

—Sí, pero igual...

Reí un poco. Tenía que cambiar el tema de forma rápida.

—Ellos son como los humanos, lo sé. Pero en cuanto a «esos» temas... Pues, no saben

nada. ¿Te aprovecharías tú de eso?

—Pues si lo amo y él me ama, sí. —Se apresuró a contestar.

Volví a reír.

—Bueno ahí cambia la cosa. Pero ahora yo estoy tratando de decírtelo con respecto a Ácrux.

—¿Eh? —preguntó confundida.

—Quizá él muestre cierto interés por ti, aunque no sé si es sólo amistad —le conté haciéndola sonreír ampliamente.

—Sí, ¿verdad? —dijo emocionada.

—Sí, *peero*... ten en cuenta sus normas. Si te involucras con él vas a tener que explicarle cómo funcionan las cosas. —Suspiré—. Como por ejemplo: que si lo besas, él no es el primero, que si llegan a involucrarse más... y llegan a hacer ya sabes qué —ella sonrió—, también deberías decirle que tampoco es el primero.

Su sonrisa se le borró.

—¿Tú crees que eso le afecte?

Me encogí de hombros con algo de pena.

—No te sabría decir, cada hombre es diferente, ¿no? —Escuché que la ducha se cerró y bajé la voz hasta que era casi un susurro—. Antonio me agarró fría al preguntarme si había besado a otros, y tuve que decirle, obvio. Esa no es una pregunta que se espera hoy en día, pero son H.E, puedes esperar todo de ellos, en serio.

Se mordió un poco las uñas.

—*Juiii* —exclamó de forma rara y culpable—, debí hacerme la monja y esperar igual

que tú.

Sacudí la cabeza en negación y le sonreí tratando de decir que todo estaría bien. Antonio salió de la ducha, con el torso desnudo, se alborotó un poco el cabello húmedo y nos dedicó una amable sonrisa.

—Creí que ya dormían.

Ambas nos miramos de reojo.

—Eh... ¿Y tú, dónde dormirás? —pregunté.

Me miró con curiosidad, como si ya conociera la respuesta y mi pregunta hubiera estado demás. Rosy se paró de un salto.

—Oh, descuiden, duerman juntos, yo me acomodaré por ahí.

—Claro que no... —respondió él.

Tocaron la puerta sorprendiéndonos. Antonio abrió, era Ácrux.

—Aquí están, mis condenados a muerte favoritos —dijo con esa voz grave característica de ellos y con una leve sonrisa irónica.

Tensé los labios mientras Antonio sonreía con el ceño fruncido. Había olvidado que para ellos morir no era un grave problema, con tal de no manchar su honor o algo así. Por eso se daba el lujo de bromear.

—Max dijo que esta habitación no era más grande que las otras así que pensé que podía cederle mi cama a alguien —continuó como si no pasara nada.

Tania apareció, asomándose por su espalda.

—Las chicas pueden dormir juntas y Sirio puede venir con alguno de nosotros —sugirió también como si no pasara nada.

«¿Pero qué?»

Max apareció también, ¿cuantos más había ahí afuera?

—Marien, si gustas ven conmigo, así tienen una cama cada uno —agregó.

Antonio les gruñó a los tres haciéndolos retroceder asustados. Rosy se acercó enseguida a donde estaban.

—Oh, no señores. Ellos son esposos así que duermen juntos, yo iré con ustedes —dijo mientras los empujaba más.

Me miró y me guiñó el ojo antes de irse. Antonio cerró la puerta y suspiró.

Capítulo 38: Plan en marcha

Antonio me miró con algo de tristeza repentina.

—¿Qué sucede? —pregunté preocupada.

Se acercó a mí y no pude evitar perderme en sus ojos. Cuando me di cuenta me tenía acorralada contra el escritorio, se inclinó un poco, apoyando sus manos en éste, a cada lado de mi cintura.

—Tú no estás condenada a muerte, no lo estás —dijo casi susurrando.

Apoyé mis antebrazos en sus fuertes y bonitos hombros, acaricié su cabello.

—No te preocupes por mí, me preocupas tú.

Negó en silencio sonriendo de forma melancólica.

—Estaré bien.

Lo jalé de forma lenta hacia mí hasta sentir su aliento sobre mi boca. Sus brazos pasaron a rodear mi cintura. Rocé sus labios, recorriendo y sintiendo la perfecta forma de su labio superior.

—Estaremos bien —susurré.

Me besó de forma suave, haciéndome vibrar con esa deliciosa sensación. Le correspondí, deleitándome otra vez. ¿Por qué había tenido que enamorarme de un hombre que me sacara de mis cabales tan rápido? El hincón de sus colmillos me hizo recordar que no era un hombre cualquiera.

Me separé de él y observé su rostro, su ligera expresión de tristeza no se iba. No me gustaba eso. Le sonreí con dulzura y él hizo lo mismo, así me gustaba, mi dulce y algo salvaje H.E.

Volví a besarlo, esta vez con más intensidad. Sus manos se escurrieron bajo mi pijama y acariciaron mi piel mientras yo acariciaba su pecho que ya empezaba a arder de forma embriagadora. Nos abrazamos y quedamos así por varios minutos.

Su cálido aliento golpeó mi cuello antes que sus labios y sonrió contra mi piel.

—Me atraes tanto... —susurró, tomó un mechón de mi cabello entre sus dedos—. Y hueles tan bien...

Deslizó su mano por mi cuello y llegó al primer botón de mi pijama, jugueteando un poco con éste. Me miró, mantenía esa tan dulce y además pícara sonrisa. Me quedé cautivada, ¿sabría él que me estaba enloqueciendo?

—Eres tan... deseable... —le susurré ruborizándome, sintiendo el corazón en la boca.

Ladeó el rostro, obviamente sin entender el uso de esa palabra en esta situación pero no me importó, sacudí la cabeza sonriéndole con ternura. Su sonrisa era deslumbrante, me abrazó y su calor me inundó, me acarició, no lo hacía a propósito pero ya me había hecho perder la cordura. Sus manos se posaron sobre mis pechos, estremeciéndome. Suspiró contra mis labios y deslizó su nariz por mi mejilla hasta mi oído.

—Me gustan —ronroneó con voz grave y extremadamente seductora—. ¿Sabes? Me tienen fascinado, los observaría todo el día.

—Bueno, puedes hacerlo —murmuré.

Mis manos recorrieron su pecho y bajaron. Apreciaba mi cuerpo con total calma, delicadeza y naturalidad, me encantaba. Me seducía con sólo el roce de su piel y me envolvía con su delicioso aroma.

—Eres preciosa —susurró.

Lo besé apasionadamente. Me senté en el escritorio mientras lo atraía hacia mí con mis brazos y piernas, envolviendo su estrecha cadera.

—Cuánto te amo —le dije con urgencia—, no quiero que te separen de mí.

—Sabes que yo también te amo —murmuró contra mi oído—, y no lo harán.

Vibré con su voz y sonríó mordiendo mi labio inferior. De un momento a otro terminamos en la cama, amándonos con locura. Bastaba una amenaza de muerte y esto era lo que ocurría. Acaricié e incluso creo que arañé su espalda con suavidad mientras él me besaba, callando mis suaves gemidos. Besó mi cuello gimiendo bajo en su garganta, traté de guardar silencio ya que en esta edificación había tres H.E más, con un estupendo oído. Aunque al parecer a mi joven amante no le interesó, haciendo que dejara de importarme también.

Respiré profundo y calmado, recuperando mi aliento. Sonrió contra mi mejilla y me besó. Sonreí también, momentos como este eran únicos y me hacían sentir que todo estaba bien... que todo estaría bien. Que él era mío y que eso no iba a cambiar, que estaría en mis brazos siempre, que había nacido para mí.

Desperté antes que él, para mi sorpresa. Me encontraba entre sus brazos, sus piernas entrelazadas con las mías. Vi su rostro, tan relajado, tan joven, lleno de vida, tan perfecto. Me quedé varios minutos contemplándolo, admirándolo. Pasé con delicadeza la punta de mi dedo índice por su barba, apenas crecida. Mordí mi labio inferior, me fascinaba.

Besé sus labios perfectos y tentadores. Abrió sus felinos ojos casi sorprendido pero enseguida sonrió y me devolvió el beso.

La hora del desayuno llegó, me era extraño ya no tener que ir al laboratorio. ¿Y ahora qué haría? Mi vista se dirigió a los H.E que nos miraban desde una mesa cercana. Si es que habían escuchado algo por lo menos no sabían lo que había sido, así que eso me

tranquilizó un poco. Nos dirigimos a la mesa en donde estaba Rosy, ahí se encontraban también Max, su hermano y la espesa Tania.

—Bien, esto es lo que haremos —dijo Max mientras juntaba las manos sobre la mesa —: dejaremos a la chica rara mientras tú vas y amenazas al gobernador...

—¿Qué? —interrumpí—. ¿De qué están hablando?

—Por cierto, habla con ella —continuó Max, dirigiéndose a Antonio sin hacerme caso alguno.

Él tensó los labios.

—Sí, eso haré —respondió mientras se ponía de pie.

Lo vi alejarse, iba a hablar con ella, ¿sobre qué?

—Debe irse ya —murmuró Max como respondiendo a mi duda mental—, así no se interpondrá... Además estorba —agregó con tono natural.

Traté de contener una pequeña risa pero no fue necesario mucho esfuerzo, ya que lo vi entrar con ella aferrada a su brazo. «Sí, *tenía que irse*». ¿Cómo era que una H.E podía sentirse tímida y vulnerable? Ya quisiera yo ser como ellos: fuerte, imparable... Bueno, casi. Él se veía incómodo, volvió a sentarse a mi lado.

—Quiero ir con ustedes a lo que tengan que hacer —dijo ella—, luego ya me dejan en la salida, sólo quiero asegurarme de que Sirio no se meta en más problemas.

«Oh, *eso también intento yo*».

Max rodó los ojos y siguió comiendo sin hacerle caso igual que a mí. A los pocos minutos Rosy, Max, su hermano y Tania se pusieron de pie llevando sus bandejas. Nos quedamos nosotros que aún no habíamos terminado el desayuno.

—¿Qué es lo que harás? —le susurré a Antonio lo más bajo que pude.

Me miró de reojo y luego bajó la vista a su plato sobre la mesa.

—Iré a hablar con ese gobernador —afirmó, con un tono que dejaba en claro que no cambiaría de opinión.

—Iré contigo —susurré de vuelta, haciendo que me viera.

—No quiero arriesgarte...

—Iré contigo quieras o no —insistí—, te seguiré a donde vayas. Además... Debo saber qué ocurrió con mis padres...

—Si algo te pasa por mi culpa no podré soportarlo —dijo en tono amargo.

Entristecí.

—Y si algo te pasa a ti... tampoco podré soportarlo —susurré con voz débil.

Sinfonía se inclinó un poco sobre la mesa, mirándonos con los ojos entrecerrados, primero a mí y luego a Antonio.

—Quiero volver a mi habitación —dijo—, pero también voy contigo, ya sabes.

Antonio suspiró con pesadez y se puso de pie.

—Enseguida vuelvo —murmuró hacia mí y se retiró con ella siguiéndolo.

Ella volvió a aferrarse a su brazo y volteó para mirarme con el ceño levemente fruncido, como una pequeña gata enfadada, yo la estaba mirando de igual forma. Para su sorpresa y la mía, Antonio se zafó de su agarre mientras le decía algo con rostro serio, y ella le respondió de la misma forma. Ahora también deseaba tener un buen oído como ellos para saber qué le decía.

Desaparecieron de mi vista. Este sería un largo día, yendo con ella también a hablar con el gobernador, soportando que quisiese pegarse así a mi Antonio. *Mío*. Suspiré. No tenía caso, él era el que debía decirle nuestra situación, ¿no?

Me dirigí hacia el campo de entrenamiento, ya estaban empezando a calentar mientras Max hablaba con los H.E y Tania a un costado. Rosy estaba a unos metros alejada de ellos, sin despegarle la mirada a Ácrux, volteó a mirarme sonriente y me hizo señas para que fuera a su lado.

—Anoche dormí con Ácrux —me dijo sin más.

Mi boca cayó abierta de la sorpresa y me ruboricé enseguida.

—¿Q-qué? —pude articular luego de unos segundos.

Abrió los ojos como platos y empezó a reír, junté las cejas confundida mientras ella intentaba calmarse.

—¿Qué... Qué acabas de pensar? —preguntó entre risas aún.

—Ah...

—Sólo dormí en su cama... Específicamente: «dormir» —agregó sonriente.

—Ah —dije temblorosa mientras una sonrisa se cruzaba por mi rostro.

Ahora me había puesto más roja por haber mal interpretado. Oh dios, ¡qué mal pensada que era! Rosy sonrió y se acercó a mí un poco más para susurrar.

—Eres una pilla... —murmuró apenas arqueando las cejas, divertida.

Negué con la cabeza soltando una tonta risa.

—¿Cómo dormiste? —pregunté no sólo para cambiar de tema sino también porque me importaba saber.

Sonrió y casi dio un par de brincos en el suelo.

—Bueno, fue raro. Él se sentó contra la pared frente a la cama y pude ver sus ojos brillar reflejando la luz de la luna —se estremeció un poco—, eso fue genial y aterrador al mismo tiempo. —Sonreí y asentí, ella hizo puchero—. Quería que durmiera conmigo...

Reí un poco en silencio.

—Ya te he explicado...

—Sí, lo sé. Pero igual. —Se encogió de hombros—. En fin. —Miró alrededor y volvió a plantar sus ojos en mí—. ¿Qué tiene esa H.E rara con tu Antonio?

Me tensé un poco.

—Es una conocida de él, una antigua amiga —dije tratando de sonar natural.

Ella alzó la vista y sonrió. Volteé a mirar, claro, era mi Antonio que estaba de vuelta. En ese momento recordé las pocas tres noches de intimidad que habíamos pasado juntos. Me ruboricé. ¿Podía ser más perfecto? Aunque el día de ayer me había traído un nuevo cambio a mi vida, esperaba que fuese algo pasajero. De pronto sentí que estaba olvidando algo... algo que tenía que ver con...

«¡Rayos, la pastilla! ¡Olvidé tomarla anoche!»

Me tapé la boca, absorta en mis pensamientos. ¿Y ahora? No pasaba nada, era sólo una vez, ¿no? Pero al final qué importaba, no me disgustaría para nada tener un hijo de él, mi Antonio... «No, pero, no ahora, no ahora, no era el momento. Ay no... Ay no...»

Una suave caricia en mi rostro hizo que reaccionara, alcé la vista y me encontré con esos ojos de hermoso verde, como el limón, como las hojas de los árboles en los bosques bajo la luz del sol. Y que resaltaban tan bien con sus bonitas cejas y cabello oscuro. Me quedé embobada, como siempre, cada vez que lo veía.

—¿Todo bien? —preguntó preocupado.

Respiré hondo y asentí sonriéndole con dulzura. Arqueó una ceja y ladeó el rostro confundido, quizá por mi repentino cambio de expresión, así que me empuñé y le di un casto beso en los labios. Sonrió, revelándome esos bonitos colmillos, haciendo que latieran sus leves rasguños en mi cuerpo.

—Sirio, ya casi es hora —interrumpió el espeso de Max.

—Voy —le respondió de forma seca.

Se fue hacia dónde estaba y comenzaron a hablar. Volví a centrarme en lo que me había quedado: la pastilla. No pasaba nada, todo estaría bien, quizá su efecto demoraría unos días en salir de mi sistema. Respiré aliviada. Aunque tener a un «pequeño Antonio» no se veía mal. Sonreí. Sería hermoso. Algún buen día lo sería.

Para la hora de almuerzo se repitió lo de la mañana, Sinfonía viniendo a sentarse con nosotros. Aunque esta vez, y para mi alivio, ya no tocó a Antonio. ¿Le habría dicho que no lo hiciera? Me sentí egoístamente bien al pensar que quizá sí lo había hecho, le preguntaría luego.

Mientras los hombres se alistaban para salir, fui a ver a Marcos al hospital. Él estaba solo en el laboratorio, y sonrió al verme.

—Todo es muy solitario —dijo con melancolía—, moriré de aburrimiento sin ustedes.

Reí entre dientes.

—Estamos al lado y no han pasado ni veinticuatro horas —dije sonriente.

Se encogió de hombros.

—Bueno, igual —dijo, de pronto pareció recordar algo—. Quería decirte que, de acuerdo a los exámenes de ADN, existe la remota posibilidad de que humanos y H.E puedan concebir un híbrido.

Mis ojos se iluminaron.

—¿Ah, sí? —pregunté disimulando mi entusiasmo.

—Ajá, pero no sé si ese híbrido podría vivir, ya sabes... —Titubeó—. Podría nacer muerto o algo así, o en mejor de los casos: ser estéril. —Volvió a encoger los hombros—. La madre naturaleza a veces puede más, no cree en cuentos de hadas.

Suspiré y sonreí un poco.

—Eso sí, pero algo es algo. Por lo menos hay esperanza.

Asintió. Saqué un pequeño frasco y se lo mostré, se le iluminó el rostro enseguida.

—Es... Es...

—Oh sí.

Sonrió y me lo recibió, fue directo a guardarlo. Era un poco de saliva de Antonio, se la había pedido esta mañana y él había aceptado entre risas, ganándose un gran beso luego.

—Son geniales, ¿verdad? —murmuró mi amigo, sacándome de mis recuerdos—. Con una saliva así... cualquier bacteria muere, mientras que nosotros requerimos de enjuagues bucales para no tener problemas. —Eso me hizo sonreír, era cierto.

—Bueno, debo irme. Rosy vendrá de aquí a hacerte compañía.

—Oh bueno —dijo resignado—, peor es nada.

Ambos reímos brevemente. Volví con Antonio y ya se encontraban listos para salir. Me dieron un casco para que me lo pusiera en caso de ser necesario. Subimos a las camionetas y partimos.

Anunciaron que primero iríamos a dejar a Sinfonía por más que ella reclamó que no quería, nuevamente me sentí bien por esa decisión. Antonio la había puesto en su lugar igual que a Tanía y a Max, pero aún quería que se fuera.

De todos modos me preocupaba que quisieran hablar con el gobernador, no sabía qué planeaban lograr, ese sujeto no entendería, después de todo si él sabía lo que ocurría en los establecimientos de seguridad entonces era otro desgraciado más. Lo que sí me interesaba era saber qué había sido de mis padres.

Continuamos por el camino hacia la edificación de donde habían rescatado a Sinfonía, para que volviese por donde vino. Según Max, esa edificación había sido abandonada por ahora. Aunque yo no lo creía, los de seguridad andaban alerta ahora que habían sucedido estas cosas. Habían escuchado que estaban buscando en todas las instalaciones extras que existían, aunque por suerte aún no habían intervenido el campo de entrenamiento cerca al hospital, por ser nuevo seguro lo habían dejado al último. Eso me preocupaba, tarde o temprano también tendríamos que salir de ahí.

Llegamos a la edificación y efectivamente, parecía estar cerrada.

—Bien, vamos jovencita —dijo Max dirigiéndose a Sinfonía.

Bajó de la camioneta, Sinfonía miró a Antonio.

—¿No me acompañas? —preguntó—. Me refiero a que vengas conmigo unos días... —agregó con timidez.

Antonio suspiró y negó con la cabeza.

—Sabes que no... —respondió mientras bajaba de la camioneta también.

Lo seguí, la chica no tuvo opción más que bajar también. Los hombres de Max bajaron de las camionetas y nos siguieron. Para sorpresa nuestra, la puerta de la edificación estaba abierta, así que entramos despacio. Parecía estar vacío, por el momento. Antonio me tomó del brazo.

—Hay alguien aquí... —Max volteó a mirarlo e hizo señas para que continuáramos—. Son varios, también hay H.E, creí que ya no habría nadie.

—Nos acercaremos de todos modos, aquí tenemos resguardo. Quiero ver qué es lo que están haciendo aquí —respondió Max.

Nos encontramos con un hombre, era el mismísimo gobernador, aquel hombre con cabello encanecido y traje gris. Estaba con otros hombres más y dos H.E, con casco obviamente. Sentí algo de alivio, sólo eran dos después de todo, nosotros teníamos cinco. Los hombres voltearon a vernos.

—¿Tiene autorización para estar aquí? —preguntó uno de ellos.

—Claro que sí —respondió Max—, justo queríamos tener la oportunidad de hablar con el señor gobernador, si no le molesta.

—Ahora no, estamos viendo otros asuntos...

Antonio, Ácrux y los dos hermanos gruñeron con furia haciendo que los hombres se sorprendieran mucho. Los H.E que estaban con ellos devolvieron el gruñido. El gobernador me sonrió estrechando los ojos.

—Conozco tu rostro, jovencita.

Capítulo 39: Mi Antonio

Me sorprendí un poco por lo que había dicho pero luego recordé.

—Sí, debe ser —respondí—. Fui la última en aceptar formar parte del equipo de investigación de la toxina...

—Sí, esa misma —interrumpió—. Ha estado ocasionando algunos problemas en base a eso. —Se empezaron a acercar a nosotros. Antonio se puso parcialmente delante de mí. Los hombres quedaron a un metro—. Quiero pedirle personalmente que deje de causar problemas —continuó.

—No, quiero que por favor entienda. No debe usar la toxina, nos matará a todos, además los H.E no son el problema.

—Oh, lo son...

—No, el problema lo causamos nosotros al atacarlos...

Los hombres rieron.

—Está loca la pobre —dijo uno de ellos, ganándose el gruñido de Antonio en respuesta.

El gobernador les hizo callar y me miró de forma seria.

—Si mal no recuerdo, sus padres murieron por culpa de unos H.E.

—Lo sé —tragué saliva con dificultad—, eso también quería preguntar...

Frunció el ceño.

—Me intriga, jovencita.

—Quiero saber dónde están sus cuerpos, sé que no están en donde deberían.

—¿Y yo cómo iba a saberlo?

—Usted debe saberlo —insistí de forma tosca.

—Ustedes quedan bajo arresto por irrumpir ilegalmente en las instalaciones del gobierno y por promover caos —empezó a decir uno de los hombres—. Ahora, por favor, los H.E se deben entregar por las buenas o por las malas.

Antonio se tensó al instante, una puerta se abrió e ingresaron muchos H.E, quizá serían unos veinte.

—Jovencita, usted no quería aceptar ingresar a la investigación. Su presencia era primordial por sus conocimientos sobre sustancias tóxicas, por eso ocurrió ese «accidente», así usted aceptaría —explicó el gobernador.

—¡¿Qué?! —gruñí.

—Sí, tal y como lo supone, nuestros H.E iniciaron el ataque... Ah, espere. ¿Usted creía que podrían haber estado vivos? No fantasee, no serviría de nada mantener vivos a dos personas que no nos eran útiles, eso no ocurre en la vida real.

La rabia y la desilusión me golpearon e inundaron. ¿Cuántos ataques de H.E habían sido reales y cuántos de parte de nuestro propio gobierno? ¡¿Mis padres fueron víctimas de su trampa sólo porque querían crear su estúpida arma?!

Siguiendo mi impulso le di un empujón al gobernador.

—¡¿Cómo se atreve?! —grité con lágrimas en los ojos.

Él hombre intentó darme un golpe en el rostro y todo fue caos. Antonio se le había

abalanzado y los otros H.E habían reaccionado y lanzado al ataque en respuesta.

—¡Antonio! —grité desesperada, buscándolo con la mirada.

Las cosas se calmaron en pocos segundos, los H.E habían logrado separarlo del gobernador antes de que lo dejara inconsciente y lo mantenían sujeto.

—¡No se atreva a tocarla! ¡¿Escuchó?! —amenazó mi Antonio.

El gobernador se levantó del suelo y se sacudió el traje, pude ver que temblaba pero simuló estar bien y burlarse un poco.

—Arréstenlos —ordenó— y maten a los H.E.

Los veinte H.E que se encontraban ahí se nos acercaron, uno de ellos me agarró del brazo y el caos volvió a empezar. Antonio le había dado un codazo a uno de los que lo tenían sujeto y de un puñetazo contra el otro se había liberado y lanzado contra el que me había agarrado el brazo. Ácrux y los hermanos también se lanzaron al ataque.

Sinfonía se acercó a mí, completamente asustada. Max y sus hombres también se habían lanzado a la pelea. Ambas soltamos un grito al ver a dos H.E que se venían a nosotras. Antonio lanzó a uno de ellos con una embestida y al otro lo recibió con un puñetazo. Corrió hacia otro más y dio un brinco, le cayó y lo aplastó contra el suelo, lo levantó y lo lanzó a otro más que venía.

—¿Están bien? —preguntó.

Ambas asentimos y se lanzó al ataque contra otro más, gruñéndole y mostrándole los colmillos, le mordió el brazo. El otro le respondió con un puñetazo y la angustia vino a mi cuando otro más vino por detrás y le mordió el hombro. Me estremecí. Ahogó el grito apretando los dientes y volteando para acertarle un fuerte golpe a su atacante. Volvió a voltear y le dio un zarpazo al que estaba en su enfrente tirándolo al suelo también.

Miré a mí alrededor y los H.E del gobernador habían sido abatidos rápidamente por los hombres de Max, sabían pelear y habían cargado sedantes. Aunque al parecer no con suficientes municiones ya que quedaban unos cuantos H.E en pie los cuales estaban siendo golpeados por varios de los soldados en una especie de carga montón, usando las armas

descargadas a modo de bastón.

Escuché una leve explosión que vino de afuera. Miré confundida hacia la puerta que daba al exterior pero no parecía haber nada.

El gobernador y sus hombres quedaron estupefactos, mirándonos, pronto empezaron a realizar llamadas pero por sus rostros de confusión al ver sus teléfonos asumí que las líneas no funcionaban. Max se acercó satisfecho.

—Bien señores, ahora negociemos —dijo—. Desistan de usar el arma, lo tengo todo grabado, esto podría ir al presidente —amenazó.

Los hombres fruncieron el ceño mientras trataban de seguir insistiendo en realizar llamadas. Era raro, las líneas muy rara vez fallaban.

—Señor, al parecer ha habido un corte de luz general —murmuró uno.

El gobernador nos miró con el ceño fruncido.

—¿Qué han hecho con las líneas? —preguntó—. ¿Acaso poseen un arma de shock magnético?

Max juntó las cejas, confundido.

—Deje de cambiar el tema.

El gobernador alzó parcialmente las manos.

—Debemos ver qué sucede.

—Usted no irá a ninguna parte.

Me acerqué un poco.

—Por favor... ¿Dónde están los cuerpos de mis padres? —pregunté.

Sabía que mi pregunta era fuera de lugar pero quería saber. Frunció más el ceño.

—No lo sabemos.

—No mienta —le gruñó Antonio.

El hombre suspiró con pesadez.

—Los H.E que mandamos debían destrozarse todos los cuerpos que hubiesen para que no pudieran ser reconocidos y luego se dio orden de incendiar todo para que nadie pudiera investigar. Justo unos minutos antes de que llegase la policía.

Apreté los puños.

—Sinfonía —murmuró Antonio—, vete ya...

La chica titubeó un momento, Antonio la miró de forma seria y ella caminó enseguida hacia la salida. Ya quería volver a aquella habitación, refugiarme y consolar mi dolor en los brazos de mi esposo, mi mundo. Max les hizo señas a sus hombres y estos se acercaron a esposar al gobernador y a sus acompañantes.

—¡No pueden hacer esto! ¡Soy el gobernador!

—No después de que el presidente y las personas vean esto.

—¿Tú crees que a alguien le va a importar? —dijo de forma burlona mientras lo esposaban.

—¡Sirio! —gritó una aguda voz femenina desde afuera.

Era sinfonía. Antonio y los otros corrieron veloces hacia la salida. Max y sus hombres los siguieron y yo también. Salimos todos y quedé horrorizada, era un enorme ejército de H.E, habría como cien de ellos, pero me aterró aún más al ver a uno de los motivos de mis

peores pesadillas: Orión.

Me bajó la presión.

—Cuánto tiempo —dijo sonriente. Tenía a Sinfonía, la estaba aprisionando del cuello con el antebrazo. Ella pateaba y le rasguñaba el enorme brazo que tenía, pero era inútil—. Qué fácil fue seguir a esta niña... —Miró a su costado—. Altair... —Este se abrió paso y salió al frente—. Tenías razón, aquí estaba, era de suponer que no se iba a ir más lejos. Debía quedarse con su humana, no era capaz de dejarla —se burló.

Antonio empezó a gruñirle.

—Suéltala —dijo entre dientes.

—¡Oh dios! —gritó el gobernador—. ¡Los trajeron aquí, traidores!

Los H.E corrieron hacia nosotros en una veloz estampida apuntándonos con armas. Nos dispararían si nos movíamos. Antonio me cubrió con su cuerpo.

—¡No! —pude gritar antes de que los H.E nos rodearan y empujaran.

Tomaron al gobernador y lo levantaron del suelo mientras gritaba aterrado. Lo llevaron hacia Orión.

—¡Pagarán por esto!

—Calla o te descuartizamos ahora mismo —le respondió Altair.

—Bueno, es hora, Sirio. Entrégate y no mataremos a nadie —ofreció Orión.

Me aferré al brazo de Antonio. El pánico me invadía, no íbamos a salir de esta, no había señal como para conseguir refuerzos. Apreté los dientes. Mi Antonio, mi Antonio, no podían llevárselo. Maldito Orión. ¿Por qué simplemente no podía dejarlo en paz?

—¿No?... Cómo quieras.

Asintió en dirección de Altair y los H.E se lanzaron a nuestro ataque. Recibí empujones por todos lados mientras me separaban de Antonio. Él los atacaba y ellos a él sin piedad, usando colmillos y garras. Me angustié al pensar que todos moriríamos, y lo que les harían a los hombres de Max sería aún más insoportable, éramos más frágiles que ellos y ellos lo sabían. Estremecí al escuchar algunos gritos, Antonio se debatía en una sangrienta lucha con dos H.E no muy lejos de mí.

Corrió hacia el gobernador y fui tras él. Altair lo había golpeado, Antonio lo embistió pero enseguida fue apartado por otros dos salvajes H.E. Le dio un golpe a uno pero dos más aparecieron y lo mordieron sin piedad.

—¡NOOOO! —grité con todas mis fuerzas.

El sonido de un disparo me hizo brincar, Altair le había disparado al gobernador y ahora le apuntaba a Antonio. Me lancé a detenerlo.

—¡NO, POR FAVOR! —grité entre lágrimas, empujando su brazo de golpe para desviar el arma.

Altair me golpeó, alejándome de él con fuerza, y me disparó.

«No...»

Me desplomé en el suelo, pero... no estaba muerta. «¿Qué?». Oí el grito de Antonio, venía corriendo y derrapó en el suelo, cayendo de rodillas junto a mí.

—¡Marien! —gritó y me sacudió.

Pude ver la desesperación en su rostro.

¿Qué estaba pasando? No estaba muerta pero no podía moverme ni un milímetro, mi cuerpo pesaba como el plomo. Empecé a desesperarme pero no podía ni parpadear.

—No... ¡NO, NO! —gritó de nuevo y me abrazó.

Me abrazó fuerte aguantando un sollozo y se me rompió el corazón. Creía que estaba muerta. «*¿Cómo salgo de esta pesadilla?!*»

—Eso fue muy fácil —escuché que decía Altair.

Antonio empezó a gruñir y alzó la vista hacia él. Sentí que el corazón se me quebró más al ver el rastro de las lágrimas en su rostro.

«*No, Antonio, estoy viva, por favor...*»

Pero él no lo notaba. Me recostó en el suelo y salió disparado a atacar a Altair. «*No... ¡Dios no! ¡Lo matará!*».

Escuché los rugidos furiosos de ambos. Orión apareció en mi campo de visión, quise lanzarle una mirada de intenso odio pero no podía hacer ni eso. Estaba sonriente, sabía que no estaba muerta, rayos, lo sabía, ¿qué clase de juego enfermo estaba llevando a cabo?

Sentí el dolor en mi pecho al escuchar el grito de Antonio, cayó al suelo con fuerza y me estremecí en mis adentros. Lo mataría, lo mataría frente a mí. Quería llorar, ¡quería gritar y no podía!

Altair se lanzó a atacarlo de nuevo pero al parecer fue esquivado y se chocó contra la tierra. Escuché el gruñido de Antonio de vuelta al ataque, luego un fuerte ruido, ese ruido desgarrador seguido de un grito, al parecer le acaba de romper un hueso o algo a Altair.

«*Esto no puede estar pasando*».

Estaba lleno de ira, no podía describir el odio que transmitía en sus rugidos. Si tan sólo pudiera decirle...

—¡Marien! —gritó Max a lo lejos.

Antonio y Altair entraron en mi campo de visión también, ambos estaban sangrando. Antonio tenía fija su mandíbula en las costillas de Altair, tiró con fuerza y le arrancó la carne haciéndolo gritar, le dio un fuerte puñetazo estrellándolo contra el suelo. Este intentó

ponerse de pie pero soltó un grito de dolor otra vez, al parecer tenía la pierna rota.

«*No Antonio, detente*»

Antonio aprisionó a Altair del cuello dispuesto a acabar con él mientras le gruñía con furia. Los ojos de Orión brillan con maldad.

—Vamos... —le incentivó casi susurrando—. Mátalo...

Antonio dejó de gruñir, pude ver cómo respiraba agotado. Sangraba en abundancia por el hombro, por su costado derecho, por sus brazos. Soltó a Altair y éste se desplomó en el suelo, agotado también.

—No...

A Orión se le borró la sonrisa por un momento. Antonio alzó la vista hacia él, lo miraba con mucho odio.

—¿No pensarás enfrentarte a mí? —le preguntó volviendo a sonreír de forma siniestra.

—Lo haré, créeme que lo haré —le gruñó Antonio.

—¿Vengarás a tu humana? Estás rodeado —dijo Orión con sonrisa de satisfacción.

Antonio les gruñó con furia pero pronto se calmó y la tristeza inundó su rostro. Bajó la mirada.

—¿Qué esperas? Mátame... —murmuró.

«*No, no Antonio, ¡no!*»

Orión sonrió más.

—No es así de fácil, voy a hacer que me ruegues, que desees no haber nacido.

Antonio apretó los dientes. Me desgarré por dentro, lo mataría frente a mí. Pude ver que estábamos empezando a ser rodeados por los H.E, todos apuntándole con un arma a mi Antonio. Él enseguida sacó la navaja de su pantalón y se la acercó peligrosamente a la yugular.

«¡NO! ¡Alguien haga algo! ¡¿Dónde rayos están todos?!»

—¿No me matarás? Lo haré yo mismo —amenazó.

Orión sonrió en forma de burla.

—Te ofrezco un trato —dijo, Antonio le gruñó—. Si haces lo que yo digo no mataremos a tus amigos... Echa un vistazo, todos y cada uno de ellos está rodeado ahora mismo. —Antonio miró de reojo a sus costados y volvió a dirigir la vista a Orión, quien alzó las cejas—. ¿Ves?

Antonio bajó lentamente la navaja con frustración.

»Nadie vendrá a ayudarlos, hemos desactivado sus teléfonos con nuestra arma de shock magnético —continuó—. Si no vienes conmigo te mataremos aquí y ahora, y no sólo eso, les haremos a tus amigos lo que planeábamos hacerte a ti. Incluyendo a tu adorada humana.

Antonio abrió los ojos ampliamente y dirigió la vista hacia mí.

»Así es —dijo con regocijo—. Está viva, inconsciente pero viva. —«No, ¡mentiroso! ¡Estoy plenamente consiente!»—. Tú decides...

La mirada de Antonio volvía a romperme el corazón una y otra vez.

«Por favor, no te vayas... no te vayas con él».

Arrojó la navaja.

—Iré... Pero no vuelvas a aparecerte en la vida de ella —respondió.

Traté sacar un grito desde lo más hondo de mi garganta y no pude, traté de mover mis dedos aunque sea un milímetro y no pude, ¡no podía! Debía detenerlo ¡Debía hacer algo!

Antonio se acercó a mí y cerró mis ojos.

«¡No! ¡¿Qué estás haciendo?!»

Sentí su frente junto a la mía y me exasperé, sollocé en mi mente, grité incluso, y no salía nada de mi garganta.

—Perdóname... —susurró—. Te fallé, de ahora en adelante vivirás tranquila... Y descuida, no te preocupes por mí, perdón por lastimarte así. Perdón por haberte metido en todo esto.

«Llévame, llévame. ¡No me dejes!»

Sentí que una lágrima suya cayó en mi mejilla. Era una pesadilla. Se alejó de mí, rompiéndome el corazón en miles de pedazos, arrancándome el alma y la esencia de mi cuerpo. El mundo se empezó a derrumbar a mi alrededor, moría en vida, estaba muriendo en vida, lenta y dolorosa muerte.

—Así me gusta —ronroneó Orión.

Capítulo 40: Muerte interna

Escuché los pasos en retirada de todos los H.E. El dolor me invadió hasta la punta de mis cabellos. Quería morirme. Al cabo de un rato escuché que alguien corría hacia mí, se arrodilló y me sacudió.

—¡Marien! —Era Max.

—Debemos llevarla al hospital —sugirió alguno de sus hombres.

«No, ¡déjenme aquí y vayan por él! No quiero ver a nadie, no quiero ver ni la luz del día, sin él ya no tiene caso».

Sentí que me alzaban y me llevaban. Me recostaron en el asiento trasero de alguna de las camionetas y arrancó. El dolor me consumía cada vez más, era una pena no poder morir del dolor por una pérdida, o quizá sí... sí era posible. Durante el camino iba escuchando las disputas de los hombres.

—Se llevaron al gobernador también, esto es una declaración de guerra, sin duda —dijo temeroso uno de ellos.

—La luz aún no vuelve...

—¿Cómo íbamos a suponer que pasaría algo así?

—Los otros H.E también se fueron, aunque no creo que les hagan nada, se fueron más por las buenas.

Volvieron a trasladarme en brazos y me recostaron en una camilla. Escuché la voz desesperada de alguien, alguien conocido. Sin duda, Marcos.

—¿Pero qué rayos?! —exclamó.

—Marien —murmuró asustada Rosy.

—Asumimos que está con una especie de sedante —les explicó Max.

Me trasladaron nuevamente a algún lugar. Sentí el hincón de una aguja en mi brazo al cabo de un rato, pero el dolor que sentía era insuperable, inalcanzable por otro. Lo único que quería era poder deshacerme del efecto de la droga y gritar con todas mis fuerzas.

Al cabo de casi una hora, estaba en una habitación silenciosa. Entraron dos personas y se sentaron cerca.

—¿Crees que podemos hacer algo? —preguntó Rosy, estaba angustiada, y mucho.

Alguien suspiró.

—A estas alturas... ya no sé qué pensar. Por cómo actúan ellos, él podría estar muerto ahora, o quizá no, pero pronto lo estará —murmuró Max.

¿Por qué simplemente no me mataban y dejaban de hablar esas cosas en mi presencia? Alguien más irrumpió en la habitación.

—La sedaré. —Era Marcos.

—¿Cómo? ¿No está sedada? —preguntó Max preocupado.

—No —respondió mientras me inyectaba algo—, según los análisis, tiene una droga que no desactiva su mente, así que nos está escuchando probablemente...

—Ay, caramba —dijo Max en tono de culpa.

Poco a poco la oscuridad me invadió y me perdí por completo en ella.

Perdóname...

Abrí los ojos ante el recuerdo de su voz y me encontré en una habitación del hospital, vacía y neutra. El dolor en mi pecho me golpeó con fuerza, extendiéndose como veneno por todo mi ser.

«Ya no está conmigo».

Lágrimas empezaron a correr por mis mejillas. Apreté los dientes y moví mis manos hacia mi boca para silenciar el fuerte sollozo que surgió de mi garganta haciendo que me contrajera del dolor.

«Se ha ido, me dejó...»

—¡NO! —solté en otro gran sollozo.

No pude contenerlo más y me eché a llorar de forma amarga y desconsolada, contrayéndome más del dolor mientras lloraba y gritaba con fuerza, mucha fuerza. No había nada ni nadie que pudiera calmarme ahora.

Marcos entró corriendo a la habitación.

—Dios, Marien —exclamó sorprendido.

Se acercó y me envolvió en sus brazos. Su toque me hirió en lo más hondo del alma al saber que no estaría más en los brazos de mi Antonio. Seguí llorando con fuerza como si eso fuese a traérmelo de vuelta.

—Marien —susurró—, Marien, relájate.

—¡Mi Antonio! —logré gritar entre mi llanto incesante.

—Todo estará bien...

Sacudí la cabeza en negación. ¿Cómo podía decirme eso?

Alguien más irrumpió en la habitación.

—Debe calmarse o le dará un ataque de histeria o algo. —Era John.

Otra cosa que me dolió en el alma, escuchar esas voces y saber que no escucharía la suya. Me sentía egoístamente mal de que hablaran a mi lado, el mundo estaba destruido para mí, ya nada tenía sentido. Esto me dolía, quería morir, quería ir con él. Ya no existía nada para mí si me quedaba. No era como con mis padres, ahí me aferré a la investigación. Ahora Antonio se había convertido en mi vida y se la había llevado con él.

Perdóname por lastimarte así...

Se fue con ellos para que lo mataran solo a él y me dejaran en paz. Me separé de Marcos.

—Me voy —dije entre sollozos.

—¿Qué?

Intentó detenerme pero le di un empujón y me puse de pie, tambaleándome. John me atajó en la puerta, empecé a empujarlo pero se resistía.

—¡Déjame salir! —grite con la voz terriblemente quebrada.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Marcos horrorizado.

—¡Irme con él!

—No es posible, y si Orión te encuentra te mata...

—¡Ya lo sé! ¡No me importa! —chillé. John me rodeó con sus brazos—. ¡No!
¡Suéltame!

—El sedante —le pidió a Marcos.

—¡No! ¡NO! —empecé a chillar.

Me inmovilizaron y me inyectaron el sedante. Por más que había forcejeado y luchado no había podido zafarme de ellos. Empecé a calmarme enseguida, fuera de mi voluntad. Marcos me recostó en la cama y empezó a acariciar mi cabello, aún me estremecía por los espasmos del llanto. Me percaté de que era de día, al parecer me habían mantenido sedada toda la noche y ahora tal vez también todo este día. Moría del dolor y pronto la oscuridad me invadió.

Escuché una hermosa y melodiosa risa varonil.

Qué esperas entonces, ven aquí...

El dulce aroma de Antonio me envolvió. Abrí los ojos y me volví a encontrar en la habitación. Él no estaba, fue una ilusión. Apenas ayer lo tenía entre mis brazos y ahora no volvería. Las lágrimas volvieron a correr por mi rostro.

«Devuélvanmelo, que alguien me lo devuelva... por favor...»

Quería retroceder el tiempo y detenerme a su lado. Empecé a llorar otra vez, tratando de guardar silencio mientras me contraía de dolor aguantando los sollozos más fuertes. Rosy entró en la habitación y se acercó a mí con mucha tristeza. *Cielos*. Si la tristeza que sentían los otros por ti pudiera devolverte a tu ser querido... sería muy bienvenida. Pero nadie podía ofrecerte consuelo en estos casos.

—Amiga —dijo casi en susurro—, tranquila.

«*No me pidas que esté tranquila, no lo hagas*».

Solté otro sollozo fuerte y me tapé la boca apretando los dientes. Tragué saliva y traté de articular algunas palabras, sintiendo que la garganta me ardía y se desgarraba mientras lo hacía.

—Debo ir... Quizá aún podemos...

—¿Salvarlo?

—¡¿Dónde está ese idiota de Max?! —pude hablar al fin pero aún con la voz quebrada y el dolor en la garganta.

—Están con el asunto de revelar al mundo lo que pasó... lo del gob...

—¡¿Por qué se distrae en tonterías?! Debería haber ido tras Orión y tratar de recuperar a Antonio. —La voz se me fue apagando hasta que fue sólo un triste susurro.

Rosy me miró con más tristeza. Me limpié las lágrimas de los ojos hinchados y me dispuse a ponerme en pie.

—No importa, iré yo —dije con rabia.

—Han pasado tres días...

—¡¿Qué?! —Ella se asustó ante mi reacción.

—Te han tenido sedada... —murmuró asustada.

—¡¿Cómo se atreven?! —volví a chillar empezando a llorar de nuevo.

Me tapé la boca otra vez, contrayéndome ante los sollozos que me consumían. Lo

había perdido todo, si no me hubieran disparado y drogado hubiera salido tras él ahí mismo, si no lo salvaba me habrían matado con él y al final no importaba porque hubiera estado a su lado.

Rosy me abrazó.

—Tranquila —trató de consolar de forma inútil mi fuerte llanto—. ¿Recuerdas lo que te dije?... La vida sigue.

Perdí la noción del tiempo.

Me encontraba apoyada en la pared, mirando a la nada, vacía, muerta en vida. No había querido comer nada, quizá así me moría más rápido. Mis ojos hinchados se dirigieron a mi mano, estúpidamente, clavándose en mi anillo.

...Eternidad.

El recuerdo de su hermosa voz me hizo cerrar los ojos mientras me desgarraba en lo más profundo. Los abrí nuevamente, ya era como un zombi, me puse de pie, tambaleándome. Salí al pasillo y miré hacia los costados de forma paranoica antes de salir. En algún momento o día me habían puesto una bata de hospital, me sentía como un ente más del lugar. Las personas me veían pasar como si fuera una loca. Quién sabe, quizá ya lo era. ¿Cómo saber si estás loco? No había forma, y mi cabello largo hasta la cintura era un complemento que realzaba esa imagen.

Vi un pajarito posarse fuera de una ventana. Sonreí. A Antonio le gustaba cazarlos. Me acerqué al animalito manteniendo mi triste sonrisa mientras un par de nuevas lágrimas corrían por mis mejillas.

«Querida Rosy, a veces la vida no sigue, a veces... sólo pasan los días. Pasan... y pasan... y pasan...»

—¿Qué diría Antonio si te viera así? —preguntó una voz.

Apoyé mi cabeza en el vidrio haciendo que el pajarito se fuera y me dispuse a responder, enfadada porque no fuera la voz que tanto deseaba escuchar.

—Él lo sabía. —Apreté los dientes y tragué saliva, sacando fuerzas para continuar hablando a pesar del dolor en mi garganta por el nuevo llanto que se avecinaba—. Por eso me pidió perdón antes de dejarme... a que muera en vida...

Mi amigo suspiró y se acercó un poco, retrocedí por instinto. No aguantaba tener cerca a nadie, me dolía en el alma el toque y aroma de otra persona, mi cuerpo lo rechazaba y reclamaba a gritos que le diera el calor de mi amado, y no podía darle lo que tanto deseaba.

—No puedes seguir así toda la vida —murmuró penosamente.

—Marcos... —interrumpió una voz femenina, Rosy—. Déjala, esto requiere tiempo, ¿qué te pasa?

Él volteó para encararla.

—Ya lo sé, sólo intento animarla.

—Sabes que no es posible —le reclamó ella.

Miré por la ventana, completamente absorta y ajena a lo que ellos dos comentaban. Dijeran lo que dijeran, el tiempo no iba a arreglar nada. Tenía que salir de aquí, buscarlo y aventarme junto a su cuerpo si era posible. Que me enterraran con él, no me importaba. Los dejé hablando solos y me alejé lentamente.

Me crucé con John y le sonreí de forma falsa, quedó algo confundido pero no me siguió, qué bien. Una voz en alguna televisión o radio cercana me hizo reaccionar.

«Por el momento, la búsqueda del gobernador continua en pie, no sabemos a dónde se lo han llevado pero tenemos una unidad especial trabajando en ello... Así que dígame, ¿cree que esté con vida?... Esté o no esté con vida, esto es una guerra, señores. Nuestros hombres están preparando sus mejores armas...»

«Y en otras noticias... ¿Qué significa todo esto? El oficial Max Carrasco nos reveló una cinta sobre lo que ocurrió ese día... No lo sé, las asociaciones se han levantado he intentan evitar el uso de armas, es un caos... El presidente ha hablado y deja a nuestro criterio el uso de las armas, pero recomienda tener cuidado y de preferencia no hacer nada... Ah, son patrañas, mi estimado. El presidente no puede decir que usemos las armas porque quedaría mal, es obvio que esto se acabó, los H.E deben desaparecer... Y así es señoras y señores, podríamos ser el primer estado libre de H.E en el mundo...»

«No estoy de acuerdo y creo que hablo en nombre de todas las organizaciones protectoras. En la grabación se ve claramente cómo esos H.E pelean por defender a nuestros oficiales... En las grabaciones más antiguas se ve cómo los H.E son controlados por hombres de nuestro gobierno, ¿cómo saber entonces si los ataques que ocurrían en su mayoría eran inducidos por el mismo gobierno?... No venga con esas cosas, esto no es ciencia ficción... ¿Y qué me dice de los abusos que se cometían en los edificios de los de seguridad, eh? Ahora podemos decir que son completamente ciertos»

De algún modo terminé en mi antigua habitación, la que compartí con Antonio por unos días aquí en el hospital. El mundo ahí afuera se estaba volviendo un caos, Max estaba haciendo bien las cosas, al parecer.

Abrí la puerta esperando sentir alivio a mi inmenso dolor pero fue todo lo contrario. Caminé hacia la cama y caí de rodillas a un costado. Me senté apoyándome contra el colchón y abracé mis rodillas mientras el llanto me quemaba la garganta y los ojos. ¿Qué rayos esperaba?

Observé a mí alrededor, recorrí la habitación con mis ojos inundados de lágrimas. Divisé mi mochila que llevé mientras veníamos hacia acá y me puse de pie, rebusqué en ella y encontré el collar que me había regalado Rosy hacía mucho, en mi cumpleaños. ¿Cómo era posible que haya sido tan feliz esos días y no lo había apreciado del todo?

«Antonio...»

Apreté el collar con dije de gato en mi mano y volví a sentarme en el suelo, llorando amargamente. Oculté mi rostro en mis rodillas mientras me mecía suavemente, estremeciéndome con el llanto. Era patética. Sólo quería a mi Antonio de vuelta, sus ojos intensos, su hermosa sonrisa, su calor en las noches, sus caricias al amanecer.

«No, me rehúso, tengo que salir de aquí y buscarlo o moriré. Si no lo encuentro vivo, al menos podré aventarme al lado de su cuerpo».

Me puse de pie con dificultad, motivada por mi retorcido pensamiento. Puse el collar alrededor de mi cuello y limpié mis lágrimas. Me eché un vistazo en el espejo y me horroricé.

Esa no era yo, estaba despeinada, con la nariz y las mejillas rojas, los ojos horriblemente hinchados, flaca, con una bata blanca de ultratumba, incluso no había notado que estaba descalza. Loca, loca por completo.

Cerré los ojos, respiré hondo y salí de ahí.

Capítulo 41: A entrenar

Abrí mis ojos y seguía en esa horrible habitación, este día tenía que salir, había logrado calmarme un poco y había pedido llamar a Max.

Había accedido también a tomar algo de sopa. Pasé el trago amargo mientras Rosy me observaba con una leve sonrisa, llené la cuchara nuevamente y la llevé a mi boca. Suspiré.

—¿Qué tal está? —preguntó.

—Desabrida —murmuré apenas.

Asintió manteniendo su sonrisa. Ella podía estar tranquila, a Ácrux no podía haberle pasado nada, ellos se fueron por propia voluntad, según lo que escuché. Quizá habían vuelto a sus ciudades, y a reencontrarse con su vida. Una vida arrebatada por los humanos.

—¿Cuánto tiempo...? —pregunté con débil voz.

—Apenas vas aquí unos seis días, paciencia —respondió ella.

Vaya, seis días, creía que habían sido más. Con el dolor insufrible que tenía, cada segundo me era eterno, aunque recordaba que incluso me había venido el periodo, trayéndome una nueva tristeza causada por el pensamiento de que ni siquiera el no haber tomado la pastilla me había dejado algo de él, como un hijo, no, nada. Vaya rara razón para deprimirse, seguro el efecto de ésta había quedado en mi sistema. Volví a tomar otro sorbo de sopa. Marcos entró a la habitación y sonrió.

—Muy bien —dijo. No se acercaba más a mí, había entendido que no quería a nadie demasiado cerca, al menos—. Max está en camino.

Asentí. Terminé la horrible sopa con un gran esfuerzo de voluntad. Después de una hora quizá, apareció Max en el umbral de la puerta. Pude notar que se había espantado por mi estado, me encogí de hombros lentamente tratando de excusarme, se aclaró la garganta

y vino a sentarse en la silla de al lado.

—Así que... Esta eres tú —dijo.

—Quiero salir de aquí. —Mi voz seguía siendo débil y patética.

No podía culparme, estaba rota en todo sentido de la palabra.

—Pero yo no puedo hacer nada...

—Lo sé, no me importa... Quiero que me enseñes a defenderme, a disparar... Así podré irme...

Frunció el ceño.

—Estás loca, no te dejarán irte... ¿Irte a dónde?

—Sólo irme, eso no te interesa.

—Olvídalo...

Bajé de la cama casi de golpe espantándolo de nuevo y me aferré a su camisa sin darle tiempo a salir disparado.

—Hazlo, hazlo por favor —las lágrimas saltaron de mis ojos nuevamente—, te lo ruego —insistí entre sollozos—. Debo irme... debo encontrarlo.

Sostuvo mis manos con expresión de horror.

—Sabes que él ya no...

—¡No me importa! —sollocé—. Sólo quiero dar con su último paradero aunque sea... Por favor...

No aguanté más y lo solté, caí sentada en el colchón nuevamente, llorando casi sin control, apretando mi boca con ambas manos y conteniendo los sollozos mientras el dolor en la garganta por el llanto me destruía una vez más.

—Dios... Cálmate —murmuró, pude escuchar el pánico en su voz.

Me dio un par de palmadas en el hombro, y luego de dudar un segundo, me abrazó. Sentí el golpe del rechazo de mi cuerpo. No otra vez, otro aroma, otro cuerpo, era insoportable. Me separé de él y abracé mis rodillas. Suspiró.

—Ya, basta... Está bien, te enseñaré... Pero no estoy de acuerdo con tu misión suicida.

Respiré hondo tratando de calmarme y asentí.

—No tienes que preocuparte por eso. —Volví a respirar hondo un par de veces para calmarme un poco más y dejar de temblar—. De todos modos aquí ya no tengo nada, no hay alivio ni solución para mí.

Me sorprendí al ver la tristeza en su rostro, eso era algo que no había visto antes.

—Sí la hay, siempre la hay —dijo con suavidad.

Me encogí de hombros. No me importaba, ya me habían dicho de todo pero nada cobraba sentido para mí por más que lo repitieran. Suspiró con pesadez.

—Bien, hablaré con ellos. Estarás a mi cargo.

Se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Gracias —susurré.

—De nada, bonita —respondió con melancolía.

Desapareció de mi vista y sacudí la cabeza, no cambiaba. Al menos me sacaría de

aquí, sin gobernador y sus hombres buscándome en la ciudad, podía estar en el campo de entrenamiento. Aunque las memorias me matarían ahí también. Todo en mi mundo estaba vacío y sin vida sin él, pero tendría que acostumbrarme.

Esa misma tarde accedieron a que saliera, no sin haberme obligado a almorzar algo. Apenas toqué algo de arroz y el filete de pollo a la plancha, no pude más.

—Tus cosas siguen en la habitación que usaste esa vez —me avisó Max mientras salía.

Inhalé profundo al salir de ese hospital, sentí como si no hubiera estado al aire libre hacía años. Aun así, todo lucía muerto y sin sentido para mí. *Vacío*. Seguí a Max en dirección al campo de entrenamiento, tratando de alejar los recuerdos que ya venían atormentarme.

Al entrar a la edificación me encontré con algunos soldados haciendo pesas, oculté mi rostro lo más que pude bajo mis cabellos, parecería digna de película de terror pero prefería que me vieran así a que vieran mi rostro demacrado y mis ojos hinchados. Noté la cercanía de Tania, esa odiosa. No sabía por qué últimamente odiaba más a la gente, bueno, todo había perdido sentido, ya qué más daba.

Max me dejó fuera de la habitación y me quedé absorta mirándola.

—Me vas a ver cuándo estés lista para empezar, no hay prisa, puede ser mañana o cuando gustes —me dijo amablemente.

Asentí con la cabeza y se retiró. Abrí la puerta y entré. Caminé lentamente hacia la cama y me encontré con la camisa azul marino que Antonio había usado, la había dejado ahí antes de entrar o después de salir de la ducha, ya no recordaba. No me resistí a tomarla, la abracé con fuerza y su aroma me golpeó y desgarró mi alma, sin embargo no pude evitar sonreír. Cómo dolía y cómo calmaba.

Me recosté en la cama, nuevamente envuelta en llanto silencioso, abrazando la camisa, aferrándome a ella como si de eso dependiera mi escasa vida, quizá sí. Su aroma celestial me envolvió y se clavó como púas en mí pero no la soltaría, no la soltaría...

Sentí una leve sacudida. Abrí los ojos, el corazón me dolía, y esta vez no parecía ser sólo por la inmensa tristeza que me quejaba, me dolía en serio, el órgano en sí. Debería apurarme en ir en su búsqueda antes de que me muriese aquí. Alcé la vista y Max me estaba mirando con preocupación.

—Me preocupé... pensé que ya te habías... Olvídalo —dijo tratando de sonar casual al final. Sí, seguro pensó que ya me había muerto. Frunció el ceño—. Perdón, creí que la habitación ya estaba vacía, le ordené a esos ociosos...

—No —interrumpí con mi escasa voz—, está bien... no importa.

Aferré la camisa en mis manos cerrando los ojos y respiré hondo, sentí cómo me hería y calmaba al mismo tiempo otra vez. Max resopló frustrado.

—Vamos ya, te matarás antes de tiempo si sigues así.

Tiró de mi brazo poniéndome en pie, dejé la prenda en la cama a regañadientes y lo seguí. Salimos al campo de entrenamiento, ya había sacado a todos de ahí, felizmente, al parecer sabía que me incomodaría que me vieran como estaba ahora.

—Gracias —murmuré—, por sacarlos...

—Seh, ya suponía que no querías que te vieran así de terrible...

Asentí. Se acercó a uno de los baúles de madera y sacó un rifle, o lo que fuese. Era un arma al fin y al cabo, sólo eso me importaba. Me lo dio.

—Bien, empecemos —dijo con algo de entusiasmo.

Me guió hasta donde estaban los blancos para disparar. Me puso protectores de oídos y me ayudó con la posición para sostener el arma, mi cuerpo seguía rechazando pero no me importaba, debía aprender a hacer estas cosas. Mi mente se había enfocado de pronto en un objetivo, si tan sólo me fuera posible... mataría a Orión, oh sí... moriría el maldito.

—Agarra con fuerza y dispara —me indicó—. Ojo, con fuerza, esta arma puede aventarte o golpearte si no la sostienes bien.

Asentí e hice lo que me había ordenado. Apreté el gatillo, y a pesar de que la había sostenido con firmeza, el disparo me empujó un par de pasos hacia atrás. La bala fue a dar a algún lugar de por el bosque. «Patético». Creí que esto sería más fácil, la decepción me golpeaba. Quería partir lo antes posible pero aprender a disparar era algo que iba a tomar tiempo. «Ya qué». Decidí que si lograba darle a un blanco sería suficiente y me iría.

—Bueno, no esperaba más —dijo él—. Ahora corre, despéjate.

Lo miré con duda.

—¡Corre, corre! —ordenó y eché a correr—. ¡Dale todas las vueltas que puedas al campo!

El viento golpeaba suavemente mi rostro mientras trotaba, Antonio me había dicho que a él le gustaba correr cuando algo lo molestaba. Aceleré mi paso para aplacar el dolor creciente ante ese dulce recuerdo, de él sonriéndome y yo besando sus cálidos labios. Sacudí la cabeza y aceleré más aguantando mi repentino sollozo. Empecé a respirar agitada y desfogaba mi dolor en jadeos de cansancio. No había comido en días y no estaba en forma, pero me estaba despejando de alguna manera.

No logré ni finalizar la primera vuelta y terminé apoyándome en mis rodillas completamente agitada. Me dolía respirar, ya no daba más, iba a desfallecer.

—¡Hey! No te detengas de golpe, ¡camina! —ordenó Max.

Apuré los dientes y empecé a caminar mientras me iba calmando de a pocos. El viento de la tarde refrescaba mi rostro y mis adoloridos ojos. Llegué hasta donde estaba.

—Te enseñaré todo lo básico hoy, ¿bien?

Asentí. Me guió hasta un saco de arena que pendía de un brazo metálico. De esos que golpeaban los boxeadores para entrenar, no tenía idea de cuál era su nombre y no me interesaba. Se puso a mi costado en posición de pelea, me indicó que hiciera lo mismo. Traté de imitarlo lo mejor que podía, estaba con pantalón suave y zapatillas, claro. Ya estaba preparada para esto.

—Con el puño así —me indicó mientras armaba su puño y yo hacía lo mismo—, lanzas un golpe con fuerza.

Sentí mi mano un poco más fuerte por la manera en la que me había hecho formar el puño, pegando las yemas a las bases de mis dedos y cerrando. Di un golpe al aire tal y como me había indicado.

—¿Qué fue eso? Más fuerte —renegó—, fuerza en los brazos.

Di el golpe más fuerte pero la fuerza se me iba hacia adelante.

—Fuerza en los brazos —insistió—. Da el golpe, siente la fuerza en tu brazo, no dejes que se te vaya. Da el golpe, con energía, y retenla, el brazo no se estira por completo. Luego sacas el otro puño, ¡vamos! Al saco —me animó.

Empecé a golpear el saco, sacando toda mi fuerza, sintiendo que me desahogaba de una nueva forma en vez de sólo llorar. Me dolía mucho porque el saco era en verdad duro y yo no tenía mucha fuerza, pero era reconfortante. Empecé a gruñir con cada golpe que daba. Max asentía en silencio. Me detuve respirando algo agitada nuevamente.

—Es bueno, ¿no? Puedes venir a golpear esta cosa cuando gustes... pero lo importante ahora es que puedas correr rápido, así que corre, ¡ve!

Salí casi disparada tras su orden y volví a correr, sintiéndome desfallecer nuevamente a los pocos minutos. Me detuve de forma lenta hasta terminar caminando.

—Te diré algo —murmuró, acercándose—, para que estés en buena forma haría falta mínimo un mes de entrenamiento intenso.

—No puedo quedarme tanto —dije con tristeza.

—Bueno, nos centraremos en disparar, ¿sí? Por lo menos un par de días, hasta que lo hagas más o menos pasable.

Asentí con leve entusiasmo.

—Gracias.

—Igual, necesitas algo de fuerza en los brazos, pero bueno... Vamos.

Volvió a llevarme frente a los blancos para disparar y me alcanzó una pistola de tamaño normal. Pesaba, no sabía que pesaban siendo tan pequeñas. Me dio la señal y me puse en posición.

Disparé y no pude evitar sonreír apenas, al parecer disparar daba una buena sensación a las personas. No di en el centro del blanco pero al menos le di en un extremo.

—Bueno, algo es algo. Continúa practicando, enfócate bien —me animó.

Me distraje el resto del día practicando a disparar con diversas armas. El dolor no se desvaneció ni un poco pero por lo menos había tenido mi mente ocupada. Al entrar a la habitación me alisté para dormir, volviéndome a envolver en la soledad. Salí de la ducha y suspiré pesadamente tratando de aplacar el dolor. No era fácil estar aquí, sabiendo que no hacía mucho había pasado una noche con él.

Me dirigí a la cama y me recosté, encontrando su camisa y abrazándola para dormir.

—Buenas noches... —susurré apenas.

Me permití derramar algunas lágrimas más hasta quedar dormida por el agotador día.

—*No me dejes.*

—*No lo haré...*

Abrí los ojos y ya era otro día. El dolor en mi pecho había estado presente incluso en mi sueño.

«*Él dijo que no me dejaría y lo hizo*».

Escuché el movimiento en el campo, los hombres ya estaban ahí haciendo sus cosas. No saldría así como estaba, mis ojos aún estaban levemente hinchados. Me asomé por el comedor, asegurándome de que no hubiera nadie y me acerqué a tomar algo. Todo sabía a arena en mi boca, comía sólo por comer.

Juguetecía con la avena en el plato cuando Max apareció en mi campo de visión.

—Y, ¿cómo estás? —preguntó con cautela mientras se acercaba a sentarse frente a mí.

Me enderecé para no sentirme muy cerca de él.

—Aquí... —respondí insulsamente.

—¿Lista para correr y desahogarte un poco más?

—Sí... —Solté la cuchara—. Aunque sólo es momentáneo.

—Lo sé... Sé que no hay forma de aliviar tu dolor, pero algún día lo podrás sobre llevar, él dolor no se irá pero uno se llega a acostumbrar. —Lo miré con duda, eso era cierto y me sorprendía su extraño momento de sabiduría—. Sí, ya... ¿Cómo lo sé? Bueno, mi mamá también murió hace unos años en otro ataque de H.E, que ahora no sé si fue de parte del gobierno.

Volví a mirar mi plato de avena.

—Lo siento...

—No, descuida. Ya sé que no es lo mismo que estás sintiendo ahora. Quiera que no, uno ya sabe que sus padres se irán algún día, ¿no? Tarde o temprano lo harán... pero... Bueno, lo tuyo es diferente. —Se cruzó de brazos—. No imagino lo doloroso que ha de ser tener a alguien amado, pensando que estará siempre contigo... y luego *pum*, ya no más. —Me tensé tratando de contener el dolor que había aumentado—. Oye... Estarás bien —insistió con amabilidad—. Ahora no me lo crees y lo sé, pero lo estarás.

Quedé en silencio. Quizá un día iba a poder manejar el dolor, pero por ahora no, esa

idea no cabía en mi mente.

Volví a intentar disparar sin importarme que los soldados miraran, sobre todo a mi demacrada cara. Tania y sus seguidoras no estaban hoy. Max me había dicho que la cosa en el exterior no pintaba muy bien y estaban queriendo atacar a las comunidades de H.E. Pero en cuanto al interior, estaban logrando la estadía de algunos, que habían estado siendo controlados, en la ciudad. Mientras que los implicados en la corrupción y el abuso de H.E estaban siendo perseguidos y detenidos por la policía mundial. Esa noticia me había hecho sentir bien por unos segundos, para luego darle paso a la rabia por el hecho de que eso debió haber pasado antes, cuando aún tenía a mi Antonio.

«Orión me pagará esto».

Los blancos fueron puestos en posición y yo apunté. La triste mirada de Antonio me vino a la mente y fruncí en ceño. Las palabras de Orión me golpearon también: *«te haré desear no haber nacido».*

Me enfoqué en el blanco. No lograba entender el nivel de rencor de Orión, ¿tanto era su orgullo herido? Ese desalmado sabría cómo se sentía que muchas balas te atravesaran y desgarraran el cuerpo. Si tan sólo tuviese el valor y poder para hacer eso posible. Quizá no, pero justo ahora podía sentir que sí.

Me vino a la mente otra imagen, cuando Antonio desistió de matar a Altair cuando supuestamente me había matado. Quizá yo debía ser como él, no convertirme en un monstruo igual que Altair y Orión. Claro, al final estaba dispuesto a enfrentarse a Orión pero eso era por los motivos iniciales y porque a causa de eso yo estaba tendida en el piso.

—Marien... Se me va la vida esperándote —reclamó Max.

Chasquéé los dientes y volví a enfocarme. Disparé y volví a darle al blanco pero no en el centro, claro. Max estaba asombrado, era algo complicado darle al blanco pero algo era algo. Los blancos empezaron a moverse, empezando con el verdadero entrenamiento.

Así pasó otro día, después de disparar un poco me iba a golpear el saco de arena. Luego de almorzar seguía disparando. Debía recordarme a mí misma que esto era para poder defenderme en caso de ser atacada y no para matar. No quería envenenarme con las

ganas de venganza. De todos modos, si me era posible realizarla, el momento sería bienvenido.

Cargué mi mochila con algunas granadas, cuchillos, municiones y un par de pistolas. Me iría mañana en la mañana, después de haber estado tres días aquí.

«¿Dónde me estarás esperando, Antonio? Nunca me acostumbraré a tu ausencia».

Quería soñar que podía hablarle y tenerlo cerca, pero lo único que soñaba eran cosas angustiantes, sólo reflejando la verdadera angustia que se cernía sobre mí las veinticuatro horas.

Eres mi compañera eterna...

Noté que ya era de día, escuché su voz y repetí en mi mente las palabras que nunca escucharía: «y yo te seguiré a la eternidad». ¿Por qué no le respondí eso? Ah, estaba demasiado distraída y abrumada con el calor de su cuerpo.

Me puse de pie con mucha dificultad y me dirigí a alistarme para partir, no quería estar ni un día más en esta ciudad.

Até los cordones de las zapatillas, guardé una pistola en la funda que se sostenía en mi cinturón y también un cuchillo. Tomé mi mochila. «*Cielos, pesa*». Me dirigí a la salida.

—Hey, ¿no esperas? —me interrumpió Max. Rodé los ojos y volteé para darle la cara, evidentemente impaciente—. No pensabas que te dejaría ir sola —reclamó arqueando una ceja.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Iré contigo, sólo dame unos minutos —dijo mientras se daba media vuelta.

—¡No! —Volteó a mirarme confundido—. Quiero ir sola, tú intentarás detenerme de hacer alguna cosa, ¡y no quiero eso!

Negó con la cabeza.

—Haz lo que tengas que hacer, no te detendré, créeme. Sólo quiero asegurarme de que llegues y logres tu objetivo, ya sea tirarte a un río o por un acantilado. —Se encogió de hombros—. Si eres feliz una vez más aunque sea por unos segundos antes de morirte pues... No me queda más que contribuir.

—Esto no es gracioso —respondí con rabia.

—Espérame...

Se escabulló por un pasillo. ¡Qué fastidio! Estaba segura de que intentaría convencerme o detenerme a la larga pero no lo lograría, yo sabía bien lo que quería. Volvió a aparecer con una mochila a espaldas, un arma en su cinturón y dos cuchillos también. Tensé los labios. Quizá me serviría de ayuda. En fin.

Capítulo 42: En su búsqueda

El bosque seco de algarrobos nos recibió de buena manera. Lamentablemente, Max había insistido en movernos en una de sus camionetas, había cargado el famoso combustible orgánico renovable que hoy en día era novedad pero a mí me parecía alguna nueva patraña del gobierno. Seguía pensando que no había nada mejor que la energía limpia que usaban los H.E. Me hubiera reído de Max si se quedaba sin su combustible pero sólo si no estuviera a punto de morir del dolor.

Conducía lento, al parecer Max no había andado por aquí ya que estaba casi sorprendido y fascinado por la naturaleza. Suspiré al recordar mi expresión de sorpresa cuando vi el bosque junto con Antonio, mientras él sonreía. Se le veía tan acorde con lo salvaje.

Tragué saliva para aflojar un poco el nudo en mi garganta y respiré hondo para doblegar el dolor en mi pecho.

—Bueno, guíame —pidió mi no deseado compañero de viaje.

—¿No es importante que estés en la ciudad con todo lo que está sucediendo? —pregunté incómoda.

—No, mi hermano también está a cargo.

Resoplé frustrada.

—Perfecto —exclamé con sarcasmo.

—Y... ¿Cuál será tu punto de partida?

—Ir a su ciudad —murmuré apenas—, quiero ver si sus amigos me ayudan con su fino olfato.

Deneb y Rigel, esperaba que pudieran ayudarme y no se lanzaran a matarme por haber dejado que se llevaran a Antonio. Mi esperanza estaba con ellos por ahora.

—Um, buen punto. ¿A qué distancia está?

—A pie estuvo a un día, si mal no recuerdo. Pero obviamente tienes que salir de la carretera —dije molesta—, así que sal en diagonal hacia el nor-oeste y llegaremos.

—Um... Felizmente esta bebé aguantará eso —dijo mientras salía de la pista tal y como le había pedido.

Llegar ahí nos tardaría quizá unas tres horas o mucho menos, no era buena calculando así el tiempo. Iba observando por la ventana con la mirada perdida en la nada hasta que un estrepitoso ruido me hizo brincar en mi asiento. Max había encendido el radio y había puesto «música», si es que a eso se le podía llamar así.

—Por favor —reclamé—, algo menos ruidoso, ¿sí?

Chasqueó los dientes y buscó otra cosa.

Me miré en el espejo retrovisor del costado del auto, seguía hecha un desastre pero ya no importaba. Recosté mi cabeza en el asiento y quedé dormida, llorar agotaba y yo era una llorona de primera.

—Le dejé encargado a mi hermano que revele otras grabaciones a ver qué pasaba —comentó, interrumpiendo mi leve sueño—. Oh, perdón, no me di cuenta que dormías...

Volví a recostarme en el asiento.

—¿Estás bien? —me preguntó una hermosa voz grave.

Abrí los ojos y me encontré con los suyos, bellos como siempre. Suspiré profundo y con alivio.

—Malos sueños —respondí casi en susurro—. Te habías ido sin mí...

—No estés triste, ya pasó, son solo sueños. —Me acarició—. Todo está bien, estoy aquí, ¿ves?

Me dolía el pecho, pero pronto pasaría, era la secuela del mal sueño. Vaya, sólo una muy fea pesadilla. Sentí el roce de sus labios en mi mejilla y sonreí. Oh, cómo había extrañado eso a pesar de que sólo había dormido, parecía que había sido una eternidad. Me subí a horcajadas sobre él sorprendiéndolo un poco pero sonrió enseguida. «*Esa sonrisa celestial*». Se sentó y quedamos nariz con nariz.

«*Él ya no está*».

Sacudí mi cabeza ante ese raro pensamiento. Claro que estaba aquí, esto no podía ser una alucinación. Lo abracé y respiré hondo pero no logré detectar bien su delicioso aroma. No importaba, él estaba aquí...

Una leve sacudida me despertó. Fruncí el ceño negándome a abrir los ojos y salir de ese hermoso sueño pero el ruido del motor de la camioneta se metió por mis oídos trayéndome más rápido a la realidad. Respiré hondo y aguanté la respiración para detener el fuerte dolor que me golpeó. Cómo detestaba despertar y encontrarme con esta realidad que me estaba matando cada día. ¿Por qué no era otro de esos sueños que tenía?

Abrí los ojos de mala gana y vi a Max aún con su mano apoyada en mi hombro pero mirando bastante perplejo hacia adelante, enfoqué mi vista y tensé los labios. Ya casi habíamos llegado, se veía la ciudad a lo lejos.

—Tendrás que dejar a «tu bebé» aquí —dije sin gracia.

—Sí, ya veo que no puedo pasar sobre los cultivos.

Estando cerca apagó el motor y bajamos. El aire era fresco, los H.E que trabajan las tierras nos miraban con el ceño fruncido. Suponía que era bastante malo el hecho de tener a dos humanos con armas frente a ellos.

Levanté las manos tratando de dejar en claro que no pensaba hacerle daño a nadie. Max me miró he hizo lo mismo enseguida.

—Sólo vengo a buscar a dos amigos míos —anuncié de forma tímida.

—Eres la humana que salió de aquí con Sirio —dijo el que estaba más cerca del cual no me había percatado.

Escuchar su nombre me hizo estremecer mientras mi corazón se estrujaba. Y pensar que por un momento lo odié cuando me enteré, de pésima forma, de su verdadero nombre, lo traté mal luego de que me engañara. Sí, quizá era lógica mi reacción pero ahora deseaba no haberlo hecho a pesar de eso. Deseaba muchas cosas: haberle dicho antes lo que sentía, besarlo más, abrazarlo...

Sacudí la cabeza y respiré hondo.

—Sí —respondí con débil voz.

El H.E no habló más y continuó con lo que estaba haciendo. Agradecí mucho eso, no habría aguantado si preguntaba dónde estaba Sirio. Suspiré y caminé tratando de doblegar el dolor otra vez.

Al adentrarnos a la ciudad Max quedó asombrado, presionó algo en su cinturón y lo miré con duda.

—Esto puede ser útil —murmuró.

Esperaba que los H.E no se diesen cuenta de que los grababa, quizá nos matarían. Seguí guiándolo por la ciudad, apenas recordaba el camino y estaba casi segura de que ya me estaba perdiendo pero continué, de algún modo daría con ellos o ellos conmigo.

Llegamos al centro y pude ver la edificación blanca en la que Antonio y yo habíamos iniciado nuestra unión. Junté mis manos y palpé mi anillo apretando los labios, todo esto era una tortura pero tenía que seguir avanzando.

—¿Estás bien?

Asentí rápidamente, luego dudé unos segundos, estaba demás decir que estaba bien porque no lo estaba, no lo estaba para nada. Suspiré.

—En ese edificio —sufrí para sacar las palabras mientras señalaba de forma fugaz la edificación— me... casé con él.

—Oh —murmuró algo asombrado—, vaya...

Empecé a caminar un poco más rápido, ya me había ubicado y recordaba la ruta hacia su casa pues todo ese momento estaba impregnado en mí. Tenía la esperanza de que los gemelos estuvieran cerca de su casa, nunca pregunté por dónde vivían. Me preocupé al pensar en que quizá no vivían cerca, eso sería un complemento más a mi suerte decadente.

Después de una buena caminata llegamos a la zona de viviendas donde tenía la esperanza de que estuvieran. Más pronto de lo que creí apareció Ursa en mi visión. *Oh no...*

—¿Y Sirio? —preguntó mientras se acercaba.

Quedé petrificada. «*¿Por qué? ¿Por qué lo pregunta así de pronto?*». Ella seguía siendo tan majestuosa como la recordaba y Max estaba con la boca abierta. «*Sí, ya lo sé, Max*». Los gemelos salieron corriendo de una de las casas de la derecha y vinieron hacia mí.

—¡Marien! —exclamaron ambos.

Se acercaron y juntaron sus frentes con la mía, uno por uno. Max se apartó un poco aún tratando de asimilar la situación. Yo estaba casi estática pero sonreí apenas ante el gesto de los dos hermanos. Ellos me quedaron mirando a un costado de Ursa.

—¿Qué sucede? —preguntó uno de ellos, seguía sin poder diferenciarlos.

—¿Dónde está Sirio? —volvió a preguntar Ursa, aunque sonó más como una orden.

Respiré con dificultad, no me importaba mucho que los tres se lazaran a querer hacerme algo, me angustiaba más el tener que decir lo que tenía que decir.

—Necesito su ayuda —dije con voz débil.

—Claro —se adelantó a responder uno de los hermanos—, ¿qué necesitas?

El rostro de Ursa era de enfado y advertencia, juraría que estaba repitiéndose en su mente que no me atreviera a decir lo que creía que iba a decir. Pero sí, lo iba a decir.

—Quiero... que me ayuden a encontrar a An... Sirio. —Mi voz casi se apagó.

—¿Qué le pasó?! —exigió saber ella apenas acabé de hablar.

—Él... —Se me quebró la voz y aguanté.

—¿Él, qué!

Parpadeé y un par de lágrimas corrieron sin querer por mi rostro. ¡Traidoras! No me había percatado de que habían aparecido en mis ojos.

—Orión... —murmuré casi susurrando.

Ursa apretó los dientes y levantó su mano, mi única reacción fue cubrirme cobardemente con mi brazo esperando recibir el golpe y el agudo dolor de sus garras cortándome la piel pero nada pasó. Miré y uno de los gemelos la había detenido.

—¿Qué te pasa? Le destrozarás la piel —la regañó.

—No ha sido su culpa —dijo el otro.

Max me tomó de los hombros y me hizo retroceder unos pasos, alejándome un poco de ellos. Negué con la cabeza y me zafé de su agarre.

—No pude hacer nada y pido perdón —dije entre lágrimas—. Sólo quiero encontrar... su cuerpo aunque sea, y ahí si gustas me matas —agregué dirigiéndome a Ursa.

—¿A dónde se lo habrá llevado? —preguntó uno de los gemelos mientras se frotaba la frente tratando de ocultar su tristeza.

Ursa retiró su brazo del agarre del otro de forma violenta, bastante frustrada.

—¿Hace cuánto tiempo? —me preguntó con tosquedad.

—Más de una semana —respondí con mi patética voz quebrada.

Volvió a apretar los dientes y los gemelos se miraron unos segundos para luego bajar la vista. Miré al suelo también sintiéndome culpable por haber pasado deprimida tantos días en el hospital como una posesa subnormal. Cualquiera de ellos se hubiera puesto manos a la obra en vez de tirarse al abandono como yo. Me arrepentía cada segundo.

Alguien posó su mano en mi hombro. Max tratando de animarme de forma inútil.

—Bueno —dijo Ursa—, espéranos aquí...

—¿Iras a ver su madre? —preguntó uno de los hermanos con expresión de alerta.

—No, grandísimo tonto, eso será luego —respondió.

Los tres se fueron, asumí que a empaquetar algunas cosas. Me dirigí a sentarme a una banca cercana y respiré hondo, ahora lo hacía muy seguido, el dolor me estaba matando.

—Vaya, esos dos son gemelos y tienen los ojos de distinto color... qué perturbador —comentó Max sentándose a mi lado.

—Um... —contesté a labios cerrados sin el mayor interés.

—Vaya chica, ¿eh? Tiene un tremendo carácter.

—Tal vez si Antonio hubiera estado aquí con ellos... —las lágrimas brotaron—, estaría bien, ellos hubieran luchado...

Max me rodeó con su brazo haciéndome callar y retorcerme en un inútil intento de librarme, pero no tenía más fuerzas para luchar ahora. Necesitaba consuelo y a la vez lo repudiaba, sólo quería sentir los brazos de Antonio, su calor. Terca y más terca, sabía que ya no lo tendría pero yo seguía terca.

—Ya no pienses en lo que hubiera pasado, no te tortures.

Limpié mis lágrimas y me incliné hacia el costado contrario alejándome un poco de él y bajó su brazo. Los gemelos y Ursa ya estaban volviendo además.

—Tranquila, te ves fatal —murmuró uno de ellos.

Asentí tensando los labios en una forzada y leve sonrisa.

—Debemos ir por mi camioneta —sugirió Max.

—¿Y perder tiempo en ir hasta la salida sur? —preguntó Ursa, molesta como siempre.

Max frunció el ceño.

—Disculpa, pero perderemos más tiempo en ir a pie a partir de ahora.

—Lo que tardemos en ir hacia el sur lo recuperaremos —agregué en voz baja.

Los gemelos se dispusieron a seguirnos, Ursa no tuvo otra opción más que hacerlo también aunque a regañadientes. Caminé con los gemelos a mis costados, ya estaban con la apariencia completa de un H.E, las pupilas rasgadas, las garras y los colmillos. Pero cómo sentía el odio de Ursa a mis espaldas, me estremecía... y la entendía.

—Y, ¿a dónde iremos? —preguntó el de mi derecha.

—Quisiera ubicar a Orión o alguno de sus hombres.

—Entonces iremos a su cuartel, Ursa sabe dónde está.

—De todos modos el cuartel de Orión no está lejos —comentó ella—, podríamos llegar rápido nosotros tres, sin necesidad de ellos...

Volteé a mirarla con el ceño fruncido.

—¡Yo tengo que ir! —exclamé—. Esto es personal, ¡tengo que verle la cara!

Ella se sorprendió un poco ante mi reacción, y a decir verdad, yo también. No todo en mi interior era tristeza, también había furia hacia los que me habían arrebatado a mi mundo. Continué caminando.

—No seas orgullosa —le reclamó el de mi izquierda—, sabes que nos olfatearían, el viento va en su dirección...

—Si vamos en carro será como una sorpresa para ellos —completó el otro—. Claro, sabrían que algo se aproxima pero no sabrían quiénes.

Ese era un buen punto y no lo había pensado, pero ahora que lo decían era un buen plan improvisado.

Divisamos a la camioneta rodeada de algunos H.E que la miraba con curiosidad. Al llegar, Ursa y los otros los saludaron con mucha educación. Se retiraron y subimos al vehículo. Me fui al asiento trasero con los gemelos para que Ursa fuese adelante y guiara a Max. Claro, yo estaba al lado de la ventana, necesitaba pensar y no quería ver mi cara en el espejo retrovisor del centro.

Empezamos a rodear la ciudad a toda velocidad. Primero intentaría preguntarle a quien estuviera ahí, sobre lo que había pasado, y si no querían colaborar dejaría que Max y sus armas ayudaran... Rayos, ya estaba pensando como una desalmada y desviándome de mi

objetivo principal: encontrar a mi Antonio.

No me perdería ni fundiría más en la tristeza hasta encontrarlo, debía ser fuerte por él. Uno de los gemelos me dio un depósito con comida, le dio otro a Max y este detuvo la camioneta para comer un momento.

Suspiré. No tenía hambre, y si por mí fuese, no me detendría ni para esto. Pero debíamos comer, al menos ellos, así que empecé a comer también con mucha dificultad, mucha.

A las pocas horas, quizá tres o un poco más. Entre despierta y dormida, oscuridad y pesadillas, divisé la ciudad rara donde me habían tenido presa. Era la hora de sorprenderlos a ellos.

Y tal y como lo habían supuesto, apenas nos acercamos lo suficiente dos H.E aparecieron frente a nosotros, esperándonos. Los reconocí enseguida, Apus y Antares.

—Qué sorpresa —exclamó Apus con el rostro serio.

Bajamos de la camioneta. Max les apuntaba con una de sus armas más letales. Una que, según recuerdo, te despedazaba la carne al caerte la bala, era algo especial. Antares le clavó la mirada, al parecer conocía el arma. Claro, estando en el ejército o lo que fuese, debían saber. Sonrió con malicia.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Has venido a saber cómo fue que ese traidor me pagó los golpes que me dio?

El corazón se me estrujó de pronto, no pude evitar apretar mi pecho.

—Cállate, mal nacido. ¡Dime dónde está! —gruñó Ursa, sorprendiéndonos.

—¿Cómo que donde está? Él ya no está...

—¡Seguro mientes! —le interrumpió de forma tosca.

Antares se encogió de hombros volviendo a sonreír de forma siniestra. Plantó su mirada en mí, yo lo estaba mirando con odio, eso le divirtió, y vaya que lo odiaba. No soportaba pensar en que se habían atrevido a lastimar a mi Antonio. Me torturaba la idea de cuanto lo habrían hecho sufrir, sólo por su estúpida venganza. Lo miré con más odio.

—Niña, ¿por qué me miras así? Sabes que él se lo buscó. —No respondí y tampoco le retiré la vista—. No sabes cuánto lo disfrutamos —agregó ensanchando su sonrisa.

—Cállate —dije entre dientes.

Saqué veloz el arma que tenía en mi cinturón y le apunté, pero me sorprendí. Ursa y los gemelos se habían lanzado a pelear.

Capítulo 43: Fin del viaje

Todo era gruñidos, golpes, mordidas y gritos. Me temblaba la mano con el arma mientras veía absorta la escena, los gemelos y Ursa eran tan veloces como Antonio lo había sido y estaban dándoles buena pelea a esos dos hermanos del mal. Sentí rabia e impotencia por no poder lanzarme también contra ellos, cómo deseaba poder golpear muy fuerte a esos dos.

Los dos gemelos atraparon a Antares mordiéndolo uno en el brazo y otro por el cuello, pero Apus arrebató a uno de un golpe teniendo a Ursa casi encima mordiéndole el hombro. Ursa tiró con fuerza y le arrancó la carne mientras que Antares agarraba al otro gemelo y también lograba arrancarle la carne del brazo para luego ser golpeado por el otro.

Reaccioné al ver sangre en la tierra.

—Debemos hacer algo —pedí con urgencia.

Max estaba intentando apuntar con el arma pero los H.E se movían y cambiaban de posición muy rápido en su salvaje pelea. Un grito me hizo estremecer, Ursa. Volteé a ver. Ella apretaba su abdomen mientras los gemelos mordían sin piedad a Antares que era el que seguro la había herido así.

Me horroricé al ver que Apus se lanzó a Ursa y la agarró del cuello para empezar a golpearla contra la tierra. Apunté y disparé casi sin pensar, soltando un corto grito cuando el arma me hizo retroceder un paso, no me había acordado de mantenerla firme. Pero para mi suerte la bala le había dado en el hombro a Apus y había caído a un costado gritando. Ursa se puso de pie pero fue embestida por Antares. «¡Rayos!». Los gemelos se lanzaron a morderlo mientras Apus hacía lo mismo con ellos.

Max corrió a la camioneta a buscar alguna cosa más efectiva quizá. Ursa corrió y se metió a un fuerte cercano. Apus se liberó de la mordida de uno de los gemelos en su antebrazo con un golpe y una patada que lo estrelló contra el suelo mientras salía corriendo tras Ursa. Max apareció a mi costado y disparó.

Me sorprendí y sonreí fugazmente al ver que le había disparado un cable de acero que se le había enredado en la pierna y lo había inmovilizado con un shock eléctrico. Los dos gemelos actuaron en equipo y golpearon a Antares pero éste seguía dando pelea.

Noté movimiento desde el fuerte y vi a Ursa salir con Sinfonía, ella estaba encadenada e inconsciente. La dejó en el suelo y corrió casi cojeando a terminar de ayudar a los gemelos mientras yo corrí con Max a atar bien a Apus antes de que despertara.

Lo envolvimos bien con el cable. Max empezó a hablar mientras terminaba de atar.

—Si aprieto un interruptor en el arma, el cable volverá a pasar otra descarga. ¿Ves? — Señaló la punta del cable que había ayudado con su peso a enredarse en la pierna del H.E —. Ahí está la batería.

—Debiste enseñarme a usar esta —reclamé.

Se encogió de hombros y volteó a ver a los otros, hice lo mismo. Uno de los gemelos tenía a Antares de la yugular mientras los otros dos lo tenían inmovilizado, cayó inconsciente al fin.

—Átenle la herida —sugerí mientras me acercaba.

—¿Por qué? —preguntó Ursa.

—¿No quieren hacerle preguntas? Yo quiero saber dónde está...

—No te lo dirán así amenazas con matarlos —me interrumpió Ursa.

Suspiré. Sí, quizá tenía razón, eran H.E después de todo, preferirían morir.

—Ya déjalo ahí, que se muera —dijo Max.

—Sí —respondieron los tres H.E.

Tensé los labios.

—No —interpuse, casi susurrando. Los cuatro me miraron confundidos—. Sirio no mató a nadie y no lo harán ustedes —dije mirando a los gemelos.

Max sonrió de forma incrédula pero al ver mi expresión seria dejó de hacerlo. Ursa rodó los ojos mientras los gemelos corrían a parar la hemorragia de Antares. Al final los dos H.E terminaron atados con el cable eléctrico, espalda con espalda. Ursa y los gemelos se vendaron las heridas.

Desatamos a Sinfonía y Ursa le dio varias sacudidas fuertes para que despertara. Vaya forma. Ella abrió los ojos y se asustó al vernos.

—Oh, podrías dejar de ser tan cobarde —renegó Ursa.

Sinfonía flexionó sus piernas y abrazó sus rodillas.

—Sirio... —susurró y enterró el rostro en las rodillas.

—Sí, lo sabemos y es tu culpa —la atacó Ursa.

Sinfonía alzó la vista con lágrimas y frunció el ceño.

—¡Cállate, no es mi culpa! ¡¿Cómo iba a saber que me seguirían?! —respondió casi histérica.

Ursa le lanzó un gruñido mostrándole los colmillos, casi pude ver de reojo que Max estaba interesado en ver una pelea entre ellas.

—¡¿Cómo no ibas a saberlo?!

Esta vez Sinfonía también le gruñó, sorprendiéndome, parecía inofensiva pero estaba segura de que no lo era.

—Se nota que no lo apreciabas, ¡no te preocupaste en ver qué planeaba Orión y avisarle!

—¡Lo apreciaba más de lo que tú crees! ¡Y lo que hiciste no le ayudó por si no te has dado cuenta!

—Chicas, ya —pidió uno de los chicos.

—Él era más importante para mí, aunque no lo creas —dijo Sinfonía con la voz quebrada.

—Ver quién lo apreciaba más no lo traerá de vuelta, ya cállense —les regañé a las dos con inmenso dolor.

Ahora no sabía quién de las tres lo amaba más ya que ellas eran capaces de ocultar sus sentimientos, pero eso ya no tenía importancia. ¿De qué me había servido mi amor? No lo salvé. Esto le iba a pasar de todos modos por las decisiones que tomó, empezando por buscar a Orión, luego arrepintiéndose y salvándome. Él no era malo y no iba a poder serlo, ese fue su «error».

La noche ya había caído. Apus y Antares despertaron y estaban observándonos muy enfadados.

—¿Por qué no nos mataron? —preguntó uno.

Sentí repulsión por esa estúpida pregunta.

—Cállense —les ordené entre dientes tomando el arma de Max y presionando el botón. La electricidad los volvió a dejar inconscientes. Max me miró con susto un par de segundos—. ¿Al menos sabes a dónde lo llevaron? —le pregunté a Sinfonía.

Ella frunció el ceño, buscando en su mente. Sacudió la cabeza.

—Creo que para el norte... no sé bien. —Se agarró la cabeza ante algún recuerdo y apretó sus dedos en su cabello—. Me dejaron aquí atada por más de cuatro días y luego volvieron.

—¿Cuatro días? Rayos —murmuró Max. Su celular sonó de pronto haciéndome

brincar del susto. Contestó y arqueó las cejas—. Sí... Interesante... —murmuró—. Gracias, es justo lo que necesitábamos.

Colgó y me miró con una media sonrisa.

—¿Y bien? —quise saber.

—Ácrux volvió a la ciudad —me sorprendí—, dice que se llevaron a Sirio a un tal fuerte llamado... «Marte». —Mencionó ese nombre algo incrédulo.

—Sí, ellos usan esos nombres...

—Dijo que suponía que querías ir... a ver...

Respiré hondo.

—Sí, supuso bien —dije casi susurrando a causa del dolor.

—Efectivamente, eso está a dos días desde aquí —avisó uno de los gemelos—, si corremos.

—Iremos en la camioneta —les recordó Max—. Más bien, vámonos lejos para dormir un poco.

Se puso de pie y lo seguimos.

—Yo iré a mi ciudad —avisó Sinfonía.

—Estás loca, no te dejaremos a que te sigan. No queremos estar corriendo a salvarte —le regañó Ursa. Sinfonía frunció el ceño—, estoy casi segura de que te metías en líos a propósito para que Sirio acudiera a ayudarte —agregó.

—No empiecen otra pelea, niñas —pidió Max.

Ambas le gruñeron y no pude evitar sonreír apenas. Subimos a la camioneta y partimos. Los gemelos iban entre Sinfonía y yo. Ella estaba casi acurrucada al lado de la ventana, tratando de tener el mínimo contacto con el que estaba a su lado. Quizá se sentía... ¿igual que yo?

Al cabo de casi dos horas, Max se detuvo cerca de un río y dijo que dormiríamos. Sinfonía corrió hacia el río y se perdió por la vegetación. Mientras nosotros nos situábamos alrededor de una pequeña fogata a un costado de la camioneta.

—La apagaré pronto —aclaró Max.

No me interesaba ni siquiera dormir, sólo quería seguir avanzando pero si encontraba a Orión por ahí no quería estar débil y de sueño. Retrocedí unos centímetros y quedé recostada en el costado de la camioneta quedándome dormida casi enseguida.

Mi mente divagó entre varios sueños fugaces: H.E persiguiéndome, la luz de la luna haciendo brillar un par de ojos, el laboratorio, mi antigua vida, mis padres. Antonio... a veces a mi lado, a veces sonriéndome, besándome en algún hermoso jardín, y a veces solo su calor. ¿Y cómo no soñarlo si estaba impregnado en mí? Lo único que tenían en común estos sueños era la angustia que sentía, esa angustia no se iba.

Abrí los ojos sintiendo la opresión en mi pecho, respiré hondo mientras recorría con la vista mis alrededores. Sentía frío y el vacío de siempre. Los gemelos estaban recostados juntos, Ursa a su lado y Sinfonía un poco más allá. Max también estaba recostado contra la camioneta a mi lado. Ahora recién se me ocurría que alguno pudo haber dormido dentro de ésta y turnarnos o algo así.

Por el aspecto del cielo quizá eran cerca de las seis de la mañana pero ya no podía dormir más, me puse de pie y me dirigí al río. Me bañaría y alistaría antes que ellos para ahorrar tiempo.

El agua fría me golpeó la piel pero me era irrelevante. Me sumergí hasta el cuello y cerré los ojos viniendo pronto a mi mente el no deseado recuerdo de cuando un H.E quiso atacarme mientras me bañaba en aquel lago. Respiré hondo y me sumergí por completo para sacarme los recuerdos de la cabeza. El agua me inundó los oídos, la escuché moverse en su interior unos segundos y salí a la superficie. Me limpié el agua de los ojos y los abrí.

Pronto lo encontraría.

Después de alistarme volví a la camioneta. Ellos ya estaban despiertos y casi listos también, quizá Max los había despertado.

—Apuren, en unas horas llegaremos a ese lugar —decía Ursa.

Partimos nuevamente, esta vez Max quiso que fuera a su lado. Ursa le daba alguna que otra indicación mientras avanzaba.

—Así que... chico rebelde —murmuró Max.

—Él nos dirigía —contaba uno de los gemelos.

—Nos enseñó a pelear, aunque ya habíamos olvidado algo de eso, igual... si me enojo ataco con garras y colmillos —agregó el otro.

—Nos emocionábamos tanto con pelear que una vez nos fuimos con Ursa a buscarle *pleito* a unos de los grandotes.

—¿Grandotes? —pregunté.

—*Seh*, tú sabes. H.E que eran unos cuatro años mayores que nosotros que de algún modo nos menospreciaban por ser jóvenes. Lo típico.

—Ellos nos habían golpeado antes y nos quitaban comida en el instituto, pero caramba, nadie nos creía.

—Sí, eran perfectos a ojos de los mayores, y nadie puede refutar a los mayores.

—Salvo Sirio.

—En fin, fuimos con Ursa y creímos que se comportarían pero al encontrarse solos con nosotros no se pudieron resistir.

—Y nos golpearon a los tres... No éramos tan fuertes en ese entonces y Ursa —la miró—, por más que quieras no podrás tener la fuerza de un hombre.

—¿Por qué crees que sigo entrenando? —le respondió ofendida.

—Sirio apareció y se enfrentó a los dos...

—Fue cuando se dieron cuenta que él les llevaba ventaja de algún modo, que empezaron a pelear en serio...

—Mordiendo...

—Rasgando...

—Pero él les respondió de la misma forma.

—Los venció, los noqueó y no volvieron a meterse con nosotros.

Otro fantasma de una sonrisa apareció en mi rostro pero también fue fugaz. Max me alcanzó unos audífonos de forma rápida y me dijo que los conectara al equipo. Una pequeña televisión se desplegó frente a mi asiento.

—Te advierto que ver esto puede herirte pero... sería bueno que lo vieras, acaba de salir en las noticias —me advirtió.

—Puedo soportarlo —murmuré algo asustada, pero quería ver qué era.

Eran las noticias, se habían revelado nuevas grabaciones. El corazón se me estrujó al ver a Antonio, corriendo por el circuito y luego siendo embestido por la pelota gigante, lo que más me impactó fue verme a mí acercándome y luego besándolo. Tragué saliva con dificultad y mi garganta empezaba a dolerme queriendo liberar algún quejido o sollozo. El recuerdo de sus labios.

Siguieron pasando diversas escenas de los H.E entrenando, incluso de ellos en el

comedor, en el día a día, conversando con los soldados e incluso riendo. Por lo visto las ciudades por las que pasamos habían compartido grabaciones de sus calles pues también pude ver la vez en la que Antonio salvó a un niño de ser atropellado.

No pude contener el temblor de mis labios al ver otra escena en la que estaba caminando con él, de la mano, hacia nuestra habitación junto con Rosy, que se le veía tan feliz como siempre, cuando nos quedamos en el campo de entrenamiento. Un par de lágrimas cayeron por mis mejillas. Verlo ahí, sólo su imagen, como si aún estuviera aquí conmigo, como si aún existiera, era tan raro. ¿Cómo era que las imágenes duraban más que las personas mismas? ¿Cómo era que podían capturar su esencia en ese momento y mantenerla intacta?

Los locutores empezaron a hablar.

«Y ahí lo tienen, ¿alguien puede explicar eso?... Estoy impactado, ¿H.E con humanos?... Y mira, mira. —Repitieron las fugaces escenas en la que estoy con él—. ¿H.E enamorado?... Según nos contó el oficial Carrasco y la anterior grabación de esa pelea que vimos, este joven H.E accedió a irse con esos otros sólo para evitar que mataran a los soldados de su cuartel, sabiendo que lo matarían... Entonces ahora muchas cosas cuadran. Nuestro gobierno experimentando con ellos fue lo que hizo que volvieran a atacarnos y a odiarnos. ¿Por qué muchos otros estados no tienen esos problemas? Creo que viene siendo hora de que el presidente mande a investigar a los gobernadores»

Respiré hondo. Luego de eso siguieron comentarios de los pobladores. Muchos pedían justicia por lo que pasaba, decían que se podía razonar con ellos y deshacer las murallas. También decían que podrían darse reglas para que ellos pudieran cruzar o estar en nuestras ciudades y viceversa, tomando en cuenta las diferencias culturales.

Me retiré los audífonos.

—Gracias —susurré.

—Es lo mínimo que podemos hacer.

—Ahí es —dijo Ursa.

Miré hacia al frente y pude divisar unas cuantas edificaciones de máximo dos pisos, apenas habían unas cinco. Nos detuvimos cerca y bajamos. Parecía estar vacío, era raro

que nadie apareciera a atacar. Caminamos hacia la más cercana.

—Oh dios... Ahí está —murmuró Ursa.

Me angustié de pronto, ella estaba mirando hacia la edificación. No dudé un segundo más y me acerqué a paso ligero, pude divisar unas tres tumbas y me detuve de golpe. Alguno de ellos sería. Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos mientras sonreía sin poder evitarlo.

Esto no terminaba aquí, las cosas entre humanos y H.E podían mejorar y me aseguraría de que así fuera, lucharía por ello. Por la idea de mis padres y por el recuerdo de él.

«Mi Antonio. Aún no lo creo... No, no puedes estar ahí».

Capítulo 44: Los milagros existen

Caí de rodillas con las lágrimas corriendo como ríos en mis mejillas.

—¿Pero qué rayos haces, tonta?! —escuché que preguntó Ursa.

Ella y los demás vinieron corriendo.

—¿Qu...?

—¡Corre! —ordenó—. Los H.E... —Fue embestida por dos H.E que salieron de golpe de la edificación.

Me espanté y me puse de pie, esos H.E nunca los había visto pero seguro también eran de Orión. Ursa y los gemelos volvieron a pelear. Corrí hacia la camioneta detrás de Max para traer algún arma. Uno de los H.E lanzó a uno de los chicos de un solo fuerte golpe y salió tras de mí, atrapándome enseguida y haciéndome soltar un grito del susto, mi vida podría acabar así de pronto. Pero algo golpeó contra nosotros y caí al suelo, uno de los hermanos nos había embestido y estaba mordiendo al H.E en el suelo.

Continué corriendo, Max ya había logrado llegar a la camioneta y sacó el arma del cable de acero, apuntó directo hacia mí. Quise retirarme pero algo me embistió con fuerza. Cuando me di cuenta estaba gritando tan fuerte que ni yo me reconocía, el H.E me mordía el brazo y era el dolor más horrible que había sentido. Esos cuatro colmillos enterrados en mi carne ejerciendo una fuerte presión mientras gruñía de forma salvaje, manteniéndome contra el suelo y dejándome sin aire con su peso.

Max lo golpeaba con el arma para que me soltara pero el H.E apretaba más la mordida haciéndome gritar y patear más, podía jurar que esos colmillos rozaban mi hueso. Uno de los gemelos cayó encima aplastándome más por unos segundos, mordió al H.E en la yugular y este me soltó para girarse y golpear a su atacante.

Apreté mi brazo, el dolor era punzante y la herida sangraba mucho. Max me ayudó a ponerme de pie mientras el H.E y el gemelo peleaban salvajemente. El H.E le alcanzó a

morder en un costado haciéndolo gritar mientras tiraba con fuerza arrancándole carne.

—¡NO! ¡DÉJALO! —grité.

Ahora más que nunca podía imaginar el dolor que se sentía. Siempre se me habían revuelto las tripas de la desesperación cuando Antonio sufría algún ataque así. Tomé un arma y le apunté pero Max me sostuvo los brazos.

—No lograrás darle, déjame a mí. Toma —me dio el arma del cable eléctrico—, ve con los otros, ¡ya! —ordenó.

Corrí lo más rápido que pude apretando mi brazo, Ursa y el gemelo atacaban sin piedad también al otro H.E mientras Sinfonía observaba casi atónita. Por dios, que esta chica no hacía nada.

—¡Ursa, sepárenlo de ustedes! —dije mientras me alistaba con el arma.

Ambos empezaron a intentar separarlo a golpes pero ese H.E era grande y fuerte. Logró morder a Ursa en el antebrazo y fue embestido por el gemelo quien le mordió el hombro. El H.E lo golpeó lanzándolo un metro de distancia, este se agazapó enseguida y se volvió a lanzar al ataque. Así no funcionaría.

—Sinfonía, ayuda por favor —le pedí entrando en la desesperación. Me miró asustada. Ambas nos estremecimos con el grito del gemelo que había protegido a Ursa de otra mordida—. Haz lo que te enseñó Sirio, te enseñó a pelear, ¿verdad?

Asintió. Escuchamos un gruñido desde atrás y pronto el otro gemelo había llegado a ayudar también, aunque estaba sangrando bastante. A los pocos segundos Max apareció a mi costado con otra arma. Para mi sorpresa Sinfonía se lanzó al ataque también.

Coincidieron de tal forma que todos terminaron empujándolo y golpeándolo al mismo tiempo y el H.E cayó a un par de metros. Se dispuso a ponerse de pie con la agilidad de un felino pero disparé. Nuevamente el arma me hizo retroceder un par de pasos, qué inútil que estaba siendo.

Para mi suerte el cable se le enredó por el cuello electrocutándolo enseguida y haciéndolo caer antes de que lograra volver a acercarse mucho a los otros. Los chicos

respiraban un poco agitados, el dolor punzante me hizo apretar mi brazo otra vez, no me había fijado que seguía sangrando.

—Vamos, tenemos que parar esa sangre —sugirió Max.

Corrió hacia la camioneta a sacar el botiquín.

—No hay tiempo que perder —dijo Ursa a los hermanos.

Ellos asintieron. No entendí a qué se referían. Max empezó a envolver mi brazo mientras los chicos se adentraban a la edificación. Quizá el gobernador estaba ahí, acababa de recordar que también se lo habían llevado ese día. Apenas Max terminó me dispuse a seguirlos, en ese momento uno de los gemelos salía, al parecer buscándonos.

—Ah, vengan pues —dijo con apuro.

Entramos rápidamente, siguiéndolo por unos oscuros pasillos. Un grito me hizo estremecer, al parecer tenían prisioneros ahí, pobre gobernador. El grito volvió a hacerse presente y el gemelo corrió haciéndonos señas de que lo siguiéramos. Llegó hasta una puerta abierta y cuando llegué a su lado me hizo entrar casi de un empujón.

Quedé helada.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas y tuve que taparme la boca para detener mi sollozo. Antonio, era él, no podía ser verdad.

«¿Antonio, vivo? No, no puede ser...»

Ursa estaba intentando hablarle pero él parecía estar inconsciente o dormido, de rodillas en el suelo y las muñecas atadas a dos tubos de metal que estaban empotrados en el suelo y daban hasta el techo. Estaba desnudo de la cintura para arriba y tenía múltiples cortes en el pecho, golpes, heridas, sangre.

—Antonio —logré murmurar entre lágrimas con la voz quebrada.

Todos estos días viviendo un infierno creyendo que había muerto y aquí estaba frente a mí. Pero verlo así era otra nueva tortura, ¿qué le habían hecho?

Se estremeció y empezó a querer huir de algo, como si estuviese teniendo una horrible pesadilla.

—No... no, ¡NO! —gritó.

Soltó un fuerte grito y mi corazón casi se paralizó. Pude ver recién que una sustancia entraba a su cuerpo a través de una vía intravenosa inyectada en su brazo izquierdo. Seguí la vía con rapidez hasta su origen y me encontré con una extraña máquina que los gemelos y Max estaban intentando detener.

Antonio gritaba con mucho dolor desgarrándome por dentro. Quizá lo habían tenido así todos estos días, en una pesadilla constante, aunque su cuerpo marcado me indicaba que quizá no del todo.

—¡Por favor, deténganlo! —chillé mientras llevaba las manos a mi cabeza.

—¡Sirio, estás soñando, despierta! —le llamaba Ursa.

Antonio intentó ponerse de pie mientras respiraba agitado pero al estar atado no podía, y al parecer su sueño se volvía cada vez peor ya que cayó de rodillas y soltó otro fuerte grito tirando el rostro para atrás, estaba sufriendo demasiado y no podía aguantarlo.

—¡Lo cortaré! —avisó Ursa mientras se disponía a romper la vía.

—¡NO! —la detuvieron los hermanos—. ¡Eso podría matarlo!

No, no mi Antonio muerto otra vez, no podría resistirlo, moriría aquí mismo también si eso pasaba.

Max salió corriendo, pude ver a Sinfonía llorando al lado del marco de la puerta. Antonio volvió a gritar y me tapé los oídos, angustiada, no podía hacer nada. ¿Cómo fue que no reconocí sus gritos cuando estuve entrando aquí? Quizá porque gritos así nunca se los había escuchado. ¿Qué rayos planeaba Orión?

Max entró y de un tirón de un cable apareció uno de los H.E que nos habían atacado. Le dio un empujón y una patada en las piernas haciéndolo caer de rodillas.

—Habla, ¿cómo se desactiva eso! —exigió saber.

El H.E sonrió de forma siniestra y Max presionó un botón del arma, uno que no me había enseñado. El hombre soltó un grito y cayó al suelo, al parecer el cable pasaba descargas que no te dejaban inconscientes.

—¡Habla!

El H.E gruñó y Max volvió a electrocutarlo, intentaba aguantarse los gritos pero era casi inútil. Mientras Antonio seguía gritando detrás de mí, esto era de nunca acabar.

—Estaremos así todo el día si gustas —le advirtió Max.

El ser empezó a reír por lo bajo. Ursa sacó una daga de su pantalón y se la clavó en la pierna sin vacilar ni un segundo, brinqué ante el fuerte grito que soltó.

—¡No les diré...! —Volvió a gritar a causa de otra puñalada de Ursa.

Ella retiró la daga dispuesta a volvérsela a clavar por tercera vez ante alguna respuesta negativa. El H.E la miró desafiante y sonrió de forma siniestra. Ursa le gruñó y le clavó la daga en el brazo, haciéndolo gritar de nuevo, pero para nuestra sorpresa, el grito se convirtió en una risa enfermiza.

—¡Calla! —le ordenó Ursa mientras le volvía a clavar la daga con furia en su otra pierna.

El H.E seguía riendo de la misma forma después de haber vuelto a gritar. Antonio gritaba también y yo ya me estaba por retorcer en un ataque de nervios.

—¡Listo! —anunció uno de los gemelos.

Volteé a mirarlo con alivio.

—Bien —dijo Max y apretó el primer botón del arma.

La electricidad estremeció al H.E y lo dejó inconsciente. Miré a Antonio, estaba respirando agitado con la cabeza caída, mirando hacia el suelo. Me di cuenta de que las lágrimas seguían recorriendo mi rostro y me las intenté limpiar.

—Antonio —susurré.

Decir su nombre y verlo ahí era casi una mentira para mí. Quizá esto era otro sueño, pero no... no que yo supiese. Quería lanzarme a él, abrazarlo con fuerza. Me acerqué dudando por si no fuera apropiado, quizá vernos le impactaría, ¿cómo saberlo?

—Ya terminó el efecto de la sustancia —avisó el gemelo.

Me acerqué con cuidado a Antonio y le retiré la vía de su brazo, sintiendo que el corazón me brincaba al tocar su piel y sentir su aroma, cosas que creía que ya nunca iba a tener y aquí estaba. No pude evitar soltar más lágrimas. Aquí estaba. Respiré hondo.

Antonio reaccionó y gruñó de forma salvaje mostrándome los colmillos, asustándome un poco.

—Sirio, somos nosotros... —le aclaró Ursa.

Pero él seguía gruñéndonos, mirándonos con furia y odio.

—Sirio... —dijo uno de los gemelos mientras se acercaba.

—¡Aléjate! —le gruñó Antonio.

Me espanté, quizá Orión le había hecho algo, quizá Antonio nos había olvidado... Me había olvidado.

Empecé a llorar otra vez, mi mundo no se había terminado de reconstruir y ya se

estaba volviendo a desarmar. Pero no, seguro eso también lo querría Orión. No era del todo malo, había rogado que me devolvieran a mi amado y aquí estaba, quizá no me recordaba, quizá nunca lo volvería a hacer pero aquí estaba, podía vivir tranquila si sabía que él seguía existiendo en alguna parte de este mundo siguiendo con su vida. Todo era mejor que él muerto, todo.

—Antonio —susurré.

Dirigió sus ojos hacia mí. No sabía si porque me reconocía o reconocía el nombre, o porque solo quería saber quién había hablado. No me importó. Poder ver esos hermosos ojos otra vez era como un milagro, y aunque me estaban viendo con rencor me sentí plena de alguna forma.

—No te haremos daño —continué—, tranquilo...

Me gruñó pero a los pocos segundos dejó de hacerlo para recuperar el aliento.

—Mientes —gruñó de nuevo y volvió a calmarse, dejó colgar su cabeza y cerró los ojos—, no tardarán en intentar matarme...

—No, claro que no...

Volvió a gruñirme de forma salvaje y sabía que se me habría lanzado si no estuviera siendo detenido por los tubos donde estaba atado.

—¿Qué esperas? Ven y mátame que yo no pienso hacerlo —ordenó.

Al parecer las pesadillas que le producían consistían en eso, una larga tortura ocasionada por nosotros... por mí. Maldito Orión.

—Por favor, soy yo... No voy a matarte, no lo haría nunca —le traté de explicar con nuevas lágrimas brotando de mis ojos. Volvió a gruñirme intentando hacer que me alejara—. Antonio... —insistí.

—Por qué... —murmuró apenas—. ¿Por qué me llamas así? —continuó volviendo a dirigir su mirada hacia mí.

—Sí... ¿Por qué le dices así? —preguntó Ursa evidentemente incómoda.

Dirigí la vista hacia todos, los gemelos y Sinfonía también me estaban mirando confundidos. Limpié mis lágrimas y respiré hondo.

—¿Pueden darnos algo de privacidad? —pregunté.

—¿Qué? —reclamó Ursa.

Max se puso de pie.

—Muévanse —ordenó—. Rápido, rápido, salgan —insistió mientras los sacaba de ahí.

Los gemelos jalaron a cada una de las chicas para sacarlas.

—Claro... De ahí vendrán de a uno y me atravesarán con algo... ¿Verdad? —murmuró Antonio mirando al suelo—. Esto es nuevo pero ya sé cómo terminará, qué ingeniosos.

Tensé los labios para contener mi dolor y me le acerqué, enseguida alzó la vista y me gruñó en advertencia pero no retrocedí.

—Soy yo... Antonio... Nunca te haría daño, te amo...

Había dejado de gruñir pero aún estaba mirándome de la misma forma. Di un paso más, quedando a escasos centímetros de él y me arrodillé para quedar a su altura. Empezó a gruñirme de nuevo.

—No te haré daño —insistí, hablándole con suavidad y ternura—, déjame demostrarte.

Levanté lentamente mi mano derecha para hacerle saber que quería tocarlo pero gruñó más fuerte e intentó retroceder.

—No... No... —gruñó.

—Tranquilo —susurré—, está bien...

Acuné su rostro en la palma de mi mano mientras sus ojos clavaban su furia en los míos, su barba seguía igual como estaba cuando lo separaron de mí, esto no podía ser un sueño. Mi corazón volvió a golpear mi pecho, me moría por lanzarme a él y abrazarlo pero si lo hacía podría terminar mordiéndome. Las lágrimas volvieron a correr por mi rostro, los ojos ya me dolían de tanto llorar todos los días pero esta vez sentía que era mi corazón expulsando el dolor que me había aquejado todo este tiempo, limpiándome.

Retiré la mano.

—¿Ves? —susurré de nuevo.

Mis labios se curvaron en una leve sonrisa mientras él seguía mirándome con el ceño fruncido.

—No llores —pidió.

Me sorprendí un poco y mi sonrisa se ensanchó levemente. Claro, no pude dejar de llorar.

—Perdón, no puedo evitarlo... —La voz se me quebró pero continué hablando—. Estuve muchos días creyendo que habías muerto...

Sus cejas se soltaron apenas.

—Hasta ahora no habías mencionado eso antes de atacarme.

Negué con la cabeza.

—Ya terminó... Te encontré, la maquina ha sido apagada... Esto no es otra pesadilla. —Levanté mi mano y le enseñé mi anillo—. Soy yo...

Volví a dirigir mi mano a su rostro, volvió a estremecerse pero ya no me gruñó. Seguía

mirándome con desconfianza pero no me importaba, sí me recordaba. Acaricié suavemente su rostro.

—¿Recuerdas cuando te uniste a mí y nos dieron estos anillos? —pregunté casi en susurro.

No me desprendía la mirada. Levanté lentamente mi otra mano y volvió a tensarse, gruñéndome bajo, pero continué hasta que mi palma tocó su rostro.

—¿Recuerdas cuando salimos en la ciudad? —mi mano derecha se deslizó hasta su cuello y con mi otra mano seguía acariciando su rostro—. Luego fuimos al cine, me besaste ahí...

Sus cejas volvieron a soltarse.

—Sí... —respondió finalmente.

Sonreí. Mi mano izquierda se deslizó también hacia su cuello y me acerqué lentamente. Se tensó de nuevo pero tampoco me detuve por eso hasta que logré abrazarlo. El calor de su cuerpo y su aroma me empezaron a envolver, no pude evitar sollozar contra su cuello pero esta vez era de felicidad. Sentí que con su contacto estaba terminando de expulsar el dolor que había estado en mí. El mundo volvía a brillar, estaba volviendo a renacer.

Deslicé mis manos por su pecho sin despegarme de él y lo envolví por la cintura, le di un suave beso entre su cuello y su hombro mientras mis lágrimas le mojaban la piel. Noté que también estaba herido en la espalda. Maldito Orión y sus hombres, cómo se habían atrevido a lastimar su cuerpo.

—Marien... —murmuró.

Seguí llorando, no podía detenerme.

—No sabes el infierno que he vivido creyendo que no volvería a abrazarte —sollocé.

Intentó liberarse de sus ataduras pero no pudo.

—No llores... —pidió otra vez. Apreté más mis brazos a su alrededor y respiré hondo, el brazo me dolía de forma atroz pero lo aguanté, asentí en silencio y apoyé mi rostro en su hombro llevando mis manos a sus omóplatos—. ¿Quién te hirió? —preguntó de forma fría.

Ya se había dado cuenta de mi herida. Reacomodé mi rostro nuevamente por su cuello, no quería despegarme de él.

—Uno de los que te tenían aquí... Pero no importa, ya están bajo control...

Gruñó por lo bajo, me separé sin soltarlo y quedé mirándolo a los ojos. Seguía con el ceño fruncido.

—Estás pálida y demacrada —murmuró sin cambiar de expresión.

Asentí.

—Ya te dije —susurré con debilidad a causa de mi llanto—, estuve viviendo un infierno.

Intentó liberarse nuevamente, miró hacia su puño derecho mientras hacía fuerza para soltarse y gruñó frustrado al no poder.

—Llamaré a los chicos para que te suelten. —Gruñó otra vez—. Tranquilo... todo estará bien, no te haremos daño, te lo juro...

Me acerqué lentamente a su rostro y se estremeció mirándome con desconfianza. Le di un suave beso en la mejilla y dejé mis labios pegados a su piel por algunos segundos, negándome a dejarlo. Ladeé el rostro y me dirigí a sus labios, cubriéndolos con los míos, gozando su textura, no pude evitar soltar un jadeo de felicidad. Volví a rodearlo y enterré mi nariz por su cuello, suspirando.

—Enseguida vuelvo...

—No, si te vas no volverás —murmuró con angustia, sorprendiéndome.

—Hey —apreté más mi abrazo, quería calmar todos sus miedos—, volveré. No pienso dejarte aquí, te amo —me acerqué a su oído—, te amo —le insistí susurrando—. Ya vengo...

Me puse de pie, y me apresuré a buscar a los chicos ya que la mirada de desconsuelo y desolación que había puesto Antonio al alejarme de él me había vuelto a romper el corazón. Era como si creyera que era algún otro sueño. Los vi cerca de la camioneta.

—Hey, vengan...

Ellos vinieron corriendo hacia mí incluso antes de que empezara a hablar.

—¿Ya? —preguntaron los gemelos algo entusiasmados.

Ursa y Sinfonía me miraban con algo de rencor, al parecer recién se enteraban de todo, recalcando el hecho de que Antonio se había unido a mí. Bueno, ellas no me importaban, todo mi mundo se había centrado en Antonio, sólo él me importaba ahora.

—Hay que liberarlo pero... muévanse despacio —advertí.

Volvimos a entrar. Antonio enfocó su vista en mí apenas me asomé por la puerta y volví a él.

—Todo estará bien —le susurré.

Los gemelos se dispusieron a cortar con cuchillos las sogas que lo tenían atado, Antonio los miraba fijamente por turnos, sospechando aún. Aunque parecía que más se fijaba en los cuchillos que en ellos. Toqué su rostro y clavó sus ojos en mí.

—Está bien —susurré otra vez.

Las sogas se soltaron e hizo una expresión de dolor al poder poner sus brazos en posición normal.

—Aléjate un poco, mejor —me sugirió el de la derecha.

Antonio le gruñó dando a entender que no estaba de acuerdo. Acaricié su rostro.

—Tranquilo, no me iré —susurré tan bajo como pude.

—Vamos Sirio —le animó el otro.

Me puse de pie. Antonio nos miró y se puso de pie con algo de dificultad.

—Bien —dijo Max—, vamos, es posible que vengan más H.E. No quiero parar hasta llegar a la ciudad esa donde viven ellos...

Salimos de ese lugar. Antonio echó un último vistazo a esa habitación oscura, al parecer aún no lo creía, tomé su mano llamando su atención enseguida e incitándolo a seguirme. Frunció más el ceño al sentir el impacto de la luz del día. Seguimos caminando en dirección a la camioneta, él miraba los alrededores aún con sospecha e incredulidad, sobre todo a la camioneta.

—¿La recuerdas? Es de las de Max, del campo de entrenamiento...

Seguía mirándola con cautela. Me di cuenta de que ahora sí no entrábamos todos y Max no tardó en decirlo.

—No caben todos, ¿alguien quiere ir en la tolva?

—Yo lo haré —respondió Antonio enseguida, me miró—, ven conmigo...

Su mirada seria seguía desarmándome, no podía decirle que no, y no pensaba hacerlo tampoco. Asentí enseguida. Sentirlo caminar a mi lado era trascendental, todo volvía a cobrar sentido, el mundo se había reconstruido y reivindicado, al fin volvía a girar.

Subió casi de un salto a la tolva y me extendió la mano para ayudarme. Me senté apoyando la espalda contra el borde del costado y él se sentó frente a mí, mirándome fijamente. Partimos. Lo veía ahí frente a mí y aún no asimilaba toda la felicidad que

sentía. ¿En qué momento alguien creyó que yo merecía ser tan feliz? Asumí enseguida que él no se sentía del todo seguro aún como para entrar a la cabina de la camioneta y que quizá tampoco confiaba mucho en el resto a pesar de que si esto fuera otro sueño, yo también formaría parte de él.

Capítulo 45: Revivir

Habían pasado unas tres horas. Me iba observando a Antonio temiendo cerrar los ojos y ya no encontrarlo al abrirlos, él iba observando el campo y me clavaba la vista tras cualquier movimiento que yo hacía. Empezó a llover de pronto. *Genial*. Estaba por decirle a Max que parase para entrar a la cabina como sea pero vi a Antonio mirando hacia el cielo. Enseguida la lluvia se hizo más torrencial, sonrió apenas y se deslizó un poco más abajo, hasta recostar la cabeza en el borde de la tolva.

Cerró los ojos y dejó que la lluvia le siguiera cayendo. Alguien tocó la ventana desde dentro de la cabina, llamando mi atención. Era uno de los gemelos, abrió la ventana de su costado y se asomó un poco.

—¿Quieren entrar aquí? —preguntó.

—No, gracias —respondí.

Se encogió de hombros y cerró la ventana. No importaba mojarme si Antonio estaba feliz con la lluvia. Volví a observarlo, la lluvia corría por su piel, limpiando las manchas de sangre. Su expresión era de total tranquilidad, se le veía tan glorioso como siempre y aún me costaba asimilar que estaba aquí conmigo. Abrió sus ojos de verde intenso y los plantó en mí.

—Ven aquí o no podré cerrar los ojos en paz —murmuró.

Mi corazón dio un brinco y me ruboricé enseguida. Quise acercarme a gatas pero no pude contenerme y casi me aviento sobre él, no sólo por mi impulso sino también por el terreno accidentado por el que estaba corriendo la camioneta. Se enderezó y extendió los brazos recibéndome en mi torpe movimiento y acunándome contra su cuerpo.

Me acomodé a su costado y lo rodeé con mis brazos por la cintura mientras enterraba el rostro por su cuello. La lluvia me había empapado también pero ahora era bienvenida, sentía que continuaba con la ardua labor de limpiar y sacar el dolor de mi interior. Eché un vistazo a la cabina y parecían no haber notado nada, salvo que hubieran volteado a ver

antes de que terminara de acomodarme.

—Mi amado —le susurré.

Giró el rostro y rozó su nariz por mi frente, volvió a mirar al cielo y cerró los ojos. Yo también los cerré pero no intenté dormirme, seguía teniendo miedo de que no estuviera luego al despertar.

Un leve remezón me hizo abrir los ojos de golpe, espantada. «¡Rayos, me dormí!». Pero el alivio me invadió calmándome pronto al ver a Antonio entre mis brazos. «Sí, no fue un sueño». Sonreí ampliamente por primera vez después de mucho y apreté mis brazos a su alrededor, él hizo lo mismo en respuesta. Estaba dormido, pero bien y a mi lado, me reacomodé y besé la línea de su mandíbula sintiendo su barba, respiré hondo. Ya había parado de llover pero me caían algunas gotas de agua de su cabello.

La camioneta empezó a bajar la velocidad hasta que se detuvo por completo. Los chicos bajaron.

—Llegamos —anunció Max.

Me enderecé con algo de dificultad y me apoyé en una mano mientras acariciaba el rostro de mi Antonio con la otra. Ursa y Sinfonía seguían viéndome con algo de rencor pero me era irrelevante ahora. Uno de los gemelos le dio una leve sacudida a Antonio.

—Hey, llegamos —le dijo.

Antonio frunció el ceño gruñendo bajo en su garganta y siguió durmiendo. Sonreí nuevamente.

—Debe estar muy agotado —dijo el otro hermano.

—Ya despertará —comenté.

Me dispuse a ponerme de pie, y cuando me alejé de él, abrió los ojos y se enderezó. Nos miró a todos y apoyó los codos en las rodillas para frotarse un poco la cara.

—Qué... ¿Ya llegamos? —preguntó con voz somnolienta.

—Sí, vamos rápido a casa, necesitas descansar —le ordenó Ursa.

Ya estaba cerca el atardecer y descubrí que me estaba muriendo de hambre, nuevamente, por primera vez después de tantos días. Antonio se puso de pie y bajó de un salto, volteó y me extendió los brazos. De forma torpe me apoyé en sus hombros pero él se acercó más a mí, tomándome de la cintura y bajándose en un rápido movimiento. Todo mi cuerpo rozó con el suyo mientras me bajaba para hacerme pisar el suelo.

—Pesas menos —comentó con seriedad.

—Debe ser —murmuré avergonzada.

Estábamos con la ropa mojada y sentía algo de frío. Miré a mí alrededor y me sorprendí al ver que estábamos afuera de su casa. Al parecer Ursa había guiado a Max por alguna ruta que diera a una pista para entrar a la ciudad.

La mamá de Antonio abrió la puerta.

—Sirio —dijo con algo de alivio y sonrió apenas.

—Madre —respondió él.

Su mamá se acercó, tomó su rostro empujándose y le dio un beso en la frente.

—Estaba preocupada, algo me decía que las cosas no andaban bien pero aquí estás.

Nos miró a todos.

—No estuvieron del todo bien, pero gracias a ellos ahora sí —le explicó su hijo.

La mujer nos sonrió levemente.

—Pasen. —La seguimos—. Prepararé algo para cenar, pónganse cómodos.

—No se preocupe por nosotros —dijeron los gemelos al mismo tiempo—, nuestra madre debe estar preocupada.

—Yo también debo ir, no le dije para qué me iba, debe estar furiosa —se excusó Ursa también.

—Y la mía —dijo sinfonía, aunque no con muchas ganas.

—Um —meditó la mamá de Antonio—. Es cierto, Géminis vino a verme preguntando si sabía a dónde se habían escapado pero no supe qué contestar.

Junté las cejas con extrañeza. *¿Géminis?*

—Bueno, vayan y gracias —les dijo.

Los cuatro inclinaron la cabeza en alguna especie de señal de respeto.

—Gracias chicos —les dije—, en verdad...

Los gemelos me sonrieron pero Ursa sólo asintió para luego darle una intensa mirada a Antonio, estaba segura de que quería reclamarle o decirle muchas cosas.

—Gracias —dijo Antonio al segundo después de mí.

No le correspondió la mirada a Ursa de la misma forma. Y al retirarse, sinfonía también miró a Antonio y se despidió con un leve movimiento de la mano.

—Si me disculpan... —murmuró Max esta vez llamando nuestra atención—. Debo volver a la capital, pero ha sido un placer.

Enif le sonrió con amabilidad.

—Bueno, gracias también —le respondió y entró a la cocina.

Max asintió y nos miró.

—Voy a traer tus cosas.

Salió rápido y volvió al poco tiempo con mi mochila. La madre de Antonio salió de la cocina y le dio un depósito con comida.

—Para el camino.

—Gracias, es muy amable. —Nos miró—. Hasta luego.

—Gracias —respondimos ambos casi al mismo tiempo.

—No tarden en volver, ¿eh? Hay cosas que hacer —agregó antes de salir por la puerta y desaparecer de nuestra vista.

—¿Y bien? —preguntó Enif—. ¿Qué gustaría que les prepare?

—Descuide, yo me encargaré de ver qué hay —sugirió Antonio—, la verdad estoy muerto de cansancio y quiero dormir.

Su madre sonrió y se fue, a alguna parte de la casa que no conocía. Hoy la había visto sonreír bastante y conociendo lo poco afectivos que eran los H.E, seguro estaba muy feliz.

—¿Gustas algo? —me preguntó mientras tiraba suavemente de mi mano, guiándome a la cocina.

—Lo que sea... Estoy hambrienta...

—Lo sé —me dijo con una tierna sonrisa—, pude oír tu estómago.

—Oh... perdón —susurré, ruborizándome.

Sonrió ampliamente. «*Su gloriosa sonrisa*». Me colgué de su cuello suspirando al sentir el calor de su piel en contraste con mi ropa húmeda y fría y lo besé con pasión, gimiendo bajo contra su boca al envolverme con su aroma, estremeciéndome al sentir esos labios tentadores. Me correspondió de la misma forma y sentí el hincón de sus colmillos. «*Divina agonía esa*». Devoraba sus labios, reclamándolos de forma casi salvaje. Bajé un poco la intensidad y empecé a besarlo con suavidad, gozando más de cada segundo.

Para mi sorpresa, nuevas lágrimas brotaron de mis ojos. «*Rayos, perfecto*». Eran de felicidad pero ya no quería seguir llorando. Él se separó despacio de mí y me las limpió.

—No llores —dijo casi susurrando.

Asentí rápidamente con la cabeza mientras terminaba de limpiarlas.

—No vuelvas a dejarme o moriré —le pedí con la voz quebrada.

Me abrazó soltando un suspiro.

—Perdóname...

Su voz grave y hermosa me hacía vibrar y ahuyentaba cualquier dolor que quisiera invadirme en ese momento. Me sentí envuelta por su calor entre sus brazos, presionando mi mejilla contra su pecho desnudo, quería quedarme así pero el hambre volvió a mandar un recordatorio haciendo que él me liberara.

—Sacaré algo de comer rápido y dormiremos.

Los labios me latían y me ardían un poco los pequeños cortes ocasionados por sus colmillos, él también me había besado de forma intensa. Empezó a rebuscar en las repisas y luego en la refrigeradora. Lo vi tan deseable de pronto, así semidesnudo, luciendo ese cuerpo esculpido aunque aún con las marcas de los cortes que ya sanarían. Sacó algo de carne al parecer ya preparada y la puso a calentar mientras sacaba un paquete de una

especie de pan plano y lo abría.

«Espera. Yo debería estarlo atendiendo. Él era el que había sido rescatado, no yo».

—Te ayudo —sugerí mientras me acercaba rápido.

Sonrió ante mi rara reacción. Preparamos algunos panes con la carne y por último nos la terminamos sin ponerla al pan, directo de la olla. Jalé mi mochila y fuimos a su habitación.

—Usa el baño tú primero —le dije—, te espero.

—Pero... —Tomó una toalla de su closet y me la dio—. Quítate esa ropa mojada —dijo preocupado.

Tomó otra toalla y un pantalón de tela suave negro y entró a la ducha. Me saqué la ropa y me envolví con la toalla, sentía frío. Él salió al rato luciendo fresco y tranquilo, le sonreí y me correspondió la sonrisa.

Entré a la ducha enseguida. Al terminar recordé que no había empacado ropa de dormir, no pensé en necesitarla, me envolví con la toalla y salí. Suspiré y sonreí con melancolía al ver a Antonio tendido en la cama, completamente dormido.

Sequé mi cuerpo con la toalla y la colgué. Me recosté desnuda a su lado y jalé la sábana para cubrirnos. Me pegué a él recostándome en su pecho y él giró poniéndose de costado, envolviéndome con sus brazos y pegándome a su cuerpo mientras suspiraba dormido. Cerré los ojos y sonreí ampliamente mientras me daba su calor y sentía su piel con la mía, entrelacé mis piernas con las suyas y le besé el pecho, respiré hondo embriagándome con su aroma. Estaba dónde pertenecía, a salvo, en mis brazos. Me dormí en paz.

Un gruñido cerca de mi oído me hizo despertar. Antonio estaba teniendo alguna pesadilla, me tenía fuertemente apretada contra él mientras gruñía y fruncía más el ceño.

—No... No, no... —empezó a pedir gruñendo mientras sacudía la cabeza.

—Antonio. —Lo sacudí un poco.

Continuaba gruñendo, me estiré sobre él para alcanzar el interruptor de la lámpara del costado y la encendí. Volví a sacudirlo y él abrió los ojos con algo de espanto, miró a su alrededor y suspiró profundo mientras ponía su antebrazo sobre la frente.

—Perdón, te asusté...

—No... bueno, un poco. Pero tranquilo.

Volvió a suspirar y retiró el antebrazo. Acaricié su rostro y cerró los ojos relajándose, puso su mano sobre la mía y la presionó un poco más contra su piel sonriendo apenas. Su piel estaba suave, ya se había desecho de la barba. Bajé mi mano por su cuello hasta su cálido pecho. Abrió los ojos y quedó mirando al techo.

—¿Sabes?... En mis pesadillas no me llamabas Antonio... —comentó.

—¿Por eso me preguntaste por qué te llamaba así? —Asintió—. Será porque ellos no sabían que yo te llamaba así y por eso no lo usaron. —Me pegué y besé su mejilla.

—Un buen punto clave, ¿no? —dijo casi sin gracia.

—Mi Antonio... ¿Cómo es que te pusieron ahí? —pregunté casi susurrando.

Tomó mi mano envolviéndola con la suya.

—Como no rogué por mi muerte, por más que me hicieron y por más días que pasaron... me pusieron a esa máquina, ya sabía lo que se venía pero igual, en esa máquina terminas perdiéndote y si no te vuelves loco terminas muriendo por inanición... y bueno, ya sabes que tardamos mucho en morir.

Se me estrujó el corazón al pensar en todo lo que tuvo que soportar. Me recosté en su pecho envolviéndolo con mi brazo, giró y me abrazó también. Acarició mi brazo y bajó

lentamente, acariciando toda la piel de mi cintura y juntando las cejas, algo confundido.

—Estás desnuda...

Sonreí avergonzada y rodeé su cuello con mis brazos, pegando mi pecho al suyo. Rocé mi nariz con la suya mientras me deleitaba con su delicioso aliento. Ladeó el rostro, rozando sus labios con los míos y su mano bajó lentamente por mis caderas hasta llegar a recorrer mi muslo, tirando con suavidad y haciéndome cruzar la pierna sobre su cintura.

El deseo despertó casi de golpe en mí, deseaba tanto su piel, su calor, deseaba besar su cuerpo. Cuando me di cuenta ya nos estábamos besando con fuerza, suavidad, intensidad y amor. Su mano hacía su recorrido desde mi pierna hasta mi hombro. Giró y quedó encima, robándome el aliento con su peso por unos segundos hasta que se apoyó en los ante brazos mientras bajaba besándome el cuello. Jadeé de placer al sentir sus ardientes labios sobre mi pecho, el calor de su boca, el roce de sus colmillos era otro extra divino. Todas estas sensaciones que mi cuerpo pedía a gritos y que había dado por hecho de que nunca iban a volver a tener estaban aquí.

Disfrutamos del momento, olvidando poco a poco todo lo que había pasado. Lo besé sin parar, embriagándome con el aroma de su piel húmeda por mis besos, no existía aroma más exquisito en el mundo que ese. Tomó el control y me hizo suya, como sólo él podía. El poco miedo que quedaba salió disparado al sentir que nos uníamos, sus labios entreabiertos contra los míos. Sólo existíamos nosotros ahora, nada más importaba.

A última hora había recordado que estábamos en su casa y su madre estaba en alguna otra habitación de por ahí, si nos había escuchado definitivamente sabría qué había pasado. Aunque habíamos silenciado nuestro placer a besos, quizá por ahora no sospecharía. También recordé que no había tomado pastilla alguna, pero no me importó.

Jadeaba satisfecha contra su boca mientras su aliento me llenaba, besé sus labios emitiendo un suave gemido y sonreí.

—Guau... —susurró.

Volví a besarlo y pasé la punta de mi lengua por su labio inferior haciéndolo sonreír. Aproveché eso y recorrí también la punta de sus colmillos, luego me colé entre sus dientes

y la parte interna de su labio superior.

—Te traeré ropa antes de que te enfermes —me dijo al oído y me dio un beso en la mejilla.

Sacudí la cabeza en negación.

—No, no te separes de mí, estoy bien —le pedí. Me recosté en su pecho y acomodé el rostro por su cuello, le di un beso—. Quédate aquí —susurré.

Suspiró mientras acariciaba suavemente mi cabello. Volví a quedarme dormida casi sin darme cuenta.

Capítulo 46: Asuntos pendientes

Desperté dolorida pero completamente feliz al tener su caliente cuerpo enredado con el mío. Mi brazo estaba un poco más dolorido en la zona donde se me habían incrustado los colmillos de ese H.E, eso tardaría en sanar a pesar de que ya había cicatrizado. Pero había algo más, me ardía la garganta y me sentía extrañamente más caliente, me dolía la cabeza también.

Chasqué los dientes. «*Me enfermé, ¡genial!*»

Me quejé bajo mientras me cubría con la sábana que había quedado a un costado. Antonio abrió sus felinos ojos y quedó mirándome fijamente, ese verde vivo y destellante me envolvió. Me sonrió con ternura pero pronto puso cara de preocupación y me palpó la frente.

—Oh no...

—Perdón... Quizá debí vestirme con algo —murmuré con débil voz.

Besó mi frente y salió de la cama dándome una buena vista de su cuerpo. Me ruboricé más de lo que ya estaba por la fiebre. Se puso el pantalón.

—Ya vuelvo —dijo con prisa y salió de la habitación.

Me envolví bien con la sábana. Qué vergüenza por no haber traído ropa, ¿en qué estaba pensando? Sí... en nada realmente. Antonio entró con algo de ropa, se sentó a mi lado y tomó una camiseta suave.

—Ven —dijo mientras tiraba suavemente de mi mano, ayudándome a sentarme.

Para mi sorpresa, me ayudó a ponerme la camiseta como si fuera una niña pequeña, haciéndome sonreír. Cuán amoroso y atento podía ser. Me ayudó también a ponerme un pantalón de la misma tela suave, y finalmente sacó una colcha de un cajón de su closet y

me cubrió. Acarició mi cabello.

—Te prepararé algo para que te sientas mejor —dijo casi susurrando.

—No te incomodes por mí, creo que tengo una pastilla en mi mochila...

Frunció levemente el ceño.

—Esas cosas no son buenas, te mejoran una cosa y te empeoran otra —acarició mi mejilla—, y tú nunca me incomodas. —Me dio un beso en la mejilla y volvió a salir.

Suspiré. Era el colmo, ahora él me estaba atendiendo. Vi el reloj en el estante de libros y me sorprendí, eran las once de la mañana. ¿Tanto habíamos dormido? Miré espantada hacia el jardín. ¿Nos habría visto durmiendo su mamá?

Jalé la frazada cubriéndome más, hasta la mitad del rostro. Sentía vergüenza, ¿qué pasaba si su mamá nos había visto? ¿Habrá salido a regar el jardín como aquella vez? Pero claro, esa vez sólo nos habíamos abrazado, ahora habíamos estado durmiendo desnudos. «*Qué barbaridad, soy una desvergonzada*».

A pesar de todo, la felicidad no cabía en mi cuerpo. No podía ser más feliz, mi Antonio estaba de vuelta, no sabía de dónde había sacado tanta suerte. Esta vez no quería que se me escapara, si lo hacía me iría con él. Cerré los ojos.

Al poco rato, Antonio volvió. Traía una taza con un líquido caliente, parecía un té. Me reincorporé y me apoyé en el respaldo, se sentó a mi lado y me rodeó con su brazo por los hombros. Me dio la taza y me acomodé recostándome en él.

—¿Qué es? —pregunté. Podía ver algunas hierbas en el fondo de la taza, estaba bien caliente.

—Remedio natural —respondió acariciando mi brazo—, es mejor. Tómalo de a poco, te hará bien.

Soplé un poco y tomé un sorbo.

—Um... Es agridulce...

—Sí.

Apoyó su mejilla en mi cabeza. Seguí tomando de sorbo en sorbo, no era mucho.

—¿Y tu mamá?

—Salió.

Tomé otro sorbo.

—¿Nos habrá visto? —pregunté con algo de vergüenza—. Digo... Desde tu jardín, aquí durmiendo...

Sentí su sonrisa por mi cabello.

—No lo sé...

Tomé otro sorbo para ahogar la vergüenza. «Rayos». Suspiré.

—Bueno... ya qué. —Sostuve la taza con una mano y con la otra libre deslicé mi dedo índice por su pecho—. Cómo añoraba tenerte.

Volví a sentir su sonrisa, ladeó el rostro y me dio un beso en la frente. Continué tomando de sorbo en sorbo mientras las puntas de mis dedos recorrían su piel. Las marcas de sus heridas ya estaban por desaparecer. Sin embargo la herida de mi brazo tardaría más, el tiempo normal y mediocre de los humanos.

Ya estaba por terminar el líquido, me había dado calor. Acaricié su vientre bajo, tomé mi mano y la subió a sus labios, rozándolos en ella.

—Debes dormir —susurró contra el dorso de mi mano.

Terminé el líquido y me hizo recostar de nuevo, se echó de costado a mi lado. Me envolvió con la colcha y me rodeó, apretándome contra su cálido pecho. Me sentía como un capullo de mariposa, también sentía calor pero estaba inmensamente feliz de poder dormir deleitándome con su glorioso aroma. Pronto me perdí en el sueño.

Cuando abrí los ojos me sentí completamente caliente, había transpirado cantidad y estaba casi empapada. No me gustaba esa sensación pero había algo más, ya no me sentía mal, podría jurar que estaba sana. Algo debían haber tenido esas hierbas aparte de calentar mi cuerpo con la temperatura del líquido. Antonio aún me tenía abrazada contra su pecho y estaba profundamente dormido. Me sentí mal al haber sido tan desconsiderada, ni siquiera le había preguntado cuántos días lo habían tenido así. Aunque, pensándolo bien, quizá no lo sabría.

No quería despertarlo. Me separé unos centímetros y quedé observando su rostro, tan apacible y joven, infinitamente mío.

Pasé unos veinte minutos observándolo, dejando que la tarde empezara a acabar, pensando en muchas cosas. Sobre todo en qué es lo que quería hacer de ahora en adelante, quería poder vivir tranquila con él, olvidándome de los problemas. Ahora que los H.E estaban siendo vistos con otros ojos en las ciudades, la esperanza de lograr eso crecía en mí. Sólo quedaba asegurarnos de que Orión no lo buscara más y terminar de arreglar las cosas con los H.E para quedar en una especie de tregua.

Antonio frunció el ceño, haciéndome salir de mis pensamientos. Se tensó y empezó a gruñir bajo en su garganta. Otra pesadilla. Se me contrajo el corazón. ¿Era que de ahora en adelante ya no volvería a dormir tranquilo?

Logré sacar mi brazo de mi envoltura y acaricié su rostro pero seguía gruñendo y empezaba a respirar agitado. Saqué mi otro brazo y rodeé su cuello, abrazándolo.

—Antonio, estoy aquí —le murmuré a su oído.

Paró de gruñir y me apretó contra su cuerpo, haciéndome saber que había despertado. Suspiré y acaricié su cabello. Era oficial, éramos dos traumados. Besé su frente y sus penetrantes ojos de depredador se plantaron en los míos.

—Perdón, te desperté...

Negué con la cabeza sonriéndole con ternura y empecé a acariciar su rostro.

—Ya me había despertado, estaba observándote dormir —le dije con suave voz.

Me ofreció su hermosa sonrisa de ensueño y acunó su rostro por mi cuello.

—¿Ya estás mejor? —quiso saber.

—Sí, gracias... Aunque he transpirado bastante.

Se separó casi de golpe.

—Traeré ropa, antes de que esa humedad vuelva a enfermarte —dijo mientras salía de la cama—. Ve sacándote esa ropa —agregó antes de salir de la habitación.

Suspiré de nuevo. Había estado todo el día en la cama, vaya manera de recuperar el tiempo que había perdido de estar con él.

Me reincorporé. En verdad ya me sentía muy bien. Me saqué la ropa y la dejé a un costado para volverme a meter bajo la colcha, era tan suave. Observé el jardín, al parecer su mamá no había vuelto aún. Quizá estaba trabajando, ni siquiera sabía qué hacía la madre de mi esposo. O tal vez había decidido dejarnos en privacidad. Me ruboricé. Tal vez nos había escuchado anoche y por eso salió.

Sacudí la cabeza. No tenía nada de malo, era mi esposo. Antonio volvió con nueva ropa.

«*Amoroso, único y deseable esposo*».

Me sonrió al ver que me había quedado observándolo de forma intensa.

—¿Sucedó algo? —preguntó mientras se acercaba.

Sonreí, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, envolví su cuello y lo besé. Pegué mi cuerpo al suyo y lo jalé a la cama, haciéndolo caer sobre mí.

Un teléfono sonó, sorprendiéndonos. El sonido venía de mi mochila. No recordaba haber tenido celular desde que me lo quitaron en la alcaldía. Antonio salió de la cama antes de que pudiera reaccionar y la trajo, se sentó a mi lado mientras yo buscaba el teléfono y me rodeó con sus brazos. Saqué el aparato, que seguro Max lo había metido ahí.

—Hola —respondí de mala gana.

—¿Y cómo va todo? —preguntó Max.

—Excelente —dije sonriendo a causa de que Antonio empezó a recorrer mi cuello con su nariz y uno que otro beso.

—Uf, sí, ya veo...

Antonio ronroneó un par de segundos mientras repartía besos por mi hombro. Me aclaré la garganta para que Max no escuchara.

»Tengo algo que avisarte —continuó él—, me pasaron el dato de que saben dónde puede estar el gobernador. Estoy pensando en ir en su búsqueda. Aún podemos convencerlo de que, de una vez por todas, permita la vida en paz con los H.E.

Fruncí levemente el ceño.

—Bueno, ve.

—Ya, pero necesito a Sirio, es parte de mi equipo, no me lo puedes negar —dijo apresuradamente para que no tuviera tiempo a reclamarle.

Igual reclamé.

—Olvídalo, eso sólo si él quiere.

—¿Querer qué? —preguntó mi amante suavemente contra mi oído, haciéndome vibrar con su hermosa voz.

—Luego te digo —le susurré. No quería terminar aún con el hermoso momento que estábamos pasando.

—Bueno, ya sabes, dile o volveré a llamar —insistió el esposito de Max—, además le ayudaremos a deshacernos de ese tal Orión.

Eso me hizo pensar por un milisegundo antes de que Antonio me distrajera mordiendo suavemente mi oreja.

—Lo pensaré —respondí de forma apresurada y colgué.

Dejé el celular y me abalancé contra mi juguetón esposo, besándolo nuevamente. La noche ya estaba empezando, estaba dispuesta a dejar ese asunto del gobernador y Orión para luego. Por ahora sólo quería estar con Antonio y olvidar a los demás.

Nuestros besos se tornaron más suaves y apasionados, acompañados del infaltable y divino roce de sus colmillos, mientras mis manos recorrían su pecho y él acariciaba mi espalda y muslos. Sonreí.

—Hazme tuya —pedí.

Sonrió y no esperó a que respondiera para volver a besarlo.

Enloquecí con sus tentadores labios, acariciaba su cuerpo con brazos y piernas, sus manos recorrieron mi pecho, su piel empezaba a arder sobre la mía. Lo amaba y deseaba con locura, la gente hablaba sobre esta clase de amor en algunos libros y poemas antiguos pero nunca creí que existiera, o al menos para mí.

Sus labios suaves y calientes recorrieron mi mejilla. Mordió mi mentón, hincándose de forma suave esos bonitos colmillos en la piel. Mis dedos se enredaron en su cabello mientras él bajaba por mi cuerpo, besando, lamiendo y mordiendo, estaba insaciable y yo también.

Bajó ronroneando desde mi rodilla y por la parte interna de mi muslo, donde terminó dándome una suave mordida, haciéndome jadear su nombre. Sonrió satisfecho ante mi reacción, era una sonrisa candente. «*Travieso*».

—Guau, me ha encantado la forma en la que me has llamado —dijo, estremeciéndome con su voz.

Le sonreí también y mordí mi labio inferior mientras se deslizaba sobre mí para volver a mis labios, quemándome con la mirada. Nos besamos con intensidad, mis manos se paseaban por su espalda perfecta mientras él besaba mi cuello y mis labios. Introdujo su lengua en mi boca y jugueteamos un poco, lo oí y sentí gruñir unos segundos. Su dulce aliento me llenaba, pronto nos hicimos uno solo. Sentir cómo me tomaba y se acoplaba a mí era celestial.

Respiraba algo agitada mirando al techo mientras acariciaba su cabello. Sonrió y rozó su nariz por mi mejilla, ronroneando, se dirigió a mis labios y me dio un beso suave y lleno de dulzura.

—Te amo —le susurré.

—Te amo —me respondió y volvió a besarme.

Qué diferente era tener la libertad de desfogar tu placer sin el temor de que alguien te escuchara. Lo empujé gentilmente y giramos quedando yo encima, volví a besarlo.

Estar sin él había sido lo peor, quería recuperar el tiempo perdido. Mi mano recorría tentativamente su esculpido y caliente pecho.

—Eres tan... caliente —murmuró contra mis labios.

Sonreí.

—No, tú lo eres. —Volví a besarlo, no me cansaba de él. Nunca lo haría.

Juntó las cejas un poco confundido.

—Me refiero a... por dentro —aclaró con timidez haciéndome reír un poco.

Caí rendida a su costado, me rodeó en sus brazos y me apretó contra su cuerpo.

—Eres mi elixir de vida —susurré.

Me había tomado el tiempo y la calma de besar su cuerpo, recorrerlo con mis labios y mis manos, él había hecho lo mismo conmigo. Me había divertido experimentando un poco, le había susurrado piropos como solía hacerlo, había dicho su nombre en suspiros y gemidos, le había dejado en claro muchas veces cuánto lo amaba y cuánto lo deseaba. Habíamos hecho el amor de forma lenta y apasionada.

Besé su pecho.

—Mi Marien —murmuró—, me haces olvidar todo...

—Tú también.

—¿Quieres comer algo? —Asentí y besó mi frente—. Vamos...

Finalmente me puse la ropa que me había llevado más temprano y él se puso el pantalón. Recordé que tenía que ducharme, aunque detestaba tener que deshacerme de los rastros de sus besos. Me encogí de hombros. Ya me ducharía mañana, hoy no había apuro.

Lo primero que tomé fue agua, estaba sedienta. Me preguntaba si era a causa de haber cubierto de besos la piel de Antonio. Seguro sí, se requería agua para la saliva, era algo lógico. Él también tomó agua. Reí por lo bajo y me sonrió levemente arqueando una ceja, negué con la cabeza.

—No es nada, estoy feliz... Demasiado.

—Yo también —contestó sonriente.

Calentamos carne y algo de menestra y nos sentamos juntos a comer, hombro con hombro.

—Así que... ¿Max quiere ir por el gobernador? —preguntó sorprendiéndome.

—Eh... —Rodé los ojos—. Claro, debí suponer que podías oírlo hablar. —Sonreí mirando mi plato y le dirigí la vista—. Creí que no estabas prestando atención, fingiste muy bien.

Sonrió y dirigió sus penetrantes ojos a los míos.

—Bueno, mi olfato, mi tacto y mi vista están en ti. Mi oído está concentrado en lo que dices, y por consecuencia, en lo que te dicen también.

Reí un poco.

—Vaya, me haces sentir halagada.

—Me fascinas —murmuró con esa voz que me hacía vibrar.

Volví a mi plato y me aclaré la garganta.

—Come antes de que termine haciéndote algo aquí en tu comedor —le advertí con timidez, ruborizada.

Lo miré y se había ruborizado también, arqueó una ceja.

—No me incomodaría —dijo de forma tentadora—, me encantó todo lo que hicimos hace un rato.

Sonreí y me acerqué para darle un beso.

—Eres insaciable —le susurré y mordí su labio inferior.

Soltó una hermosa y corta risa.

—Te salvas de que no te ataque ahora porque mi mamá está por llegar.

Enseguida la vergüenza volvió a mí, su mamá estaba por llegar y yo estaba vestida así. Muy tarde, unas llaves sonaron fuera de la casa y pronto su mamá ya había entrado. Sonrió.

—¿Qué tal? —preguntó a modo de saludo.

Yo podría jurar que estaba roja como un tomate pero no podía quedar mal.

—Buenas noches —saludé.

—Ahí hay algo de carne —comentó Antonio—, si gusta sírvase.

—Um, gracias —respondió ella.

Noté que eso la había entusiasmado. Quería preguntarle a Antonio qué hacía su mamá pero estando ella ahí, era obvio que escucharía y quizá no le gustaría que quisiera saber o algo. Antonio acarició mi mejilla con el dorso de su mano y me sonrió, quería tranquilizarme y lo estaba logrando. Sonreí.

Su mamá se sentó frente a nosotros.

—¿Volverán a esa ciudad? —preguntó de manera casual.

—Sí, hay cosas pendientes —contestó Antonio de la misma manera.

Aunque esas cosas pendientes no eran tan fáciles como sonaban, pero sabiendo cómo estaban de enfadados los de la sociedad mundial protectora de H.E, las cosas podían facilitarse un poco. Sólo quedaba el asunto de Orión.

—¿Y me vas a decir qué te ha pasado? —preguntó la señora, esta vez con mirada suspicaz.

«*Oh no*».

—Orión —respondió Antonio.

Su madre frunció el ceño. Ahora sí estaba enfadada.

—Tu padre vino algo raro hace un tiempo, parecía que le dolía algo pero él juraba estar bien —le comentó sin desprenderle la mirada.

Juré concentrarme en mi comida y no mirarla, estaba intentando traspasarlo con la vista y sacarle las respuestas. Antonio respondió de forma seria, sin vacilar.

—Orión lo atacó por buscarme a mí, así que ahora acabaré yo con él.

La frialdad en su voz me hizo tragar saliva con dificultad, mi Antonio también estaba enfadado, lo había ocultado bien hasta el momento.

—Pero mira lo que te hizo —le replicó su madre con la misma frialdad.

—Esta vez tendré ayuda, esto no me lo hizo él solo. Fue un cobarde al atacar a mi padre, además al hacerme esto también la lastimó a ella, y eso no lo perdono.

Sentí la mirada de su mamá sobre mí. Alcé la vista y ella retiró los ojos volviendo a posarlos en su hijo, seguían mirándose de forma fría. Ay, ¿por qué tenían que ser así los H.E? Cualquiera otra madre, al ver a su hijo herido, hubiera saltado de frente a preguntar. Pero bueno, sí se preocupaba por él, eso era obvio. Al menos me gustó que lo recibiera con un beso en la frente.

—Si es verdad lo que dices, de que tendrás ayuda, entonces estaré tranquila —respondió ella y continuó comiendo.

Luego de eso la tensión volvió a desvanecerse, partiríamos al día siguiente aunque si

por mí fuese, me quedaría en esta ciudad con él por el resto de mi vida. Había podido observar que usaban energía libre, por lo tanto no contaminaban el planeta, no se auto bombardeaban con medicamentos ni productos modificados genéticamente, estaban comprometidos y conectados con la naturaleza, vivían tranquilos.

Nos dirigimos a su habitación y cerró las cortinas.

—Para que no sientas vergüenza —explicó haciéndome sonreír.

—Gracias.

—Aunque debes saber que no tienes por qué preocuparte —aclaró mientras se acercaba a mí.

Me tomó en brazos y me llevó a la cama. Me sentó en el colchón y me acorraló, arrodillándose y apoyando las manos a cada lado de mí, rozó su nariz por mi cuello y pude sentir su sonrisa por unos segundos contra mi piel.

—Mi aroma está impregnado en ti —murmuró con un suave y grave tono de voz que me estremeció.

—Seguro tú también hueles a mí —dije casi susurrando—, estamos mezclados.

—Oh sí —respondió y me miró sonriente—, somos uno solo.

Sonreí y se acercó tentativamente a mis labios, manteniendo esa leve sonrisa. Sus manos se colaron por debajo de mi ropa, acariciando mi abdomen. Me dio un beso y se separó un poco, levantó la tela de la camiseta y enseguida entendí que quería sacármela, alcé los brazos mientras deslizaba la prenda, despojándome de ella. Quedé con el pecho desnudo, él sonrió de forma candente, soltó un bajo gruñido y me cayó a besos, haciéndome reír. No le negaría mis besos y caricias, eso nunca, me hacía tocar el cielo.

Capítulo 47: Regreso

Desperté sobre él, la sábana me cubría hasta los hombros. Sonreí y me acomodé para mirar su rostro, dormía con total paz, al parecer hacerle mucho el amor lo dejaba lo suficientemente agotado como para que ya no tuviera pesadillas. Acaricié sus hermosos labios y besé su mejilla. Su pecho ya no tenía las marcas que esos salvajes le habían hecho al querer torturarlo. Suspiré alejando esos pensamientos y besé su bonito mentón, bajé de forma suave intentando no despertarlo aún y besé su cuello. Acarició mi cabello y volví a mi posición anterior para verle el rostro, me sonrió tomando mi mentón y me besó.

Habíamos llegado tan lejos en tan poco tiempo. Se había metido bajo mi piel en pocos días, luego me hizo su esposa y ahora era mi amante, apasionado y ardiente como el fuego. Era mi amigo, mi compañero y mi amor.

—Te amo —le susurré y continué besándolo mientras sus manos recorrían mi cuerpo.

Podía ser insaciable y me entregaba besos y caricias llenas de amor incondicional, era algo que lo sentía hasta en lo más profundo de mí cuando lo hacía, como ahora.

—Cuando todo acabe te traeré a esta ciudad —murmuró suavemente mientras me abrazaba y apretaba contra su caliente cuerpo—, conseguiremos nuestra propia casa y todo será tranquilidad.

—Es lo que más deseo, pero por favor... no vuelvas a arriesgar tu vida —le pedí pegando mi frente a la suya.

Acarició mi cabello.

—Esa es la idea...

No parecía estar seguro de ello y eso me angustiaba pero en parte tenía razón, uno no podía saber cómo sucederían las cosas, a veces los planes fallaban, pero esta vez había uno mejor.

Tiré de su mano y lo metí a la ducha conmigo, colgándome de su cuello y besándolo apasionadamente. Me puso contra la pared saliendo parcialmente del chorro de agua, mordió mi labio inferior y bajó besando mi cuello. Soltó un gruñido contra mi mejilla mientras yo enredaba mis dedos en su cabello, sonreí y me mordí el labio. Sonrió contra mi piel ocasionándome cosquillas.

—Mi salvaje —le dije entre risas.

Soltó su hermosa y leve risa y me besó, soltando ronroneos y cortos gruñidos del puro gusto. Era muy sensitivo, y era como si estuviera conectado a mí. Besó mi cuello presionándome contra la pared de nuevo y subió recorriendo mi piel con su lengua hasta llegar a mi boca, mordió mi labio superior y gruñó sonriente. Liberó mi labio y pegó su frente a la mía aun sonriéndome. Reí y le mordí el labio inferior, me había contagiado su vitalidad.

—Me encantas —le dije casi en un susurro.

Me ofrecía su resplandeciente sonrisa de ensueño con sus ojos felinos destellando alegría. Quería quedarme aquí con él por siempre y que el resto del mundo se arreglara solo con sus problemas.

Terminamos de ducharnos juntos entre jugueteos y risas. Me cubrió con la toalla y no le desprendí la mirada.

Admiraba su fortaleza, yo había vivido un infierno creyendo que había muerto pero él había vivido un infierno peor, bajo fuertes golpes, maltratos, torturas y pesadillas, seguro pensando que no volvería a verme, incluso había podido notar que aún tenía algunas marcas, como si le hubieran incrustado objetos punzantes en el brazo, o hecho cortes profundos en el abdomen. Y ahora podía sonreír y jugar conmigo como si no hubiese pasado nada, Aunque con lo bien que podían ocultar ellos sus sentimientos quizá no estaba tan bien del todo pero era capaz de dejarlo de lado, no como yo que a cada rato pensaba en eso mientras se me retorció el estómago de la cólera.

Acuné su rostro en mis manos haciéndole ver hacia abajo, a mis ojos, quedé sosteniéndole la mirada.

No podía creer que en algún momento pensé en tener que continuar mi vida sin él. Después de conocerlo y haber estado con él, nunca, jamás hubiera habido otro hombre en mi vida, eso no. Era duro, ya que muchas otras personas sí tenían que resignarse a perder a sus seres amados. Yo tuve la suerte de que no hubiese tenido que ser así y ahora tenía miedo de que sólo fuera momentáneo.

Lo abracé fuerte, muy fuerte, y él me correspondió de la misma forma.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

Asentí con el rostro enterrado por su cuello, otra vez me había colgado de él prácticamente. Suspiró y se enderezó lo poco que yo lo había jalado al abrazarlo, separándome del suelo y manteniéndome contra su cuerpo.

—Todo está bien —susurró—, perdóname.

Acarició mi cabello. Sabía que me había pedido perdón por haberme dejado.

—No vuelvas a dejarme, ¿cómo creíste que iba a vivir sin ti? —le reclamé con suavidad.

—Mejor eso, que dejar que te lastimen...

Suspiré con pesadez y besé su cuello. Se inclinó y pasó su brazo por detrás de mis rodillas, alzándome. Me mecía un poco, me llevó a la cama y se sentó conmigo en su regazo. Me sonrió.

—Ya pasó, no me pongas esa cara de tristeza —pidió con ternura.

Le sonreí con melancolía, debía ser tan fuerte como él y así no preocuparlo ni angustiarse. Lo besé, disfrutando una vez más de sus labios, acaricié su pecho aún húmedo por la ducha, palpé una de sus cicatrices del abdomen que seguro desaparecería mañana. Mordí su labio superior y gruñí a mi modo haciéndolo soltar una leve risa, me separé y desenvolví la toalla de mi cuerpo para luego envolvernos a ambos con ella.

Me recosté en su pecho y cerré los ojos, sintiéndome protegida entre sus brazos. Empezó a acariciar mi cabello mojado, desenredándolo suavemente con las puntas de sus uñas.

Mi móvil sonó y chasquéé los dientes, era la realidad tocando a mi puerta. Me puse de pie de mala gana y me dirigí hacia el aparato, regresé al regazo de mi esposo y me senté a horcajadas sobre él.

—¿Qué sucede? —respondí de forma insulsa.

—¿Ya vienen? —preguntó Max.

Suspiré y empecé a deslizar mi mano libre por el pecho de Antonio.

—Sí, de aquí ya vamos para allá, aunque claro... llegaremos mañana...

Antonio dejó caer la toalla al colchón, me rodeó con sus fuertes brazos y empezó a llenar de besos mi cuello y hombros.

—¿Mañana? Ay, verdad... Está bien, iré por ustedes en la camioneta.

Me encogí de hombros y sonreí al sentir los labios insistentes de Antonio recorrer mi cuello con más intensidad.

—Bueno, te esperamos...

Colgué y me lancé a los labios de mi amado.

Después de alistar nuestras cosas, salimos a ver qué comíamos antes de que llegara Max, que seguro ya no tardaría.

Nos encontramos con sus padres sentados en el sofá y me quedé helada, quizá nos habían escuchado hacer el amor anoche.

—Madre, padre —les saludó Antonio con total naturalidad.

—Buenos días —saludé.

Pude ver que estaban tomados de la mano.

—Buen día —respondieron ambos con leves sonrisas.

«Me pregunto ¿a qué hora habrá llegado su papá? Ay, qué vergüenza».

Sonreí de vuelta y Antonio me dirigió a la cocina. Me miró sonriente y se acercó a mi oído.

—Ellos nunca se habían tomado la mano antes, al menos, no frente a mí —me susurró.

Sonreí y me acerqué a su oído para responderle.

—Será porque ahora consideran que al unirse a mí ya no tienen que ocultarse frente a ti.

Ladeó el rostro y me dio un beso en la mejilla.

—Es una teoría válida —murmuró contra mi piel. Reí apenas—. ¿Qué te gustaría comer? —preguntó con su espléndida sonrisa mientras se separaba de mí.

Me encogí de hombros sonriéndole de la misma forma. Empezó a rebuscar en los muebles de la cocina, quedó pensativo por unos segundos y me tomó de la mano.

—Ven...

Me guió hacia la parte trasera de la casa, una parte que no conocía. Otro jardín bastante amplio como el del centro, con un par de casetas de madera. Me sorprendí y sonreí al darme cuenta de que eran gallineros. Entramos a una y vi a las gallinas, cada una

reposando sobre sus nidos. Antonio empezó a levantar a cada una para ver si no había puesto huevos, haciéndolas cacarear de la sorpresa, no pude evitar reír.

La que estaba cercana a mí se había levantado para ver qué le pasaba a las otras y noté que tenía unos cuatro huevos en su nido.

—Esta tiene —le avisé.

Él volteó con una de las gallinas aún en sus manos y sonrió, dejó al ave en su sitio y vino hacia la que estaba a mi lado. Tomamos los huevos y salimos para encontrarnos con el gallo enfurecido, Antonio le gruñó y el gallo echó a correr. Reí. «*Pobrecito*».

Preparé huevo *revuelto* mientras él hacía leche de soja. Sacó el raro pan plano y nos sentamos a comer. Sus padres conversaban en la sala, ya eran casi las doce del mediodía, era una barbaridad que estuviéramos tomando desayuno a estas horas. Esperaba que no me estuviesen culpando de haberle contagiado alguna «mala costumbre» de humanos al no haber madrugado como seguro ellos lo habían hecho.

Aunque, por otro lado, seguro entendían el cansancio que tenía su hijo al haberle pasado lo que había pasado.

Dejé de pensar en eso inmediatamente.

—¿Te gusta la soja? —me preguntó.

—Oh sí, bueno, de pequeña no, pero luego entendí que era muy nutritiva.

Sonrió.

—Lo es... Y tiene más proteína que la carne, pero claro, es proteína vegetal.

Me acerqué y le di un casto beso en los labios.

Luego del desayuno, nos terminamos de alistar para salir y llevamos mi mochila a la sala, sus padres nos sonrieron. Era como si también estuvieran conectados de algún modo,

por cómo nos saludaron de igual forma y cómo sonreían. Antonio también se había conectado a mí de alguna forma especial. Sonreí ante ese pensamiento. Probablemente yo estaba conectada a él igual, y no lo había notado.

Me di cuenta que sus padres ya no sonreían.

—Sirio —suspiró su padre—, no hiciste lo que te dije.

Antonio frunció el ceño levemente.

—Me encontraron desprevenido —respondió de forma seria.

—¿De qué forma?

—Si no me rendía muchos habrían muerto... Incluyéndola —me miró de reojo al referirse a mí—, y eso no lo podía permitir.

—No... —murmuré apenas—. No me habría importado que me mataran contigo...

Antonio me miró más serio aún.

—Es una decisión lógica —dijo su madre—, ella quiere seguirte...

—No —le refutó Antonio dirigiéndole su mirada seria—, y ya no quiero hablar de esto.

Entristecí, él no me permitiría seguirlo de esa forma.

—Bueno, son un núcleo ahora —insistió su padre—, no la culpes por querer seguirte, son uno solo. —Antonio soltó un muy bajo gruñido, relajó el rostro y respiró hondo—. Estás volviendo a romper las reglas —continuó—, porque tú sí la seguirías, sin embargo no quieres que ella lo haga.

Recordé cuando le pidió a Orión que lo matara al creer que me habían matado. Lo miré, él me miró de reojo y volvió a fruncir el ceño mientras tensaba los puños.

—Irrumpí en su vida por un capricho, y la metí en este lío por la misma causa, no me pareció justo arrastrarla hasta el final...

—Yo he decidido estar a tu lado —le aclaré, él me miró con algo de tristeza—, ¿no te ha quedado claro con el hecho de que me he unido a ti de todas las formas posibles? —le recordé, no me importó mucho que sus padres estuvieran ahí—. El que hayas entrado a mi vida no fue ningún error, fue mi salvación... Así que no te atrevas a dejarme otra vez —le increpé al final.

Alzó las cejas apenas, sorprendido por mi orden. Escuché una leve risa masculina y volteamos a mirar hacia sus padres.

—Me recuerda a ti —le decía su padre a su esposa.

Enif sonrió a labios cerrados mientras miraba hacia abajo ligeramente avergonzada. No pude evitar sonreír. Sí, se amaban de alguna forma especial, ahora podía notarlo más.

El sonido de un motor se hizo presente afuera de la casa, Max había llegado. Antonio se dirigió a abrir la puerta.

—Qué hay, resucitado —le saludó Max. Entró a la casa y al ver a sus padres se puso serio—. Oh, buenas tardes —les saludó.

—Buenas tardes, joven —le respondieron.

Se pusieron de pie.

—Bueno, avisen en cuanto acabe todo, ¿sí? —nos dijo su mamá.

—Sí —respondimos.

—Gracias.

Se despidieron de nosotros pegando brevemente sus frentes a las nuestras y se

adentraron en la casa. Max suspiró.

—Bien, vamos —dijo con una ancha sonrisa.

Lo seguimos hacia la camioneta, me senté en el asiento de atrás con Antonio y me recosté en su hombro. Max sonrió de lado y partimos.

—Debo decir que fue un alivio verte ahí vivo —comentó mientras acomodaba el espejo retrovisor—, porque esta mujer ya se estaba muriendo, se había vuelto la reina del drama —agregó mientras me miraba.

Sentí algo de pena y suspiré. Antonio me rodeó con su brazo y besó mi cabello. Escuchamos unos llamados y volteamos a mirar enseguida, los gemelos y Ursa venían corriendo detrás de nosotros. Max frenó. Uno de ellos se apresuró a hablar.

—Queremos ir.

—No —le respondió Antonio.

—Hey —reclamó el chico—, ya lo decidimos...

—¡No quiero que los atrapen y les hagan lo que a mí! —le interrumpió, fulminándolo con la mirada.

Esa mirada fría que me hacía congelar, lo abracé queriendo quitarle toda preocupación.

—Eso no pasará —insistió el gemelo en tono casual.

—Sirio —dijo Ursa dando un paso adelante—, queremos ayudarte, por favor déjanos.

—No hieras nuestro orgullo —le recriminó un hermano.

Antonio suspiró con pesadez.

—Wow, no tan rápido —refutó Max—, aún no sabemos si la población de la ciudad lo tome a bien...

—Lo harán —dijo Antonio con seguridad—, pero, sólo por si acaso, quédense. —Ellos quisieron negarse pero Antonio continuó—. Vendré luego por ustedes si los necesito...

Otro H.E se acercó corriendo, no lo conocía pero al parecer Antonio sí. El H.E traía una cara de espanto.

—Te estaba buscando. —Me miró con algo de sorpresa y horror—. Vaya... Humanos. —Sacudió la cabeza—. Escuché rumores de que Orión mató a los que te tenían vigilado y ahora te busca como loco.

Se me congeló la sangre.

—Ya lo suponía —respondió Antonio.

—Rayos, Sirio. ¿Qué hiciste para que se enojara tanto? Te tuvo prisionero incluso, por lo que oí.

—Phoenix, ve a tu casa...

—¿Estás loco? Te ayudaré. Por los viejos tiempos.

Me sentí bien al saber que ya teníamos más aliados. También me sorprendí, este joven se llamaba igual al H.E amigo del padre de Antonio y tenía cierto parecido, tal vez era su hijo.

—Volverá por nosotros —le dijo uno de los chicos—. Te estaremos esperando, Sirio.

—Y si tardas, iremos igual.

Antonio sonrió apenas y asintió. Continuamos con nuestro camino, el cual lo pasé recostada en su pecho.

Al ver la muralla de la capital en las lejanías quedamos sorprendidos, la gran puerta metálica había sido destruida por una explosión. Max aceleró.

Capítulo 48: La batalla y la verdad

Max había acelerado y la camioneta corría a una velocidad a la que nunca había viajado yo, quizá ya llegaba a los doscientos kilómetros por hora. Ingresamos a la ciudad y desaceleró sólo un poco.

Oí balazos y solté un grito del susto, por suerte, esta camioneta era de seguridad ciudadana así que haría falta más que eso para destruirla. Pero me di cuenta de que los balazos no venían a nosotros sino a toda una horda de hombres que corrían por las calles: H.E, ¿cómo era posible? Max tomó su celular.

—¡Repíte que no escuché! —Hizo una pausa y quedó pasmado—. ¿Qué? ¡Vamos para allá enseguida!

—¿Qué sucede? —quise saber.

—Mi hermano dice que Orión y todo un ejército enorme de H.E están atacando la ciudad, tienen al gobernador, ¡piensan matarlo aquí y empezar la guerra! —Chocamos con brusquedad contra toda la horda de H.E y para ellos no fue gran problema volcar y hacer rodar la camioneta.

Antonio me cubrió con su cuerpo mientras girábamos de forma violenta. Escuchamos el zumbido de las naves del ejército y pronto se sumaron disparos, todo era gritos y caos. La camioneta dejó de rodar, sólo era consciente de la fuerza con la que Antonio me tenía contra su cuerpo y del ruido de las llantas girando a toda velocidad al estar el vehículo volcado hacia arriba.

—¡Salgamos! —ordenó Max.

Nuevamente casi no fui consciente de las cosas ya que Antonio se movió rápido, saliendo y llevándome con él. Cuando al fin me pude percatar de todo, ya estábamos afuera del vehículo y corríamos a resguardarnos del caos. Algunos H.E pasaban corriendo y casi chocando contra nosotros pero Antonio los esquivaba, mientras me dejaba guiar.

—¡Ahí hay otro! —gritó un soldado desde una de las naves, avisando a los demás.

Con horror me di cuenta de que se referían a nosotros, empezaron a seguirnos mientras disparaban pero Antonio era veloz y no lograban darnos. Pronto se unieron muchos soldados a perseguirnos. Nos ocultamos dentro de un edificio semi destruido.

Nos tenían rodeados.

—H.E, entrégate y suelta a los rehenes.

—Basta, saldré —dije enfurecida. ¿Cómo podían creer que éramos sus rehenes?

—Ni lo sueñes —advirtió Antonio.

—Les demostraré que no soy tu rehén, además al verte bien podrían reconocerte, has estado en las noticias todo este tiempo...

—Haremos volar la edificación —advirtieron.

De pronto algo aterrador. Los gruñidos de cientos de H.E se empezaron a escuchar. Habían vuelto al ataque. Antonio salió disparado. Lo llamé y quise correr a detenerlo pero Max me retuvo, sosteniéndome con firmeza, pataleé y chillé para que me soltara.

El tenue zumbido de más naves en el cielo me aterró aún más. «No». Les dispararían a todos, sin discriminación. Le di un codazo a Max con toda mi fuerza y me soltó quejándose. Corrí desesperada y Max no pudo detenerme. Vi a Antonio peleando con algunos H.E para evitar que atacaran a más hombres del ejército, sin embargo todos quedaron inmóviles al darse cuenta de que los helicópteros en el cielo les tenían en la mira a todos y cada uno de ellos, tras dedicarles un insulto por el altavoz.

Y disparos...

—¡NOOOO! —grité con todas mis fuerzas, aferrándome al torso de mi Antonio, cubriéndolo con mi cuerpo.

Apreté los dientes con fuerza esperando recibir el impacto de miles de proyectiles... Pero no ocurrió.

—Retírese —escuché que ordenaron los hombres de la nave más cercana—. ¿Qué rayos cree que hace?

—Marien... —murmuró Antonio.

—¡No me voy a apartar! —grité, dándole la cara a los de las naves—. ¡NO PERMITIRÉ NI QUE LO TOQUEN!

Bajaron las armas, los H.E también estaban estupefactos.

—¡Es el H.E de las noticias! —exclamó un joven.

Todo un equipo periodístico venía acercándose con cámaras y equipos. Los H.E habían detenido su ataque y levantaron las manos con lentitud.

En ese momento se empezaron a acercar más H.E, pero estos eran distintos, tenían un aspecto ligeramente más descuidado y más odio en la mirada, odio vacío. Abrí mucho los ojos con espanto. ¿Eran H.E controlados?

—Antonio —susurré.

Él ya estaba al tanto, me tomó en brazos y en ese instante los evolucionados se lanzaron a pelear, nosotros salimos corriendo de ahí. Le indicó con la mirada a Max de que saliera y nos siguió. Debíamos hallar al que controlaba a esos seres, que había mandado atacar a los otros al ver que habían decidido rendirse, probablemente al ver cómo protegí a mi H.E.

—¡Debe ser una fuerte señal como para que alcance a todos! —sugirió Max—. ¡La torre de radio quizá!

—¡Orión debe estar ahí, de algún modo ha conseguido H.E para controlar aparte de los de su ejército! —avisó Antonio.

Me apretó más contra su pecho y yo hice lo mismo, no sólo para facilitarle el correr, sino porque tenía miedo de que peleara otra vez.

La gran torre estaba cerca, eso aumentaba la posibilidad de que Orión estuviera ahí en verdad. Y tal y como lo suponía. Antonio derrapó en el suelo al verlo en la gran pantalla de ésta, me posó en el suelo. Orión tenía agarrado del cuello al gobernador.

—Si no vienes ahora mismo, Sirio, mataré al gobernador, ¿y sabes que ocurrirá si hago eso? ¡La guerra estallará!

Antonio corrió a darle encuentro.

—¡No! ¡Antonio! —chillé.

Lo seguí junto con Max hacia la torre. Me desesperé al no poder alcanzarlo para detenerlo. Pero, para nuestra sorpresa, Orión no estaba en la cima, sino esperándonos cerca de la entrada, y el gobernador estaba a unos pasos detrás de él.

—Nuevamente te encuentro —dijo—, espero ya no tener que perseguirte de aquí, me encargaré de que no sea así. Hoy te haré pagar tu deshonra en verdad.

El pánico me invadió otra vez.

—Bien, ahí lo tienes, ¿ya me puedo ir? —preguntó el gobernador, sorprendiéndonos.

—Sí, gracias. Y gracias por los H.E controlables.

El gobernador sonrió de forma maliciosa y se fue. Se habían confabulado para atraer a Antonio, el tipo no había estado en peligro, incluso le había dado más H.E sabiendo que eso destruiría a la ciudad y que amenazaría con iniciar la guerra. ¡Cobarde!

Sin más preámbulos Orión se lanzó contra Antonio, para horror mío. Chillé cuando lo embistió y Max me apartó.

—¡No Max, suéltame! —grité, no quería que me alejara de él.

Antonio se había librado de Orión antes de que lograra herirlo de muerte y ahora brincaba y se movía con agilidad, esquivándolo.

—¡Deja de huir! —gruñó furioso su atacante.

Max también se había quedado viendo.

—Traeré el arma del cable eléctrico que te gusta tanto —susurró.

Las ansias me invadieron, rogaba que no demorara, así poder detener a Orión, y rogaba también que éste no lograra herir a mi Antonio hasta que volviera.

Orión fue golpeado fuerte por la puerta de un auto que Antonio le había lanzado. Eso le puso furioso y más aún porque no podía atraparlo. Quiso correr pero le cayó un neumático, haciéndolo gruñir, quedó algo atontado y le cayó otra puerta. Sentí que la ventaja de Antonio con su velocidad era algo muy bueno, y algo de alivio surgió. Pero no duró mucho.

Orión se dirigió hacia mí al ver que no iba a poder atrapar a Antonio. Me entró más pánico, quise correr pero Antonio logró apartarme antes. Me sentí volar y grité, todo daba vueltas, sentí un impacto y la sensación de caer. De pronto todo se detuvo, Antonio había detenido mi caída tomándome de las manos. Orión lo embistió con fuerza y caí los pocos centímetros que me separaban del suelo.

Me puse de pie enseguida, desesperada al escuchar el grito de mi amado. Orión había logrado atraparlo por mi culpa, y estaba golpeándolo contra el asfalto. Antonio logró escurrirse tras uno de esos golpes y le pateó en la cara cuando logró ponerse de pie antes que su pesado atacante. Gruñó furioso y salvaje y se lanzó a morderlo, Orión se lo sacó y lanzó contra el suelo de un golpe.

Antonio se puso de pie de un salto antes de que Orión lograra romperle las costillas con otro salvaje golpe, que terminó dando contra el duro asfalto, haciéndolo gritar también. Antonio aprovechó eso y se volvió a lanzar a morderlo por el brazo, tiro con fuerza y le arrancó carne.

Orión volvió a gritar y lo logró apresar del cuello, mientras emitía un pesado y salvaje

gruñido. Me espanté, podría matarlo en segundos. Lo lanzó contra un auto cercano, haciendo que se abollara y las ventanas estallaran. Las lágrimas brotaron de mis ojos y corrí hacia él, pero Orión fue más rápido, lo tomó y lo golpeó de forma salvaje contra el suelo.

—¡No! —grité entre sollozos mientras volvía a correr.

Lancé un gemido de frustración por no ser más rápida, ya que Orión llegó antes y se lanzó a morderlo, arrancándole la carne al instante y haciéndome retorcer con su grito, volvió a morderlo y llevé las manos a mi cabeza, mientras apretaba los dientes y sollozaba impotente. Orión empezó a reír de forma siniestra y volvió a arrancarle más carne con otra mordida.

—¡Déjalo, maldito! —chillé y corrí.

Le caí a golpes pero parecía no hacerle absolutamente nada por más fuerza que pusiera en ellos, seguía arrancándole carne a mi Antonio mientras lo mantenía preso contra el asfalto.

—¡BASTA! —grité con todas mis fuerzas mientras lo golpeaba más fuerte.

—¡Marien, corre! —ordenó Antonio.

—¡No!

Orión se reincorporó y me lanzó a unos cuatro metros de un solo golpe, sentí que el aire salió de mis pulmones al chocar contra el suelo, y me raspé la piel al deslizarme sobre el asfalto.

Hice a un lado el dolor para ponerme de pie mientras mi cuerpo punzaba por la caída. Max apareció y me hizo señas, asustado, para que mirase a mi alrededor. Empecé a divisar a muchos H.E que nos rodeaban, habían aparecido con cautela, silenciosos. Antonio y Orión estaban distraídos, los H.E estaban ya demasiado cerca. Comencé a hiperventilarme.

Orión golpeó a Antonio, y para mi horror, se lanzó a su yugular, pero Antonio lo esquivó por poco, sin lograr evitar que le mordiera en el hombro. Los H.E se acercaron más, eran los controlados. Esto me espantaba, si eran los controlados por Orión, nos

harían pedazos a todos.

—Antonio —murmuré.

Él me escuchó pero aún intentaba librarse de Orión mientras gruñía furioso. Orión le arrancó más carne haciéndolo gritar y me aterró mientras más lágrimas se me escapaban de los ojos. Lo agarró del cuello y empezó a querer ahorcarlo.

—La harán pedazos —le amenazó Orión con su siniestra sonrisa—. Luego te reventaré la cabeza contra el asfalto.

Antonio le gruñó con más furia. Miré a mis costados, horrorizada, los H.E nos tenían rodeados, Max chocó su espalda con la mía, ya tenía el arma lista para disparar pero eso no nos salvaría de todos ellos.

Miré a mi Antonio y él también tenía sus bellos ojos en mí, mientras intentaba librarse de Orión con desesperación. Pero ese sujeto era demasiado fuerte, con todos esos músculos. Mis lágrimas seguían saliendo y él no me retiró la vista.

Los H.E se lanzaron a nosotros y por una milésima de segundo pude ver en los ojos de mi amado los momentos que habíamos vivido juntos, pude ver la profundidad de su amor, la angustia, la desolación, incluso la misma pregunta que yo me hacía: ¿merecíamos esto sólo por habernos conocido, haber viajado, reído juntos, enamorarnos y amarnos? No.

Otra milésima más de segundo y pude ver su determinación, al igual que la mía, de salir de esta para que nos dejaran en paz de una vez y poder vivir tranquilos.

Apretó los dientes y dirigió su furia hacia Orión, yo me agaché de golpe, esquivando al H.E que estaba por atraparme, giré y Max me dio otra arma de choque eléctrico más pequeña que llevaba en el cinturón. Enseguida busqué a Antonio y escuché un grito.

Antonio había logrado librarse de Orión, rompiéndole la articulación del brazo para que lo soltara. Ahora nuevamente estaban peleando, logró alejarlo con una patada y para sorpresa nuestra, los H.E también se le abalanzaron, los golpeaba con fuerza dejando inconscientes a la mayoría de un golpe, pero con un solo brazo no le era suficiente. Antonio esquivaba y golpeaba a los que querían atacarlo, corrimos a nuestro encuentro.

—¡Malditos! —gritó Orión—. ¡No me ataquen a mí!

Los H.E se abalanzaron a mí también pero Antonio los apartó a puñetazos y embestidas, estaba angustiadísima porque estaba sangrando demasiado. Orión arrojó a uno que lo estaba mordiendo y se me lanzó, pero Antonio lo atajó de una embestida.

—¡No se te ocurra volver a atreverte a tocarla! —le gritó con furia y le dio un fuerte puñetazo, seguro uno de los más fuertes que habría dado en su vida.

Orión cayó, intentó ponerse de pie pero los H.E ya estaban sobre él otra vez. Escuchamos una voz proveniente del altavoz de la torre.

—Iluso H.E, ¿creíste que te apoyaría así sin más? —Era el gobernador—. Ahora tengo la toxina bajo mi poder...

—¡Humano traidor! —rugió Orión mientras los H.E lo cubrían en su ataque, haciéndolo gritar.

Me desesperaba cada vez más, Antonio era veloz y los atajaba antes de que nos cubriesen también y nos matasen. Max dejó inconscientes a varios con el arma y logramos abrirnos paso para salir de ahí.

—¡Vamos hacia la cima de la torre! —exclamó—. ¡Hay que detener al gobernador, estoy seguro de que ha puesto la toxina en aquel misil experimental que hicieron los del ejército!

—¿Misil experimental?! —preguntó Antonio.

—¡Sí! ¡Si lo intentas detener, explotará!

Entramos a la torre y cerraron la puerta, asegurándola. Antonio me detuvo.

—Quédate aquí —pidió.

—¿Qué? ¡No!

—¡Marien, hazle caso, llevamos prisa! —ordenó Max—. Si esa cosa lanza la toxina, todos en la capital morirán.

—¡No! ¡No! —Me aferré al cuerpo de mi esposo, no quería dejarlo.

Estaba casi empapado en sangre y el gobernador estaba arriba con esa toxina mortal.

—¡No pienso arriesgarme a que esa cosa explote estando tú ahí! —exclamó mientras me tomaba de los hombros y me separaba.

—¿Y crees que saber que tú sí, me hace sentir aliviada?!

Max miraba hacia arriba con desesperación.

—Si explota podré soportarlo —murmuró mi Antonio tratando de calmarme.

Sacudí la cabeza, negando de forma rápida.

—Vamos juntos, por favor —le pedí—. Somos uno, ¿recuerdas? Y te amo demasiado como para dejarte. Podría ver cómo detener el misil sin que explote o neutralizar la toxina, por favor —le rogué—. Terminemos o no esto, será juntos, somos un equipo.

Juntó las cejas y me abrazó fuerte.

—Sí... Juntos —aceptó casi en susurro.

—¿Ya? —exclamó Max.

Corrimos y él también, aliviado de que al fin volvíamos a avanzar. Al llegar al último nivel, encontramos al gobernador al lado de la máquina.

—Gobernador —dijo Max—, deténgase.

—Es mi gran momento, señor —respondió—. Ya puse la toxina aquí, y la esparciré por toda la ciudad, así todos morirán y el presidente ordenará borrar a los H.E de la faz de la tierra.

—Piénselo, si esa cosa lanza la toxina, usted también morirá. —Trató de razonar con el hombre.

—Con tal de que todos los malditos H.E también mueran, no interesa, son una especie peligrosa y nadie quería tomarlo en serio. Me tomó años lograr que todo esto sucediera, los H.E ayudaban sin darse cuenta a que los humanos los odiaran, pero con mi proyecto exitoso de poder controlarlos las cosas mejoraron. —Antonio se puso delante de mí y yo me aferré a su espalda, no pensaba alejarme—. Ustedes amenazaron con sacarlo a la luz, felizmente me capturaron aquel día y pude razonar un poco con ese salvaje, y así lograr poner las cosas a mi favor nuevamente. Por cierto ¿qué fue de él? ¿Ya murió en manos de los suyos? —terminó burlándose.

—Sea como sea que haya muerto a pesar de haber sido malo, la muerte no es algo que deba celebrarse —le increpó Antonio, sorprendiéndolo y enfureciéndolo de algún modo.

Puso la mano sobre el botón de activar.

—¡No! —gritó Max.

—¿No? —preguntó el hombre—. Lo siento, niño, pero si intentas desarmar esta máquina, explotará. Quizá salves a la ciudad pero no tu pellejo.

Max se movió veloz y le apuntó con el arma de choque eléctrico, disparándole en el acto. Lamentablemente el Gobernador también actuó veloz y apretó el botón antes de caer inconsciente.

—¡NO!

La máquina empezó el conteo regresivo.

—¡Salgamos de aquí! —grité.

—No servirá, ¡lanzaré la toxina antes de que hayamos podido siquiera asomarnos por la salida del edificio!

Esto no podía estar pasando, no podía creerlo, habíamos llegado hasta aquí para nada. Antonio corrió hacia la máquina.

—¡No! —grité mientras lo perseguía.

Llegamos al tablero y empecé a ver si podíamos hacer algo para detenerla sin que explotara. Max desactivó el control de los H.E y tomó el micrófono para empezar a ordenar a todos que huyeran.

—No queda más que desactivarla y esperar a que no explote —murmuró Antonio.

—No... No, debe haber forma de desarmarla —dije desesperada.

El conteo ya iba en treinta segundos.

—¡Si no la detengo ahora todos morirán!

El tiempo parecía detenerse ante mis ojos, otra vez. El conteo bajaba y no podíamos hacer nada, sólo había dos opciones: o todos en la ciudad morían, o sólo nosotros.

El destino no parecía haber querido que estemos juntos desde un inicio, siempre aparecía algún problema o excusa, y ahora esto. No había salida, la cosa era de metal, un solo volumen cilíndrico, sin juntas, sin tornillos, no había forma de desarmarla. No podíamos dejar que todos en la ciudad murieran, y si estallaba la guerra a causa de eso, atacarían a los H.E y entre ellos a la ciudad de Antonio. Sus padres, los gemelos, Ursa, todos morirían. En parte sentí alivio de que no estuvieran aquí.

—Marien —murmuró a mi lado—, voy a presionar el botón.

Lo miré con angustia y él me veía de igual forma, otra vez me perdí en sus hermosos ojos, los cuales seguramente estaba viendo por última vez. Las lágrimas ya estaban corriendo nuevamente por mis mejillas pero traté de ser fuerte.

—Sí —susurré y tomé su mano—, estamos juntos al final después de todo. No hubiera querido terminar en ningún otro lado.

Me mostró una triste sonrisa y juntó su frente a la mía mientras ponía su mano sobre el botón. Me empujé y le di un suave beso.

—Gracias por todo —susurró—. Te amo, y si hay algo después de esto te buscaré, lo prometo.

Al menos, de algún modo, todos recordarían lo que hubo entre nosotros, todos recordarían que los H.E no eran tan salvajes después de todo, y recordarían quiénes fueron los que detuvieron la guerra: una simple pareja, que lo único que hicieron fue enamorarse, yendo en contra de las reglas. Lo abracé fuerte y cerré los ojos.

Sentí el golpe más fuerte que podría haber sentido en mi vida, como si un avión me hubiera embestido, seguido de miles de cristales rompiéndose, una caída y otro fuerte golpe. Todo se volvió oscuridad.

Me asfixiaba, quería respirar y no podía, un murmullo ensordecedor en mis oídos no me dejaba concentrarme en nada, sentía que giraba mientras intentaba respirar, lo que fuera, pero lo necesitaba urgente.

Algo tiró de mí, halándome con fuerza, el ruido en mis oídos se retiró de golpe y vinieron otros: alarmas de autos, gritos y hombres dando órdenes. Pude tragar toda una bocanada de aire al fin.

—¡Marien! —me llamó esa hermosa voz, haciéndome reaccionar.

Enfoqué mi vista en su bello rostro mientras me sacudía con delicadeza. Al fin pude ser consiente, habíamos caído al río, uno que quedaba casi por los límites de la ciudad. Tosí un poco por la falta de aire y el agua que había tragado.

—Antonio —murmuré con débil voz.

Me mostró su amplia sonrisa de ensueño y me abrazó fuerte.

—Lo logramos —dijo, y juntó su frente a la mía mientras seguía sonriendo.

Reaccioné al fin. ¿Lo habíamos logrado? Lo habíamos logrado, y estábamos vivos, juntos. Todo había terminado al fin. Reí y lo abracé fuerte, lanzándome a sus labios para darle un gran beso.

—¡Lo logramos! —exclamé feliz.

Soltó su bonita y varonil risa, avanzó un poco en el agua mientras me mantenía aferrada a su cuello, besé su mejilla y cerré los ojos, respiraba aliviada y me tranquilizaba más con su aroma. Llegamos a la orilla y nos sentamos en ella.

—¡Hey! —gritó una voz familiar—. ¿Están bien?

Volteamos, era Max que venía nadando.

—Todo bien —contestó Antonio.

Max sonrió y dejó de avanzar, se hizo para atrás y quedó flotando boca arriba en el agua.

—Bueno, supongo que tenemos suerte de estar vivos —dijo—, la onda expansiva nos botó del edificio antes de que la explosión en sí nos despedazara. ¿Saben? Dejaré de juntarme con ustedes, los persigue el drama. —Chapoteó—. Santo Dios...

Recordé las heridas de Antonio y enseguida me puse a horcajadas sobre él para examinarlo.

—Hey, tranquila —reclamó Max.

—Quiero ver sus heridas —respondí.

Antonio me miraba con una ceja arqueada y una linda sonrisa.

—Ya deben haber cicatrizado un poco —murmuró con su seductora voz—. Pero si gustas examíname...

—Señal de salida —renegó Max y se fue nadando.

Reí un poco mientras lo observaba irse. Antonio tomó mi mentón con delicadeza, girando mi rostro para verlo a los ojos, esos ojos que ahora brillaban con picardía, acorde con su sonrisa, y me besó, haciendo que me perdiera en su boca.

Capítulo 49: Nueva era – Epílogo

Fuimos hacia el hospital, los H.E estaban retirándose en son de paz y muchos se estaban ofreciendo a ayudar a reparar los destrozos.

De camino nos encontramos a los chicos: Rosy, Marcos, John, Tania y algunos de los soldados de Max. Además estaban Ácrux, los hermanos y otro H.E que era mayor, con ojos de un raro color mostaza, al verme sonrió apenas. Estaban con algunas heridas, seguro habían peleado para proteger a mis amigos.

—¡Marien, Antonio, están bien! —exclamó Rosy, que venía corriendo.

Nos envolvió a ambos en su abrazo mientras lloraba y sonreía al mismo tiempo, sin duda estaba conmocionada. Los demás se acercaron también.

—Vaya, qué alivio —dijo Tania.

Max se acercó y le sobó la cabeza, despeinándola. Ácrux le dio un vistazo al H.E y luego a mí, el hombre se acercó.

—Jovencita, es un gusto conocerla —saludó.

—El gusto es mío —dije confundida—, pero, ¿quién es usted?

Volvió a sonreír apenas.

—Empezaré diciendo que conocí a sus padres —me sorprendí—, ellos me salvaron la vida.

—Y... ¿Cómo? —murmuré estupefacta.

—Estaba cautivo en un laboratorio, ellos me estudiaron pero se negaban a hacerme daño. Solían hablarme de usted y de que el gobierno la quería contratar para otra investigación. —Entristeció un poco—. También sospechaban que el gobierno los tenía en la mira por estar negándose a sus deseos, estaban preocupados por usted... El día del ataque enseguida nos percatamos de que esos H.E estaban siendo controlados, quise quedarme y protegerlos pero insistieron en que sólo los buscaban a ellos y eran demasiados, no querían que muriera yo también, así que me hicieron escapar. —Tomó un papel de su bolsillo—. Me dieron esto para usted...

Lo tomé aún sin poder creer lo que oía.

»Cuando logré volver a mi comunidad me encargué de esparcir el rumor de los experimentos y los H.E que parecían ser controlados. Tenía que dar con usted de algún modo, algún día, hasta que me encontré con este joven. —Señaló a Ácrux—. Me contó lo que había vivido aquí y enseguida supe que había conocido a la hija del doctor Ramos.

Leí el texto del papel, escrito con mucha prisa.

«Querida hija, lamentamos dejarte solo esto de nosotros, pero de algún modo ya sabíamos que pasaría, estábamos por advertirte. Por favor, no contribuyas a que exterminen a los H.E, pueden ser buenos y tenemos las pruebas, conocemos a unos cuantos y puedo decir que son bastante honorables. Cuídate mucho y discúlpanos por abandonarte. Te amamos, siempre te amaremos, rogamus que llegues a leer esto y que el destino te proteja...»

Sentí el abrazo protector de Antonio y me refugié en su pecho.

—Estoy bien —le susurré mientras me reconfortaba con su aroma, aunque aún estuviéramos empapados con el agua del río. Miré al H.E—. Gracias...

—Fue un gusto, y mi nombre es Jaguar, para servirle —contestó.

Asentí sonriente, otro nombre raro aunque muy acorde. Antonio me dio un beso en la frente bajo la mirada sorprendida de los H.E y mi sonrisa se ensanchó.

Los acompañamos a la salida de la ciudad, por donde los invasores se estaban retirando en forma ordenada.

—Volveré en unos días —anunció Ácrux.

Le dedicó una leve sonrisa a Rosy y se fue junto con los demás. La prensa nos atajó a los pocos segundos, queriendo saber más sobre Antonio y los H.E. Le preguntaron cosas hasta que Max tomó uno de los micrófonos y habló:

—Señor presidente, como puede usted observar desde que empecé a divulgar información, me temo que ha ocurrido un pequeño mal entendido todos estos años. De ahora en adelante este estado estará regido por nuevas reglas, humanos normales y humanos evolucionados podrán convivir en paz sin intervenir el uno con el otro.

Los de la prensa saltaron con muchas más preguntas mientras tomaban fotografías sin parar.

La toxina fue encontrada, encapsulada en el edificio luego de la explosión, y destruida. Se establecieron nuevas reglas, los humanos que desearan visitar H.E y viceversa, debían dar testimonio de a dónde se dirigían, cuánto tiempo sería y con quienes estarían. Claro, eso casi no se daba, aún había mucha diferencia en el tipo de cultura en ambas sociedades, los humanos con su libertinaje y los H.E con sus costumbres recatadas. Aun así la paz llegó, el resto del mundo se unió a la causa, logrando llegar a los mismos acuerdos. La humanidad volvía a ser una sola.

—Ah, aún no —susurró Antonio mientras detenía con suavidad a un pequeño H.E.

Me hallaba sentada sobre una roca, cerca de ellos, mientras acechaban a un conejo tras unos arbustos.

—Cierto, debo esperar a que baje la mirada —susurró con entusiasmo mi pequeño hijo.

Él era perfecto, se parecía a mí, pero poseía todas las características de H.E, con los ojos verdes hermosos como los de su padre.

—¿Ves? —le indicó Antonio—. Si fallas ahora no te preocupes, irá hacia el lago. Recuerda, siempre a favor del viento, ¿puedes sentirlo?

Mi pequeño miró al cielo y cerró los ojos, sintiendo la brisa soplar contra él. Volvió su vista al frente, completamente enfocado, le daría caza al conejo. Era un pequeño y temible depredador de cuatro años, con el carisma de un humano y la fuerza y astucia de un H.E.

Avanzó con lentitud sin causar ruido alguno, yendo a darle el encuentro al pobre animal. Se puso de cuclillas estando a medio metro, soltó un bajo gruñido acorde con su vocecita y brincó. El conejo logró escabullirse de sus pequeñas garras y empezó la persecución hacia el lago.

Se perdió un poco de vista pero Antonio estaba atento a su aroma. Se acercó a mí con su hermosa sonrisa.

—Bueno, si tiene suerte, más tarde también podríamos comer conejo —dijo sonriente.

—Claro, debí suponer que le enseñarías a cazar conejo, uno de tus favoritos —murmuré mientras rodeaba su cuello con mis brazos.

Me apretó contra su cuerpo manteniendo su pícara sonrisa.

—Te gustan también, lo sé... Desde que tuve que salir a las dos de la madrugada a cazar uno porque a ti se te había antojado.

Mi dulce esposo nunca titubeó cuando le pedía algo, y mucho menos mientras estuve embarazada. Además era un excelente cocinero en cuanto a carnes, una suerte para mí ya que mis antojos giraban alrededor de eso.

—Comeré sin quejarme si prometes que me dejarás comerte a ti en la noche —susurré apenas.

Me besó, y le correspondí con todo el amor que me inundaba por él.

Nos había costado un par de intentos pero finalmente lo habíamos conseguido. Cuando le dije a Antonio sobre mi embarazo estaba un poco asustada, pero él se puso demasiado feliz y me ayudó a despejar mis temores, tenía fe en que todo saldría bien y me pidió que me enfocara en eso, y así lo hice.

Nuestro pequeño era el primero de su clase, Marcos dedujo que los genes de H.E eran dominantes sobre los de humano, así que si un día todos se cruzaban, las características humanas quedarían en el pasado, para darle entrada a lo nuevo: humanos evolucionados, más perfectos, más listos. El inicio de una nueva era.

—¡Ups! No vi nada —exclamó mi hijo.

Volteamos a verlo. Estaba con el conejo en una mano mientras se tapaba los ojos con la otra. Sonreí y me le acerqué.

—Tranquilo, ya sabes...

—Ninguna palabra de esto a mis amigos —completó.

Obviamente, había decidido vivir con Antonio en su ciudad, en una bonita casa bastante campestre, conectados con la naturaleza, como debió haber sido siempre. No quería que mi hijo creciera cerca de los vicios y perversiones humanas.

El pequeño se lanzó a darme besos en el rostro y no pude evitar reír.

—Papá dice que a ti sí te puedo dar besos —anunció feliz.

—Por supuesto que sí —le respondí.

Besé su frente y lo abracé fuerte.

—Listo. ¿Vamos, Leo? —dijo mi esposo mientras lo tomaba de la mano.

Leo, la constelación. Un nombre tanto humano como de H.E.

Sin ninguna dificultad lo levantó del suelo, lo sentó en sus hombros y tomó mi mano con delicadeza para ir a casa.

Al llegar, la puerta estaba abierta. Antonio sonrió y pude ver que Leo también lo hacía.

—¡Sorpresa! —gritó Rosy, saliendo de golpe a recibirnos.

Me abrazó como siempre y brincó. Tomó mi mano y me jaló para el interior de la casa, ahí estaban los padres de Antonio, Marcos, Ácrux, Max, Ursa, los gemelos Rigel y Deneb. Todo estaba decorado y había un enorme pastel en la mesa.

—¡León! —exclamó Max.

Antonio bajó a Leo de sus hombros tomándolo de las manos y el pequeño corrió hacia Max.

—Mi nombre es Leo, tío Max —renegó.

—Bah, es lo mismo, ¿no te lo ha dicho tu madre?

—Feliz cumpleaños, pequeño Leo —dijo Rosy mientras lo apretujaba contra su pecho.

Antonio me rodeó con un brazo mientras los demás se acercaban a querer saludar a nuestro hijo. Cuatro años recién cumplidos.

—No aplastes al niño —le recriminó Ácrux a Rosy—, suéltalo que aún no lo saludan los demás.

—Tía Rosy, cacé un conejo. —Se lo mostró y ella lo recibió, riendo nerviosa y casi horrorizada.

Ácrux y Rosy se habían vuelto inseparables, aunque ella lo había pervertido de alguna forma. Le divertía seducir mujeres humanas para luego dejarlas con las ganas e ir a

burlarse con Rosy. Luego de un corto tiempo, Rosy organizó una fiesta de boda para nosotros, fue una noche de ensueño. También fue ahí donde la atrapé besando a Ácrux, al verme él aprovechó y salió huyendo, aunque luego se le explicó y entendió, muy feliz por cierto.

Marcos aprovechó el desconcierto de Rosy para apartarla y ponerse a examinar los ojos de mi hijo con una pequeña linterna.

—Marcos —le recriminé.

—Oh, por favor, dame un segundo, quiero ver cómo van sus reflejos.

Ácrux lo apartó sin problemas mientras sonreía.

—León será todo un rompe corazones cuando el tío Ácrux le enseñe el arte de seducir.

—Eso ni lo pienses —le amenazó Antonio.

No pude evitar reír.

—Bien, a comer —dijo Max—, dejen al niño. Transiten, transiten que tengo hambre... —Pude ver que se acercó a Ursa—. Para usted podría conseguirle algo de asado de res, si gusta.

Ella le dedicó una mirada de reojo.

—Como gustes, da igual —respondió.

Max no se cansaba de seducirla a pesar de que ella era más dura de roer que una piedra. Igual me había percatado de que ella disfrutaba con eso, y lo apreciaba su extraño modo.

—¿Dijiste asado? —preguntaron los gemelos al unísono.

—Eh, para ustedes no —les reprochó Max.

Sonó el teléfono y Antonio contestó.

—Sí... Claro, ahí tiene que ir una viga de borde, sino la estructura no va a aguantar. El voladizo que tiene es muy largo...

Obviamente él ahora ejercía la profesión para la que había estudiado: ingeniería civil. Yo por mi parte ayudaba en el centro médico, aunque los H.E casi no enfermaban, podía haber alguna emergencia o accidente que nunca faltaba.

Antonio se me acercó luego de dejar el teléfono, besó el dorso de mi mano y me guiñó un ojo.

—Tendrás que esperar a que todos se vayan para que puedas comerme —susurró—. ¿Podrás soportarlo? —Le dio otro beso a mi mano.

—Podré —susurré en respuesta—, la recompensa lo vale.

Se acercó a mí con una sublime sonrisa, permitiendo que me deleitara con su delicioso aroma. No importaba si nos veían, todos ya sabían cómo éramos. Creí que me besaría pero no lo hizo, se alejó mientras sus felinos ojos destellaban juguetones.

—Esperaré con ansias —ronroneó.

Se dirigió a ayudar a su mamá a repartir el pastel, y lo seguí a los pocos segundos después de salir de la ensoñación en la que me dejaba con su encanto. Me percaté de que había dejado un papelito en mi mano, seguramente lo había escrito mientras hablaba por teléfono.

«Te veo luego, debajo del *ceiba*»

Sonreí. Habíamos traído su árbol favorito a nuestro jardín y era un lugar muy especial, donde pasábamos gratos momentos de tranquilidad.

Él como siempre, era mi tentación. Había aprendido a enloquecerme con sólo el tacto y me entregaba cuerpo y alma en cada caricia, cada beso, cada baile, siempre día a día. Y

claro, yo sin dudar le correspondía igual.

Luego de que todos estaban distraídos comiendo dejé de verlo, así que me dirigí al jardín. Efectivamente, ahí estaba esperándome con la espalda apoyada en el tronco de aquel árbol, y aunque tenía algunas espinas, a él no le molestaba mucho.

Me acerqué sonriente y me colgué de su cuello para quedarnos mirando por varios minutos, y perderme en sus felinos ojos, sólo eso bastaba para decirle lo mucho que lo amaba. Me apretó contra su cuerpo y nos fundimos en un dulce beso.

FIN

Especial 1: Un raro beso

A pesar de que casi todo el tiempo en mi mente la nombro: «mi niña», sólo me he atrevido a llamarla así una vez. Me dijo que confiaba en mí, le demostré mi aprecio como me lo había enseñado. Aunque, aparte de ser por eso, le di besos porque ese «algo» en mi interior lo pedía casi a gritos. Y ahora la traje a ponerla en las garras de la muerte. Creí que de algún modo sabría que tengo algo planeado y que estoy fingiendo ser despiadado como ellos, pero la oigo llorar tras esa puerta y sé que no, que he roto todo lo que había logrado con ella, que ahora me odia, tal y como supuse, tal y como temía.

Me pongo de pie y me dirijo al almacén, tengo que conseguirlo, tengo que sacarla. Tomo una barra de metal y sonrío apenas, es perfecta para trabar esa puerta por dentro, solo tengo que hacerle unos arreglos.

Entramos a su celda y la mirada que me planta me rompe el corazón una vez más, pero debo bloquear el sentimiento más rápido que enseguida y permanecer frío o ellos podrían darse cuenta. Y es que nuestro olfato es tan fino que podemos detectar el aroma de la adrenalina, que a veces surge a causa del miedo y la ira. Aparte también un poco la tristeza. Apenas, pero podemos.

Algo me saca de mis pensamientos. Altair la toma de los brazos de forma brusca y ella me llama pidiendo ayuda, rompiéndome el corazón otra vez. Trago saliva con dificultad mientras Altair se ríe.

—¿Antonio? ¿Ese nombre escogiste? —pregunta entre risas mientras me mira.

—Nombres humanos ridículos —respondo.

El terror y el odio que ella emana me es casi imposible de soportar, en cualquier momento podría descuidarme. Altair la toma y la lanza al colchón, le aprieta su frágil cuello y yo aprieto los puños. Juro que si le hace algo lo mato aquí mismo.

Detengo enseguida mis pensamientos o ellos podrían oler mi rabia. Otra cosa vuelve a

traerme a la realidad.

—¡Piérdanse! —grita ella con la voz quebrada.

Altair se le lanza y estoy por lanzarme a detenerlo pero Orión lo hace, gruñéndole. Respiro hondo y recibo su mirada que vuelve a romperme por dentro, aunque por fuera luzco indiferente y más frío que el hielo.

Al salir me dirijo al almacén casi corriendo y voy directo al viejo costal de arena que pende de una cadena de metal. Lo golpeo con furia y suelto la rabia que he estado conteniendo, le doy otro golpe y no me detengo, golpeo y golpeo mientras gruño. «*Nunca debí traerla, debí venir a que me mataran, ¡soy un maldito cobarde!*». Termino clavando las garras en el saco y tiro hacia abajo, destrozándolo mientras un salvaje gruñido me hace vibrar el pecho y sale entre mis apretados dientes.

Quedo de rodillas mientras la arena termina de caer. «*Mi dulce Marien, me odias*».

—¿Y toda esa furia contenida? —pregunta Orión.

«*Maldición*».

—Es... —Me aclaro la garganta y me pongo de pie, recuperando la frialdad—. Justamente la que estaba aguantando desde que la conocí, en serio me colmó la paciencia, complicó el viaje. Y es por eso que quería pedirle algo.

—Dime —dice a la expectativa.

—Cédame el placer de matarla.

Sonríe de forma siniestra.

—Claro, me sorprendes cada vez más. —Se retira complacido.

Respiro hondo. Voy y preparo la barra metálica, soldándole púas para que en verdad parezca que con ella la heriré y mataré.

Orión le dio plazo de dos días para que hablara. Había tenido que atacarla también, mientras le dedicaba la más fría de mis miradas de depredador, y por dentro moría por calmarla.

Es el día. Entramos a su celda y tal y como Orión esperaba, ella habla, pero se guarda algunas cosas. Incluso es más valiente que yo a pesar de estar derrotada.

—Sirio —llama mi atención Orión—, tal y como me lo pediste, ahora es toda tuya. Ya puedes matarla.

Es hora. Ella se exalta y reclama pero ya es tarde, Orión me da el pase y me le acerco mientras ella me ruega con la mirada que no la lastime. Ahora más que nunca debo controlarme. Muestro la barra que tenía tras la espalda esperando darle tiempo a esquivarla y golpeo. Para horror mío ella no corre y tira de su mochila para cubrirse, fallando. La hiero en el brazo y mi esperanza se quiere derrumbar. Me lanzo y ella me esquivo. Bien. Corre a la salida pero Altair le corta el camino.

—¿Qué pasa Sirio? Te he visto hacerlo mejor —reclama Orión.

Altair ríe.

—Quién lo diría, me enseñaste a esquivar bien —me dice ella.

No sé si sabe lo que hace pero es justo lo que necesitaba. Le gruño y la tomo del cuello, Altair reclamar esta vez.

—Date prisa o lo haré yo, quiero ver sangre.

—Sí —agrega ella a duras penas—, eres muy lento. Tus amigos están más fuertes y musculosos que tú, deberías sentirte avergonzado.

Perfecto. Le gruño y los otros ríen y hacen comentarios.

—¡BASTA! —les grito y traigo toda mi rabia para que la noten—. ¡Largo, me distraen!

Los saco sin problemas y trabo la puerta eficazmente con la barra de metal. Miro a mi aterrada chica y ella sigue espantada de mí. No me resisto más y me lanzo a abrazarla a pesar de que ella grita por el miedo que mi brusca reacción le ha causado. Intento calmarla mientras la aprieto contra mi cuerpo.

—Perdón —susurro apenas—. Tenía que hacer todo esto, perdóname por favor. Te sacaré de aquí, te lo juro.

Empieza a llorar y me vuelve a romper el corazón. La siento temblar y recuerdo la herida que le hice, le pido que no tiemble, tomo su brazo y lamo su herida. Su vista está clavada en la mía, la abrazo y le vuelvo a pedir perdón en un suspiro.

También se ha aferrado a mí y ha dejado de llorar. Toma el cuello de mi camisa y me planta uno de sus dulces besos por mi clavícula. Un estremecimiento me recorre y la esperanza de que no me odie surge. Su aliento golpea mi piel y hace sentir feliz de pronto. Pero para mi sorpresa, ahí no acaba. Me da otro beso en el cuello, bajo la vista y me da otro por el mentón, no dejo de estremecerme. Rodea mi cuello con sus brazos, su aliento roza mis labios y me besa ahí. «¿Qué?»

Una fuerte corriente me recorre por dentro, mi corazón se acelera. Me da una fugaz mirada y vuelve a hacerlo. Abre sus labios y cubre los míos. Siento su calidez, su humedad, me estremezco con más fuerza que antes y quiero más. Se detiene, y justo cuando abro los ojos para ver por qué, vuelve a hacerlo. «*Guau*». Mis sentidos piden a gritos que haga lo mismo así que lo intento, abro un poco los labios pero ella me hace congelar con su reacción a eso. Se apodera de ellos y me derrite al empezar con un suave jugueteo.

Se aferra a mí, su aroma me embriaga, no detiene su dulce juego y no quiero que lo haga. Torpemente intento imitarla pero me pierdo y me vuelvo a perder. Es tan suave, caliente, húmedo, puedo sentir su textura, sus dientes a veces rozan apenas, derritiéndome más. Sus dedos se enredan en mi cabello y tira de mi labio inferior provocándome mil y un sensaciones. La abrazo fuerte y la pongo a mi altura para sentirla más mía de lo que ya lo hago. Me entrego por completo a ella y a ese raro, dulce, fuerte y rico beso. A esa bonita boca que siempre me atrajo y ahora la estaba probando de la mejor e impensable forma.

—¿Sirio, cómo vas? —pregunta Altair desde el otro lado de la puerta, haciendo que nos detengamos en ese instante.

La miro sorprendido, luce hermosa con ese rubor pero no puedo detenerme a pensar en eso. Me aclaro la garganta para arreglar mi voz.

—Todo bien, enseguida salgo —respondo mientras suelto a mi ahora mil veces más adorada, y la hago pisar suelo—. Tráeme la bolsa negra.

—Claro —responde Altair.

Miro con preocupación a Marien que parece estar pasmada.

—Recuéstate en tu cama y quédate ahí quieta. Finge estar muerta, ¿sí? —le pido lo más bajo que puedo.

Ella asiente y lo hace. Mi corazón late fuerte pero respiro hondo y empiezo a tratar de bloquear todo sentimiento para no levantar sospechas. Mis labios laten apenas y están húmedos, se siente raro pero me encanta. Toca la puerta y recupero por completo la compostura. Abro con cuidado.

—¿Y, qué tal? —pregunta Altair mientras me da la bolsa.

—Dio buena pelea —respondo mientras me acerco a Marien.

Se deja manipular muy bien y logro ponerla en la bolsa, aún está nerviosa y el plástico evitará que Altair se dé cuenta de que está viva. Con suerte confundirá sus latidos con los míos. Tomo la mochila y la cuelgo a mi espalda, alzo a mi niña y avanzo.

—Estás algo agitado —comenta Altair cuando paso por su lado.

«Rayos, lo sabía».

—Ya dije que dio buena pelea —respondo cortante.

Continúo mi camino con Altair siguiéndome y cruzo el hall de ingreso, donde está Orión.

—Bien hecho, Sirio —me felicita—. No me defraudaste en ningún momento, debí reclutarte antes. —Suelta una carcajada—. ¿Imploró por su patética vida?

—Oh sí, lo hizo —respondo fingiendo estar satisfecho a la perfección.

—Perfecto, a ti te encanta eso.

Después de salir de ahí, Marien me hizo saber que no me perdonaba y que a pesar de lo que había pasado, me odiaba. Eso me rompió por dentro y más aún al verla llorar y sufrir por mi culpa. No puedo vivir con eso, tampoco soy capaz de dejarla, tengo que decirle lo que siento, esto que me mata, que me quema.

No importa si aun así me sigue odiando, me lo merezco, y sabía que pasaría desde que la vi, así que no hay marcha atrás. Lo que más quiero es dejarla en la capital, a salvo, nada me lo impedirá, aunque ya no pueda verla más luego, ni perderme en su aroma o en sus bonitos ojos. No interesa si sé que está a salvo, allá Orión no la encontrará luego de matarme. Confío en que sus amigos y las fuerzas armadas humanas la podrán proteger mejor que yo si algo llegara a pasar.

Después de confesarle lo que sentía y hablar un poco sobre lo que había pasado, no pude evitar preguntarle por aquel beso. Ella cortó con que había sido una despedida para Antonio, eso me volvió a romper por dentro. ¿Entonces no sentía lo mismo que yo? Le dije que seguía siendo el mismo, que podía seguir llamándome Antonio. Pero no quería y la entiendo. Torpemente volví a abrir la boca.

—¿Puedo guardar las esperanzas de que te despidas de Sirio cuando te deje en la capital?

No hay respuesta. Claro.

Me mantengo entre el sueño y la vigilia, pensando en su beso, hasta que sus gritos y llantos me ponen alerta al cien por ciento. Corro a verla enseguida y la sacudo para despertarla de su pesadilla. Está llorando, grita mi nombre y se me lanza, pidiéndome que no la deje. A vuelta a llamarme Antonio y eso me hace feliz después de tanta angustia.

—Tranquila, todo está bien —le susurro—. Estoy aquí, no te dejaré, nada va a poder hacerte daño.

—No me dejes, no me dejes, no me dejes... —sigue sollozando casi sin sentido.

«*No, mi dulce y frágil niña, no voy a dejarte*». La alzo y la llevo para hacerla dormir entre mis brazos mientras sigo en vigilia. La aprieto contra mí y acaricio su cabello, calmándola poco a poco.

Ya se ha dormido otra vez. Aprovecho y le doy un beso en la frente, acaricio su dulce rostro y le beso la mejilla. Toco con delicadeza sus labios, tan bonitos. Me llaman, pero no me atrevo a más. Quisiera repetir lo que ocurrió pero solo quedo observándolos, durante minutos, y los minutos se vuelven horas.

Ya casi amanece y debemos continuar. Me atrevo a dejarme guiar por el fuerte impulso y vuelvo a empezar con mi tanda de caricias. La despertaría así toda la vida. Jugueteo con su cabello y ella finalmente se mueve, enterrando el rostro por mi pecho.

—Debemos continuar —le digo con tono suave y tierno, ese que me nace cuando está conmigo.

Suspira y se reacomoda, girando para ver hacia el frente.

—Perdón por lo de anoche, fue una pesadilla —murmura—, no volverá a pasar.

La aprieto más y deslizo mi nariz por su cabello, disfrutando de su aroma, quedo cerca de su oído.

—Perdóname tú, esto es mi culpa —respondo.

Oigo que su pulso se acelera y sé que he causado un buen efecto de algún modo.

—No estás perdonado aún —susurra.

—Lo sé —susurro.

No importa, soy feliz con tenerla a mi lado. Recuesto mi mejilla en su hombro.

—No te dejaré, aunque tú quieras —le aseguro.

—Te entregaré a los de seguridad entonces —responde, y eso me hace reír en silencio.

Si la deajo a salvo me basta, soy feliz al poder tenerla entre mis brazos.

Después de partir conversamos un poco más sobre mi terrible falta y poco a poco la conversación se va amenizando. Ella vuelve a sonreírme y siento que acabo de resucitar, no puedo evitar sonreírle ampliamente también. El impulso de querer llenarla de besos me golpea pero tengo que contenerme.

Saco el reproductor de música y le paso un audífono, ella lo acepta feliz. Quiero que vuelva a darme un beso en los labios pero no quiero que se despida con eso. Podría decirle

que quiero un beso, pero que no es de despedida, sino de ¿reencuentro? «No. Rayos».

Luego de un rato de caminar nuestras manos rozan y tengo que luchar con el otro impulso de abrazarla para sentirla por completo. Ella me sorprende, tomando mi mano, entrelazando sus dedos con los míos y caminando así a mi lado. Le sonrío y ella también.

Ya sé qué haré. La llevaré a mi ciudad y me uniré a ella. Así podré darle un beso sin que tenga que ser una despedida, ya que el núcleo nos une eternamente. La besaré porque quiero, sin motivo ni lógica... Solo espero tener el valor de hacerlo, y no quiero ofenderla. Ya estoy haciendo mal con no decirle a dónde quiero llevarla ahora, pero estoy seguro de que no se enojará.

Especial 2: Una noche especial

Creo que soy lo más feliz que podría ser desde que la conocí. Estamos unidos, llevo el anillo del núcleo en la mano y ella también. Tenemos una habitación temporal en el hospital pero en cuanto acabe todo el asunto la llevaré a un mejor lugar, donde podrá vivir más feliz y sin preocupaciones.

Me pidió que saliera temprano hoy porque quería salir y hacer algo especial esta noche. ¿Me pregunto qué será? También quisiera saber si podré preguntarle algo que me tiene curioso desde hace mucho. Y es que ella me ha besado y tocado el pecho, yo también quisiera besar el suyo. Me muero por poder hacerlo, a veces me sorprende a mí mismo fantaseando con cómo sería. Al mismo tiempo no me he atrevido a preguntarle pues temo que piense que soy un inmoral, lleno de malicia.

Tal vez sí... y eso me preocupa aún más. No quiero decepcionarla ni ofenderla, mucho menos lastimarla y dar una mala imagen de mí. Todo por no ser capaz de controlar este fuerte deseo.

Voy a la cafetería y me siento a pensar, Max y Tania se acercan.

—¿Pasa algo? —pregunta ella.

—No.

—Oye, ¿qué cosas le gustan a Marien? —pregunta Max—. Digo, solo por si alguien deseara invitarla a salir o algo así.

Frunzo el ceño. ¿Salir?

—Esas cosas no tienen por qué importarle a alguien más que no sea yo —respondo—. ¿Y a qué te refieres con salir?

—Vamos, no te hagas. Que ustedes pueden salir con otras personas, de hecho tú deberías buscarte alguna H.E, ya que la unión que dices tener con Marien no es posible.

—Sí —agrega Tania y se sienta a mi lado—. Incluso ni siquiera tienen algún documento oficial que lo certifique. —Se acerca más—. Así que si te atrae alguna chica, así no sea H.E, eres libre de salir con ella.

—Aléjate —le digo con seriedad haciéndola sorprender.

Desde que apareció le gusta acercarse a mí y eso no me agrada, lo aguanto porque lo hace para darme algunas indicaciones pero ya está agotando mi paciencia. Y más desde que tuve esa muy corta conversación con mi dulce Marien en la que estuve muy preocupado de que se sintiera mal por culpa de la insistencia de Tania en pelear conmigo.

—Ella tiene razón —se burla Max—. Ustedes ni siquiera llevan una vida de pareja, sólo paran juntos, eso no es. Hay muchas cosas que no entiendes sobre las parejas humanas...

Siento el roce del dorso de la mano de Tania sobre mi brazo y me pongo de pie, soltando sin querer un bajo gruñido. Ambos quedan estáticos.

—No me interesa ni causa curiosidad salir con alguna otra mujer, así sea H.E. Sólo Marien tiene permitido acercarse y tocarme —miro a Tania—, ¿escuchaste?

—Exageras —ríe Max.

Volteo a verlo.

—Y si alguien se atreviera a querer salir con mi esposa, le rompería todos los huesos —agrego.

Se queda helado y salgo de ahí. Mientras junto mis cosas escucho que Ácrux les explica el significado de mi anillo.

—Es eternidad. Ese anillo de núcleo es uno de los símbolos que más respetamos, puede decirse que es sagrado, nadie tiene porqué ponerlo bajo duda —les dice.

Salgo de la edificación y corro hacia el hospital. Ya quiero estar con ella, quiero estar con mi preciosa niña y hacerla sonreír. Ella es mi mundo, ¿por qué se empeñan en molestar? No saben cómo somos cuando estamos juntos.

—¡Sirio! —me detengo de golpe y volteo.

Ácrux viene empujando un automóvil.

—Este es el tuyo, ¿recuerdas?

Le da un empujón más y rueda hasta quedar a mi lado, los seguros se desactivan al detectar el sensor en mi camisa.

—Ah, claro, gracias.

Empiezo a caminar mientras lo hago rodar y lo dejo cerca de la puerta posterior del hospital. Al alejarme vuelve a sonar, indicando que los seguros se han activado. Vaya cosa rara, se lo daré a Marien, espero que le guste.

Después de salir con Marien y dejarla algo impresionada con la cosa rara-auto, termino contándole lo que pasó con Max y Tania, aunque me ahorro la amenaza extra que le dije a Max, no quiero que me tema o me vea como a un verdadero salvaje. A pesar de todo lo que me ha visto hacer, agradezco enormemente que me siga amando, y es que es tan comprensiva y amorosa conmigo, que no sé cómo hace caber su enorme corazón en ese hermoso y pequeño cuerpo.

Al principio me preocupé por ella y lo que ocurrió en el cementerio, sus padres no están en su tumba, eso es muy raro. Luego ya pude estar aliviado al verla feliz y sonriente. Me sorprendió por completo cuando me dijo que quería hacer oficial nuestra unión aquí. La hubiera besado por horas pero estábamos en público. Probé el helado que hacen los humanos y pasamos un bonito rato.

Quiero consentirla más. Ella sugiere que podemos ir al cine ya que ando incómodo con estos lentes que paran mostrando figuritas a un costado, así que acepto. Ya ahí, sigo dispuesto a darle todo lo que quiere, se compra algunas golosinas y un pote con maíz, al que lo han hecho reventar, como aquella vez que fui al cine por primera vez con ella y sus amigos.

Mientras dan la película conversamos sobre los niveles de contaminación en los que se vive en estas ciudades. La rodeo con un brazo y ella se recuesta en mi hombro. Mi dulce esposa. Rozo mis labios en su frente y me acerco a su oído.

—Si nos libramos de estas luchas podrías venir conmigo a algún lugar lejos de toda contaminación —le susurro la idea que tenía y me mira.

—Eso me encantaría —responde y me llena de felicidad.

Roza sus hermosos labios con los míos y me da un dulce y corto beso, vuelve a hacerlo y no puedo resistir más. Ladeo el rostro y la beso. Sigo y sigo, no quiero detenerme, pero ella lo hace.

—Más tarde te besaré más, ¿sí? —susurra.

—¿Mucho? —pregunto esperanzado y es que muero por ello.

—Mucho —responde luego de reír de forma dulce.

—¿Toda la noche? —«*Por favor, por favor*».

—Ya lo veremos —responde, y en su tono hay una promesa.

Sonrío ampliamente sin poder evitarlo. Acaricia mi cabello, eso me gusta, me provoca

ronronear. Continúa viendo la película. Yo casi no puedo prestar atención, ya quiero volver al hospital.

Durante el camino de regreso, Marien va muy pensativa. Debe estar pensando en sus padres. Deja el auto en automático y suspira.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí, sólo estaba... pensando. —Mira hacia el volante con cierta tristeza, suspira y sonrío apenas—. Ya sabes... mis padres... y... mi sueño de tener una vida tranquila contigo. Si alguien llegara a hacerte algo...

—Tranquila —la calmo enseguida—. Le diré a Max sobre esto, seguramente puede acceder a los archivos del gobierno o buscar a alguien que lo haga. —Asiente y tomo su mano—. No creo que me pase nada, estoy para protegerte, todo estará bien.

Llegamos al hospital. Ella ya se siente mejor, lo sé por el brillo en sus ojos. Se dirige al mostrador y la sigo, se sirve agua en un vaso y toma una de las extrañas pastillas que lleva guardando desde que Rosy se las dio. Marcos pasa y nos saluda.

—¿Estrenando uniforme casual? —me pregunta.

Mi respuesta es una sonrisa. Marien toma mi mano y vamos a nuestra habitación. Deja su bolso al entrar y enciende las lámparas de los veladores mientras cierro la puerta.

—No me siento cansada —dice con una dulce sonrisa mientras me acerco.

—Yo tampoco. —Nos sentamos en la cama. Se saca los zapatos así que hago lo mismo—. Será por nuestra *escapada*. —Le sonrío.

—Sin duda. —Se sienta a horcajadas sobre mí, provocándome muchas cosas—. Me

gustó salir contigo, mi joven esposo.

Pego mi frente a la suya.

—Me alegra que le haya gustado, mi bella esposa.

Me fundo en su mirada, y de algún modo sé que esta noche es sumamente especial. Se acerca lento y nos besamos de forma suave e intensa, me deleito con su aroma, su aliento. Sus labios deliciosos, tibios, suaves, carnosos, y perfectos. Sus dedos recorren mi cabello, produciendo esa suave corriente que me empieza a derretir. Acaricia mi cuello y muerdo su labio inferior.

Empieza a desabrochar los botones de mi camisa. Beso su mejilla y bajo a su bonito mentón para darle otra suave mordida ahí, mientras sus manos empiezan a recorrer mi pecho. Su respiración se profundiza y la mía también.

Desliza la prenda por mis hombros, es la primera vez que me la quita mientras nos besamos, y no me importa, al contrario. Retiro mis manos y la dejo en la cama. Tengo la necesidad de estar así, de despojarla de su ropa también, sentirla junto a mí, piel con piel. Hacerla arder con mi cuerpo, despertar ese instinto que aún no sé cómo calmar.

Me empuja un poco y me recuesto en el colchón trayéndola conmigo. Nuestro beso se vuelve más intenso mientras acaricia mi pecho. Cuelo mis manos por su cintura y muerdo mi mentón, me fascina que haga eso. Empieza a bajar, besando toda mi piel, y al llegar a mis pectorales vuelve a dar sus suaves mordidas, me enciende. Regresa a mis labios y la recibo con fuego. Me siento y me atrevo a subir mis manos hacia sus costillas, sintiéndola estremecerse.

Necesito saber si puedo tocarla y besarla ahí.

—¿Puedo besarte...?

—Sí, hazlo —pide sin siquiera dejarme finalizar mi pregunta.

Mi alarma se enciende. Mi más oscura fantasía está por cumplirse, pero no dejo que eso me controle, pues también quiero admirarla, amarla. La tomo de la cintura y la tiendo por completo sobre el colchón. Sus finas manos recorren mi espalda, dejando esa dulce

corriente recorrerme.

Beso su cuello y empiezo a desabotonar su blusa. Bajo besando y saboreando su piel mientras mis manos se encargan de dejar al descubierto esos dos suaves bultos de su pecho, sus «senos», que ahora son mi obsesión. Pero descubro que algo más los cubre, una especie de prenda pequeña los sostiene y protege. Sin embargo, sólo verlos así me prende por completo.

Beso toda la piel que no está cubierta por la extraña prenda y bajo a su abdomen. Continúo hasta su vientre bajo y ladeo el rostro hacia su cintura, para hincarle mis colmillos con una suave y apasionada mordida, haciéndola jadear y curvarse un poco. No puedo resistirme a hacer este tipo de cosas. Su piel es tan bonita, suave, y lisa. Con ese aroma que me enloquece, y el extra divino de que ahora está húmeda por mis besos.

Recorro mi lengua en su abdomen y vuelvo a sus labios. Nuestra piel se une y la siento ardiente. Rozo la punta de mi lengua en la parte interna de su labio superior y sonrío, introduce la suya en mi boca, rodea mi cuello y empezamos a jugar mientras sus dedos recorren mi cabello. Acaricio su cintura y sonrío, ella también lo hace, todo esto es indescriptible.

—¿Me ayudas? —cuestiona.

Siento un leve roce por mi vientre bajo y echo un vistazo. Se está desabrochando el pantalón. ¿Quiere que se lo quite? No me detengo a preguntar, me reincorporo e introduzco los dedos con cuidado debajo del borde, la miro una vez más y deslizo la prenda hacia abajo.

Su corazón se ha acelerado. La veo tendida, a mi disposición, con esas diminutas prendas, sus mejillas ruborizadas. Me deleito con sus hermosas piernas, y no puedo resistir. Me acerco, beso su rodilla, y empiezo a bajar por su muslo, casi devorándola a besos. Es preciosa, mi preciosa.

Me rindo ante ella. Cierro los ojos y rozo mi mejilla por su piel, subiendo a su rodilla otra vez, y soltando un bajo y grave ronroneo. Mi hermosa me está dejando apreciar su cuerpo, me ha abierto las puertas a lo prohibido.

Mis ojos se plantan en los suyos. Vuelvo a sus labios y rodeo su cintura, pegándola a mí. Me falta el aliento, nuestra piel quema al contacto. El ambiente se ha calentado,

nuestro aroma se ha mezclado, es embriagador.

—Eres hermosa, ¿lo sabes?

Me besa, me da un suave empujón haciendo que giremos, y queda sobre mí. Me despoja del pantalón y me besa más después de eso.

—Eres mío —susurra contra mi piel mientras me devora a besos.

Pide que la desnude y todo un sinfín de pensamientos se me cruza por la mente, en un par de segundos que parecen eternos. Sin embargo quiero, sí quiero desnudarla, he fantaseado con eso muchas veces. Todos aquellos deseos que alguna vez tuve y que jamás creí que se cumplirían, que los taché de maliciosos e indebidos, ahora se materializan.

Vuelvo a besarla, y no me es problema desgarrar la poca ropa que queda, sintiendo mi pulso por todo mi cuerpo.

Siento toda su ardiente piel junto a la mía, su cuerpo hermoso, con todas sus curvas, suave, rico. Enloquezco. La beso con mucha pasión, casi pierdo el control. Beso su mejilla mientras jadeo de placer igual que ella. Quiero explorar. La recorro con mis manos y labios, con su cuerpo pegado al mío. Me aprieta contra sí, gimo sin poder evitarlo. Es placentero, mucho, un placer nuevo y distinto que sólo con ella he sentido, puro placer ardiente.

No quiero parar, quiero estar así toda la noche. Si se detiene ahora como las otras veces, me matará. Llega un momento en el que me guía de alguna forma y termino descubriendo que el placer que sentía, no es nada. Suelto un grave gemido sin poder evitarlo al sentir que entro en su cuerpo, y creo que pierdo toda la cordura. Siento calor, presión, y toda una ráfaga de placer intenso y cegador que me impulsa. Ella también se queja. Abro un poco los ojos y hacemos contacto visual. La veo, sus labios rojos, sus mejillas ruborizadas, preciosa. Su cálido aliento llena mi boca y vuelve a besarme mientras terminamos de unirnos.

La electricidad me recorre, me siento suyo, la intensa sensación me ha cegado. Se mueve contra mí y otra vez mis pocos pensamientos se disparan lejos. Beso su cuerpo, lo recorro con mis manos y ella hace lo mismo. Nos besamos de forma candente, despacio, fuerte, ahogando nuestros suaves gemidos. Giro y así queda sobre mí, la aprecio mucho mejor, me atrevo a tocarla y besarla más. La adoro por completo, me pierdo en ella, en su

cuerpo precioso y delicioso, mientras le correspondo una lenta y enloquecedora danza de amor.

Nos miramos por un par de minutos, mientras recuperamos el aliento. Roza su nariz con la mía, luego recorre mi mejilla y besa mis labios.

—Mmmm... —ronronea a su dulce manera contra mi boca.

Sonrío ante eso, la aprieto contra mi cuerpo. Giro y quedamos de costado, respiro hondo por su oído y la miro, acariciando su rostro.

—Eso fue... Guau —susurro.

—Lo sé —susurra en respuesta.

Vuelve a darme un beso y junto mi frente a la suya.

—Bueno, creo que ahora entiendo el porqué de un par de cosas que ocurrían con mi cuerpo a las que no hallaba explicación... Creo que no era tensión, no del todo. —Ríe un poco y me da otro beso, sonrío de nuevo—. Ahora también sé qué ocurría en esos hospedajes donde nos quedamos...

Ríe otra vez y me besa, pero pronto me doy cuenta de que algo le duele.

—¿Estás bien?

Asiente, sonriéndome con dulzura.

—Todo bien, sólo algo adolorida...

¿Qué? Oh no.

—Perdóname...

—No, tranquilo, es normal —me calma con una sonrisa.

La abrazo fuerte y pronto queda dormida.

Casi no puedo dormir pensando en lo que acaba de pasarme...

Ella descansa contra mi pecho, luce hermosa con esas mejillas sonrosadas. Acaricio su cabello, su cuerpo. «*¿En verdad pasó eso? Es que no puedo creerlo*». La miro, no puedo dejar de hacerlo, infinitamente hermosa, se me acaba de entregar de esa forma, me ha hecho suyo de tantas maneras.

Continúo acariciándola, rogando que traspasen hasta sus sueños, quiero que sueñe conmigo. La sensación aún me late ahí, todo mi cuerpo late con los recuerdos pero esa zona en especial. No sabía que podía hacer todo eso. Ni mucho menos que pudiera entrar en ella.

Sin duda debe ser lo que dijo Phoenix, ¿ahora nos llegará un hijo? ¿Será una pequeña parte de ambos? Pues quizá crezca en su interior, por eso fue que al final... «*Um, eso significa que mis padres... Oh*».

Sacudo la cabeza, suspiro y miro hacia la ventana mientras peino sus cabellos con delicadeza. Espero no fallarle nunca, no dejarla desprotegida si llega a pasarme algo. En fin, no importa pensar en eso ahora, ya hace mucho que decidí que no pienso dejar que nada le pase, incluso moriría si así la dejo protegida. La amo con locura, y pensar que no sabía lo que sentía hasta no hace mucho. Ella me mostró todo eso: abrazos, caricias, besos, y ahora esto, guau. Nuevamente no puedo creerlo, me fascina.

Paso casi toda la noche en vela, observándola dormir. Me tiene loco, sin cura. Me ha

dado el mejor día de mi vida, bueno, uno de los mejores, y todos son con ella. Se casó conmigo aquí bajo sus leyes y me hizo descubrir algo nuevo. La abrazo fuerte y me dispongo a dormir el resto de horas que quedan de la noche. Pienso despertarla como siempre, con caricias y besos.

Especial 3: Bienvenido

He estado fuera de mi ciudad por cuatro días por vigilar una obra, y muero por ver a la razón de mi vida. Los gemelos me reciben cerca de casa.

—Todo en orden —dice uno de ellos.

—Hemos cuidado de ella como pediste —agrega el otro.

—Muchas gracias.

No me gusta dejarla sola, felizmente esos chicos siempre están para ella cuando no puedo estar yo. De todos modos, viajar siempre es mi última opción. Sonrío al recordar nuestra despedida. Esta última vez terminamos teniendo una suave danza al ritmo del saxofón, un raro instrumento pero con un sonido muy «sensual», como dice ella. Y tuvo razón, aunque, para mí, no existe nada más sensual que su cuerpo junto al mío.

Entro a mi hogar y voy a buscarla siguiendo su aroma, me es imposible confundirlo a pesar de que ha dejado algo preparado en la cocina. La encuentro por el jardín, regando las plantas. Voy y la abrazo por la espalda tomándola por sorpresa. Ella ríe en silencio y beso su cuello.

—¿Cómo te fue? —pregunta en susurro.

—Muy bien —respondo mientras rozo mi mejilla con la suya—, ¿y tú? ¿Cómo va el hospital?

—Casi vacío como siempre. —Gira y se cuelga de mí, plantándome uno de sus dulces besos. Le correspondo con pasión mientras la aprieto fuerte contra mi cuerpo—. Te he extrañado —murmura contra mi boca y la beso con más fuerza.

Muerdo su bonito labio inferior y la alzo en mis brazos para llevarla a nuestra habitación. Ella acomoda su rostro por mi cuello y me doy cuenta de que algo le preocupa. ¿Cómo no lo noté antes?

Me siento sobre el colchón y la mantengo en mi regazo.

—¿Todo bien? —pregunto.

Ella guarda silencio unos minutos, suspira y se pone de pie. Mi mente vuela, ¿le habrán dicho algo? ¿La han ofendido? ¡¿Quién se ha atrevido?!

—Creo... —murmura apenas y me mira—. Creo que estoy esperando un bebé.

Me quedo en blanco lo que parece una eternidad pero son sólo un par de segundos. Una amplia sonrisa aparece en mi rostro y ella también sonríe aunque apenas. Un bebé, creí que nunca se podría, una pequeña parte de ambos, el producto de nuestro amor.

—Soy papá —murmuro mientras aún lo asimilo.

—Bueno —responde y sonríe un poco más—. Al parecer, yo también, soy mamá.

Me lanzo, la tomo de la cintura y giramos mientras río, no puedo evitarlo, soy demasiado feliz. Ella ríe también pero su expresión cambia a tristeza, me detengo y me abraza, colgándose de mí con brazos y piernas. Vuelvo a sentarme con ella aferrada a mi cuerpo.

—Tengo miedo —susurra contra mi cuello.

—¿A qué? Todo saldrá bien...

—¿Qué pasa si no vive? Marcos dijo...

—No importa —le interrumpo con tono dulce—, todo irá bien. No importa lo que la ciencia diga. —Me mira y posa su frente sobre la mía—. Todo irá bien, enfócate en eso. —Sonríe y eso me hace sonreír también—. Te amo.

Me besa con pasión y me pierdo unos segundos, se detiene mientras respira y su dulce aliento llena mi boca, desliza la punta de su dedo por mi cuello y baja hasta el primer

botón de mi camisa.

—¿Me permites, mi ardiente esposo? —pregunta con ese tono de voz que me derrite.

¿Cómo negárselo? Arqueo una ceja y sonrío, eso basta. Terminamos haciendo el amor de forma suave e intensa.

Me hallo atado a dos postes, mi cuerpo duele de forma terrible. Tengo múltiples cortes por todos lados y el suelo está manchado de sangre seca, mi sangre. Siento cómo la piel de mi espalda se desgarrar al contacto con la afilada hoja de un cuchillo, pero aprieto los dientes y me aguanto el grito.

«*Esto es por ella*», mentalizo.

Orión aparece en mi campo de visión y el resto de sus hombres también, lucen sus malvadas sonrisas. Hay una pequeña fogata a un costado, con algunos animales cocinándose.

—¿Ya te animaste a rogar por tu vida? —pregunta Orión.

Le gruño con furia mostrándole los colmillos. Antares ríe y se acerca a la fogata.

—Veamos. —Juguetea con una daga—. Sí que estás siendo terco, nada te cuesta pedir piedad. —Alguien vuelve a realizarme otro corte por la espalda.

Ahogo un grito. Orión ensancha su sonrisa y me clava de golpe la daga en el brazo, esta vez no puedo evitar gritar. Retira el objeto con violencia y puedo sentir como me roza el hueso, mi sangre brota y cae al suelo, a seguir ensuciándolo.

—Con esto no le quedarán ganas de seguir con su juego —dice Antares mientras se acerca con un cuchillo.

Pero a éste lo ha puesto al fuego y la hoja está casi al rojo vivo. Empiezo a respirar de forma acelerada, el calor que emana ya me hace estremecer. Ríen. Cierro los ojos con fuerza y espero. Lo único que tengo en mente es a mi amada, que está a salvo, la dejé, pero está a salvo.

Siento la hoja abrazadora del cuchillo contra mi abdomen y grito. Arde mi piel, estoy atado así que no puedo huir, sólo gritar. Pero no pediré piedad, se quedarán con las ganas de oírme suplicar, no importa lo que me hagan.

«Esto es por ella, mi Marien, mi dulce niña»

Despierto de pronto bajo una lluvia de suaves besos en mi rostro.

—Todo está bien, amor —me tranquiliza ella.

Respiro hondo y me abraza fuerte. Había sido otra de esas pesadillas, detesto cuando pasa, siempre la despierto. Ahora ocurren cada vez menos, pero sigue siendo algo muy molesto.

—Perdóname —le pido—, te desperté.

—No, ya estaba despierta —susurra.

—¿Sucede algo? —pregunto mientras la acaricio.

La habitación aún está oscura, debe ser de madrugada.

—Tengo hambre —confiesa con algo de vergüenza.

Sonrío.

—¿Qué te gustaría que prepare?

—Eh... —Tensa los labios—. Soñé con aquel día en el que cazaste al conejo y me diste a probar, me he despertado con unas ganas tremendas de comer eso.

Sonrío más ante el bonito recuerdo, me alivia de la pesadilla y alegra más mi noche.

—Traeré uno para ti —respondo.

Se preocupa.

—No, no. Son las dos de la mañana, sólo comeré lo que haya aquí... —La callo con un beso.

—Traeré uno —le aseguro y salgo de la cama.

Me visto mientras me observa y le doy un beso al despedirme, también beso su vientre que ahora está más abultado. Ya tiene cinco meses, puedo oír sus latidos.

Salgo a la noche y voy directo a la pradera en donde duermen esos animales. Doy con una madriguera, guiado por mi olfato, y encuentro a un conejo. Está grande, es perfecto. Gracias a mi buena visión nocturna, sé que él también me ha visto. Rayos, debí tener cuidado con la luna, es probable que mis ojos hayan reflejado su luz, alertando al animal. Estamos a un metro, mirándonos fijamente.

Sale disparado y me arrepiento de haberme distraído, me lanzo pero este hace un giro brusco, sorprendiéndome. Corre y detecto de pronto otro aroma. Un león de montaña lo embiste, mordiéndole el cuello, y lo mata en el acto.

—¡Oye! Suelta eso —reclamo—, es para mi esposa.

El animal sale huyendo y lo persigo. No puede correr más rápido ni es más fuerte que yo y pronto entiendo la razón de su extremo atrevimiento: dos cachorros la esperan... es mamá. Dejo de perseguirla y suspiro. Tendré que conseguir otro conejo, de todos modos hay suficientes en la pradera.

Después de otra corta búsqueda di con uno, un poco más pequeño pero seguía estado bien. Me encargué de prepararlo como a ella le gusta y llevé un poco a la cama.

Me hallo recostado contra su vientre, sin apoyar mi peso en él, oyendo los latidos de mi hijo en su interior mientras su dulce madre termina de saciar su hambre, y vaya que la tenía. Acaricia mi cabello y, como siempre, me provoca ronronear, así que lo hago. Un bajo ronroneo basta también para que mi hijo se mueva un poco, lo pone feliz. Mi hermosa chica ríe en silencio.

—¿Qué crees que sea? —pregunta con dulce voz.

Obviamente aquí no teníamos aparatos para ver eso, ¿para qué bombardear a un bebe con radiaciones para verlo? No era bueno y no tenía sentido, por más bajas que fueran.

—Lo amo —afirmo—, sea niño o niña. Es un poco de ambos en un pequeño ser. —La miro y sus ojos se iluminan con absoluta felicidad.

Deja el plato vacío sobre el velador, me recuesto en sus piernas y continúa brindándome suaves caricias.

—Gracias por preparar al pobre conejo —dice sonriente.

Le sonrío y atrapo su mano para besarla, luego la acuno contra mi mejilla.

—Lo que gustes lo tendrás, mi niña —le aseguro casi en susurro.

Ella siempre me ha llamado con palabras hermosas: mi vida, cielo, amor, cariño. Pronto empecé a hacerlo también, ¿y cómo no? Es mi adoración.

—Bésame —pide.

Me reincorporo enseguida y lo hago.

Me encuentro en el sofá conversando con Phoenix y viendo un plano de unas estructuras.

—Tú eras el que sabía más sobre estos cálculos —recrimina.

—Son fáciles de olvidar, no es mi culpa —me defiendo.

De todos modos, últimamente no ando muy al tanto de las cosas. Marien ha tenido algunas dificultades y es que al parecer su cuerpo está algo delicado, reaccionando extraño ante el bebé. Eso indica que, o es un híbrido, o es completo H.E. Requiere de reposo para poder tenerlo bien. Me preocupa demasiado, pero debo mantenerme fuerte por ella, no permito que me vea asustado, además sé que todo irá bien, es lo único en lo que me dedico a pensar. Todo irá bien.

—Bueno, veré cómo solucionan esto los obreros —anuncia Phoenix mientras se pone de pie—. Hablamos otro día.

—Claro, gracias.

Cierro la puerta y suspiro. Puedo oírla tararear una melodía. Sonrío. Ahora lo hace bastante seguido, especialmente esa melodía que tanto me gusta, la que bailamos aquí. Me encamino hacia el jardín y apresuro el paso al escucharla callar.

La encuentro derramando lágrimas en silencio, sentada bajo el Ceiba. Me arrodillo a su lado y tomo su rostro.

—¿Qué pasa?

Ella parece avergonzada de que la haya encontrado así, suspiro y la abrazo fuerte, me siento y la acomodo en mi regazo.

—Perdóname, soy una carga para ti —solloza.

—Nunca. —Acaricio su cabello para relajarla.

—Disculpa —murmura con la voz quebrada—, estoy sensible... Son cosas del embarazo. —Me abraza y sigue llorando—. Estaré bien, descuida...

La aprieto contra mi pecho, detesto verla llorar.

—No llores, nunca serás una carga para mí. Todo irá bien.

—Para colmo estoy subiendo de peso...

Me estremezco en una risa silenciosa.

—Eso es lo de menos. Sigues y seguirás siendo hermosa.

No he detenido mis caricias en su cabello y se ha calmado un poco. Suspira con pesadez.

—Gracias —susurra. Se recuesta y acomoda mejor contra mi cuerpo—. Bueno, si engordo más no tendrás que preocuparte porque me vean otros.

Río. Recodaba aquella vez en la que Max dijo para ir a una playa y terminamos regresando temprano. ¿Por qué? Pues vi a mi esposa probarse una mini ropa llamada “bikini”, qué horror. Estuve todo el tiempo a su lado, cuidando de que nadie la viera. No entendí por qué debía estar semidesnuda, yo no lo estaba para nada. Al volver, cerró la puerta de nuestra habitación y vino hacia mí. Parecía enfadada y hasta olía su cólera, pero lo que hizo fue tumbarme en la cama y besarme con fuerza. Esa fue una tarde ardiente.

—A nadie le gustaría que lo atrapara viéndote —amenazo—. Y a ti no te gustaría que me vieran otras, ¿o sí? —Arqueo una ceja.

Ríe y se reincorpora, limpia sus lágrimas con un rápido movimiento y acaricia mi rostro. Ya se ha calmado.

—Te pones adorablemente cuando estás celoso. —Me da un beso impidiéndome hablar—. Y tienes razón, no quiero que otras te vean, así que propongo que nos volvamos invisibles.

Reímos y la beso con pasión, muerdo con suavidad su labio inferior y beso la punta de su nariz.

—Dulce de cacao —susurro rozando sus labios.

Sonríe.

—Cuando me confesaste todas las palabras bellas con las que me llamabas en tu mente desde que me conociste, me hiciste inmensamente feliz.

La acaricio, recordando aquel momento en el que decidí abrirle por completo mi mente, poco tiempo después de mudarnos aquí.

De pronto se queja y aprieta su vientre.

—¿Qué sucede? —me preocupa.

—Oh no —murmura antes de quejarse con más fuerza.

El pánico me invade.

—¡Ya viene! —exclama.

Me pongo de pie enseguida con ella en mis brazos y avanzo para salir de casa.

—Dijiste que eran nueve meses, van casi ocho. —Respiro, debo estar tranquilo y no perder la cabeza.

—Sí. —Se aferra a mi cuello y aguanta otro quejido, beso su frente—. Quizá por ser

híbrido algo ha cambiado —murmura apenas, con dolor.

—Ya lo veremos.

La siento en el sofá y corro a traer una colcha, la arropo con esta y abro la puerta. Vuelvo a tomarla en brazos y salgo corriendo al hospital que no queda lejos. Ya nos habían dicho que cuando llegara el momento, la llevara. Ella no ha salido mucho de casa desde que su vientre creció. Cuestiones de reglas, los otros H.E no deben ver, felizmente nuestra casa está en medio de un bonito campo y protegida por algunos árboles.

Al llegar, uno de los principales sabe de inmediato lo que pasa y llama a su equipo. Varias mujeres vienen con una camilla.

—No me dejes —susurra mi dulce chica.

—No, no...

Me abraza fuerte y ahoga un grito contra mi cuello.

—Respira hondo —le ordena una de las que la van a atender—. Recuéstela en la camilla —me dice—, la llevaremos.

Lo hago, y ella no me suelta la mano. Camino a su lado mientras avanzan, trata de respirar hondo pero el dolor no la deja. Se queja mucho y yo me estremezco por dentro cada vez que lo hace. Me había explicado cómo iba a ser y lo que sucedería, pero, ahora al verla, me da pánico. No aguanto verla sufrir así.

Entramos a una habitación especial y todas se sitúan a su alrededor para empezar a atenderla. Tomo su rostro y creo que hasta siento su sufrimiento.

—Tranquila, todo saldrá bien —le aseguro.

Ella asiente con rapidez, aguantándose el dolor, y cubro sus labios con los míos bajo la mirada sorprendida de algunas de las presentes.

La ponen en posición y empiezan a pedirle que empuje. Ella aprieta mi mano y continúo estremeciéndome cada vez que se queja o grita del dolor. Acaricio su cabello y trato de calmarla, a veces funciona y a veces no. Huelo su sangre y grita, puedo oír cómo su cadera se abre para dar paso al bebé, tal y como dijo que pasaría. Justo ahora no quisiera tener el buen oído y olfato, esto es traumatizante.

Pero el llanto de mi hijo me hace olvidar el horrible momento en ese instante. Me quedo absorto viendo cómo me lo enseñan, lo atienden y lo limpian para dárme lo.

—Es un niño —avisan.

—Amor —susurra mi esposa y la miro enseguida—, tráelo. —Sonríe a labios cerrados.

Le correspondo la sonrisa y volteo para cumplir su deseo, aunque no tardo mucho ya que una de las mujeres ya está casi a mi lado con mi hijo envuelto en una suave tela. Me lo entrega y mi corazón se derrite al verlo, es tan chiquito y frágil.

Lo pongo en el regazo de Marien y ella lo acuna en sus brazos, sonrío de forma gloriosa y junto mi frente a la suya.

—Es hermoso —dice—, gracias.

—No, gracias a ti —susurro—. Eres ejemplo de valentía y fortaleza.

Se ríe un poco de forma silenciosa y me besa. Miramos a nuestro hijo, apoyo el mentón sobre el hombro de mi amada y acerco la mano al bebé. Está con los ojos cerrados, su aroma es una mezcla del nuestro, y eso me llena de felicidad. Es una vida que ha surgido de nosotros, literalmente nos hicimos uno solo en este pequeño.

Abre los ojos y puedo ver que son como los míos, verdes y con pequeñas pupilas rasgadas, aunque justo ahora están algo expandidas.

—Mira, es un «mini tú» —se regocija Marien.

—Hola, pequeño —lo saludo, y señalo a mi dulce de cacao—. Esta belleza es tu

mamá.

—Ese raro pero guapo hombre es tu padre —agrega ella y río un poco.

—Debe descansar —aconseja una de las que la atendió.

—Sí, gracias.

Paso casi toda la noche en vela, vigilando a las razones de mi vida. Nuestro hijo se despierta aproximadamente cada tres horas a pedir algo de leche. Ahora sé para qué sirven esos bonitos pechos que ella tiene. Podría observarla alimentar a nuestro hijo eternamente. Se lo digo y río, toma mi mano y la besa.

—¿Cómo se llamará? —quiero saber.

—Había pensado en algunas opciones. —Sonrío y continúa—. Tal vez le hubiera puesto el bonito nombre de alguna estrella, o como algún cometa. Pero también pensé en varias constelaciones, algunas que busqué mientras esperaba a que volvieras de tu viaje aquella vez... No sé si te gusten.

—Bueno, ¿cuál fue el que te gustó más?

—Um... Creo que Leo, como la constelación... y es un nombre de humano también.

Beso su frente y voy a sus labios mientras acuno su rostro en mis manos.

—Es perfecto, será Leo —susurro y vuelvo a besarla—. Quizá luego podemos tener una niña —agrego con una pícara sonrisa.

Ríe.

—Por supuesto —responde.

Se acomoda contra la almohada y acaricio su cabello hasta que queda dormida. Beso su frente y recuesto mi cabeza en el colchón, al lado de la suya, para continuar observándola. Mi bella, bella, adorada y amada esposa.

Más feliz no puedo ser, tengo una familia ahora. Los observo dormir y creo que las estrellas y la luna brillan más esta noche. Les daré todo el amor que tengo, cuidaré a mis tesoros con mi vida.

Especial 4: Un reencuentro inesperado

Me encuentro en un día de paseo con mi familia en una ciudad cercana, que se ha dedicado a ser más para estos motivos que para vivir. Llena de enormes praderas con árboles en algunos sectores y juegos para niños.

Leo juguetea por los alrededores, persiguiendo insectos. Rosy está con Ácrux y han traído a un perro.

—Papá —habla mi pequeño y lo miro—, ¿puedo jugar con mi nueva amiga?

Está de la mano con una pequeña de ojos celestes casi fosforescente, con un gracioso vestido, pareciera alguna de esas muñecas de porcelana de los humanos. Sonrío.

—Claro, pero no muy lejos...

Ni bien termino de hablar, gruñen y empiezan a luchar. Río y los veo rodar colina abajo.

—Hey, no jueguen muy tosco —dice Marien.

Lleva a una pequeña bebé en brazos, nuestra bebé, es hermosa como ella. Halley, como aquel cometa. Leo prometió cuidarla e incluso nos entregó un papel escrito y firmado por él sin que se lo pidiéramos. Reímos mucho con eso esa vez.

Los niños ríen al llegar cerca del lago y quedan observándolo.

—Tranquila. —Abrazo a mi chica y le doy un beso.

—¿Y león? —pregunta Max.

También había venido, creyó que Ursa estaría con nosotros pero no. Seguro al volver a la ciudad, irá a perseguirla. Esos me causan mucha gracia.

Un muy agudo ruido casi traspasa mis oídos y no puedo evitar quejarme, Ácrux también lo hace, y nos tapamos las orejas enseguida. Volteo a ver qué lo causa y es Rosy con una especie de silbato plateado y extraño.

—Ay, perdón —dice y lo guarda—. ¿Pueden oírlo?

—Pues claro —reclamo.

—¿Acaso tú no? —le pregunta Ácrux.

Ríe un poco mientras su perro viene corriendo desde donde estaba. Marien deja a la bebé en su carriola, me abraza y me planta un beso.

—Eso es especial para entrenar perros —murmura—, sólo ellos lo escuchan... Ellos y ustedes. —Sonríe y vuelve a besarme.

La abrazo fuerte y me entretengo un muy buen rato en ella, en su boca que me embriaga, toda ella me encanta. Hasta que mi hijo diciendo unas palabras me distrae.

—Mis papás se aprecian muchísimo —oigo que le cuenta a la pequeña.

Le pido un segundo a mi dulce Marien y me aproximo al borde de la colina.

—Los míos más —responde la niña.

—¿Puedo darte algo especial?

Ella asiente, y me espanto al ver que Leo se le acerca para darle un beso. Corro lo más rápido que puedo, y veo a otro hombre correr desde un túmulo de gente.

Sus labios apenas han rozado cuando lo aparto casi de golpe, y recibo el gruñido furioso del padre de la niña. Le gruño de vuelta y me sorprendo al ver quién es.

—Altair.

Me reconoce también y sonrío de lado.

—Resultaste ser más escurridizo de lo que pensé —se burla. Su vista se dirige a mi pequeño y lo oculto atrás de mí, no quiero que lo siga observando. Él también aparta a su hija—. Ya no quise colaborar con tu muerte —cuenta—, pues tú no me mataste cuando tuviste la oportunidad, pero no pensé enterarme luego de tu huida. —Sonríe apenas.

—Qué puedo decir —respondo—, tenía a alguien que me ama.

—Ya veo a qué se refieren con eso. —Le da un vistazo a la niña—. Gracias. Pero ahora con razón te digo, que no quiero que ese niño vuelva a tocar a mi hija.

—Creo que eso ya depende de ellos —desafío.

Altair resopla y toma en brazos a la pequeña para alejarse.

—Vamos Leo. —Empiezo a andar y él queda unos segundos observando.

—Adiós —le susurra a la niña.

Ella le responde de igual forma. Luego de eso me da alcance.

—Perdón padre. Me dijiste que no hablara sobre los besos, y desobedecí, no pude evitarlo... Te causé problemas.

—Tranquilo, ya pasó. Todo está bien. —Sobo su cabeza y río.

—¿Cómo hiciste para que mamá te amara tanto, cómo se conocieron? —pregunta curioso.

Sonrío.

—Es una pregunta interesante. Una larga historia...

Acerca de:

Versión en papel incluye siete capítulos especiales, tres inéditos. Próximamente la versión narrada por Antonio, en donde se sabrán sus más profundos pensamientos, escenas y detalles no contados en este.

Próximamente nuevos proyectos de ciencia ficción - romance. Mil gracias.

Full romance, distinto y único. Acción, ciencia ficción. Nació de mi interés en algunos aspectos de nuestra naturaleza, la pensé solo para mí al igual que la primera que hice. Soy la persona normal que un día escribió algo, algo para entretenerse a sí misma, algo que era y es para leerlo y re encontrarme. Aquí plasmé muchas de mis ideas, gustos y pensamientos. También ideas sobre la humanidad, el planeta, lo que hacemos, las cosas que hemos perdido y las que perderemos. Espero poder transmitir eso, que lo encuentren aparte de la historia llena de amor y acción que me entretuve mucho haciendo.

Grupo en Facebook: <https://www.facebook.com/groups/mhazureaders/>

En los archivos de este grupo existe un fragmento sin censura del capítulo 34

Página en Facebook:

<http://www.facebook.com/ojosdegatotentador>